Retazos del corazón

Juan Antonio Vives Aguilella

Retazos del corazón

2ª Impresión

Juan Antonio Vives Aguilella

Índice

Prólogo 9

I. *Mi abuela sabía latín* 11

II. *Los muertos no comen* 15

III. *Yo nací en medio de una calle* 19

1. La tía Matilde 20
2. La Providencia existe 21
3. Mi querida cabrita 22
4. Mi primer muerto 24
5. Una habitación muy especial 25
6. Un pequeño-gran parque 27
7. Un sueño muy particular 29
8. Mi primer vuelo 30

IV. *Mi madre era una santa* 31

V. *Mi padre, un romántico de tomo y lomo* 39

VI. *Mi pueblo era un polideportivo* 49

VII. *Mi abuelo siempre perdía* 55

VIII. *A punto de ser inglés* 59

IX. *Mis maestros, unos sabios* 65

X. *Mis otros maestros* 71

XI. *El poder de unas imágenes* 75

XII. *Un seminarista manco* 79

XIII. *Casi me matan* 83

XIV. *¡Qué rápido pasó el tiempo!* 91

1. Sacristán antes que fraile 96
2. Virgilio me sonrojó 98
3. Profesor entre compañeros 100
4. Por fin, una habitación 101

5. Puro orgullo 102
XV. *Un año de noviazgo* 105
1. Una maestra descolgada por la ventana 111
2. Abortando una procesión 112
XVI. *Los pequeños filósofos* 115
1. Monaguillos diplomados 120
2. Delicias de un despensero 122
3. Entre naranjos 123
4. Un Corpus muy "vistoso" 124
5. Brusco cambio de planes 125
XVII. *Desafiando un refrán* 129
1. Interfiriendo en un concurso 131
2. Un baño bien merecido 133
3. Quizá yo era demasiado joven 135
4. En plan rebelde 136
5. Benditas fiebres 138
XVIII. *Por fin Comillas* 141
1. Nuestro querido "805" 143
2. De Madrid al Cielo 145
3. La larga agonía 146
4. La democracia 147
5. Mi primera tutoría 149
6. De cura a monaguillo 153
7. Camuflando un accidente 155
8. Aficionados al "clac" 158
9. El abrazo de Frankfurt 160
10. Un manantial de "agua bendita" 163
XIX. *La "injusticia" que no entendí* 165
XX. *Mis queridos jesuitas* 173
XXI. *De regreso a la niñez* 179
1. Me quedé sin cocinera 181

2. Los peditos de lobo 182
3. Una nube pasajera 184
XXII. *Allende la mar océano* 187
1. Dos frailes se nos casan 198
2. Un frustrado Golpe de Estado 199
XXIII. *Un año "cuasi" sabático* 203
1. Los inicios de un escritor 207
2. Entre Presidentes y Embajadores 208
3. Fines de semana en la playa 211
XXIV. *Vuelta al primer amor* 213
1. El ciclón "David" 217
2. Fe en un Dios "multirreligioso" 223
3. Fiesta grande en San Cristóbal 228
4. Mi amigo el doctor Rosario 229
5. Entre mujeres 232
XXV. *Nueva encrucijada en mi vida* 235
Una paella muy especial 239
XXVI. *En las raíces* 243
1. Un fraile expedientado 249
2. Eran "una alondra" 251
3. A la "cuarta" fue la vencida 255
4. Clases en medio del barrizal 261
5. Dos alumnos se "travisten" 265
XXVII. *Sin pensarlo ni quererlo* 269
XXVIII. *Roma me enamoró* 277
1. Amigos y conocidos 284
2. Comienzan los CAR 289
3. El Manual de Espiritualidad 291
4. Mis libros "romanos" 293
5. Un viaje de doce meses 296
6. Las paellas dominicales 298

7. Al Papa le gustó el turrón 300
8. Entrañables recuerdos de Casaroli 302
9. Centenario de nuestra fundación 306

XXIX. *Me sobraron tres años* 309
1. Por caminos de Asia y África 317
2. Se inician los CAF 330
3. Un año distinto 330
4. Pedro, un gran regalo para la Curia 333
5. Impulsando el conocimiento del Fundador 334
6. De nuevo por América 336
7. Le Maestre Pie Felippini 336
8. Mis hermanas, las Terciarias Capuchinas 338
9. ¡Este sí que es un obispo! 340
10. Mi amigo el padre Roca 342

XXX. *Una bocanada de aire fresco* 345
1. Se me cierran puertas 351
2. De nuevo entre los muchachos 352
3. La lealtad de mis amigos 355
4. Experiencia parroquial 357
5. Viajes a Cádiz 359
6. Amo de casa 363
7. No dejé de escribir 365
8. También aquí fui feliz 366

XXXI. *Post Festum, Pestum* 367
1. El Centro Diurno, un oasis de paz 372
2. La terapia de la escritura 373
3. De viaje a la FUNLAM 374
4. Una excursión reparadora 374
5. Mi amigo, el padre Miguel 378
6. Cercanía con mis hermanas 379

XXXII. *Mejor, pero sin exagerar* 381
1. "Cielo roto" me inspiró 384
2. El padre Cándido, un ángel en mi camino 385
3. Las Oblatas de Moravia 386
4. Mis hermanas Terciarias Capuchinas 389
5. Viajando por Colombia y Puerto Rico 390
6. En plan de despedida 392
XXXIII. *De vuelta a casa* 395
1. Trabajos iniciales 397
2. En el Gobierno Provincial 400
3. Administrador de EPLA 403
4. Mis dos últimos Capítulos Generales 409
5. EPLA, un "microcosmos" 414
6. Promoviendo el conocimiento del Padre Fundador 417
7. Relación con las Terciarias Capuchinas 419
8. Colaboración con Familia Franciscana y otros 422
9. Altavoz de la pedagogía amigoniana 426
10. En el ámbito de la formación 429
11. Junto a nuestros mártires 433
12. Labor pastoral 437
13. Años de gran producción 443
14. Viajes muy especiales 448
15. Participación en efemérides 455
16. Torrent, en mi corazón 457
17. Acompañantes y amigos del último tramo 462
XXXIV. *La FUNLAM y yo* 473
1. Inicios y secuencia de una década 473
2. Culminación de un entrañable itinerario 487
3. Múltiples detalles de dos amigos 493
4. Un regalo muy especial 497
5. Retenido por sospechoso 498

XXXV. *La ciencia del corazón* 501
1. El amor es lo primero 501
2. Importancia de la voz pasiva 503
3. Querer desde el "tú" 504
4. Sin sombra de posesión 505
5. Saber y saborear 506
6. Con los ojos del corazón 509
7. Poetas de la acción 510
8. Siempre en crecimiento 511
9. El peligro de los "enanos" 512
10. El gran dogma de la Biblia 515
11. Gratitud y sentido del humor 516
12. Jesús de Nazaret, hombre universal 518
Epílogo 521
Al P. Juan Antonio Vives. *¡Semper vivas!* 527
Apéndice I. *Algunos datos cronológicos* 533
Apéndice II. *Publicaciones* 569
Álbum fotográfico 583

Prólogo

Cuando uno va cumpliendo ya algunos años –y especialmente si el "dichoso cangrejo" ha asomado sus pinzas, amenazando cual "espada de Damocles" la salud– va sintiendo la necesidad de plasmar por escrito aquellas vivencias que, de forma más especial, han ido marcando la propia trayectoria vital.

Retazos del corazón –como he querido titular este escrito– no será, ni mucho menos, una *autobiografía*, pues no pretendo, ni quiero, hacer un estricto recorrido de mi vida de forma totalmente *diacrónica*.

Retazos del corazón no será tampoco unas *Memorias* clásicas en el sentido estricto del término. No voy a esforzarme por traer a mi mente los múltiples acontecimientos que he protagonizado o en los que me he visto involucrado.

Retazos del corazón –como su misma expresión quiere significar– será más bien una *selección de recuerdos*, de hechos *traídos de nuevo al corazón* y revividos, en la medida de lo posible, con el afecto, la emoción, el sentimiento con que un día, más o menos lejano, fueron experimentados por mí. *Retazos del corazón* será, pues, en este sentido, un recuperar *la memoria afectiva* que ha ido quedando grabada en el *disco duro* de mis propios sentimientos.

Ni tan siquiera la presentación de los distintos recuerdos seguirá necesariamente un desarrollo lineal de los hechos, algunos, especialmente al principio, los iré colocando en el orden en que los vaya trayendo la memoria de mi corazón, que seguramente se dejará llevar por la *calidez* –y por ende *calidad*– del sentimiento evocado.

EPLA, 15 *de septiembre de* 2016

I

Mi abuela sabía latín

Uno de los recuerdos más tiernos que conservo de mi niñez es el de mis abuelos. Yo sólo conocí a los paternos, pues los padres de mi madre murieron mucho antes de que yo naciese como, en su lugar diré.

Mis abuelos eran Batiste Vives Vicent y Rosario Gimeno Forés. Pero, aquí y ahora sólo voy a hablar de ella. No era ni tan mayor, pues de hecho aún vivía su madre –mi bisabuela Rosita– a la que visité y saludé más de una vez en su casa de la calle Tremedal de Onda, a la que acudía por una empinada cuesta situada en las primeras estribaciones de la colina que corona el famoso Castillo de las Trescientas Torres.

Mi abuela Rosario, como os decía, no era ni tan mayor, aunque a mí entonces me lo pareciese, pues siempre vestía de negro y muchas veces llevaba incluso velo. Como ella me dijo en una ocasión se puso el luto muy jovencita y ya no se lo quitó nunca, pues detrás de un luto por un familiar, empalmaba otro por un nuevo fallecido de la extensa familia.

Con todo –y a pesar de lo lúgubre que pudiera parecer en un primer momento su figura– yo siempre percibí en ella, desde mis más tiernos años, una persona cariñosa, sensible y con un fino sentido del humor que se traslucía sobre todo en una mirada no exenta de picardía. Aunque no había tenido oportunidad de estudiar y no había aprendido a leer y a escribir, poseía no sólo la sabiduría que suele regalar la edad, sino también conocimientos que causaban admiración a otros más ilustrados. Poseía una memoria elefantina y era capaz de recordar, hasta en sus más mínimos detalles, acontecimientos de un pasado, a veces un tanto lejano. Muchas veces me he arrepentido de no haber tomado nota de sus conocimientos genealógicos sobre las distintas familias del pueblo. Remontaba, con pasmosa facilidad, dos o tres generaciones de las personas conocidas. A veces llegué a pensar, en mi inocencia, que si no la hubiese parado por las prisas y porque yo a la segunda generación ya andaba totalmente perdido, hubiese llegado hasta Adán y Eva.

Pero no quiero cansaros más y para terminar su estampa os voy a trasmitir una anécdota que yo siempre he conservado vívida en mí y que dice mucho de ella y de su ingenio.

El hecho tuvo lugar siendo yo aún muy pequeño –tendría seis o siete años a lo máximo– y como muchas tardes yo estaba jugando en el amplio huerto que había detrás de la casa de mi abuela en la calle Morería, n. 2. Me gustaba estar allí y ella me trataba a cuerpo de rey, dentro de la pobreza en que vivíamos. Ella solía decir –aunque no, a mí– que yo era su nieto preferido, pues era "molt bon xiquet". Y la verdad es que aunque a mí no me lo dijo nunca, yo siempre percibí en ella un cariño tan especial que, sin duda, favoreció –y mucho– mi crecimiento en autoestima.

Como os decía, pues, yo estaba entretenido en uno de mis juegos, cuando se presentó de visita un matrimonio que, por ser ella prima hermana de mi padre, eran tíos segundos míos. Y cuando yo vi que se disponía a conversar, hice lo que todo niño suele hacer. Seguí con mis juegos, aunque procuré acercarme lo suficiente para captar lo que decían en mis entonces finos oídos.

La conversación giró en torno al bautizo que querían para su primogénita recién nacida. Ellos, como mucha gente sencilla, no entendían mucho de "esas cosas de Iglesia" y recurrieron a los sabios consejos de mi abuela Rosario.

Y, a través de aquella conversación percibí, por primera vez, que mi abuela, aunque no era para nada beata ni mucho menos, sabía de Iglesia más de lo que yo hubiera nunca sospechado.

Hubo sin embargo algo que me impactó de forma especial y quedó, como grabado a fuego en mi mente. En un determinado momento, mis tíos le preguntaron qué tenían que decir ellos en la ceremonia bautismal. Y la abuela Rosario, con la serenidad que da el tener claros los conocimientos, les dijo:

– *Mirad, el Cura os dirá una cosa que vosotros no entenderéis* (hay que tener presente que la ceremonia entonces se desarrollaba completamente en latín) *y cuando él termine de hablar, vosotros tenéis que decir "volo"* (por supuesto tanto para ella como para ellos, este **volo** muy bien hubiera podido sonar y escribirse "bolo").

El caso es que él –el padre de la bautizada–, alardeando, quizá, de saberes que le eran esquivos, se atrevió a proseguir así su interrogatorio:

– *Y si es niñ,a, no tendré que decir "bola".*

Y entonces la abuela Rosario, cortando por lo sano, dijo con el aplomo propio del que está plenamente seguro de su afirmación:

– *Tanto si es niño, como si es niña tenéis que decir "volo" (o si se quiere, "bolo").*

Pasaron los años –tantos como cinco o seis– y a mí se me ocurrió contra todo pronóstico –como en su lugar dejaré dicho– marchar al Seminario. Y aquí, desde el primer curso, el *latín* fue una de las asignaturas troncales y, sin duda, la de mayor importancia. El primer año en que la emprendimos con la lengua de Cicerón, no pasamos de las declinaciones, el verbo sum y verbos regulares. Pero ya en el segundo curso, empezamos a adentrarnos en algunos de los verbos irregulares. Y he aquí que un día, cuando menos lo podía esperar, el profesor nos habló del verbo *volo-vis-velle-volui*.

Al oír *volo*, algo dentro de mí, como una especie de flechazo intelectual, me hizo trasladarme, como por encanto, al patio de la abuela Rosario y retomar la conversación que allí había escuchado en torno al "volo" bautismal. Súbitamente me entraron ganas de llegarme donde mi abuela para comentarle el descubrimiento, pero el momento no pudo ser hasta que nos dieron unos días de vacaciones familiares en Navidad (era la primera vez que las vacaciones se daban a los seráficos de Godella en tales fechas).

Impulsado por la emoción contenida durante meses, tan pronto como llegué a mi casa y saludé a mi madre, salí disparado, desde el Grupo de Viviendas Nuestra Señora de la Esperanza donde entonces vivíamos, hasta la Morería. Crucé raudamente el pueblo y, en un plis plas, me presenté en la casa de la abuela. Fue una sorpresa para ella. La pobre quería abrazarme y darme un beso de bienvenida, pero yo, como temeroso de olvidar mi discurso, me senté y le dije que se sentase pues tenía que decirle algo muy importante. Cogió la pequeña silla en que solía hacerlo y se quedó como extasiada esperando que su nieto preferido –al que hacía cuatro meses que no veía– soltase su perorata.

Yo entonces, como suelen hacer los niños –propensos a pensar que los mayores, por el hecho de serlo, pueden seguir sus razonamientos– le empecé a decir:

– *¿Abuela, te acuerdas cuando la tía Consuelo y su marido te preguntaron qué debían contestar al cura para que les bautizara a su hija y tú les dijiste que tenían que decir "volo" ("bolo")?*

Y ella, que difícilmente podía recordar aquella conversación en concreto, se limitó a decir:

– *Claro. Tenían que decir "volo" ("bolo"), pues si no el cura no se la bautizaba.*

Tomando pie de su respuesta, empecé yo a razonarle así mi descubrimiento:

– *Mira, abuela, "volo" es la primera persona del singular del presente de indicativo del verbo latino "volo-vis-velle-volui". Un verbo que es irregular. Y ese "volo" latino, traducido al castellano, quiere decir: "quiero".*

Fue entonces, cuando mi abuela, que me escucha, como embelesada y con suma atención, exclamó con solemnidad:

– *Juan Antonio, menos mal que tú has ido al seminario, si no yo me muero sin saber que sabía latín.*

II

Los muertos no comen

Fueron mis abuelos maternos Antonio Aguilella Castelló y Carmen Guinot Olucha.

A ninguno de los dos conocí. Mi abuela Carmen murió en el parto de su séptimo hijo –mi tío Joaquín– a quien, con el tiempo, acogerían mis padres en nuestro hogar familiar y salió de nuestra casa casi en vísperas de contraer matrimonio.

Mi abuelo Antonio –criado en un ambiente profundamente cristiano, del que formaba parte su tío materno, mosén Joaquín Castelló Manuel, que fue uno de los impulsores del movimiento sindical católico de Onda y uno de los miembros fundadores, en 1930, de la Caja Rural de Crédito Nuestra Señora de la Esperanza– se implicó, desde bien jovencito en las actividades catequéticas, lúdicas y sociales de la parroquia. Una de esas actividades fue la de las representaciones teatrales. Y precisamente en una de ellas –ambientada en la caza– le tocó hacer el papel de cartucho (la monición de la escopeta de caza) y para ello se enfundó un disfraz, que le cubría de los pies a la cabeza, y que representaba el mencionado cartucho. Sus hermanas que asistían a la función empezaron a llamarle el "cartutxet" y en consecuencia todos sus descendientes –entre los que me encuentro yo por parte de madre– recibimos en el pueblo el apodo de "els cartutxos".

Con los años, mi abuelo fue afianzando aún más su participación activa en la dinámica parroquial que tenía el marcado sentido social que le había ido inculcando, tanto el *Círculo Católico* fundado en el pueblo en 1884, como los distintos *Sindicatos Agrícolas* que se iniciaron en la población en 1908, 1912 y 1920. Especial mención merece en este sentido el fundado este último año de 1920 que nació con el nombre de *Sindicato Agrícola Nuestra Señora de la Esperanza*, del que, a su vez, surgiría –en 1930–, como una importante sección del mismo, la *Caja Rural de Crédito*.

Además de estar involucrado de lleno en los distintos ambientes del catolicismo social de la localidad, mi abuelo, junto con otro socio, había adquirido una pequeña fábrica de azulejos (de la que nunca hemos podido conocer el nombre, dada la destrucción de documentos producida entre 1936 y 1939), en la que él, como su socio, más que como patrones, se comportaban como dos empleados más. Y todo esto –el hecho de ser un católico declarado y comprometido, de ser sobrino del vicario de la Parroquia y de ser propietario de una fábrica, aunque ésta fuese muy insignificante– fue motivo más que suficiente para que lo detuviesen dentro del mes de julio de 1936. De nada le sirvió que para entonces estuviese ya viudo y tuviese a su cuidado los siete hijos nacidos en el matrimonio –tres varones y cuatro mujeres– de los que el menor era aún un lactante.

Mi madre, que en más de una ocasión, paseando por la calle, me señaló con disimulo –y sin pizca de revanchismo en su semblante– a algunos de los que habían participado en el hecho, me contó varias veces lo sucedido, mientras nos calentábamos junto al brasero en alguna tarde fría de invierno:

– *Yo* –me decía– *tenía trece años recién cumplidos. Y un día de julio de 1936 llamaron a la puerta de nuestra casa –ubicada en la calle Mónicos– y yo misma abrí, pues el abuelo, presintiendo que vendrían a buscarle para detenerle se había escondido en la buhardilla.*

Nada más abrir, varios hombres armados se precipitaron dentro de casa preguntando por mi padre.

Yo les dije que no estaba en casa y que no sabía a dónde había ido.

Entonces uno de ellos me agarró del brazo sin ningún miramiento y me dijo:

– *Pues si no está tu padre, te llevaremos a ti y ya vendrá él a buscarte.*

El abuelo que oyó esto, bajó como un rayo las escaleras, armado con la escopeta de caza y les dijo:

– *Deixeu a la xiqueta si no voleu que me carregue algún de vosatros. A mi, em matareu, però antes me'n portaré algú per davant. Si em busqueu a mí, ací estic.*

Se abalanzaron sobre él y se lo llevaron preso. Para entonces, los dos hermanos mayores de mi madre habían huido ya del pueblo, ante lo inestable y peligroso de la situación para todo aquel que fuese de derechas. Mi tío Antonio –el mayor– volvió tras la guerra y aún lo conocí hasta que murió cuando yo tenía once años. Mi tío Vicente –el segundo de la familia– ya no regresó. Y el único conocimiento que he tenido de él, a parte de lo que mi madre me contó, fueron unas fotos suyas aparecidas en el libro *Colonia Escolar Virgen del Carmen de Onda. LXXV Aniversario*, escrito por Juan Bautista Ferré Pérez y publicado en Onda en 1999.

Pero volviendo al relato que nos interesa ahora, a mi abuelo se lo llevaron a la prisión, y mi madre –la mayor de las cuatro hermanas que permanecían en casa– al tiempo que cocinaba para ellas, lo hacía también para su padre, a quien cada día llevaba en una fiambrera la comida a la cárcel.

Un día, al ir a entregar la comida a uno de los milicianos que guardaban la prisión, éste le soltó lo siguiente:

– *Puedes llevarte de vuelta la comida a casa. Los muertos no comen.*

Como se puede ver, todo un alarde de sensibilidad humana ante una niña de trece años que llevaba, ilusionada, la comida a su padre.

III

Yo nací en medio de una calle

Bueno, el título no es del todo exacto. Yo nací en mi casa familiar, donde solían nacer entonces los bebés, en la cama de mis padres y con la ayuda que nos prestó –a mi madre y a mí– la comadrona doña Elisa que era toda una institución en Onda, pues ya antes de la guerra civil ayudaba en el parto a las mujeres ondenses, siguiendo el ejemplo de la madre de Sócrates, y lo continuó siendo aún tantos años, que cuando –en 1964– nació mi hermana pequeña Carmen, aún estuvo atendiendo a mi madre. Por supuesto también había acompañado en el nacimiento de mi hermano Ricardo y de Enrique, el tercero y último de los varones.

En fin, si bien es cierto que yo nací en casa y bien atendido y arropado, no es menos cierto que el espacio que más o menos ocupaba la habitación de mi feliz alumbramiento se encuentra hoy en medio de una calle del nuevo trazado urbanístico.

Cuando mis padres se casaron en 1947 –el año de la muerte del torero Manolete, como le gustaba recordar a mi padre– ni estaba boyante la economía familiar ni era fácil encontrar de alquiler una casa disponible y accesible a los escasos ingresos.

Al final, fueron acogidos en la Casa "familiar" de mi bisabuela –*Carmen Olucha Guinot*– la madre de mi abuela *Carmen Guinot Olucha* y segunda esposa de mi bisabuelo *Florencio Guinot Pérez*.

La Casa estaba situada en la calle Cervantes, n. 7 y aledaña a la Fábrica de azulejos conocida entonces como de *José Piñón Guinot* (yerno de mi bisabuelo, al haberse casado con mi tía-bisabuela María). Posteriormente la fábrica pasaría a denominarse de *Piñón y Ribes* al haber pasado como propiedad al hijo de José Piñón. Y con este último nombre la conocí yo.

Cuando mis padres llegaron a la casa aún vivía, al parecer, en el piso superior mi bisabuela *Carmen*. Y en el piso situado debajo del suyo

había sido acogida mi tía abuela *Matilde Guinot Soler*, hija del primer matrimonio de mi bisabuelo *Florencio*.

A mis padres les cedió, la tía Matilde, una pequeña estancia ubicada al otro lado de la escalera comunitaria en la que ella tenía su habitación. La estancia contaba de una pequeña cocina, unida sin separación alguna a un comedor relativamente amplio, de un básico cuarto de aseo y de dos estrechas habitaciones sin ventanas al exterior.

De la época de mi vida transcurrida entre las paredes de esta mi casa natalicia conservo, entre otros, ocho recuerdos a los que quiero dedicar un espacio especial.

1. *La tía Matilde*

Hija, como ya he dicho, del primer matrimonio de mi bisabuelo *Florencio*, entró jovencita en el Convento de Clarisas de Onda, donde llegó a profesar solemnemente.

Al comenzar la Guerra Civil en 1936 y ser desalojado el Convento –situado aún en la calle San Miguel, creo–, encontró acogida en la Casa de la calle Cervantes, en la que vivía todavía su padre –el bisabuelo Florencio– y su segunda mujer (mi bisabuela *Carmen*). Y aquí continuaba cuando compartió –en 1947– su espacio con mis padres.

Yo no llegué a conocerla físicamente, pues murió el 16 de febrero de 1948 –siete meses menos un día antes de mi nacimiento–, pero oí hablar tanto de ella, que siempre tuve la impresión de haberla conocido personalmente.

Según me contaron –especialmente mi padre que es el que más referencias daba de la "tía monja"– le gustaba vestir de vez en cuando el hábito de clarisa que siempre conservó consigo y con el que sería amortajada.

Mi padre –que se había rebotado contra la iglesia porque tras la guerra el patrón de su fábrica, como los de otras muchas, le obligaba, instigado quizá por un clero ultranacionalista, a ir los domingos a misa y a presentar después un pequeño documento convenientemente sellado como justificación– tuvo que soportar en casa (y esta sí que fue una verdadera *soportación* con todo lo que este término, no aceptado

por la RAE aún, implica de un aguante y una paciencia rayantes en el heroísmo) el tenerse que sentar cada tarde, junto a mi madre y a la bendita tía Matilde, que era la que dirigía el rezo, a desgranar las 150 Avemarías de que contaban las tres partes del Rosario (desde tiempo de Juan Pablo II son ya cuatro. ¡Consuélate papá, te ahorraste 50 cada día!). Por supuesto la tía Matilde solía añadir, como por ñapa, como dicen mis amigos colombianos, toda otra serie de Avemaría y Padrenuestros. Y es que la pobre no se permitió nunca la más mínima licencia al respecto. *¿Por qué no se volvería al Convento*? Se preguntaba a veces mi padre, compartiendo conmigo su inquietud. ¡*Con lo bien que hubiese estado ella y nosotros, solía añadir*!

A veces he llegado a pensar que la resistencia que he sentido siempre yo mismo para honrar a la Virgen con esta oración –tan alabada por la Iglesia, pero tan cansina para mí– tiene una honda raíz de genética paterna. ¡Gracias, papá, porque desde la "incredulidad", me fuiste enseñando, casi sin hablar de ello, que lo esencial del cristianismo es el ser profundamente humanos por el amor hecho acción!

2. *La Providencia existe*

Por supuesto, en el momento de los hechos, yo no llamaba con un nombre tan sofisticado esas intervenciones anónimas que suele hacer Dios en circunstancias especiales, pero lo que voy a relataros siempre lo he considerado con el tiempo –y cada vez más– como un primer signo de la Providencia en mi vida.

En el pequeño comedor –aunque a mí entonces me pareciera grande– de nuestra casa en la calle Cervantes, teníamos, en medio de la estancia, una mesa familiar, pobre como todo el mobiliario, que mis padres –no sin sacrificios– habían logrado comprar cuando se casaron. Y encima de ella habían colocado una pesada pieza de mármol artificial, hecha a la medida.

A mi hermano Ricardo y a mí nos encantaba jugar y pelearnos debajo de aquella mesa, que debíamos imaginar como una especie de cueva-escondite que nos aislaba de todos y nos centraba en nosotros dos solos. Por ello, gateando y silenciosos nos refugiabamos allí siem-

pre que podíamos. En nuestros juegos y peleas, golpeamos más de una vez las patas de aquella mesa, que no estaban, al parecer, para muchos trotes, y sucedió un día que, estando los dos debajo de ella una vez más, debimos golpear alguna de las dichas patas con más fuerza que de costumbre y la mesa con su pieza de mármol se derrumbaron estrepitosamente.

Mi madre que se encontraba en la pequeña cocina contigua al comedor y que nos había visto hacía un momento debajo de la mesa, al oír el estruendo y ver la mesa y la piedra de mármol caídas, pensó que nos había aplastado y del susto se desmayó.

Mi hermano y yo nos quedamos petrificados tanto por el derrumbe como por ver a mi madre en el suelo. Y yo –el mayor– corrí a avisar a las vecinas de enfrente que se precipitaron a atender a mi madre, armadas con la "milagrosa" "Agua del Carmen".

Cuando ella se recuperó y nos vio a los dos "diablillos", vivitos y coleando, corrió hacia nosotros, llorando de alegría. Nos abrazaba a los dos juntos y lo hacía con tanta fuerza, que yo debí llegar a pensar qué clase de medicina le habrían dado, que casi nos estrujaba.

Aquel día –y los siguientes hasta que la mesa del comedor volvió a ponerse en pie, aunque nunca ya con ningún mármol encima– tuvimos que comer en una pequeña mesa, pero pocos días recuerdo que fuese mayor en mi casa la alegría a la hora de comer. Mi padre, que había vuelto como todos los días, para comer en casa antes de reemprender el turno de trabajo (pues las fábricas entonces hacían jornada partida), se alegró también inmensamente y se pasó todo el rato, casi sin probar bocado, acariciándonos y mirándonos con una mirada tan tierna y feliz, que aún permanece grabada con viveza en mi corazón.

3. *Mi querida cabrita*

¡Cuántas veces he echado en falta el no disponer de una foto del animalito que más he querido en mi vida! Y eso que he tenido después varios perros a los que he querido y cuidado y por los que me he sentido, a la vez cuidado y querido, como han sido: *Lobo* –mi pastor alemán de República Dominicana– *Linda*, su "fiel esposa", *Shomer –Guardián* en hebreo– mi mascota en Torrent…

Yo de pequeño era un niño muy delicadito. Tanto que los médicos llegaron a decir a mis padres que si antes de los 7 años no cambiaba mi naturaleza, acabaría pronto en el Campo Santo. Menos mal que mi naturaleza superó con creces tales augurios y maleficios.

Y como buen "delicadito" empecé por "no aceptar la leche materna". Me tuvieron que criar con la famosa –y entonces pionera– leche de farmacia *Pelargón*, menos mal que la cabeza no se me hizo enorme, como les sucedió a muchos de los que usaron el producto.

Todo el sueldo de mi padre –en aquellos años de mucho trabajar y poco cobrar, agravados por el bloqueo internacional, el estraperlo, el racionamiento de artículos básicos de alimentación, etc.– se iba casi íntegro en comprar al niño lechecita y papillitas. ¡Cuánto acaba uno queriendo a sus padres, cuando toma conciencia de todo lo que se privaron para que a uno no le faltase nada! ¡Cuánto amor gratuito recibido! ¡Cuánta ternura convertida en este caso en manjar!

Y yo, insensible entonces a tales muestras de afecto, esperaba a menudo recibir la última cucharadita de papilla que mi padre –sin haberse sentado tan siquiera a comer– me daba, jugando conmigo a la *cucharita-avión* que quería aterrizar en el *aeropuerto-boca*, para devolverlo todo al aeropuerto de origen. ¡Qué paciencia la de aquel santo hombre que, sin enfadarse, decía a mi madre:

– *Carmen, vuelve a prepararle la papilla a Juan Antonio, que la primera se ha ido de vuelta.*

Y mi madre le contestaba:

– *Ahora mismo, pero tú come, que sino no te dará tiempo.*

Pero él insistía:

– *No te preocupes. Hasta que él no coma, no comeré.*

Pues bien a este niño "delicadito" –no digo "maleducado", pues todo era producto del instinto y no de la voluntad– sus padres le compraron –porque el médico les dijo que podría ser muy buena para él la leche de cabra– una *cabrita* muy mona, que, como en la casa de la calle Cervantes no se podía tener, la tenía la abuela Rosario –"la que sabía latín"– en la casa de La Morería.

¡Con cuánta ilusión bajaba yo entonces a casa de mi abuela, donde íbamos casi todos los días por la tarde!

Nada más llegar la llamaba: *Chita*, *Chita* (no sé ya si el nombre se lo puse pensando que era *chiquita* o porque lo saqué de alguna de las películas o tebeos del famoso Tarzán).

Y la pobre cabrita, más que acercarse, se escondía instintivamente, pues las cabritadas más que hacerlas ella, se las hacía yo a ella.

Me colgaba de su pequeño cuerpo –más o menos como leí con el tiempo que habían hecho los soldados de Ulises con los carneros que había en la cueva para huir del cíclope Polifemo– e intentaba beber su leche en una especie de ordeño en vivo y en directo. Y la pobre, con sus ubres ya agotadas, ni tan siquiera se resistía. ¡Cuántas gracias tengo que darte y cuánto perdón pedirte, mi siempre querida *Chita*, allí donde estés, en ese cielo –siempre pacífico y alegre, siempre exento de malos sentimientos– de los animales! ¡Mira cuánto bien ha hecho en mí tan rica leche, que la abuela Rosario –la que siempre te ordeñó con ternura– me traía, corriendo, calentita y con mucho azúcar en un vaso, para que así dejase de una vez mis *cariños de niño* hacia ti, que vistos desde la perspectiva de hoy eran más bien *maldades de cabrito*.

4. *Mi primer muerto*

En frente de la puerta de nuestra casa de la calle Cervantes, vivía un matrimonio –cuyo nombre no he logrado recordar por muchos esfuerzos que he hecho– que tenía una hija –*Carmencita*– muy guapa, por la que yo sentía ya entonces un afecto tan especial que, si no es porque las hormonas aún no me habían visitado, me atrevería a decir que fue mi primera novia, aunque por supuesto nunca se lo hubiese verbalizado, por más que, cuando me hablaba –tendría ella unos 17 años y yo tan sólo 6– sentía que mi rostro se enrojecía y ella, con cierto disimulo, sonreía.

Esta mi "amiga" Carmencita, que era una gran bordadora, tendría conmigo el detalle de bordar con mi nombre el pañuelito que aún hoy se puede apreciar en mis fotos de Comunión en el bolsillo superior de la chaqueta, aunque para entonces nosotros nos habíamos mudado ya al *Grupo de Viviendas Nuestra Señora de la Esperanza. Bloque C, Escalera 2ª, n. 6.*

Pues bien –y retomando el hilo del relato central–, con Carmencita y sus padres vivía también uno de sus abuelos, a quien yo solía visitar a menudo –pues tanto su puerta como la mía permanecían abiertas constantemente– y el hombre me recibía siempre con mucho cariño.

Sucedió un día, sin embargo, que todo el mundo parecía confabulado en que yo no entrase en la casa de Carmencita, y como no hay orden más perentoria para un niño, que la prohibición, allí me introduje, al menor descuido de mis vigilantes.

Me extrañó ver tanta gente reunida. ¡Cuánto vestido negro! ¡Cuántas lágrimas, sollozos y rostros tristes! ¡Cuántos rezos interminables! ¡Qué impresión debió causarme tan lúgubre panorama!

Pero yo, medio gateando, logré traspasar el muro cuasi infranqueable que formaban aquellas mujeres enlutadas y llegué a ver a mi "amigo", el abuelito de Carmencita.

Lo habían puesto en una especie de cajón. Cuando se percataron de mi presencia allí, todas querían apartarme de la visión, pero yo ya estaba junto al amigo. Le hablé, pero él no me respondió.

Yo entonces, sintiendo la falta de su eterna sonrisa y cálida acogida para conmigo, debí pensar que estaba enfadado por algo y debí soltar alguna lagrimita.

Carmencita que asistía al espectáculo, me cogió enseguida de la mano y mientras me acompañaba a casa me decía:

– *No estés triste, Juan Antonio, el abuelo hoy no tenía ganas de hablar, pero me había dicho que, si venías, te saludase de su parte.*

Me tranquilicé. Y en días sucesivos fui asiduamente a preguntar por él, pero siempre me decían ya que estaba de viaje.

Al poco nos cambiamos de casa, y ya no iba a buscarlo. Con el tiempo comprendí que él había sido "mi primer muerto".

5. *Una habitación muy especial*

En la parte de la casa de la calle Cervantes, en la que se encontraba la cocina, el comedor y el baño, había también dos habitaciones. Al principio ocuparon, una mis padres, y la otra, el tío *Joaquín*, el hermano menor de mi madre, aquel en cuyo parto había muerto la abuela Carmen.

Al fallecer mi tía-abuela *Matilde* –la clarisa– mis padres pasaron a ocupar su cuarto, que estaba al otro lado de la escalera común, como ya antes he dicho. En este cuarto que ahora pasaron a ocupar mis padres naceríamos ya mi hermano Ricardo –en 1950– y yo, el primogénito –en 1948– y desde la ventana-balcón de este cuarto natalicio, que daba a la calle Cervantes, en más de una ocasión nos sentábamos los dos, junto a mi madre –especialmente en los días de invierno– a ver llover. Con particular cariño recuerdo haber contemplado desde aquí la gran nevada que cayó en febrero de 1954. Encandilados los tres, al calor del brasero y del afecto que nos unía, y mientras comíamos las castañas que nosotros mismos asábamos en las brasas, veíamos caer los copos que acabaron blanqueándolo todo y cubriendo las calles con más de un palmo de nieve. Con los años, siempre que he visto nevar con cierta abundancia, he recuperado en mi corazón aquella tierna estampa que, presidida por mi madre, completábamos mi hermano Ricardo y yo.

Pero no es de esta habitación de la que ahora quiero hablaros. Me refiero a la que acabamos habitando mi hermano y yo en la parte de la casa que quedaba al otro lado de la escalera común.

Como ya os he adelantado, en aquella estancia comedor-cocina-baño, había dos pequeñas habitaciones y, al pasar mis padres a la que dejó libre mi tía-abuela *Matilde*, se quedó sólo como inquilino mi tío Joaquín en una de ellas. La otra estaba reservada para los hijos que tenían que llegar y poco después fuimos llegando: yo –el 15 de septiembre de 1948– y Ricardo, el 4 de octubre de 1950. Uno el día de la Virgen de los Dolores, Patrona de los Amigonianos, en cuya Congregación religiosa acabé profesando, y el otro en el día de San Francisco de Asís, por lo que lo bautizaron como *Ricardo Francisco*. ¿Quería esto predecir algo? Creo que no, pero, por si acaso, lo dejo consignado.

Transcurrido el tiempo, en el que el bebé debía estar cerca de la cama de los papás, pasé yo a ocupar la habitación vacía que había tras las escaleras. Como es natural, me sentí al principio un poco solo, pero había que dejar sitio cerca de los papás al hermanito que ya anunciaba su llegada. Y como el tiempo pasa rápido, aunque a los niños les parezca muy lento, en un santiamén mi soledad terminó y Ricardo pasó a compartir conmigo la habitación. Y *esta habitación* –y de esto quería hablaros principalmente, aunque haya acabado enrollándome como una persiana– *era muy especial*. Tenía una sola ventana, que,

además, no daba al exterior, sino dentro de la sección de timbres de la fábrica de azulejos contigua. (En esta sección de la fábrica es donde se prensaba la mezcla de arcillas molidas mediante unas máquinas especiales llamadas *timbres* o *prensas*, que le daban el nombre. Desde esta sección, el ladrillo (*taulellet* en valenciano) pasaba a un *horno especial* –ese que soltaba sus humos por las famosas chimeneas que aún hoy se pueden contemplar en Onda y algunas de ellas convertidas ya en monumento– en el que se cocía el azulejo crudo y salía lo que, en valenciano, se denominaba *taulell escaldat*, que desde aquí iba al *pintaor*, así dicho en la jerga popular, para recibir los distintos barnices de colores y de nuevo, desde allí, a otro horno –conocido éste como *forn de pasage*– donde se cocía el barniz recibido, finalizando así el proceso de producción).

Pues bien, como os decía, nuestra singular ventana daba a aquella sección de timbres y nuestra máxima distracción era abrirla para llamar la atención de los trabajadores, quienes atraídos, por el jolgorio y bullicio de aquellos niños tan rubios –que eran conocidos en el pueblo, como *los alemanes*–, solían mandarles el barro que extraían de las arcillas que manejaban, para que jugasen.

Aquella ventana, pues, fue convirtiendo, sin casi darnos cuenta, nuestra habitación en un pequeño taller de modelaje, en el que fabricábamos pequeñas figuras de barro, que mil veces nacían y otras mil desaparecían para dar lugar a otras.

¿Por qué algunos recuerdos permanecerán tan grabados en la memoria de uno? ¿Estaríamos llamados nosotros a ser artistas y nuestra vocación quedó olvidada al dejar tan especial habitación?

6. *Un pequeño-gran parque*

Si algo distingue de forma particular a la calle Cervantes de Onda, desde tiempos ya lejanos, es el parque que la divide en dos, llegando casi a la entrada del núcleo más antiguo de la población.

Este parque tenía uno de sus accesos precisamente enfrente mismo de la puerta comunitaria de nuestra casa. (Vamos, más o menos la zona que hoy ocupa la calle nueva que se trazó).

Y como es natural se convirtió, para mi hermano y para mí, en nuestro primer y principal patio de recreo, mientras vivimos allí.

Al contemplar hoy el parque, me parece pequeño. Por eso, prefiero recrearlo con mis recuerdos infantiles en los que me sigue pareciendo inmenso. En la parte central, la pequeña piscinita –que aún hoy se conserva– estaba adornada –¡cómo no!– con artística cerámica ondense y estaba coronada en su borde con pequeñas ranas –también de cerámica *made in Onda*– que expulsaban por sus bocas el agua que renovaba la de la piscinita. (Y digo *renovaba*, porque no era como hoy en día cuando el agua –dada su escasez– sale de muchas fuentes públicas por medio de un circuito cerrado, que vuelve a mandar dentro la que sale por sus desagües).

A uno y otro lado de la piscina-fuente, había arbolado (¿sería tan grande como yo lo recuerdo?) y allí jugábamos a los mil juegos que nacen de la creatividad infantil, cuando no se la cercena con juguetes excesivos y demasiado sofisticados. Uno de aquellos juegos era "el escondite".

Durante mucho tiempo, me estuve preguntando, con los años, cómo había podido yo jugar "al escondite" –y con intriga incorporada– en tan reducido espacio, hasta que un día –cuando contaba ya mis cuarenta cumplidos– llegué a la Villa de mi hermano Ricardo en Castellón, y mi sobrino pequeño me invitó a jugar al escondite con los compañeros que tenía allí de visita.

A mí aquello me pareció en principio una tontería, pues mi cuerpo sobresalía por ambos lados del más robusto de los árboles que allí había y me descalificarían a la primera de cambio. De todos modos –y por seguirles el juego a los niños, de los que siempre acabas aprendiendo cosas– me puse detrás de uno de aquellos arbolitos y el juego comenzó. Empecé a oír: *fulanito, muerto*; *zotanito, muerto*… y así durante un tiempo, hasta que llegó un momento en el que pensé que se habían olvidado de mí y me moví ¡oh error imperdonable! No sé si fue más rápido mi movimiento o escuchar: *Juan Antonio, muerto*.

Sin salir entonces de mi asombro pregunté a mi sobrino que me acababa de matar:

– *¿Por qué me matas ahora, si me estabas viendo todo el rato?*

Y entonces él, con el aplomo que tienen los niños, cuando se creen en posesión de la verdad, me dijo:

– *Sí, se te veía, pero estabas escondido, hasta que te has movido.*

Una gran lección de sabiduría infantil: *estar escondido no es ser invisible a los ojos de los adultos, sino a los ojos de los niños, gobernados siempre por la imaginación.*

Y aprendí:

– *Sólo con ojos de niño, se puede jugar en la vida.*

7. *Un sueño muy particular*

A alguno de los que me estáis leyendo lo que ahora os voy a contar os parecerá una memez o, en el mejor de los casos, una rareza.

No os preocupéis. También a mí me lo ha parecido muchas veces, pero sigue siendo algo que no he logrado nunca borrar de mi mente y corazón y siempre acabo retomándolo.

A afianzar todavía más mi casi ya perdido interés por este hecho, contribuyó la profundización –en mis tiempos de estudiante de la especialidad de Teología Bíblica en la Universidad de Comillas-Madrid– de lo que uno de mis profesores preferidos –*Manuel Oliva*– denominaba "sueños incubativos", que habían sido el motivo central de su tesis doctoral en Roma. Como él explicaba, tales sueños son aquellos en los que el subconsciente, por alguna extraña razón, parece trasladarte al futuro y puedes llegar a descubrir en ellos toda tu propia proyección vital. ¡Pues lo que me faltaba! Mi sueño de niño, ya casi olvidado, volvió a resurgir y ahora os lo voy a trasmitir con todas las salvedades del caso:

– *Era yo muy pequeño –tendría cinco o seis años–, era el día de los Reyes Magos y de juguetes nuevos. Era un día de magia, de ilusión y de ternura renovadas.*

A mí me habían traído un pequeño carrito con su caballo de tiro. Yo estaba jugando con él en el suelo y de pronto me dio la sensación de que me había quedado dormido y no podía despertar.

Desde ese día, muchas veces me ha venido a la mente esta duda:

– *¿No será que yo continúo durmiendo y todo lo que estoy viviendo es continuación de aquel sueño y que, cuando acabe de soñar esta vida, despertaré de nuevo, cual niño, junto al carrito y al caballito que nunca he logrado borrar de mi mente?*

– ¿No será ese el "cielo" que me espera?

Si así fuera, no me importaría despertar.

Quizá tenía razón Calderón de la Barca cuando escribía: "Que toda la vida es sueño y los sueños, sueños son".

8. *Mi primer vuelo*

Debía tener yo unos seis años y, por alguna circunstancia había viajado con mi padre a Valencia. Y siempre que mi padre venía a esta ciudad se sentía en la "obligación" de acercarse a Burjassot para saludar a un gran amigo, natural de esta población, al que había conocido en los casi tres años que tuvo que cumplir servicio militar.

De este amigo yo sólo recuerdo que se apellidaba Estellés –lo cual no es de mucha ayuda para identificarlo por lo abundante que es allí este apellido– y su familia, cuando yo estuve en el Seminario de Godella se portó muy bien conmigo.

Pero centrándonos en el hecho que aquí os quiero contar, os diré que en aquella ocasión en la que yo acompañé a mi padre –debía ser en tiempo de Pascua– nos dirigimos a la Plaza de los Silos para hacer volar un enorme –al menos así me lo pareció entonces– Catxirulo y cuando ya los mayores lo habían elevado lo suficiente, me ataron por la cintura el hilo –un tanto grueso y fuerte– de aquella especial y enorme "cometa" y ellos se marcharon a tomar su vermut a un bar cercano.

Al principio todo fue muy bien y yo me divertía incluso viendo volar aquel artilugio. Pero ya no lo disfruté tanto, cuando empecé a notar que el catxirulo, por la fuerza del viento que se levantó, tiraba de mí y empezaba a hacerme perder pie del suelo. Y cuando sentí que ya ninguno de mis pies pisaban el suelo, empecé a temerme lo peor y las lágrimas corrían por mis mejillas al tiempo que mis gritos atrajeron la atención de otras personas que estaban por allí, entretenidas en el mismo "deporte volador", y éstos me liberaron de las cuerdas que sujetaban el catxirulo, se hicieron con el control de la cometa y abortaron así mi vuelo.

Con los años, yo me embarqué en muchos vuelos que alcanzaron grandes alturas, pero no cabe ninguna duda de que éste de los Silos de Burjassot, aunque muy rasante, fue el primero.

IV

Mi madre era una santa

Soy consciente de que decir que "mi madre era una santa" puede sonar para muchos como una "perogrullada", porque, si bien es cierto –como escribiera Unamuno, comentando el pasaje de las mozas que atendían al Quijote malherido, en su *Vida de Don Quijote y Sancho*– que "toda mujer, cuando se siente madre, se adoncella", no es menos verdad que la "madre" representa, para la inmensa mayoría de los hijos, la imagen más cercana y palpable de lo que –en ambientes religiosos– se llama *santidad* y que, en definitiva –y hablando en humano– es la vivencia de un amor *gratuito*, lo más *exento* posible *de egoísmo,* y *generoso* hasta la donación, si es del caso, de la propia vida en beneficio de la persona amada.

¡Qué pena que el cristianismo, ya en sus primeros siglos, se empeñase por dar preeminencia a la *virginidad* en detrimento de la *maternidad*, llegando incluso a evitar toda expresión artística que representase con naturalidad la maternidad misma de María de Nazareth, prefiriendo otras imágenes –a veces edulcoradas– de su virginidad! Hasta el parto natural les producía visceral rechazo a aquellos "puritanos hasta el meollo" que, en sus elucubraciones llegaron a imaginar –¡cabe mayor incongruencia para la naturaleza– que el parto de María había sido como el de un *rayo de luz* que traspasa… –sin romperlo– *el cristal*! ¡Tanta importancia tenía para ellos el dichoso cristalito-membrana! Y es que los pobres habían demonizado hasta tal punto el sexo –el gran don otorgado por Dios a la naturaleza humana para relacionarse profundamente con los demás–, que sólo llegaban a permitir su uso –como en una especie de "mal menor"– en el exclusivo contexto de la procreación. ¡Viva la profundidad teológica! Señor Jesús, tú nunca hablaste de sexo en el evangelio, pero tus seguidores oficiales, queriendo combatirlo, lo sexualizaron todo de tal manera, que acabaron

convirtiéndolo en un *valor estrella*, aunque evidentemente fuese una *estrella sin luz*.

Pero bueno, dejando aparte todas esas consideraciones –que, no obstante, pienso que son muy importantes–, quiero centrarme ya, de una vez por todas, en la persona de mi madre.

Como ya he dejado dicho, ella perdió a su madre, al dar a luz al séptimo de los hermanos, y poco después le mataron a su padre, cuando tan sólo tenía trece años, dándole la noticia del hecho con aquel famoso "los muertos no comen". Estos y otros sucesos familiares le impidieron ir a la escuela, de modo que tan sólo aprendió a leer y, con mucha dificultad, a escribir. No obstante, conservo una carta manuscrita de ella que, aunque redactada sin casi separar las palabras unas de otras, me ha trasmitido siempre un cariño tal, que ningún otro escrito lo ha podido igualar. Toda la carta es un cúmulo de sentimientos que desbordan a las pobres y "mal escritas" palabras ¿No dicen que eso es precisamente la poesía? Sea como sea, esa carta ha sido –y continúa siendo– para mí una verdadera reliquia.

Con tan sólo trece años, pues, como os venía diciendo, mi madre quedó al frente de su familia, al haberse marchado, precipitada y clandestinamente del pueblo, sus dos hermanos mayores, Antonio y Vicente. Y, como responsable de las tres hermanas nacidas después de ella –Ángeles, María y Conchita– tuvo que afrontar el día a día de una época extremadamente peligrosa y de grandes privaciones, en la que la supervivencia era un permanente y verdadero batallar. Menos mal que al pequeño de todos –mi tío Joaquín– lo había acogido, para su crianza, una familia.

Siendo yo aún un crío, me llamaba la atención que, al ir a casa de mis tías maternas y a la de mi tío Joaquín, veía junto a la foto de mis abuelos, la de mi madre. Un día le pregunté a una de mis tías por qué tenía la foto de mi madre junto a las de sus padres y me dijo:

– *Porque tu madre, antes que ser "tuya", fue "nuestra". Ella es la que nos cuidó –a mí y a mis hermanas– cuando murieron nuestros padres. Ella, no sólo atendía y dirigía la limpieza de la casa; no sólo creaba paz entre nosotras, cuando –como es normal entre hermanos pequeños– nos peleábamos; no sólo nos cocinaba, teniendo que subirse a una silla para llegar al hornillo; sino que, además –y esto era lo más dramático– era la que tenía que ir a*

hacer la compra para conseguir los pocos productos que nos proporcionaban con la "cartilla de racionamiento".

Con el tiempo, mi propia madre me amplió esa información sobre los avatares pasados durante los casi dos años que se alargó la contienda civil en Onda:

– *Juan Antonio* –me decía– *aquellos años de la guerra fueron terribles y ojalá nunca tengas que pasar por nada parecido.*

Al principio, aún disponíamos de los pocos ahorros que tenía escondidos en casa el abuelo y con ellos íbamos comprando lo imprescindible para comer. Pero cuando estos ahorros se fueron agotando, yo y las dos hermanas que me seguían –Ángeles y María– hacíamos pequeños trabajos de limpieza o de encargos en otras casas para conseguir recursos.

Lo más triste, sin embargo, y lo que más me hacía sufrir en aquel tiempo, es que, en más de una ocasión, estando ya en fila, con la cartilla de racionamiento, para conseguir lo que aquel día se repartía, alguna de las mujeres que allí estaban, percatándose de mi presencia, gritaba, cuando ya me iba a tocar a mí: "Ha llegado la quinta columna" (Así llamaban popularmente a las personas de derechas que habían quedado en la población). *Y rápidamente, como por encanto, la encargada del reparto anunciaba que ya no quedaba nada en la tienda. Y yo, con lágrimas en los ojos y con la cesta vacía, tenía que volverme a casa.*

Terminada la guerra en el resto de España –el 1 de abril de 1939–, mi tío Antonio –el mayor de los hermanos– regresó y la situación familiar se estabilizó un tanto. Mi madre entonces –que ya tenía dieciséis años– buscó trabajo en alguna casa del pueblo y, tan pronto como pudo, entró a trabajar en la sección del pintador (donde se barnizaban artesanalmente y a mano, sirviéndose de distintas trepas, los azulejos que ya tenían la primera cocción) de una de las fábricas de la población que habían reemprendido su actividad. Con lo que cobraba, colaboraba con la economía familiar y hacía algún pequeño –más bien exiguo– ahorro. De esta época, se conserva en el Álbum familiar una fotografía suya, en la que, aparte de guapa –que eso siempre lo fue– aparece vestida con un buzo de trabajo que le confería un aire moderno y decididamente atractivo en aquellos años en lo que no era lo más común ver a una mujer vestida con pantalones.

Yo personalmente los primeros recuerdos que conservo de mi madre son los de una persona con una infinita capacidad de ternura. Era tierna en su trato con nosotros –con Ricardo y conmigo– y lo era –más extremadamente, si cabe– con mi padre. ¡Qué consentido fuiste siempre, papá! ¡Cuánta ternura, hecha capricho y mimo, por parte de mamá! Desde que nuestra economía –sin ser boyante, que nunca lo fue– pudo permitirse algunas licencias, siempre comías "a la carta". Antes de que tú abrieses la boca, ya mamá estaba haciendo realidad tus deseos. ¡Cuántas veces, dejando la comida al fuego, salió disparada a conseguirte la *moixama* (mojama), les *sardines de bota* (sardinas en saladura, que venían en embalajes, redondos de madera), els *capellanets* (pequeños abadejos secados al estilo del bacalao), la *tonyina de sorreta* (salmuera sacada de la parte más pegada a la barriga del atún), o cualquier otro capricho de última hora! ¡Cómo te gustaban, papá, los salazones, las salmueras y los encurtidos!

También recuerdo con cariño que nunca la vi enfadada. Posiblemente lo estuviera –como es natural– en más de una ocasión. Si así fue, lo disimuló muy bien ante mis ojos. Tampoco recuerdo haberle oído hablar mal de nadie ni criticar. Si acaso se permitía alguna pequeña excepción al respecto, era cuando la abuela Rosario –que vivía casi enfrente de nuestra casa, cuando nosotros nos trasladamos desde el Grupo de Viviendas Nuestra Señora de la Esperanza, a la calle Morería, n. 5– en oyendo que algún visitante entraba en nuestra casa, se precipitaba dentro, con el cubo vacío en la mano, para, con la escusa de coger agua, enterarse de todo. Vamos, para lo que vulgarmente se llama "cotilleo". En tales casos, mi madre –que siempre quiso a su suegra, a pesar de los pesares– se limitaba a decir: "Esta abuela no se pone agua corriente en su casa, para tener la escusa perfecta para curiosear todo lo que pasa en la nuestra".

Como yo salí tempranamente de la casa familiar para ir al seminario –aún no había cumplido los doce años–, me tenía, al menos así lo percibía yo entonces, un cariño especial. Con el tiempo, sin embargo, fui madurando este sentimiento de "predilección" y me fui percatando de que, quizá, la realidad no consistió tanto en el hecho de que yo fuese su predilecto, cuanto en que yo mismo –sensible a toda muestra de afecto, y más desde que en el seminario experimenté cómo se intentaba cercenar toda expresión afectiva– me sentía un verdadero

privilegiado cuando me reencontraba con mi madre. (Este tema de las "predilecciones" he tenido con el tiempo la oportunidad de profundizarlo a través de mis estudios bíblicos, llegando a la conclusión de que el apóstol Juan –aquel que se sintió especialmente querido por Jesús– no era en realidad el preferido de Jesús –que quería a cada uno con la misma intensidad, pero con amor personalizado–, sino el que en verdad se sintió preferido por Él).

A pesar de vivir lejos, desde que fui al seminario, la mayor parte del año, siempre sentí cercana la presencia de mi madre. En ella, ya adolescente, encontré en todo momento el apoyo para aquellas situaciones que me angustiaban, al pensar que sólo a mí me sucedían aquellas cosas. En todo esto –al igual que en los momentos de crisis vocacionales provocadas por el nacimiento de nuevos sentimientos que veía en contradicción con el camino emprendido desde mi temprano ingreso en el seminario– ella, como buena madre que lee los sentimientos del hijo con "esos ojos del corazón que saben ver lo esencial y relativizar, desde ahí, todo lo demás, me consolaba sin necesidad de verbalizar nada y como haciéndose la tonta. ¡Qué alivio sentía yo con aquellos abrazos con los que se serenaban –y hasta desaparecían– todas mis angustias interiores.

Hay un detalle que no quiero dejar de mencionar y que siempre he considerado como signo de especial cariño hacia mí, el hijo que vivía lejos. Tenía ella una especie de broche-medallón en cuyo centro se podía poner una pequeña, casi diminuta fotografía. Era ésta una de las pocas joyas que yo le conocí a mi madre y en ella llevó durante largos años la foto de mi padre, hasta que un día descubrí que la foto que llevaba, en aquella especie de relicario, era la mía. Asombrado, curioso y enternecido a la vez, un día le pregunté:

– *Maré, per què has posat ahí la meua foto?*

Y sin perder aquella sonrisa que parecía ya eterna y cincelada en sus labios, me respondió:

– *A ton pare i als teus germans els tinc sempre a prop. Tu eres l'únic que està lluny.*

Cuando falleció mi madre, los únicos objetos materiales que quise conservar de ella fue aquel broche-medalla y el anillo que, con los años le había regalado mi padre –con tres diminutos rubíes– para

suplir la alianza que había perdido. Del anillo, hice sacar una alianza que durante muchos años llevé en mi mano, hasta que la guardé como preciado tesoro, ante el temor de extraviarla. En cuanto a aquel medallón, tengo que confesar que me fue sustraído de mi equipaje en el traslado que realicé en 1979 desde Venezuela a República Dominicana. La culpa fue mía por incluirlo en la maleta facturada. Nunca he sentido tanto la pérdida de un objeto, y no hablo, por supuesto, del valor material, que no era ni tan grande, sino por el incalculable valor afectivo que para mí tenía. Para mí fue como perder una especie de talismán que, al tenerlo entre mis manos, me hacía revivir, con renovado cariño y cercanía, a la persona que más he querido en mi vida y por la que más me he sentido querido y valorado.

Fruto, sin duda, de su tierna sensibilidad, poseía, además, mi madre un don telepático que le hacía conocer, sin que nadie se lo hubiese comentado y ni mucho menos anunciado, cuándo yo iba a llegar de improviso a casa, de visita. Cuando tal sucedía, mi padre solía comentar al verme entrar por la puerta:

– *Juan Antonio, no creas que nos coges de sorpresa. Tu madre, que tiene algo de adivina, ya me ha dicho esta mañana al levantarnos: "hoy va a venir Juan Antonio. Voy a prepararle lo que a él más le gusta para comer".*

Ese don telepático yo mismo lo heredé de alguna manera. De hecho, cuando sonó el teléfono –tanto en Caldeiro, como en el Instituto Preparatorio de Menores en San Cristóbal-República Dominicana– para anunciarme las inesperadas muertes de mi madre y de mi padre respectivamente, su sonido entró directo a mi corazón y antes de que me verbalizasen la noticia, quienes habían cogido la llamada, yo ya la conocía y sufría en mi interior.

Otra cualidad que recuerdo de mi madre y que manifestaba, bien a las claras, su calidad humana y grandeza de espíritu era la inmensa capacidad que tenía –y esta capacidad la compartía al unísono con mi padre– para acoger con los brazos y el corazón abiertos a todo el que llegaba a casa y para agasajarlo con extremada generosidad, preparándole inmediatamente lo mejor de que disponía en su despensa para comer. Para ella, la acogida no se quedó nunca en palabras agradables y en saludos afectuosos, sino que se transformaba, de forma natural y

casi automática, en "dar de comer y beber al que llegaba, sin necesidad de que él lo pidiera o ella lo preguntara. ¿No es ésta acaso la acogida de que hablan las más antiguas tradiciones humanas –entre ellas, las bíblicas–, en las que el recibimiento del huésped está íntimamente unido al hecho de satisfacer de inmediato, con el alimento, la más elemental manifestación del instinto de supervivencia?

¡Qué pena, mamá, que te marcharas tan pronto y no continuaras siendo mi primera y principal maestra de esos valores –cristianos porque profundamente humanos– que adornaron tu persona e hicieron de ti –para mí y para cuantos te conocieron de cerca– un fiel modelo de ese *amor* –entretejido más de hechos que de palabras– que algunos gustan llamar *santidad*.

V

Mi padre, un romántico de tomo y lomo

Sí, señores y señoras, un *romántico de tomo y lomo* (o como dicen otros, simplificando la expresión, *de libro*), ése era mi padre.

Las primeras imágenes que conservo de él son aquéllas en las que, con infinita paciencia y cariño, intentaba darme de comer, y en las que –no siempre– acababa venciendo una resistencia, casi instintiva, por mi parte.

Es posible que alguna vez me castigara. Creo que no. Pero de haber sido así, yo no lo recuerdo.

Sí recuerdo, sin embargo, que, siendo yo de edad de unos ocho o nueve años, solía llevarme consigo a tomar el vermut, los domingos. No era muy abundante la toma. No podía serlo, dada la reducida economía familiar, pero era un momento entrañable, en el que yo me sentía plenamente dichoso y privilegiado, mientras saboreábamos unas clóchinas valencianas, aderezadas con salsa de ajo y perejil, o unos berberechos con su chorrito de vinagre, o unos boquerones, preparados por el mismo bar, o unas banderillas con su pimiento picante…, que solíamos acompañar bien con aceitunas rellenas "La Española", bien con unas clásicas *olives trencaes*, al estilo valenciano. Yo solía beber un choleck y él se tomaba el típico vermut italiano "Cinzano", que daba nombre a aquel pequeño refrigerio que servía de entrante a la comida que mi madre nos estaba preparando en el piso del Grupo de Viviendas Nuestra Señora de la Esperanza, dónde aún vivíamos.

Algunos domingos, salíamos con bastante tiempo de anticipación y, antes de entrar al bar que había en el *Molí de la Reixa*, salíamos por la carretera que lleva a Artana y Tales y, llegados al Convento del Carmen, visitábamos los animalitos que tenían, los frailes, disecados y expuestos

en un recinto de la clausura, al que sólo teníamos acceso los hombres. Este recinto –en el que ya entonces me llamaban particularmente la atención los fenómenos de la naturaleza expuestos: el cabrito con dos cabezas, el conejo con una oreja en medio de la cabeza…, que aún hoy atraen particularmente la atención de los niños– fue la primera expresión del famoso *Museo de Ciencias Naturales*, que, gracias al P. Anselmo Mª Coyne y a la generosidad, entre otros, de Manuel Benítez "El Cordobés", paisano del P. Anselmo, se inauguró en 1965.

Una de las cosas que más me llamaron siempre la atención en mi padre fue su cuidada caligrafía, que se expresaba en su preciosa firma y rúbrica, y su dominio de la ortografía. Y es que él, al contrario que mi madre, sí que había podido frecuentar –y con muy buenos resultados– la escuela primaria. Al parecer asistió, durante algún tiempo, a las *Escuelas del Castillo* que abrieron en el pueblo, los padres Carmelitas, en 1919 –siguiendo la pedagogía de D. Andrés Majón, asimilada en la Escuela del Avemaría de D. Miguel Fenollosa en Benimámet– y que estuvieron en funcionamiento, en su primera época hasta 1933. Lo que sí, es cierto, sin embargo, es que fue alumno de la Escuela Nacional que regentaba el maestro, Juan Bautista Giner, que tiene dedicada una calle en Onda.

También me impactó, desde la primera vez que se lo escuché, el relato que muchas veces me refirió de cómo se libró por los pelos de combatir en la Guerra Civil, que en Onda finalizó, como ya he dejado dicho, el 24 de junio de 1938. El relato que yo escuché siempre boquiabierto en mi niñez y que con el tiempo he considerado como "un hecho providencial", era el siguiente:

– *Mira, Juan Antonio* –me decía– *yo en realidad nací el 31 de diciembre de 1920, pero el abuelo Batiste, mi padre, llevado por aquello de que "es mejor ser el más viejo, que el más joven de la propia quinta", me inscribió como nacido el 1 de enero de 1921. Y lo que son las cosas, ese hecho que me había parecido algo sin importancia, lo valoré –y mucho– con el tiempo, pues, estando ya casi finalizando la Guerra Civil en la parte de Valencia, el Gobierno de la República llamó a filas, a finales de 1937, a los nacidos en 1920, que en aquel momento tenían entre 17 y 18 años, por lo que fue bautizada aquella leva como "la quinta del biberón".*

Esa "quinta" formada por muchachos, sin casi nula instrucción militar –proseguía mi padre– *fue enviada al frente de Nules a luchar contra veteranos soldados bien entrenados de las tropas franquistas, a las que debían impedir su avance hacia Valencia. ¡Aquello fue una verdadera carnicería. Casi ninguno de aquellos muchachos sobrevivió!*

Tú has nacido –concluía– *gracias al abuelo Batiste. ¡Lo que hace, a veces, un día!*

El afecto de mi padre hacia mí crecía de día en día, o, al menos, así yo lo sentía, que es, en definitiva, lo que verdaderamente importa.

Cuando, con los años, he retomado la película de los recuerdos paterno-filiales de aquella época, he llegado a pensar –y quizá no sin razón– que él, que veía que yo era un buen estudiante, por las notas que iba sacando en la escuela, quería –y soñaba de alguna manera– que yo llegase a hacer lo que él mismo –dotado de buena y sagaz inteligencia– no había logrado realizar por los avatares de la guerra. En más de una ocasión, llegó a confesarme:

– *Juan Antonio, me gustaría que tú pudieses estudiar en la Universidad. Tú sabes que tu madre y yo no tenemos dinero para financiarte, pero he hablado con el dueño de la fábrica en que trabajo y me ha prometido que, si llega el caso, te becaría. De momento, lo más importante es que apruebes el* ***Examen de Ingreso*** *para poder entrar en el Bachillerato, que podrías estudiar, yendo y volviendo diariamente a Castellón.*

Y fue así, como el curso anterior a mi ingreso en el seminario, cuando yo ni tan siquiera podía sospechar lo que estaba por suceder, empecé a prepararme, apoyado por algunos de los maestros del Grupo Escolar Baltasar Ruy Villar, donde estaba ya finalizando los estudios de Primaria, el mencionado "Examen de Ingreso", que aprobé, tras presentarme por libre en el *Instituto Ribalta* de Castellón, cuando ya mi suerte estaba echada y orientada a Godella.

Todas estas ilusiones paternas se fueron al traste, cuando yo –como en su lugar expondré con detalle– anuncié que quería irme al seminario. Creo que si, cuando esto sucedió, a mi padre le hubiesen dado una puñalada no le hubiese salido ni una gota de sangre. Así de helado se quedó, con su rostro completamente denodado. Creo –y creo que no

exagero lo más mínimo– que fue éste el mayor disgusto que yo le di en mi vida y del que posiblemente nunca llegó a reponerse del todo, por más que, tragándose, sin duda, sus sentimientos, no sólo no puso ninguna objeción a mi decisión, sino que, por el contrario, la apoyó desde el primer momento, por más que, dado su carácter "socarrón", y un tanto picaresco, hiciera de ello más de un comentario jocoso en algún momento, como en su lugar diré.

De mi época de seminario, recuerdo con qué cariño e ilusión venía a verme –a veces solo, y la mayoría de ocasiones acompañado de mi madre– los domingos que tocaba visita. Y como eran los dos tan buenas personas, acabaron por meterse en el bolsillo a aquellos frailes –oteadores de vocaciones– que, cuando iban por la zona de Onda, acababan hospedándose en mi casa. Testigos de ello, fueron sucesivamente los padres José Deusa, José Costa y Ricardo Ollacarizqueta. Pero no sólo a éstos les ganaron, mis padres, el corazón, sino también a otros muchos de los que fueron mis educadores. Además, como para entonces mi padre ya era encargado de personal en la fábrica y persona de confianza del dueño y podía, por ende, conseguir buenas gangas en el precio de los azulejos, allá que iban los frailes a pedirle al "tío Batiste", *taulellets a bon preu*. Habían pasado ya muchos años –tantos como unos cincuenta– y fray Francisco Carretero –ya en la Enfermería de Godella y cuando parecía que difícilmente pudiera recordar algo– al verme por ahí, me solía decir: "¡Qué buena persona era tu padre!" Y añadía: "Los azulejos del claustro –cuyo diseño realizó personalmente– y otros que había en el hall y pasillo de entrada, los conseguimos a muy buen precio gracias a él".

Y fue así como mi padre, que no era, ni mucho menos, quien más se había alegrado con mi decisión de ingresar entre los amigonianos, acabó ganándose –por su sencillez, llaneza y bondad natural– el afecto de muchos de los frailes que pasaron entonces por el seminario. Y a mí, aunque había seguido un camino distinto al soñado por él, no me trató por ello con menos afecto con que lo había hecho hasta mi entrada en Godella. Es más, fue precisamente él, quien, siendo contrario a mi determinación, más me animó, a la larga, a ser consecuente con el camino emprendido, como claramente se deja ver en esta anécdota que, a continuación, os trasmito:

– Tenía yo diecisiete años cumplidos, cuando –durante las vacaciones de verano, tras haber finalizado sexto curso de Humanidades y en vísperas de ir ya al noviciado– mi vida entró en crisis y, como suele suceder en tales casos, lo primero que uno pierde –como me sucedió a mí– es la claridad ante el futuro más inmediato.

A mi estado de ánimo contribuiría –y no poco– el hecho de que se había cruzado en mi camino una muchacha por la que yo me sentía, ya desde las últimas vacaciones de Navidad, muy atraído. Y habíamos comenzado una relación que muy bien pudiera calificarse de noviazgo.

Todo esto, como es natural, provocaba en mi interior esa eterna lucha que suele entablarse entre la *ética del amor*, por su naturaleza espontánea y libre, y la *ética del deber moral*. Y la desazón que experimentaba trajo, entre otras consecuencias, el hecho de que yo dejase de ir diariamente a misa, como siempre se nos encarecía en el seminario al salir de vacaciones.

Y un día, mediado ya el período vacacional, en que yo seguía retozando tan ricamente en mi cama, mi padre, que debía estar ya bastante mosqueado por lo que venía observando, me dijo:

– *Oye, Juan Antonio ¿tú no tienes que ir a misa todos los días, como hacías hasta ahora en vacaciones?*

Y yo con tono displicente del adolescente que se siente contrariado y amenazado en sus "rolletes", le contesté:

– *Sí, pero déjeme en paz. No tengo ganas. Estoy cansado y para unos días que puedo dormir un poco más, quiero aprovechar la ocasión… Además ¿qué más le da que vaya o no vaya a misa todos los días, cuando usted hace ya años que no va a ninguna?*

A todo esto, mi madre que estaba escuchando la conversación-regañina y que, sin habérselo yo dicho, debía conocer, quizá mejor que yo mismo, mi conflicto interior, terció así:

– *Deixa al xiquet. Deixalo dormir i que descanse ara que pot.*

Pero en esta ocasión, mi padre no cejó en su propósito y, con una seriedad, no exenta, sin embargo, de una ternura que yo, obcecado en mi cabezonería, no supe ver entonces –o no quise ver–, añadió:

– *Juan Antonio, tú ves que tu hermano Ricardo y yo, cada día, aunque nos cueste levantarnos, madrugamos para ir a trabajar,*

porque es nuestra obligación. Tu obligación, como seminarista, es ir diariamente a misa. Si a mí me dices que no quieres volver al seminario, me harás muy feliz, pues sabes que, respetando tu decisión, consentí que fueses allí, aunque no era eso, ni mucho menos, lo que yo soñaba para ti. Pero si quieres volver, tienes que ser consecuente. Porque los hombres tienen que ser consecuentes con sus decisiones.

¡Qué gran lección, me diste, papá, ese día, a pesar de que me levantara refunfuñando y "cabreado"! Lo que ya no sé si mi cabreo de ese día era contigo, con todo el mundo, o conmigo mismo. Quizá un poco de todo.

Cuando yo canté mi primera misa, mi padre –sumido, como toda la familia, en el inmenso dolor que nos había producido la muerte de mi madre, con tan sólo 50 años de edad y cuando faltaban dos meses y medio para el acontecimiento– accedió a ser mi padrino. Con entereza y dignidad aguantó, en primer plano, una ceremonia a la que él no era, ni mucho menos, asiduo asistente. La víspera de este acto –el 7 de diciembre de 1973– se había distraído bastante, cuando, en el ágape que hubo tras mi ordenación sacerdotal, se entretuvo hablando amigablemente con el obispo mercedario que me ordenó –Don Amadeo– que casualmente había entrado en Onda con las tropas franquistas en junio de 1938, en calidad de capellán castrense.

Pasados unos tres años desde mi ordenación –y casi ya en vísperas de marchar destinado a República Dominicana–, mi padre me dio estos tres consejos, que fueron su verdadero testamento para mí y que ya entonces me dejaron descubrir en él –y con el tiempo me he afianzado todavía más en mi creencia– a una *persona profundamente humana*, que, precisamente por su entrañable humanidad, sin ser religioso, era profundamente espiritual:

– *Juan Antonio,* –me dijo en primer lugar–, *como sacerdote defiende siempre a los pobres. Los ricos tienen a muchos que los defienden, los pobres muy pocos.* (Y es que él, pobre como fue, siempre tuvo la compasión por los necesitados como una prioridad en su vida. Y a veces he llegado incluso a pensar que si algo temió en verdad, con mi ida al seminario, es que allí me olvidara de mis orígenes y me volviera un engreído y engolado por el saber o el tener. Algo

de esto expresó de alguna manera en esta anécdota que sucedió en una de mis vacaciones familiares: "Mi padre valenciano hasta la médula, tenía en gran honor y gloria el expresarse en *valencià*, en un tiempo en que la intelectualidad y burguesía de la región tenía a gala hablar en castellano, como si esto les hiciera más cultos e importantes. Y sucedió, que un día, yo, obligado a hablar en castellano en el seminario, le pedí a mi madre en lengua castellana un determinado plato para comer. Mi padre que oyó aquello, saltó como impelido por un resorte:

– *No li faxes res, fins que no el demane en valencià. Estos frares acabaran per fer del xiquet, un senyoret*).

– *Si alguna vez* –me continuó diciendo aquel día testamentario–, *por las debilidades humanas, que yo* –añadió con énfasis– *sé que las tenéis por muy curas que seáis, aunque no las queráis reconocer, sucediera que tienes un hijo y tú no lo pudieras cuidar, por favor, no lo dejes nunca abandonado –que eso sí que es un gran pecado–, tráemelo a casa, que yo lo cuidaré y educaré.*

– *Y nunca, nunca, nunca* –acabó diciéndome con especial tono– *te fíes de los "beatos". Son aún peores que las "beatas". Aparentan que son buenas personas y detrás de su zalamería –que la tienen para dar y vender– esconden su mala y maliciosa intención.*

¡Cuánto me han servido, papá, tus consejos! El segundo no he tenido que seguirlo, pues no se ha dado la ocasión. El primero lo he intentado seguir siempre a rajatabla y cuando he tenido algún cargo de responsabilidad –especialmente cuando he sido administrador– he procurado en todo momento y ocasión atender, de modo particular, a los más necesitados y sencillos. No sólo les he puesto sueldos por encima de lo estrictamente legal, sino que he procurado tratarlos con toda dignidad y respeto a sus derechos personales, y así lo he exigido a quienes se veían superiores a ellos, que son más que los que uno en un principio pudiera imaginar, pues, como decía un amigo: "en este mundo, le pones a uno una gorras de plato y enseguida se cree capitán general. Y, por supuesto, ¡qué razón tenías al aconsejarme que no me fiara nunca de los "pelotas", zalameros, beatos…, que, al fin y al cabo, pertenecen todos a la misma tribu.

Pero, con ser muchas y grandes las lecciones que mi padre me dejó –y aquí no he hecho, sino enumerar una pequeñísima parte de ellas– la mayor fue la del cariño, la ternura y el amor con que siempre trató a mi madre. Para él nunca hubo otra mujer que "su" Carmen. Y cuando ella murió, también él empezó a morir.

Y como prueba de ese *amor eterno*, que lo fue para siempre, os comparto estos dos momentos:

Pasados ya tres años del fallecimiento de mi madre, en una de las épocas en que yo regresé a la casa familiar de vacaciones, fue tanta la tristeza que me produjo el ver a mi padre cocinar –cuando él nunca se había acercado a un hornillo mientras mi madre vivió– y esmerarse por mantener la casa limpia y en orden, que, llevado por la piedad filial, se me ocurrió decirle:

– *Padre ¿por qué no se busca una mujer que sea su compañera, ya que usted todavía es joven (tendría unos cincuenta y cinco años).*

Ante mis palabras, su reacción hacia mí, por primera vez que yo recuerde, fue un tanto violenta:

– *Nunca… ¿lo entiendes, Juan Antonio? ¡Parece mentira que tú me digas esas cosas! Con la muerte de tu madre, para mí se acabaron las mujeres. Yo lo único que pido es que me podáis enterrar con ella.*

Poco después de todo esto, yo marché ya a América y al despedirme simplemente me dijo proféticamente:

– *Juan Antonio, ya no nos veremos más.*

Cuando se cumplía más o menos un año de mi estancia en tierras americanas, se cumplió también –el 24 de septiembre de 1978– el quinto aniversario de la muerte de mi madre.

Ese mismo día, mi padre reunió en casa a mis hermanos Ricardo, Enrique y Mª Carmen y les dijo escuetamente:

– *Hoy se cumplen cinco años desde que enterramos a vuestra madre. A partir de hoy, la ley permite ya que me podáis enterrar con ella.*

No habían pasado ni dos meses y medio desde aquella reunión cuando el 4 de diciembre de aquel mismo 1978, un infarto fulminante se lo llevó.

Yo, destinado entonces al Colegio Luis Amigó de Caracas, estaba circunstancialmente de visita en República Dominicana y no pude llegar a tiempo para su entierro, ni pude ver los restos de mi madre, que, al decir de mis hermanos, se encontraba enterita.

Yo no llegué, pero él había alcanzado el sueño de estar de nuevo junto a su mujer.

No cabe duda de que mi padre fue un *romántico de libro*.

VI

Mi pueblo era un polideportivo

Cuando yo era pequeño no conocía la importancia histórica de mi siempre querido pueblo natal, Onda. No sabía ni que había sido un poblado íbero, ubicado en el *Torrelló*; ni que los griegos la habían llamado *Sepelaco* o que los romanos la habían fortificado, como atestigua aún hoy la Atalaya; ni que en algún tiempo había tenido una salida al mar, como dejan constancia, según el historiador Viciana, los restos del *cargador de Onda*, ubicado junto al alto del *Cabeçol* en el término municipal de Burriana; ni de la gran importancia que tuvo en la época árabe, en la que fue cuna de famosos personajes, tales como *Ibn -al Abbar*, *Mohamed ben Ahmet ben Jalat ben Vives Alabdari* –que debió ser un antepasado mío– o el mismo *Zayyan ibn Mardanish*, último rey moro de Valencia.

Tampoco tenía noticia de que Onda aparecía en el *Cantar del Mío Cid*, ni de la valiente resistencia de sus gentes a abandonar la Corona de Aragón para pasar a manos del Duque de Villahermosa, sobrino del Rey D. Fernando el Católico…

Ni tan siquiera conocía la importancia de "nuestro Castillo" el de las "Trescientas torres" y al que nosotros de pequeños, dejándonos llevar por aquello de que "tenía tantas torres como días tiene el año", atribuíamos "trescientas sesenta y cinco".

No conocía –digo– la importancia de nuestro Castillo, aunque lo había escalado varias veces, como tampoco había descubierto la belleza de algunos lugares que recorría a menudo, como: la *Font de dins* –después, con los años supe de su importancia arquitectónica y que se llamaba *Plaza del Almudín*–, el *Portal de Sant Pere*, *L'Església de la Sang*, la *Font del Sabater*, els *Arrabals del Castell*, el *Barri de la Morería*, la *Porta del Sol*, la *Safona*, el *Raval*, el *Pla*, la *Casa LaVila*…

En fin, no conocía nada de eso, pero, además, en aquellos años no me hacía falta conocerlo para apreciar entrañablemente mi lugar de origen.

Onda era, en aquellos años de mi niñez, mi *universo* y llegaba a pensar, por ejemplo, que cuando en Onda llovía, llovía en todo el mundo. ¡Me parecía tan grande, tan enorme y, sin embargo, no era sino un tercio, más o menos, de lo que es en la actualidad! Tenía –cuando yo nací en 1948– unos 8.696 habitantes, frente a los 24.856 que alcanzó en el censo de 2016.

Onda era, pues, mi universo y algunos de sus lugares me resultaban ya entonces emblemáticos: la *calle Cervantes* en la que había nacido y en cuyo entorno pasé los mejores momentos de mi "dulce niñez", como canta nuestro himno al Santísimo Salvador, y el *Barrio de la Morería*, donde vivía mi abuela (¡cómo me fascinaba ya entonces, la bifurcación que se produce en él, a partir de la Ermita de San Vicente, entre la calle *Morería*, y la *Costera dels morts*! ¡ cuánto me atraía y asustaba a la vez, el *Matadero Municipal*, ubicado antes de la bifurcación del barrio y que hacía pared con el huerto que tenía la casa de mi abuela! ¡con qué curiosidad veía bajar –sin percatarme de la tragedia que muchas personas estaban viviendo– los féretros, llevados a hombros y acompañados por el clero, que se internaban por la empinada *Cuesta* –conocida popularmente por ello, como "de los muertos"– para torcer, al final de la misma, hacia la derecha y emprender así ya el camino que, cruzando el río Sonella por el puente antiguo, finalizaba a las puertas mismas del Campo Santo).

También me fascinaban, ya entonces: los *Arrabales del Castillo*, donde vivían varias de mis tías y a donde, religiosamente, me acercaba los domingos para recibir la "paga", y la *Iglesia Parroquial* –que me parecía enorme– en la que me preparé e hice la *primera Comunión* (del *bautismo* y de la *confirmación* no digo nada, pues, si bien sé que las hice aquí, no tengo ningún recuerdo, dada mi corta edad). Por cierto, para la catequesis de primera Comunión –y esto sí que lo recuerdo con total nitidez y alegre nostalgia al mismo tiempo– bajábamos en doble fila, y acompañados por alguna catequista, desde el Grupo Escolar Baltasar Ruy Villar hasta el templo. Íbamos cantando distintas canciones, populares y religiosas a la vez, entre las que recuerdo con especial cariño la que decía:

No hay reloj sin relojero.
No hay mundo sin Creador.
El reloj lo hizo el hombre,
El mundo lo hizo Dios.
Tic-tac, tic-tac.

Posiblemente este canto debió coincidir, en más de una ocasión, con la visión del gran y artístico reloj cerámico que anunciaba la relojería Momplet –la que se encontraba a medio camino entre la Plaza de Raval y la Cruz de los Caídos, ubicada enfrente de los porches en que se encontraba la ferretería Salvia–, pues, cuando ya de mayor, visitaba la población y veía el mencionado reloj, venía a mi mente, como de forma automática, la canción del "No hay reloj sin relojero…".

Me atraían, a pesar de mi corta edad, las *ferias taurinas* que se celebraban en nuestras calles, con gran participación de aficionados. Especial interés suscitaban, entre los ondenses, los toros que se soltaban en la Feria principal de la población –en el mes de octubre–, pues los toros iban por un circuito que recorría las principales calles y plazas del casco antiguo: el Pla, El Raval, Porches, Puerta del Sol, calle San Miguel… Había también distintos festejos taurinos en otras barriadas: Barrio de San Pedro, Barrio San Joaquín… Pero, para mis ojos de niño, ninguna, como la *Feria taurina del Barri de la Morería*, a la que asistía, desde las balconadas naturales que tenía la huerta de la casa de mi abuela. (Con tales raíces, no es de extrañar que en la actualidad sean muchos los ondenses que acuden a los encierros de San Fermín en Pamplona y hayan organizado incluso, en la población, un recorrido similar para hacer espectaculares entradas de toros durante la *Fira d'Onda*).

También me encantaban las fiestas folklóricas que se vivían en distintas épocas del año. ¡Con qué ilusión, salíamos los niños, en Navidad a recorrer las casas del entorno, pidiendo el aguinaldo, mientras cantábamos aquello de:

Esta casa està pintada
de costelles de rossí.
Tira coques, tira rollos,
no m'en aniré d'açí.

Otra, más popular aún y que no sé por qué se metía con el farmacéutico y que resultaba muy jocosa para nosotros, los niños, cantaba:

Esta nit fa bona nit
i demà farà bon sol
la filla del boticari,
sa cagat en el llançol.

No menos entrañables resultaban las fiestas de Pascua Florida, cuando, en familia o en cuadrilla de amigos, íbamos, entre cantos y danzas, a las eras, donde se molía la arcilla, a comernos la *mona* y a volar el *catxirulo*. Aún recuerdo que más de una vez canté entonces, sin descubrir aún, en mi inocencia, el doble sentido:

Un dia de Pasqua
un xiquet plorava,
perquè el catxirulo,
no se li empinava.
La tarara, sí, la tarara, no…

No he olvidado tampoco los farolillos que realizábamos, a la entrada del verano, con pequeñas sandías, a las que, tras extraer la pulpa, hacíamos, raspando sus paredes, distintas figuras que después se traslucían con el resplandor de la vela encendida que colocábamos en su interior. ¡Qué contentos íbamos con nuestros farolillos –que sujetábamos y agitábamos con los tres cordeles que les atábamos– cantando por las calles.

El sereno i la serena
s'en anaren a peixcar
i peixcaren una anguila
a la vora de la mar

Y ¿cómo no mencionar la romería que, entre el 5 y 6 de agosto, hacíamos a la *Ermita del Salvador* para celebrar su fiesta grande? ¡Con qué emoción, cantábamos, a pulmón batiente, aquello de:

Mostremos, ondenses, la fe y el cariño
que el alma atesora
y el pueblo heredó.
Al rico venero de paz y ventura,
la imagen bendita
del gran Salvador.
Hoy es día de alegría
y de gozo singular…/…/…

Bulliciosa y alegre resultaba también la fiesta de la Virgen del Carmen en el mes de julio, cuando el pueblo, en masa, se trasladaba al Convento de los Carmelitas. No faltaban allí las típicas casetas de dulces y pequeños juguetes que tanto cautivaban a los niños y a los no tan niños.

Por supuesto me causaba asimismo gran admiración –como supongo que les pasaría a todos los niños de mi época –la marcha serpenteante, a la salida del pueblo, de la *Panderola* –el Tranvía a vapor, de vía súper estrecha –0,80 m.– que, desde 1890 a 1963 unió a Onda con el Grao de Castellón, pasando por Betxí, Burriana, Villarreal, Almassora…

Aún recuerdo haber viajado varias veces en ella, sobre todo en compañía de mi abuela Rosario. Era un placer hacerlo. Algunos se colocaban en los primeros vagones, se bajaban a coger naranjas, cuando era la época, y aún les daba tiempo para subirse tranquilamente en algunos de los vagones de cola. Tan lenta era la Panderola, que algunos, con un tanto de socarronería, la bautizaron como "el tren que vola".

La verdad es que la Panderola, por su encantadora estampa, muy bien podría haber figurado entre las atracciones de Disneylandia.

A mí, de pequeño, su maquina motora me parecía enorme. Después, cuando la contemplé –ya de mayor– en el Paseo Ribalta de Castellón, me pareció una miniatura. Y en esta ocasión, me entristeció profundamente contemplar su deterioro. Menos mal que, por fin, se decidió su traslado a un museo, pues siempre fue una pieza museística.

Pero lo que recuerdo de Onda, con mayor viveza y nitidez, si cabe, son los juegos que tenían como escenario la población entera.

Hoy en día, muchos pueblos presumen –y está muy bien– de tener amplios y modernos *Polideportivos*. Cuando yo era pequeño, en mi pueblo existía –es verdad– el Campo de Fútbol *La Cosa*, situado en la falda de la Serratella, y casi en frente del mismo estaba el *Trinquet* de Pirri, al que acudían los aficionados a la *Pilota valençiana*, que no eran pocos. Eran –creo– las únicas instalaciones deportivas, propiamente dichas, del lugar. Nosotros –los niños– sin embargo, no echábamos en falta otras instalaciones destinadas al deporte, pues *todo el pueblo era entonces un amplio polideportivo*:

- En sus eras o calles poco transitadas, jugábamos al fútbol.
- En cualquier esquina, poníamos en acción los típicos juegos de entonces: *Xurro-mediamanga-mangotero*, el *Pañuelo*, el *Tres en raya,* el *Escondite*…
- En cualquier espacio un poco más amplio, jugábamos: a las *canicas* (al principio de barro, después ya de cristal), a la *trompa* o peonza, a los *bufos*, a las *tabas*, a la *billarda*…

– Y hasta jugamos, en más de una ocasión, a guerra, intentando, los de la parte baja del pueblo, conquistar el Castillo. Como es natural, solían ganar los de arriba y más de uno de los de abajo regresábamos, escalabrados, a casa. Normalmente, estas guerras eran esporádicas, pues a las heridas sufridas en "el frente", solían unirse las azotainas que nos propinaban nuestros padres, cuando se enteraban de nuestras "hazañas bélicas". Y eso era suficiente para enfriar, por un tiempo, las ansias guerrilleras.

VII

Mi abuelo siempre perdía

Aún no os he presentado a mi abuelo *Batiste* –el marido de la abuela Rosario, el padre de mi padre y el único abuelo que conocí, pues a mi otro abuelo materno, como ya os he contado, lo mataron en la guerra– y ya iba siendo hora de que os lo presentara.

Era, mi abuelo Batiste, la persona más pacífica y bondadosa que os podáis imaginar. Verbalizaba muy pocas cosas –a veces he pensado que callaba para dar más espacio a su mujer, a la que le encantaba charrar–, pero su mirada –con esos ojos azules, que muchos decían que yo había heredado de él– y sus gestos eran una continua trasmisión de sentimientos.

¡Cuánto me sentí querido a través de los locuaces silencios de mi abuelo Batiste!

En mis frecuentes visitas a su casa, en la Morería, me encantaba jugar con él a las cartas. El juego preferido era la *brisca*. ¡Cuántas trampas le hacía! Al robar del mazo, siempre miraba, yo, la carta que venía después y, si era buena, hacía lo posible para ganar la mano y, de lo contrario, por perderla. Así se explica que *él siempre perdía*.

El caso es que él se quedaba contento y no daba señales de no querer seguir jugando, y yo, más contento todavía, seguía con mí táctica tramposa con el convencimiento de que el abuelo no se enteraba y yo le engañaba. ¡Qué infeliz era yo! Con el tiempo, me fui percatando de que no era él el engañado, sino que el engañado era yo. ¡Cuánta silenciosa pedagogía la de mi abuelo, que conseguía tenerme contento y entretenido, mientras que él disfrutaba de mi compañía y sonreía con mis ocurrencias infantiles!

Aparte de ese gran recuerdo que siempre me acompañará de mi abuelo Batiste, hay una anécdota que no quiero dejar en el olvido, pues trasmite rasgos importantes, no sólo de él, sino también de mi abuela y de mi propio padre.

Tuvieron, la abuela Rosario y el abuelo Batiste, tres hijos (un cuarto, que era niña, no llegó a sobrevivir). El mayor de ellos era mi padre; después venía el tío Salvador y el tercer lugar lo ocupó mi tía Rosarito. Y el líder entre ellos era, sin lugar a dudas, mi padre. Y no tanto por ser el mayor, cuanto porque, en su rica personalidad, disponía de muchos recursos, entre los que no era el menor su "socarronería" y fina ironía, que le hacían convertir en risibles las cosas más serias. Era capaz de hacer chiste de cualquier situación, abordando así temas que, de otra manera, difícilmente se hubieran tratado.

Dada la capacidad natural de liderazgo de mi padre, el tío Salvador siempre acababa secundando, cual laico monaguillo, sus salidas. Por supuesto, mi tía Rosarito se mantenía al margen, pues conocía, más que de sobra, las salidas de los dos.

A los dos hermanos, les gustaba meterse mucho, en plan de broma, con su madre, la abuela Rosario, que, por el contrario, no tenía demasiado desarrollado el sentido del humor. Y un día se metían con sus grandes orejas –que en verdad las tenía–; otro, centraban sus comentarios chistosos, en la charlatanería de la abuela, que ciertamente era proverbial; otro más, en intentar averiguar quien era, para ella, el preferido de los tres hijos… En fin, lo importante para ellos era comprobar cómo sus bromas acababan por despertar el vivo genio de la abuela, que siempre acababa saliendo a relucir.

Y fue en una de esas ocasiones, en la que se produjo la anécdota que ahora os quiero trasmitir.

Un día, en su intento por "pinchar" a la abuela Rosario, mi padre, secundado ciegamente una vez más por mi tío Salvador, empezó a contar, haciendo referencia al tiempo en que el abuelo había estado trabajando en su juventud, como emigrante, en Francia:

– *¿Sabía, usted* –le decía a mi abuela– *que mi padre, estando en París, visitó el* ***Moulin Rouge****, y vio bailar a las cabaretistas el atrevido y descarado baile del Can-Can?*

Y la abuela Rosario –que estaba ya de vuelta en la vida–, lejos de sentirse aludida o de enfadarse por una historia que su propio marido le había contado a ella antes de cometer el "error" de contársela a sus dos hijos, sabiendo lo irónico que era mi padre– lejos de enfadarse, interpretó el hecho como un cumplido hacia su marido e incluso como

un motivo de orgullo para ella misma, y respondió con tono altanero, mientras agitaba su largo y negro cabello como en rebolera, chispeaba sus pequeños, pero muy expresivos ojos, y levantaba, aún más, las ya de por sí grandes orejas:

– *Pues sí* –les dijo a los dos hermanitos confabulados– *¿Y qué pasa? Muy bien que hizo, que para eso era joven. Además, ya quisierais, vosotros dos, ser la mitad de buenos mozos ("templats", en valenciano), que fue vuestro padre.*

Y dando media vuelta, como diciendo toreramente: *Ahí queda eso*, dio por zanjada la cuestión.

La verdad es que esta anécdota no se produjo tan sólo en una ocasión, sino que se convirtió, de vez en cuando, en motivo recurrente de mi padre y de mi tío para meterse con la abuela, pero indefectiblemente la respuesta de ella fue siempre la misma, saliendo, a brazo partido, en defensa de su marido y de su propia dignidad de esposa.

¡Qué grande eras, abuela! También, tú, traspirabas humanidad y normalidad!

¡Y qué grande fuiste también tú, abuelo, que siempre pudiste decir, sin necesidad de usar palabras: "*Qué me quiten lo bailao*"!

VIII

A punto de ser inglés

Vivíamos ya –según creo– en el Grupo de Viviendas Nuestra Señora de la Esperanza, cuando sucedió el hecho que os voy a contar y que a punto estuvo de dar un giro copernicano a mi vida y a la de mis padres y mi hermano Ricardo.

Aunque no había podido seguir estudiando, a causa del inicio de la Guerra Civil, mi padre –que era hombre de clara inteligencia y de recursos prácticos– se fue abriendo poco a poco camino en su vida laboral y alcanzando merecidos reconocimientos en las fábricas de azulejos en las que trabajó.

El hecho al que me voy a referir sucedió cuando mi padre trabajaba aún en la fábrica *La Glorieta*, ubicada en la calle Cervantes y en frente de la casa en que nacimos Ricardo y yo. La fábrica era propiedad de los hermanos Ballester Vidal –Antonio y Salvador– que apreciaban mucho a mi padre.

La razón fundamental de ese aprecio radicaba en que mi padre, al tiempo que desempeñaba un buen trabajo como encargado de personal, había llegado a convertirse –gracias a su interés por estar siempre aprendiendo como buen autodidacta– en un gran especialista en la combinación de las distintas materias primas –minerales que se encontraban, por lo general, en las mismas canteras de Onda de las que se extraían las arcillas– para conseguir los diversos colores que se empleaban en los esmaltados.

Entre todos los colores que fabricaba, había uno –especialmente difícil de lograr– en el que era un gran especialista.

Se trataba del color *negro*. Nadie lo conseguía con la intensidad de brillo con que lo lograba, mi padre, de forma completamente artesanal.

A tanto llegó la fama de aquel color así logrado, que un buen día se presentaron en la fábrica, comerciales de una famosa firma inglesa

–me parece recordar, aunque no con absoluta claridad que se trataba de la *Black and White*– que estaba empeñada en conseguir su fórmula para fabricar aquel color a nivel industrial.

Puestos al habla con mi padre, los comerciales le ofrecieron comprarle la fórmula que él aplicaba para conseguir el color negro, o un contrato bien remunerado para trasladarse al Reino Unido con la familia y trabajar allí para su firma comercial. Esta última oferta incluía vivienda –a cargo de la empresa– para la familia.

A la primera parte de la oferta, mi padre se negó rotundamente, alegando que "sus" fórmulas de color –que él conservaba como "oro en paño", escritas en una pequeña libreta de tapas negras– no las vendía por nada del mundo, pues se sentía depositario de fórmulas cuasi ancestrales que él había heredado y, con el tiempo y la práctica, había ido perfeccionando, y que, por lo tanto, formaban parte, de alguna manera, de su patrimonio.

En cuanto a la segunda parte de la oferta, les dijo que primero debía consultarlo con su familia. Y empezó así una especial y singular "rueda de consultas".

La primera persona a la que consultó, como era natural, fue a mi madre, quien, sin pensárselo dos veces, le dijo con rotundidad que sí, que adelante.

A Ricardo y a mí, como pequeños que éramos, no nos consultó "formalmente", pero supimos, a través de mi madre, la propuesta y recuerdo que –quizá contagiados por la ilusión que veíamos en ella– también llegamos a ilusionarnos mucho:

– *Allí nos decía, ella, como sois tan rubios, nadie notará que sois extranjeros, aprenderéis pronto a hablar inglés y conoceréis nuevas personas y lugares. Empezaremos todos de cero.* (Qué ganas debía tener, la pobre, de liberarse de la presión que la familia paterna ejercía, a veces en demasía, sobre las decisiones de nuestro propio hogar!).

Y, animados por mi madre, Ricardo y yo ya casi nos veíamos embarcando rumbo a Inglaterra, de la que conocíamos poco más que la historia de Ricardo Corazón de León y de Juan Sin Tierra, que habíamos leído en los tebeos y que nos había cautivado especialmente, por llamarse el rey "bueno" igual que mi hermano.

La "ronda de consultas", sin embargo, no había hecho sino comenzar y llegó el turno de pedir la opinión de la familia de mi padre que era con la que manteníamos entonces una mayor relación.

Y nos juntamos en la casa de mi abuela Rosario, en la Morería –que era el lugar de los importantes "concilios familiares"– mi padre, mi madre, la abuela –el abuelo Batiste que aún vivía, debió permanecer callado, como era, por lo general, su estilo–, el tío Salvador y la tía Rosarito. ¡Ah, también asistimos Ricardo y yo, que, aunque simulábamos estar ausentes con nuestros juegos, prestábamos oído a todo lo que se decía.

Nada más exponer, mi padre, el motivo de la consulta, la reunión se convirtió en un drama, casi rayante en tragedia.

La tía Rosarito, que era fácil en soltar sus lagrimitas, lo hizo con especial intensidad.

La abuela, asustada posiblemente por la propaganda católico-nacionalista del momento, para la que los ingleses –los hijos de la "pérfida Albión", como la calificara un famoso comentarista deportivo– eran casi tan "malos", como los rusos, que indudablemente ocupaban, para dicha propaganda, el primer lugar en el escalafón demoníaco de la maldad, soltó enseguida:

– *No te fíes* –le decía a mi padre– *tan pronto como te saquen el secreto del color, te mandarán de vuelta y sin dinero. O te meterán en la cárcel.*

Y continuaba con toda otra serie de anunciadas desgracias que iban creciendo en intensidad trágica.

El tío Salvador –un típico germanófilo de la España "azul"– que, en los momentos solemnes –y éste para él lo era, y mucho– solía hablar un tanto engoladamente y como escuchándose a sí mismo, añadió:

– *Vosotros veréis* –refiriéndose a mi padre y a mi madre–, *si fuera a Alemania, yo os diría que sí, pues son gente de fiar, pero de los ingleses, no me fío. Mirad lo que pasa con el Peñón. Se apoderaron de él hace más de doscientos años y no lo sueltan.*

Y así, entre llantos y predicciones de desgracias, transcurrió aquella reunión, que acabó siendo una verdadera velada, pues se alargó más de lo previsto.

A mí, como oyente, lo que allí se habló me cayó como un "cubo de agua fría", que amenazaba seriamente las ilusiones que había comenzado a hacerme de *ser inglés*.

Como era de temer –al menos para mi madre y para nosotros dos– el sueño de cambiar de aires se esfumó bien pronto.

Mi padre que, para algunos casos dependía demasiado de "su" círculo familiar, replegó las velas que –creo– no había llegado a desplegar nunca del todo. Y el sueño que pudo ser se terminó. Quizá nunca, como en esta ocasión, vi a mi madre tan contrariada.

Mi padre continuó, pues, yendo a trabajar –como si nada hubiese pasado– a su fábrica *La Glorieta*, que con el tiempo cambió por *El Bólido*, propiedad también de los Ballester Vidal, y situada junto a la carretera Villareal-Onda, cuando ya ésta casi empieza a internarse en la población. Aquí continuó dedicado especialmente a la combinación de minerales para seguir logrando los distintos colores de esmaltado.

Yo aún recuerdo haberlo acompañado varias veces, durante las vacaciones veraniegas de los primeros cursos de Seminario, a *El Bólido* y allí, en el piso superior, en una habitación con ventana a la carretera –que en 2018 todavía se conservaba, aunque destartalada y, por supuesto, sin cristales– le acompañaba en las mezclas que hacía, aunque previamente me obligaba a ponerme –y esto contribuía a que me sintiera importante– una mascarilla de esponja, como la que él se colocaba, para evitar que el polvo resultante de las mezclas dañase bronquios y pulmones.

¡Papá, aquellas mascarillas no servían para nada y tú, con el tiempo, lo supiste mejor que nadie, pues tuviste que jubilarte anticipadamente aquejado por la *silicosis*!

Pasados los años, en más de una ocasión, mi hermano Ricardo y yo, retomando la oferta inglesa que le habían hecho a mi padre, nos decíamos:

– *Si el padre se hubiera decidido a ir a Inglaterra, hoy nosotros seríamos ingleses, seguramente nos habríamos casado allí y nuestra vida sería completamente distinta…*

También yo solo me he hecho y respondido varias veces en mi interior la misma cuestión, partiendo del hecho de que, si en esa encrucijada de mi vida mis padres se hubiesen decidido a emigrar, yo ni hubiera conocido muy posiblemente a los amigonianos, mi itinerario vital hubiese sido completamente distinto y no hubiera tenido nunca los amigos y una parte muy querida de mi familia que ahora tengo… Y suelo concluir así:

– *¿Hubiera sido mejor mi vida? Es posible* –me respondo yo mismo– *que sí, pero es posible también que no. Lo verdaderamente importante es que yo he sido y continúo siendo feliz con mi realidad actual. Y esta realidad personal que es la esencia de mi yo, contenida en el "disco duro de mis sentimientos", no la cambio por nada.*

Pude ser inglés, pero soy feliz con lo que he sido.

IX

Mis maestros, unos sabios

Mi primera escuela –según los más antiguos y difuminados recuerdos que conservo, y éstos más en mi mente que en mi corazón– fue el parvulario que las Hermanas de la Consolación tenían en el *Pla*.

Me viene a la mente, por ejemplo, la estampa de las monjas con sus hábitos que les llegaban hasta el suelo y que no permitían ver sino las manos y lo imprescindible del rostro, es decir: ojos, nariz y boca. (¡Vamos que hay burkas más liberales!).

Lo que más nos llamaba la atención a los niños –según comentábamos entre nosotros con nuestro corto entendimiento y pobre decir– era un gran crucifijo, que llevaban prendido en una especie de prolongación del cinturón que colgaba en uno de sus lados, y las "enormes" –así nos lo parecían– tijeras que estaban junto a él. El crucifijo, sin despertar en nosotros verdaderos sentimientos de devoción –como sí hacía el Niño Jesús–, no nos daba miedo, aunque la visión de un hombre clavado en una cruz, no fuese la más atrayente para unos niños que empezaban a vivir. Con todo, me resultaba hasta simpático el hecho de que la monjita de turno me lo diese a besar, cuando me cruzaba con ella.

Otra cosa eran, sin embargo, las tijeras. Nos causaban pavor, y las poco elaboradas "leyendas urbanas" que circulaban entre nosotros –a veces más con signos que con palabras– no contribuían, ni mucho menos, a disminuir aquel miedo.

Yo, por si acaso, siempre procuré llegar a tiempo al baño y que no tuviesen que cambiarme la ropa. Y creo que, a pesar de tener solamente unos cuatro años, cumplí a la perfección mi propósito.

También recuerdo de aquel parvulario el patio donde hacíamos el recreo. Creo que tenía algunas plantas –pudiera ser alguna parra o cualquier otra planta trepadora– que le daban sombra. Como tantas otras cosas, cuando eres pequeño, a mí –así lo recuerdo– me parecía muy grande. ¡Y oh desilusión! ¡Cuando, invitado por la Caja Rural de Onda

–que puso su oficina central en la que un día fue mi primer colegio–, tuve el honor de presidir –el 18 de diciembre de 2007– la Eucaristía en la festividad de Nuestra Señora de la Esperanza, celebrada en la iglesia del Convento del Carmen, y tras la misa –y antes de irnos a comer– al pasar por la mencionada oficina central para firmar en el *Libro de Visitas*, tuve la oportunidad de comprobar el diminuto lugar que había ocupado el patio escolar en el que yo un día jugué.

Del parvulario de la Consolación pasé –debía ser al comenzar el curso 1953-1954– a la Escuela de Párvulos que dirigía, doña María Cases, en la calle Padre Ten, hacia el número 19.

Doña María fue en verdad mi primera maestra. De ella aprendí tantas y tan buenas cosas que difícilmente podría sintetizarlas aquí.

A pesar de mi corta edad –más o menos estaría con ella desde los cinco años recién cumplidos hasta casi cumplir los siete– tengo vivos, en mi mente y sobre todo en mi corazón, muchos y emotivos recuerdos, siendo el principal de ellos el cariño y la ternura maternal, con que nos trataba a todos y a cada uno.

Tenía un grupo numeroso de niñas y otro, igualmente numeroso, de niños, y a todos y a todas nos atendía de modo personalizado. ¡Cuánto cariño recuerdo haber recibido de ti, doña María! ¡Gracias porque con tu afectuosa actitud empecé a entregarme de corazón al estudio y empecé también a apreciar la gran labor de la *escuela pública* a la que tuve la dicha y privilegio de asistir hasta mi ingreso en el seminario!

Doña María nos enseñaba de forma muy didáctica y avanzada para aquel tiempo. Muchas de sus clases se convertían en juegos y en representaciones teatrales en las que la historia cobraba vida y nosotros, aparte de identificarnos con personajes históricos, íbamos aprendiendo el arte de la declamación y representación.

Cuidaba nuestra caligrafía y ortografía y, como le teníamos tanto respeto y cariño a la vez, estudiar y hacer los deberes era para nosotros, más que una obligación, un necesario acto de gratitud.

Pasado el tiempo, muchas veces me pregunté, pensando en ella, de dónde sacaría doña María tanto saber y pedagogía. Al fin, llegué a la conclusión de que su *saber* –más que *ciencia*– era producto de esa *sabiduría* que nace del saber y saborear del corazón, y de que su pedagogía, activa y partidaria de juegos y de enseñanza al aire libre, tenía influencias muy claras de la Escuela del P. Manjón y de la Escuela, con

raíz socrática y platónica, de María Montessori, que ella misma había adoptado e incluso enriquecido con su personal creatividad.

Finalizado el período establecido de parvulario, pasé a cursar mis estudios primarios en el Grupo Escolar Baltasar Ruy Villar, en el que, "debidamente" separados –como quería y exigía el nacionalcatolicismo reinante– los niños ocupábamos la planta baja y las niñas el piso superior.

Lo primero que me llamó la atención del nuevo Centro fue que, frente a las canciones alegres y lúdicas que doña María nos había ido enseñando –como aquella clásica de *Cuando Fernando séptimo usaba paletó*, a la que íbamos combinando con las distintas vocales– aquí todo eran himnos marciales que había que cantar firmes y con una seriedad absoluta.

Recuerdo, por ejemplo, que, al comenzar la jornada, mientras estábamos formados en ternas en el patio y cantando indefectiblemente el Himno Nacional, uno de los maestros izaba la bandera de España en un pequeño mástil situado junto a la puerta de entrada del pabellón de chicos. (Las chicas debían hacer otro tanto –pienso–, pero en su patio de recreo, ubicado al lado opuesto del nuestro).

Por la tarde, antes de marchar a casa, nuevamente formados en el patio, se arriaba la bandera. Lo único que cambiaba era el himno que se entonaba, que no era siempre el mismo, sino que se iban intercambiando el *Cara el Sol*, el *Oriamendi* –con su *por Dios, por la Patria* y el *Rey…*–, *Isabel y Fernando el espíritu impera…*, *Montañas nevadas, banderas al viento…* Cantos todos ellos que, de una u otra manera, hacían referencia al Imperio perdido y que se soñaba reconstruir. Evidentemente –y analizada esta realidad desde la perspectiva del tiempo– aquello era un verdadero adoctrinamiento ideológico con intenso sabor *fascista*. (¿En qué se distinguía el deseado nuevo Imperio Español del nuevo Imperio romano o del nuevo Reich, soñados por Mussolini o Hitler?).

De esta época de mi formación, recuerdo también el desayuno y merienda que se nos proporcionaba en la escuela, gracias a la ayuda norteamericana. ¡Qué bien nos venía en aquellos años del hambre provocada por el bloqueo internacional! En el recreo de la mañana, se nos distribuía un buen cazo de leche, que cada uno recibía en el recipiente que traía de su casa. Mi madre solía ponerme, dentro de la taza de alu-

minio con asa que yo llevaba, un poco de cola-cao y azúcar, envueltos en papel, y algunas galletas "María". La verdad es que aquella leche a mí me sabía fenomenal y me encantaba la espuma que sacaba. (Por cierto, para la preparación de aquella leche, que llegaba en polvo, se preparó, junto al patio de las chicas, un pequeño y elemental garito, en el que, al calor del fuego, aquella leche se iba cocinando en grandes ollas, al tiempo que las mujeres encargadas la iban removiendo, con grandes batidores manuales, para evitar los grumos, aunque al final siempre acabara apareciendo alguno).

Para merendar, solían darnos una mantequilla muy suave –y casi líquida– que untábamos en el pan que traíamos de casa, y que con azúcar estaba muy buena, o un trozo de queso que se parecía un poco al que se comercializaba como "queso en porciones".

Pero lo que más recuerdo, como es natural, es a algunos de mis compañeros y, sobre todo, a los maestros. Los nombres de éstos eran, entre otros que no logro recordar, Antonio, Edelmiro, Augusto y Rafael. Todos ellos con el *don* por delante, como era preceptivo. Pero el que más huella dejó en mí, el que más me ayudó a crecer intelectual y humanamente, por el cariño con el que me sentí siempre acogido y tratado, fue don *Rafael Alegre*, el más pequeño de todos en estatura física, pero, para mí, el mayor de todos en estatura humana y moral. Era un encanto como trasmisor de valores desde su propio testimonio y ejemplo de vida. Era sencillo, generoso y siempre cercano al alumno que veía más necesitado. ¡Cómo se alegró con mi marcha al seminario y cómo continuó interesándose por mi trayectoria posterior, preguntando a mis familiares! ¡Gracias, por todo, *Don* Rafael. Sí, con el *Don* en mayúscula como los reyes, pues eso fue en definitiva, usted para mí: un gran *Rey Mago* que siempre me rodeó con los regalos de su corazón!

De don *Augusto*, recuerdo su adustez, que quizá no era tanta en realidad, pero que a mí siempre me provocó distanciamiento, aunque en ningún momento –tengo que reconocerlo– me trató mal, ni mucho menos. Don *Edelmiro* fue, quizá, el maestro que menos traté y con el que menos química establecí, pero posiblemente la culpa fue mutua. Y de don *Antonio Pallarés* tengo que decir que fue un gran enseñante, quizá el que más contribuyó –a nivel académico– para que yo lograra superar el nada fácil Examen de Ingreso al Bachillerato al que me pre-

senté "por libre", en vísperas ya de marchar al seminario, en el Instituto Ribalta de Castellón. De él recuerdo, como anécdota, la larga caña que tenía, junto a su mesa, elevada sobre una tarima, y con la que, sin necesidad de levantarse, podía alcanzar a cualquiera de los alumnos. En la punta más fina de dicha caña, había colocado una pequeña bola de acero –como si fuera una canica de metal– y cuando veía que alguien estaba distraído o enredando, cogía sigilosamente la caña y la hacía aterrizar, con cierta energía, en la cabeza del interfecto. ¡Ni que decir tiene que el dolor que causaba era suficiente antídoto para mantener a raya, por algún tiempo, al que acababa de recibir la "medicina"!

No recuerdo muchos más detalles ni emociones, pero sí que me ha quedado siempre la sensación –y posiblemente así mismo lo sentí de niño– de que todos los maestros que tuve, me cayeran mejor o menos bien, me sintiera más o menos querido y valorado por ellos, *eran unos sabios*.

Compaginando mi asistencia escolar –estaría ya en tercero o cuarto de Primaria– empecé a asistir, al salir de clase, al taller cerámico que tenían –creo que en la calle San Bernardo o quizá otra que finalizaba también en la Estación de la Panderola– Salvador y Eduardo Aguilella, *els germans Corones*. Allí aprendí dibujo artístico y hasta algo de modelación con barro, y la verdad es que, aparte de que no se me daba mal, me gustaba mucho.

También esta rica experiencia de inicio en el arte cerámico finalizó con mi marcha al seminario. Estoy convencido de que Onda no se vio privada por ello de un nuevo artista de la pintura cerámica, pero de lo que no estoy, sin embargo, tan convencido es si mi persona no dejó de desarrollar una de las potencialidades –casi genéticas– que había germinalmente en mí, como buen hijo de mi pueblo.

X

Mis otros maestros

Aparte de los maestros que tuve en las distintas escuelas que frecuenté en Onda antes de mi ingreso en el seminario, hubo otros que, sin tener ni mucho menos la carrera de magisterio, fueron también para mí, en aquellos felices años de la niñez –y en especial en los de la preadolescencia– verdaderos maestros.

Fue con mis amigos –unos compañeros de aula en el Grupo Escolar Baltasar Ruy Villar, otros, vecinos del Grupo de Viviendas Nuestra Señora de la Esperanza, donde transcurrió mi vida entre los 7 y 12 años más o menos– con los que aprendí otras asignaturas y materias que ni estaban reglamentadas en el Plan de Estudios de la época, ni se hablaba abiertamente de ellas en el ámbito familiar, y que mi generación aprendió en la calle con la espontaneidad, e incluso con la naturalidad y normalidad, propia de ese círculo que conforman, los amigos, en la niñez y adolescencia.

Con mis amigos jugué y me divertí con aquellos juegos de que os he hablado cuando os he presentado mi *pueblo como un gran polideportivo*. Con ellos, especialmente en la época de vacaciones veraniegas, exploré el extenso término municipal de mi lugar natal, comiendo frutas –a veces verdes– de los árboles que encontrábamos; espurgando las moreras, y recolectando higos chumbos (*figues paleres*, en valenciano) y sacándonos alguna que otra espina que nos "regalaba" su planta. Con ellos, me bañé sin necesidad de bañador –por mucho que nos lo hubieran prohibido nuestras madres– en las balsas de riego que se cruzaban en nuestro camino de campo a través.

Con mis amigos, seguí y completé algunas colecciones de cromos, que estaban más en boga entonces: las de jugadores de fútbol –que siguen siendo un clásico hoy, aunque muy mejorada en su calidad–, la de alguna película que se había hecho más famosa, como *Los Diez Mandamientos*, que durante muchos años se conservó en mi casa familiar y

que, ya de mayor, pude aún ver, emocionado, en más de una ocasión. También intercambié con ellos los comics que comprábamos: *Roberto Alcázar y Pedrín*, *El Guerrero del Antifaz*, *Don Z*, *TBO*, con sus singulares personajes, *El Capitán Trueno*, *El Jabato* (cuya colección seguía desde el primer número)…

Con mis amigos disfruté especialmente las tardes de los jueves, en las que había asueto escolar, aunque, en compensación, el sábado tuviéramos clase por la mañana y por la tarde. ¡Cómo aprovechábamos aquellas tardes! Unas veces, íbamos a jugar, sin premuras de tiempo a la Serratella, donde aún podía esconderse uno en alguna de las cuevas que allí había. Otras nos trasladábamos a partes –más alejadas del pueblo para quienes vivíamos en el Grupo Nuestra Señora de la Esperanza–, como eran: el Castillo, el río Sonella, la Font dels Frares, El Montí con su derruida Ermita de Santa Bárbara y la Font del Retor, el Calvario, que accedía al antiguo Convento franciscano… Algo de esto mismo hacíamos también –aunque entonces con el aliciente de estar trasgrediendo las normas y con la tensión agridulce del castigo que nos podía caer–, cuando hacíamos "fuchina" (o pellas), como se dice cuando los estudiantes huelguean las clases y se toman por su cuenta un descanso escolar.

Con mis amigos frecuentaba –esto no podía faltar– *les tauletes* (pequeñas tiendas donde se vendían chucherías y otros productos para los niños), donde invertíamos la "paga" que puntual y semanalmente recogíamos de los familiares, en chocolatinas, caramelos, pequeños cohetes, cromos para coleccionar e intercambiar, y en ocasiones pequeños y agrestes frutos de temporada, como *jinjols* (azufainas), *alborsos* (madroños)…

Con mis amigos también, me fumé los primeros pitillos, sin necesidad de ocultarnos de nadie. Claro que no se trataba de tabaco, que teníamos superprohibido –de ahí que cayera también algún cigarro en lo escondido–, sino de pequeños cigarrillos confeccionados con *llavoretes* (semillitas parecidas al alpiste con que alimentábamos a los canarios y otros pequeños pájaros domésticos), que se vendían abiertamente en las mencionadas "tauletes" con consentimiento de los mayores. Y lo que son las cosas, con el tiempo, mi hermano Ricardo, que era policía nacional y conocía por oficio el tema de estupefacientes, me dijo un día:

– *Juan Antonio, ¿te acuerdas de aquellos cigarrillos que comprábamos de pequeños, hechos de semillas? Pues resulta que alguna de aquellas semillas pertenecía a una variedad de cáñamo.*

¡Hala –pensé yo– ahora va a resultar que de pequeños, huyendo del tabaco, éramos unos inconscientes consumidores de estupefacientes. Menos mal que no nos creó adicción!

Y con mis amigos –¿cómo no?– aprendí "los secretos de la vida". Esos secretos de los que ninguna persona mayor nos hablaba y que nosotros poco a poco –y yo diría que de forma instintiva– íbamos descubriendo.

La verdad es que aprendimos a vivir el sexo sin traumas y, me atrevería a decir, hasta de forma lúdica. Para nosotros era algo natural, aunque nos causaba vergüenza innata que los mayores se enterasen de "nuestras cosas".

Cuando con el tiempo fui al seminario me insistieron –y, a mi modo de ver, en demasía– que algunas de aquellas cosas eran "pecado". Yo gracias, quizá, a la forma desenfadada y ajena a calificativos morales con que los aprendí, nunca llegué a considerarlas tales. Y paulatinamente me fui confirmando aún más en mi creencia, al ir percatándome, con creciente claridad, de que lo esencial en el cristianismo es el *precepto del amor* y que Jesucristo no condena en ningún momento y de forma explícita aquello que con un énfasis –a veces, pienso– que enfermizo la Iglesia agrupó en el sexto mandamiento, que, por cierto, según el decálogo original se centraba en "no cometerás adulterio".

XI

El poder de unas imágenes

Debió ser, más o menos, un día de mediados de abril o mayo de 1960.

Era –recuerdo con nitidez– un día luminoso y estaba transcurriendo bastante tranquilo en el aula de don Rafael Alegre, pero de pronto apareció en la puerta un cura –y no era el del pueblo, a quien todos conocíamos–, cargado de cachivaches.

Tras saludar al maestro, al que, al parecer, ya conocía, aquel cura empezó a hablarnos de un seminario que había en Godella, cerca de Valencia, en el que estudiaban bachiller los niños y jóvenes que querían ser frailes terciarios capuchinos.

Nos explicó un poco qué era aquello de terciarios capuchinos, cuyo mero nombre ya nos hizo sonreír maliciosamente a unos cuantos que empezamos a "sacar punta" en nuestras mentes a lo de *capu-chinos*.

La verdad es que, si tengo que ser sincero –y así lo pretendo– es que poco me enteré del "rollo" que nos echó. No recuerdo, por mucha memoria que he intentado hacer después del hecho, si pronunció el nombre de *Luis Amigó*, fundador, como supe pasado un tiempo, de aquellos frailes.

Lo que sí recuerdo –y no se me ha olvidado nunca– es que aquel cura –que poco después supe que se trataba del padre José Deusa y que había venido desde Godella montado en una Vespa y con casco incorporado– empezó a desplegar aquella especie de cachivaches que había traído consigo, y conectó en un enchufe un aparato –que en un primer momento pensé que era una cámara de cine– y empezaron a aparecer, en la pared por encima mismo de la pizarra, unas imágenes que inmediatamente captaron mi atención. Se veían en ellas, amplias y luminosas aulas, dormitorios supergrandes, varios y espaciosos campos de fútbol y sobre todo –y esto fue determinante para dejarme boquiabierto– una piscina con agua muy azul.

Al finalizar aquella especie de sesión de cine, el cura preguntó quiénes querían apuntarse para ir a aquel seminario y fuimos al menos quince los que levantamos la mano, aunque al final tan solo acabáramos yendo cuatro: Joaquín Aguilella, Cándido Beteta, José Pino y, por supuesto, yo. Ya en el seminario me enteraría que también había ingresado uno –Vicente Manuel– de la pedanía ondense de Artesa. Como también me enteré en el seminario que ya se encontraba allí un vecino de Onda –aunque no había nacido en el pueblo– llamado José Alfonso Mateo, quien, hasta su ingreso en el noviciado en 1963, sería el "líder" de los seminaristas de Onda, cuando íbamos de vacaciones al pueblo. Nos reunía para ir juntos a misa; nos llevaba a rezar el Rosario, dirigido por él a Radio Onda, en fin, era un "educador" nuestro en vacaciones.

Por supuesto, el cura tomó nota de nuestras direcciones, pues quería entrevistarse con nuestros padres, como así hizo. Cuando llegó a mi casa, y tras saludar a mis padres, que estaban un tanto nerviosos a pesar de que yo les había adelantado de qué iba la cosa, les explicó que yo me había apuntado para ir al seminario, pero que tenía que ser con su consentimiento. También les habló de la oportunidad que tendría allí de estudiar el bachiller, y les dejó claro que, si me gustaba aquello, podría hacerme fraile e incluso cantar misa, o de lo contrario sería libre para regresar a casa en el momento que lo deseara.

Mis padres le vinieron a decir que, si yo quería ir, ellos no pondrían ninguna objeción, pero que necesitaban saber cuánto tendrían que pagar por mi estancia allí, pues la economía familiar no estaba para muchos alardes.

El cura les aclaró –y recuerdo esto y lo que sigue con total claridad– que serían 150 pesetas al mes.

Mi padre permaneció dubitativo, pero mi madre terció enseguida:

– *Batiste, eu podem afrontar, sols tenim que ahorrar un duro al dia.*

Y "mamá locuta, causa finita". Ya no hubo ningún problema. "Mi suerte estaba echada" o, mejor dicho, acababa yo de tomar la primera decisión importante y libre de mi vida. Acababa de decidir el camino a seguir en la primera y trascendental encrucijada personal que se me presentaba y que, de alguna forma, comprometía mi futuro. A partir de ésta, habría otras muchas encrucijadas, como en su lugar iré mencionando, pero esta primera fue, sin duda, la más trascendental de todas. ¿Qué

hubiera sido de mi vida, si en vez de optar por el seminario, me hubiese decidido por continuar en la casa familiar? No lo sé, lo que sí sé es que no hubiese sido, ni mucho menos, lo que después he llegado a ser. Y como me siento feliz con lo que he sido, doy por ganada la partida, aun en el hipotético caso de que alguien pudiera asegurarme que, con la otra opción, hubiese sido también tan feliz, o más, que en ésta.

Pasaron los días desde aquella trascendental decisión y, como era típico en mi entorno, había que reunir al clan familiar –reducido una vez más a la familia de mi padre– para "analizar" la situación. El lugar de aquel especial "cónclave" fue, una vez más, la casa de mi abuela en la Morería.

Mi abuelo Batiste, que aún vivía para entonces, fiel de nuevo a su estilo y talante, no debió abrir la boca, pues nada recuerdo que dijera él.

Mi abuela Rosario –la que, gracias a mi ingreso en el seminario, acabaría sabiendo que "sabía latín"– movió un poco la cabeza y se limitó a decir:

– *¡A vore si van a secuestrar al xiquet!*

Mi tío Salvador –el hombre sentencias– dijo, ahuecando la voz:

– *Si vosaltres que sou els pares el trobeu bè, no tinc res que dir.*

Mi madre y la tía Rosarito permanecieron en silencio, observándose mutuamente.

Y mi padre –socarrón siempre y que en esta ocasión se superó– razonó así:

– *Deixeu-lo anar, quant al primer dia es done conter que no està sa mare per donar-li el beset de bona nit* (hay que reconocer que en esta época yo estaba tan especialmente amarado, que, si en unas cuatro horas no veía a mi madre, me ponía supernervioso) *es ficarà a bramar, fet un mar de llàgrimes i el tindrà que agarrar el superior i portar-lo açí correguent.*

¡Papá, esta vez te equivocaste! No supiste calibrar lo que puede hacer el orgullo de un adolescente puesto a prueba. Es verdad que lloré –y mucho–, no sólo la primera noche, sino otras muchas más. El día lo pasaba distraído, pero desde que me acostaba hasta que me dormía, el mundo se me venía encima y el tierno recuerdo de mamá era suficiente para convertirme en "surtidor de lágrimas". Pero eso sí, nadie supo de mi llanto. Fue siempre un llanto silencioso. Es verdad que me hubiese

gustado que alguno de aquellos frailes me metiese en el coche y me llevase de vuelta a casa, pero sólo con pensar cómo tu socarronería –no exenta en ningún momento, lo reconozco, de especial cariño hacia mí– se convertiría en tu rostro, al verme entrar en casa, en una "sonrisa de oreja a oreja", era suficiente para que mi callado llanto cesara, para volver a brotar a la noche siguiente.

Si en verdad tú querías –como siempre deseaste, aunque sin coaccionar nunca mi libertad– que yo volviese pronto a casa, nunca debiste convertir tu deseo en chiste, ni desafiar el orgullo de un adolescente.

XII

Un seminarista manco

Dice el evangelio que es mejor entrar manco en el Reino, que quedarse fuera con dos manos.

Pues bien, sin pensar, ni mucho menos, en ese dicho evangélico que no conocí hasta algún tiempo después de mi ingreso en el seminario, yo llegué manco al *Período de prueba* que se realizaba previamente a ser admitido oficialmente como alumno del mismo, o si se quiere como *seráfico* (que así eran llamados, siguiendo una larga tradición franciscana, los seminaristas terciarios capuchinos en su etapa de bachillerato). Durante este período de prueba, se hacían pequeños exámenes de lectura, escritura, dictados, sencillos ejercicios matemáticos… y sobre todo se aplicaban otros ejercicios, que después supe que se llamaban *tests*, y que servían para calibrar la inteligencia, personalidad, aptitudes… del alumno.

Pero no era precisamente esto lo que quería contaros, sino más bien a qué se debía mi incapacidad con la mano derecha, que fue la afectada.

Todo sucedió en el transcurso de una de aquellas fiestas en que se soltaban toros por las calles y a las que tan aficionados éramos entonces los ondenses, desde los más grandes hasta, a veces, los menores.

Era finales del mes de junio de 1960 y como siempre el Barrio San Pedro –el que conserva el Portal que fue la entrada principal del Castillo– celebraba sus fiestas, a las que, junto a la verbena y el *porrat* (así llamábamos al conjunto de comida típica que solía prepararse en las fiestas de barrio y que contaba principalmente –según recuerdo– de garbanzos tostados, cacahuetes, altramuces, habas secas, debidamente cocinadas…), no podía faltar la suelta de toros, o mejor, de vaquillas.

Tanto a mi hermano Ricardo, como a mí, mi padre nos tenía totalmente prohibido acercarnos tan siquiera a los astados. Pero una vez más, la prohibición se convirtió en imperiosa necesidad, y allí que nos

fuimos los dos –el con 9 años y yo con 11 aún– a imitar las proezas taurinas de los mayores.

La verdad es que en ningún momento llegamos a emular a "Manolete", nos limitamos a separarnos, no más de dos metros, de la barrera y con ello nos creíamos ya merecedores de la *Medalla al valor*.

Sucedió, sin embargo, que en una de esas veces, la vaquilla (maliciosa y sabia a la vez, por las maldades sufridas a lo largo de su vida) se volvió de repente, cuando simulaba alejarse, y nosotros que estábamos cerca de la barrera nos escabullimos rápido dentro gateando por su parte inferior. Pero algunos hombres, sorprendidos también por la inesperada reacción del animal, se refugiaron precipitadamente a través de los troncos de la barrera y algunos de ellos nos cayeron encima. Yo tuve la mala suerte de estar apoyándome contra el suelo con mi brazo derecho y, cuando aquella "mole humana", me cayó encima, sentí que mis huesos se partían un poco más arriba de la muñeca.

Nuestra primera decisión –la de mi hermano y la mía– fue ocultar lo sucedido a nuestros padres, pensando en la *tanda* que nos hubiera caído –y la verdad es que bien merecida– por una desobediencia tan flagrante a la autoridad paterna.

Llegamos a casa, cuando ya anochecía y yo, con la escusa de que me dolía la cabeza, me metí en la cama, tras un caliente tazón de leche con cola-cao que mi madre me preparó.

Dios –y sólo Él– sabe lo que lloré silenciosamente, aguantando el intenso dolor que sentía. "Todo –pensaba yo–, menos que se descubriera el pastel".

Y tras una noche interminable, llegó la mañana y, con ella, la gran sorpresa para mí y para mi madre que se había acercado a ver cómo me encontraba.

Mi brazo derecho había alcanzado un volumen mayor que el de mi pierna, y el dolor era tan intenso, que ya casi ni lo sentía.

Como es natural, comenzó el interrogatorio (menos mal que mi padre ya se había ido a trabajar) y, antes de que mi madre formulara su segunda pregunta, ya estábamos nosotros dos intentando explicar lo sucedido, sin recurrir, más que lo mínimamente imprescindible, a la verdad.

Mi madre –a quien, al fin y al cabo no le importaba tanto lo que había pasado, cuanto mi estado– no puso demasiada atención a nues-

tro relato justificatorio, sino que rápidamente me vistió, me agarró de mi mano buena y me llevó a casa de D. José, el médico de familia de toda la vida. A éste –menos mal– no le importó cómo me había hecho aquello, sino cuánto tiempo hacía que había sucedido. Y cuando le dije que había sido en la tarde anterior –habían pasado más de doce horas– dijo:

– Prepárate, porque lo que te voy a hacer ahora te dolerá, pues los huesos han empezado ya a soldarse mal, y tengo que soltarlos de nuevo para poder arreglarlos bien.

Decir *dolor* es decir poco, para lo que sufrí entonces. En esta ocasión, sí que *bramé*, y no de tristeza. Pero al menos salí de allí más calmado, pues me inyectó unos analgésicos. También me vendó el brazo provisionalmente para que los huesos no volvieran a juntarse de cualquier manera, pero no me lo pudo escayolar hasta que, días después, desapareció la inflamación.

Y fue así, como llegó el tiempo de ir al Preseminario y no se habían cumplido los días para quitarme aquella "armadura" –blanca, al principio y menos blanca cuando llegué a Godella– con que había protegido, el médico, mi brazo.

Cuando el día de "autos", llegó a casa mi padre, yo –temeroso de su reacción– salí a recibirlo un tanto encogido. Pero mi padre –a quien mi madre había informado, llamándolo al teléfono de la fábrica– no me dijo nada. Sólo se limitó a preguntarme cómo estaba y si aún me dolía. El pobre –en su enternecido corazón de padre– debió pensar aquello de que "cada pecado lleva en sí su penitencia" y, siendo así, yo la penitencia la había recibido ya con creces.

XIII

Casi me matan

Debió ser allá por el mes de abril de 1962. Yo cursaba ya el segundo año de Humanidades y mi hermano Ricardo, que había ingresado al seminario en septiembre de 1961, estaba estudiando el primero.

Recuerdo que era un domingo y que por la tarde estuvimos jugando al fútbol en el campo de pequeños, situado en la parte superior de la casa, junto a los baños exteriores y al pozo que llamábamos "de arriba". Era, además, el tiempo en que las almendras –o mejor los almendrucos– lucían su máximo esplendor, pues verdes como estaban, en ellos todo era comestible –la corteza exterior, la parte que después al madurar quedaría convertida en cáscara dura, el corazón del mismo, que sería después la almendra…– y, por si algo faltara, tenían ese intenso sabor ácido que tanto agrada a los niños.

Por supuesto, la ingesta de almendrucos –como tantas otras cosas en aquella vida del seminario reglamentada al milímetro– estaba totalmente prohibida (¡otra vez, las prohibiciones, incitadoras de trasgresiones!). Y nuestro máximo objetivo, mientras el juego se desarrollaba, era tirar balonazos a los almendros situados en el margen del campo deportivo, para que cayese tan sabroso fruto. Después, en un descuido del fraile-vigilante, recogíamos los almendrucos caídos y los devorábamos con deleite a escondidas.

Siempre nos decían que esa fruta, así verde, era sumamente indigesta, pero nuestros estómagos infantiles, a los que, por la no demasiado abundante comida, debían sobrarles jugos gástricos, eran capaces –pienso– de digerir hasta piedras, si los hubiéramos puesto a prueba.

Yo, aquel domingo, había comido varios almendrucos, como ya otras veces había hecho sin mayores consecuencias, pero ese día, antes incluso de cenar, empecé a sentir cierto malestar, por lo que cené lo imprescindible para que el educador no me hiciese preguntas de por qué no tenía apetito.

Al llegar la hora de dormir, el dolor, que había ido poco a poco a más, se tornó insoportable. Yo ya no sabía qué postura adoptar en mi intento de mitigarlo y, en un determinado momento, empecé a quejarme, haciendo audible así mi dolor.

Los compañeros que ocupaban las camas vecinas –dormíamos en un dormitorio corrido de unas sesenta camas– empezaron a preocuparse y me dijeron si quería que avisaran al educador, pero yo les dije que no, pues me preguntaría si había comido almendrucos y encima me ganaría un castigo.

Seguía con mi intento por dormir, pero lo único que conseguía era que el dolor ganara en intensidad y, al final, los compañeros, sin consultarme esta vez, llamaron al educador, que ocupaba una pequeña habitación en uno de los extremos de nuestro gran dormitorio.

Vino el educador y lo primero que me preguntó era lo que yo más temía:

– *¿A que has comido almendrucos?* –me dijo–.

Y yo, ofuscada mi mente por el dolor, respondí con la verdad.

No sé si fue más rápida mi respuesta o el cachete que recibí por parte de él. ¡Cuánta falta me hiciste en este momento, mamá!

Encima, dándoselas de especialista médico, el educador sentenció:

– *Eso se cura, presionando el estómago, pues seguramente son gases.*

Y acompañando su "científica" explicación con la acción "curativa", agarró mi almohada, la puso en mitad de la cama y a mí me colocó boca abajo, de manera que mi estómago quedase justamente encima de ella.

Terminada la terapia, me preguntó:

– *¿A que ahora te sientes mejor?*
– *Sí,* respondí con rapidez. Cualquiera se atrevía a contradecir sus "universales" saberes.

Por supuesto, el remedio resultó peor que la enfermedad y, tan pronto como él cerró la puerta de su habitación, yo regresé la almohada a la cabecera y me puse boca arriba. El dolor siguió en aumento, pero esta vez procuré acallar las manifestaciones, pues temía más una nueva visita del "educador-médico", que al dolor mismo.

Amanecí con fiebre, aunque el dolor ya no era tan intenso, y me quedé en la cama. Allí estuve todo el día en ayunas –pues, aparte de

que yo no tenía apetito, el improvisado galeno había diagnosticado que nada debía tomar hasta que se limpiara el estómago– y, al día siguiente, con más fiebre aún y con el persistente y pertinaz dolor, continué acostado, sin que ningún médico de verdad me visitara.

Menos mal que, a media mañana de ese segundo día, pasó por el dormitorio el enfermero de la casa –un fraile joven, al que debo la vida y que se llamaba Antonio Sánchez Ludeña– quien, al verme lloroso, me preguntó:

– *¿Qué le pasa al xiquet d'Onda?* Como me llamaban por lo general los frailes.

Yo le dije que me dolía mucho la tripa y que me encontraba muy mal.

Fue entonces cuando él me preguntó si había venido a verme el médico que atendía al seminario y que precisamente ese día estaba allí. Y, al decirle yo que nadie había venido, salió disparado y al poco se presentó con el doctor. Éste me dio unos golpecitos en el estómago, que me hicieron saltar del dolor, me sacó un poco de sangre y le dijo al enfermero que la llevara a analizar con urgencia a la farmacia del pueblo.

Conocido el resultado del análisis, el médico vio con claridad que se trataba de una apendicitis aguda y ordenó mi traslado al Hospital Provincial (no el *nuevo*, situado en la Avenida del Cid, sino el *viejo*, ubicado en las cercanías de la Iglesia de San Agustín que, aunque ya estaba a punto de cerrar sus puertas, aún recibía enfermos).

Pero antes de salir corriendo hacia el hospital, que hubiera sido lo lógico y normal, había que "purificar" al pobre enfermo y prepararlo para el viaje final, si así lo decidía Dios.

Vino, pues, primero un padre para confesarme, cuando "para confesiones estaba yo", y, tan pronto como éste terminó, oí sonar por las escaleras una campanilla que al poco descubrí que anunciaba la llegada del Viático.

Antes, sin embargo, de darme la comunión que se solía administrar para el último viaje, el padre Tomás Roca, que lo traía, procedió a darme la *Extremaunción*. (¡Cuánta seriedad perdió este sacramento desde que se convirtió en *Unción de Enfermos*!). Y como anticipo de ello, dirigió –calculo que a mí y a los compañeros de sección que rodeaban mi cama, y entre los que estaba mi hermano Ricardo– unas breves

palabras, en las que, según logro recordar, pues me impresionaron muchísimo, vino a decir:

– *No os preocupéis por vuestro compañero, pues, si se muere, tendréis un angelito en el cielo.*

A mi lo de *angelito* me llegó al alma, pues me vino, como por automatismo, a la mente una escena en la que, siendo pequeño y estando mi madre barriendo, vi cómo se formaban pequeñas bolitas que flotaban y, al preguntarle qué eran aquellas bolitas, me dijo que eran *angelets*. Y entonces, yo, escuchando el sermón del padre Roca y su alusión al angelito, recuerdo que me agarraba con todas mis fuerzas a la vida, pensando para mí:

– *Yo no quiero ser un angelito. Yo quiero vivir, quiero vivir, quiero vivir…*

Y con este mi pensamiento debió transcurrir el resto de la ceremonia de la que no recuerdo más detalles, pero que –según la sensación que me quedó– se me hizo eterna.

Ya "santificado" y preparado el camino para lo que Dios quisiera, los frailes se decidieron, por fin, a trasladarme al hospital. Uno de ellos, haciendo de camilla, me bajó en sus brazos hasta la improvisada ambulancia. (¡Ríanse, ustedes, del *Samur*), que no era otra que la vieja DKW del seminario, en la que se había colocado un colchón en el suelo, sobre el que me depositaron.

Llegué –sano y salvo, de momento– al viejo Hospital y los médicos viendo la gravedad de mi estado, pues estaba al borde ya de una peritonitis, decidieron operarme de urgencias. (¡Menos mal que, por fin, alguien se daba prisa!).

Del quirófano recuerdo poco y también de los médicos, la que sí quedó indeleblemente grabada en mi memoria fue la imagen de una enfermera joven –siempre me parecerá la más guapa de cuantas he conocido y las ha habido verdaderamente bonitas–, que, hablándome con ternura (la primera vez que yo percibía un claro rasgo de cariño y de humanidad desde que enfermé) me decía, mientras me aplicaba la mascarilla de éter:

– *Ya verás, bonico, que pronto estarás perfectamente bien.*

Estas palabras me consolaron grandemente, pues en un primer momento, al ver tanta belleza y sentir tal bondad, había llegado a pensar

que ya estaba en el cielo y que, contra mi voluntad, había empezado a ser un angelito.

Cuando abrí los ojos, tras la operación, me encontré en un salón corrido, similar al del seminario, pero mucho más grande. A mí me tocó la cama número 100. Lo recuerdo perfectamente porque era ese mismo, el número que me habían asignado en el seminario para la ropa.

Al día siguiente de la intervención, tuve la inmensa alegría de ver entrar, emocionada, a mi madre, a quien los frailes no habían avisado hasta asegurarse que superaba la operación. (¡Qué forma de pensar tan falta de humanidad y afectividad la de aquellos hombres que se proclamaban adoradores de Dios-Amor! ¡Cuánto han cambiado las cosas para bien!).

Tan pronto como ella llegó a mi cama, mi madre y yo nos fundimos en un abrazo. Nuestros besos iban y venían y los dos llorábamos de alegría. Tres días pasamos juntos, y, cuando yo empecé a valerme un tanto por mí mismo, ella tuvo que volverse al pueblo para atender a mi padre y hermanos. No me dejó solo, sin embargo. En el dormitorio donde yo estaba –en el que, además, era el único niño– había unos hombres, ya mayores, que por padecer enfermedades crónicas y ser muy pobres, habían hecho del hospital, su casa. Casi todos ellos eran "rojos" a rabiar, pero, con esa misma intensidad –y aún mayor–, eran personas profundamente sensibles y de sentimientos cálidamente humanos. Y cuando se enteraron de que mi madre se tenía que ir y conocieron que mi familia era de gente pobre y trabajadora, me adoptaron en su corazón y le dijeron a mi madre que marchase tranquila, que a mí nada me faltaría.

Y así fue. De lo poco o mucho que tenían, me hacían partícipe privilegiado de aquellos productos –dulces, caramelos, chocolatinas…– que suelen gustar especialmente a los niños. Ellos me ayudaban en cuanta necesidad pudiera tener. Si tenía que ir al baño, uno de ellos arrastraba, sobre las pequeñas ruedas que tenía, la gran bombona de cristal en la que se recogían los líquidos negruzcos que emanaban a través de la sonda que me habían tenido que poner para limpias los residuos de una peritonitis que ya se había iniciado, cuando me abrieron.

Cuando ya pude caminar, me acompañaron –como si fueran mi guardia de honor– por los distintos pabellones, para que conociera el hospital. ¡Qué preciosidad de edificio! Tenía, en la parte de abajo,

cuatro dormitorios distribuidos en forma de cruz, que confluían en una especie de rotonda central, coronada por un pequeño cimborrio que sobresalía un poco sobre el tejado del segundo piso. Esta planta baja estaba destinada a los hombres. La planta superior era idéntica, aunque destinada a las mujeres. En el lugar en que confluían los cuatro dormitorios de abajo y de arriba (ésta de arriba tenía como una especie de balconada protegida por una barandilla), se ponía los domingos un altar en el que se celebraba la misa. Por supuesto "mis amigos" –que huían de estas cosas como diablo de agua bendita– no iban, aunque a mí me animaban a que fuese e hiciese de monaguillo –*para que no se te olvide que eres seminarista*, me decían– y para que me ganase algunos céntimos de propina por parte del cura y tuviera "derecho" a beberme el vino sobrante.

Casi mes y medio tuve que permanecer en aquel hospital. Como recuerdo físico de mi estancia allí, me quedó una enorme cicatriz que, cada vez que la veo, me hace sospechar que el médico debió meterse dentro de mí para extraer el apéndice. ¡Qué barbaridad, pero así eran entonces las cosas!

Pero junto a ese recuerdo físico, me quedó otro mucho más importante: el afecto gratuito recibido de aquellos hombres pobres y sencillos, que me hizo comprender una vez más –aunque entonces un tanto inconscientemente aún– que la grandeza de la persona está en su capacidad de humanidad y ésta suele ser más pródiga con la gente sencilla que sabe escuchar más a su corazón, que a su intelecto.

¡Cuánto me dolió despedirme de ellos! Pienso que me emocioné y ellos también. Salí de allí, pero algo de ellos me llevé para siempre conmigo. De ellos he recordado –siempre con afecto– cómo, por ejemplo, procuraban eludir la presencia de *Sor Sargento* (la monja de la Caridad que, según decían, "en el ejército hubiese llegado a ser capitán general") y como buscaban, sin embargo, la de *Sor Sonrisa* (la monjita joven, siempre risueña y siempre tierna y atenta con todos).

De ellos recordaré también, mientras viva, los "sabios" consejos que me daban:

– *Tú* –me decían– *no seas tonto. Aprovecha para estudiar una carrera y después búscate una chica bien guapa, cásate y a vivir que son cuatro días.*

No se me olvidará tampoco cómo huían –al grito de *cuervo a la vista*– cuando veían que había venido un fraile a verme, y, por el contrario, con qué afecto, cariño y naturalidad recibían a mi madre o a mi padre cuando me visitaban.

Pero de ellos recordaré, sobre todo, el cariño y la ternura con que me trataron y la gran *lección de humanidad* que me dejaron.

¡Gracias amigos mayores y anónimos! No conozco vuestros nombres, pero os conservo vivos en mi corazón agradecido.

Cuando después, de casi mes y medio, me dieron el alta, volví al seminario. Me costó mucho adaptarme de nuevo a horarios y reglamento, después de haberme movido libremente por anchos espacios desde que me fui recuperando.

Debo decir, sin embargo, en honor a la verdad, que el superior de entonces, el padre Juan Antonio Llopis –que siempre que me veía decía *Vives semper vives*, pues para él este dicho del *siempre vivirás*, tenía más fuerza que el deseo expresado en el *semper vivas*– se portó muy bien conmigo. Dispuso que cada día me subieran a mi cama comida de la comunidad. Me adelantó los exámenes finales del segundo curso. Y me mandó anticipadamente de vacaciones para que mi madre atendiera personalmente mi recuperación.

Fue quizá la forma que tuvo el superior de sentirse redimido de una negligencia que *casi me mata*.

XIV

¡Qué rápido pasó el tiempo!

Bueno, *rápido* me parece el *paso del tiempo* ahora que soy mayor o cuando miro el pasado con la perspectiva de hoy, pero, cuando sucedieron los hechos que os voy a narrar, el tiempo parecía eternizado en un continuo presente. ¡Qué largos se hacían entonces los días y, por supuesto, los cursos escolares, que parecía que nunca iban a terminar!

Durante los seis años que permanecí en el seminario, estudiando los cursos de Humanidades (una especie de bachillerato al que se concedía especial importancia a las "letras", a partir sobre todo del cuarto año), fui, en líneas generales, feliz. Lo que no quiere decir que no pasara por situaciones que me hicieron sufrir –y a veces mucho– interiormente.

Una de esas dificultades estuvo ocasionada por mi poca aptitud y disposición para la práctica del fútbol. Es verdad que yo había jugado a este deporte en mi pueblo con los amigos, pero aquello era más *diversión* que *pasión*. Cada uno le daba al balón como podía y sin excesivos tecnicismos. Pero en el seminario, sobre todo desde que se pasaba a la *sección de adolescentes*. (Había tres *secciones* o grupos: la de *pequeños* integrada por los alumnos de primer y segundo curso; la de *adolescentes*, por los de tercero y cuarto, y la de *mayores*, por los de quinto y sexto). Ya en adolescentes, el fútbol se "profesionalizaba" y los más empeñados en ello eran, por lo general, los propios educadores, que, más que como tales, se portaban muchas veces como futbolistas profesionales frustrados, que necesitaban quitarse su frustración presumiendo de sus "buenas" cualidades, para la práctica del balón-pie, delante de sus alumnos. De hecho, eran ellos mismos los que más pasión solían poner cuando se disputaban partidos "oficiales" de un equipo de la misma sección contra otro, capitaneado cada uno de ellos por algún educador. Y nada digamos cuando la competición era contra un equipo de otra sección. ¡Qué triste era ver cómo, cega-

dos por el prurito de ganar –que parecía lo único importante–, en más de una ocasión acabaron discutiendo, hasta casi la agresión, quienes, como educadores, debieran haber sido los que testimoniaran aquello, que a veces proclamaban, de que "lo importante es participar" o "que hay que saber ganar y saber perder" o incluso "que en la mesa y en el juego se conoce al caballero"!

Con un caldo de cultivo tan bien fomentado precisamente por quienes tenían que haber velado por el bien de cada uno de sus alumnos, teniendo en cuenta las aptitudes y capacidades de cada cual, es lógico que los poco deportistas –según una subcultura deportiva para la que sólo el fútbol era deporte– fuéramos poco menos que "marginados". Y, como una cosa lleva a la otra, cuanto más nos sentíamos marginados, mayor rechazo sentíamos hacia un juego que un día nos había atraído, y nos limitábamos a "estar", cual estatuas, en el campo o a cumplir el castigo, que por esto mismo nos imponían, de "dar vueltas corriendo al campo de fútbol", que, al fin y al cabo, nos resultaba menos traumático que vernos "segregados" deportiva y, a veces incluso, personalmente.

Por culpa, pues, del deporte mal gestionado, mi autoestima estuvo bajo mínimos, al menos durante dos años, influyendo –y mucho– en que incluso mi rendimiento académico decayese.

Todo cambió, sin embargo, al comenzar el quinto curso y pasar ya a la sección de mayores. Gracias a educadores y profesores que empezaron a confiar en mí, a pesar de que continuase siendo negado para el fútbol "profesional", fui descubriendo en mi interior grandes aptitudes para el estudio y en especial para el del latín y griego. Y el estudio fue redimiendo mi creciente complejo de inferioridad, transformándolo en un fuerte sentimiento de autoestima que, sin necesidad de compararme con los demás –y siempre sin sentirme nunca superior a nadie– fue cimentando mi personalidad, dándome seguridad en mí mismo y superando con decisión todo posible complejo. Por lo demás, el hecho de comprobar que varias de aquellas "figuras" del balón, que tanto habían ido despuntando, eran bastante negadas para el estudio, acabó de convencerme de que "cada uno tenemos un ámbito privilegiado para nuestro propio desarrollo personal y que el mío era precisamente el de crecer intelectualmente, sin dejar de ser, sobre todo, *corazón*, como había aprendido, como por ósmosis, de mis padres, en la niñez.

Hubo otros hechos en el seminario que, en su día, me impactaron negativamente, pero que después he intentado convertir en positivas lecciones pedagógicas en mi actuación educadora.

Precisamente por no ser buen deportista –como os decía–, yo, hasta el quinto curso más o menos, fui un alumno –si no anónimo, sí anodino– y aunque de pequeño los frailes me llamaron el *xiquet d'Onda*, bien pronto empecé a pasar desapercibido. Y esto lo considero una gran suerte, pues nunca pertenecí a ninguno de aquellos círculos de alumnos –a los que se conocía popularmente como "pelotas" o "famosos"– que se formaban en torno a alguno de los educadores. La pertenencia a estos círculos estaba destinada a los que sobresalían por su "piedad" –más bien "beatería simulada", como el tiempo se encargaría de evidenciar–, por su destreza deportiva e incluso por su porte físico. ¡De cuántos peligros me libré por ser "uno del montón"!

No me gustaron nunca –ni mucho ni poco– a pesar de mi corta edad, dos hechos que observé siendo alumno, que ya en su día suscitaron en mí sentimientos de repulsa y que después he intentado evitar en mi quehacer pedagógico.

Uno de ellos hace referencia a la fea y –a mi entender– antipedagógica costumbre, que tenían los educadores, de nombrar, para que "vigilara" al grupo, en su ausencia, lo que se llamaba un "secretario". Generalmente se escogía a la persona con menos inteligencia emocional, más servil y más fiel a la hora de exigir el cumplimiento exacto de una normativa de la que él mismo era el primer prófugo, cuando no estaba revestido de "autoridad". Además –y como buen "pelota" que era el escogido– era el primero que procuraba, a su vez, rodearse de gente de su misma calaña, con lo que aquella acción "policial" era cruel con los más y sumamente tolerante con los allegados. ¡Y así nos lucía el pelo! No hay nada peor que ponerle a un "enano" un traje que le viene grande, pues el traje se echa a perder y el "enano" se convierte en un "payaso" que, en su pequeñez, se cree "capitán general".

El otro hecho que siempre me produjo visceral repugnancia era la manía que tenían algunos educadores a premiar a los "chivatos". ¿No se daban cuenta aquellos "pedagogos de pro" que favoreciendo la delación, se va destruyendo humanamente al delator? ¿Acaso no es mejor no llegar a descubrir al autor de un hecho –que no pasaba de ser, por lo general, la típica trastada de unos críos, que habían roto algo o

habían cogido, sin permiso, alguna fruta del árbol…–, que "prostituir" la identidad humana de una persona? Yo, como educador, he podido tener muchos defectos –pues nadie es perfecto–, pero he procurado siempre, no sólo no propiciar la delación del autor de un determinado hecho por parte de un compañero, sino que incluso he llegado a afear la conducta de quien, por "hacerse de valer", se ha mostrado pronto a denunciar a un compañero. Además –pienso– es más humano –y cristiano a la vez– no saber, por ejemplo, quien ha roto un cristal, que, por un cristal, atentar contra lo más sagrado de la persona, como es la propia identidad como tal.

Por otra parte, y esto para más "inri", el afán por inquirir al autor de la "maldad" cesaba automáticamente, cuando éste resultaba ser uno de los "protegidos" del educador. Y es que ¡cuánta verdad tienen aquellos versos de Campoamor: "En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira; todo es según el color del cristal con que se mira".

Entre los educadores que tuve, hubo de todo. Hubo quien, convirtiendo en dogma de fe, aquello de que "la letra a sangre entra", hizo de la *paleta* –especialmente con los alumnos de la sección de pequeños– el mejor instrumento para favorecer el aprendizaje y, puestos los alumnos en corro con la mano extendida, iba preguntando la lección y propinando un buen paletazo a quien no daba la respuesta exacta, bien porque no la sabía, bien –y esto solía ser lo más lógico y normal– porque no acertaba a darla a causa del nerviosismo provocado por tan angustiosa situación.

Hubo otro educador (y no voy a decir su nombre, pues con el tiempo he llegado a apreciar en él una gran bondad personal), que, aunque era buen profesor de matemáticas, tenía la fea costumbre de castigar con pellizcos las típicas travesuras que se producían en clase. Sus pellizcos tenían, además, la peculiaridad de centrarse en la zona de las tetillas. Yo recordaré siempre –y no con agrado– uno de ellos, pues me lo propinó estando en segundo curso –y en esa época en que dicha parte del cuerpo está especialmente sensible a causa del desarrollo hormonal– y fue tanto el dolor que me provocó, pues llegó a dejarme descarnada la zona, que, durante más de dos días, me saltaban las lágrimas cada vez que la ropa me rozaba la "herida".

Con todo, fueron muchos más los educadores que dejaron en mi ánimo gratos y agradecidos recuerdos. Y en este elenco, que no pre-

tende ser exhaustivo, no puedo silenciar los nombres de *José Deusa* –el que me trajo al seminario, fue mi educador durante el primer curso, lo volví a tener de educador en el quinto curso y fue superior del seminario mientras cursé el sexto–, *José Costa* –a quien tuve de educador durante mi segundo curso y a quien, por primera vez –que yo recuerde– le oí hablar del padre Luis Amigó, pues tuvo el gran acierto de irnos leyendo y comentando, durante el tiempo destinado a charlas educativas, su *Autobiografía*–, *Julio Ollacarizqueta* –encargado de mi educación durante los cursos tercero y cuarto. Fue él quien, junto al segundo encargado de adolescentes, *Juan Antonio Martín* me inculcó la afición por la psicología–, *Tomás Roca* –gran profesor de literatura que fue el primero que alabó mi capacidad intelectual y me alentó a cultivar el campo de las letras y de la historia–, *Ricardo Ollacarizqueta* –mi educador durante el sexto y último año de Humanidades, quien, amigo como era de mis padres, desde la época en que se hospedaba en mi casa cuando iba por la zona de Onda buscando nuevas vocaciones, siempre me trató con consideración y afecto, sin dejar por ello de ser exigente conmigo cuando lo requería la situación–, *Mariano Ramo* –mi confesor preferido durante mi época de seminarista, de quien aprendí a no hacer nunca preguntas a los penitentes–, *José Subiela* –el segundo superior que conocí del Seminario, gran orador y tan gran persona, que el corazón parecía no caberle en el pecho, a pesar de las no pequeñas dimensiones de su caja torácica, de él siempre recordaré que, estando encargado de la limpieza de su despacho, el sábado solía regalarme siete galletas, en recuerdo de los siete dolores –me decía– de la Virgen. ¡Qué forma tan sencilla de endulzar con ternura el dolor!– y *Fernando de Benaguacil*, que, aunque nombro en último lugar, es, sin duda, a quien más tengo que agradecer. Profesor de latín y griego en quinto y sexto curso, es la persona que, reconociendo y alabando mi capacidad para las así llamadas "lenguas muertas", más contribuyó a mi crecimiento en autoestima y, en consecuencia, a cimentar la personalidad que, acrecentada día a día, me ha ido distinguiendo. En la dedicatoria que le hice de mi obra *Trilogía amigoniana*, le expresé así mi agradecimiento:

> *Al Padre Fernando Mª de Benaguacil,*
> *decano de la Congregación,*
> *mi antiguo profesor y perenne maestro,*

como homenaje en las celebraciones
jubilares de su centenario
y en agradecimiento a la fidelidad
de su cariño y comprensión
en todo momento y circunstancia.

Y ya como colofón de esta síntesis de recuerdos que estoy haciendo de aquel tiempo del seminario *que tan rápidamente pasó*, según lo percibo ahora quiero trasmitiros cinco hechos o anécdotas que vienen ahora, con especial intensidad y cariño, a la memoria afectiva de mi corazón.

1. *Sacristán antes que fraile*

"Cocinero –dice el refrán– antes que fraile", pero yo lo que fui con anterioridad a mi condición de fraile, fue *sacristán*.

Y ser sacristán en el Seminario de Godella, en aquel tiempo, no era cualquier cosa. Hasta mi designación, el cargo siempre lo había ocupado un fraile. Yo fui el primero que alcanzó tal encomienda, siendo un simple seminarista.

Estaba para comenzar el quinto curso de Humanidades, cuando recibí el encargo. Tengo que reconocer que fue otro refuerzo –y no pequeño– para mi crecimiento personal en *autoestima*, que –como antes os he dicho– empezaba a producirse al inicio de este curso escolar en el que pasé a la *sección de mayores*.

Las tareas de sacristán eran de mucha responsabilidad. Tenía que levantarme casi una hora antes que mis compañeros, para atender, en primer lugar, a los padres –en número de cinco o seis– que iban a celebrar misa, cada uno de ellos, en un altar lateral diferente. (Hay que considerar que estábamos aún en pleno Concilio Vaticano II y lo de la concelebración ni tan siquiera se consideraba todavía entre nuestra comunidad del Seminario).

De cara a esas celebraciones de misas, aparte de tener preparados los ornamentos de cada uno de los padres –casulla, estola, manípulo, alba, cíngulo y amito– debía disponer también el correspondiente cáliz, equipado con purificador, patena con forma grande para el sacerdote y pequeña para el monaguillo e hijuela, y cubierto con el

correspondiente paño cubre-cáliz que hacía juego con la casulla y que se coronaba con la bolsa –también del mismo color y diseño– que contenía el corporal con la palia.

Junto al cáliz correspondiente, debía tener preparadas sendas vinajeras –con vino y agua–, un manutergio, cubriendo las vinajeras, y una pequeña campanilla. Las vinajeras y la campanilla las llevaba al altar correspondiente el monaguillo designado; el cáliz lo llevaba el propio sacerdote.

También era tareas diaria del sacristán tener apalabrados los monaguillos necesarios, con los encargados de las distintas secciones y haber preparado el altar que iba a utilizarse, retirando el paño que servía para proteger del polvo los manteles y encendiendo las velas.

Por supuesto, tras la celebración de las misas en los altares laterales, el sacristán, apagadas las velas y colocados de nuevo los paños protectores de los manteles, debía centrarse en la preparación de todo lo necesario para la misa que cotidianamente también se celebraba en el altar mayor para todos los seminaristas. Los domingos, además, en el altar mayor se celebraban dos misas para todos los seminaristas. La primera se llamaba "de comunión", era rezada y servía para que los seminaristas que lo deseasen pudieran acercarse a comulgar, habiendo cumplido la "ley del ayuno" que entonces exigía no haber comido nada desde la medianoche. La otra era cantada en latín y gregoriano, con su *Introito* –o antífona de entrada– sus *Kyries*, el *Gloria* –si el tiempo litúrgico lo prescribía– *Gradual* –entre lecturas– *aleluya* o *tracto* –dependiendo también del tiempo litúrgico– *Credo*, *Sanctus*, *Agnus Dei*… . Estaba oficiada, al menos, por tres celebrantes –sacerdote presidente, diácono y subdiácono– a los que, en ocasiones más solemnes, se unían otros dos, con capas pluviales. A esta misa venían seglares, mayoritariamente de Campo Olivar, y con ellos alguna muchacha, que era la única juventud femenina que se veía, por lo general, durante toda la semana. Era, pues, la ocasión para los seminaristas de ganar lo que muy bien se podría llamar "el jubileo de la pestaña".

Obligaciones del sacristán eran, asimismo, dirigir la limpieza de la Capilla y dependencias anejas, ayudado por los seminaristas que se le enviaban de alguna de las secciones, en especial los sábados; tener aseados los altares, a punto las velas y brillantes los candelabros; cuidar que las luces no se quedaran encendidas y mantener, bajo llave,

la sacristía y, al final del día, la Capilla, y preparar lo necesario para el seguimiento fiel de la liturgia en los distintos tiempos, como por ejemplo: cubrir las imágenes con paños morados al llegar la Cuaresma; tener a tiempo las velitas para el día de la Candelaria, o la ceniza para el miércoles con que se inicia el tiempo de penitencia, preparatorio para la Pascua, o los pétalos para ofrecer a la Virgen en el mes de mayo, o los distintos altares que se montaban para la procesión del Corpus que se realizaba por los entornos del Seminario…

Pero, por supuesto, el ser sacristán –aparte del vino que uno podía birlar– también tenía sus compensaciones y cosas buenas, como: el salir libremente a la calle para ir a las Carmelitas –que aún estaban en la Avenida de la Ermita de Godella– a conseguir formas pequeñas y grandes para la Eucaristía (salidas que aprovechaba para realizar los encargos que me hacían en secreto los compañeros y que consistían principalmente en alguna que otra revista, algún paquete de tabaco para fumar a escondidas –que es cuando mejor sabía–, algún paquete de pipas y otras chucherías…), y el mismo salir, acompañado por algún otro seminarista, al llegar el mes de mayo, para recoger las flores que nos daban en algunos chalets de Campo Olivar, y que, a veces, venían acompañadas de una sabrosa merienda…

En fin, que no me podía quejar, pues, además de realizar un trabajo que me ayudaba a crecer, lo disfrutaba mucho.

2. *Virgilio me sonrojó*

Al llegar la solemnidad del Corpus, las procesiones se multiplicaban como por encanto.

A la que organizábamos y realizábamos en el propio Seminario, se sumaban indefectiblemente: la del pueblo, la de la Colonia San Vicente y la del Colegio Sagrado Corazón, que, en aquel tiempo, tenía alumnas internas.

No haría falta decir que era precisamente esa última la que más expectación causaba entre nosotros y calculo que, con igual interés, al menos, entre las alumnas. Era un momento de entrecruzar locuaces miradas silenciosas y alguna que otra sonrisa no exenta de picardía. Y

fue precisamente en la procesión del Corpus realizada en este Colegio, estando yo en quinto o sexto de Humanidades, cuando se produjo la anécdota que os trasmito:

En esta ocasión el padre Fernando Mª de Benaguacil debió entretenerse a hablar con las "Madres", enfatizando, quizá, nuestros conocimientos de latín y alardeando de que incluso habíamos aprendido poesías enteras en este idioma.

Y fuera como fuese la cosa, el hecho es que de pronto –por supuesto, esto sucedía finalizada ya la procesión– él, o la Superiora –que estaban sobre una tarima un poco elevada– mandaron hacer silencio y anunciaron que un seminarista iba a declamar delante de todos la *Égloga IV de Virgilio*.

Tan pronto como oí el anuncio, dije para mis adentros: "tierra, trágame", pero pronto respiré a pulmón batiente, cuando el padre Fernando anunció:

– *A ver, Juan José Renedo, sube aquí y muestra cómo te sabes de memoria ese Canto de Virgilio, en el que muchos han querido descubrir un tácito anuncio de la venida del Mesías.*

Más rojo que un tomate –y no era para menos– allá que subió el pobre Renedo que –calculo– en aquel momento hubiese preferido que lo condenaran a las fieras –pero a las de verdad–. Y el pobre, que ya de por sí era muy nervioso –y, en consecuencia, se trababa al hablar–, no necesitó mucho más, para quedarse atolondrado con la primera sílaba de la dichosa Égloga, que debió repetir más veces de lo que, conociéndole incluso, uno hubiese podido imaginar:

– *Si… Si… Si…* –decía una y otra vez sin lograr tan siquiera finalizar el *Sicilides* con que comenzaba el Canto.

Como es natural –y más en aquel ambiente de sentimientos reprimidos– las risas, más o menos sonoras, no se hicieron esperar y, por fin, el padre Fernando debió compadecerse de él y le dijo que bajara del estrado. Yo entonces pensé que había cejado en su empeño y que se contentaba con el fallido intento.

Pero ¡oh, ingenuidad la mía! Aquello –debió pensar él– no podía acabar así. Y yo que de nuevo empezaba a no tenerlas todas conmigo y que, a cada momento que pasaba, me temía, con creciente pavor,

que podía ser el suplente, escuché, la no por temida, menos hiriente sentencia:

– *A ver* –dijo esta vez el padre Fernando, reafirmándose en su empeño–, *Juan Antonio Vives, sube tú a la tarima y declama la Égloga IV*.

Decir que yo estaba rojo como un tomate, es reducir casi infinitamente la intensidad del rubor que mi rostro lucía. Pero sobreponiéndome a las ganas de echar a correr y esconderme, cual avestruz perseguida, subí a aquella tarima, como condenado sube al cadalso y, armándome de un valor, que yo ignoraba hasta entonces que poseía, comencé:

– *Sicilides Musae, paulo maiora canamus;*
non omnis arbusta iuvant humilisque myricae;
si canimus, silvas, silvae sint consule dignae…/…

Y así hasta completar unos quince de los sesenta y tres versitos de aquella "simpática Egloguita", que las muchachas –veía yo– medio escuchaban sin dejar de sonreír y hacer ojitos, y que a mí me hacía pensar –y no sin razón– que estaba haciendo el más absoluto de los ridículos (hoy esto del ridículo lo diría con una expresión más contundente y apropiada). Con ello, como es natural, mi sonrojo fue en aumento hasta llegar a convertirme, sin duda, en un verdadero hijo del dios Helios.

¡Bendito Virgilio, la que me hiciste pasar! A pesar de los años transcurridos, siempre que me acuerdo de ti, la sangre se me sube al rostro.

3. *Profesor entre compañeros*

Estando ya en sexto curso, se produjo una situación, un tanto simpática, que contribuyó también a mi crecimiento en *autoestima*.

El profesor de latín del cuarto curso, que se encargaba, al mismo tiempo, de reclutar vocaciones por los pueblos, tenía que ausentarse, por este motivo, con cierta frecuencia, por lo que se hacía necesario buscarle un suplente.

Los padres que estaban preparados para impartir la asignatura tenían el horario comprometido ya, y los frailes que había en ese mo-

mento en período de prácticas, o bien estaban asimismo ocupados a esas horas, o bien no se sentían capacitados para afrontar una enseñanza –como era la de latín– que, en cuarto curso, tenía ya un nivel de conocimientos bastante alto.

Así las cosas, el padre Fernando –una vez más, mi gran valedor– propuso al superior que fuese yo quien me hiciese cargo de las clases de latín, cuando faltase el titular. Y de este modo, estando yo en sexto fui *profesor de compañeros* a los que tan sólo llevaba unos dos años de edad, como fueron, entre otros varios, *José Manuel Durá* y *José Luis Segarra*, que profesarían y permanecerían en la Congregación Amigoniana.

4. *Por fin, una habitación*

Desde que era bien pequeño –antes de que mi hermano Ricardo pasara a compartir conmigo aquella "habitación muy especial" de nuestra casa en la calle Cervantes– no había dispuesto yo de una habitación para mí solo. Es más, desde mi llegada al seminario, siempre había estado en dormitorios corridos, en los que teníamos la cama todos los integrantes de cada una de las secciones, que no éramos nunca menos de treinta y cinco.

La situación cambió, sin embargo, al comenzar el sexto y último curso. Para entonces, los superiores determinaron que los de sexto –sin dejar de formar parte de la sección de mayores– pasáramos a ocupar las habitaciones de la primera planta que habían quedado libres al trasladarse los novicios, que las ocupaban, al Noviciado de Sierra el 30 de octubre de 1961.

Las habitaciones –que habían estado desocupadas cuatro largos años– eran muy elementales. Tan sólo disponían de cama, una pequeña mesa, una silla y una especie de armario-taquillero sin puertas para colocar la ropa, pero para nosotros aquello era el Ritz.

Los baños, estaban situados en la confluencia de los dos pasillos –el que daba al norte y el que lo hacía al oeste– en que se encontraban las habitaciones.

Al fondo del pasillo oeste, en el que estaba mi habitación, se encontraba –en el lugar que un día había ocupado la capilla del noviciado– la "Curia Provincial de la Inmaculada" y las habitaciones del Superior

Provincial y de su secretario, quienes, en el caso de estar –pues realizaban viajes muy frecuentes– para nada intervenían en nuestra vida.

En aquella elemental habitación, yo fui feliz. Es verdad que a las 22 h. nos obligaban a apagar la luz y el cumplimiento de esta norma resultaba muy evidente a través del montante con cristales, situado encima de la puerta. Pero nosotros nos las arreglábamos para seguir teniendo luz y poder así estudiar o simplemente leer lo que nos apeteciera. Para ello, convertíamos la cama en una especie de "tienda de campaña", sirviéndonos de sábanas, mantas y cubrecama, y hasta allí introducíamos una bombilla –debidamente protegida dentro de algún frasco– que nos alumbraba –sin que se viera por fuera su claridad–, conectándola con unos cables a los plomos de la llave de la luz, pues no disponíamos de ningún enchufe.

Alguno más práctico en el tema, fabricaba incluso pequeñas radios, con cristal de piedra galena, que adquiríamos a un módico precio y que nos permitían captar alguna emisora de onda media o corta.

En aquella habitación –que ya no existe– quedaron encerradas muchas de mis ilusiones, sueños, encuentros y desencuentros, imaginaciones y realizaciones.

5. *Puro orgullo*

Estaba ya en sexto curso, cuando sucedió lo que ahora os voy a relatar.

Se organizó aquel año en el Seminario un concurso interno, al estilo del que estaba entonces de moda en televisión, llamado "La Unión hace la fuerza".

Los equipos estaban formados, cada uno de ellos, con seminaristas de sexto, quinto, cuarto, tercero, segundo y primero, por los que en todos había integrantes de las distintas secciones. Y las preguntas podían ser tanto de materias impartidas en los últimos cursos, como en los primeros.

A mí me correspondió ser capitán –y en consecuencia portavoz– de uno de ellos.

Tras muchas sesiones, en las que se fueron eliminando poco a poco distintos equipos, por fin llegaron las fases de cuartos, semifinales y final.

Y resultó que uno de los equipos finalistas era precisamente el mío.

La final se había organizado como un gran acto a realizar el fin de curso, con presencia de familiares de los seminaristas e invitados.

Llegó el deseado día y todo estaba preparado en lo que entonces era el Salón de Actos de la Casa, ubicado en el segundo piso, junto a lo que era el dormitorio de pequeños.

En el escenario nos colocamos los dos equipos finalistas. Uno a cada lado del mismo. Y en el centro, se sentó el jurado.

El salón estaba repleto. Y al fondo, como era costumbre, se situaron, sobre una pequeña tarima, el superior con algunos religiosos.

Empezó el concurso y, "la primera en la frente". La pregunta iba dirigida a nuestro equipo y, tras consultar a los compañeros, me levanté y respondí, decidido, a la cuestión. El jurado rápidamente proclamó: "respuesta correcta".

Pero, cuando ya se iba a formular la correspondiente pregunta al otro equipo, el superior, desde detrás del público, puesto de pie sobre la tarima, sentenció: "No es correcta". El concursante debió decir, antes de dar la respuesta, "nos parece que la respuesta es…".

A mí aquello me sublevó internamente. A mi modo de ver lo justo hubiese sido, en todo caso, una advertencia para la próxima respuesta, pero el darla por incorrecta, me pareció una absoluta injusticia, en la que, sin duda, se traslucía esa absurda moral –no ajena a la mentalidad eclesiástica del momento– que confundía la verdadera humildad con la utilización de "expresiones prefabricadas de palabras huecas".

Por supuesto, el jurado tuvo que replegarse a la voluntad del "jefe supremo" y el concurso continuó alternando las preguntas a uno y otro equipo.

Como podéis imaginar –si a esta altura de mis recuerdos me conocéis ya un poco– cada vez que nos tocaba responder a nosotros, yo, a pesar de las advertencias y súplicas de los otros miembros del equipo, me levantaba y decía la respuesta, sin la "muletilla" con que hubiese tenido que precederla, con lo que conseguía que el jurado dijese: "la respuesta es acertada, pero no podemos darla por válida por no expresarla con la fórmula adecuada".

Y así, entre el creciente alboroto que se iba produciendo entre el público, al ver que se iba a proclamar campeón al otro equipo, a pesar de que ellos habían tenido algún fallo y nosotros ninguno, acabó aquel

concurso, en el que debimos ser, con todo merecimiento –lo creo firmemente– *campeones*.

La algarabía entre los asistentes continuó un buen rato: unos a favor de lo decidido por el jurado y otros a favor de nosotros, alegando que no era justo que no hubiésemos ganado, cuando a todo habíamos respondido bien.

Mientras esa "movida" continuaba entre el público, el superior, enfurecido –o quizá mejor, encolerizado– vino a mi encuentro y allí mismo, entre bambalinas, me propinó un sonoro "sopapo", al tiempo que exclamaba gritando: "soberbio".

Si os tengo que decir la verdad, aquel sopapo no sólo no me dolió, sino que lo consideré merecido "trofeo". En lo que no estuve de acuerdo entonces –ni lo he estado nunca, cuando he revivido el hecho– es en lo de "soberbio". Entre mis muchos defectos, pienso que no se encontraba éste. Nunca –que yo haya sido consciente– me he considerado ni comportado como superior a nadie. Lo que sí he sido –y de esto estoy satisfecho– es "orgulloso", cuando me he sentido injustamente tratado en mi dignidad personal. Para mí, el *orgullo puro* es una sana manifestación de la autoestima. Y a esto nunca he estado dispuesto a renunciar.

Si en algo me arrepiento ahora del hecho, no es por mí, sino por mis compañeros de equipo. ¡Viejos amigos y compañeros, perdonadme allí donde estéis por haberos robado la gloria de aquel campeonato, pero comprended que no podía suicidar mi personalidad!

XV

Un año de noviazgo

No os voy a hablar ahora del noviazgo al que ya os he hecho referencia y que, en las vacaciones veraniegas del sexto curso, me provocó una crisis que a punto estuvo de cambiar el rumbo de mi vida.

El *noviazgo* del que os hablaré ahora muy bien lo podéis traducir por *noviciado*, pues, aunque en principio pueda sonar extraño, tanto *novio* como *novicio* o *noviazgo* y *noviciado* provienen de la misma raíz latina que indica algo *nuevo*, o si se quiere *novedad*.

Tras superar, de alguna manera –no sin dolor y desgarro interior la crisis a la que ya os he hecho referencia– y guardar en mi corazón –donde siempre ha continuado teniendo un hogar– aquella joven a la que amé y por la que me sentí amado, emprendí, junto a mis compañeros de curso, el camino que nos llevaría al Noviciado amigoniano, situado cerca de Hellín, en una pequeña pedanía de Tobarra, llamada Sierra.

El viaje lo hicimos en el primer autobús que tuvieron las Escuelas Profesionales Luis Amigó (EPLA) y que fue bautizado *El Rácano*. Y la verdad es que aquel viejo transporte, que debió adquirir, el padre Mariano, de segunda o tercera mano, era bastante *perezoso y tacaño en el esfuerzo*, como nos dejó constancia a nosotros, pues, al llegar al Puerto de Almansa, que tampoco era el Everest, tuvimos que bajarnos todos, menos el chófer y vaciarle en su maltrecho radiador varios litros de agua.

A trancas y barrancas, pues, llegamos, por fin, al Noviciado, una sólida construcción de piedra, de planta baja y tres pisos de altura, que tenía además, en su centro superior, como una especie de Torre del Homenaje que le daba cierto aire de castillo medieval y sobresalía orgullosamente entre las pobres y pequeñas casas de los habitantes del lugar.

Tan pronto como llegamos y descendimos del autobús, recibimos una primera impresión que, por cierto, no fue lo agradable y festiva

que hubiese sido de desear, pues, al ir a saludar, alegres, a los compañeros del curso anterior, que ya estaban finalizando el noviciado, los encontramos tan cambiados y serios, que eludiendo nuestros abrazos, se limitaron a estrecharnos la mano, sin perder demasiado una seriedad y compostura, que, a todas luces, no podía ser verdadera.

Si esa fue la primera impresión, la segunda superó con creces la decepción de la anterior.

Entre nuestro pobre equipaje, cargábamos un disco de los *Beatles* que habíamos recuperado entre un montón de basura que nos encontramos de bruces cuando, saliendo por la puerta trasera del seminario –la ubicada al oeste y que da acceso a la "montanyeta", que también pertenecía entonces a los frailes–, nos dirigíamos a la Ermita del Salvador. Aquel disco fue para nosotros un valioso tesoro, en una época en la que la inmensa mayoría de la juventud admiraba y era fan de aquellos melenudos de Liverpool. (Por cierto, en la última representación teatral que nos tocó preparar a los de sexto, precisamente poco antes de irnos al Noviciado, quisimos homenajear a "nuestros" Beatles, poniendo en escena una obra teatral –cuyo libreto y vestuario fue de completa creatividad nuestra– que, titulada *The Panoches*, representaba irónicamente –medio en broma, medio en serio, que era la única con que sabíamos que podíamos salvar la férrea censura que reinaba en el Seminario– una actuación musical de aquellos cuatro jóvenes, "ídolos" nuestros, aunque en secreto, dadas las circunstancias).

Aquel disco, pues –que habíamos salvado de la basura y destrucción y que había sido para nosotros, durante el último año, motivo de distracción y alegría, cuando, aprovechando la ausencia de algún profesor, lo poníamos a sonar furtivamente en el aula–, se nos ocurrió mostrárselo a nuestros compañeros novicios en uno de los primeros recreos que compartimos, para, aprovechando la ausencia del Maestro, escucharlo juntos.

¡Oh terrible equivocación la nuestra! Ya no recuerdo si fue más rápido el mostrarles "nuestro tesoro", o que uno de ellos –el que debía tener ese día más alta la fiebre del "fervor", pretendido antídoto contra toda manifestación hormonal– abalanzándose, cual "alma que lleva el diablo" sobre el portador del disco, se lo arrebató violentamente, lo tiró con furia al suelo y, cual poseso, empezó a saltar salvajemente sobre él, convirtiéndolo en añicos. ¡Una vez más, lo que no habían hecho

los *bárbaros* –que en su día tiraron el disco a la basura– lo hacían los *neo-Barberini*, en pro de la religión!

Cuando yo asistí, estupefacto –como calculo que les pasaría a los otros compañeros de curso– a aquel dantesco espectáculo ofrecido por tan improvisado "Torquemada", pensé: ¡Madre mía! ¿Dónde he venido yo a parar?

Y así, entre impresión e impresión –por lo general más negativas que positivas– se fue cumpliendo el mes que duró nuestro "prenoviciado", que concluyó con una semana entera de Ejercicios Espirituales, en los que, una vez más –y ya eran varias las veces– oí hablar mucho del pecado, del sacrificio, del difícil y estrecho camino que conduce a la salvación… y poco, por no decir nada, del *amor*, de la *misericordia*, que son el rostro –más materno que paterno– del Dios a cuya imagen y semejanza fuimos creados y que precisamente, por ello mismo, hizo del amor y de la misericordia la única clave auténtica para que todo hombre y mujer encuentre su propia realización personal en humanidad.

Para la vestición del hábito e inicio oficial al año de noviciado –el 14 de agosto de 1966– no vino nadie de la familia, pues la admisión de familiares estaba reservada para los que hacían los primeros votos, concluido ya el noviciado.

Al día siguiente, profesaron ya los novicios del año anterior y dos días después –celebrada la fiesta de San Joaquín y Santa Ana– partían ellos camino de Dos Hermanas, y nosotros nos quedábamos solos con nuestro Maestro y su ayudante y acompañados también, aunque un poco a la distancia, por el padre Alfredo Roig –ecónomo general, artífice de la construcción de la Casa Noviciado en que estábamos y encargado de la gran finca que la Congregación tenía en Sierra– y el padre Álvaro Gil, hombre bueno y alegre, que solía trasmitir su bondad con una risa muy característica suya, y que juntaba a su condición de párroco de Sierra y Cordonilla, la de confesor nuestro.

La vida del noviciado era, en parte, un tanto cansina y aburrida. Nos levantábamos temprano para cumplir con los rezos prescritos para la mañana –Ángelus, Laudes, Meditación de la Pasión– y asistir a Misa. Al medio día, después de volver del trabajo en el campo y antes de comer, hacíamos un breve Examen de conciencia, recitábamos la Hora Media de la liturgia y rezábamos, por segunda vez, el Ángelus. Tras la comida –en la que, por supuesto, se bendecía la mesa– volvíamos a

la capilla y realizábamos el Ejercicio de las Llagas de San Francisco. A continuación, una hora obligatoria de *siesta*. (Esto siempre me ha repateado. Nunca he logrado entender cómo los frailes se permitían una costumbre más propia de estómagos y bolsillos llenos, que de personas que profesan con voto la pobreza evangélica. Yo, por supuesto, ni la dormí entonces, ni la he dormido nunca durante mi vida posterior. Sólo pensar en ella, me deprimía).

Acabada la siesta, había estudio y clase –unas dos horas, que dedicábamos a conocer las Constituciones de la Congregación y a aprender la Regla Franciscana *al pie de la letra* y en latín. (Con el tiempo he llegado a sospechar que alguien confundió en su día el dicho franciscano de "a la letra", que apuntaba a la radicalidad de espíritu en el seguimiento del evangelio, con el hecho de aprender el escrito de la Regla "al pie de la letra", aunque no se captara para nada el espíritu que le daba sentido). Durante el tiempo dedicado a las clases, realizamos, en mi noviciado, una *Semana Bíblica*, organizada y dirigida por el ayudante del Maestro, el padre José Oltra Vidal, recién ordenado y llegado desde Colombia. Para mí fue el estudio más interesante realizado a lo largo de aquel año. A veces incluso pienso –y creo que fue así– que mi posterior afición por los estudios bíblicos se despertó a raíz de esta Semana.

Había también por la tarde un tiempo dedicado al deporte y al ensayo de cantos (que dirigía el padre Oltra y que, a veces, nosotros aprovechábamos para despertar al adolescente que aún había dentro de nosotros y hacer alguna que otra travesura, que causaba hilaridad entre los compañeros y que el director del coro solía zanjar imponiendo al autor el correspondiente correctivo o penitencia).

Venía, a continuación del deporte o del ensayo, la oración de la tarde con el rezo de Vísperas y del Rosario o Vía Crucis –dependiendo del día o del tiempo litúrgico–, con otra media hora de meditación –que completaba la otra media realizada en la mañana– y con la tercera recitación del Ángelus.

De la oración de la tarde, se pasaba de nuevo al comedor para la cena –precedida de la preceptiva bendición–, y de allí, íbamos al recreo comunitario: juegos de mesa, conversaciones entre compañeros… Por supuesto, durante este recreo, nada de televisión. Esta estaba reservada para ver los sábados por la tarde el concurso "Cesta y puntos"

y los domingos, después de misa, el "Día del Señor" dirigido por Salvador Muñoz Iglesia, que estaba acompañado por la periodista María Gil González. Ocasionalmente –muy ocasionalmente– vimos también algún partido de fútbol, como la final del Mundial de Inglaterra en 1966, cuando todavía éramos prenovicios.

Finalizado el recreo de la noche, de nuevo a la capilla para hacer el examen de conciencia extenso, rezar Completas y, ya en absoluto silencio, cada cual a su habitación, y, media hora después, luces apagadas.

Y así, un día y otro día, aunque los sábados y domingos el horario y las actividades eran un poco distintas, pero sin exagerar.

Lo que sí hacíamos por las mañanas, después del desayuno los días laborables (los sábados la actividad que ahora diré se cambiaba por limpieza general a fondo y el domingo, aparte de la limpieza se celebraba con toda solemnidad una misa cantada) era ir al campo a trabajar la tierra, a recoger sus frutos, etc…

Como la finca era tan inmensa, a veces yendo y volviendo al tajo del trabajo, montados en el remolque del tractor, se nos iba buena parte de la jornada. Esta actividad agrícola no me resultaba cansina, por más que, por lo general, acabara con la camiseta bien sudada. Antes al contrario, fue esta la actividad que más contribuyó a mi crecimiento integral –y en modo particular a mi *crecimiento en humanidad*, que, en mi modo de ver las cosas, coincide con crecimiento espiritual– durante este año.

Compartíamos el trabajo con sencillos hombres de la aldea que, contratados por los frailes con jornales de miseria, ganaban con su quehacer lo poco que podían llevar a casa para mantener a sus familias.

Ninguno de ellos se mostraba generoso en carnes. No podía ser, cuando la alimentación era deficitaria. Solían abusar, a veces, un tanto del alcohol, pero a mí esta actuación, lejos de la crítica o el rechazo, me causaba, ya entonces, verdadera comprensión y compasión, pues hijo, como era, de jornalero, me llegaban al corazón las "miserias" de aquellos buenos hombres y los acogía, con cariño y hasta con simpatía, al tiempo que me esforzaba por descubrir y valorar lo mucho bueno que había en cada uno de ellos. Recuerdo, por ejemplo, al Trompa, al Tonejo –que manejaba el tractor– a su hermano, El Diablo y a Emilio, el cuidador de la vaquería.

También recuerdo –¿cómo no?– a Jesús –el capataz, que defendía siempre a aquellos pobres y procuraba mitigar la reacción, a veces un tanto airada, del padre Alfredo–; al viejo Fermín Lérida, –el mecánico sábelo todo, capaz de hacer caminar camiones casi desahuciados, como el viejo Strujen-wagen con que, con sangre, sudor y lágrimas, logró trasportar desde Madrid a Godella las pesadas maquinarias de Imprenta del padre Mariano–, al tío Juan, el Pedáneo, aquel que para denunciar, al Sr. Gobernador de la Provincia, de visita por la aldea, las deficiencias que se sufrían en el alumbrado eléctrico, le dijo:

– *"Señó Gobernaor, es que aquí la lu llega cansá"*.

Y por supuesto recuerdo también el *Bar La Roja*, el lugar al que teníamos superprohibido acercarnos –aunque lo hicimos en más de una ocasión– y que se llamaba así por el apodo de su dueña, una buena mujer, que el Maestro nos presentaba, poco más o menos, como "la mujer del diablo", y que en realidad tenía esa bondad y ternura naturales –propias de gentes sencillas que suplen su ignorancia de conocimientos con la *sabiduría* profundamente humana que sabe hacerse compasión con el necesitado– que yo pude comprobar, en vivo y en directo, cuando, a partir de 1987, estuve varios veranos en Sierra, acompañando unos Cursos de Formación Permanente de la Congregación y solía visitar con asiduidad aquel bar. ¡Con qué cariño recordaba aquella buena mujer a los "frailecillos" jóvenes que un día alegraron la vida del lugar y compartieron trabajo, penalidades e ilusiones, teniéndose que esconder, para ello, de sus educadores!

¡Gracias, Trompa, Fermín, Jesús, Emilio, Tonejo, Diablo, tío Juan La Roja… y tantos otros muchos, cuyos nombres no logro recordar, por tantas y tan profundas lecciones que silenciosamente me fuisteis dando! No se lo digáis a nadie, pero de vosotros aprendí muchísimo más que de mi Maestro, que se creía mucho más listo y formado que vosotros.

Y hablando del Maestro, no quiero decir más que esto: no era, ni mucho menos, mala persona, pero creo que le faltaba –y bastante– la serenidad y afabilidad necesarias de carácter pasa ser –o al menos, para parecer– un padre para los jóvenes confiados a su cuidado.

A veces tenía detalles bonitos, agradables y, hasta simpáticos, para con nosotros, pero bien pronto tales detalles quedaban ofuscados por una nueva explosión de su vivo genio. Menos mal que tuvimos la suer-

te de contar, como Vicemaestro, con el padre José Oltra que, aunque a veces era el centro de nuestras bromas juveniles y se enrabiaba un poco, era el pararrayos que, sin verbalizar nada, solía protegernos en los momentos en que la tensión era más fuerte entre nosotros y el Maestro.

Entre las muchas anécdotas que recuerdo de aquel *año de noviazgo*, y en las que me vi personalmente involucrado, os transmito estas dos:

1. *Una maestra descolgada por la ventana*

Cerca, de nuestra Casa Noviciado se encontraba la Iglesia Parroquial de la aldea. (Que por cierto, por ser Albacete entonces "diócesis de castigo" estuvo regida durante varios años por sacerdotes que vivían con su concubina. Lo que explica que las gentes sencillas del lugar, al llegar los frailes, les preguntaran por sus mujeres), y casi enfrente de la Iglesia estaba una Escuelita que doña Remedios Marín y su marido –de quienes los frailes recibirían en donación la finca y la casa solariega– habían mandado construir en su día en beneficio de la población.

Pues bien, casi coincidiendo con nuestro ingreso al noviciado, llegó, destinada allí, una nueva maestra, joven y de buen ver.

Ni que decir tiene que inmediatamente a nosotros se nos prohibió toda aproximación al lugar. Y conociendo el genio del Maestro y "cómo se las gastaba", no era como para ir haciendo "alardes de D. Juan".

Pero sucedió un día que, mientras yo estaba limpiando la sacristía –pues tuve que encargarme de ella durante algún tiempo y volver a ejercer las tareas de sacristán, que ya había desempeñado los dos últimos años de mi estancia en Godella– se acercó otro novicio, acompañado –¡vaya sorpresón!– de las mencionada maestra.

Venía buscando unos paños para preparar, en la escuela, un pequeño altar a la Virgen, pues estaba para comenzar el mes de mayo. Como es fácil de imaginar, mi compañero y yo nos precipitamos a buscar algo que pudiera satisfacer su necesidad. Mientras abríamos y cerrábamos rápidamente los cajones de la sacristía, ella nos miraba sonriendo y nosotros, aunque disimulando, le devolvíamos las miradas, que, por supuesto, captaba a la perfección.

Cuando ya teníamos los paños deseados y estaba a punto de marcharse por la puerta trasera por donde había entrado al Noviciado, evitando así el encuentro con el Maestro, a quien –me dio la sensación– que temía más que nosotros, cosa de por sí ya difícil– oímos toser –¡bendita tos anunciadora!–, mientras abría la puerta de la Capilla, a quien nunca hubiéramos querido escuchar en ese momento: el *Maestro*– nos dijimos los tres, casi sin proferir sonido.

No sé si el apuro fue más suyo o nuestro. Lo que sí sé es que a los tres se nos ocurrió, al unísono, descolgarla por la ventana de la sacristía, dado que la distancia al suelo exterior no sobrepasaba los 60 cm. de altura.

La imagen que debimos dar –menos mal que nadie se enteró del hecho, al parecer– muy bien hubiera podido incluirse en el Tenorio, mostrando que no era don Juan quien escalaba el convento, sino doña Inés, la que lo abandonaba furtivamente.

2. *Abortando una procesión*

En mis labores de sacristán, los domingos debía darme prisa en concluir la limpieza, cambiarme el hábito de diario por el de fiesta, preparar el altar, encender las velas y las pastillas con que se quemaba el incienso en el turiferario… En fin, debía tenerlo todo a punto para iniciar una misa que comenzaba con una solemne procesión de entrada, mientras los novicios cantaban en gregoriano el Introito.

El día de autos –como se dice en lenguaje judicial– yo había ido tan apurado de tiempo –seguramente me había entretenido más de la cuenta gastando alguna broma– que, al cambiarme de ropa, me olvidé de sujetarme los pantalones con el cinturón. Y nervioso como estaba, pues ya me imaginaba al Maestro en la sacristía con "sus dimes y diretes", no me di cuenta del hecho, hasta bien comenzada la procesión de entrada que, saliendo por una puerta lateral de la sacristía, discurría por una sala que hacía pared con la capilla, para llegar a la puerta principal de ésta y emprender ya el camino, por el pasillo central –flanqueado a derecha e izquierda por los bancos que abarrotaban los asistentes– hasta el altar.

No habíamos dado ni cinco pasos por aquel pasillo, cuando yo –que encabezaba la procesión, llevando en una mano el turiferario y en la otra, la naveta con el incienso– empecé a notar que mis pantalones, libres de todo impedimento, se deslizaban suavemente hacia abajo, siguiendo con fidelidad la ley de la gravedad, formulada por Newton. Intenté entonces proseguir con pasos más cortos y lentos con la pretensión de evitar lo que empezaba a parecer inevitable. A todo esto, nadie fuera de mí era consciente de la "tragedia" que se avecinaba, pues el hábito, que llegaba hasta el suelo, ocultaba, a la vista de la gente, lo que sucedía en su interior.

Casi había logrado el objetivo de llegar "incólume" al altar, cuando repentinamente, al ir a subir el pequeño escalón que había para acceder al presbiterio, mis pantalones acabaron irremediablemente en el suelo. La situación no podía ser más trágico-cómica. Por una parte, llegaban a mis oídos las "imprecaciones" que lanzaba el Maestro –oficiante de la misa– ante la lentitud del avance –imprecaciones que subieron de decibelios cuando se percató de que la procesión se había detenido, del todo–, por otra, me causaba hilaridad la situación que sólo yo conocía.

Ante la imposibilidad de avanzar, giré hacía los monaguillos que se encontraban detrás de mí y, sin perder para nada la dignidad debida, entregué a uno el incensario y al otro el recipiente del incienso, y ya libres mis manos, las introduje por los bolsillos falsos del hábito –desde los que se podía acceder al interior y, agachándome lo puramente imprescindible, cogí los pantalones y los volví al lugar que nunca debieron haber abandonado. Poca gente se dio cuenta de la acción, que despertó algunas sonrisas en los más avispados.

Superada la dificultad, con la misma dignidad con que había hecho la entrega, recuperé turiferario y naveta y, entonces sí, subí con decisión la grada hacia el altar, reemprendiendo una *procesión abortada* durante unos breves instantes, que, a mí, se me hicieron una eternidad.

Ya en el altar, y al presentarle al oficiante el incensario para que, puesto en él el incienso, procediese a perfumarlo –como está establecido en las misas solemnes– escuché de sus labios, no la bendición prescrita para el caso, sino una seria amenaza que me hizo perder ya la paz para el resto de aquella liturgia:

– *Ya hablaremos después* –me dijo lacónicamente–.

Y a fe mía, que no se olvidó. Tan pronto como finalizó la misa, recién "comulgaditos" como estábamos –que dirían en Colombia– me llamó a su despacho.

Todos mis esfuerzos por convencerle de que la situación había sido producto de un descuido casual, fueron vanos. Se empecinó en que todo había sido burdamente planeado por mí para hacer una gracia. Y como resultado, este pobre novicio estuvo una semana comiendo de rodillas y fregando platos.

En fin, como es natural en toda relación de pareja, también este mi noviazgo tuvo sus momentos de gozo y alegría, combinados con otros no tan agradables.

XVI

Los pequeños filósofos

Dos días después de mi profesión religiosa –que tuvo lugar el 15 de agosto de 1967 y a la que asistieron mis padres, mis hermanos Enrique y Mª Carmen (Ricardo no pudo venir por estar en cama, afectado de anginas blancas), mi abuela Rosario y una hermana de ella –la tía María– en compañía de su marido, –el tío Paco–, me trasladé, con mis compañeros, al Seminario Mayor Internacional que los Amigonianos habían inaugurado –al comenzar el curso escolar 1965-1966– en los locales que habían acogido desde su fundación al Colegio San Hermenegildo de Dos Hermanas-Sevilla.

Tan pronto como llegamos a la finca, y cruzamos el artístico pórtico de entrada, me impactaron las preciosas torres-campanario ubicadas en la fachada de la Iglesia de la Casa.

El edificio estaba dispuesto en torno a dos patios interiores. El más antiguo de ellos, en el que estaban ubicadas las habitaciones, era un claustro –con finas columnas de hierro– que me hizo recordar un poco –aunque con un estilo muy distinto– al de la Casa de Godella.

La Iglesia, bellísima, tenía un zócalo de artístico azulejo andaluz y el suelo con las pequeñas baldosas típicas de la Fábrica *Nolla*, de Meliana-Valencia y, aunque era de una sola nave, me hacía evocar, siempre que entraba en ella, la Iglesia del Seminario de Godella, que yo había frecuentado durante los seis años de Humanidades y que conocía, al dedillo, gracias a los dos que estuve en ella de sacristán. En esta Iglesia de Dos Hermanas –que no había sufrido, como le pasó a la de Godella, los destrozos de la guerra y que también había sido consagrada por el padre Luis Amigó– admiraba los espléndidos y originales retablos que tenía y, entre ellos, sobre todo el del altar mayor. (Y contemplándolos, me decía a mí mismo ¡qué preciosa debió ser la Iglesia de Godella con sus originales retablos, altares e imágenes!). Entre sus imágenes, me cautivaron especialmente la de San Hermenegildo, presidiendo el altar

mayor, la de San Francisco, realizada en caoba e imitando al de Mena y, en particular, la Virgen de los Dolores –regalo personal, junto a su retablo y altar, del padre Fundador– que representada, cual muchacha nazarena, me habló siempre más que de dolor, de joven maternidad.

En aquel Seminario Internacional, nos juntamos los estudiantes de los cuatro cursos de teología de Colombia, Italia y España y los que cursábamos segundo y primero de filosofía de España. A este último curso pertenecíamos los recién llegados, por lo que éramos los "benjamines" de aquella frailada.

Los teólogos tenían sus habitaciones en el segundo piso y los filósofos en el primero y algunas de las habitaciones de éstos daban a la terracita que rodeaba el claustro por la parte superior del mismo, por lo que quienes las habitaban podían salir o por la puerta o por la ventana (cosa que solían hacer, cuando el pasillo interior estaba muy vigilado por los prefectos). La planta baja estaba destinada a clases, biblioteca, comedores, despensa y cocina. Tanto los teólogos como los filósofos teníamos nuestras propias salas de reunión y capillas, aunque para algunos actos litúrgicos –especialmente la misa dominical– coincidíamos todos en la Iglesia de la Casa.

Fueron educadores nuestros –bien como superiores de la comunidad, bien como prefectos, profesores o administradores– los padres Quintano, Valeriano, Fidenciano, Urbano (superior) y Urbano (vicesuperior al que llamábamos los estudiantes, para diferenciarlo del otro: el *suburbano*). Más de un chiste corrió entre nosotros, a raíz de que todos estos nombres o apellidos acabaran igual. Y, en más de una ocasión, alguien, en plan de broma, soltó que solo faltaba que nos enviaran un Próculo.

Además de ellos, conocí también en Dos Hermanas a los padres Vergallo (superior durante el primer curso), Palacios, Emilio Eslava y Vadillo.

La verdad es que de todos mis educadores o profesores de esta época conservo buen recuerdo –y, en especial, del padre Fidenciano–, pero nosotros percibíamos que entre ellos –especialmente durante nuestro primer curso– había tensiones que fueron aumentando en la medida que se acercaba el Capítulo General que la Congregación celebró en julio de 1968. El problema de fondo –como supe después– eran las diferencias de pensamiento existente entre ellos, provocadas,

por una parte, por el distinto modo de entender y acoger la doctrina del Vaticano II, recién concluido entonces, y por otra parte también –que todo hay que decirlo– por aspiraciones personales que algunos de ellos tenían a determinados cargos.

De las clases y del sistema de estudios no puedo decir si no alabanzas. Se notaba que los profesores estaban bien preparados, dominaban la materia y, por lo general, eran buenos didactas a la hora de trasmitir conocimientos. Todo ello, unido al hecho de que el nivel de exigencia era muy alto y de que aprovechábamos bien las horas de estudio, dio como resultado que saliésemos de allí varias hornadas de estudiantes, que después rendimos –y mucho– en los distintos centros en que completamos nuestra formación. Siempre he estado y estaré agradecido a los profesores que tuve en Dos Hermanas y al sistema de estudio que allí se siguió.

Si la ciencia es –como yo creo– el poso que te han dejado los estudios realizados, después de haber olvidado los detalles y conocimientos concretos aprendidos, éstos, que a continuación os diré, son los recuerdos en los que se concentra la ciencia de lo aprendido por mí en Dos Hermanas:

- Admiré a los *Presocráticos*, especialmente a *Parménides* con su axioma "lo que es, es y lo que no es, no es" y a *Heráclito* con su "todo fluye". El primero me ayudó a ir descubriendo lo que, con el tiempo, he denominado *identidad personal*. Y el segundo abrió mis ojos para comprender que la vida es, ante todo y sobre todo, movimiento, constante transformación y que lo fundamental de ella no está en el pasado –con ser importante en orden a la propia identidad– sino en el futuro, que constantemente se va haciendo presente.
- Admiré –¿cómo no?– a *Aristóteles*, un pozo de saber, que me ayudó –y mucho– con sus conceptos de ontología, ética…, pero admiré mucho más a *Sócrates* y a su discípulo *Platón*, que fueron contribuyendo positivamente a mi crecimiento como educador, haciéndome comprender que más que un *maestro* destinado a trasmitir conocimientos, normas… al *alumno* –considerado como "alguien sin luz", como pizarra sin nada escrito", como le gustaba decir a Aristóteles–, yo debía ser un *acompañante* del discípulo –principal protagonista del propio proceso de crecimiento per-

sonal– y debía favorecer –cual comadrona– que él mismo fuera descubriendo las potencialidades que había en sí, las fuera apreciando y *valorando* y creciendo así en *autoestima*, y las fuera poniendo en acción, desarrollando así una personalidad que ya él poseía en germen.

– Admiré el *método escolástico de la lógica* –a mi entender no superado– que, antes de empezar la *disputatio*, ponía en *claro* qué se entendía por cada uno de los *términos* que se iban a emplear en la misma, a fin de que se procediese con coherencia en todo momento. Llama la atención hoy en día cómo en muchos debates o coloquios televisivos se discute cansina y acaloradamente cuando resulta que, a veces, los interlocutores están de acuerdo en lo fundamental, aunque lo digan con palabras distintas. ¡Cuánta falta hace la lógica escolástica para crear un poco de unicidad terminológica, en medio de tanta equivocidad!
– Admiré las nuevas corrientes filosóficas, representadas principalmente para mí, por *Nietzche*, *Descartes*, *Kant* y *Hegel*, porque, aparte de sus aportaciones concretas al mundo del saber, rompieron los esquemas de una filosofía que quería alcanzar patente de dogmática, impidiendo, con su *inmovilismo*, los avances del pensar, de la ciencia, de la técnica y hasta de la misma concepción de sociedad. Con ellos quedó definitivamente enterrado el medioevo y la cultura, el hombre y la sociedad empezaron a respirar los frescos y ya muy necesarios aires de la modernidad.
– Y admiré de forma especial a los existencialistas, con *Heidegger* a la cabeza, que me ayudaron a comprender aún más –y esto siempre lo he considerado en sintonía con *Platón*– que el *ser se va haciendo cada día*. El *tiempo* dejó de ser, con ellos, un accidente del ser, para convertirse en algo substancial al mismo. ¡Cómo me ayudó *Sartre* –con todo lo que en un primer momento me pudo parecer un pesimista– a descubrir el valor del *otro* en mi propia realización personal! Es verdad que él decía que "el infierno son los otros" –y no deja de tener más razón que un santo, pues no hay peor infierno que verte rodeado de gente que ni te quieren ni quieres–, pero de ahí a decir que "el cielo son los otros" –los que te quieren, aquellos por los que te has sentido querido y que quieres– hay sólo un pequeño trecho. Y ¡cómo me ayudó *Gabriel*

Marcel –a quien tuve la dicha y privilegio de escuchar una conferencia en Sevilla en noviembre de 1968– a profundizar aún más en el valor del *otro* en orden a mi propia realización personal, haciéndome ver que el otro es tanto más determinante en mi propio proceso, cuanto más se da entre los dos un caminar hacia un *nosotros*, en el que tanto mi *yo*, como el *yo* de él sean capaces de superar los "yoismos".

En fin, no quiero daros más la "paliza" con temas tan serios, pues no he querido nunca que fuese ése el estilo fundamental de mis *Retazos del corazón*, pero sentía la necesidad de hacerlo, pues todo eso que pueden parecer simples "ideas", de tal forma se fueron interiorizando en mí, que se convirtieron en *sentimientos* que, por una parte contribuyeron a mi crecimiento personal en humanidad y por otra, a humanizar crecientemente mi propia relación con los demás.

Especial amistad hice, en esta época de Dos Hermanas, con mi compañero, desde que ingresó al seminario de Godella, *Fernando Cremades Arlandis*, cuyo trabajo síntesis de filosofía "Ser hombre. Una filosofía para la vida" tuve el honor de prologar y con el que compartí muchas ilusiones y proyectos en aquella época, adolescente aún, de nuestras vidas. Precisamente con Fernando –autor con el tiempo de varias novelas de trasfondo histórico y ganador, entre otros, del Premio Sant Jordi en 1977 y 1990– y con mi otro amigo *Antonio Valiente Gil* participé activamente en un círculo de reflexión y pensamiento que formamos entre los tres y al que denominamos de los *Pequeños Filósofos*, en homenaje principalmente a Fernando, a quien, desde hacía ya algún tiempo, apodábamos el pequeño Tagore.

Aprovechábamos algunos de los recreos para juntarnos y profundizar, de acuerdo a nuestro entendimiento, sobre las grandes cuestiones que la filosofía nos planteaba. Nos atraía especialmente analizar cómo podíamos trasladar aquellos conocimientos al propio crecimiento personal y en qué medida podían ser válidos para afrontar las grandes cuestiones sociales que entonces eran actualidad. No dejábamos tampoco de dialogar y contrastar ideas acerca de las problemáticas juveniles del momento, que tenían su gran escaparate en el Movimiento *hippie*, que se encontraba en su máximo esplendor. (De hecho, uno de los trabajos-síntesis que yo realicé, como final de aquellos estudios filosóficos, se centró en el estudio de este Movimiento juvenil que me

fascinó, sobre todo por el aire libertario que rodeaba la vida de sus integrantes y que rompía con las estructuras inmovilistas con las que se había rodeado la sociedad tras la Segunda Guerra Mundial).

En nuestros análisis estaba muy presente también el inconformismo que empezaba a marcar la vida de los jóvenes y que explotaría con fuerza y decisión en el *Mayo francés de 1968*, precisamente cuando nosotros estábamos finalizando el primer curso.

No puedo dejar de reseñar tampoco, en este período de mi vida transcurrido en Dos Hermanas, la inmensa alegría que me produjo la visita de mi familia, en las vacaciones veraniegas del final del primer curso.

Allá que se presentaron, mi madre, mi padre y mis tres hermanos: Ricardo –que desde allí marcharía a Cádiz para presentar el examen de ingreso en la Academia de San Fernando– Enrique y Mari-Carmen. Se hospedaron en una pequeña pensión del pueblo, y cada día yo los recogía y con los Amarillos –los autobuses del pueblo que unen Dos Hermanas con Sevilla– nos trasladábamos a la capital donde haríamos unos buenos recorridos a pie, visitando monumentos, comiendo en sitios asequibles a nuestra economía y, sobre todo, disfrutando intensamente de nuestra mutua compañía y afecto. La única preocupación de mi madre en esos días, fueron las sudadas que yo me pegaba por ir vestido con el hábito en medio del sofocante calor que suele distinguir a Sevilla en el verano. De todas formas, yo aquel sudor lo daba por bien amortizado con la emoción que me embargaba, al verme rodeado y acompañado de los míos.

También de esta etapa de mi vida, conservo especiales anécdotas, de entre las cuales os hago partícipes de éstas:

1. *Monaguillos diplomados*

La apertura de nuestro Seminario Mayor Internacional causó, en Dos Hermanas, el natural revuelo al ver aumentada la población en unos ochenta frailes con edades comprendidas, por lo general, entre los 17 y los 26 años.

El revuelo cobra, si cabe, mayor sentido si, como supe pasados unos años, en el pueblo existía una gran desproporción entre hombres y

mujeres, dadas las purgas que, principalmente entre los varones, habían llevado a cabo las autoridades franquistas.

No sé si a los teólogos les llegaron a poner, las muchachas del lugar, algún calificativo, pero sí me consta que a nosotros los filósofos, quizá por vernos más jovencitos y tímidos –al menos a primera vista– nos empezaron a llamar, con el gracejo y sorna típicos de los andaluces, *monaguillos diplomados*.

Pues bien, a estos "monaguillos" –entre los que, con el tiempo, me conté yo mismo–, las muchachas de la población nos gastaron, cuando salíamos de paseo con nuestros hábitos, más de una broma. Entre ellas, recuerdo especialmente una que se produjo un día en que varios de nosotros volvíamos de la capital en autobús, y al bajar del mismo y encarar la calle Real –que era la principal y la que más directamente nos llevaba a la Plaza de la Iglesia, desde la que emprendíamos ya la larga marcha que nos quedaba hasta llegar a nuestra Casa– un grupo bastante numeroso de muchachas se pusieron en fila india, ocupando todo lo ancho de la calle, para impedir nuestro paso. Ellas avanzaban y nosotros también. Ellas, acompañando su marcha con risitas y miradas no exentas de picardía. Nosotros, intentando retardar el paso, aunque sin detenernos en ningún momento, y con sentimientos de timidez y vergüenza, no sólo por lo que se nos venía encima, sino también –y principalmente– por los espontáneos espectadores que se habían ido juntando para ver, en vivo y en directo, en qué paraba aquel choque de "trenes", que parecía inevitable, entre las alegres jóvenes y los más que sonrojados frailecitos.

Al final, cuando ya el choque era inminente, ellas se separaron, dejándonos pasar tranquilamente, no sin soltar más de una gracia, que aumentó su jolgorio en la misma proporción que se multiplicó nuestro sonrojo y vergüenza escénica.

Si he de ser sincero, aquel día no recuerdo haberme fijado en la belleza de ninguna de aquellas muchachas –que seguramente la había y en abundancia–, pues no debí levantar la vista del suelo, hasta bien pasados más de cien metros desde que dejamos la calle Real.

Este hecho fue el detonante que nos hizo cambiar de táctica y, aunque mientras estuvimos en Dos Hermanas, tuvimos establecido que, al salir al pueblo, debíamos vestir el hábito religioso, nosotros, tan pronto como pasábamos el cancel de entrada a nuestra finca, nos desprendía-

mos de los hábitos –que dejábamos escondidos entre los naranjos, no cercados aún, que había a ambos lados del largo y rectilíneo camino de acceso– y nos trasladábamos donde teníamos previsto. De esta forma, pasábamos, por lo general, bastante desapercibidos.

2. *Delicias de un despensero*

Durante el primer curso de filosofía, mi prefecto –el padre Fidenciano– me encomendó la tarea de despensero. Un cargo que conllevaba bastante trabajo, pues había que proveer a la cocina de los productos necesarios para la preparación diaria de desayuno, comida y cena; había que preparar los bocadillos que se daban a filósofos y teólogos a media mañana y a la merienda; había que almacenar adecuadamente los sacos de legumbres, de patatas y de otros géneros que llegaban…, y había que mantener impolutas las dependencias: despensa y las grandes cámaras frigoríficas que había en ella.

Pero el cargo tenía también sus pequeñas o grandes gratificaciones. El despensero era allí toda una institución a la que filósofos, teólogos e incluso profesores venían buscando algún complemento alimenticio.

Recuerdo, por ejemplo, cómo acudían a mí los teólogos –escondiéndose de su prefecto, que como buen castellano, no permitía ninguna excepción a la ley, aunque después era de los primeros que venían en busca de algún extraordinario para su merienda– y se llevaban, simulado entre las faldas del hábito, algún chorizo o salchichón, algunos trozos de pan, algo de azúcar para los cafés que se preparaban en sus elementales hornillos eléctricos, y hasta alguna bota rellenada de vino.

Con todo, el primer beneficiario del cargo era, como es natural, el propio despensero. Aparte de poder aportar buen género, cuando los compañeros filósofos organizábamos alguna fiestecilla, aprovechando la ausencia de los prefectos, yo mismo era el primero en disfrutar las delicias que mi cargo me procuraba. Podía comer, para desayunar o merendar, lo que más me apeteciera –aunque eso sí, en secreto, pues de lo contrario estaba obligado a decir la "culpa" (acto éste en el que el infractor, puesto de rodillas en el comedor, delante de todos, se acusaba de alguna falta cometida ese día) y a cumplir la "penitencia" que por ello le impusiera el superior– y podía, sobre todo –y esto lo

recuerdo con especial regusto– comer los calostros de las vacas recién paridas o saborear la riquísima –y a prueba de colesterol– mantequilla natural, que preparaba con la gruesa capa de nata que flotaba tras hervir la leche ordeñada hacía poco, mezclada con abundante azúcar.

3. *Entre naranjos*

Aunque este título hace evocar espontáneamente la novela homónima del gran escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez, lo que sucedió entre los naranjos de los que aquí os voy a hablar, muy poco tiene que ver con lo acaecido entre aquellos naranjos valencianos de la novela.

Al llegar las vacaciones veraniegas de 1968 –cuando acababa de finalizar el primer curso de filosofía– mi prefecto, el mismo que me había nombrado el año anterior para el cargo de despensero, harto, sin duda, de llamarme la atención por el lamentable estado que presentaba mi hábito –y especialmente el escapulario que lo completaba– ya fuera por el polvo de harina que había recogido manejando el pan, ya fuera por alguna mancha de aceite, ya fuera por cualquiera otra causa, decidió destituirme y "en penitencia" –según él me dijo–, debía encargarme del cuidado y riego de los campos de naranjos que había en la finca. Y a ello me dediqué todo aquel verano, excepción hecha de la semana que me visitó la familia.

Sin embargo, lo que debiera haber sido un "castigo" lo acabé viviendo y disfrutando como un gran privilegio.

Dado que el riego debía realizarse antes de que empezase a despuntar el sol y después de que ya se fuese ocultando, para que, al contacto con los rayos solares, el agua no acabase convirtiendo en sofocante martirio lo que debía ser una fresca delicia para aquellos árboles, yo me levantaba hacia las tres de la madrugada, soltaba el agua de la balsa-piscina y me iba presto al tajo en que había dejado el regadío en la anterior sesión. Eran unas cuatro horas las que yo pasaba entonces a solas con la naturaleza, metidos los pies en el agua y vengándome así, de alguna manera, del insoportable calor sufrido durante las horas de sol.

Con mi azada, iba abriendo nuevas bocas de riego, al tiempo que cerraba las que ya habían cumplido su misión. Y entre apertura y clausura de bocas de riego, aprovechaba para fumarme más de un

pitillo –furtivo como todos los que allí nos fumábamos, a causa de la prohibición reinante–, que me sabía a gloria, al saberme ajeno a toda mirada inquisidora, o para tumbarme boca arriba sobre la entonces aún fresca tierra y contemplar, extasiado, las estrellas o ensimismarme con mis propias ensoñaciones e ilusiones.

Finalizadas estas horas de trabajo, me daba una buena ducha, asistía, con mis compañeros, a misa y desayunaba con ellos. Después dormía hasta poco antes de comer y tras la comida reemprendía el sueño hasta que me levantaba para participar en las actividades recreativas de los compañeros. Después hacía en particular la oración de la tarde y realizaba en solitario una buena merienda-cena.

A la caída del sol, emprendía de nuevo el regadío hasta las doce de la noche, cuando me iba a descansar un poco, hasta las tres de la madrugada en que emprendía la nueva jornada.

Sería por lo anárquico de aquel horario, sería por la novedad de romper los rígidos horarios comunitarios, sería por el aire de libertad que gozaba entre aquellos naranjos…, el caso es, como antes os adelantaba, que lo que en principio me había sido presentado como una especie de correctivo, acabó siendo para mí, el mayor y mejor de los premios que me hubiesen podido dar. ¡Qué verano tan feliz el que pasé *entre mis queridos naranjos* de Dos Hermanas!

4. *Un Corpus muy "vistoso"*

Todos los años, teólogos y filósofos asistíamos –uniformados con nuestro hábito completo– a la procesión del Corpus Christi que se realizaba en la población.

Era todo un espectáculo, no sólo –y principalmente– por la pomposidad con que los andaluces suelen realizar todas sus procesiones o por lo particularmente solemne de esta procesión en la que los cristianos sacamos a pasear al propio Dios, sino también porque era el momento en que el pueblo –y en especial la juventud femenina– tenía la oportunidad de contemplar a toda aquella frailada junta.

Lo que os voy a contar ahora, sucedió durante el Corpus de 1969, cuando finalizados ya los últimos exámenes de filosofía, mis compañeros y yo nos disponíamos a abandonar Dos Hermanas para trasladarnos

a los nuevos destinos, donde realizaríamos las "prácticas pedagógicas" que contemplaba entonces el Plan de Formación de la Congregación.

Aquel año, el administrador se había mostrado especialmente espléndido y había conseguido una tela finísima y fresca para hacer a todos los estudiantes –teólogos y filósofos– hábitos nuevos que, como es natural, lucimos para la mencionada procesión.

Como solíamos hacer nosotros, en la época del intenso calor del verano sevillano, debajo del hábito –a pesar de la expeditiva orden de los superiores que exigían que llevásemos puestos los pantalones– vestíamos tan sólo la ropa interior y, a lo máximo, un pantalón deportivo corto.

Y sucedió que, casi llegando ya al final de la procesión, encaramos una calle orientada al oeste cuando el sol estaba ya cayendo. A mí, me llamó la atención que la gente empezase a reírse bastante abiertamente a nuestro paso, y sin saber aún el motivo del jolgorio, alcé la vista y, al fijarme en el compañero que iba delante de mí, bien pronto pude observar que, a la luz del sol "muriente", su hábito se traslucía y dejaba ver con bastante claridad lo que llevaba debajo. Ante aquella visión, al principio me dio por reírme a mí también, pero casi al instante mi sonrisa cambió en rubor y vergüenza, al percatarme de que también yo era objeto de las miradas –y consecuentemente alborozo– de la gente que presenciaba la procesión.

No cabe ninguna duda, pues, de que aquel Corpus resultó muy "vistoso" para cuantos nos contemplaron.

A nosotros, protagonistas de aquella "vistosidad" nos cayó tremenda regañina y penitencia por nuestra falta de obediencia a las instrucciones de los superiores.

De todas formas, las medidas penitenciales no duraron mucho, pues a los pocos días emprendimos ya viaje a nuestros nuevos destinos.

5. *Brusco cambio de planes*

Era más o menos el mes de febrero de 1969, cuando se presentó en Dos Hermanas, el padre Provincial de mi Provincia religiosa, el padre Miguel Cabanas.

Yo me encontraba ya en el segundo y último año de filosofía.

Ante mi extrañeza, el padre me mandó llamar, y yo acudí a su despacho un tanto desconcertado y temeroso, al no saber el motivo de una llamada que me resultó, en principio, muy rara.

Me senté ante su mesa y él –parco en palabras– me dijo escuetamente:

– *Fray, he decidido que su Caridad* (tal era el tratamiento que nos daban a los frailes no sacerdotes), *finalizado este curso, se traslade a Comillas-Santander para estudiar en la Universidad que allí tienen los padres Jesuitas, la Licenciatura en Filosofía.*

He hablado ya con el administrador para que le compre el colchón y ropa de cama que tiene que llevar, y para que le consiga todo lo necesario para su equipaje personal.

Más adelante, concretaremos las fechas en que viajará allí para instalarse en la Residencia de Estudiantes que los propios Jesuitas tienen cerca de las Facultades.

Nada más por el momento. Puede irse, fray.

Sí señor, así se hacían antes las cosas relativas a la obediencia religiosa. No me dejó ni hablar. Por supuesto, tampoco me preguntó mi opinión y mucho menos mi disposición. Quizá, fue aquella, la primera lección para que fuera entendiendo la mentalidad jesuítica, para la que la obediencia debe ser "ciega".

Pues bien, si no cegada, sí obnubilada mi mente por la noticia, la comuniqué a mis amigos, quienes, frente a mis dudas y temores, intentaban animarme, haciéndome ver que en realidad yo era un privilegiado, pues sería el primero del curso en ir a la Universidad.

Alentado, pues, por ellos, poco a poco mi mente y mi corazón fueron aceptando el destino anunciado y, si bien me dolía el hecho de que durante todo un curso escolar no tendría ocasión de ver a ninguno de mis "viejos" amigos, tendría la oportunidad de poderlos visitar en verano y de hacer nuevas amistades en tierras cántabras.

Además, y para darme más ánimos a mí mismo, pensaba:

"¿Yo que fui capaz de dejar, con once años, padres, hermanos y casa para marchar a lo desconocido, no voy a ser capaz de emprender ahora, con mis veintiuno, una nueva aventura vital, que puede ser muy enriquecedora para mi propio crecimiento intelectual y humano?".

Y así, con tales consideraciones y con el apoyo de mis amigos fui aceptando, con corazón más amplio cada vez, mi marcha a Comillas, hasta llegar a convertirla en una ilusión cada día más deseada y cercana.

Pero como las cosas no siempre suceden como se piensan y pregonan, sucedió que, cuando ya estaba yo completamente ilusionado con el nuevo destino, se produjo un *brusco cambio de planes*, que a mí me cayó "como jarro de agua fría" y que varió completamente el rumbo de mi futuro próximo.

Era ya principios de junio de aquel mismo 1969, cuando se presentó de nuevo el padre Provincial y me mandó llamar otra vez a su despacho. Yo, en esta ocasión, caminé a su encuentro con ánimo alegre, pensando que querría comunicarme la fecha de mi viaje a Santander y darme las últimas instrucciones.

Pero la realidad fue muy otra. Tras sentarme delante de su escritorio, él, utilizando una vez más parcas palabras, se limitó a decirme:

– *Fray, de lo dicho nada de nada. Su caridad se trasladará al Seminario San José de Godella para hacer allí, durante dos años, sus "prácticas pedagógicas".*

Me quedé tan helado, que ya no recuerdo si me dijo: "puede irse", o no. El caso es que me levanté como autómata y salí con el ánimo por los suelos.

De nuevo tuve que empezar una "terapia de aceptación" de la noticia, en la que una vez más fueron los principales terapeutas mis amigos.

En esta ocasión, me repuse antes, considerando que iba camino a mi tierra y que tendría posibilidades de saludar y visitar con cierta frecuencia a mis padres.

Con el tiempo, supe el motivo de tan *brusco cambio de planes*. Según me explicaron, por aquellas fechas hicieron al Colegio Monte Sión en Torrent, Filial nº 11 del Instituto Luis Vives de Valencia y se exigía para director del mismo a un Licenciado civil y, dado que el único que en ese momento cumplía el requisito era el padre Fernando de Benaguacil, se decidió que fuese él el designado.

Ello exigía, a su vez, su suplencia, en el Seminario de Godella, en las clases de latín y de griego, que él impartía a partir de cuarto curso.

Para encargarse de las clases de latín, enviaron al padre Emilio Eslava, que se encontraba, como yo, en Dos Hermanas, como profesor.

Pero para las clases de griego no encontraban ningún fraile disponible que pudiera hacerse cargo de ellas con las debidas garantías.

Fue entonces cuando, según me informarían después, el padre Fernando dijo:

– *Esas clases las puede dar muy bien, fray Vives, que es el mejor alumno de griego que he tenido últimamente.*

Y dicho y hecho. Su palabra fue sentencia, y él se marchó de director al Colegio de Torrent y yo, desposeído de mi ilusión comillense, vine a dar con mis huesos en Godella.

XVII

Desafiando un refrán

Al ser destinado, desde Dos Hermanas, al Seminario San José de Godella, donde había cursado yo los seis años de Humanidades, alguien, medio en broma, medio en serio, me dijo:

– *Recuerda, amigo, que, como dice el refrán "nunca segundas partes fueron buenas".*

La verdad es que estas palabras, en las que no dejé de percibir un anuncio de desgracias, propio de quienes "se mueren la víspera", aparte de confirmarme en la creencia de que quien las había pronunciado era el "típico aguafiestas", me animaron aún más a volver, ilusionado y feliz, a mi tierra y a armarme de valor para, si hiciera falta, *desafiar aquel refrán*.

Aunque el destino oficial a la Casa de Godella se produjo el 21 de agosto, yo, con todos mis compañeros de curso de la Provincia La Inmaculada, llegamos hacia mediados de julio de aquel 1969. Yo ya tenía claro que me iba a quedar aquí, según me había adelantado, en Dos Hermanas, el padre Provincial, los otros fueron conociendo sus destinos en agosto. Al final, solamente Juan Mª García, Eduardo Busto –que fue destinado casi dos meses después– y yo, entre todos los demás compañeros, nos quedamos en Godella.

Al llegar al Seminario, al que accedimos a pie, cargados con nuestras maletas, desde la Estación del Trenet de Godella (también habíamos hecho "a patita" el trayecto que separaba la Estación del Norte de Valencia, de la Estación del Trenet situada junto al "Pont de Fusta"), el superior –que era el padre Ricardo Ollacarizqueta– ya nos tenía preparado todo lo necesario para pintar las ventanas de la Casa, que no eran pocas. Y así, entre brochazo y brochazo, compaginados con los momentos de rezos y recreación, pasó feliz el mes que transcurrió entre nuestra llegada aquí y la designación de los definitivos destinos.

Lo que sí se me quedó grabadísimo de este tiempo es la noche del 21 de julio, que pasamos, casi toda ella en vela, esperando ver por televisión –en blanco y negro, por supuesto– la llegada del hombre a la luna y el momento en que Neil A. Amstrong la pisó, al tiempo que decía: "Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad". (Frase ésta que, según la NASA estuvo acompañada de otros comentarios, entre los que no faltó aquel enigmático "Buena suerte, señor Gorsky").

Cuando mis compañeros –excepción de Juan Mª García– marcharon a sus correspondientes destinos, faltaban ya pocos días para comenzar el nuevo curso escolar, y se multiplicaron las reuniones comunitarias para planificarlo.

A mí, me encargaron las clases de Griego, de cuarto, quinto y sexto curso de Humanidades, las de Historia del Arte a cuarto curso, y las de alguna otra asignatura que no consigo recordar, con lo que tenía horario completo cada día lectivo de la semana. Además, me designaron segundo educador de la sección de adolescentes.

Como profesor, lo pasé fenomenal. Para mí, dar clase era un placer. Al dominar la materia (especialmente el griego), no sólo trasmitía con soltura los conocimientos, sino que la misma enseñanza que impartía se transformaba en continuo aprendizaje para mí mismo, hasta el punto que, finalizando mi segundo año de "prácticas pedagógicas", tenía la suficiente soltura y dominio de vocabulario para poder construir con rapidez frases en griego.

Por otra parte, el hecho de llevarme tan sólo tres años con mis alumnos mayores (cuando yo estaba en sexto de Humanidades, ellos cursaban segundo en el mismo Seminario de Godella), hizo que nuestro trato fuera más bien una relación entre compañeros, que de profesor-alumno, aunque ello no impidió en ningún momento que yo fuese exigente a la hora del aprendizaje, pues siempre he considerado, desde mi propia experiencia, que buen profesor es aquel que te ayuda a crecer intelectual y humanamente, siendo exigente cuando debe serlo y profundamente humano y amigable en la relación interpersonal.

Tengo como motivo de "orgullo" –como profesor de griego en estos años– el hecho de que uno de mis alumnos –de nombre Federico– llegara a ser, con el tiempo, catedrático de este idioma y que, en alguna ocasión que llegamos a comunicarnos, me dijera que habían sido mis clases las que le habían decidido a seguir después esta especialización.

Como segundo encargado de la sección de adolescentes, también me sentí plenamente satisfecho y feliz, pues tuve la gran suerte de tener, como primer encargado, una persona maravillosa que, conociendo la intensidad diaria de mis tareas como profesor, buscaba aliviar todo lo posible mi trabajo en el grupo, ofreciéndose a suplirme en muchos momentos en que debía estar yo con los muchachos. ¡Cuántas gracias tengo que darle a esta buena persona que, con el tiempo, llegaría a ser consejero general de la Congregación!

No puedo decir lo mismo de lo que sucedió al año siguiente, durante mi segundo año de prácticas. El superior, aprovechando que aquel primer encargado de adolescentes había sido trasladado, y buscando –según me dijo– que estuviese yo un poco más libre de obligaciones, decidió trasladarme, –también como segundo encargado– a la sección de pequeños. ¡Craso error, el del superior, a pesar de su buena intención! El primer encargado que ahora me tocó era el negativo de la foto del que había tenido en adolescentes. Todo lo que éste se esforzaba por liberarme, el nuevo se esforzaba por liberarse. Era de esas personas "pica-flor", que, por querer estar "en misa y repicando", acaban por no estar nunca donde toca. Como era, al mismo tiempo, reclutador vocacional, había épocas en el año en que yo me quedaba como único educador de los pequeños, no teniendo así, entre las clases que impartía y el tiempo que les tenía que dedicar a ellos, casi ni un momento libre. Con todo, no era eso lo peor, pues aquel primer encargado –refugiándose en su condición de sacerdote– buscaba la más mínima excusa, en la época en que no andaba buscando vocaciones por los pueblos, para ausentarse de la sección –especialmente sábados y domingos– con el pretexto de tener un bautizo por aquí, una boda por allá o una misa por acullá.

De los sentimientos, alegrías y dificultades, que yo experimenté durante esta época en la que, a veces, yo era más crío que los críos mismos, creo que os hablarán estas anécdotas que os voy a transmitir.

1. *Interfiriendo en un concurso*

En mi primer año de prácticas –aún estaba encargado de adolescentes– sucedió un día que, vagando sin rumbo fijo por la casa, me topé con

la sección de pequeños que, por ser ya vísperas de Navidad, estaban ensayando para el Concurso de Villancicos que cada año se celebraba en el Seminario, antes de que los seminaristas marchasen de vacaciones a sus casas.

El villancico que ensayaban decía: "Manolito, Manolito, el del vestidito blanco, soy de la Virgen María y del Espíritu Santo"…

Yo, aprovechando que no estaba por allí el educador, les pregunté:

– *¿Manolito, sólo tiene un vestidito blanco?*

Y ellos, al instante, respondieron a coro:

– *No… Tiene también uno "**verde**" que dice "… soy de la Virgen María y he nacido en un pesebre". Y tiene* –añadieron– *otro "**azul**" que dice: … soy de la Virgen María y he de morir en la cruz".*

Y entonces, yo, con la socarronería que heredé de mi padre y que no necesitaba de demasiados esfuerzos para salir a flote, les dije, abusando –lo reconozco– de su inocencia:

– *¿Y no sabéis la del vestidito "rosa"?*
– *No* –dijeron, ellos, mientras abrían sus ojos con curiosidad.

Y entonces –"malote de mí– les canté:

– *Manolito, Manolito, el del vestidito rosa, soy de la Virgen María y parezco un mariposa.*

Hecha la "maldad", desaparecí raudo, antes de que regresase el educador.

Días más tarde, llegó el momento del concurso, y yo casi había olvidado ya mi intromisión.

Cantaron primero los mayores, a continuación, los adolescentes y finalmente, les tocó el turno a los pequeños, que, con sus voces infantiles, encandilaban y dejaban "boquiabiertos" a todos con su "Manolito, Manolito…".

Le pusieron, al bueno de Manolito, el vestidito blanco, el verde y el azul… Y cuando ya el director-educador del coro bajó los brazos, dando por concluido el villancico, los niños continuaron cantando, ajenos al asombro de su director, lo de "Manolito, Manolito, el del vestidito rosa…"

La que se armó es difícil de describir en pocas palabras… El jurado descalificó a los pequeños, que quedaron desconcertados y sin acabar

de entender el motivo del veredicto… Entre la clerecía, la frailada y los familiares invitados, hubo de todo: unos sonrojados, otros perplejos y otros sonriendo o riendo abiertamente la ocurrencia.

Y, entre tanto jaleo, el director del coro preguntando repetidamente:

– *¿De dónde habéis sacado eso? ¿Quién lo ha inventado?*

A lo que los pobres niños, que no acababan de salir de su asombro, respondían una y otra vez:

– *Ha sido fray Vives…, ha sido fray Vives…*

Mientras tanto yo, sin poder contener la risa, decía para mis adentros: "Tierra, trágame".

No recuerdo cuánto tiempo duró la ruptura de relaciones "diplomáticas" entre aquel director y yo. Como tampoco logro recordar si el hecho tuvo alguna otra consecuencia para mí.

¡Perdonadme, niños, en mi corazón siempre seréis los grandes ganadores de aquel concurso! ¡Qué pena que la creatividad y el humor estén, a veces, ausentes en ciertos ambientes! ¡Por qué la religión fue, por lo general, tan seria, hasta que llegó José Luis Cortés, descubridor del gran sentido del humor que rodea a Dios y al mensaje evangélico!

2. *Un baño bien merecido*

Siendo ya encargado de pequeños –durante mi segundo año de prácticas–, si tenía libre el recreo que había tras la cena, salía a menudo a pasear por el camino que, pasando por delante de los frontones, se dirigía a la piscina.

Y bien pronto me percaté de que algunos alumnos de la sección de mayores –entre los que habían varios de los que yo había tenido el año anterior en adolescentes– se escondían al fondo del frontón cubierto, para fumarse, allí en la penumbra, esos pitillos que tan bien saben, cuando se es consciente de transgredir las normas.

Yo me hacía el tonto, como si nada hubiese visto, y seguía mi paseo, arriba y abajo, abajo y arriba… por aquel camino.

Claro que, inducido por mi tendencia a gastar bromas –propia del espíritu juvenil que entonces me embargaba y que ni los hábitos acer-

taban a contener– alargaba mi paseo hasta pasados algunos minutos desde el toque que indicaba el final del recreo.

Por supuesto, yo nunca me "chivé" a sus educadores de la travesura, pero sabía, por sus comentarios en clase, que en más de una ocasión les habían castigado por volver tarde al grupo tras aquel recreo.

Cuando ya estaba para terminar el curso, un día –debía ser ya el mes de junio, pues la piscina ya había sido limpiada, encalada y lucía azul– estaba yo sentado al borde precisamente de la piscina y se me juntaron, en plan de amistad, algunos de aquellos fumadores furtivos, y empezaron espontánea y animadamente a comentar cómo les había ido aquel curso y qué proyectos tenían de cara a las ya próximas vacaciones…

De pronto, uno de ellos, se me quedó mirando y me dijo:

– *Tú has sido para nosotros más que un compañero, un amigo.*
Te hemos tratado y tuteado con confianza. Te hemos planteado opiniones y dudas y nos has aconsejado… Pero no sabes la de castigos que nos han puesto por tu culpa…

Entonces yo, queriendo "bordar" la broma que les había venido haciendo durante aquel curso, le dije, sin dejarle concluir su confesión de amistad:

– *¿No te referirás a las veces que os escondíais a fumar en el frontón y yo me ponía a pasear por el camino que va a la piscina y no me iba hasta cinco minutos después de que terminara el recreo?*

Mientras yo hablaba, noté cómo se entrecruzaban sus miradas y se arqueaban sus cejas, al tiempo que, con expresiones hambrientas de venganza, parecían decirse silenciosamente entre sí: *"Será cabrón… Ahora resulta que él sabía que estábamos allí y lo hacía todo para gastarnos una pesada broma"*.

Y levantándose de mi lado, sin mediar palabra, me agarraron entre todos y me tiraron dentro de la piscina con toda mi ropa –hábito completo incluido–, zapatos y reloj.

Como es de suponer, a nadie dije nada del incidente, que me hizo reír casi tanto como a ellos, pues pensaba para mis adentros: "*Bien merecido te lo tenías*".

3. *Quizá yo era demasiado joven*

Desde hace ya muchos años, *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry constituye todo él para mí un gran *poema pedagógico*, pero hay pasajes y frases –como las clásicas de "lo esencial es invisible a los ojos" o "sólo se ve bien con los ojos del corazón"– que, de un modo especial, han venido siendo motivo de inspiración para mi propio crecimiento personal y para mi actuación, especialmente como educador. Y una de esas frases privilegiadas en mis reflexiones sobre ese pequeño-gran libro es la que encabeza ésta, mi anécdota.

El Principito la pronuncia cuando, tras la gran lección impartida por el zorro, se percata de que sólo en la relación personal se llega a amar, y el amor, a su vez, te va haciendo apreciar a la persona amada, no sólo en su *individualidad*, sino también en su singularidad, en su *unicidad*, pues, entre miles de personas, la amada pasa a ser *única* y consecuentemente *distinta* a todas las demás. Cuando El Principito toma conciencia de lo aprendido gracias al zorro, se le abren los ojos del corazón y descubre en "su" rosa, lo esencial, lo que hasta entonces le resultaba invisible. Y descubre que aquélla es "su" rosa, porque ella le había manifestado su inmenso cariño hacia él, a través de múltiples detalles que él no había sabido percibir en su momento. Y es precisamente entonces cuando exclama: "Quizá yo era demasiado joven para quererla".

Pues bien, esta preciosa expresión de sentimientos de El Principito es la que me viene espontáneamente a la memoria, cuando retomo en mi corazón este hecho que ahora os trasmito.

Era final de curso –ya no recuerdo si fue al terminar el primero o segundo año de prácticas–, los profesores, reunidos en claustro, repasábamos las notas de cada alumno para ver si alguna se podía subir, teniendo en cuenta la globalidad de las otras.

Llegamos a un alumno al que yo le tenía suspendido, pues en verdad no se había esforzado lo suficiente.

El que dirigía la sesión de evaluación final empezó a hacer consideraciones sobre la importancia y necesidad de que yo le aprobase mi asignatura –la única que tenía suspendida–, pues de otro modo perdería la beca y su familia estaba muy necesitada.

Yo –encerrado en una concepción de la "justicia" que con el tiempo he ido superando con decisión, al ir descubriendo que con las personas sólo somos "justos" en la medida que contemplamos su situación personal con los ojos del amor, que son capaces de adentrarse en lo "esencial" de la persona y sus circunstancias– me oponía obstinadamente una y otra vez a ceder a las presiones que, en un momento concreto, me hacía ya la inmensa mayoría del claustro, hasta que el padre Emilio, el que había sido profesor mío en Dos Hermanas, me soltó: "Fray Vives, es usted demasiado joven para ser justo".

Esas palabras me llegaron al corazón y finalmente accedí al aprobado.

¡Cuántas veces he agradecido con el tiempo el haber cedido a lo que yo entonces consideraba una "debilidad" y haber aprobado a aquel alumno!

¡Muchas gracias, Emilio –allí donde estés– pues tus palabras me ayudaron a ser verdaderamente justo, en un momento en que mi juventud, al igual que le sucediera a El Principito, me impedía ver lo esencial!

4. *En plan rebelde*

Era ya mi segundo año de prácticas. Yo, aparte de tener todas las horas lectivas ocupadas, era segundo encargado de la sección de pequeños, en la que, por uno u otro motivo, estaba solo la mayoría de las veces.

Entre mis obligaciones, como encargado de los pequeños, estaba la de acompañarlos en las tareas de limpieza que les estaban asignadas, procurando que todo se desarrollase perfectamente.

El tiempo de limpieza de los chavales coincidía con el desayuno de la comunidad religiosa, por lo que yo tenía que desayunar siempre en lo que llamábamos "segunda mesa". Y debía, además, desayunar rápido, pues entre la finalización de las limpiezas y el inicio de las clases habían escasamente unos veinte minutos.

En ese contexto, se produjo un hecho que fue minando mi capacidad de aguante en la misma proporción con que se fue despertando en mi interior una acuciante rebeldía, pues muchos día, al llegar yo a desayunar, "mis hermanos" –los frailes– no habían dejado casi nada y,

por supuesto, nada de lo más apetecible. Y llegó así un día en que ni tan siquiera pan había.

Ante tal panorama, le dije al muchacho que atendía el comedor de los religiosos:

– *Por favor, busca al despensero* (que era un fraile) *y dile que te dé algo de pan y acompañamiento, pues no me ha quedado nada para desayunar.*

Al poco, regresó él y me dijo:

– *Ha dicho el fray que él ya ha sacado todo lo que tenía que sacar y que no traerá nada más.*

¿Qué ha dicho?… Si le ponen una cerilla encendida a un cohete, no sale tan disparado como salí yo de aquel comedor, camino de la puerta de las cámaras frigoríficas que estaban justamente enfrente.

De un patadón rompí la cerradura –y casi la puerta–, me abalancé dentro y cogí una lata grande de atún y otra de foi-gras, un chorizo, un salchichón y unos huevos que pasé a la cocina para que me los frieran.

A continuación, fui hasta la despensa –que estaba al otro lado del pasillo–, le di a la puerta el mismo tratamiento que había recibido su homóloga de las cámaras frigoríficas, y cogí una barra de pan.

Llegué al comedor y, con el cabreo que llevaba, me entró un hambre nerviosa capaz de devorar cuanto por delante se pusiera.

No sé exactamente cuánto tiempo pasó, pero sí sé que había transcurrido ya más de media hora desde que habían comenzado las clases, cuando uno de los alumnos a los que yo debía estar impartiendo griego, se presentó en el comedor y me dijo:

– *Ha dicho el padre superior que vaya a su despacho.*

Y yo, tras tragarme las ganas que me dieron de "matar al mensajero", le contesté:

– *Dile al padre superior que estoy desayunando y no iré hasta que termine. Y si lo que quiere es urgente, que baje él aquí.*

El superior no bajó, pero tampoco yo subí hasta que sacié mi ansiedad nerviosa.

Llegué al despacho del superior cuando ya estaba finalizando la primera clase, y antes que él abriese el pico, ahí estaba yo soltando "lindezas", al tiempo que me desprendía del hábito y lo arrojaba sobre una silla:

– *Hasta aquí he llegado* –le dije–, *me voy a mi casa. Esto no tiene nada de comunidad religiosa, y el despensero es un negrero. Ya estoy harto de trabajar y no poder tan siquiera hacer un desayuno como Dios manda.*

Cuando ya iba a salir, dando el correspondiente portazo, el superior –una buena persona, que ninguna culpa tenía el pobre– se me adelantó y dijo:

– *Fray, siéntese y cálmese. Todo tiene solución. A partir de mañana, usted tendrá llave de las cámaras frigoríficas y de la despensa para que no les falte en adelante nada a los de segunda mesa.*

Y hoy, para que se quite el sofoco que ha cogido, cámbiese y nos iremos de visita a su casa familiar. Ya lo dispondré todo para que le suplan en las clases.

Y fue así cómo mi *rebeldía* cesó y disfruté de una visita familiar inesperada. Inesperada para mí, pues mi madre, como tantas otras veces, ya había intuido que yo iría aquel día a casa.

Por el camino, el superior tuvo el detalle de pararse en un comercio y comprar una tarta, que compartimos, felices, en la mesa familiar.

En esta ocasión –y en contra del dicho– "lo que mal empezó, acabó bien".

5. *Benditas fiebres*

A alguna persona "inteligente" se le ocurrió amontonar el estiércol, que se sacaba de la vaquería y de la granja, al lado mismo del pozo de abajo. (El único que era propiamente manantial, pues el de arriba sólo servía ya como depósito del agua que venía de él).

Y con las lluvias que fueron cayendo encima de aquel montón de estiércol, se fueron filtrando poco a poco al pozo agentes nocivos contenidos en aquella materia fecal.

Todos en la casa bebíamos del agua que manaba de aquel pozo, pero, tras su contaminación, fui yo el que primero –y más gravemente– sufrió las consecuencias, siendo aquejado de fuerte fiebre y dolores óseos que –sólo transcurrido algún tiempo y tras haberme recetado

medicamentos que, lejos de mitigar el mal, lo acababan fortaleciendo– se diagnosticó que eran "fiebres maltesas".

Fue entonces, cuando, investigando la causa del contagio, se descubrió el "pastel", fue retirado aquel montón de estiércol, se empezó a tratar con lejía el agua potable y a mí, por fin, empezaron a aplicarme la medicación adecuada que consistía en unas costosas –y difíciles de encontrar en el mercado nacional– inyecciones.

A todo esto –y dado lo contagioso de la enfermedad– me aislaron en el cuarto que había al lado mismo de la habitación-despacho en que murió el padre Fundador. (Esta habitación pasaría a integrarse, con el tiempo, en lo que sería la habitación-museo del P. Luis Amigó), y tan sólo el médico y el enfermero tenían acceso a ella.

Más de un mes permanecí allí y, superada la enfermedad, reemprendí mis labores. Todo esto sucedió –lo recuerdo muy bien– en torno al tiempo de fallas.

Aunque restablecido, quedé muy debilitado, y D. Agustín –el médico de la casa, el mismo que me salvó años atrás cuando la apendicitis– dijo a los superiores que unas fiebres maltesas sólo se superaban definitivamente con un cambio de aguas.

Así las cosas, el verano de 1970, los superiores me enviaron al Colegio Fundación Caldeiro para que, al tiempo que cambiaba de aires y agua, estudiase para presentarme por libre al examen de Preuniversitario –indispensable para entrar en cualquier Universidad– y colaborase con aquella comunidad en las tareas del "Cursillo de Verano" que se impartía para los que habían suspendido asignaturas del bachillerato o no habían superado las reválidas que se hacían al finalizar el cuarto y el sexto curso.

Impartiendo clases de castellano, literatura, historia general e historia del arte fui feliz aquel verano. Allí hice, entre mis alumnos, los primeros amigos madrileños, cuya amistad se extendió a sus familias y ha perdurado a lo largo del tiempo. Fueron ellos principalmente: Juan José Mata Latorre, Jesús Báez y Pérez de Tudela y Carlos Puebla Ronquillo. Y de sus familias, recuerdo con especial cariño a Milagros Latorre –que fue para mí un ejemplo de la "mujer fuerte", pues habiendo quedado viuda con sus hijos menores, supo sacar adelante a Juanjo, a Javi, a Carlos y a Marisa–; a Albino Puebla y Gloria Ronquillo –que junto a sus hijos Gloria, Carlos, Juanjo, Lourdes y Luis siempre

me recibieron con cariño y a quienes he guardado desde entonces un sitio especial en mi corazón–, y a Rafael Báez y Trinidad Pérez de Tudela, matrimonio profundamente cristiano y comprometido con la parroquia, que, siendo supremamente coherentes con sus creencias, supieron respetar siempre –empezando por sus propios hijos: Rafa, Juan, Javi, Jesús, Pepe, Luis, Miguel Ángel y Álvaro– aquellas opciones de fe que no coincidían con las suyas propias.

Finalizando ya el verano, me presenté y aprobé, por libre, el examen de Preu en la Universidad Complutense y, en vísperas de iniciar el nuevo curso escolar, regresé a mi comunidad del Seminario San José de Godella.

¡Gracias a aquellas *fiebres*, pude disfrutar de un verano fenomenal en Caldeiro! ¡Quién me iba a decir entonces que aquello no había sido, sino el preámbulo de lo que sucedería un año más tarde!

XVIII

Por fin a Comillas

Pasados largamente dos años desde que mi Provincial –el padre Miguel Cabanas– me anunciara mi ida a la Universidad de Comillas-Santander, que él mismo se encargó de desdecir poco después, llegó para mí la hora de pisar por fin las aulas comillenses.

Para entonces, muchas cosas habían cambiado: mi Provincial ya no era el padre Miguel, sino el padre Fidenciano González, mi prefecto durante los estudios en Dos Hermanas; no iba destinado a estudiar filosofía, sino teología, y la Universidad de Comillas ya no tenía su sede central en la provincia de Santander, sino que se había establecido oficialmente en Madrid. (De hecho, yo pertenecí a la primera promoción de los que comenzamos y finalizamos los estudios en la Capital de España. Y la iniciamos incluso antes de que pudiesen ser inauguradas las instalaciones propias que se estaban construyendo en Canto Blanco, por lo que el primer curso –1971-1972– tuvimos que hacerlo en aulas prestadas del Colegio Mayor Juan XXIII, ubicado en las inmediaciones de la Complutense).

Como residencia comunitaria desde la que seguir los estudios, se me asignó el Colegio Fundación Caldeiro, en el que –como os he comentado antes– estuve ya el verano anterior.

Al llegar a Madrid, me encontré con mi compañero y amigo Antonio Valiente Gil, quien también había sido designado para seguir estudios teológicos en Comillas. Tanto él, como yo, aun teniendo aprobado ya el Preu, tuvimos que superar un examen de ingreso realizado por la propia Universidad de Comillas. Dos cursos más tarde, se nos uniría, como amigo y compañero de estudios, Juan Ramón Olaso Merí. De los tres, sólo yo concluiría los estudios de Licenciatura en esta Universidad, pues los otros dos la dejaron tras obtener el título de Bachiller en Teología, superados los tres primeros años de estudio.

Nuestra integración en la comunidad fue, en líneas generales, muy buena, sintiéndonos especialmente acogidos por el padre Benito Narbona, fray Alfredo Salvador –el "eterno" sacristán de la Parroquia Nuestra Madre del Dolor, ubicada en dependencias del propio Colegio Caldeiro y autoproclamado presidente honorario de la "sección de jóvenes" que, según él formábamos nosotros tres y él mismo como jefe– y más particularmente, si cabe aún, por el padre Felipe Ochoa que nos acogió con el afecto propio con que un abuelo rodea a sus nietos. ¡Cómo no recordar las lecciones de mecánica automovilística que nos impartía con su característica cachaza y mientras le caía la ceniza de sus cigarrillos "Caldo de gallina", "Ideales" o "Ducados", que mantenía siempre medio encendidos, medio apagados! ¡Cuánto llegamos a quererte, Felipe, y cuánto nos sentimos queridos y valorados por ti! ¡Cómo llegamos a experimentar la ternura de corazón que tenías, disimulada para muchos, tras un semblante un tanto adusto y distante!

Nuestro ritmo de vida los días laborables era, por lo general, el mismo. Por las mañanas, tras la oración comunitaria, salíamos indefectiblemente –a menos que hubiera que suplir la ausencia de algún maestro o maestra, cosa que fue más bien esporádica– a la Universidad y, por las tardes, impartíamos alguna de esas asignaturas llamadas "marías" –trabajos manualidades, religión…– a los alumnos de la Educación General Básica. Sábados y domingos atendíamos algo el deporte extraescolar y colaborábamos con la Parroquia en la preparación y animación de las misas. Por supuesto, las tardes del sábado y del domingo las solíamos tener libres. Las horas de estudio se las organizaba responsablemente cada uno.

Durante las vacaciones navideñas íbamos algún día a la casa familiar, dividiéndonos en dos turnos, aunque procurábamos pasar en comunidad la Noche Buena y la Noche Vieja. La Semana Santa la teníamos muy ocupada y entretenida, participando activamente en el Triduo Pascual. Y en verano, aparte de los días que cada uno iba a su casa familiar, solíamos pasar las jornadas muy bien, atendiendo el Cursillo de Verano que se realizaba por las mañanas y refrescándonos en la pequeña balsa-piscina que había al fondo del más pequeño de los patios interiores (en el que con el tiempo, se construiría el gimnasio).

También son dignos de recordación los paseos que nos dábamos, ya al anochecer, en los que recorríamos a pie un circuito que discurría por

Avenida de los Toreros, Francisco Silvela, Avenida de América, María de Molina, Paseo de la Castellana, Cibeles, Alcalá y Cardenal Belluga hasta salir de nuevo en frente del Colegio. Como es natural, a mitad de camino nos solíamos comer nuestro buen helado para reponer fuerzas. Algunas noches que no nos apetecía "patear" la ciudad, nos sentíamos felices, manteniendo una animada tertulia, sentados en las escaleras que hay delante de la puerta principal de Caldeiro y bebiendo algún que otro porrón lleno de "clara" o de "calimocho".

¡Con cuán poco fuimos felices en aquellos años en los que el principal ingrediente de nuestra felicidad era el compartir de corazón con personas a las que apreciábamos y por las que nos sentíamos apreciados!

También de mi estancia en Caldeiro, que se alargó seis años, quiero trasmitiros algunos de los principales sentimientos que allí experimenté, a través de anécdotas que he conservado con agrado y ternura en mi corazón.

1. *Nuestro querido 805*

Durante el primer curso escolar, mi amigo Valiente y yo nos trasladábamos en Metro desde Ventas a Cuatro Caminos y desde aquí, bajando por las calles Reina Victoria y Guzmán el Bueno, desembocábamos en la de Ramiro de Maeztu, donde se encontraba el Colegio Mayor Juan XXIII, en el que nos impartían las clases, al no estar finalizadas, como antes os he dicho ya, las obras de la sede central madrileña de Comillas. (La ida era agradable, pues era todo bajada, pero a la vuelta, después de clase y con ganas de comer, la constante subida parecía eterna y se hacía pesada).

Cuando íbamos a comenzar el segundo curso, la situación cambió, pues Comillas estrenaba ya su Campus de Canto Blanco –cerca de la Autónoma madrileña y cerca también de Colmenar Viejo– y el acceso allí desde Caldeiro en medios públicos era poco menos que imposible entonces.

Ante esta dificultad, el superior de la comunidad decidió comprarnos un coche a los estudiantes para que pudiéramos desplazarnos

hasta allí. Como es de suponer, el coche no era ningún "bólido" de primera mano. Aprovechando que un primo militar que él tenía en Madrid quería cambiar de vehículo, el superior adquirió el que su primo iba a dejar, y ese fue nuestro coche.

Era un *Seat 850*, al que nosotros, trastocando el número, cual disléxicos, bautizamos como "nuestro ocho cero cinco".

La verdad es que, a pesar de los años que tenía acumulados, se portó muy bien con nosotros. Nunca nos dejó tirados y su motor no nos dio ningún problema serio. Además, como teníamos en casa al gran Felipe Ochoa, ante la menor dificultad nos indicaba la apropiada "terapia" mecánica, por lo que nunca tuvimos que llevarlo al taller.

No recuerdo tampoco que le cambiáramos los neumáticos durante los cuatro años que disfrutamos de su servicio.

Y como no era un coche de chasis muy pesado, en más de una ocasión, dada la estrechez del espacio de que disponíamos, lo acabamos aparcando a mano en alguna calle madrileña, ante la admiración de los transeúntes.

Tenía, sin embargo, nuestro querido transporte un pequeño defecto. Producto posiblemente de su edad y de no haber gozado de un garaje que lo protegiese de los tórridos rayos solares del verano, la chapa del techo estaba un tanto maltrecha, lo que provocaba que sufriera de "goteras", que, aunque no eran abundantes, eran suficientes para mojarnos un poco. Por ello, en los días de fuertes lluvias –que en aquellos años del invierno madrileño no eran tan infrecuentes como en la actualidad– teníamos que abrir algún paraguas dentro. Hecho éste que hacía sonreír a más de un ocupante de los coches que circulaban a nuestro lado.

Y hablando de coches "vecinos", recuerdo también con agrado que, en nuestro trayecto desde Caldeiro a Comillas –que discurría por Avenida de los Toreros, Francisco Silvela, Plaza de la República Argentina, Paseo de la Castellana, Plaza Castilla, Hospital de la Paz y Carretera de Colmenar Viejo– nos cruzamos, más de un viernes, con alguno de los Ministros de Franco que iban o regresaban del Palacio del Pardo.

¡Cómo ves, querido 805, no te he olvidado y también hacía ti conservo un recuerdo cariñoso y agradecido!

2. *De Madrid al Cielo*

Los madrileños, queriendo ensalzar la belleza y grandeza de su ciudad solían decir "De Madrid al Cielo".

Y este dicho cobró un nuevo sentido –no exento de morbo y humor negro– cuando el 20 de diciembre de 1973, tan sólo trece días después de mi ordenación sacerdotal, el Presidente del Gobierno de España, Almirante Luis Carrero Blanco, víctima de un atentado de ETA, subió, con coche incluido, unos cuantos metros hasta tropezar con una cornisa de la Casa de los Jesuitas de la calle Claudio Coello, en cuya iglesia acababa de asistir a misa, como hacía todos los días. La cornisa desvió la trayectoria de la ascensión y, tras sobrevolar el tejado de la casa, fue a caer en una terraza interior. (Dos años después de este hecho, asistí como sacerdote en esta Iglesia de los Jesuitas, al matrimonio de mi amiga Chelo, profesora de Caldeiro, con su esposo, y uno de los padres jesuitas me mostró el lugar exacto donde fue a parar el coche y sus ocupantes, y pude calibrar la magnitud del vuelo emprendido por el vehículo tras la explosión).

A partir de ese trágico hecho –y durante varios años– algunos habitantes de la Villa y Corte solían añadir, al dicho "De Madrid al Cielo", la muletilla de "pasando por Claudio Coello".

Yo recuerdo con especial intensidad ese día, pues en Comillas nos habían dado ya fiesta, como inicio de las vacaciones navideñas, y me encontraba dando vueltas por el Colegio, cuando empezaron a llegar madres de alumnos, supernerviosas –y algunas incluso compungidas– para llevarse urgentemente a sus hijos a casa, pues creían que de un momento a otro, iba a producirse poco menos que una revolución.

Al final, la sangre no llegó al río y todo se mantuvo tan calmo, que, cuando esa misma noche yo tomé en Atocha el Expreso para viajar a Valencia –pues dos días después, el 22, debía asistir al matrimonio de mi hermano Ricardo con su mujer Mª Concepción Martí Almer–, nadie me pidió la documentación y en mi trayecto no encontré más policías que los que normalmente solía haber.

¡Vamos, que de revolución y guerras, nada de nada, al menos a los ojos del ciudadano común como era yo!

Es posible que, en las entretelas del poder y de una oposición política –que aunque aún clandestina era cada día más evidente en aquellos últimos años del régimen franquista– la cosa fuera diferente. Pero si así fue, nada se notó a nivel popular.

3. *La larga agonía*

Pasado medio año del atentado contra Carrero Blanco, un nuevo "susto" alarmó a España y en particular a quienes vivíamos en Madrid, donde las cosas de Palacio y sus correspondientes "bulos" solían correr de boca en boca a velocidad casi equiparable a la de la luz.

El 9 de julio de 1974, Franco, aquejado de una tromboflebitis, fue internado en la Ciudad Sanitaria Francisco Franco. (Hoy en día, Hospital Gregorio Marañón).

Y como dicha Ciudad Sanitaria quedaba relativamente cerca de Caldeiro, cambiamos el clásico itinerario de nuestros habituales paseos veraniegos, por un nuevo circuito que en esos momentos tenía más "morbo".

Siguiendo el nuevo itinerario, al salir de Caldeiro, cogíamos la calle de Campanar para seguir por Gómez Ulla y llegar a la Plaza de Roma. Desde aquí, enfilábamos la larga calle del Doctor Esquerdo, donde estaba ubicado el Centro Hospitalario en que estaba internado Franco, y tras dar la vuelta en la Glorieta Conde de Casal, regresábamos a casa por donde habíamos venido, no sin pararnos de nuevo a curiosear al pasar otra vez por delante del Hospital.

Como se sabe, en esta ocasión no se produjo el final de Franco y, aunque llegó a traspasar las funciones de la Jefatura del Estado en manos del Príncipe Don Juan Carlos, las recuperó tan pronto como se sintió con fuerzas o tan pronto como su entorno familiar le forzó a ello.

Al año siguiente, sin embargo, ante una nueva recaída y hospitalización de Franco, la cosa fue más en serio.

El 7 de noviembre de 1975 –después de haber sufrido ya un verdadero martirio dentro del mismo Palacio del Pardo por la cabezonería de su yerno, el Marqués de Villaverde, que se negaba a trasladarlo a un Centro Sanitario– Franco fue internado, por fin, en el Hospital Universitario La Paz.

Lo que debió sufrir aquí el enfermo difícilmente podría ser descrito. Todo ello por culpa, en gran parte, de unos familiares –especialmente el yerno y la propia esposa de Franco– que parecían más preocupados por aferrar el poder, que por el bienestar del familiar.

Nosotros pasábamos todos los días lectivos, con nuestro "805" por delante de La Paz para enfilar, tan pronto superábamos el Hospital, la carretera que, con dirección a Colmenar Viejo, nos conducía a las instalaciones de la Universidad de Comillas. Y al pasar por allí, a parte de ralentizar un tanto la velocidad para curiosear intentando descubrir algún signo que indicase novedad, comentábamos los chistes que diariamente inventaba el ingenio español para referirse, en plan humorístico, a lo que era ya a todas luces una auténtica tragedia y una agonía alargada de forma "salvaje", sin necesidad alguna.

No sé la de veces que aquellos chistes "mataron" al enfermo desde que ingresó en La Paz. Pero sí recuerdo uno que se hizo especialmente famoso y que, con bastantes días de anticipación, predijo el fatal desenlace.

El tal chascarrillo aseguraba que el deceso se produciría el 19 de noviembre de aquel 1975, pues esa fecha era el resultado de sumar el 18 del mes 7 (julio) de 1936 (día del inicio de la Guerra Civil) y el 1 del mes 4 (abril) de 1939 (día oficial de su finalización). Yo estoy convencido que el dichoso acertijo acabó teniendo razón, pero que el "clan Franco", consciente de la resonancia que el hecho tendría en los medios humorísticos, decidió que la noticia del fallecimiento llevase la fecha del 20 de noviembre de 1975. Dos años, menos un mes, exactamente de la muerte de Carrero Blanco. Terminaba así una *larga agonía*, que yo no desearía a nadie.

4. *La democracia*

Con la muerte de Franco, se inició el camino hacia la democracia en España, que, aunque lento en un principio, bien pronto se aceleró.

Vivir aquella primera transición en Madrid fue, para mí, un verdadero privilegio. Recuerdo, por ejemplo, cómo aprovechábamos nuestros momentos libres –en los días que sucedieron entre el fallecimiento de Franco y la Misa de acción de gracias por la proclamación del Rey–

para irnos (los fijos éramos Juan Ramón Olaso y yo, pues Valiente ya no estaba, y a veces se nos unía algún que otro "espontáneo") al aeropuerto de Barajas, y salir a la terraza del primer piso para ver pasar por debajo, a pie, a los mandatarios que llegaban (entonces todo esto se hacía con normalidad y sin extraordinarias medidas de seguridad, pues aún no se había iniciado la "época del terror" que se inauguró definitivamente con el atentado a las Torres Gemelas).

Entre los que vimos pasar "a nuestros pies" recuerdo al General Pinochet –con su capa militar de llamativo forro rojo– que abandonó el país tan pronto como concluyó el funeral de Franco, al Duque de Edimburgo y al Presidente de Francia.

En tales desplazamientos, nosotros vestíamos chaqueta y corbata y no dejábamos olvidadas nuestras elegantes gafas de sol. Y cuando el mandatario recién llegado estaba ya cerca de pasar por debajo de nuestro balcón-terracita, nosotros nos girábamos observando a los otros ocupantes de aquel privilegiado espacio, lo que provocaba que la gente comentase, bisbiseando, frases como ésta:

– ¡Ves, ya te decía yo que ésos eran de la secreta. Se notaba a la legua!

¡Qué gozada de días! ¡Con qué intensidad vivimos aquellos históricos momentos, que pudimos presenciar personalmente!

Cuando el 27 de noviembre celebró en Los Jerónimos, el Cardenal Tarancón, la Misa de acción de gracias por la proclamación del Rey –acaecida el día 22, previamente al entierro de Franco–, Olaso y yo nos situamos en primera fila en uno de los recodos de la calle por donde iban a descender las autoridades tras la ceremonia.

Vimos pasar bien cerca de nosotros a los Reyes D. Juan Carlos y Dª Sofía, al Príncipe Felipe y a las Infantas, al Duque de Edimburgo, al Príncipe de Mónaco, al Presidente de la Alemania Federal Walter Scheel y a otra serie de mandatarios, pero nos llamó particularmente la atención el paso del Presidente de Francia, al que la muchedumbre aclamaba "Giscard… Giscard…" y al que nosotros, , al pasar por delante y muy cerca, saludamos fuerte, gritando su nombre de pila: "Valery… Valery…". Y sería por lo familiar del nombre escuchado, sería una casualidad, sería pura imaginación mía, el caso es que yo estoy seguro que "volviendo la cabeza, nos miró".

Con la proclamación del Rey, bien pronto empezó a vivirse en España un clima de euforia generalizada, al ver cómo Europa se acercaba

a nosotros y abría sus brazos para acogernos como nueva democracia naciente que éramos.

Y resultó que, de la noche a la mañana, todos parecíamos haber sido demócratas de toda la vida. Aún recuerdo –y con agrado y nostalgia a un tiempo– cómo se cantaba en los patios de recreo de los de BUP y COU aquello de "Alibote, alibote, fascista el que no bote", mientras el que más y el que menos se esforzaba por dar un salto.

El 15 de junio de 1977 se celebraron en España las primeras elecciones libres del posfranquismo. Yo, que tuve la oportunidad de depositar mi voto en los locales de Caldeiro –constituido "Colegio Electoral"– opté, en aquella ocasión, por votar al PSP (Partido Socialista Popular) del profesor Tierno Galván, que se presentaba en coalición con otros pequeños partidos y, aunque al final sólo logramos 6 escaños, me he sentido siempre satisfecho con esta decisión que, de alguna manera, indicaba la tendencia que, como herencia, quizá, de mi padre, siempre he sentido a estar cerca y defender a las gentes más sencillas y que a veces, incluso siendo los más cumplidores con su trabajo, han sido los menos considerados a la hora del reconocimiento social y de la "justa" –que no digo "legal"– remuneración económica.

5. *Mi primera tutoría*

En el curso 1976-1977, finalizados ya los estudios teológicos en Comillas, mi dedicación a las tareas docentes del Colegio fue ya prioritaria en mi actuación diaria, aunque la compaginaba con mi acompañamiento al Grupo Scout Anahuac y mi implicación en las actividades pastorales de la Parroquia Nuestra Madre del Dolor –ubicada en locales del propio Caldeiro–, de la que yo entonces era también coadjutor.

Libre, pues, de obligaciones universitarias como estudiante, pues, aunque me había matriculado en Comillas para el doctorado con la propuesta de Tesis "*La fuente "E" y el problema de la exclusividad*", este empeño no me suponía, de momento, tener que seguir un horario lectivo, el superior de la comunidad y director del Colegio dispuso que impartiese latín y otras asignaturas a los de BUP. (De estos cursos, siempre he guardado especial y afectuoso recuerdo de los alumnos nacidos en 1961, a quienes di durante varios años enseñanza religiosa

y a quienes, ya en BUP, les di clases de latín. Entre ellos, recuerdo particularmente a mis ya "viejos" amigos: Vicente Franco y Pepe Báez –a quienes casé en segundas nupcias por la Iglesia, gracias al *Privilegio paulino*, del que ellos aseguraron que yo les había hablado en clase, aunque yo no lograra recordarlo–, Carlos Ridruejo, Fernando Prados, José Ignacio Mendoza, Joan Dangla, José Manuel Bádenas… También dispuso, el director, que me encargase, como tutor, de las dos clases del Curso de Orientación Universitaria (COU).

Para entonces, el Colegio Caldeiro contaba ya con profesoras, especialmente en los niveles de Infantil y Enseñanza General Básica. (Esto ya de por sí supuso tal novedad en su momento para un centro que, desde sus inicios, había contado con profesorado exclusivamente masculino, que, cuando a mediados de los sesenta se incorporó la primera maestra para el Parvulario, los niños, acostumbrados a que el maestro fuese un "fray", llegaron a casa diciendo que había venido un nuevo "fray" que era una "seño").

Pues bien, Caldeiro contaba ya, desde hacía algunos años, al comenzar aquel curso 1976-1977, con profesorado mixto, pero su alumnado continuaba siendo exclusivamente masculino.

Sucedió, sin embargo, que el doctor Montero, feligrés de nuestra Parroquia y médico-amigo de la comunidad, pidió, por favor, que su hija pudiese cursar en Caldeiro el COU. Y así le fue concedido.

Siempre admiré el talante de aquella muchacha que supo comportarse con total normalidad y dignidad entre tantos muchachos y que supo ser además buena compañera de todos ellos. Con ella el Colegio dio un primer paso –aunque muy pequeño y esporádico aún– para convertirse en mixto.

Como tutor de COU, me correspondía, –entre otras responsabilidades más educativas o académicas– encargarme, junto a los alumnos, de la organización del "Viaje Fin de Curso". En años anteriores, dicho viaje lo habían realizado a Mallorca y se habían hospedado en algunos de sus hoteles, pero, como es natural, las típicas trastadas e incluso "gamberradas" protagonizadas por muchachos de entre 17 y 18 años en los lugares de hospedaje fueron "in crescendo" de año en año, pues los integrantes de un nuevo curso se esforzaban por superar las "aventuras y hazañas" que les habían contado los del anterior. Todo aconsejaba, pues, que se organizase un nuevo tipo de viaje que no

fuese simplemente playa-disco-hotel, sino que compaginase de alguna manera momentos de lógica expansión y diversión juvenil con otros claramente de tipo cultural.

Puesto, pues, manos a la obra junto con los alumnos, se decidió hacer el viaje en autobús y con destino principal a Roma.

A partir de ese primer acuerdo, yo quedé delegado por ellos para ir coordinando y concretando el itinerario a seguir e írselo comunicando oportunamente.

El único requisito que yo les puse a ellos fue que los costes totales del viaje –excluyendo evidentemente el dinero de bolsillo que cada uno pudiese llevar– los sufragaríamos con distintas actividades que entre todos organizásemos y llevásemos a cabo para sacar fondos. No se aceptaría en el viaje a quien no se mostrase dispuesto a participar en las actividades recaudatorias del grupo y pretendiese aportar, desde su familia, el dinero que le pudiese corresponder. Con ello, pretendía, no sólo que todos fuésemos al viaje con la conciencia de que nos lo habíamos ganado con el propio esfuerzo, sino también que el grupo creciese en cohesión y compañerismo, como así fue.

Como actividades encaminadas a conseguir fondos, recuerdo que organizamos, además de las típicas *rifas* –de las que recuerdo que hicimos una extraordinaria en Navidad y otras menores, cada mes–, sesiones de cine en el auditorio del Colegio los viernes por la tarde, después de clase. Algunas de estas sesiones estaban pensadas para un público más infantil y solíamos proyectar, entre otros films, dibujos animados de *Heidi*, muy de actualidad entonces; otros estaban orientados a un público más juvenil y entre los proyectados en éstas, recuerdo especialmente la película de "Johnny cogió su fusil".

No faltaron tampoco "mercadillos" en los que se vendía lo que nosotros mismos confeccionábamos, e incluso se organizaron algunas sesiones de baile en locales alquilados al efecto.

Gracias al esfuerzo de todos, el objetivo se cumplió a plenitud y del dinero común, realizados todos los pagos de estancias, comidas y autobús, aún restó una cantidad suficiente para, de regreso ya en España, pegarnos una buena cena a base de marisco, junto a la playa de Barcelona.

El itinerario definitivo de nuestro *Viaje-aventura* fue: *Andorra* –donde dormimos en un Camping y donde la temperatura, dentro incluso

de las tiendas de campaña que llevábamos, era tan baja que hasta el agua de las cantimploras que teníamos con nosotros amaneció congelada–; *Nimes* –aunque en realidad la segunda etapa estaba prevista hasta *Cannes*, donde teníamos reservado sitio en su Camping, por un error a la hora de quitar las cadenas de las ruedas del autobús, nos retrasamos de tal manera, que tuvimos que hacer noche en esta otra ciudad francesa, donde nos acomodamos, en pequeños grupos, en distintos hoteles–; *Milán* –donde visitamos la ciudad y en especial su Duomo y plantamos nuestras tiendas en un Camping–; *Venecia* –que visitamos con detalle, tras pernoctar dos noches en un hotel de la vecina ciudad de *Mestre* y donde nos cruzamos, dentro de la Basílica de San Marcos, con el Patriarca Albino Luciani, elegido dos años después Papa con el nombre de Juan Pablo I, que nos saludó–; *Roma* –donde estuvimos varios días hospedados en un albergue de juventud, visitamos con detenimiento los principales monumentos de la ciudad y de los alrededores, como Tivoli y Castelgandolfo, y participamos, el Viernes Santo, en el Vía-Crucis que Pablo VI presidió en el Coloseo–, y ya de vuelta a casa, *Florencia* y *Pisa*.

Fue un viaje fantástico, que siempre he recordado con cariño, no sólo por el itinerario seguido, sino también –y principalmente– por aquellos muchachos a los que acompañé y cuyo recuerdo sigue vivo y agradecido en mi corazón.

Aún recuerdo –y no sin la picardía con que se produjo el hecho– cómo una de las inquietudes de la gran mayoría de aquella "chavalada" fue la de adquirir en los quioscos que encontrábamos en nuestro camino "aquellas revistas" que, aunque ya estábamos en democracia, la censura no permitía aún abiertamente su entrada. Yo les observaba desde una prudente lejanía, mientras las adquirían. Y cuando se me acercaban, unos con más rubor que otros, se justificaba –cosa que no hacía falta– diciendo que "se las había encargado su padre" y que no se me ocurriera comentar nada. ¡Cuánta inocencia tenían aún, cuando ya habían cumplido la mayoría de edad o estaban ya a las puertas! Por supuesto, yo me hacía el "tonto" y como que no me enteraba del "negocio", aunque sospecho que ni ellos se creían que yo no me enteraba del asunto ni yo me creía que no fueran ellos, en su "inocencia", los primeros beneficiarios de la compra. Lo que ni ellos ni yo ignoramos es que los quioscos de Roma quedaron privados de muchas de sus "mercancías".

Claro que, antes de llegar a la frontera en Port-Bou, los "valientes" tuvieron miedo del contenido de sus equipajes (pues entonces los carabineros, entrenados por más de cuarenta años en un quehacer inquisitorial, no habían aprendido a vivir en democracia y aún hacían bajar los equipajes de los coches para revisar, a suerte, algunos de ellos) y en su "cobardía" me suplicaron que acogiese en mi mochila cargamento "tan peligroso". Menos mal que tuve la suerte de que a mi equipaje no le tocara ser revisado. ¡Lo que tiene que hacer a veces uno por sus alumnos!

6. *De cura a monaguillo*

Nunca en mi vida he sido monaguillo. Sacristán, sí, y a mucha honra, que por algo es un grado superior en el escalafón eclesiástico.

Nunca he sido monaguillo, pero no fue ésta la primera vez que me lo llamaron. Ya os he contado que en Dos Hermanas, los filósofos éramos, para las muchachas del pueblo, "monaguillos diplomados", pero aquello no me "dolió", pues, aparte de ser un calificativo grupal que incluía a todos mis compañeros, siempre percibí en él gracia andaluza y cariño de mujer.

Esta vez –la que ahora os voy a relatar– el hecho, sin ser ni mucho menos "hiriente", sí que llegó a afectarme de alguna manera en mi "dignidad de cura novel".

Yo –ya lo sabéis si seguís la conscientemente desordenada cronología de mi escrito– fui ordenado sacerdote en Caldeiro, con veinticinco años cumplidos dos meses antes.

Lo de menos era la edad, pues hay personas que con esos años parecen mucho más mayores, pero yo debía tener una cara de niño –algo de lo que no fui consciente hasta que sucedió lo que ahora os trasmitiré–, que mi aspecto, más bien barbilampiño, no contribuía precisamente a disimular.

Dado que mi ordenación se había producido a mitad del segundo de los tres años institucionales de Teología (que sumados a los dos ya cursados de Filosofía venían a ser los cinco que después se exigieron de los estudios sacerdotales), el obispado me advirtió que, a menos

que fuese estrictamente necesario, me abstuviese de confesar hasta comenzar, al menos, el curso siguiente.

Sabedores de mi limitación ministerial, nadie me instó a atender a algún penitente.

Sucedió, sin embargo, que un día, mientras yo estaba concentrado, preparando un examen para la facultad, llamó a la puerta de mi habitación la siempre apreciada Carmen, encargada de la recepción.

Tan pronto como abrí la puerta, me dijo:

– *Padre Vives, abajo hay una señora que pide confesión. Baje, usted, por favor.*

Inmediatamente le repliqué:

– *Ya sabes, Carmen, que a mí no me tienes que avisar, a no ser una emergencia. Dile a cualquier otro padre.*

Y entonces ella añadió:

– *Usted es el único padre que está en casa. Los otros han salido y el superior, antes de irse, me ha dicho que si preguntaban por algún sacerdote, le avisase a usted.*

No sin experimentar un cierto malestar –pues si algo me ha costado siempre en mi ministerio es sentarme a confesar y por ello lo he rehuido cuando me ha sido posible–, me enfundé el hábito y bajé a la iglesia.

Al entrar, vi, como en la penumbra, pues era mínima la iluminación, a una persona arrodillada en uno de los bancos. Yo me dirigí directamente al confesionario y me senté a la espera de que se acercase el penitente.

Pasaron cinco, diez y hasta quince minutos, y al ver que nadie se acercaba, paseé mi mirada por la iglesia y no vi a nadie.

Salí entonces rápidamente del confesionario y marché, a grandes pasos, al cuartito de la recepción, donde me topé con una Carmen, más que sonriente, "ridente", que dirían mis amigos italianos.

Pensando que me había gastado una broma, le dije, un tanto enfadado:

– *Carmen, no me vuelvas a engañar, pues algún día me necesitarás de verdad y no te haré caso.*

Ella, extrañada de mi reacción, me aclaró:

– *Padre, no ha sido ninguna broma. Cuando usted ha entrado en la iglesia, ¿no ha visto arrodillada a una persona?*
– *Sí*, –le respondí–, *pero no se ha acercado a confesarse.*

Y entonces ella, sin poder contener ya la risa, puntualizó:

– *Mire, padre, era una persona mayor, y, al verle entrar a usted, salió inmediatamente y me recriminó: "Señora Carmen, yo le he pedido un cura para confesarme, no un monaguillo"*

Tras la aclaración, Carmen siguió con su risa y yo, un tanto contrariado, me retiré a mi habitación y mirándome al espejo, me decía a mí mismo: "Tengo que hacer algo, para dejar de parecer demasiado joven". Y tomé la determinación de dejarme barba. Y barba he llevado ya siempre, hasta que en el verano de 2014 opté por reducirla a "perilla".

7. *Camuflando un accidente*

Este hecho tuvo lugar a comienzos del curso escolar 1973-1974. Para entonces, a Valiente y a mí, ya se nos había unido, como estudiante en Comillas, Juan Ramón Olaso.

Como cada día lectivo, íbamos felices en nuestro "805" camino de la Universidad, pero en esta ocasión, tras enfilar la Carretera de Colmenar Viejo, tuvimos que pararnos en la primera gasolinera que encontramos a reponer combustible

Descendió, Valiente, del vehículo para repostar, mientras Olaso y yo permanecimos dentro.

De pronto, sentimos que nos empujaban bruscamente el coche más de medio metro, a pesar de tener puesto el freno de mano.

Lo primero que pensé yo –sabiendo que Valiente es vasco y que los de su tierra suelen distinguirse por su fuerza bruta– es que nos había empujado para gastarnos una broma y pegarnos un susto.

Pero, cuando bajé del coche y me lo vi tumbado en el suelo detrás del vehículo, empecé a temerme lo peor.

Entre Olaso y yo le ayudamos a incorporarse. Resultó –según fuimos aclarando el hecho– que mientras él estaba de pie, rellenando el depósito, llegó otro coche –conducido por una persona mayor– que, en vez de frenar, lo que hizo fue acelerar, con lo que, a pesar de que Valiente

levantó la pierna derecha viendo venir lo peor, se la empotró a la altura de la pantorrilla, entre el parachoques trasero de nuestro vehículo y el delantero del suyo. Fue tal el impacto que los dos parachoques quedaron un tanto deformados.

Al ver el apuro de aquel buen señor y no sintiendo de momento ninguna molestia, Valiente nos convenció de que lo dejásemos marchar tranquilamente, sin rellenar los papeles del seguro.

Todo parecía ir por buen camino, hasta que, a mediados de la mañana, la pierna "empotrada" empezó a hincharse de forma cada vez más alarmante y, al finalizar las clases, tuvimos que ayudarle a subir al coche, pues ya no podía casi caminar.

Olaso tomó los mandos del "805" y nos dirigimos a Caldeiro. El resto de la comunidad estaba ya comiendo y, cuando entramos al comedor y se percataron del estado del "herido", tuvimos que explicar lo ocurrido.

Inmediatamente el superior preguntó en tono inquisitorial:

– *¿Supongo que habréis hecho los papeles para el seguro?*

– *Sí*, respondimos los tres al unísono. ¡Cualquiera le decía que no!

Tan pronto como comimos, pedimos en administración los datos del Seguro Escolar –en el que estábamos incluidos profesores y religiosos– y nos dirigimos a la Clínica incluida en dicho seguro y que estaba ubicada en la calle Reina Victoria.

Ingresamos por urgencias y explicamos cuál era el motivo de nuestra visita. Nos hicieron esperar en una pequeña salita, donde, como dice el refrán, "la primera en la frente", pues, cuando más distraídos estábamos, entró una enfermera –ya entradita en años y con cara de pocas bromas– y a Juan Ramón, que fue el primero que vio, pues Valiente y yo estábamos sentados y semiocultos por la puerta entreabierta, le dijo:

– *Usted, bájese los pantalones.*

Y el pobre, sin pensárselo dos veces, ante orden tan tajante y ordenanza tan decidida, se bajó los pantalones.

La enfermera se le quedó mirando y le preguntó con energía más propia de un sargento chusquero, que de una profesional de la salud:

– *¿Y dónde está su mal?*

Juan Ramón, que no acababa de reaccionar ante lo imprevisto de la situación, sólo alcanzó a decirle, casi farfullando:

– *No. Si el accidentado no soy yo, sino que ése* (señalando con el dedo a Valiente).
– *Y usted, ¿por qué se ha bajado los pantalones?* inquirió más malhumorada aún la enfermera.

En fin, Juan Ramón debió pensar –y pienso que muy bien– que lo mejor era no seguir "dialogando" con aquel ser vociferante, y le dio "la callada por respuesta".

Centrados ya en el enfermo, la "amable" enfermera le mandó entrar a la consulta del doctor, al tiempo que nos aclaraba que sólo le podía acompañar uno de nosotros.

Por ser yo el mayor de edad –y por haberlo pactado así antes– fui yo el acompañante y el que se encargó de explicar al médico cómo se había producido el accidente "escolar y deportivo" que había ocasionado la lesión.

– *Mire, doctor* –dije yo, seguro de mí mismo y de la "científica" explicación que había ensayado darle–, *estábamos jugando al baloncesto y, al ir a encestar, se agarró del aro y se le vino encima toda la estructura de hierro de la canasta, golpeándole directamente la pantorrilla derecha.*

El doctor, que casi no me miró a la cara –quizá, como pude saber por el tiempo, por no echarse a reír– tomó sus anotaciones y ordenó el inmediato ingreso del paciente.

Más de un mes estuvo internado el bueno de Valiente, al que tuvieron que hacerle una especie de "by-pas" en la vena afectada.

La lesión, por lo que pudimos averiguar, fue muy grave. Y nosotros, conforme iban pasando los días, estábamos más orgullosos de cómo habíamos conseguido *camuflar el accidente* y lograr así que lo cubriese el seguro escolar.

Por fin, llegó el día del alta médica. Y Olaso y yo fuimos, ufanos, a recoger a nuestro amigo y compañero ya restablecido.

Pero hete aquí que, cuando ya nos disponíamos a abandonar el Centro hospitalario, el médico, que nos había atendido el primer día y que siguió todo el curso de la lenta recuperación, me llamó a su despacho:

Entré y, con mucha amabilidad, me invitó a sentarme:

– *¿Usted es sacerdote, verdad?* Me dijo en primer lugar.

– *Sí, señor*, le respondí yo con decisión.
– *¿Usted ha visitado alguna vez el Zoo de Madrid?,* siguió preguntando.
– *No una, sino varias veces*, respondí con rapidez.
– *¿Se ha detenido, usted, a contemplar los cocodrilos?*, insistió en su cuestionario, al que yo cada vez encontraba menos sentido.
– *Ya lo creo*, respondí de nuevo, sin dejar pasar tiempo.
– *¿Se ha fijado, usted, en la boca tan enorme que tienen?* Continuó interrogando.
– *Claro que sí*, contesté, aunque ya no con tanta decisión, pues empezaba a percibir algo raro en la atmósfera.
– *Pues bien* –concluyó– *lo que usted me dijo el primer día que ingresaron a su amigo, para justificar el "accidente escolar", no se lo traga ni un cocodrilo. Yo me hice el "tonto", porque vi que eran ustedes buenas personas y quise ayudarles. Pero, por favor, no cuente a nadie más lo que a mí me dijo, pues la gente puede pensar que no es que yo me hiciese el "tonto", sino que verdaderamente lo soy.*

Y con un apretón de manos, con el que quisimos sellar nuestro "pacto de silencio", salí de allí, no sin sonrojo en el rostro, pero con corazón agradecido a aquel médico que no sólo curó a mi amigo, sino que curó también en mí, en gran medida, la afición que yo tenía a fabricar "bulos" que creía creíbles para todo el mundo.

8. *Aficionados al "clac"*

Durante los cursos 1972-1973 y 1973-1974 solía acompañarnos en nuestro "805", Juan –el segundo de los ocho hijos que tuvo el matrimonio formado por don Rafael Báez y doña Trinidad Pérez de Tudela– a quien yo conocí, igual que a sus padres y al resto de sus hermanos, a través de Jesús, con quien había entablado amistad durante el Cursillo del verano 1970, del que fui profesor, como antes os he dicho.

Juan estudiaba en la Autónoma de Madrid, ubicada en Canto Blanco y muy cerca de Comillas, por lo que a nosotros nos venía de paso dejarlo a la entrada de su Campus.

No tardamos en hacer amistad y un día, hablamos de la ilusión que teníamos por ver obras de teatro, aunque nos resultaba casi imposible,

por el elevado precio de las entradas, inaccesibles, a todas luces, a nuestra escasa economía.

Fue entonces cuando nos descubrió que también él era un gran aficionado al teatro y que, para poder frecuentar los espectáculos, recurría a las "entradas de clac".

Nosotros –ayunos en la materia– le preguntamos qué era eso del "clac" y él nos explicó que eran entradas que no se vendían en taquilla, sino en los distintos bares que cada Teatro tenía asignados. Nos explicó también que eran entradas súper económicas, pero que el que las adquiría tenía la obligación de aplaudir (de ahí el clac… clac… clac…), cuando el jefe del clac lo indicase.

Atraídos por el descubrimiento, delegamos a nuestro amigo Juan –que conocía los bares en que se vendían las mencionadas entradas de los distintos teatros– para que, cada quince días más o menos, nos las adquiriese.

Con ser muy asequible el precio, para nosotros suponía dejar de desayunar uno o dos días de la semana en el bar de la Universidad, para ahorrar, del dinero que semanalmente nos tenía asignado el bueno de fray Eutiquio, lo suficiente para poderlas adquirir.

Gracias al "clac", vimos muchas obras de teatro, a las que acudíamos el domingo previsto, saliendo de casa, con la "bendición" del superior, para ir –según decíamos– a "pasear por Madrid".

Entre las múltiples obras teatrales que pudimos disfrutar, recuerdo de modo especial –posiblemente por la controversia que en su día suscitaron sus estrenos: *Bodas de sangre*, de Federico García Lorca; *Yerma*, también de Federico, protagonizada por una Nuria Espert que se movía con soltura sobre la inmensa lona desplegada en el escenario; *Equus*, gran obra psicológica de Peter Shaffer, estrenada en Madrid en 1975 y que se hizo famosa por aparecer en ella el primer desnudo integral de un hombre y una mujer, tras largos años de rígida censura franquista, y *La Corte del Faraón*, reestrenada en Madrid en 1976, que fue compuesta por el valenciano –algunos aseguran que torrentino– Vicente Lleó, uno de cuyos nietos conocí y saludé en Roma con ocasión de las segundas nupcias de mi amigo Vicente Franco.

¡Qué felices fuimos en aquellos años y cuánto nos ayudaron a crecer cultural y humanamente las obras que vimos, casi gratis, gracias a nuestros aplausos!

9. *El abrazo de Frankfurt*

En el verano de 1973, el padre Provincial –Fidenciano González–, sabiendo que yo para ingresar –al comenzar el curso 1974-1975– en la especialidad de Sagrada Escritura que impartía la Universidad de Comillas, necesitaba superar el examen de una segunda lengua moderna, que no fuese de la misma familia que el *francés*, que había aprobado ya en 1971, decidió enviarme a nuestra comunidad de Bonn en la entonces República Federal de Alemania.

El viaje lo hice acompañado de mi amigo el padre Jaime de Miguel Rojo.

Era la primera vez que ambos salíamos de España y que subíamos a un avión. Ya podéis, pues, imaginar lo "paletos" que debíamos parecer, pues en realidad lo éramos.

Para acabar de complicar las cosas, el día del viaje había en Alemania huelga de controladores aéreos, y, cuando ya estábamos sobrevolando Francia, se nos anunció que el avión debía regresar a Barajas, como así hizo, en medio del susto que los dos teníamos, pensando que se debía tratar de algún fallo grave en los motores.

Como nuestros superiores no nos habían dado dinero en mano, entre los dos debíamos reunir en calderilla unos veinte duros que no nos daban para tomar nada en el Aeropuerto de Barajas, en el que, tras el imprevisto regreso, permanecimos más de cuatro horas a la espera de que nos permitiesen embarcar de nuevo.

Por fin, volvimos al avión y esta vez, sí que llegamos a Frankfurt, pero aquí nos encontramos con el problema de que no se sabía si nuestro vuelo de conexión a Colonia-Bonn saldría o no saldría.

Valiéndonos de nuestro pobre francés, que nadie parecía entender, conseguimos que nos indicaran la sala de espera de nuestro "posible" vuelo. De momento, sólo estábamos nosotros dos y las horas pasaban y nuestra hambre aumentaba.

¡Cómo se me hacía la boca agua, viendo las salchichas que preparaban en un tenderete situado enfrente de la puerta de nuestra sala, que más que de "espera" era ya, para nosotros, de "martirio".

Un poco por distracción y otro poco por matar el hambre, dábamos vueltas y más vueltas al lugar, y a mí me llamaron poderosamen-

te la atención como una especie de cabinas –eran dos– situadas en uno de los extremos de la sala. Estaban cerradas, pero bien pronto deduje que baños no eran, pues mirando por la parte de la puerta, que no llegaba al suelo, se adivinaba muy bien que no tenían taza de baño. La intriga que sentía por lo que pudieran ser aquellas cabinas, se lo trasmití a mi amigo Jaime, que acabó también por "no tenerlas todas consigo".

En un determinado momento, comenzó a entrar gente en nuestra solitaria sala y, tras un anuncio de megáfono –del que huelga decir que nosotros no entendimos nada–, todos se levantaron y se iban colocando en una de las filas que se formaron delante de aquellas dos "dichosas" cabinas.

Nosotros –más por instinto, creo, que por conocimiento, pues sólo muy después nos dimos cuenta que una de las filas era de mujeres– nos colocamos en la de los hombres. Yo, que iba delante de mi amigo, observaba cómo aquella cabina, una vez abierta su puerta, ocultaba la vista de lo que pasaba dentro, mediante una cortina corrediza.

Lo que resultaba evidente era que el que allí entraba, ya no volvía a salir.

Alarmado por el hecho, coloqué a Jaime –que para entonces era ya sacerdote, mientras que yo era sólo diácono– delante de mí, aduciendo que el presbítero precede al diácono.

Poco a poco, nos fuimos acercando al "misterio" y, cuando Jaime entró en la cabina, yo –tal como había venido calculando– interpuse mi hombro en el recorrido de la cortina, con lo que quedó parcialmente abierta.

Es así como pude observar –y conmigo todos los que venían detrás de mí en la fila– que frente a mi amigo estaba situado un gran alemán que, al hablarle y darse cuenta que no era entendido, levantó los brazos. A mí el gesto me llamó mucho la atención, pues parecía un amigable gesto de bienvenida. Cosa que también debió de pensar Jaime, pues, ni corto ni perezoso, se fundió en un abrazo con aquel hombretón.

Por las risas de los que estaban detrás de mí en la fila, pude adivinar el ridículo que acababa de hacer mi compañero y comprendí al instante que lo que aquel buen policía había intentado con su gesto era que el viajero levantase los brazos para poderlo cachear.

Al entrar yo en la cabina y cerrar bien la cortinita, pude ver cómo Jaime iba ya camino de la pasarela del avión y yo, sin necesidad de que aquel buen hombre, que aún estaba sonriendo por el inesperado abrazo, levantase los brazos, los levanté y me sometí, también sonriente, al preceptivo cacheo, mientras que el policía, creyéndome, sin duda, alemán, dado mi aspecto rubio, me dijo algo de lo que sólo logré entender algo así como "turk", que debió decir, refiriéndose a mi amigo.

Cuando alcancé a Jaime, él sólo me repetía una y otra vez que no se me ocurriese contar a nadie lo sucedido. Cosa que, si a esta altura de mis recuerdos me vais conociendo ya un poco, comprenderéis que no cumplí.

¡En fin, Jaime, allí donde estés me habrás perdonado de corazón, como lo hiciste cada vez que yo conté tu familiar *abrazo de Frankfurt*, y como lo hiciste también, cuando lo recordé brevemente el día de tu funeral en la Colonia San Vicente de Burjassot! ¡Querido, Jaime, siempre has tenido y tendrás un hueco en mi corazón!

Nuestra estancia en Alemania, que se alargó mes y medio fue muy positiva. Pintamos todas las ventanas del piso de Bonn (¡qué manía tenían entonces los frailes de recibir, a los que iban a pasar con ellos una temporadita, con brochas y pintura! Me recordó el recibimiento similar que nos habían hecho en Godella cuando fuimos allí antes de comenzar nuestras prácticas pedagógicas. ¿Correspondería esto a una antigua y no escrita tradición de acogida del visitante?).

Participamos, también, en las actividades que la comunidad realizaba con los niños y jóvenes de aquel barrio marginal de Auf dem Hügel.

Pasamos unos quince días en la Parroquia de Inmendorf, cuyo párroco era un terciario capuchino, y aquí tuve la dicha de conocer a Johanna y a Gertrud, dos santas mujeres que cuidaban esta Casa cural, como habían hecho, desde jovencitas, en las distintas casas curales a las que las llevó su tío sacerdote, hasta que falleció. Siempre recordaré de ellas su talante sencillo y su semblante siempre risueño y cómo recordaron siempre la frase que yo –no sin mucho esfuerzo– construí un día en que estábamos comiendo solos ellas dos, Jaime y yo y nadie decía nada por no saber ellas ni pizca de nuestra lengua, ni nosotros lo mínimo de la suya:

– *In main dorf* –exclamé, casi exhausto tras haberme pasado media comida buscando en mi cabeza el pobre vocabulario alemán aprendido– *eine Kartoffel, eine Kilo.*

No aprendí a hablar mucho más alemán que el expresado en esa "famosa" frase que siempre recordaron con agrado las dos "santas hermanas", pero aprendí el suficiente vocabulario para superar la prueba escrita que se me exigió en la Universidad.

De regreso a España, nos detuvimos en Roma. Era la primera vez que pisaba la Ciudad Eterna. ¿Quién me iba a decir entonces que la Urbe acabaría siendo tan emblemática en mi vida? De esta estancia en Roma, recuerdo, por supuesto, la visita a las cuatro Basílicas Mayores, al Coliseo, al Panteón, a la Fontana di Trevi, a las plazas de Spagna, Navona, Popolo…, pero recuerdo, sobre todo, el haber asistido en Caldelgandolfo a una Audiencia General del Papa Pablo VI, que ingresó en el aula, llevado en silla gestatoria.

10. *Un manantial de "agua bendita"*

Una vez ordenado sacerdote, mi amigo fray Alfredo –el sacristán– solía ponerme indefectiblemente todas las semanas unas botellas con agua para que la bendijese y proveer así las pilas de entrada a la iglesia u otras necesidades, pues más de una feligresa se acercaba con un pequeño recipiente para que se lo rellenase con aquella agua "cuasi-milagrosa".

Yo apreciaba mucho a fray Alfredo y pienso que aún más él a mí. De hecho adoptó a la música de la Marcha Real Española una letra suya "muy original" y decía que ése era mi himno:

– *Vives, Vives* –cantaba él con su característico decir– *… que vives, vives, vives, vives, vives… bien… que vives, vives… bien…*

Vives que vives, que vives, que vives, vives, vives, vives, vives, vives… bien.

Y así hasta completar toda la melodía del himno nacional.

Pues bien, a pesar de nuestra amistad, cansado de tanto bendecir agua, un día, para gastarle una "broma" que, como después supe, se la creyó muy "de veras", le expliqué:

– *Mira, Fredi, ahora, después del Vaticano II, se ha permitido que, en vez de estar bendiciendo agua cada semana, se puede bendecir el grifo de la sacristía y toda el agua que salga de él será "agua bendita".*

Me puse roquete y estola y con toda "solemnidad" procedí a bendecir aquel grifo mientras recitaba unas cuantas oraciones en latín que, tanto Fredi como los monaguillos asistentes, respondían, sin entender, por supuesto, nada de lo rezado, con sonoros y sentidos *Amén*.

Poco después de eso, yo marché a América y olvidé por completo la broma.

Un día a otro sacerdote se le ocurrió preguntar:

– *¿Fray Alfredo, a ti quién te bendice el agua?*

Y él, muy serio –según me contaron –respondió con el aplomo propio de quien se cree en lo cierto y en posesión de la verdad:

– *El padre Vives me bendijo el grifo y me dijo que toda el agua que saliese de él, era bendita.*

La que se armó debió ser gorda. A mí me llegó muy de pasada, pero calculo que se lanzaría más de un improperio contra mi persona.

No importa, lo cierto es que el agua que salió de aquel grifo "bendita" debió reportar tantos beneficios a sus usuarios como aquella otra bendecida directamente.

Y es que los beneficios y "milagros" no son fruto, por ejemplo en este caso del agua, sino de la *fe* con que se utiliza esa misma agua.

XIX

La "injusticia" que no entendí

Ya os he comentado que mi madre "era una santa". Lo que no os he dicho todavía es que –aun siendo una persona profundamente *humana* y, por ende, *espiritual*– no era proclive a las prácticas religiosas.

Se preocupó, al igual que mi padre, de que sus hijos fuésemos bautizados, confirmados y recibiésemos la primera comunión, pero yo no recuerdo que frecuentase la misa dominical.

Aun con todo –y en contra de los sentimientos que experimentó entonces mi padre–, ella, en medio del dolor que sintió al tenerme que alejar físicamente de casa, se alegró –y mucho– de que yo fuese al seminario.

A partir de ese momento, más de una vez hablaba de su tío, mosén Joaquín Castelló Manuel (hermano de su abuela paterna), que fue vicario de Onda durante varios años, promotor en la localidad de los Círculos Católicos y la Acción Católica y que murió mártir –al igual que mi abuelo materno– al comenzar, en 1936, la guerra civil española:

– *¡Qué contento estaría* –me decía en tales ocasiones– *el tío Joaquín, al ver que tiene un continuador de su vocación en la familia!*

Siempre se alegró de mi ida al seminario, pero nunca me forzó lo más mínimo a seguir en él. Es más, en los momentos en que tuve dudas de continuar el camino emprendido o dejarlo, me animó, en todo momento, a que hiciese lo que considerase mejor para mi vida, añadiendo que ella estaría igualmente contenta, fuese cual fuese la decisión, si me veía feliz.

Con creciente emoción fue siguiendo –desde el silencio y desde la cercanía afectuosa– mi trayectoria, primero como seminarista y después como religioso.

Aún tengo grabada en mi mente –y especialmente en mi corazón– el semblante de satisfacción que lucía cuando, el 8 de diciembre de 1972,

hice, en el Seminario San José de Godella, mis votos perpetuos. En la foto que se tomó en el "vino español" que se sirvió tras la ceremonia religiosa, ella aparece, como "feliz matriarca", rodeada de mi padre y hermanos y de todas sus hermanas y sobrinos. Y es precisamente esta foto la última que he conservado de ella aún con vida.

Casi coincidente en fechas con los votos perpetuos, solicité del Gobierno General de mi Congregación los correspondientes permisos –técnicamente *dimisorias*– para poder ser ordenado de *subdiácono* y *diácono*, como así me fue concedido. Pero, entre la llegada de dichos permisos y la fecha prevista para la ordenación de subdiácono, ésta Orden Mayor fue suprimida oficialmente el 1 de enero de 1973, en aplicación de la reforma llevada a cabo por el papa Pablo VI respecto a las Órdenes sagradas. En consecuencia, tras haber recibido la Tonsura y las cuatro Órdenes Menores de manos de monseñor Ramón Echarren el 27 de diciembre de 1971, accedí directamente al diaconado, que me confirió el obispo auxiliar de Madrid, don Ricardo Blanco, el 10 de marzo de 1973. A esta ordenación no acudió mi madre ni ningún otro miembro de mi familia. Entonces no se acostumbraba a ello. Éramos aún bastantes los que nos ordenábamos cada año. Posteriormente, al ser escasas las ordenaciones, fue cada vez mayor la tendencia a celebrar incluso la entrada oficial al humilde –pero no por ello, menos digno– oficio de *monaguillo*.

Mi madre, pues, no estuvo presente en mi ordenación de diácono, pero recuerdo que le hice llegar una foto del primer bautismo que administré como tal, y ella se encargó de hacer un completo recorrido familiar para enseñarla, orgullosa y feliz a un tiempo, a todo el que se topaba por el camino.

En principio, yo había pensado permanecer un año largo como diácono y ordenarme de sacerdote hacia el verano de 1974. Y con este pensamiento viajé a Alemania en el verano de 1973, como ya os he contado, para preparar el examen de alemán que debía presentar en la Universidad de Comillas para poder ingresar en los cursos de licenciatura en la especialidad de Sagrada Escritura.

Sucedió, sin embargo, que, al regresar de ese viaje, mi hermano Ricardo, que estaba realizando, en la Academia de la Policía Nacional de Madrid, el curso de ingreso en dicho Cuerpo, me comunicó, cuando nos encontramos en la capital de España, que él y su novia habían pen-

sado casarse tan pronto como él finalizase la Academia y fuese enviado, en consecuencia, a su primer destino oficial como policía. Y dado que esto sucedería en fechas cercanas a las Navidades de ese mismo año 1973, también yo tomé la decisión de ordenarme sacerdote para entonces y celebrar conjuntamente en Onda su matrimonio y mi primera misa, a fin de ser lo menos gravosos posible a la economía familiar.

Como yo tenía que viajar por aquellos días al pueblo para saludar a mis padres y pasar algún día de descanso junto a ellos, mi hermano Ricardo me pidió que fuese yo quien les comunicase la "gran noticia" y que le adelantase a mi madre que él había decidido que ella fuese su madrina de boda.

Llegué a mi casa hacia el 10 de septiembre y, en la primera oportunidad que tuve de estar a solas con mis padres, les participé las buenas nuevas que traía.

A mi padre le aclaré que él, junto a mi madre, serían mis padrinos de primera misa y a ella le notifiqué, de parte de Ricardo, que sería también su madrina de matrimonio. Les informé también de que mi ordenación sacerdotal sería a principios de diciembre en Madrid y que la primera misa en Onda, coincidente con el enlace de Ricardo, sería posiblemente en torno al 22 de diciembre.

Como es natural, ambos se alegraron inmensamente con las noticias, aunque fue mi madre la que exteriorizó sus gozosos sentimientos de forma más evidente.

El 15 de septiembre, tras celebrar en familia mis veinticinco años, marché hacia Madrid, aunque me detuve dos días en Priego (Cuenca), donde fui huésped de mi primo hermano Antonio Aguilella Pérez y de su mujer y donde pude saludar a antiguos alumnos míos del Seminario de Godella nacidos en la población y a sus familias.

A Caldeiro llegué el 17 y tan solo dos días después –el 19– me llamó por teléfono mi padre, diciéndome que hacía tres días que habían ingresado a mi madre por una fuerte subida de azúcar, pero que ya estaba bien y que, si no nos había dicho nada antes a Ricardo y a mí, era porque ella no quería preocuparnos.

La noche del 22 al 23, sonó el teléfono en la habitación del encargado de la atención de los enfermos de la parroquia. Entre esta habitación y la mía había otra más. Aquel teléfono sonaba con alguna frecuencia por la noche para pedir la asistencia espiritual a algún en-

fermo muy grave, pero yo nunca lo escuché, hasta esta ocasión en que su timbrar me entró directo al corazón, hizo que automáticamente me incorporase en la cama hasta quedar sentado en ella y que empezase a pensar angustiado: "seguro que ahora llamarán a mi puerta para darme alguna mala noticia". Y así fue. Cuando golpearon la puerta, abrí inmediatamente y sólo acerté a decir: "¿Se trata de mi madre, verdad?". El que me llamaba se limitó a decir: "Tu padre está al teléfono, habla con él". Fui corriendo y, entre un llanto contenido, mi padre musitó:

– *Tu madre ha tenido inesperadamente una recaída y está muy malita. Los médicos no dan ya ninguna esperanza. Venid enseguida tú y Ricardo, a ver si llegáis a tiempo de verla aún con vida.*

Desconcertado como estaba –sería la 1.30 de la madrugada–, desperté a mi amigo Antonio Valiente y decidimos salir enseguida, con el coche de la comunidad, camino de Castellón, donde estaba internada mi madre en *La Residencia* u *Hospital General*. El padre Goñi quedó encargado de avisar al amanecer al superior y nos proveyó de dinero para el camino.

Desde Caldeiro, nos dirigimos a Canillas, donde se encontraba la Academia de la Policía Nacional, para recoger a mi hermano Ricardo. Al llegar, le expliqué al oficial de guardia lo que sucedía y me preguntó si sabía yo en qué compañía se encontraba él… A ninguna de sus demandas supe qué responder, aturdido como estaba. Entonces él, considerando que yo era religioso –pues entonces el clero aún tenía cierto prestigio entre los militares– ordenó, tras consultarlo con un superior suyo, un "toque de generala" para despertar y citar en el amplio patio central a todos los alumnos de la Academia. Una vez reunidos allí, empezaron a anunciar por los altavoces: "Ricardo Vives, preséntese". Ni a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera recibió respuesta el requerimiento. Uno de los oficiales ordenó que se registrasen los dormitorios y, en uno de ellos, apareció, dormido como un tronco, mi hermano, que nada había escuchado. ¡Menos mal que las circunstancias eran las que eran y no tuvo consecuencias para él el no haber acudido a la llamada!

Conseguido el permiso para que Ricardo pudiera salir, emprendimos ya los tres –Ricardo, Valiente y yo– la Nacional III con destino a Valencia y, desde aquí, a Castellón. Llegamos de madrugada y fuimos

directos al centro hospitalario en que se encontraba mi madre. La pobre ya no podía hablar y casi no veía, aunque nos reconoció enseguida por la voz, y visiblemente emocionada nos estrechó fuertemente al abrazarla y besarla.

Cuando llegaron los médicos, nos dijeron que no había ya nada que hacer y que decidiésemos si queríamos que falleciese allí o preferíamos llevarla a casa. Mi padre optó por trasladarla al hogar familiar en Onda. Y recuerdo con nitidez –pues yo estaba a su lado cuando la bajaban en la camilla– que, al introducirla en la ambulancia, le saltaron abundantemente las lágrimas. Sin duda era consciente de que aquel traslado significaba para ella el desahucio y el inicio del fin.

En casa aún sobrevivió más de veinticuatro horas. El día 24, hacia el mediodía, estando en torno a su lecho mi padre y mis hermanos –Ricardo, Enrique y Mari-Carmen–, la novia de mi hermano Ricardo –Conchín– y yo, se fue despidiendo de cada uno de nosotros, manifestando, si no con palabras –pues no podía articularlas–, sí con expresivos gestos, que era sabedora de que se iba y quería expresar, de alguna manera, su voluntad testamentaria. A Ricardo y a Conchín les unió las manos en señal de su próximo enlace y, con la mirada hacia la foto de mi padre, parecía recomendarles que cuidasen de él; a mí me tomó las manos y, dándoles la vuelta, me besaba repetidamente las palmas, mientras me las humedecía con sus lágrimas, queriendo con ello hacerse anticipadamente presente en mi ordenación sacerdotal…

Hacia las 13.30 de aquel 24 de septiembre de 1973, mi padre, mis hermanos y Conchín marcharon a la cocina a reponer fuerzas, mientras yo permanecía junto a mi madre. No había pasado mucho tiempo, cuando noté que se movía nerviosamente, la rodeé entonces con fuerte abrazo y, sin mueca de dolor alguna, con el semblante apacible de quien es consciente de que "ya todo había sido cumplido", cerró definitivamente los ojos a este mundo.

Tras su muerte y funeral, conocí detalles que no quiero dejar en el olvido:

- Había pasado tan solo un día entre mi partida hacia Madrid –el 15 de septiembre– y ya había encontrado tiempo para ir a casa de su habitual modista para escoger la tela y tomarse medidas para el vestido que iba a lucir como madrina de sus dos hijos mayores.

- Cuando se repuso del primer coma, le dijo, feliz y sonriente, a la Hermana de la Caridad que la atendía como enfermera de la Residencia de Castellón:

  – *Tengo que reponerme pronto, pues dentro de poco más de dos meses, seré la madrina de mi hijo mayor, Juan Antonio, que se ordena de sacerdote y de mi segundo hijo, Ricardo, que se casa.*

Fue precisamente acabando de decir esto a la Hermana, cuando le sobrevino el definitivo ataque diabético que la dejó ya sin habla y sin visión.

Conocidas las circunstancias del agravamiento de su salud, los médicos que la venían tratando del problema del azúcar, que se le manifestó a partir de su último embarazo, dijeron que muy posiblemente la inmensa alegría que experimentó con el anuncio de la boda de mi hermano y mi ordenación fue la causante de las funestas subidas de azúcar que terminaron con su vida. Y entonces caí en la cuenta de que en este mundo también es posible "morir de alegría".

Con la muerte de mi madre, me sobrevino una profunda crisis de fe. No lograba entender cómo Dios se había llevado de mi lado, en vísperas de mi ordenación sacerdotal, a la persona que yo más quería, a la persona por la que más querido me había sentido, a la persona que más ilusión tenía en ver cómo coronaba yo el camino emprendido hacia el sacerdocio, cuando era todavía un niño.

En mi estado, llegué a plantearme no sólo posponer mi ordenación, sino incluso el seguir, o no, como religioso.

Buscando un sosiego que no lograba encontrar en nada, pedí permiso al padre Provincial para suspender de momento mis estudios y poner en orden, más que mis ideas, mis sentimientos.

Escribí al superior del Monasterio del Paular en Rascafría, explicándole sucintamente mi situación y, a vuelta de correo, me contestó que me aceptaban, no en calidad de huésped, sino como un hermano más de su comunidad religiosa.

El contacto con aquellas buenas personas –que me mostraron una vez más que los hombres que son verdaderamente de Dios, son y se manifiestan profundamente "humanos"– contribuyó muy positivamente a que fuese recuperando la quietud perdida, aunque el inmenso dolor por la muerte de mi madre no llegase a mitigarse.

Al finalizar mi experiencia monástica, tomé ya la decisión de mantener inalterada la fecha de mi ordenación para el 7 de diciembre, víspera de la solemnidad de La Inmaculada. Lo único que cambié fue el día y lugar de mi primera misa solemne, que no sería ya en Onda, coincidiendo con la boda de mi hermano, sino en la Parroquia Nuestra Madre del Dolor, establecida en locales del Colegio Fundación Caldeiro y el día 8 de diciembre, el día siguiente de mi ordenación sacerdotal, recibida en la misma parroquia por la imposición de manos del obispo mercedario don Amadeo González Ferreiros, que sustituyó a última hora al cardenal Tarancón que se había comprometido a ordenarme, dada la amistad que le unía a mi tío Vicente –casado con la hermana de mi madre, Ángeles– que se llamaba precisamente así porque su madre –que era ama de llaves de la casa familiar del cardenal– quiso bautizarlo con el mismo nombre que tenía quien entonces tan sólo era un seminarista en Tortosa.

La homilía de mi primera misa –que siempre he sentido no haber conservado su texto, que previamente había meditado y escrito– fue toda ella un sentido "por qué", dirigido a Dios, reclamándole por la "injusticia" que, a mi entonces entender, había cometido al llevarse repentinamente a mi madre, en vísperas de mi ordenación sacerdotal, cuando tan sólo tenía cincuenta años.

Ese sentimiento de profunda rebelión ante tamaña "injusticia" me acompañó aún durante bastante tiempo, hasta que fui comprendiendo, a través de la experiencia del diario batallar, que las cosas no suceden ordenadas por un *Dios determinista*, que a los humanos nos gusta "meter hasta en la sopa", según nuestros deseos, sino que simplemente suceden "porque así es la vida" y que Dios, sin ser ajeno a nuestro cotidiano disfrute o sufrimiento, no maneja en primera persona los hilos de una historia que ha dejado en manos de la libertad humana y de las circunstancias que a ésta acompañan.

Cuando el 21 de diciembre de 1973 llegué a Onda, para celebrar al día siguiente, en la Ermita del Salvador, el matrimonio de mi hermano Ricardo con Conchín Martí Almer, lo primero que hice fue trasladarme al Cementerio, acompañado de unos pocos e íntimos familiares y celebrar en un pobre altar, colocado delante mismo de la tumba de mi madre, mi primera misa en la localidad que me vio nacer. Yo fui consciente entonces de que mi madre siguió, con el respetuoso silen-

cio y afectuosa cercanía con que hasta entonces había acompañado mi vocación, aquella misa que, aun siendo rezada y sin cantos, ha sido, sin duda, la más solemne de cuantas he celebrado en mi vida, por el sentimiento con que la viví.

XX

Mis queridos jesuitas

Hasta que mis superiores estuvieron a punto de enviarme a estudiar filosofía en Comillas-Santander, allá por el año 1969, yo casi no me había parado a pensar quiénes eran los jesuitas.

Cuando en vísperas de mi abortada ida a Comillas empecé a cuestionarme sobre ellos, la idea que me quedó –no recuerdo en realidad cuál pudo ser la fuente informativa– fue la de que eran personas con muy buen bagaje cultural –algunos de ellos verdaderas eminencias en los más variados campos del saber, tanto humanístico como científico–, pero que, en lo relativo a su concepción y praxis de la vida religiosa eran, si no opuestos, sí bastante diferentes a nosotros, los franciscanos, especialmente en cuanto al porte sencillo y humilde, a la observancia de la pobreza y a la vivencia fraterna.

El tiempo, sin embargo, se encargaría de aclararme cuán equivocado estaba yo entonces acerca de todo lo relacionado a su vida religiosa.

Al comenzar el curso 1971-1972, como ha os he dejado dicho, comencé a frecuentar las aulas de Comillas en Madrid y aquí entré en contacto directo con los jesuitas, pues los tuve, no sólo como profesores, sino también como compañeros, ya que algunos de sus estudiantes de teología estaban matriculados en mi propio curso.

Es verdad que, entre los compañeros, sí que había alguno un tanto más "creidillo" de su superioridad intelectual con relación a quienes proveníamos de otras Congregaciones religiosas, pero aquello fue una excepción dentro del conjunto de los compañeros jesuitas que tuve, con los que me sentí muy bien, llegando a entablar incluso con alguno de ellos buena amistad.

En el conjunto de los profesores jesuitas, aprecié, por lo general –también aquí hubo alguna excepción que no hizo sino confirmar la regla–, una gran humanidad, que se hacía patente en su capacidad de

acogida a todos los estudiantes, sin distinción de procedencia y que se traslucía también en un talante tan sencillo, que en nada desdecía del que pudiera mostrar el más castizo de los franciscanos. Como prueba de este talante, os trasmito una anécdota que debió suceder al comenzar el curso 1973-1974:

- Aquel día, lo recuerdo perfectamente, habíamos ido a la Universidad, ubicada, desde comienzos del curso anterior, en Canto Blanco, Juan Ramón Olaso y yo, pues Valiente se encontraba aún hospitalizado a causa del accidente que "yo había intentado camuflar", como ya os he comentado antes.

  Habíamos realizado, además, nuestro viaje con la vieja furgoneta del Colegio, pues nuestro siempre querido "805" (Ocho cero cinco), se encontraba en el taller para reparar el desperfecto sufrido en el parachoques trasero a raíz también de dicho accidente.

  Como los alrededores de las instalaciones de la Universidad estaban todavía sin acondicionar, dejamos la furgoneta en uno de los espacios sin asfaltar que servían de aparcamiento.

  Mientras estábamos en clase, sin embargo, llovió copiosamente y, al finalizar la jornada lectiva, nos dirigimos prestos y raudos a nuestro vehículo, intentando esquivar las gotas de agua que, sin ser ya abundante, continuaban cayendo como en una especie de "sirimiri".

  Al poner en marcha el motor y querer salir de aquel "barrizal" en que se había convertido el provisional aparcamiento, las ruedas empezaron a girar sobre sí mismas, hundiéndose cada vez más en la tierra convertida ya en fino y resbaladizo barro.

  Cuanto más intentábamos salir, menos conseguíamos nuestro objetivo, llegando incluso a enterrar las ruedas delanteras hasta casi su eje.

  Ante la imposibilidad de encontrar con nuestras solas fuerzas la solución, recurrimos a buscar ayuda en el alumnado, pero ya todos habían marchado.

  En nuestro intento de buscar ayuda, debimos armar tal algarabía, que, de una de las oficinas, salió un profesor preguntando qué pasaba.

  Le explicamos nuestra angustiosa situación y él entró un momento en aquella estancia, saliendo poco después con el claustro de profesores que allí estaba reunido con su Rector, Mariano Madurga y su Secretario General, Ricardo Lobato, incluidos.

A ninguno de aquellos profesores –la inmensa mayoría jesuitas– les importó ensuciarse los zapatos con el barro, y con la fuerza de todos –puesta en acción al unísono– logramos desatascar nuestra furgoneta.

La nota simpática se produjo cuando, estando empujando el vehículo, uno de los profesores, viendo a su alrededor tan sólo compañeros suyos, preguntó:

– *¿Pero, bueno, dónde están los ocupantes de esta furgoneta?*

Y yo, levantando tímidamente la mano, exclamé:

– *"Somos el conductor y yo"*, respuesta que fue coronada con una sonora carcajada.

Ya al despedirnos, el Rector puso la guinda a aquella expresión de fino humor, diciéndonos a Olaso y a mí:

– *Animo, la próxima vez os traéis un autobús.*

¡Cabe mayor expresión de sencillez y de profunda humanidad en unas personas que, aun siendo significados intelectuales, no temieron que "se les cayeran los anillos", ayudando a unos simples estudiantes en apuros!

Con el tiempo tuve también la oportunidad, al ser invitado por algún profesor a su mesa común, de comprobar cómo su vida de comunidad, aunque con expresiones distintas a las típicas franciscanas, no tenía tampoco nada que envidiar a la fraternidad querida para sus seguidores por Francisco de Asís. Incluso su vivencia de la pobreza me impresionó, al comprobar cómo, teniendo como tenían disponibilidad de dinero, vivían en una austeridad que a más de un franciscano causaría sonrojo. En ellos, la pobreza no era tanto el carecer de dinero, cuanto el administrarlo responsablemente con los criterios evangélicos que invitan a vivir la pobreza como renuncia voluntaria, libre y gozosa a aquellos bienes que, con su trabajo, se hubieran podido adquirir, y como fuente de generosidad ante las necesidades de los demás.

Entre mis siempre queridos profesores jesuitas de Comillas quiero recordar aquí especialmente a:

- *Mariano Madurga*, el Rector llegado desde Alicante como "una bendición del cielo", que alentó en todo momento que Comillas fuese, dentro de España, el gran "altavoz" del espíritu y doctrina del Vaticano II;

- *Francisco Marín*, profesor de *Inspiración* y director de mi trabajo síntesis para la obtención del Bachillerato en Teología: *Una Trinidad que salva*;
- *Federico Pastor*, que se comprometió a dirigirme la Tesis doctoral de Sagrada Escritura en Comillas *La Fuente "E" y el Problema de la Exclusividad*, que, por circunstancias que más adelante explicaré, no llegué a realizar;
- *Andrés Tormo*, a quien, siempre con cariño, bautizamos como "Pájaro loco" por sus gestos y ocurrencias, pero que, como buen psiquiatra, nos presentó la *Escatología* y nos introdujo en la *Crítica a las Religiones*;
- *Gregorio Ruiz*, que nos ayudó a identificarnos con los *Profetas* y que desgraciadamente nos dejó tempranamente víctima de un accidente de moto;
- *José Mª Díaz Moreno*, *–Dimo* para sus alumnos– que nos hizo agradable el árido *Derecho Canónico* y supo desdramatizar y presentarnos con toda normalidad la *Moral sexual*;
- *José Alonso*, insigne biblista que combinaba sus enseñanzas en Comillas con las que impartía en el Bíblico de Roma;
- *Josep Mª Fondevila*, que compaginaba su magisterio en Comillas con el de Sant Cugat del Vallés y cuya síntesis entre *espiritualidad-humanidad*, ha sido después uno de los grandes quicios sobre los que ha girado mi vida;
- *Vargas Machuca*, con el que llegué a relacionarme en clima de amistad, descubriendo en él una riqueza personal que solía disimular tras su semblante, adusto en un principio;
- *Manuel Benítez*, cuyas clases tanto me ayudaron a valorar el *Evangelio de San Juan*;
- *Urbano Valero*, con su *Patrología*; *Joaquín Losada* y su *Teología Fundamental*; *Peñamaría*, exponiendo la *Trinidad*; *Juan Mª Laboa* y la *Historia de la Iglesia* en sus distintas edades o épocas, y *Alejandro Martínez Sierra*, que nos presentó la *Mariología*.

Junto a ellos, no puedo dejar de recordar a otros profesores que, sin ser jesuitas, contribuyeron también positivamente en mi formación teológica, como:

- *Antonio Lamadrid*, profesor de *Hebrero* y *Arameo*, que me puso en relación con *Alejandro Díez Macho*, experto en Arameo y descubridor en el Archivo Vaticano del códice Onkelos;
- *Argimiro Turrado*, que, con su lenguaje profundo y desenfadado a la vez, me ayudó a descubrir en Cristo, más allá de su divinidad, la grandeza de su humanidad;
- *Antonio Salas*, que consiguió trasmitirme un inmenso aprecio por la persona y escritos de *San Pablo* y que fue mi "cicerone" la primera de las tres veces que he visitado en mi vida la "Tierra Santa";
- *Luis Barcala*, y *José Luis Larrabe*, que nos fueron presentando los distintos sacramentos;
- *José Angulo*, con quien tuve después una estrecha relación en Roma, cuando él era Ministro General de la TOR y yo, Consejero General de nuestra Congregación;
- *Manuel Oliva*, que me entusiasmó con sus clases de *Antiguo Testamento* –especialmente del *Génesis*– y me dirigió –en 1976– mi tesina de *Licenciatura en Teología, especialidad Sagrada Escritura*: *El Tema del Becerro en las tradiciones históricas y Reflexiones Teológicas de Israel*.

Cuando ya estaba finalizando el último año de licenciatura en Comillas, los jesuitas –y este es un motivo más de mi cariño y gratitud hacia ellos– me ofrecieron becarme en Roma para que sacase en el Bíblico el *Doctorado en Sagrada Escritura*, con la sola condición de quedarme después de profesor de Comillas al menos tres años. Por supuesto, durante esos tres años, yo no enseñaría gratis, sino que recibiría los emolumentos de cualquier otro profesor. ¡Esto es lo que yo llamo "grandeza de miras" y esto mismo debe ser algo de lo que ellos esconden tras ese "Ad maiorem Dei gloriam", que encierra, sin duda, la innata tendencia que los distingue a la "optimización" en todos los órdenes de la vida.

¡Gracias, siempre, mis queridos jesuitas!

XXI

De regreso a la niñez

El título de este apartado está inspirado en lo que un viernes en la última hora lectiva de la tarde, me dijo mi alumno *Carlos Jiménez Ridruejo*, mientras interrumpía la clase de latín que les impartía –a él y a sus compañeros– vestido ya de scout para salir "pitando" hacia la Sierra madrileña, tan pronto como sonase el timbre que indicaba el inicio del *Weekend*:

– *¿Si te digo una definición de scout, te enfadarás?*, preguntó casi en un susurro, mientras ya su mirada traslucía la picardía que intentaba ocultar.
– *No*, le respondí yo, esperándome una más de sus jocosas salidas y ocurrencias.

Y sin pensárselo dos veces, me soltó:

– *Los scouts son niños vestidos de gili…, mandados por un gili…, vestido de niño.*

Y como yo preferí quedarme con la *vestidura*, más que con la identidad del que la lucía, me he decidido a titular este nuevo "stage" de mi vida como "*de regreso a la niñez*".

Todo empezó a fraguarse cuando, hacia el mes de abril de 1975, se presentaron en Caldeiro *Mª Ángeles García*, *Eloy Cordero* y *Juan Antonio López* y se entrevistaron con el padre *Juan Cilla*, director del Colegio y conmigo.

Tras aquel primer contacto, bien pronto se tomó la decisión de establecer –al comenzar el curso escolar 1975-1976– un Grupo Scout en el Centro que, en honor a los jóvenes mejicanos integrantes del grupo inicial venidos de fuera de nuestro Colegio, se llamaría *Anahuac*, en alusión a la llanura en la que los antiguos aztecas fundaron la actual Ciudad de México, por haber encontrado en ella –según les habían

revelado anticipadamente los dioses– "un águila engullendo una serpiente posada en un cactus nopal".

Al comenzar, pues, el curso 1975-1976 se fundó ya oficialmente en Caldeiro el mencionado Grupo Scout, del que yo fui miembro fundador, como delegado de la comunidad religiosa y educativa.

Aunque al principio éramos muy pocos, bien pronto el grupo fue creciendo, formándose las unidades de *Lobatos*, *Tropa* y *Comandos*. Ésta última integrada por algunos de los jóvenes más mayores que habían llegado de fuera del Colegio cuando se fundó el Grupo.

Jefe de Grupo fue nombrado *Eloy*, *Juan Antonio* se encargó de la Tropa, *Juan Carlos* de los Comandos y *Angelines* de los Lobatos. Yo fui designado *Consiliario*, o, si se quiere, *Capellán* del naciente Anahuac.

Cuando estaba finalizando aquel Curso 1975-1976 nos sentíamos ya lo suficientemente fuertes para organizar y realizar el *I Campamento de Verano*, que tuvo lugar en un paraje paradisíaco de los alrededores de la población asturiana de *Alles*. Fue una verdadera aventura con sus mases y sus menos, pero, gracias a Dios, sobrevivimos y como lo que "no nos mata, nos hace más fuertes", salimos fortalecidos de la experiencia. ¡Cuán atrevidos nos hacía entonces nuestra juventud!

Al curso siguiente, el grupo se fue afianzando y se creó la sección de *Alitas*, que dos años después se integraría con la de los Lobatos, formando ya, de aquí en adelante, una *manada mixta*. Para cuando esto sucedió, sin embargo, yo ya no estaba en el Grupo.

En el verano de 1977, por distintas circunstancias no hubo Campamento de todo el grupo –como se había hecho el año anterior en Alles–, tan sólo se realizó uno en la Sierra de Madrid para una de las unidades, que fue bautizado extraoficialmente como "Plaf, plaf…" por la cantidad de mosquitos que en él se hicieron presentes y que había que aniquilar a base de palmadas.

En este segundo año de mi vida scout, en el que tuve que compaginar las tareas de Consiliario con las de Jefe de Grupo, los "viejos lobos" decidieron *totemizarme* (rito scout, tomado de las tribus indias por el que una persona pasa a ser identificada, por sus virtudes, con un animal o *tótem*). Mi nombre tótem fue el de *Oso abnegado*. Creo que los responsables de mi totemización acertaron al cien por cien. También a mí, como Jefe de Grupo, me tocó dirigir varias totemizaciones, entre las que recuerdo la de *Pablo Ignacio Mendoza* –muy buen amigo mío

desde entonces, de quien siempre, al igual que de su madre, de su hermana Gema y de su hermano Jesús, he conservado un recuerdo afectuoso y agradecido en mi corazón–, a quien bauticé como *Lobo solitario* y la de *Alicia*, a quien impuse el de *Paloma soñadora*.

En el verano de 1977 fui destinado por mis superiores a República Dominicana, por lo que dejé el Grupo Anahuac en manos de los viejos jefes –*José Antonio y Angelines*, a quienes había casado el año anterior y a quienes bauticé a su primera hija *Lis*, en uno de los ríos de la Sierra madrileña– y en manos también de mi compañero y amigo de curso, el amigoniano *Vicente Avendaño* quien, con su innata afición por el montañismo, no sólo contribuyó a asentarlo del todo, sino que lo engrandeció.

Yo me fui pero me llevé conmigo cantidad de amigos con los que había compartido dos años muy felices de mi vida y con los que había vivido divertidas anécdotas y entrañables momentos, entre los que quiero dejar constancia estos que siguen:

1. *Me quedé sin cocinera*

Fruto de mi juventud –y por ende inexperiencia–, a la hora de ultimar los detalles de nuestro primer Campamento de Verano –el que realizamos en Alles en 1976–, nos percatamos de que nos faltaba la cocinera y buscando, buscando, accedí –sin pensármelo dos veces– a que cubriese la plaza una joven, simpática y muy agraciada muchacha que vivía en el entorno de Caldeiro y que gustosamente se había ofrecido a ello.

Al principio, todo marchaba viento en popa. Ella, dedicada en cuerpo y alma a su labor –que por cierto realizaba muy bien, dando muestras de su buen hacer en el arte culinario– y todo el mundo satisfecho con los sabrosos ranchos que nos preparaba.

Pero como en el campamento los días, aunque eran intensos en actividades, no estaban exentos, como es natural, de momentos de asueto, y como "Cupido con sus flechas" no deja de acechar allí donde las hormonas andan un tanto revueltas por la juventud de los reunidos y por los ambientes románticos que se producen en contacto directo con la naturaleza –y especialmente al anochecer–, bien pronto, encontró blanco para sus amorosos disparos, alcanzando de lleno precisamente

al Jefe de Grupo, que era también Jefe de Campamento y a la joven cocinera.

El resultado ya os podéis imaginar cuál fue. Ellos dos, aturdidos por las flechitas del dichoso y juguetón "diosecillo", bien pronto empezaron a comportarse como dos pichones enamorados que sólo pensaban en sí mismos. Las actividades del Campamento empezaron a descontrolarse y, lo que fue más grave, la cocina empezó a funcionar renqueante, provocando así el malestar que suele sobrevenir a los humanos cuando, tras una intensa actividad física, no pueden llenar adecuadamente sus estómagos y saciar su hambre que, especialmente entre los jóvenes, suele ser voraz.

Ante tal panorama, que se presentó precisamente cuando nos encontrábamos a mitad del tiempo programado de acampada, el Consejo de Jefes –del que yo formaba parte como Consiliario– decidió que la jefatura del Campamento la llevarían entre Juan Carlos –Jefe de Comandos– y Juan Antonio –Jefe de Tropa– y que yo –que me había ofrecido a ello– me haría cargo de la cocina. Tarea ésta que desempeñé con agrado propio y, al parecer por los resultados, con plena satisfacción de los comensales.

Además, fue a partir de entonces cuando más gente vino a hablar "espontáneamente" y hacer consultas al Consiliario. Claro que yo siempre fui consciente de que, más que buscando un consejo del "pater" venían buscando, al calor del fuego, algún pequeño complemento alimenticio. Pero en fin, como diría aquel fraile: "Todo es bueno para el convento" y como recoge el sabio refranero: "Tripa llena, alaba a Dios".

Desde entonces, me convencí de que la mejor forma de ejercer mi labor de Consiliario era saber "estar, en medio de los niños y jóvenes, como el que sirve desde el importantísimo rol de cocinero" y así lo continué haciendo mientras estuve en el grupo y se presentó la oportunidad.

2. *Los peditos de lobo*

Esta anécdota más que relacionarme con mi inexperiencia juvenil, como la anterior, hace referencia directamente a la propensión que siempre he sentido –heredada, quizá, de la socarronería que distinguía a mi padre– a gastar bromas y provocar situaciones jocosas y chistosas.

Sucedió ya en mi segundo y último año scout y se produjo en el transcurso de una excursión que realizó a la Sierra madrileña la sección de las *Alitas*.

Yo, aunque para entonces era Jefe de Grupo, solía acompañar, en calidad de Consiliario, las salidas de las distintas unidades. Y recuerdo con nitidez cómo en la que aquí os hago referencia las monitoras habían preparado, entre otras actividades, una "yincana" en la que una de las pruebas consistía en recoger unos "peditos de lobo", que son pequeños hongos blancos que se encuentran con facilidad en todo monte que tenga pinos.

Mientras se realizaba aquel entretenido juego, en el que las integrantes de la unidad femenina habían sido organizadas en pequeños grupos de cuatro o cinco niñas, yo descansaba feliz a la sombra de un frondoso árbol, disfrutando el soleado día que hacía.

Cuando más distraído, y casi dormido, me encontraba, uno de los grupos participantes en el juego se me acercó y las niñas, con esa sonrisa, mitad inocencia y mitad picardía, que suelen poner para conseguir algo, aunque eran conscientes de que no se podía pedir información a nadie, me preguntaron:

– *¿"Porfa", Vives, qué son los "peditos de lobo"?*

Y yo, viendo el cielo abierto para hacer una de las mías, les dije:

– *¿No sabéis que no podéis preguntar a nadie?*
– *Sí* –respondieron– *pero si no nos ayudas perderemos. Venga, "porfa",* –insistían–.

Entonces yo, con una sonrisa interna que difícilmente lograba controlar para que no se exteriorizase, musité, como si no me lo creyera:

– *¿Es cierto que la monitora os ha mandado recoger esa porquería?*
– *Sí*, respondieron rápido y al unísono.

Aprovechando, pues, que había pasado por allí hacía poco un rebaño de ovejas y habían dejado el reguero característico de pequeñas "bolitas" que suelen ir expulsando mientras caminan, les expliqué:

– *Eso que veis son los "peditos de lobo", pero no digáis a nadie que os lo he dicho, pues os descalificarían.*

Ellas, no sin hacer ascos, recogieron unas cuantas de aquellas "bolitas" y siguieron el juego, dispuestas ya a afrontar la prueba siguiente.

Pensando ya en el jolgorio que se armaría en el momento en que cada grupo fuese presentando la respuesta a las distintas pruebas, me fui acercando al punto de reunión en el que se realizaría el encuentro final del juego.

Poco a poco, fueron llegando los distintos grupos y pronto comenzó la verificación de las respuestas dadas a cada prueba. Al llegar a las de los "peditos", uno de los grupos se presentó sin nada; otro, con unas florecillas silvestres; otro, con los dichosos "hongos" y "mis" amigas con las *cagarrutas de oveja*, que fueron motivo de general regocijo para las demás y de sonrojo y rabia para ellas que, al sentirse "engañadas", se abalanzaron sobre mí y, aprovechando que sufro –y mucho– de cosquillas que acaban dejándome sin fuerzas, me dieron mi merecido "castigo".

3. *Una nube pasajera*

Sucedió también durante mi segundo año scout. Aquel día era domingo y yo me disponía a acompañar a los *Lobatos* que iban a salir a pasar un día de campo en la Sierra.

Como siempre, cuando ya estábamos todos reunidos, y antes de emprender la bajada hacia el Metro de Ventas que nos dejaría en Atocha para coger el tren de cercanías, nos juntamos para cantar el himno scout, pero, al finalizar, uno de los lobatos –precisamente el más pequeño de todos– se me acercó serio y, señalando el cielo con su dedo, me dijo:

– *Mira, Vives, nos va a llover.*

Y yo, dándomelas de meteorólogo, le contesté sentenciosamente con no menos seriedad:

– *Eso que ves –y recuérdalo bien– es tan sólo una nube pasajera.*

Pareció quedarse conforme con mi "científica" explicación y emprendimos la marcha.

Al llegar a Rascafría, meta de nuestra excursión, el agua que caía era tan intensa que ni los chubasqueros que llevábamos nos libraron de "calarnos hasta los huesos". Tal fue así que, aprovechando la amistad que me unía con los monjes del Paular desde que estuve conviviendo

con ellos una temporadita en vísperas de mi ordenación sacerdotal, me decidí a pedirles refugio.

La acogida fue verdaderamente monacal. No sólo nos abrieron las puertas de su casa y nos dejaron un amplio local junto a un pequeño claustro, donde podernos cambiar de ropa, sino que nos abrieron también las puertas de su generoso corazón, trayéndonos leña para poder encender la chimenea que había en aquel local y calentarnos, y proveyéndonos de comestibles y frutos que, unidos a las viandas que traíamos, nos permitieron realizar una comida pantagruélica.

Entre aquellas paredes pasamos el día, realizando allí mismo los juegos programados y otras actividades.

Cuando nos despedimos de los monjes, agradeciéndoles la hospitalidad, la lluvia había disminuido en intensidad y pudimos llegar, sin mayores problemas, a la estación de tren. Pero aquí se presento un nuevo –y no menor– problema. El tren venía lleno hasta los topes, y viendo que sería imposible meter toda la manada por las puertas, decidí subirme yo y encaramarme a una de las ventanillas para que *Akela* y *Bagheera* me fueran pasando a los lobatos. Evidentemente aquello causaba malestar entre los que ocupaban el vagón y no paraban de "maldecir" entre dientes. Así las cosas, uno de los lobatos, cuando lo subí y deposité en el suelo, exclamó espontáneamente:

– *Gracias, padre.*

Aquello fue como un resorte. La gente comenzó entonces a musitar:

– *Si te descuidas, hasta cura será éste* (refiriéndose a mí).

Y yo, antes de que la maldición pensada en sus corazones se universalizase a todo el clero, como suele ser casi innato al genio español, le dije al niño aquel con tono solemne, acompañado de gesto adusto:

– *Hijo, te he dicho una y mil veces que en el grupo, tú eres uno más y debes dirigirte a mí no como a tu padre, sino como a tu jefe.*

El niño, como era natural, me miró extrañado, pero, gracias a Dios, calló y el clero pudo descansar en paz, mientras las maledicencias se centraban en mí y en mi familia.

Pero no todo terminó aquí aquel famoso y singular día. Al llegar a casa –y tras cantar en corro el "Llegado ya el momento de la separación…", el lobato al que yo creía haber tranquilizado por la mañana con lo de la "nube pasajera", se me acercó y, con todo aplomo, me soltó:

– *Vives, tenías razón, se trataba de una nube pasajera. Lo que no me dijiste es que llevaría nuestro mismo camino.*

¡Toma lobato! Toda mi "ciencia" meteorológica borrada de un plumazo.

XXII

Allende la mar océano

Tan pronto como mis "queridos jesuitas" –allá por el mes de mayo de 1976– me ofertaron ir al Bíblico de Roma para cursar allí el Doctorado en Sagrada Escritura, me entrevisté con mi Provincial, el padre Fidenciano González, para contrastar con él la propuesta.

El padre Provincial –hombre siempre proclive a favorecer la optimización académica entre los religiosos– me dio plena libertad para decidir, advirtiéndome que, fuera cual fuese mi decisión, la apoyaría. Y añadió que, por una parte entendía las ansias que yo le había comunicado de marchar cuanto antes a misiones, pero que, por otra, valoraba muy positivamente la posibilidad de que, por primera vez, los amigonianos tuviésemos un profesor universitario, dedicado de lleno a esta tarea.

Con la tranquilidad que me dejó dicha entrevista, dediqué el tiempo de verano –y particularmente los momentos de quietud y de soledad que, en medio del trajín, siempre hubo en el Campamento scout de Alles–, para intentar aclarar, más que mis ideas, mis sentimientos.

Al final, la ilusión por conocer nuevos pueblos y culturas, y el ansia de colaborar, en la medida de mis fuerzas, en la educación de los niños y jóvenes en situación de riesgo o de conflicto, se impuso sobre la también halagadora oferta de obtener el doctorado en Sagrada Escritura y dedicar, de momento, unos años a la docencia universitaria. Y, consecuente con mi decisión, en septiembre de 1976, escribí al Consejo General, solicitando ser enviado a la entonces incipiente fundación de la Congregación en tierras cariocas. Un mes más tarde, dicho Consejo me contestó que, dado que ya había sido convocado un nuevo Capítulo General, que se celebraría en mayo del siguiente año, esperase a la elección del nuevo Gobierno General y, si era del caso, les reiterase mi petición.

Me centré, pues, en dedicar todas mis energías al servicio de los alumnos de Caldeiro y especialmente a los de COU –de los que había sido nombrado tutor– y a los de BUP –a los que impartía diversas asignaturas, entre ellas latín– durante el curso 1976-1977 que acababa de iniciarse cuando recibí la respuesta de Roma. También me dediqué, con ahínco, a las tareas pastorales de la Parroquia Nuestra Madre del Dolor, de la que para entonces era coadjutor. De esta época de mayor dedicación parroquial, guardo especial recuerdo de Carlos Torrubiano –buen cristiano y, si cabe, mejor persona, que dedicó con total generosidad gran parte de su tiempo libre a Cáritas parroquial– y de su esposa Amelia e hijos José María, Mª Amelia y Marisol. A esta última, por ser entonces, una niña vivaracha y siempre sonriente, que hacía verdadero honor a su nombre, le cobré especial afecto.

No obstante –y puesto que la ilusión por dedicar unos años de mi vida al servicio de las misiones continuaba muy viva en mi corazón–, designado ya el nuevo Gobierno General –y antes incluso de que se cerrase el Capítulo General que lo había elegido– escribí otra vez al Superior General y Consejo, reiterando mi interés y disposición por marchar a la fundación de Brasil. En esta ocasión, el mencionado Gobierno me respondió que la fundación en dicho país ya había sido asignada a la Provincia San José de Colombia, por lo que me sugerían que remitiese mi petición al Gobierno de la Provincia La Inmaculada, a la que yo pertenecía, ofreciéndome a ir a alguna de las comunidades que esta Provincia tenía en ultramar. Así lo hice, y el Gobierno de La Inmaculada, presidido ya por el padre José Oltra, me adelantó que estudiarían mi petición y que muy probablemente sería enviado, al comenzar el nuevo curso académico 1977-1978, a República Dominicana.

Con esa luminosa –e ilusionante para mí– perspectiva, comencé el verano de 1977, llevando a feliz término un enriquecedor viaje en el que, acompañado de Juan Antonio Indurain Anaut –amigo y sacerdote amigoniano como yo– y de tres estudiantes de BUP –Pepe Báez y Joan y Josep Dangla– recorrí París, Bonn, Colonia y otras ciudades alemanas, e incluso llegué a Amsterdam en Holanda.

Unos días antes de finalizar el mes de septiembre de aquel 1977, me llegó, por fin, la obediencia –documento oficial de traslado– en la que se me notificaba que había sido destinado a la comunidad del

Instituto Preparatorio de Menores, ubicado en San Cristóbal (República Dominicana).

Ultimados los trámites necesarios para el viaje y conseguida la correspondiente *visa* en la Embajada dominicana, a mediados de octubre del mismo 1977 me dispuse a emprender mi anhelado "viaje misionero" que me llevaría "*allende la mar océano*".

La fecha del viaje fue el 11 de octubre. Ese día, después de haber saboreado con la comunidad, en una famosa Casa de las chuletas de San Fernando, una sabrosa carne de cordero (con el tiempo se extendió una leyenda urbana según la cual, dicha carne era en realidad de perro, y aunque así fuese, cosa que no me acabo de creer, tengo que decir que, estaba muy buena), nos dirigimos al aeropuerto, a la terminal que entonces era la internacional y que posteriormente fue destinada a coger algunos vuelos nacionales. Aquí esperaba el Grupo scout casi al completo que quiso darme una sorpresa.

La despedida –en medio de la amplia sala que daba ya acceso al control de pasaportes– fue una verdadera fiesta, a la que a un canto sucedía otro. Ya al final –y esto fue lo más emotivo– cantamos, puestos en corros y cogidos de las manos, la tradicional canción scout de la despedida: *"Llegado ya el momento de la separación, formemos, compañeros, una cadena de amor. Que no nos separaremos, no, de un mismo corazón, nos une un apretado lazo que nunca dice adiós…"* Después, como era de esperar, besos y abrazos en medio de las lágrimas que humedecían nuestros ojos.

Fue tal el jolgorio que se armó, que, cuando me llegó el momento de pasar el control de policía, el agente que me atendió –y que, desde su garita de cristal lo había visto y escuchado todo– me dijo:

– *¿Toda esa gente venía a despedirse de usted?*
– *Sí*, le respondí.

Y entonces, casi sin mirar el pasaporte, puso el sello de salida y añadió:

– *Pase, usted. Uno a quien acompaña tanta gente, no puede ser mala persona.*

El viaje en avión fue muy tranquilo. Viajé en un DC-10 que iba medio vacío. Y como en la zona en la que está ubicado nuestro Colegio Caldeiro –en el que yo había estado seis años seguidos– vivían enton-

ces varios pilotos y azafatas que solían frecuentar nuestra Parroquia, al enterarse de mi viaje, llamaron a los compañeros que iban a atender mi vuelo y fui tratado como un verdadero invitado de la tripulación, viajando durante algún momento en la cabina de los pilotos.

La llegada al Aeropuerto de Las Américas de Santo Domingo se produjo hacia las 3.30 de la madrugada del día 12, fiesta de la Hispanidad. Yo había hecho el viaje vestido con un elegante traje con chaleco incluido que me habían confeccionado a la medida. Al salir del avión, la temperatura, muy cargada de humedad, era verdaderamente asfixiante, pero yo en un primer momento –fruto de mi desconocimiento del clima tropical– atribuí aquel bochorno al calor que desprendían los motores del aéreo.

¡Ignorante de mí! Pronto pude comprobar que, cuanto más me alejaba del avión, más aumentaba la temperatura. Por lo que, en el trayecto hasta la terminal, que realicé a pie, no daba a basto a desprenderme de prendas. Al final, quedé sólo con el pantalón y la camisa medio desabrochada, y aún así el sudor, lejos de disminuir, fluía con mayor intensidad.

Cuando, pasados los controles aduaneros, pude por fin saludar a los amigos que habían venido a esperarme, me llamó la atención que vestían un fino jersey, por lo que, sofocado como estaba, les pregunté:

– *¿Pero vosotros no tenéis calor?*

Y ellos, soltando una sonora carcajada, replicaron:

– *¿Calor, has dicho? Espera que salga el sol y verás lo que es calor.*

Llegamos a la ciudad de San Cristóbal –donde está ubicado el Instituto Preparatorio de Menores, al que yo había sido destinado—, cuando estaba a punto de empezar a salir el sol, y me llevaron directo al Cerro que domina esta ciudad y sus alrededores y en el que se encuentra –aunque ya entonces destartalada– una, en su tiempo lujosa, mansión del Dictador Trujillo, para que contemplara desde allí el precioso amanecer en aquel entorno, en el que los cocoteros se extendían a nuestros pies.

Desde el Cerro, nos dirigimos ya al mencionado Instituto, me mostraron cuál sería mi habitación –que aunque sencilla y pobre, disponía de baño particular, una comodidad que hasta entonces no había tenido oportunidad de disfrutar– y, sin casi tiempo para cambiarme –y muchí-

simo menos para adaptarme–, me llevaron a las puertas de la sección de muchachos de la que había sido asignado educador. Era la *cuarta*, es decir, la de los *mayores* y como ya tan sólo faltaban cinco minutos para despertarlos, me dieron las llaves y se limitaron a decirme:

– *Todo tuyos.*

Y así, sin más discursos ni presentaciones, me entregaron aquel grupo de unos 35 muchachos en edades comprendidas entre los 16 y 18 años y con toda una gama de colores y tonalidades en su piel, cuyas camas estaban distribuidas en un salón corrido al fondo del cual se encontraban los baños y duchas comunes.

Tal fue mi "bautismo" en el ejercicio de la misión específica de la Congregación, dedicada de modo particular a la educación de niños y jóvenes en situación de riesgo o de conflicto. Como podéis ver, todo un bautismo administrado por *vía de urgencia*, cual si se tratara de un *"artículo mortis"*. A veces –recordando el hecho– he llegado a pensar que, cuando los emperadores romanos dictaban la sentencia de *"damnatus ad fieras"*, concedían a los condenados, para que tomasen conciencia de su situación, bastante más tiempo que el que "mis hermanos" me habían dado a mí.

Pero, como el hombre es "animal de costumbres", a los cuatro días ya me sentía yo como "pez en el agua" y había empezado a disfrutar de aquella vida y cultura con la que, desde hacía ya algún tiempo, venía soñando.

Las condiciones de vida en aquella Institución eran muy elementales. La comida, aunque suficiente –pero sin exagerar–, no era precisamente la que yo estaba habituado a comer en España. Mucho arroz y habichuelas, mucha yuca, plátano, batata, aguacate… y ricas frutas tropicales como: papaya, mango, piña, bananos, caimito, zapote, níspero tropical, pero poca carne y pescado.

El agua corriente era una deficiencia endémica en aquella casa. Llegaba a una especie de cisterna situada en la parte baja de la finca y, desde allí, se bombeaba al edificio durante una hora por las mañanas –coincidente con el momento de la limpieza general– y otra hora cuando los muchachos se duchaban, tras el deporte vespertino. En estos dos momentos, había que aprovechar para proveerse de agua en los recipientes que cada educador tenía en su habitación para servicio del

inodoro y para las dos o tres duchas que nos dábamos a lo largo de la jornada para mitigar el sofocante calor que, si mucho era el que hacía en las horas de sol, no era menos el que se sufría por la noche en las habitaciones al transferirse a ellas el calor que se había acumulado en las alquitranadas terrazas que había encima.

Como "capataz" insobornable en la administración del agua teníamos al viejo José Charterina, que había establecido un sistema tan complejo y complicado de llaves de paso para dar agua a los distintos departamentos de la casa, que sólo él conocía y entendía y cuyo secreto guardaba cual si se tratara de las claves para abrir la caja fuerte del Banco de España.

La vida diaria transcurría, durante la semana lectiva, con un ritmo que resultaba agradable y llevadero para los que éramos educadores. Por la mañana, tras la oración comunitaria y el desayuno, despertábamos a los chicos y estábamos a su cuidado hasta que también ellos, concluidas las tareas de limpieza que tenían asignadas, desayunaban. Después, ellos quedaban a cargo de los celadores –o segundos encargados– y de los maestros de la escuela de primaria establecida en el propio Instituto. Eran también los celadores los que les atendían durante la comida y mientras asistían, por la tarde, a los distintos talleres que había: electricidad, electrodomésticas, carpintería y sobre todo, música, que era el más frecuentado, el más anhelado y el que ofrecía después más posibilidades de salida laboral.

Esta distribución de las tareas, nos daba, a los religiosos –que éramos los primeros encargados o educadores de las cuatro secciones existentes: pequeños, preadolescentes, adolescentes y mayores– la oportunidad de disponer de un precioso tiempo libre. Yo solía aprovecharlo para ir, si era preciso, a la capital, a tramitar distintos asuntos, pues, a mi condición de educador de la cuarta, unía la de Administrador de la Institución, cargo éste que, al igual que el de Director, firmaba el Presidente de la República, a propuesta de los superiores de la Congregación.

Por la tarde, finalizados los talleres, los primeros educadores volvíamos a hacernos cargo de los chicos. Los acompañábamos al deporte, duchas, estudio, cena, recreo de la noche… y así hasta que de acostaban y dormían (o, al menos, lo simulaban). Durante la cena de ellos, los educadores nos turnábamos en su cuidado para ir a cenar también nosotros.

Con la llegada del fin de semana, la cosa se complicaba y se cargaba de trabajo para nosotros, los religiosos-educadores. El sábado, tras la comida del mediodía, nos hacíamos cargo de los muchachos y estábamos dedicados ininterrumpidamente a esa tarea hasta el lunes después del desayuno. Como es natural, era un *Weekend* especialmente denso, en el que las comidas las teníamos que hacer por turnos e incluso para ir a baño, teníamos que pedir al educador de otra sección que estuviese un poco al tanto de la de uno mismo. Pero todo esto se veía compensado por el hecho de que, tras dejar, los lunes, a los alumnos al cuidado de celadores y maestros –y no tenernos que hacer cargo de ellos hasta después de la cena–, aprovechábamos para ir a las paradisíacas playas del entorno, cuyos cocoteros llegaban hasta el agua misma y, aparte de bañarnos en sus cristalinas aguas y descansar en su fina y blanca arena, comíamos pescado frito en alguno de los chiringuitos que allí había, y lo acompañábamos con unas frescas y sabrosas cervezas "Presidente", y con el agua de cocos verdes, recién cogidos y abiertos. Por la tarde, solíamos ir al cine en la capital o nos quedábamos en la misma playa, disfrutando una suave brisa, que nos hacía olvidar los arduos calores tropicales.

¡Con qué poco nos conformábamos! ¡Cuán poco teníamos y de cuántas cosas carecíamos! Y, sin embargo, creo que nunca me he sentido más feliz en mi vida.

Cuando retomo en mi corazón aquel mi primer año en República Dominicana, me viene espontáneamente a la mente lo que un día escribiera Celano acerca de la primera comunidad franciscana:

– *Nada poseían ni a nada estaban apegados, por lo que nada temían perder. Estaban contentos con una sola túnica, remendada a veces por dentro y por fuera…* (1Celano, n. 39).

Por desgracia, aquel idilio duró demasiado poco. Dispuestos a afrontar –como jóvenes que éramos y llenos de ilusión casi todos los integrantes de aquella fraternidad– todas las dificultades de tipo económico o relativas al bienestar material, nada nos atemorizaba. Tan solo una cosa perturbaba nuestra paz y serenidad interior: el hecho de que cada semana a más tardar, desde el Departamento oficial encargado de los menores con problemas, nos hacían llegar veinte o treinta ingresos nuevos, lo que nos obligaba a tener que dar la salida a otros

tantos menores, precisamente en el momento en que algunos de ellos empezaban a responder positivamente a las terapias educativas.

Nos descorazonaba ver cómo alguno de aquellos muchachos a los que dábamos de baja en la Institución, nos pedían, incluso con lágrimas, que los dejásemos allí, pues no tenían dónde ir. Y no sólo esta situación nos descorazonaba, sino que lo que se nos obligaba a hacer lo considerábamos una verdadera "prostitución" de nuestra propia Pedagogía Amigoniana. Y por ello, protestamos reiteradamente ante nuestros superiores, tanto a nivel de Consejo General, como Provincial expresándoles que nuestra opinión era que se debía denunciar ante el gobierno de la República el contrato que con él tenía firmado la Congregación, advirtiéndoles de que dejaríamos la Institución si no se comprometía a terminar con aquella "hemorragia" de muchachos entrando y saliendo de la Institución, que imposibilitaba poderles ofrecer otro tratamiento –y éste no era ya de por sí poco importante– que el de proporcionarles los cuidados médicos necesarios para curar, o al menos paliar, las múltiples enfermedades –la mayoría de ellas de carácter venéreo– con que llegaban al Centro.

Los superiores se opusieron a ello, temerosos de que la medida que nosotros habíamos propuesto, provocase el que tuviéramos que dejar la Institución y, a pesar de que nosotros insistíamos, una y otra vez, en que en tales circunstancias era mejor tenerla que dejar, que seguir haciendo un "paripé pedagógico", "se mantuvieron en sus trece".

Así las cosas, hacia el mes de junio se presentaron en la Casa, para girar una Visita Oficial (técnicamente llama *Canónica*), el Superior General con uno de los Consejeros, el Superior Provincial de La Inmaculada y el Delegado Provincial del Caribe, a cuyo inmediato cuidado estaban confiadas las comunidades ubicadas en torno a dicho mar.

El ambiente se fue tensionando conforme pasaban los días. Los visitadores se emperraron, desde el primer momento, en su decisión de no denunciar el contrato, llegando incluso a acusarnos de "derrotistas". Fue entonces cuando la comunidad nos plantamos, dejando clara nuestra voluntad de no continuar allí en esas condiciones y manifestando, al mismo tiempo, nuestra disponibilidad a ir a donde ellos decidiesen.

En medio de la tirantez que se puede suponer en unas circunstancias tales, hubo un hecho que para los visitados resultó jocoso, aunque enardeciera todavía mas los ánimos de los visitadores.

En una de las reuniones que mantuvo con nosotros, el Superior General, alertado por el "chivato" de turno –que todos sabíamos que era el viejo José Charterina– llamó la atención a los dos miembros más jóvenes de la comunidad porque les gustaba ir, un día a la semana, al cine en la capital.

Ante lo absurdo –por no decir "medieval"– que me pareció la intervención del padre General, exclamé:

– *¿Acaso tiene algo de malo el ir al cine?*

Y él me respondió con uno de esos tonos que quieren apaciguar los ánimos, intentando decir, al mismo tiempo, una cosa y su contraria:

– *No. Lo malo no está en el hecho de ir al cine, sino en lo seguido con que se hace.*

Fue entonces, cuando el Superior Provincial –con eterna e innata vocación de ser "pacificador" de situaciones difíciles–, añadió:

– *¿Por qué no hacéis como hacíamos nosotros en Colombia, cuando, siendo teólogos, salíamos una vez a la semana a dar un largo paseo en bicicleta?*

Y yo, tengo que reconocer que con mucha malicia, repliqué:

– *Bien, pero ¿no saldríais todas las semanas, verdad?*

No percibiendo la pícara maldad de mi pregunta, respondió raudo:

– *Claro que sí. Todas las semanas.*

Dirigiéndome entonces al General, le dije con tono solemne:

– *Padre, lo que hacía en Colombia el padre Provincial estaba muy mal.*

El General, no captando tampoco la mala intención de mis palabras, preguntó:

– *¿Por qué? ¿Qué tiene de malo el ir en bicicleta?*
– *Ir en bicicleta, nada* –me adelanté a responderle–. *Lo malo no está en el hecho de ir en bicicleta, sino en lo seguido.*

Al verse acorralado, se enfurruñó, y el ambiente se tensó aún más, aunque ya pareciese imposible mayor tensión.

Todos nos quedamos callados. Y, cuando el silencio se alargó tanto, que podía oírse, el padre General, queriendo serenar los ánimos se dirigió personalmente a mí, diciendo:

– *Padre Vives ¿qué opina usted?*
– *Yo* –respondí entonces con todo el aplomo– *a partir de este momento, opino lo que opinen los padres visitadores.*

Aquello fue "la guinda del pastel" o, si se prefiere, "la gota que colmó un vaso ya muy repleto". El Superior General se marchó precipitadamente dando un portazo y otro tanto hicieron sus acompañantes. Fue entonces cuando los miembros de la comunidad que permanecimos reunidos –pues alguno siguió la estela de los visitadores– comentamos que, tal como estaban las cosas, "no había nada más que hacer" y que desgraciadamente tendríamos que ir preparando las maletas.

Pasado no mucho tiempo, nos fueron llegando los destinos que para nosotros habían decidido los superiores que nos habían visitado. Al superior de la comunidad –que apoyó incondicionalmente y en todo momento la postura de los jóvenes– y a mí, nos enviaron a Venezuela. Otros dos fueron repatriados a España y tan sólo uno –evidentemente sin contar al viejo Charterina, al que le faltó tiempo para expresar su total adhesión a los superiores– quedó provisionalmente en San Cristóbal, a la espera de concluir sus estudios de Licenciado en Pedagogía, que finalizarían en las Navidades de aquel mismo 1978.

Al salir de San Cristóbal, yo –aún dolido internamente– le espeté al superior de la comunidad que nos había sustituido, imitando al General MacArthur cuando, acosado por los japoneses, tuvo que abandonar precipitadamente Filipinas:

– *Volveré.*

A raíz de toda esta desagradable y lacerante situación, escribí un artículo, que nunca ha visto la luz, en el que bajo el título *La justicia no se suplica, se exige*, decía entre otras cosas:

– *Desde que la Congregación unió la realización de su carisma, de forma casi exclusiva, al trabajo en los Reformatorios, ¿a quién? o, mejor aún, ¿qué intereses hemos defendido con nuestras actitudes y con nuestro silencio?, ¿los intereses de los muchachos que nos han mandado a los Centros y a los que, por vocación, hemos sido enviados, o los de aquellos "poderosos" que nos los envían, en ocasiones con el único propósito de que no molesten por las calles a los honrados ciudadanos ni dañen la vista de quienes no quieren conocer la miseria de muchos, fruto del bienestar de otros?*

También remití una carta al Consejo General, a la que puse como título *¡Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándonos!,* y en la que les decía:

– *¡Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándonos! Es la única oración que se me ocurre en estos tristes y trágicos momentos. Tristes y trágicos, porque triste y trágico es ver a personas que llegaron a San Cristóbal con las maletas cargadas de ilusiones y que ahora, con lágrimas en los ojos, exclaman: "esto se acabó", "no aguanto aquí ni una semana más". Porque trágico y triste fue ir viendo cómo cada día se fue quemando toda una comunidad que se vio metida en un "berenjenal" que ella no había buscado y que posteriormente fue abandonada por quienes lo promovieron.*

Y tras un largo análisis bastante detallado de la situación sufrida, finalizaba así el escrito:

– *¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándonos en nuestros superiores, en quienes se declaran "servidores"? Quisiera superiores que me hablasen menos de oración y se comprometieran más con los problemas humano-religiosos de sus hermanos…*

Quisiera superiores que hablasen menos de métodos pedagógicos propios y se preocupasen más por ver en cuántos de nuestros Centros se convierte en utópica toda labor educativa por aceptar condicionamientos y formas de actuación, por parte de los Tribunales y Autoridades en el mundo del menor, que nos convierten más en carceleros que en educadores. Quisiera… quisiera… quisiera…

Y así, transcurrió y concluyó mi primer año en misiones, mi curso escolar 1977-1978 en República Dominicana. Durante el mismo, y tras convalidación de los estudios filosóficos realizados en España y el examen de tres asignaturas propias de la historia y legislación dominicana, logré, el 6 de junio del mismo 1978, el título de *Maestro Normal Primario*, que el 3 de agosto del siguiente año 1979 me fue convalidado en España por el de *Maestro de Enseñanza Primaria*.

Pero no quiero dejar en el silencio dos hechos sucedidos durante aquel año que, aunque con distinto signo e intensidad, marcaron su trascurso:

1. *Dos frailes se nos casan*

Acababa, yo, de llegar al Instituto Preparatorio de Menores de San Cristóbal, cuando un fraile de mi edad, compañero y amigo desde la infancia, que llevaba en República Dominicana unos años ya, me anunció, de sopetón, que, en pocos días, iba a contraer matrimonio civil con una joven del lugar y que quería, además, que fuese yo su padrino de boda.

La noticia, así dada, me dejó de momento sin habla, pero pronto me repuse y le dije que con mucho gusto sería su padrino. Entonces él me pidió el favor de que le comunicase la buena nueva a otro compañero de comunidad –más joven que él– con el que, por razones fútiles, no se hablaba desde hacía algún tiempo:

– *Tengo que darte una noticia bomba* –le dije a aquel compañero– *Fray fulano se casa dentro de unos días y me ha pedido que te lo dijera.*

Él, sin salir de su asombro, me preguntó:

– *¿Se casa con una dominicana?*

– *Sí* –le respondí– *Una muchacha de aquí, que, además, tú conoces, pues vive en nuestra misma calle y solía venir mucho por aquí.*

Entonces, él, como escandalizado, se limitó a añadir:

– *Ese está mal de la cabeza. ¿A quién se le ocurre?*

Y yo, sin saber qué añadir, simplemente le dije:

– *Nunca digas de esta agua no beberé, por si la tienes que beber a cántaros.*

A los pocos días, se celebró la ceremonia civil en casa de la novia. Yo no pude ejercer de padrino, pues carecía de la necesaria cédula (carnet de identidad) dominicana, pero asistí, trajeado con chaleco y todo, a pesar del tórrido calor que hacía, y me tomé la libertad de quedarme mirando la hora en mi reloj de bolsillo mientras entraba el juez encargado de dirigir la ceremonia, pues lo hacía con casi media hora de retraso.

El "angustioso" problema que preocupaba al letrado era que no había llegado el esperado rescripto vaticano de dispensa de votos perpetuos que el interesado había pedido hacía ya más de dos meses.

Ante esta situación, el juez no se decidía a iniciar la boda, pues creía que no sería válida, dado el Concordato que República Dominicana tenía firmado con la Santa Sede.

Pero yo, dándomelas de entendido en Derecho Canónico –cosa bastante cierta, gracias a las sabias lecciones, recibidas en Comillas, de mi profesor *El Dimo*– le aclaré:

– *Si el que se va a casar fuera monje y tuviera votos perpetuos solemnes, y no hubiera previamente dispensa de la Santa Sede, el matrimonio que se va a celebrar sería ilícito e inválido, pero dado que el novio es fraile de votos perpetuos, pero simples, el matrimonio, aunque ilícito, pues no ha llegado la dispensa de Roma, será perfectamente válido.*

Con esta aclaración, el juez se sintió liberado ya de sus dudas legales y de su carga de conciencia y procedió al casamiento.

Habían pasado unos siete meses de esa boda, cuando la madre de la encargada de dirigir la cocina del Centro y organizar al personal de servicio cayó gravemente enferma. Y a fin de que ella pudiese seguir atendiendo su trabajo, sin descuidar el cuidado de su madre, el fraile que estaba encargado de la despensa –el mismo que meses atrás se había escandalizado ante la boda del otro hermano y lo había tildado de "desequilibrado"– se ofreció a llevarla todas las tardes a Baní para que estuviese con la enferma. Y con tanto viaje de aquí para allá y de allá para aquí, a los que se unían otros familiares de la enferma, acabó enamorándose de una de las hijas de nuestra encargada de cocina y del personal de servicio, y un día se acercó a mí y simplemente musitó:

– *Nunca digas de esta agua no beberé.*

Estas palabras fueron lo suficientemente reveladoras para que yo supiese inmediatamente de qué iba la cosa. Y fue así cómo, antes de finalizar mi primer año misionero, fui testigo de cómo *dos frailes se nos casaban*, o si queréis, de cómo dos compañeros y amigos dejaban los hábitos para seguir la no menos digna vocación matrimonial.

2. *Un frustrado Golpe de Estado*

El 16 de mayo de 1978, se celebraron, en República Dominicana, elecciones generales. En ellas partían como favoritos el que venía siendo

Presidente desde 1966, Joaquín Balaguer, del Partido Reformista (PR) y Antonio Guzmán, del Partido Revolucionario Dominicano (PRD).

El mismo 16 de mayo por la noche, cuando se llevaba escrutado un 25% de los votos y se percibía ya claramente que el ganador sería el PRD, los militares irrumpieron en la sede de la Junta Central Electoral, provocando lo que el pueblo bautizaría como el *Juntazo*.

La situación se fue tensionando con el paso de las horas. Los militares quedaron acuartelados y prontos para una intervención que hubiese traído consigo un fuerte enfrentamiento popular. Los "Reformistas" (PR) exigieron la destitución del Presidente de la Junta Electoral Central y "elecciones complementarias" en 11 municipios, en los que se veían perdedores.

A tal punto llegó la cosa, que un Golpe de Estado, capitaneado por el Presidente Balaguer y la mayoría de los militares, que le eran afines, parecía ya inminente. Los líderes opositores del Partido Revolucionario que temían ser represaliados y, en el mejor de los casos, encarcelados, se escondieron, y fue entonces cuando el clero dominicano dio abiertamente la cara, exigiendo el respeto a la voluntad popular en un *Manifiesto* que se firmó el 19 y fue publicado por el periódico *El Sol* el sábado 20 de mayo de aquel 1978.

En dicho manifiesto se leía, entre otras cosas:

– *Ante la angustiosa situación de nuestras comunidades y la grave situación en que se encuentra todo el país.*

Solidarios con las orientaciones emanadas del reciente documento del Episcopado Dominicano, nosotros, sacerdotes, religiosos y religiosas de la Archidiócesis de Santo Domingo, consecuentes con nuestro compromiso cristiano a favor de todos los hombres y mujeres del pueblo, queremos manifestar:

(y a continuación se añadían 10 puntos en los que se pedía respeto a la legalidad y a la voluntad popular manifestada por la mayoría).

Entre los firmantes de aquel manifiesto estábamos (sólo faltaba uno, y no es difícil adivinar quién era) los miembros de nuestra comunidad: José Mª Larragueta, Juan Antonio Vives, Antonio Valiente, Manuel Puig, José Manuel Durá y Luis Calzada.

El mismo día 20, en que fue publicado dicho escrito, cuando, al anochecer, nos encontrábamos todos los del Centro –educadores y

alumnos– en la rotonda interior del edificio, disfrutando, como era tradicional los sábados, de la proyección de una película, sonó el teléfono y una voz de tono amenazante se limitó a decir:

– *Curas rojos, esta noche vamos a por vosotros.*

Aunque no dimos demasiado crédito a la amenaza, no cabe duda de que el que más y el que menos dormimos con cierta intranquilidad esa noche. Eso sí, estábamos firmemente dispuestos a afrontar lo que viniera por defender la justicia, que estaba siendo pisoteada.

Poco a poco, sin embargo, la situación se fue distensionando y, aunque tuvo que hacer más de una concesión a los "Reformistas", el Partido Revolucionario alcanzó el poder y los ánimos del pueblo se serenaron.

El *Golpe* se había quedado, como mucho, en un *Cuartelazo*.

XXIII

Un año "cuasi" sabático

Al salir de República Dominicana –el 1 de septiembre de 1978–, me dirigí, en compañía del que venía siendo mi superior en el Instituto de Menores de San Cristóbal –el padre José Mª Larragueta– a Venezuela, donde ambos habíamos sido destinados.

No era la primera vez que yo viajaba rumbo a tierras venezolanas, pues ya las había visitado desde el 26 de diciembre de 1977 al 6 de enero de 1978, cuando viajé allí para asistir a una Asamblea de nuestra Delegación Provincial del Caribe. En esta ocasión, además de la ciudad de San Felipe, donde se celebró la reunión, visité Caracas, Maracaibo, Isnotú –la patria chica de Gregorio Hernández–, la Institución que los amigonianos habíamos dirigido durante algún tiempo en Carmania (Estado de Valera-Trujillo) y otros lugares que ahora no logro recordar.

Mi destino en septiembre de 1978 fue el Colegio Fray Luis Amigó, ubicado en Caracas, en Colinas de Bello Monte y en uno de los recodos que hace la Avenida Caurimare al pasar delante de la Concha Acústica.

El edificio de este Colegio es un tanto singular, pues al no haberse construido para este fin, tenía la estructura propia del bloque de viviendas para el que se había pensado en un principio y aunque se adaptó a la finalidad docente lo mejor que se pudo, nunca ha logrado tener ni el aspecto ni la estructura que suele distinguir a los centros educativos. Además –y conforme el alumnado fue creciendo– se fueron adquiriendo algunos chalets contiguos que contribuyeron aún más a darle un aire de dispersión, que desdecía de un Colegio típico.

El alumnado del Centro era ya entonces *mixto*, por lo que fue mi primera experiencia como profesor de un alumnado integrado por chicas y chicos, pues, aunque siendo tutor de COU en Caldeiro, había tenido una alumna, aquello, aparte de ser una excepción, era algo tan desproporcionado –1 chica entre unos 40 chicos– que causaría sonrojo hablar de alumnado mixto.

Otro hecho que llamaba la atención en aquel Colegio de Caracas –y que a mí me impactó de inmediato– era la gran variedad de países de origen de sus alumnos y alumnas, bien fuera porque ellos mismos habían nacido fuera de Venezuela, bien fuera porque lo habían hecho sus padres o incluso sus abuelos. Los había de origen español (*gallegos* para la jerga popular) –como Rafael Castillo, Javier Blanch, Leoncio Pérez–, de origen ruso –recuerdo, por ejemplo, entre otros apellidos al respecto, Siñovsky y Chechelev–, libanés, etc… Lo raro era encontrar allí alumnos o alumnas nacidos en el país, que su origen venezolano se remontase más allá de dos generaciones.

También se apreciaba –bien a las claras– que el poder adquisitivo de las familias que matriculaban allí a sus hijos, sin ser de clase alta, era de un nivel medio-superior, en un momento histórico en el que Venezuela se podía considerar –y así actuaba, a partir de su clase media– como un "país rico", en el que la moneda, el *bolívar* (*bolo*, entre la gente) estaba muy bien valorado en el mercado de divisas.

Unos quince días después de mi llegada, comenzó el curso escolar y como a mí me habían designado para impartir, en los cursos de bachillerato, asignaturas tales como: Introducción al Periodismo, Historia del Arte, Lengua Castellana e incluso Literatura Venezolana, me tocó preparar enseguida las clases del primer trimestre, especialmente en lo relativo a la Literatura Venezolana, de la que, durante todo el curso, tuve que estudiar yo más, que los propios alumnos.

Aparte de impartir, de lunes a viernes, esas asignaturas, que me ocupaban casi por completo la jornada lectiva, que se desarrollaba íntegramente por la mañana, me encargaron atender, a primera hora de la mañana, antes de comenzar las clases, y sólo durante los días lectivos, una Capellanía de religiosas que se dedicaban al cuidado domiciliario de enfermos y que tenían su residencia un poco más arriba que nosotros, subiendo las Colinas de Bello Monte por la misma Avenida Caurimare en que se encontraba nuestra casa. También era incumbencia mía, acompañar el autobús escolar, cuando, al finalizar, las clases, recorría la ciudad, para dejar en sus domicilios a los alumnos que vivían más alejados. Este último cometido, me suponía tener que comer, por lo general, solo, pues el resto de la comunidad había hecho casi la digestión cuando yo regresaba de mi "turné".

A pesar de que el trabajo escolar fue para mí muy exigente durante aquel breve año que pasé en Caracas –pues, como después os explicaré, sólo permanecí aquí un curso escolar– fui sumamente feliz. Y esto, sobre todo, gracias a los hermanos de comunidad que estaban entonces allí, que conformaban, en su conjunto, la fraternidad más cálida y acogedora de cuantas he conocido a lo largo de mi vida religiosa. Todos aquellos hermanos eran personas afables y de fácil convivencia, pero, entre todos ellos, destacaba el superior, el padre Francisco Vicens, hombre sencillo, comprensivo, siempre pronto a ayudar…, en fin, un buen hermano menor, al estilo franciscano y amigoniano.

Aún recuerdo con cariño, de aquella época, las excursiones comunitarias que hicimos, y especialmente las que tuvieron como destino *El Junquito*, en donde nos hacía frío cuando no llevábamos ropa de abrigo y donde hacía un calor sofocante cuando íbamos provistos de jerseys. Precisamente aquí –en El Junquito– entré, por primera vez, en relación con las Hermanas Franciscanas de La Inmaculada, con las que, con el tiempo, colaboraría intensamente en distintos programas de formación. Tenían ellas aquí una moderna, preciosa, ventilada y muy luminosa casa, destinada a la acogida y educación de niñas y jóvenes sordomudas y especialmente ciegas.

Al buen clima comunitario que allí compartí contribuían también –y de forma muy positiva– la señora Teresa, encargada de la cocina, que nos deleitaba con sabrosos platos de nuestra tierra, sin dejar de cocinar, con igual maestría, los típicos de Venezuela como arepas, hayacas o las caraotas con arroz y carne mechada. Sus dos hijos –Luis y Mariló Tabares– también ayudaban a que nuestra comunidad religiosa tuviese un aire familiar.

Entre las actividades que, por iniciativa mía se desarrollaron aquel año en el Colegio, recuerdo varias excursiones dominicales, particularmente una que hicimos al Ávila, y la organización y realización de al menos dos Convivencias para alumnas y alumnos. Una de ellas, la celebramos en los locales de la Ciudad de los Muchachos de Guarenas, que años atrás había dirigido la Congregación; la otra tuvo como sede un chalet cercano de Naiguatá que nos prestó un sacerdote amigo de la comunidad. Cuando yo expuse a la comunidad, por primera vez, mi idea de realizar convivencias, poco menos que, con todo cariño, mis hermanos me tildaron de temerario, pues me decían que aquello no

era España y que no veían viable la propuesta. Con todo, al final, me dejaron libertad de acción y cuando comprobaron que la experiencia, alabada por alumnos y familias, había sido muy positiva, apoyaron ya sin rechistar la realización de nuevas convivencias. De hecho, a pesar de que yo, al siguiente curso escolar, dejé aquel Colegio, me consta que en él se siguieron haciendo, gracias especialmente a la actuación de Vicente Oltra, que se preocupó de continuarlas e incluso incrementarlas.

Cuando llevaba ya unos meses en Venezuela tuve que viajar, a mediados de noviembre, a República Dominicana para solicitar desde allí la Visa de entrada como residente en el país, pues en septiembre había viajado con Visa de turista que estaba ya próxima a finalizar y el cambio de Visa no lo podía hacer sin salir al exterior. Este viaje lo aproveché, además, para acompañar, como padrino, a mi amigo y compañero Antonio Valiente que se graduaba en la Universidad de Santo Domingo. Dos veces tuve que acompañarle al estrado en aquella ocasión. La primera para recibir de manos del Presidente de la República, el pergamino que le acreditaba como Licenciado en Pedagogía; la otra, para recoger, también de manos del mismo Presidente, el premio que se le concedió por ser el *número uno* de su promoción.

El 4 de diciembre de aquel mismo 1978, cuando, ya conseguida la Visa, me disponía a regresar a Venezuela, me llegó –como os he contado en otro momento– la triste noticia del fallecimiento de mi padre, por lo que, al día siguiente –el 5– viajé de Venezuela a España y, aunque no pude llegar al funeral, me entretuve allí, hasta el 29 del mismo mes, solventando cuestiones de herencia y traspasando a mi hermano Ricardo que, con el beneplácito de su esposa, se ofreció gustosamente a ello, los poderes de tutor de mi hermana Mª Carmen que mi padre me había legado en su testamento.

Desde mi regreso a Venezuela, permanecí aquí ininterrumpidamente ocho meses hasta que, el 1 de agosto de 1979, llegué, destinado de nuevo, a República Dominicana.

Como habéis podido deducir, por lo que muy escuetamente os he contado de mi estancia en Caracas, los pocos meses que aquí pasé fueron para mí un *año "cuasi" sabático*, en el que trabajé mucho, pero fui muy feliz.

Y como vengo haciendo, ya casi por costumbre, también de mi estancia caraqueña quiero compartiros tres situaciones especiales:

1. *Los inicios de un escritor*

Cuando yo llegué a Venezuela –en septiembre de 1978–, las Hermanas Terciarias Capuchinas, con las que yo hasta entonces había tenido poco contacto directo, acababan de celebrar –en abril– el Año Jubilar que conmemoraba sus primeros Cincuenta Años de Presencia en tierras venezolanas.

Y acostumbradas como debían estar –después de un año de festejos– a las celebraciones, se propusieron dar –en 1979– especial relieve a la conmemoración de un nuevo aniversario –el 77 ya– de su Aprobación Pontificia.

A tal fin, se dirigieron un buen día, por la tarde, a nuestro Colegio, para solicitar que uno de los integrantes de la comunidad se comprometiese a impartir una Conferencia, centrada en la persona y obra del padre Fundador, a los hermanos y hermanas.

Aprovechando que yo no estaba –y según pude saber pasado bastante tiempo–, mis hermanos de comunidad me pasaron a mí "la pelota", diciendo a las hermanas:

– *Es una pena que no esté aquí el "Catire"* (así llaman en Venezuela a los de pelo rubio), *pero seguramente no tendrá ningún inconveniente, pues, aparte de tener una buena formación, siempre se muestra dispuesto a lo que se le propone.*

¡Cuántas mentiras somos capaces de acumular los humanos, cuando queremos escaquearnos de algo!

Cuando yo regresé a casa, la versión que entonces me dieron mis hermanos difería mucho de lo que en realidad sucedió, tal como os acabo de compartir:

– *Han estado aquí las hermanas* –me dijeron, mentirosos ellos–, *preguntando por ti, pues tienen muy buenas referencias tuyas y quieren que les des una charla sobre el padre Fundador y su obra, con ocasión de un nuevo aniversario de su Aprobación Pontificia.*

Y nosotros, interpretando tu voluntad, dada la buena disposición que siempre muestras, les hemos dicho que no habrá ningún problema, que cuenten con ello.

Fuera como fuese la cosa, la verdad es que, "sin comerlo ni beberlo", me vi involucrado "hasta la médula" en el compromiso que, "por mí" y "sin mi consentimiento", había adquirido mi comunidad.

Al fin y a la postre, aquella decisión "de ellos", acabó siendo para mí muy positiva, pues, no sin esfuerzo y estudio por mi parte, acabé preparando un trabajo que titulé *Pedagogía Amigoniana*, que, al parecer, gustó a los oyentes y uno de ellos hizo llegar el texto a nuestra Curia General, que lo publicó en el Boletín Oficial de la Congregación, denominado *Pastor Bonus*.

Fue el primer estudio, propiamente dicho, que yo hice sobre el padre Luis Amigó y su pedagogía y fue también mi primera publicación a nivel congregacional.

Una vez más se demostró que "Dios escribe recto con renglones torcidos", y lo que empezó siendo una especie de "broma", acabó siendo algo muy serio, pues, gracias a las "piadosas" mentiras de mis hermanos y a la invitación de mis hermanas –que cuando quieren conseguir algo, nunca cejan en su empeño ni se dan por vencidas–, yo empecé a descubrir mi *vocación de escritor amigoniano*, que, hasta entonces, había permanecido dormida en mi interior.

2. *Entre Presidentes y Embajadores*

Dicen –y es verdad– que un secretario puede hacer más favores que su jefe, pues mientras que éste se siente a veces retraído a actuar "por lo que puedan decir", aquél –que mueve sus hilos en la penumbra de la historia– se siente más libre para hacer y deshacer.

Y algo de eso sucedió en la simpática anécdota que ahora os comparto.

Entre mis alumnos de bachiller, en Caracas, había uno –creo recordar que de apellido Castillo– cuya madre era secretaria del secretario oficial del Congreso venezolano. Y habiendo coincidido que el año 1979 –año en que yo me encontraba de lleno en el país– era año de elecciones generales, un día –realizadas éstas y a las puertas ya de la toma de posesión del nuevo Presidente–, me preguntó muy serio:

– *¿Padre, a usted le gustaría asistir, en el Palacio del Congreso, a la toma de posesión del nuevo Presidente, Luis Herrera Campins?*

– *Claro que me gustaría*, le respondí yo, sin acabarme de creer que pudiese ser factible la proposición.

No había pasado ni una semana, cuando mi alumno se presentó con un sobre con membrete de la Secretaría del Congreso venezolano y, al abrirlo, me encontré con una invitación que decía así al pie de la letra:

> CONGRESO DE LA REPÚBLICA CARACAS-VENEZUELA
>
> El ciudadano(a) Pbro. Juan Antonio Vives Aguilella portador de la cédula de identidad Nº 81.083.454 está autorizado para asistir al Palacio Legislativo como INVITADO ESPECIAL.
>
> *Fecha 12-03-79, Hora 10 a.m.*
>
> Sello de la Secretaría del Congreso de la República de Venezuela
>
> FIRMA DEL SECRETARIO
>
> José García

A ninguno de mis compañeros de comunidad –que el que menos llevaba en el país eran unos quince años– enseñé la invitación. Simplemente me limitaba a decirles en los días previos al traspaso de poderes:

– *¿Quién me llevará el día 12 a las puertas del Palacio del Congreso, pues estoy invitado a asistir a la toma de posesión del nuevo Presidente?*

Ni que decir tiene que –incrédulos, ellos, más que el apóstol Tomás– se limitaban a sonreír y a decir:

– *Catire, que ya nos conocemos. ¿Crees que nos vas a engañar como a unos "pardillos"?*

Y así un día y otro, hasta que llegó la fecha prevista y, tras mucho rogarle –y cuando ya me disponía a llamar a un taxi–, el superior, con voluntad de "seguirme la corriente", según me dijo después, se ofreció a conducirme hasta allí.

Yo me había ataviado con el traje –chaleco incluido– que, con elegante tela gris claro con finas y casi imperceptibles rayas blancas, me habían confeccionado a la medida antes de salir de España, hacía ya casi dos años.

El superior pensaba –y así me lo confesaría también más tarde– que todo era una broma de parte mía, por lo que, al llegar al primer cordón

policial, que no permitía ya el paso de vehículos, él paró y esperaba que yo le dijese que volviéramos a casa.

Pero, ante su asombro, yo me apeé del coche y caminé hacia los policías, les mostré la invitación, saludaron militarmente y me dejaron proseguir. Y así fui pasando un segundo y hasta un tercer cordón de seguridad.

La gran sorpresa que se llevó el superior –como me desvelarían posteriormente los comentarios de la comunidad– fue verme ingresar con paso decidido y porte muy digno por la entrada del Palacio del Congreso:

– *¡Ahí va!* –les dijo a su regreso, al resto de la comunidad–. *No os lo vais a creer, pero al "Catire" lo han dejado entrar y lo saludaban los guardias conforme iba pasando los distintos controles.*

Tan pronto como crucé el ingreso al Palacio del Congreso, me encontré con un lujoso –y muy colonial– patio central. Allí, un edecán me pidió la invitación y me indicó amablemente cuál era la puerta por la que yo tenía que acceder a mi sitio. Al entrar por ella, me topé con una pequeña escalera metálica de caracol que conducía al palco superior del hemiciclo del Congreso, habilitado para los visitantes ilustres. Subiendo por aquella escalera, me encontré con Adolfo Suárez, a quien saludé y al decirle que también yo era español, me preguntó en calidad de qué estaba yo por allí. Y entonces yo, echando de guasa, le contesté:

– *En calidad de Ministro*
– *¿Ministro?*, preguntó él, como extrañado. *¿De dónde?*, añadió.
– *Ministro del Señor*, le respondí.

Los dos nos reímos con la ocurrencia, nos dimos la mano y cada uno a su asiento. Por cierto, el suyo estaba tan sólo a dos o tres puestos más allá del mío, y en la misma fila.

También saludé al Nuncio, al que encontré también en mi camino. Y, por supuesto, intercambié saludos con los que ocuparon sillas vecinas a la mía.

Nunca, como ese día, me he sentido, quizá, *entre Presidentes y Embajadores*, un *humilde hijo de San Francisco*.

En el transcurso de la ceremonia, y cuando tomó la palabra el nuevo Presidente –Luis Herrera Campins– escuché, en vivo y en directo, esta

cruda frase, exenta de todo resvestimiento diplomático, que dirigió a su predecesor –Carlos Andrés Pérez– sentado junto a él:

– *Recibo una Venezuela hipotecada*.

Cuando volví a casa, mis compañeros no paraban de preguntarme cómo había conseguido yo –que llevaba pocos meses allí– algo que ellos –ya con años en el país– no habían ni soñado poder conseguir.

Pero yo, sin revelar la "fuente" que me la había proporcionado, me limité a enseñarles la invitación que, hasta el día de hoy, conservo en el Álbum nº 8 de mi extensa colección de fotos.

3. *Fines de semana en la playa*

Una de las primeras cosas que me comunicó el superior, al incorporarme a la comunidad de Caracas, fue que los fines de semana y festivos estaría libre del servicio a la capellanía de las hermanas –que me habían asignado durante los días lectivos– y de cualquier otra obligación, para que pudiese bajar a Naiguatá y colaborar con los hermanos que regentaban la Parroquia de aquella población, confiada a la Congregación.

Fue así, como todos los viernes y vísperas de fiesta, tras regresar de acompañar a las alumnas y alumnos de vuelta a sus casas, con el autobús escolar, y después de haber comido, cogía mi "petate" y "camina, caminando", bajaba la Avenida Caurimare, cruzaba el río Guaire y, siguiendo, por lo general, por las Avenidas Libertadores y Urdaneta, llegaba al Silencio, donde, en una de sus plazas, se encontraban los "taxis por puestos" que descendían hasta Naiguatá, población playera cercana al Puerto de La Guaira y al Aeropuerto de Maiquetía "Simón Bolívar", que da servicio a la Capital.

Se encontraban entonces en Naiguatá, los dos hermanos Barrera –los padres Vicente y Cayo– que eran un encanto de personas, aunque, como "buenos hermanos de sangre", seguían guardando en su interior una "sana" rivalidad, que salía a la luz, sin tapujo alguno, cuando en las noches del propio viernes o del sábado, nos poníamos a jugar a las cartas, después de cenar, en la terracita que tenía la casa cural y que a esas horas estaba muy bien acondicionada por la fresca brisa que venía directamente del mar. Por supuesto, el gran beneficiado de esa fraterna

rivalidad era yo, pues, como jugábamos "al del medio pierde" (también conocido popularmente como "tute cabrón"), cada uno de los hermanos, con tal que no ganara el otro, favorecían mi juego, con lo que yo, sin tener que especular demasiado, jugaba siempre a ser el que obtenía más puntos, y la estrategia no solía fallarme, acabando, por lo general, aquellas noches de juego con unos cuantos bolívares más, fruto de lo poco que apostábamos para darle al juego mayor emoción.

Los sábados por la tarde y los domingos por la mañana celebraba las misas que me habían sido asignadas. Unas veces, la celebración tenía lugar en la Capilla parroquial que, junto al mar, se había construido para servicio de los turistas, pues la sede parroquial estaba ubicada en el centro de la población, que se encontraba sobre una pequeña elevación del terreno. Otras veces, decía la Misa en alguno de los grandes Clubes que se atendían desde la Parroquia: el Club Puerto Azul y el Club Playa Azul. En alguno de ellos, celebré incluso más de un matrimonio de aquella gente pudiente de la rica Venezuela de entonces. Huelga decir que en aquellas misas "playeras", el cura –con su ropa de calle, su alba y su casulla– era, con mucho, el que más ropa llevaba, pues la filigresía acudía con ligera ropa que, a veces, en el caso de las mujeres, se completaba con algún fino fular colocado sobre los hombros.

Para mí, aquellos fines de semana eran una delicia. ¡Cuán feliz me sentía allí, con suficiente tiempo libre para poder atender la correspondencia que no había podido mantener al día durante la semana y para preparar adecuadamente algunas clases –especialmente de Literatura venezolana– que tenía que impartir en los días siguientes…!

¡Gracias, Vicente y Cayo, por todos los detalles que siempre tuvisteis conmigo! Siempre habéis tenido, desde entonces, un sitio en mi corazón.

El domingo, cumplidos todos los compromisos pastorales –y después de comer y descansar un poco– emprendía mi regreso a Caracas. Cogía de nuevo un "taxi-por puestos" y, llegado al Silencio, desandaba, una vez más a pie, el camino de regreso al Colegio. Y, como era joven, ni tan siquiera la subida de la Avenida Caurimare, hasta llegar a la Concha Acústica, se me hacía pesada.

¡Quién pudiera recuperar ahora tan sólo un 25% de aquella energía juvenil!

Pero, en fin, cada edad tiene sus compensaciones y no por menos energía, me siento en estos momentos, menos feliz.

XXIV

Vuelta al primer amor

Mi primer amor misionero fue la República Dominicana, pero, como ya os he dejado dicho, ese amor lo tuve que abandonar, tras un escaso año de estancia en el país, por imperativos de la obediencia religiosa, por más que nunca perdí la esperanza de regresar a él, como quise expresar en su día con el famoso "volveré" que pronuncié al abandonar el Instituto Preparatorio de Menores de San Cristóbal en septiembre de 1978.

Ahora –tras un felicísimo curso escolar en Caracas– regresaba a República Dominicana el 1 de agosto de 1979.

De momento, me integré en la Comunidad del Instituto Preparatorio de Menores, aunque mi intención era la de colaborar con la benéfica obra iniciada por "Doña Chucha" y continuada por doña Nieves, una santa mujer que estaba dedicando su vida a atender, sin ninguna subvención oficial, a los niños de la calle, que venía acogiendo en una amplia casa que tenía destinada a ello en la Capital. Allí los acogía y cubría sus necesidades, y desde allí salían diariamente, durante el curso lectivo, a los distintos centros escolares a recibir la correspondiente formación académica.

A doña Nieves la había conocido yo durante el curso 1977-1978, cuando estuve de educador y administrador en San Cristóbal. Ella solía venir al Instituto, cuando tenía a alguno de sus "hijos" (así llamaba cariñosamente a los niños, niñas y jóvenes que había acogido) en el Refor.

Inmediatamente, percibí en ella un gran corazón, una profunda humanidad y una especial sintonía de espíritu con nuestro carisma amigoniano, que contribuyó a que naciese entre nosotros una sincera y sentida amistad y una fluida comunicación de ilusiones y sueños mutuos encaminados al bienestar de la niñez y juventud dominicanas.

Impulsada por el afecto que nos profesábamos, me compartió la gran preocupación que tenía y que últimamente la venía angustiando

–y mucho–, pues algunos de los muchachos que ella había acogido de pequeños, habían crecido ya demasiado para tenerlos en la misma casa en que tenía también a las muchachas allí en la Capital.

Con el fin de lograr una separación –cada día más urgente y necesaria– había comprado un terreno, situado en el sector de Madre-Vieja de San Cristóbal y había comenzado a levantar una construcción con vistas a reunir allí a los muchachos más mayores. El gran problema con que se encontraba era que no contaba con quien pudiera dirigir –especialmente en sus inicios– esta nueva obra.

Cuando me comunicó su inquietud, saltó, dentro de mí, como una especie de resorte e inmediatamente me sentí llamado a prestar mi colaboración a aquella buena mujer, que tan sólo me pedía que pusiese en marcha la futura casa de San Cristóbal, la dirigiese durante el primer año y dejase organizada pedagógicamente su marcha.

Estando, pues, aún en mi primer año de estancia en aquella preciosa isla caribeña, pensé ya pedir permiso a mis superiores para prestar temporalmente mis servicios a aquella obra a favor de los niños de la calle, pero fue entonces, cuando la situación de nuestra comunidad religiosa se complicó –como ya sabéis– y yo tuve que salir camino de un dorado "exilio" en Venezuela. Estando aquí, no dejé de insistir a mis superiores para que me concediesen el necesario permiso de colaboración y, cuando accedieron a ello, emprendí este mi nuevo viaje a República Dominicana.

De momento, sin embargo, como os acabo de adelantar, me integré en la comunidad del Refor, a la espera de que finalizasen las obras de la nueva construcción y se pudiese comenzar con el proyecto pedagógico que había preparado para la Casa de Madre-Vieja.

Y a la espera estaba, yo, de que concluyesen las obras y comenzase el curso escolar 1979-1980, pues, a fin de contribuir al mantenimiento de la fundación en ciernes, había solicitado –y así me lo habían concedido las religiosas que lo dirigían– impartir clases en el Colegio San Rafael de la propia Ciudad de San Cristóbal.

Y cuando ya la espera parecía tener un final inmediato y se vislumbraba la realización de las expectativas, sobrevino –el 31 de agosto de aquel 1979– el Ciclón "David" que descargó especialmente su furia en el propio San Cristóbal, haciendo grandes destrozos en su paradisíaca naturaleza, dejando sin hogar a muchas de sus gentes y destrozando

algunas de las estructuras más vitales –como las conducciones de agua, electricidad o teléfono– lo que de momento hacía inviables los sueños que yo había visto casi cumplidos ya.

Como consecuencias más directas para mis proyectos, me encontré con que la Casa de Madre-Vieja, cuya construcción se estaba finalizando había sido ocupada por personas que habían perdido su vivienda, y el propio Colegio San Rafael, al igual que el Refor, se había llenado asimismo de refugiados. Con lo que ni se pudo poner en marcha de momento el nuevo proyecto pedagógico ni pude comenzar mis clases en San Rafael.

En nuestro Instituto de Menores, por su parte, se paralizó casi toda la actividad pedagógica y docente, centrándose el trabajo diario en realizar distintas actividades de subsistencia, entre las que destacó los desplazamientos, casi continuos, de la furgoneta del Centro, cargada de bidones, que en su día habían servido para transportar petróleo, que eran llenados, en el río, de agua, con la que atender las necesidades de la cocina, de las limpiezas, de los inodoros, de las duchas…

Por supuesto, también la electricidad había sufrido, como ya os he dicho, grandes desperfectos, lo que nos privó de poder tener en funcionamiento las cámaras frigoríficas (con todo lo que esto suponía de contratiempo, dado el clima supercaluroso, al tener que comprar en el día los productos perecederos). Además, la carencia de alumbrado al caer el sol, nos obligaba a poner en funcionamiento una vieja planta generadora de electricidad que hacía mucho más ruido, que energía proporcionaba, aunque, por lo menos, con la luz que producía podíamos ver lo que cenábamos –que tampoco es que hubiera mucho que ver– y podíamos acostarnos –muy pronto, pues no había televisión ni posibilidades de distracciones– con unos mínimos de visibilidad.

Del teléfono ni os cuento. Cuando yo dejé Dominicana en junio de 1981, todavía no habían reparado la línea que llegaba al Instituto. Y como podéis suponer esto era una gran dificultad para las comunicaciones, en un tiempo en que no se conocía aún en el país la telefonía móvil.

Por si fuera poco, el drama provocado por “David”, poco después entró en la isla un nuevo Ciclón bautizado como “Federic”, que, convertido en “Tormenta tropical” estuvo descargando agua durante un mes. Y si el Ciclón “David” había destrozado naturaleza y viviendas,

este segundo acabó convirtiendo el pasaje en una especie de laguna. Con Federic, además, aún se complicaron más las labores de subsistencia, pues hasta las idas y venidas para traer agua del río se hicieron casi imposibles por los barrizales que se multiplicaron por doquier.

Por fin –y por aquello de que "no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista"–, la situación se fue normalizando. El Refor, ya sin refugiados, fue recuperando su habitual ritmo diario, aunque tuvo que seguir haciendo frente, durante unos meses, a la falta de agua y electricidad. Yo puede comenzar mis clases en San Rafael, que también había recuperado su marcha. Y, después de no poco luchar –como después os contaré con más detalle– pude poner en marcha, hacia finales de octubre, la nueva Casa de Doña Chucha, para cuya colaboración fui autorizado oficialmente por mis superiores el 25 de aquel mismo mes de octubre de 1979.

Cumpliendo ampliamente lo pactado, dirigí aquel novedoso proyecto educativo durante más de un año. Al principio las condiciones de vida –como podréis fácilmente adivinar a través de algunas de las anécdotas que a continuación os compartiré– no fueron, ni mucho menos, fáciles, por la carencia de medios económicos y también por las dificultades que presentaron algunos de los primeros internos, cuyas edades no permitían realizar en ellos una verdadera labor educativa, acostumbrados –como estaban– a "vivir sin ley y sin esfuerzo", por lo que hubo que encaminarlos a otros programas. Después las cosas se fueron asentando y, habiendo encontrado ya quien pudiese dirigir la obra, yo regresé a mi comunidad religiosa del Instituto Preparatorio de Menores hacia principios de diciembre de 1980, y desde aquí, aparte de seguir impartiendo clases en San Rafael hasta finalizar el curso 1980-1981, colaboré eficazmente en actividades pastorales y culturales del Refor, e incluso tuve tiempo para elaborar el trabajo *El valor de la fe en nuestro sistema pedagógico*, que fue mi segunda publicación en *Pastor Bonus* y que presenté para la obtención del Diploma que concedía el Centro de Estudios Psico-Pedagógicos de la Casa del Salvador de Amurrio, con el aval del Consejo Superior de Protección de Menores de España.

Finalmente, el 9 de junio de 1981 salí de República Dominicana, con mi amigo y compañero –José Mª Mora– camino de España, aunque en primer lugar hicimos escala en Estados Unidos, a cuya incipiente fun-

dación iría destinado yo, tan pronto finalizase mis vacaciones, según había previsto y me había comunicado, aunque aún no oficialmente, el padre Provincial.

Desde Estados Unidos –donde nos movimos por el Estado de Virginia y visitamos las ciudades de Washington y New York– viajamos a Italia, donde, por tercera vez visité Roma –la primera había sido en 1973, regresando de Alemania y la segunda, en 1977 con los de COU de Caldeiro–, y estuve en la Ciudad de Asís, que aún no conocía.

Y, ya desde Italia, llegamos a España el 20 de aquel mismo mes de junio de 1981.

1. *El Ciclón "David"*

Como ya os he adelantado, el Ciclón "David" nos visitó el 31 de agosto de 1979 y nos dejó sin luz, sin agua y sin teléfono, y con muchos refugiados tanto en el Refor como en la nueva Casa de Madre-Vieja.

Ahora, sin embargo, quiero compartiros algunas de las experiencias personales que viví durante el paso de dicho Ciclón, como otros avatares que tuve que afrontar, restablecida ya un tanto la normalidad.

Cuando llegó el "David" –catalogado de categoría 5– estábamos bastante preparados, pues la televisión estatal, –queriendo evitar lo sucedido, a finales de agosto y principios de septiembre de 1930, cuando el Ciclón "San Zenón" arrasó la Capital y hubo más de 4.000 muertos, principalmente debido a la ignorancia de la gente, que, al pasar el "ojo del huracán", salió a la calle, pensando que el peligro había terminado–, alertó, desde días antes, a la población, aclarando que antes de llegar el "ojo", los vientos –que se calculaba serían de unos 175 Kmph.– girarían en una dirección, pero que, tras el mismo, lo harían en sentido contrario, y advirtiendo, además, y con mucho énfasis, que nadie se dejase engañar por el sol que brillaría mientras estuviese pasando el "ojo" y que permaneciesen dentro de los refugios en que se encontraban.

Con todo, y a pesar de esa preparación "psicológica", que nos ayudó –y mucho–, lo que vivimos cuando "David" se presentó, superó todas las expectativas.

Tras acomodar, en las aulas de clase, a las familias que habían buscado cobijo en nuestras instalaciones, consideradas seguras por Protección Civil, al ser una sólida construcción, cada educador esperó el "vendaval y la intensa lluvia" en las salas-dormitorio, junto a sus muchachos.

El dormitorio de la cuarta, en el que yo me ubiqué, recordando mis tiempos como educador de esta sección en mi anterior etapa dominicana, estaba situado frente al elevado y gran depósito de agua, al que, dos veces al día, se bombeaba el agua desde la cisterna de la parte baja de la finca, para que, desde él, pudiese llegar el agua, por la "ley de la gravedad" a las distintas dependencias.

Al principio, la situación no parecía que pudiese llegar a ser demasiado grave y, de hecho, estábamos sentados e incluso escuchando música, pero, cuando el viento arreció con toda su intensidad, la cosa cambió radicalmente y el ambiente se fue tensionando. En un determinado momento, un muchacho gritó:

– *Padre, el depósito de agua se "balansea".*

Yo, aunque había percibido también el leve movimiento, le mandé callar de inmediato, pues, aunque era consciente de que, si se desplomaba, afectaría un poco la parte anterior de nuestro dormitorio, sabía también que, si daba la alarma, los muchachos saldrían en estampida y se enfrentarían muy posiblemente a una muerte anunciada. Lo que sí hice, fue ordenar que ellos se situaran en la parte posterior del salón y se ubicaran debajo de las camas. Yo, para darles más tranquilidad, me quedé en medio de aquel dormitorio, rezando, en mi interior, al Dios cristiano, pero dirigiendo también, de alguna manera, mi súplica a Eolo y Neptuno.

De buenas a primeras, las ventanas –que eran persianas de aluminio, cuyas láminas se abatían o elevaban para regular la luz solar y que carecían de cristales por no ser necesarios en un clima muy cálido, en el que no sólo no había necesidad de aislarse de las brisas o vientos, sino que se agradecía su frescor– empezaron a volar, como hojas de papel, y a estrellarse contra la pared de enfrente, cayendo al suelo en medio de un ensordecedor estruendo, que cada vez nos metía más en el cuerpo un miedo que, al menos yo, intentaba disimular para sosiego de los muchachos.

Me impresionó entonces ver volar, por los huecos abiertos que habían dejado las desaparecidas ventanas, cocoteros, cual si fuesen gráciles plumas, arrancados de raíz; ver desgajarse grandes ramas de los mangos y otros árboles, que habían dado a nuestra finca un aire de frondosidad tropical, y que ahora se quedaban desnudos, tan sólo con su tronco, en el caso de que éste hubiese podido permanecer en pie, y contemplar incluso cómo las construcciones de madera de las gentes vecinas desaparecían, arrasadas, y sus tejados de *cinc* eran arrancados por los fuertes vientos que se los llevaban en volandas, como así mismo se llevaban consigo: maderas, clavos… e incluso algunas piedras de pequeño tamaño que eran un verdadero peligro si alguien se cruzaba en su camino.

Aprovechando el paso del "ojo del ciclón", me decidí a rescatar a mi perra "Linda", que acababa de parir unos bellos cachorritos, cuyo padre era el magnífico pastor alemán de pura raza que los jesuitas del cercano Politécnico me habían regalado y al que yo había bautizado como "Lobo", convirtiéndolo en "mi mascota".

La pobre "Linda" tenía su cobijo en medio del pequeño patio rectangular que había entre el dormitorio de la cuarta y el pabellón destinado a enfermería y comunidad religiosa. Dicho patio, cuando ya me pude acercar, estaba anegado de agua y, a pesar de que los vientos habían amainado su intensidad, no dejaban de ser fuertes. Desde la puerta, yo la llamaba:

– *"Linda, "Linda"… ven aquí.*

Pero ella, obediente siempre, haciendo caso ciegamente a los impulsos de su instinto maternal, se resistía a acudir a mi llamada, abandonando allí a su camada.

Ante tal negativa, yo mismo, aprovechando la relativa tranquilidad que aún me proporcionaba el paso del "ojo", intenté caminar hacia ella, pero el viento me tumbó, quedando boca abajo, como nadando en aquel charco –de unos dos palmos de agua– en que se había convertido el patio.

Gateando por el agua, pude acercarme hasta ella y la invité a seguirme en el camino de regreso, pero ella se seguía resistiendo a dejar allí sus crías, y entonces yo, contagiado de su instinto, opté por ir colocando los cachorros sobre mi espalda y gatear de nuevo hacia el edificio. Sólo entonces ella me siguió, obediente.

¡Qué gran lección me diste, sin hablar –y ni tan siquiera ladrar– querida "Linda! A partir de este momento, me percaté de que tú no eras linda sólo por tu aspecto físico –en lo que al parecer, estaba conforme "Lobo"– sino que sobre todo lo eras por tu *espíritu*, pues, también desde este momento, empecé a ser consciente de que vosotros, los animales, tenéis un "espíritu", al que, impulsados por el instinto, soléis ser más fieles que nosotros los humanos, a quienes, a menudo, la propia educación y los razonamientos –que llamamos "inteligentes"– han ido borrando y anulando las fuerzas instintivas que hundían sus raíces en lo más profundo de nuestra identidad humana.

Finalizada la operación "Salvar a Linda y a su camada", el "ojo del ciclón" se retiró y otra vez la intensa lluvia y los fuertes vientos se instalaron en nuestro entorno. Y como éstos –los vientos– giraban ahora en sentido contrario al que lo habían hecho los de la primera parte, acabaron de destrozar lo que encontraron a su paso y de arrancar aquellos árboles que sus hermanos –"los vientos primeros"– habían dejado ya muy "malheridos".

Cuando todo acabó, el espectáculo era dantesco. No sólo el entorno de nuestro Instituto era desolador, sino que lo era también el conjunto de San Cristóbal e incluso gran parte de la preciosa y encantadora isla que los españoles habían bautizado un día como *La Española* y que los aborígenes denominaban *Quisqueya*.

Pasada la "gran tormenta", poco a poco se fue recuperando una cierta normalidad en nuestro Centro y, aunque permanecimos sin luz y sin agua durante bastante tiempo –como ya os he adelantado–, una vez que los refugiados volvieron a sus casas, la institución reemprendió su marcha. Igual sucedió con el Colegio San Rafael, que, aunque con un poco de retraso, pudo comenzar el curso escolar 1979-1980.

No sucedió, sin embargo, lo mismo con la Casa de Madre-Vieja que doña Nieves, con muchísimo esfuerzo económico por su parte, quería concluir cuanto antes para comenzar lo más pronto posible con el proyecto pedagógico que yo me había comprometido a dirigir.

Como esta obra no era de carácter oficial, las autoridades de San Cristóbal no encontraban nunca el momento para ubicar dignamente a las familias que allí se habían refugiado. Y para justificar su inacción se escudaban en que no disponían de medios necesarios, cuando era evidente a todos que las ayudas exteriores, especialmente maderas y

planchas de cinc para la construcción de casas, habían llegado y seguían llegando con abundancia.

Así las cosas, un buen día, aprovechando unas horas que tenía libres de clases en San Rafael, me presenté en el Palacio del Gobernador de la Ciudad, pues previamente había solicitado –y se me había concedido– una entrevista con él.

Tan pronto como le anunciaron mi presencia, don Julio –tal era su nombre– me hizo pasar a su despacho en el que se encontraban tres o cuatro periodistas, a los que invitó a permanecer allí mientras me atendía:

– *Usted dirá, padre, qué es lo que se le ofrece* –dijo con aire de cierta superioridad, que ya empezó a repatalearme.
– *Don Julio* –le respondí– *usted sabe que voy a dirigir una obra social de doña Chucha a favor de los niños de la calle aquí en San Cristóbal, pero resulta que no podemos poner en marcha esta obra, mientras las instalaciones estén ocupadas por refugiados. Le pediría, pues, que buscara la mejor manera de reubicar a esas familias, para poder arrancar nosotros con el programa educativo que tenemos previsto realizar.*

Don Julio –envalentonándose, quizá, al sentirse escuchado por los periodistas, exclamó entonces con palabras "engoladas":

– *Ustedes, los curas, siempre piensan en lo suyo y parecen no darse cuenta de los muchos problemas que existen en el entorno. Usted me está pidiendo que saque a los refugiados para colocar allí a "sus niños", pero no piensa en la suerte de esas familias que ahora tienen allí su cobijo.*

Si le echan una cerilla a un bidón de gasolina, seguro que no se produce tanto incendio, como el que experimenté, yo, en mi interior ante las injustas y populistas expresiones que acababa de dedicarme don Julio. Y rojo mi semblante, como reflejo del "cabreo" que luchaba en mi interior por salir a la luz, me limité a decirle con una serenidad que a mi mismo me asombró:

– *Mire, don Julio, usted se ha metido con los curas y nos ha calificado de "egoístas", pero, quizá, usted olvida que, cuando la intentona de Golpe de Estado que se produjo en 1978, los únicos que dimos la cara, y nos expusimos a la ira de los partidarios del*

Presidente Balaguer, fuimos precisamente sacerdotes, religiosos y religiosas. Nosotros defendimos –no sin riesgo personal– la voluntad popular, mientras que ustedes, los del Partido Revolucionario, que habían ganado las elecciones, se escondieron por miedo y no volvieron a asomar la cabeza hasta que sobrevino la calma.

– *Yo* –continué entonces mi discurso que empezaba a tener ya tono de mitin, pues también a mí me había enardecido la presencia de los periodistas– *no le pido, ni mucho menos, que saque de la Casa de Madre-Vieja a los refugiados para dejarles en la calle, sino que le estoy pidiendo que destine parte de la madera que les llega como donativo, a construir viviendas dignas a los refugiados que permanecen allí, cuando ya en ningún otro lugar de San Cristóbal los hay.*
– *De todas formas* –añadí con un "cabreo", que sin exteriorizarlo, iba "in crescendo" en mi interior–, *si verdaderamente no puede atender mi demanda, no se preocupe. Yo, dentro de tres días, si nuestra casa continúa ocupada, me dirigiré con los muchachos destinados a habitarla, a la suya, señor Gobernador, y nos instalaremos en su "hall" exterior, que, por cierto, es bastante amplio. Iremos pacíficamente, acompañados por unas pancartas en las que se podrá leer: "Cuando el señor Gobernador encuentre acomodo para los que ocupan nuestra casa, nosotros nos iremos de la suya".*
– *Usted* –concluí– *puede enviar a la policía a desalojarnos. Nosotros no opondremos resistencia. Lo único que yo haré es avisar a algunos colegas de estos periodistas que me están escuchando para que informen del hecho.*

Y sin más –y sin casi despedirme– salí de allí, con el enfado aún vivo en mi interior, pero con la satisfacción de haberle dicho al ilustre Gobernador lo que me ardía por dentro.

Lo que pasó después –os lo podéis creer o no, pues sé que puede resultar inverosímil para quien no haya conocido de primera mano la realidad dominicana de entonces– fue, ni más ni menos, que, recién acabadas mis clases en San Rafael, un policía se me acercó para avisarme que se estaban llevando a las familias que permanecían refugiadas en "nuestra" Case de Madre-Vieja.

Me dirigí allí lo más rápido que pude, para seguir de cerca la operación, pues de ningún modo quería que aquellas familias quedaran en la intemperie, y me serené al ver que se las llevaban junto con un camión cargado de madera y planchas de cinc e iban a construirles inmediatamente unas nuevas viviendas.

2. *Fe en un Dios "multirreligioso"*

Aunque ya os lo he dejado entrever, os lo repito ahora "alto y claro", para que lo comprendáis mejor: la obra de doña Chucha en San Cristóbal, que yo me había comprometido a dirigir durante sus primeros pasos, dependía –al igual que toda la obra humanitaria y social que llevaba a cabo en la Capital, desde hacía ya muchos años, doña Nieves–, de las aportaciones voluntarias que los particulares decidían hacer.

Y fue precisamente esa "dimensión", que relacionaba directamente la obra con la Providencia, la que me cautivó especialmente, en una época en la que yo propugnaba a favor de nuevas formas y ámbitos para desarrollar la misión más identificante del carisma amigoniano. Formas y ámbitos que no dependieron de las subvenciones estatales y, en consecuencia, gozasen de más libertad de acción.

La obra de doña Chucha –repito– me cautivó cuando la conocí, hecha realidad, en su casa de la Capital, pero, conforme se acercaba la fecha de la inauguración del proyecto de Madre-Vieja, acostumbrado, como estaba, a contar con entradas fijas en todas las obras en que había estado hasta entonces, empecé a sentirme un tanto nervioso y temeroso:

– *"¿Llegarán las ayudas?"*, me preguntaba, teniendo presente que la obra era nueva en San Cristóbal y, en consecuencia, desconocida.

En teoría, yo creía en la Providencia, pero en la práctica nunca había tenido hasta el momento la oportunidad de experimentarla, pues *La Providencia* –y esta sería la gran lección que yo acabaría asimilando "con fe viva, esperanza cierta y caridad perfecta"– *se manifiesta en esos "cheques" que Dios regala, muchas veces a través de personas anónimas, a quien verdaderamente se fía de Él y se abandona en sus manos como niño que se acurruca en el regazo de su madre.*

Y para que veáis cómo fue mi aprendizaje, os comparto algunas de las experiencias que, con más nitidez, conservo en mi corazón y que, aún hoy, al recordarlos, me ponen "la carne de gallina".

La primera tuvo lugar el día mismo en que inauguramos el proyecto. Nos habíamos juntado, al mediodía, los componentes del grupo inicial: muchachos, el padre Antonio Amo –a quien los superiores habían designado para que me acompañara en la nueva obra y que, con su gran corazón y bondadosa humanidad, fue para mí un verdadero "Ángel de la Guarda" mientras permanecimos allí– y yo mismo.

Aquel día era sábado y la primera gran dificultad con que nos topamos fue que nuestra cisterna –que se había construido para suplir de alguna manera la falta de agua corriente, pues aún no llegaba hasta allí la conducción municipal– se encontraba sin gota de agua. Y, siendo urgente el proveernos de ella, tanto para la cocina como para el aseo personal, envié a uno de los muchachos mayores, con el poco dinero de que disponía, a pedir a los bomberos que, por favor, nos trajeran algún camión cisterna para llenar, lo más que se pudiera, nuestro "agotado" depósito.

Al rato regresó el muchacho y me dijo:

– *Padre, le he entregado el dinero al jefe de los bomberos, pero me ha dicho que por hoy han terminado la jornada y lo más pronto que podrán venir, será el lunes.*
– *En fin* –exclamé yo para mis adentros– *como dice doña Nieves, "Dios proveerá".*

No había pasado mucho tiempo desde que yo había hecho esta oración desde el silencio afectuoso de mi corazón y me había repetido a mí mismo aquello de "Señor, yo creo, pero aumenta mi fe", cuando veo aparecer por la carretera un camión cisterna, que de pronto giró, tomando el camino de entrada a nuestra finca.

Llegando donde yo me encontraba me preguntó:

– *¿Es ésta la Casa de doña Chucha que hoy se ha inaugurado?*
– *Sí*, contestaron a coro los chicos que estaban junto a mí y que permanecían como aturdidos, sin acabarse de creer lo que veían.
– *¿Quién es el responsable?*, preguntó de nuevo aquel señor.
– *Yo*, le respondí inmediatamente. Y me presenté: *"Soy el padre Juan Antonio Vives".*

– *¿Dónde puedo descargar el agua?*, dijo entonces él.
– *Aquí*, le respondí, indicándole la boca de entrada de la cisterna.

Y mientras descargaba el agua, le pregunté yo, que no acababa de salir de mi asombro:

– *¿Cómo ha sido el venir, usted, aquí?*
– *Verá, padre* –me confesó– *iba yo camino de mi casa a descansar, cuando un señor –al que nunca había visto antes por el pueblo– se me acercó y me dijo: "Hoy, en Madre-Vieja, han inaugurado una casa para acoger chicos de la calle, y no tienen agua". Y como yo fui un día uno de esos chicos que viven callejeando y pude llegar a ser lo que hoy soy, gracias a que una persona me tendió su mano y me acogió, me he dicho a mí mismo: "Vuelve a llenar la cisterna del camión y llévasela". Y así lo he hecho.*

Y añadió:

– *Padre yo me comprometo a llenarles todas las semanas la cisterna y, si alguna vez necesitaran más, aquí está mi número telefónico.*

Y a fe mía que así lo cumplió aquel buen hombre, al menos mientras yo estuve al frente de aquella casa.

Apenas se había marchado con su camión aquel imprevisto "benefactor", cuando vimos que entraba, caminando, a nuestra finca, otro señor que, llegando donde estábamos, dijo:

– *¿Usted* –dirigiéndose a mí– *es el padre Vives, verdad?*
– *Sí,* le respondí.

Pues mire: "Yo soy el jefe de bomberos". Hoy no le puedo traer agua, pues no me lo permite el reglamento, pero aquí tiene el dinero que nos ha enviado y otra cantidad que hemos recogido para ustedes entre los compañeros".

Al día siguiente, era domingo y después de un elemental desayuno, pues no estaba la despensa para muchos alardes, celebré, por primera vez, la misa en la nueva casa y lo hice en el comedor, que, sin ser muy grande, era el espacio más amplio del que se disponía. Recuerdo que antes de iniciar el rezo del Padre Nuestro, aconsejé a los asistentes:

– *Hoy, aparte de pedir el pan en la oración que Cristo nos enseñó, pidámosle también a Dios, si nos puede enviar algo más, pues para comer sólo tenemos arroz y frijoles.*

Todavía estaba yo celebrando la eucaristía, cuando, ya casi al final de la misma, vimos aparecer, por nuestro camino de entrada, varios hombres y mujeres que, entonando espirituales negros, venían hacia nosotros, alegres y cargados de cestas de comida.

Su llegada coincidió con el "podéis ir en paz de nuestra celebración". Me acerqué al grupo, vestido aún con mi hábito blanco, que me había servido de alba, y el responsable del mismo me saludó:

– *Buenos días, padre, soy el pastor de la "Iglesia del Séptimo Día" de esta población. Nos hemos enterado en nuestra comunidad de que ustedes acababan de abrir esta casa para muchachos de la calle y les traemos unos presentes.*

Allí –en las cestas que traían– había casi de todo: arroz, frijoles, azúcar, yuca, patatas y gran cantidad de frutas… En fin, que no sólo nos arreglaron el domingo, sino también la semana que con él comenzaba.

Su ayuda, sin embargo, no fue un hecho aislado, periódicamente ellos y otras iglesias de hermanos separados establecidas en la ciudad se acercaban a nuestra casa y nos traían comidas que habían adquirido con generosas aportaciones, hechas desde la condición pobre y humilde, que tenían, por lo general, los fieles de esas iglesias.

¡Verdaderamente, no hay generosidad más grande que la de los pobres, que, cuál la viejecita del evangelio, dan incluso de lo que necesitan para vivir!

A esas donaciones, realizadas desde la fe, se unían cada día otras nacidas de la compasión que suscitaba la propia sensibilidad humana y que a mí me maravillaban constantemente, aunque sin perder nunca la capacidad de admiración.

Recuerdo, por ejemplo, cuando, al llegar el inicio de aquel curso 1979-1980, tuve que buscar colegio para los muchachos que teníamos acogidos en Madre-Vieja. El reto no era fácil, pues se quería que no fuesen más de dos al mismo centro escolar, para que fuera mayor la diversidad y se relacionasen, con más espontaneidad, con los compañeros de clase, sin formar, entre los acogidos en nuestra casa, una especie de "clan familiar".

No sólo conseguí, sin mayores dificultades, el objetivo, sino que tampoco hubo problemas para adquirir los uniformes escolares y los libros.

Las necesidades que cada día se iban presentando eran solventadas generalmente antes de finalizar la jornada en que se habían hecho manifiestas, gracias a donativos de personas conocidas o incluso con donativos anónimos que me hacían llegar en sobre cerrado al Colegio San Rafael en el que yo impartía clases por las mañanas.

Con mi sueldo como profesor, con las pequeñas aportaciones que nos hacía –no sin sacrificio por su parte– doña Nieves, y con los donativos que nos llegaban –bien fuera en género, bien en metálico– íbamos tirando para adelante sin excesivas privaciones.

Cuando sobrevenía un gasto imprevisto –por ejemplo el pago de una excursión escolar de alguno de los muchachos– y me encontraba "sin blanca", salía al atardecer a pasear por el centro de San Cristóbal y raro era el día que no recibía el donativo necesario para afrontar el pago. Y a veces el donativo era tan exacto –incluso en los centavos– con la necesidad, que incluso me llegaba a asustar la admiración que el hecho me causaba.

Entre mis "benefactores" fijos no puedo dejar de mencionar a mi buen amigo "Nino". Un libanés que había emigrado hacía ya muchos años a República Dominicana y era propietario de la mayor y mejor abastecida ferretería de la población.

¡Cuántas veces, sin tan siquiera mencionárselo yo, me hacía un donativo que me sacaba de un apuro. Lo asombroso del caso es que esto no lo hacía siempre que yo lo visitaba –que era bastante frecuente–, sino sólo cuando mi necesidad era perentoria!

Toda mi estancia en aquella casa de Madre-Vieja fue una continuada gracia del Dios Providente, que me ayudó a comprender especialmente dos grandes "lecciones", que siempre he conservado vivas en mi corazón:

- *La primera* –como ya os he adelantado al inicio de este apartado– *es que la Providencia –esas ayudas o cheques que Dios hace llegar a través de los humanos, a veces de forma anónima– sólo la puede experimentar quien verdaderamente se abandona, como niño en manos de Dios y pone en Él toda su confianza.*
- *La segunda es que el Dios-Providente es un Dios "multirreligioso". Es el Dios de nosotros los católicos, es el Dios de todos los cristianos y, con igual verdad, es también el Dios de todos aquellos que, desde distintas creencias, se sienten impulsados a compadecer toda*

miseria humana, y es asimismo –¿cómo no?– el Dios de muchos de los que se proclaman "ateos", pero en cuyo interior, por ser profundamente humanos, Dios habita, aunque ellos mismos no logren reconocerlo.

3. *Fiesta grande en San Cristóbal*

Cuando dejé la obra de doña Chucha en manos de quien me sucedió en la dirección de aquel proyecto educativo, y me reintegré de lleno en mi comunidad religiosa del Instituto Preparatorio de Menores, el superior –como ya os he dejado dicho– me encargó distintas actividades pastorales y culturales. Y entre éstas últimas, puse especial interés y empeño en preparar debidamente la celebración de las *Bodas de Plata* de la presencia de los amigonianos en San Cristóbal, que se cumplían el 1 de enero de 1981.

El *Programa de actos* se desarrolló entre los días 2 al 16 del mes de enero de aquel 1981.

El primer día –el viernes 2– se celebró en horas vespertinas una Eucaristía de especial Acción de Gracias con asistencia de todo el personal de la Institución: alumnos, educadores, personal de servicio, maestros… A ella quisieron unirse también representantes de todas las comunidades religiosas presentes en la Ciudad.

El 14 fue declarado *Día del Deporte* y se realizaron distintas pruebas atléticas, un concurrido encuentro de Base-ball y un partido de fútbol de educadores versus alumnos.

El día 15 –*Día cultural*– fue la celebración central de todos los festejos. En él se realizó un interesantísimo *Acto cultural* que estuvo presidido por doña Renée Klang, esposa del Presidente y primera dama del país, a quien había ido yo a invitar personalmente y que amablemente quiso aceptar. Estuvo acompañada por varias autoridades, entre los que quiero destacar al Doctor José Francisco Peña Gómez, líder en aquel momento del Partido Revolucionario Dominicano, que ocupaba el poder, y antiguo educador el Instituto Preparatorio de Menores en la época de Rafael Leónidas Trujillo, y que, valiéndose de la cobertura que le ofrecía el propio Instituto, encabezó desde él una creciente –y

siempre clandestina– oposición al Dictador, aunque –eso sí– según él mismo reveló en el propio acto cultural, causando sonrisas entre los oyentes, "a espaldas siempre del viejo José Charterina quién seguramente les hubiera denunciado".

En este mismo acto cultural, intervino el director del momento, el padre Jesús Fuster; el padre Miguel Cabanas que disertó sobre "La reeducación en República Dominicana", un antiguo alumno, uno de los alumnos de ese momento y yo mismo, que hice de presentador y mantenedor del acto. También actuaron en él –dándole un aire de ritmo y alegría, típicos del Caribe– *La Tuna Juvenilia* del Colegio San Rafael, en el que yo impartía clases; el *Conjunto musical "Bahía"*; la *Banda* del propio Instituto, dirigida por el maestro Nelson de la Cruz, y el maestro Jesús Martínez que realizó varias interpretaciones al violín.

Durante el acto, la primera dama hizo entrega al Centro, en la persona de su director, de un *Reconocimiento a los amigonianos por su servicio al Instituto*.

Como punto final, se estrenó el *Himno del Instituto*, compuesto por el profesor Ramón Mª Acosta para esta efeméride.

4. *Mi amigo, el doctor Rosario*

Muchos y buenos amigos dejé en República Dominicana –como, por lo general, he ido dejando en los distintos lugares en los que ha transcurrido mi vida–, pero sería injusto, si no destacara –aquí en República Dominicana– la figura de mi querido amigo, el *doctor Rosario*.

Nunca podré agradecerle todo lo que hizo por mí y por mis muchachos de Madre-Vieja.

Yo lo conocí y empecé a trabar amistad con él ya durante mi primer año en el país, durante el curso 1977-1978. Él, militar y médico al mismo tiempo, atendía oficialmente la sanidad del Instituto de Menores.

Gracias a él –y a sus múltiples conexiones con casas farmacéuticas españolas– pudimos conseguir entonces, gratuitamente, las medicinas necesarias para atender las múltiples enfermedades de tipo venéreo con que llegaban al Centro los muchachos.

Pero no se contentaba con eso, él –que era también propietario de una pequeña, pero bien equipada, Clínica en la ciudad–, siempre

mantuvo abiertas las puertas de la misma, para acoger y atender a los alumnos del Instituto.

Cuando yo, tras el año de permanencia en Venezuela, regresé a la isla, nuestra amistad, que en ningún momento se había enfriado, continuó creciendo. Y cuando marché a dirigir el proyecto educativo de Madre-Vieja, me ofreció incondicionalmente –y de forma totalmente gratuita– sus servicios y su clínica para atenderme a mí personalmente y a los muchachos que conmigo estaban y que carecían, por supuesto, de cualquier cobertura sanitaria. Y fiel a su palabra –de "hombre íntegro y de sentimientos profundamente humanos"– siempre cumplió –y con creces– su ofrecimiento.

¡Gracias, querido doctor! Allí donde estés, pues la vida no quiso ser contigo la mitad de generoso que tú fuiste para los demás y te arrancó tempranamente de nuestro lado.

Del doctor Rosario, conservo muchas anécdotas, pero quiero trasmitiros una que seguramente le hará sonreír allí donde se encuentre:

- Fue un domingo. Ya el día anterior me había avisado: *"mañana le recojo y vamos al Chalet-Castillo que estoy construyendo en una de las lomas cercanas a San Cristóbal, viniendo de la Capital, y hacemos allí una paella. Ya he comprado los ingredientes".*

  Fiel como siempre a su decir, al día siguiente, hacia las 10, me recogió en mi lugar de residencia entonces –la Casa de Madre-Vieja– y nos fuimos hacia "su loma y castillito en construcción".

  Al llegar, yo, tras bajar del coche la paellera y demás enseres, junto con los ingredientes, me empecé a afanar por hacer fuego y comenzar cuanto antes este típico plato de mi tierra valenciana, pues él había quedado con su esposa que hacia las 12 la recogería, junto con los hijos, para traerla donde estábamos y empezar a comer entre las 12.30 y las 13 h.

  En medio de mi afán por ponerme ya "manos a la obra", el doctor me interrumpió:

  – *Padre, no tenga tanta prisa. Venga aquí antes de comenzar y tomaremos un traguito de este Whisky que he traído.*

  Con el calorcito tropical, aliviado por la sabrosa brisa que corría en lo alto de aquella loma, la bebida, enfriada con los cubitos de hielo que había traído en una pequeña neverita, entraba "como el

agua". Y después de un "trago", como él decía, venía otro… y otro… En fin, la primera botella cayó, pero había al menos una segunda y nuestra particular fiesta continuó.

Yo no sabría decir en qué memento quedé "dormido como un tronco", víctima de un repentino sueño que debía traer consigo el alcohol.

Lo que sí recuerdo –aunque con la nitidez que se puede suponer en aquellas circunstancias– que de pronto oí el motor de un coche y el griterío de unos críos. Abrí los ojos, como pude, a mi lado descubrí al doctor, que también se había abandonado a los "brazos de Morfeo", y allá, un poquito más lejos, a la esposa del doctor, que, mientras sus hijos alborotaban el hasta entonces tranquilísimo paraje, pagaba al taxista el importe del viaje.

Cuando ya aquel coche había desaparecido, la señora –cuyo estado de ánimo es fácil imaginar, pues su marido había quedado con ella a las 12 h. y eran ya las 15–, se dirigió directamente a mí y me soltó:

– *¡Y yo que creía que el doctor estaba en buena compañía!*

Nunca una reprimenda con tan pocas palabras me llegó tan al alma. Y espoleado por la "mala" conciencia que despertaron en mí, me puse inmediatamente a encender el fuego y a cocinar la paella.

Lo que sí sé es que, quizá, ha sido una de las mejores que me han salido en mi larga e internacional –pues la habré cocinado en más de 16 naciones– actividad de paellero.

Al finalizar aquella comida, que, dados los horarios dominicanos, fue más bien una cena, pues ya el sol se ocultaba, el doctor –que ahora sí que llevaba en el coche a su familia, aunque su mujer no abriera la boca a causa de un enfado que, al parecer, no había logrado mitigar el arroz– me dejó en mi casa. Y para mí, el dolor de cabeza, producto, sin duda, de la resaca, fue una pesada "penitencia" durante casi dos días.

Cuando llegó el momento de despedirme de él –en junio de 1981– le regalé, consciente de que en sus manos iba a estar bien alimentado y cuidado, a mi perro "Lobo", la mascota que yo había criado y que fue mi fiel compañero y "defensor", tanto en el Refor, como en Madre-Vieja. Este animal tenía un instinto especial para percibir el "aura" de las personas, y cuando salíamos a pasear los dos juntos al

anochecer, se mostraba pacífico y "amable" al cruzarnos con gente de buen corazón y, por el contrario, se ponía en guardia y en actitud de ataque cuando, allá en la distancia, distinguía a alguien con no muy buenas intenciones.

¡También a ti querido "Lobo" –que te quedaste con mi buen amigo, el doctor Rosario– quiero agradecerte todo lo que hiciste por mí. Allí donde estés, sigue siendo siempre el solícito guardián y protector que fuiste para conmigo! ¡Gracias, amigo "Lobo"!

5. *Entre mujeres*

Al regresar a Dominicana, en agosto de 1979, comencé, como ya sabéis, a dar clases a las chicas de bachillerato del Colegio San Rafael, de cuyo claustro yo había solicitado formar parte, desde Venezuela, y en el que fui aceptado pronto y amablemente, gracias sobre todo a su directora, sor Lucía Aullol.

Yo preveía –y no andaba muy desencaminado– que, con el sueldo que allí me ganase, podría contribuir positivamente –y mucho– al mantenimiento de aquel proyecto educativo de Madre-Vieja, que me había comprometido a dirigir durante su primer año de andadura.

Posteriormente, cuando finalicé –hacia finales de 1980– mi colaboración con la obra de doña Chucha, seguí impartiendo clases en este Colegio hasta finalizar el curso escolar 1980-1981, cuando regresé ya a España.

El Colegio –y esta fue para mí una nueva y enriquecedora experiencia educativa, y docente– era exclusivamente femenino.

Los únicos hombres que allí estábamos eran: otros dos profesores de distintas materias y yo mismo, que me encargué de las asignaturas de Lengua y Literatura españolas, Filosofía, Historia del Arte y –¿cómo no?– Religión.

Recuerdo con simpatía el uniforme que –más que vestir, lucían– y que tenía tres colores opcionales –verde claro, azul celeste y amarillo– que las alumnas podían ponerse indistintamente cualquier día lectivo, por lo que los patios de recreo aparecían siempre como adornados de un manto multicolor que, de alguna manera, rompía la monotonía de la clásica uniformidad y daba al conjunto un toque de gracia femenina.

El Colegio, al igual que la Iglesia Parroquial, el Politécnico y el propio Instituto de Menores, eran obra del Dictador Trujillo que había querido hacer así un regalo a su ciudad natal.

En los dos años lectivos que yo estuve en San Rafael, pude comprobar muy bien aquello del Quijote: "nunca se vio, señor, de damas tan bien servido".

Cuando yo llegaba a clase por las mañanas, sudoroso por el trayecto que muchas veces tenía que hacer a pie, las muchachas se apiñaban junto a la mesa, haciendo de cualquier hoja de papel un abanico, mientras alguna exclamaba:

– *Pobre, "padresito", qué sudado viene. Deje que nosotras le demos un poquito de "airesito".*

Y yo, no sin esfuerzo, conseguía que volvieran a sus asientos diciéndoles:

– *Niñas, sentaos, que más que refrescarme, aún me dais más "calor".*

Y quizá sin entender –¿o sí?– todo el sentido de mi expresión, acababan cediendo a mi requerimiento.

Como regalo personal a aquel Colegio, dejé unos *Apuntes de Filosofía* elaborados por mí, que, según me contaron, se siguieron usando después durante algunos años.

Y como regalo del mismo, me traje: un agradecido y cariñoso recuerdo de todas y cada una de las religiosas que allí había, de los profesores y del personal de servicio que coincidieron conmigo y, sobre todo, de algunas alumnas que tuve y entre las que recuerdo, por ejemplo: Mildred Aquino, Carmen Milagros, Carmen Valentín, Jemilda de León, Nurys Altagracia, Tania Gisela, Sudoyama Ceballos, Josefina Yamamoto, Lai Hing, Ngo de León…

Y entre tantas mujeres, quiero dejar también un recuerdo agradecido de mi amigo Francisco de León y Cuello, a quien conocí en el Instituto Preparatorio de Menores y a quien –visto su buen corazón– procuré ayudar a que se fuera abriendo camino en la vida y, al regresarme a España, dejé colocado de recepcionista en el Colegio San Rafael. Posteriormente, gracias a su tesón, esfuerzo y creatividad, fue prosperando más y más, formó una familia, abrió incluso su propia empresa y siempre mantuvo una relación de amistad conmigo y se mostró agradecido por cuanto por él pude hacer. ¡Gracias, Francisco, gracias…!

XXV

Nueva encrucijada en mi vida

Mi vida, como la de cualquier persona, ha estado salpicada de encrucijadas que, de alguna manera, han ido determinando el "hoy de mi existencia". Algunas de estas encrucijadas fueron ajenas a mi voluntad; otras, sin embargo, se debieron a mis propias opciones personales.

Entre las primeras, están, por ejemplo, la oportunidad que tuve de emigrar a Inglaterra, cuando a mi padre le ofrecieron allí un trabajo que no llegó a aceptar, o el brusco cambio de planes que se produjo cuando ya todo estaba dispuesto y preparado para que marchase a estudiar filosofía a Comillas-Santander.

Entre las segundas, se encontraban principalmente hasta este momento que me dispongo a compartiros de mi vida: mi decisión de ir al seminario, siendo todavía un niño, o mi opción de marchar a misiones, en vez de aceptar la halagadora oferta que me habían hecho los jesuitas para ir a estudiar, becado, al Bíblico de Roma.

La encrucijada que ahora me dispongo a relataros sería, pues, la tercera gran decisión que yo tomaría, comprometiendo con ella mi futuro.

Como ya os he adelantado, al salir de República Dominicana –en junio de 1981–, el padre Provincial –que previamente me había consultado sobre mi disponibilidad– me adelantó que, tras el "Mes de Espiritualidad", al que estaba convocado desde mayo, y transcurridos también los días establecidos de vacaciones, marcharía destinado a la incipiente fundación de la Congregación en Estados Unidos, en la que de momento se encontraban los padres Modesto Martínez y Guillermo Casas. Fue ésta, la razón –como ya os he explicado antes– de que, de regreso a España, realizase escala en Estados Unidos. Es más, el padre Provincial me había aconsejado incluso que aprovechase mi paso por el país, para dejar, si lo consideraba oportuno, algo de mi bagaje allí. Pero, como para entonces, yo aún viajaba "ligero de equipaje", opté

por llevármelo todo conmigo camino de España. Decisión que, como se verá, resultó ser muy acertada.

Entre el 20 de junio –fecha de mi llegada a España– y el 11 de julio, aproveché para visitar a mi familia –centrada ya de forma especial en la casa de mi hermano Ricardo–, para acercarme a alguna de nuestras comunidades religiosas, como la del Colegio Caldeiro, la de la Curia Provincial –ubicada ya en la calle Zacarías Homs de Madrid– y la del Seminario San José de Godella, y para pasar incluso varios días en el Campamento que "mis" scouts del Anahuac habían instalado en las inmediaciones de Guadalaviar (Teruel), junto a la fuente primera del río Tajo. Estando precisamente en este paraje compuse una especie de romance a este río que cruza España hacia el oeste, del que os trascribo aquí algunos de sus versos:

Quiero hablarte, Padre Tajo
y explicarte ciertas cosas,
que, aunque viejo eres en años,
quizá, aún desconozcas.
…/…
Habrás visto en estos días
muy cerca de tus riberas,
de tus riberas primeras,
gente joven, caras nuevas.
…/…
Yo sé que a ti no te asusta
su rudo pisotear.
Yo sé que no te despierta
lo alegre de su cantar,
porque tus años te tienen
acostumbrado a ruidos,
que nunca te han despertado,
porque nunca te has dormido.
…/…
Siempre activo tú has estado,
nunca descanso has tenido.
De la España a Portugal,
sin tregua alguna, has corrido

desde que el Dios Creador
te señalara el camino.
…/…
Las caras que observas nuevas,
la gente que joven ves,
son scouts del ANAHUAC
que hasta tu fuente han venido
a instalar su campamento
y a disfrutarlo contigo.
…/…
Yo sé también, Padre Tajo,
que en tu muy largo viajar,
habrás visto viejos puentes,
que tu camino cruzar;
pero piensa un momento
y mira si no es verdad
que los primeros que tienes,
hechos de cuerda y pinar,
son los que aquí reconstruyeron
los SCOUTS DEL ANAHUAC.

El 12 de julio –tal como estaba previsto– nos reunimos, en el Seminario de Godella, los integrantes del "Mes de Espiritualidad" organizado por la Provincia de La Inmaculada. Mes que se alargaría hasta el 9 de agosto.

Fue en uno de los días de ese Mes, cuando el padre Provincial me invitó a *pasear* (y para él los paseos eran –y lo siguieron siendo durante toda su vida– la actividad más propicia para desgranar "avemarías" o para tratar con su acompañante asuntos de cierta importancia) y mientras recorríamos de parte a parte, una y otra vez, la terraza situada sobre la nave central de la Iglesia del Seminario, me dijo:

– *Mira, Vives, yo sé que hace poco te propuse que, terminada tu estancia aquí en España, te integrases en la incipiente comunidad de Estados Unidos, y tú, por tu parte –cosa que agradezco– te mostraste dispuesto a ello, sin poner ninguna traba.*

Ahora te voy a proponer otra cosa, pero quiero que pienses tu respuesta y que tomes tu decisión sintiéndote verdaderamente libre.

Si, después de todo, me dices que prefieres marchar a Norteamérica, yo lo entenderé y respetaré tu decisión.

Resulta –continuó diciendo– *que tenemos problemas para encontrar un director técnico para el Colegio Nuestra Señora de Monte-Sión de Torrent. Durante el último curso, ha desempeñado el cargo un religioso agustino recoleto, que es también el psicólogo del Centro, pero ya me ha adelantado que no podrá continuar ejerciéndolo. Y dado que la persona que se elija tiene que tener titulación civil, y puesto que tu título de Licenciado sacado en Comillas tiene, por Concordato, tal validez, te propongo que, si así lo decidieses –siempre en completa libertad–, te hicieras cargo de la mencionada dirección técnica.*

No hace falta que me respondas ahora, piénsatelo –insistió– *durante estos días, si quieres.*

Sopesando con rapidez la propuesta –como buen hijo de mi tierra valenciana, en la que solemos regirnos por "el pensat i fet"– le respondí:

– *No necesito más tiempo. Desde ahora puedes contar conmigo para ir a Torrent.*

Y así, sin más perendengues, tomé una decisión que, sin duda, influyó –y de forma determinante– en mi vida posterior.

Muchas veces me he preguntado a mí mismo:

– *¿Qué hubiese sido de mi trayectoria, si en vez de optar por Torrent, hubiera decidido irme a Estados Unidos?*

Y he llegado a hacerme en mi interior esta reflexión:

– *Posiblemente, no hubiese sido votado para ir al Capítulo General que se celebró en 1983 y, en consecuencia, no hubiese sido elegido en dicho Capítulo, Consejero General. Y, a partir de aquí, toda mi vida posterior hubiese sido distinta.*

No podré saber nunca, si hubiese sido mejor o peor que la que he vivido. Pero una cosa es cierta –me digo y concluyo con ello mi personal reflexión– *yo me siento muy feliz con lo que "he ido siendo" a partir de mi opción por Torrent y, en consecuencia, estoy convencido de que acerté, una vez más, en la decisión que asumí en esta nueva encrucijada vital.*

De lo experimentado durante este "Mes de Espiritualidad" –que acabó siendo tan decisivo para mí– recuerdo, muy a grandes líneas, los

temas que en él se profundizaron, centrados todos ellos en aspectos de nuestra propia identidad amigoniana.

Recuerdo también cómo disfruté la semana que estuve supliendo, en la misa vespertina, a D. José, párroco de nuestra Parroquia El Salvador de Godella, que nos había pedido este favor.

Pero recuerdo –con especial agrado y hasta ternura– esta anécdota que ahora os comparto:

Una paella muy especial

Mi afición por la cocina –y especialmente por la elaboración de la paella, el plato más típico de mi querida Comunidad Valenciana– tiene claras raíces familiares, aunque yo empecé a atreverme con las paellas, sin "rodrigones" al lado que me fuesen dirigiendo en su elaboración, cuando tuve que compaginar la actividad pastoral con la culinaria en mi época scout en Madrid-Caldeiro. Y la verdad es que bien pronto comprobé que no se me daba del todo mal este "arte" de la cocina. Y digo *arte*, pues, a nadie que conozca bien este plato, le puede resultar extraño que se catalogue como tal su elaboración.

Cuando, desde Madrid, marché a República Dominicana, seguí cultivando mi afición por elaborar la típica *paella*, que –como ya os he dicho anteriormente– llegué a cocinarla, a lo largo de mi vida, en más de 16 países. En cada nación su elaboración estuvo salpicada de no pocas dificultades, tanto para encontrar los ingredientes –verduras, tipo de arroz…–, como para conseguir los utensilios necesarios, procurando que, si no se podía encontrar la paellera clásica, se pudiese disponer de un utensilio lo más parecido posible en sus características.

Pues bien –y reemprendiendo así el hilo de lo que ahora os quería decir–, como final de aquel "Mes de Espiritualidad", se realizó una excursión con destino a Segorbe y Altura. Para afrontar de la mejor manera posible la comida de este día campestre, José Manuel Durá y yo nos comprometimos a cocinar una gran paella cada uno. Sólo pusimos como condición que, al finalizar la comida, los comensales votasen cuál de las dos paellas les había parecido mejor.

Ya para entonces había empezado a nacer entre nosotros dos –compañeros desde nuestra época del Seminario y amigos entrañables

desde el año que compartimos, con sus mieles y sus hieles en República Dominicana– una sana –y a la vez creciente– rivalidad en el arte paellero, cuestionándonos a menudo quién lo dominaba mejor. (Estoy seguro que si él está leyendo estas líneas, ya me habrá dedicado uno de esos "cariñosos" epítetos que comienzan con la letra "c").

Fieles a nuestro compromiso –mientras el resto de los excursionistas, comandados por el andariego padre Provincial, recorrían los entornos de la ciudad ducal de la que había sido obispo, durante veintiún años, el padre Luis Amigó, y tomaban después el baño en alguna de las balsas o piscinas de la zona–, nosotros dos nos dispusimos a poner en práctica nuestras destrezas de "maestros de cocina", empezando por encender la leña con la que elaboraríamos nuestras paellas.

Las dos paelleras estaban situadas cercanas una de la otra y nos habíamos "conjurado" a llevarlas más o menos a la par.

Sucedió, sin embargo, que "furbo" de mí –como calificaría un buen italiano a la persona "pícara y astuta"– me adelanté unos diez minutos a la hora de echar el arroz, exponiéndome a que el gusto de mi paella no fuera el mejor, al haber privado al caldo de un precioso tiempo de cocción. Lo hice –y tengo que reconocerlo ahora– con la aviesa intención de que fuera la mía, la primera que comiesen los excursionistas, quienes, llegados sin duda cansados y hambrientos, la degustarían con especial placer –por aquello de que "como la primera, ninguna"– y le otorgarían en consecuencia la mejor puntuación.

Tal como yo había previsto sagazmente, llegaron los comensales en el momento en que yo me disponía ya a apartar la leña y depositar la paellera sobre las brasas para que se acabase de secar y se hiciese el famoso y muy sabroso "socarraet".

Como es natural –dada el hambre reprimida que aquellos frailes traían– tan pronto como yo saqué mi paella de las brasas, se abalanzaron sobre ella, a pesar de las repetidas protestas de mi buen amigo José Manuel, que repetía una y otra vez:

– *Esperad… Hay que servirlas y comerlas las dos a la vez.*

A lo que yo replicaba con este "malévolo" razonamiento:

– *No pasa nada. Si tienen hambre, que empiecen con ésta y después ya se comerán la tuya. Al fin y al cabo, sabrán valorar los gustos, aunque no las saboreen al mismo tiempo.*

Estas mis palabras dieron, de alguna forma, el "pistoletazo de salida" y, en un "plis-plas", mi paella desapareció.

Cuando mi "cordial" contrincante finalizó la suya, la gente, un tanto saciada, ya no pudo terminarla.

Al final, el campeón, por "limpia" votación popular –y está feo que yo lo diga– fui yo mismo.

Sin embargo –y en honor a la verdad– quiero añadir algo que, aunque lo pensé y supe de inmediato en mi interior, nunca he querido reconocer y verbalizar hasta ahora:

– *¡Querido José Manuel, la tuya estaba mejor de sabor y mereció ganar!*

XXVI

En las raíces

Con la llegada al Colegio Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent, mi vida entró en contacto directo con las *raíces primeras* de mi Congregación, pues aquí llegaron los amigonianos el 31 de octubre de 1889, tras haber vestido el hábito en el Convento capuchino de Massamagrell el 12 de abril y haber vivido en la Cartuja del Puig los seis meses y medio que transcurrieron entre el 14 de abril y el dicho 31 de octubre de aquel mismo año 1889.

La comunidad que me encontré, presidida por el padre José Deusa, me recibió con los brazos abiertos, pero no puedo decir lo mismo por parte de los profesores.

Desgraciadamente, se había producido una situación que provocaba en el Claustro –conformado en su inmensa mayoría por profesores seglares– una atmósfera pesada y un aire irrespirable.

Como uno de los propios profesores me dijo –pasado ya algún tiempo y cuando yo había dejado de ser para ellos "el enemigo a batir"– alguien –refiriéndose no al director al que yo sustituía, sino a un predecesor– había conseguido lo que hasta entonces parecía imposible: "unir sólidamente a los profesores de distintas –y un tanto enfrentadas– opciones políticas, contra los frailes".

Mis inicios, pues, como Director Técnico, no fueron –ni mucho menos– fáciles.

La primera gran dificultad con que me enfrenté fue la de que nadie quería colaborar conmigo en la confección del Horario de Clases del curso que ya estaba próximo a comenzar.

El reto de elaborar y cuadrar dicho horario era muy grande, teniendo presente que mi dirección técnica abarcaba los cursos que el Colegio tenía incluidos como Filial n. 11 que era del Instituto Luis Vives de Valencia, es decir: 6º, 7º y 8º de EGB, 1º, 2º y 3º de BUP y el COU, y que algunos profesores impartían asignaturas tanto en EGB

como en los cursos superiores, y tenían en consecuencia horarios no coincidentes. A todo ello –y por si faltaba algo– había que añadir que yo era novato allí y la estructura académica con que me enfrentaba me resultaba desconocida.

De todas formas –y a pesar de tanto inconveniente–, poniendo en acción toda mi capacidad de trabajo –que nunca ha sido pequeña– y los resortes de mi "amor propio" que me impulsaban a superar la prueba y animado con grandes dosis de café que mantenían despejada mi mente, logré lo que en algún momento llegó a parecerme imposible y me puso incluso en el brete de "tirar la toalla".

Cuando en los primeros días aún de septiembre presenté a los profesores –reintegrados ya al trabajo– el horario confeccionado por mí con tanto esfuerzo, no les convencía. Y fue entonces cuando yo les pregunté:

– *¿Hay en él alguna ilegalidad o algo que no acaba de cuadrar?*
– *No,* respondieron*, pero se podría hacer de manera que algunos de los profesores no estuvieran todo el día yendo del pabellón de BUP al de EGB, con la consecuente pérdida de tiempo.*
– *Muy bien* –les dije yo– *el horario que tenéis entre manos es el que yo he logrado hacer sin ayuda alguna, pero estoy dispuesto a renunciar a él, si vosotros os comprometéis, con vuestro saber y experiencia, a confeccionar uno mejor.*

Pronto, dos profesores, que después se convertirían en grandes colaboradores míos durante mi estancia en Monte-Sión –Luis Piqueras y Rafa Mansanet– se ofrecieron a ello. No me pusieron ninguna condición, tan sólo me hicieron esta pregunta:

– *¿Con qué criterio distribuimos las clases de la tarde?*

Y yo, sin pensarlo demasiado, pero dejándome llevar de un criterio de "justicia distributiva", les respondí:

– *A mi me parece que lo que corresponde es distribuir las clases de la tarde de una forma proporcional, es decir, hacer el cómputo de cuántas horas lectivas hay en total después de comer y, desde ahí, ver en qué proporción corresponden dichas horas a cada profesor, teniendo presente las horas lectivas que él mismo tiene en total, de manera que se sepa, por ejemplo, cuantas horas vespertinas corresponderían al que tiene 6, 8, 15, 20… horas lectivas semanales.*

Me dio la impresión de que mi criterio les satisfacía en principio, pero –con una "malicia" que yo entonces no llegaba a percibir– me preguntaron de nuevo:

– *¿En esa proporcionalidad quedan incluidos también los frailes que imparten clases?*
– *Por supuesto,* respondí con rapidez, extrañado por la cuestión.

¡Cuán infeliz e inocente era yo entonces! Lo que para mí era la cosa más normal y lógica, acabó siendo –como os contaré en alguna anécdota– motivo de conflicto con más de uno de mis hermanos de comunidad religiosa.

Sin mayores contratiempos ya, empezó, a mediados de septiembre el curso escolar 1981-1982.

Con los alumnos no me fue difícil entablar pronto una buena relación, que, con muchos de ellos –especialmente en BUP y COU– se convirtió en amistad, sin que por ello dejara, ni mucho menos, de ser exigente en las horas lectivas o cuando se trataba de velar por el cumplimiento del Reglamento del Centro.

Yo impartía clases de griego al COU y latín en BUP, amén de alguna otra asignatura, pero disponía de horas suficientes para atender la marcha general del Colegio, aunque a la dirección técnica sumaba también las obligaciones propias de Jefe de Estudios y de Encargado de disciplina.

Desde el primer momento me propuse –y creo que lo logré en poco tiempo– que mi despacho fuese un poco la "casa común" a la que los alumnos y alumnas pudieran acudir con confianza y libertad a exponer sus preocupaciones, a mantener una charla amigable o simplemente –en aquel contexto en que no había leyes tan restrictivas a este respecto y a otros– a fumarse, si sus padres se lo permitían, un pitillo conmigo. (Por cierto en aquella época yo solía fumar puros y alguna que otra pipa, cuyo tabaco aromatizado perfumaba no sólo mi despacho, sino también más de un pasillo).

En consonancia con aquellos idílicos tiempos que se vivían en España, como "democracia naciente" que era, intenté dar al Centro un cierto aire democrático que concreté, sobre todo, en la creación de una especie de *Consejo Escolar* –en el que un representante de los alumnos tenía voz y voto– para que decidiese sobre las situaciones conflictivas que pudiesen producirse bien fuera entre los propios alumnos, bien

con alguno de ellos y un profesor. También conseguí –no sin cierta, aunque minoritaria, oposición dentro del Claustro– que un delegado de los alumnos pudiese asistir –en este caso como observador– a las sesiones de evaluación.

Con relación a los Claustros, introduje la norma –que siempre he seguido en mi vida cuando he tenido que dirigir alguna reunión– de que tuviesen no sólo *hora de inicio*, sino también *de finalización*, de modo que, al cumplirse el horario previsto, se levantaba la sesión, quedando, si era del caso, los puntos pendientes para ser estudiados en el claustro siguiente. También con la intención de dar agilidad a esas reuniones y que acabaran siendo lo más "digeribles" posible, establecí que los asuntos a incluir en el punto del día denominado *Otros*, se presentaran previamente por escrito en Dirección para ser incluidos en el orden del día y evitar así que, cuando ya todo el mundo estaba cansado, el "francotirador" de turno introdujera un tema que, por lo general, acababa siendo aprobado por "agotamiento" de los presentes.

Además de todo ello, adopté otras medidas –como la colocación de maceteros con plantas en los pasillos– que fueron consiguiendo poco a poco que el Colegio adquiriese un cierto aire humano y humanista. Al respecto tengo que deciros que cuando me propuse colocar plantas en el Centro, algún profesor –de esos "aguafiestas" que hay en todas partes y que tienen tendencia a "morirse la víspera"– me avisó:

– *Van a durar dos días. Ya verás cómo las destrozan.*

Gracias a Dios –y, por supuesto, a los alumnos y alumnas– las plantas no sólo no sufrieron ningún daño, sino que fueron despertando de alguna manera la ternura de ellos mismos, que impedían a los compañeros con aviesas intenciones que las maltrataran y las ahijaron, preocupándose incluso por regarlas.

Yo mismo coloqué dos de ellas en mi despacho. Una, se llamaba *Yasmine*, la otra, la más delicada y pequeña –a la que bauticé como *Amanda*– la tenía en un macetero que sostenía con un soporte de hilo trenzado colgado del techo. Procuraba mantenerlas impecables, limpiando sus verdes hojas con leche, al menos una vez a la semana. Y en más de una ocasión fui sorprendido por profesores y alumnos hablándoles cual si fueran seres animados –¿acaso no lo eran?–, pero tengo que añadir que nunca escuché que me contestaran, aunque quizá lo hicieran en su idioma.

En mi propuesta "humanista", adopté también una mascota –un pastor alemán albino– al que puse por nombre *Shomer* –"Guardián" en hebreo–, a pesar de que el pobre no tenía demasiados genes de vigilante y protector, llegando, por su natural bondad y mansedumbre, a ser, más que mascota mía, la mascota de los alumnos –y sobre todo de las alumnas– que ocupaban el pabellón de BUP y COU en cuya terraza estaba instalada su caseta. Cuando paseaba conmigo por los pasillos del Colegio, se detenía a "saludar" a todo el que se encontraba en su camino y solía sacar "tajada" de esos saludos que siempre dudé que fueran desinteresados.

Entre mis alumnas y alumnos, trabé especial relación de amistad con aquellos a los que impartí griego en COU y quiero destacar, con sentimientos de afecto aún vivo y gratitud, a Salu Gallen, Dora Navarro, Eva García, Enrique y Lola Palazón. También recuerdo a Mariola Giner, Carlos Guimerá, Juan Manuel Honrubia… y a Concha, la delegada de los alumnos que, con sus avanzadas ideas sociales, tanto contribuyó a la defensa de los derechos de sus compañeros.

Del Claustro de profesores, traigo a mi memoria con vivo agradecimiento a Concha Alandí –profesora de Música–, Vicente Carratalá –profesor de Educación Física–, Rafael Mansanet –profesor de Matemáticas y comprometido por vocación con las actividades teatrales que promovió entre los alumnos ¡qué pena que la vida no fuese con él la mitad de generosa que él lo fue con los demás!–, Luis Piqueras –profesor de Física y Química–, Victoria –la profesora de Francés que yo contraté y que provocó que todos los alumnos quisieran desertar de la lengua de Shakespeare para abrazar la de nuestros vecinos traspirinaicos–, Nati –profesora de Ciencias Naturales y siempre dispuesta a acompañar las excursiones culturales que organizamos– y, por supuestísimo, Marisu (Asunción Mateo)– profesora de Literatura, que conectó conmigo desde el primer momento y de cuyo romance, y posterior matrimonio con Rafael Alberti, fui uno de los primeros confidentes–, etc… Algunos de ellos –por no decir la gran mayoría– eran abiertamente de izquierdas, pero eso, no sólo no fue óbice para que nos entendiésemos, colaborásemos estrechamente e incluso naciesen entre nosotros vínculos de sincera amistad, sino que incluso, ese entendimiento, colaboración y amistad se vio favorecido por sus propias opciones políticas, vividas con libertad y actuadas siempre con respeto por las opciones de los

otros. ¡Ya hubiera querido yo, recibir de algunos de los profesores, que alardeaban de "ser amigos de los frailes", la mitad de apoyo y afecto que me dieron gratuitamente aquellos a quienes los propios frailes trataban de "personas de poco fiar".

Junto a esos profesores, no puedo dejar de agradecer la gran ayuda que recibí de parte del recepcionista Enrique (popularmente conocido como *El Confesor*) con el que trabé –incluida su familia– estrecha amistad, y de mi buen hermano en religión Juan Manuel González –entonces aún junior– que fue mi fiel y seguro conductor (pues nunca he tenido carnet de conducir) y al que bauticé entonces como Fitipaldi (Fiti para los amigos) por la soltura y buenos reflejos con que manejaba los vehículos. Con los años me vi muy honrado por él, cuando en su ordenación sacerdotal me pidió que le impusiera la casulla y predicara en su primera Misa solemne.

De las varias actividades culturales en las que colaboré activamente durante mi estancia en Monte-Sión –que tan sólo se alargó dos cursos escolares–, aparte de la organización y realización del *Viaje a Roma*, del que os hablaré después con detalle, destacaría:

- la representación en "playback" de la ópera rock *Evita*, interpretada por alumnos y alumnas de BUP y COU, bajo la dirección del profesor Rafa Mansanet y que alcanzó tal éxito en las varias representaciones que se hicieron en el Teatro del Colegio, que la propia Generalitat nos subvencionó una representación, abierta al público en general, en el Paraninfo de la Universidad Laboral de Cheste.
- y el *Viaje a Madrid* organizado fundamentalmente para visitar –previa petición– el Congreso de los Diputados. En este viaje, además de cumplir con el objetivo principal, pudimos ver con detalle algunos de los monumentos más significativos de la Capital y pasearnos por el Zoológico. La única pega que yo pondría a esta excursión, es la del "hotelito" que una profesora –a la que yo había delegado para encontrarnos acomodo, pues se decía experta en hospedaje en Madrid– nos buscó. La verdad es que el sitio –con apariencias de "casa de citas"– no era, ni mucho menos, un lugar adecuado para acoger estudiantes comprendidos entre los 16 y 17 años.

Cuando estaba tocando ya casi a su fin el segundo curso escolar de mi estancia en Torrent y cuando yo más a gusto me encontraba en mi

querido "Monte-Sión", un acontecimiento –para mí imprevisto, como os explicaré en su lugar– precipitó mi salida del mismo.

Las despedidas fueron varias y al estilo "torrentí", es decir con buenas paellas, pólvora…

Hubo comidas con el Claustro, con los profesores más allegados, con distintos grupos de alumnos, pero lo que más agradecí y he conservado siempre conmigo, siendo ésta una de las pocas cosas que me han acompañado en todos mis destinos, fue la placa que el alumnado me regaló y que reza así:

A un amigó:
Tienes ojos para descubrir
a los demás.
Oídos para escucharlos.
Pies para acercarte a ellos.
Manos para tenderlas.
Y un corazón para amarlos.

Monte-Sión, Torrent, 14-6-83

Yo, por mi parte, regalé a los profesores y amigos más entrañables un *azulejo de cerámica*, pintado por el artista de mi pueblo natal –de firma *Adelantado*– en el que se veían reproducidas la imagen de la Torre del pueblo y el Antiguo Convento de Monte-Sión y en el que agradecía con frase corta lo que cada uno de ellos me había aportado de modo gratuito.

1. *Un fraile expedientado*

Ni sospechar podía yo las consecuencias que traería mi decisión de que las clases de la tarde se distribuyeran proporcionalmente y de que en esa proporcionalidad estuvieran incluidos –como me parecía y me sigue pareciendo lo más natural y justo– los frailes.

Sólo cuando se "armó la marimorena" que os voy a contar, fui consciente de la trascendencia de mi decisión, ya que uno de los "contenciosos" que los profesores seglares tenían con los docentes religiosos –y que constituía uno de los motivos, aunque no el principal, de la tirantez existente entre aquéllos y éstos– estaba suscitado por el hecho

de que los frailes estaban exentos –no sé por qué "real decreto"– de las clases vespertinas.

Al tomar conciencia de esa ya antigua determinación que excluía a los religiosos de impartir las siempre "pesadas" clases que había a partir de las 15 hasta las 17 h., me quedé un tanto sorprendido y hasta contrariado, pero mi sorpresa y contrariedad fueron en aumento –hasta convertirse en un verdadero enfado y "cabreo"– cuando me enteré que la razón de fondo era la "sagrada siesta", esa costumbre "clasista" que ya en el noviciado me había provocado rebelión interior y que nunca compartí ni logré entender, pero que para muchos quedaba "justificada" en esa especie de refrán con tintes clericales que decía: "si quieres matar al fraile, quítale la siesta y dale de comer tarde".

Ante la reacción de contrariedad y de oposición que adoptaron algunos de mis hermanos de comunidad cuando conocieron sus horarios lectivos y comprobaron que el que más y el que menos tenía al menos una clase vespertina, asignada con el criterio de proporcionalidad, yo me reafirmé en mi determinación, a pesar de ser –y con mucho– el más joven de los religiosos de aquella comunidad dedicados a la docencia. Por lo que simplemente me limité a decirles cuando vinieron protestando:

– *Lo escrito, escrito está, hermano.*
– *Pues atente a las consecuencias,* respondieron a coro los dos o tres que se mostraban abiertamente contrarios.

Comenzó el curso y de aquellos "protestantes" sólo uno se "mantuvo en sus trece". Y cuando en octubre comenzaron las clases por la tarde, al "primer tapón, zurrapa", como dice el refrán, y el interesado no se presentó en el aula, teniendo yo que colocar en ella, de momento, un suplente.

Finalizada la jornada escolar, me reuní con el superior de la comunidad y le comuniqué el desagradable incidente, al tiempo que le anunciaba que, por esta vez –y sólo por esta vez– lo dejaba en sus manos, pero que hablase seriamente con el interesado, pues no iba a consentir otro desplante del género.

No sé si el superior hablaría o no con el fraile "rebelde", pero el hecho fue que, a la semana siguiente, "más de lo mismo".

En esta ocasión, sin embargo, yo ya no acudí al superior, sino que me dirigí directamente a la secretaría del Centro y le dije al secretario:

– *Pelayo, redáctame un "monitum" laboral a nombre de fray fulano de tal y colócalo en las salas de profesores de EGB y de BUP-COU.*
– *Pero, padre* –replicó él–, *se trata de un religioso. Yo no puedo hacer eso sin consultarlo con el superior.*
– *Pelayo* –insistí un tanto enfadado– *o lo preparas ya o puedes ir preparándote otro para ti mismo.*

El pobre Pelayo –persona buena donde las haya– redactó, ya sin rechistar, el "monitum" y lo publicó de inmediato en los tableros de anuncios de las distintas salas de profesores.

Os podéis imaginar el revuelo que se armó. A los religiosos les llevó un tiempo digerir el hecho, pero las aguas se fueron amansando cuando el Superior Provincial decidió trasladar al "trasgresor" a otra comunidad que se estaba iniciando. Entre los profesores, por el contrario, la medida fue, por lo general, muy bien recibida y motivó que muchos de ellos, viendo en mí una persona que había actuado con justicia y rectitud, empezaron a arroparme e incluso algunos a considerarme amigo.

Y sólo entonces me verbalizaron, ya sin tapujos, que su enfrentamiento con la comunidad se debía fundamentalmente a que uno de los últimos directores amigonianos, –no mi inmediato antecesor, que era agustino, ni tampoco mi amigo Valiente que también había estado antes– se había comportado como un verdadero "déspota" y había provocado en el entramado de las relaciones de ellos con la comunidad religiosa "más mal que un elefante metido a la fuerza en una tienda de cerámica", consiguiendo así, lo que nadie había logrado hasta el momento: "unir como una piña a todo el profesorado seglar, a pesar de sus distintas opciones políticas y opiniones personales".

2. *Eran una "alondra"*

Solamente en cuatro ocasiones a lo largo de mi vida –y todas ellas de breve duración– he desempeñado, al menos oficialmente, la tarea de "formador" de nuevas vocaciones religiosas. La primera fue la que aquí os relataré, otra fue en Chile en 1996-1997; otra más en Costa Rica en el curso 1997-1998, y la última cuando en 1998 llegué a EPLA y me encargué durante dos escasos años de los juniores que

residían en la Colonia San Vicente. Y os puedo adelantar que, aparte de no tener demasiado éxito en ninguna de ellas, me han ayudado a autoconvencerme de que yo, ni tengo cualidades para ello, ni me he preparado específicamente al respecto, ni estoy de acuerdo –y esto es lo más importante– con los criterios que han venido rigiendo, por lo general, la formación de las nuevas generaciones religiosas en los últimos años.

En formación –además de tener muy claro, no sólo en la teoría, sino sobre todo en la práctica, que el protagonista de todo el proceso formativo debe ser el propio sujeto de la formación, y que el solo nombre de "formador", por sí mismo, ya contradice la esencia de la formación–, es necesario –lo creo firmemente– dejar lo suficientemente libre a la persona para que vaya madurando humanamente, asumiendo las distintas experiencias que la vida –y sus encrucijadas– le vayan deparando.

A mí me gusta tener como modelo de formación el que, sin necesidad de demasiadas teorías filosóficas, psicológicas e incluso teológicas, se sigue con naturalidad en el ámbito familiar y social. El niño y el joven se van formando –van creciendo integralmente–, siguiendo el ritmo de la vida diaria sin excesivos perendengues.

Las relaciones familiares, los compañeros de Colegio primero y de trabajo después, los amigos –y si es del caso las relaciones de pareja–, y el mismo afrontar las situaciones –agradables unas y desagradables otras– que la vida pone diariamente ante cada uno, van contribuyendo –con sus mases y sus menos– a la continua y constante maduración. Y si bien es cierto que, en momentos muy concretos y determinados, uno puede necesitar el consejo, la orientación… de otros, él mismo busca espontáneamente ese consejo o esa orientación sin tener que recurrir a personas predeterminadas.

Así me fui formando yo, de niño en el seno de mi familia y en el ambiente concreto de mi escuela y de mi pueblo. Así me seguí formando en el *seminario*, donde, aunque existía nominalmente la figura del director espiritual no recuerdo haber acudido a él, fuera de las ocasiones en que él mismo me llamaba para cumplir con lo establecido; en el mismo *Noviciado*, donde el maestro tampoco fue una persona –y en esto lo alabo– que anduviese indagando sobre la propia intimidad, e incluso en lo que ahora se llama *juniorado*, en el que los prefectos que tuve supieron acompañarme, respetando mi libertad.

¿Cómo es posible –me he preguntado muchas veces– que la gente, por lo general, se va desarrollando con normalidad sin necesidad de terapias preestablecidas y sin demasiadas monsergas y poco a poco van alcanzando esa madurez que se considera propia de cada etapa vital, y en cambio los frailes parece que tengan que ser "eternos niños" que necesitan en todo momento "rodrigones" que, a menudo, lo que consiguen es perpetuar infantilismos?

Me asustan los que se llaman a sí mismos formadores y quieren estar metidos hasta en la sopa de aquellos a quienes debieran acompañar, cada vez más desde la distancia, para que crecieran en responsabilidad desde su libertad. Como me asustan asimismo las personas que se resisten "a tomar, de una vez por todas, las riendas de su propio cabalgar en la vida" y necesitan estar siempre amparados en la seguridad de sus acompañantes.

Llevado precisamente por mis convicciones, cuando me implicaron mis superiores en la formación de jóvenes vocaciones, procuré respetar al máximo el ámbito de su libertad y me limité a procurar que fueran cada día responsables con los compromisos adquiridos y, cuando les dirigí la palabra, intenté en todo momento trasmitirles más que mis pensamientos, mis sentimientos, procurando, además, no aparecer ante ellos como maestro o ejemplo de lo que a mí mismo no me convencía. Nunca se me ocurrió defender –por muy "sagrados" que fuesen– postulados en los que yo no creía. No me declaré abiertamente, llegado el caso, en contra de esos mismos postulados, pero sí supe guardar entonces un respetuoso silencio para no interferir ni influir en las creencias y en las síntesis vitales de aquellos a quienes, desde una saludable distancia, procuraba acompañar.

Pues bien, aclarados estos presupuestos de mis sentimientos en mis tareas de "acompañante –lo más válido posible– de las personas en su irrepetible aventura de su propia maduración humana" (ésta sería la definición que yo daría del mal llamado "formador"), os cuento ya cómo fue mi primera experiencia en el ámbito concreto de la formación de jóvenes vocacionados a la vida religiosa.

En una de las dependencias de la comunidad religiosa de Monte-Sión, estaban instalados, aquel curso 1981-1982 en que yo me hice cargo de la Dirección Técnica del Colegio, los postulantes de la Provincia amigoniana de La Inmaculada en España. Eran unos nueve jóvenes,

entre los 17 y 18 años –que, al tiempo que seguían aquí esta etapa de la formación, previa al noviciado, cursaban el COU en el Colegio. La verdad es que eran todos muy buenas personas y lo continuaron siendo después, según pude ir sabiendo. Tan sólo uno de ellos permanecería después como religioso amigoniano, aunque –eso sí– con "honores", pues hasta el momento en que doy por finalizado el relato de estos "Retazos" de mi corazón, ha desempeñado el cargo de Provincial de los amigonianos en España y lo hizo dando claras muestras de sus grandes dotes de líder natural y excelente organizador.

Al comenzar en septiembre aquel curso escolar había un religioso-sacerdote al frente de su formación, por lo que mi contacto con los postulantes se reducía, por lo general, al que tenía con ellos como profesor.

Pero, hacia el mes de noviembre del mismo 1981, todo cambió, pues el encargado de su formación fue destinado a otra casa religiosa y el padre Provincial me pidió, por favor, que fuese yo el que, de alguna manera, siguiera su proceso formativo como postulantes, hasta finalizar aquel curso escolar.

Yo le aclaré al Provincial –que era el padre José Oltra– que atendería a sus requerimientos, pero, como es natural, a mi estilo, es decir, que no me pidiera muchas charlas individuales con ellos, ni otras cosas por el estilo, y le dije además que yo sólo atendería personalmente a quien libremente me lo pidiera. Y así quedamos.

El primer día que me reuní con "mis" postulantes les dejé bien claras estas dos cosas:

1. Que yo no iba a estar pendiente de ellos, como si fuesen niños. Es decir, no iba a controlar si estudiaban o dejaban de hacerlo, pues ese era "su" problema. Y que tampoco iba a controlar por la noche a qué hora dejaban de ver la televisión o se iban a dormir. Eso sí –les añadí respecto a esto último– por la mañana quería de ellos responsabilidad y no consentiría que nadie permaneciese en la cama llegada la hora de levantarse, a no ser por causa justificada de enfermedad.
2. Que quería seguir con ellos unos ritmos de oración serios, pero que no excedieran, por *fervores* pasajeros –que suelen durar lo que dura un *hervor*– los horarios previstos y que quería, además, ver en ellos comportamientos normales de jóvenes de su edad y no mojigaterías que lo único que pretenden es querer disfrazar, con comportamientos forzados, lo que las personas que las hace no vive en su interior.

Y la verdad es que las cosas entre nosotros marcharon bastante bien. Pero sucedió un día el hecho anecdótico que ahora quiero referiros y que está en la base del título que he dado a este "stage".

Era sábado. Un día en que podíamos hacer la oración de la mañana de forma más reposada, añadiendo incluso algunos cantos.

Coincidió que en 1982 se celebraba el *Octavo Centenario* del nacimiento de San Francisco y con esta ocasión el gran músico religioso Cesáreo Gabaraín había sacado un disco de canciones franciscanas. Todas ellas preciosas, aunque alguna, como es natural, de tono, a mi entender, más "monjil", como yo mismo les había hecho notar ya en más de una ocasión.

Pues bien, aquel día, mientras yo me revestía para la celebración de la Eucaristía en la pequeña capilla del Postulantado, escuché como los "zánganos" de mis postulantes –pues no otro calificativo se me ocurre cuando recuerdo el hecho– para provocarme –y a fe mía que lo consiguieron– se pusieron a cantar con voz *forzosamente atiplada* una de esas canciones que sabían a ciencia cierta que no era precisamente de las que más me agradaban:

– *Yo soy una alondra* –les oía cantar con creciente disgusto– *que ha puesto en ti su nido…*

Enardecido negativamente por el canto, salí al altar y me limité a decirles mientras me desprendía allí mismo de los sagrados ornamentos:

– *¿Cómo que sois una alondra? Lo que sois es una pandilla de huevones.*

Y por supuesto, me marché sin decirles la misa y dejándoles boquiabiertos con su "cancioncita".

Con el tiempo, cada vez que he recordado la anécdota con alguno de ellos, siempre hemos terminando soltando, tanto ellos como yo, una sonora carcajada.

3. *A la "cuarta" fue la vencida*

Recordando el viaje que organicé en 1977 con los de COU de Caldeiro y valorando lo positivo que resultó culturalmente hablando y también de cara a intensificar la convivencia entre los alumnos, se me ocurrió

la idea –aún en mi primer año al frente de la Dirección Técnica del Colegio de Torrent– de organizar un viaje similar, aunque no de tan larga duración ni recorrido, para los alumnos de BUP y COU que quisieran apuntarse.

El viaje, con destino a Italia y realizado en autobús, se llevó a cabo en el mes de abril de 1982, coincidiendo con la Semana de Pascua. Unos días antes de emprenderlo –concretamente el 3 de abril– yo había proclamado, en los locales de la Caja de Ahorros de Torrent el primer *Pregón de Semana Santa* que yo he realizado en esta población –el segundo sería en 2013–, coincidiendo con la proclamación, como Reina del Encuentro, de mi alumna Mª Carmen Boscá Moret.

Al viaje se apuntaron también algunos profesores –entre ellos Nati y Paco Carratalá, que fueron de gran ayuda (otros no tanto)–, varios de los postulantes que había entonces en Torrent e incluso algunos religiosos jóvenes, como José Manuel González.

En el transcurso del mismo, en el que recorrimos Asís, Perugia, Roma y alrededores, Orvieto, Florencia y Pisa –como lugares más emblemáticos– tuvimos, como es natural, experiencias de todos los colores. Haciendo memoria de las mismas, recuerdo especialmente éstas:

- *La primera en la frente.* Habíamos visitado ya Asís y Perugia, cuando, nada más llegar a Roma, mientras estábamos instalándonos aún en los locales del Albergue de Juventud de la ciudad –ubicado al pie de Monte Mario y cerca del Estadio Olímpico–, uno de los muchachos mostró repentinamente un cuadro de fiebre alta. Amparados por el seguro de enfermedad que llevábamos, lo trasladamos a las urgencias de un Centro Médico de la Urbe, donde rápidamente le diagnosticaron apendicitis aguda.

  Un profesor y yo permanecimos en la sala de espera de los quirófanos hasta que finalizó la intervención. Para entonces, ya habíamos avisado a sus padres, quienes, tras darnos las gracias por las atenciones que estábamos teniendo con su hijo, nos comunicaron que, al día siguiente, viajarían a Roma en avión para estar junto a él.

  Finalizada con total éxito la operación, vino una profesora a sustituirnos y se quedó con él toda la noche. Al día siguiente, los profesores se fueron turnando en su cuidado, hasta que llegaron sus padres.

Cuando éstos llegaron, dimos por salvado este primer incidente, aunque continuamos pendientes de la evolución del chico hasta que pudo ya viajar a España.

- *Las chicas se sublevan*. Como os he adelantado ya, los chicos nos instalamos en Roma, en los locales del Albergue de la Juventud, pero para las chicas ya no había cupo allí cuando hicimos la reserva, por lo que hubo que ubicarlas en una Hospedería regentada por religiosas.

  Por supuesto, la pensión diaria de ellas –que gozaban de comodidades de las que carecíamos nosotros que teníamos que frecuentar baños y duchas comunes para todos los albergados– costaba diariamente casi el doble que la nuestra, aunque ellas no tuvieron que aportar ningún sobrecoste, pues todo se financió desde la "caja común".

  Sucedió, sin embargo, que, aunque con menos comodidades, los chicos gozábamos de una mayor libertad, especialmente para salir por las noches, pues no estábamos sujetos a los restrictivos horarios que solían regir –al menos entonces– en las hospederías dirigidas por monjas.

  Y, aprovechando esa libertad, más de una noche, los muchachos, acompañados por algunos profesores, frecuentaron alguna discoteca romana.

  A pesar de que yo les había advertido que procurasen que no se enterasen las chicas –o quizá por habérselo advertido precisamente– la cosa llegó a oídos de ellas cuando estábamos camino de Florencia que visitamos ya de regreso a España.

  Y, enfurruñadas, se "sublevaron" y dijeron que también ellas querían gozar de la misma libertad. Y la primera que me "armaron" fue que en Florencia unas cuantas quisieron pasear solas, sin ninguna compañía masculina.

  Como es natural, tan pronto como unos jóvenes italianos –acostumbrados a la caza de turistas– las vieron y se percataron de que, caminando hacia ellos, llamaban su atención, empezaron a cortejarlas. Al principio, muy bien, pero llegó un momento en que ellas mismas empezaron a sentirse molestas y hasta temerosas por el comportamiento de aquellos jóvenes, que se les habían pegado "como moscas a la miel" y no había forma de zafarse de ellos, y, asustadas,

corrieron a mi encuentro, trayendo detrás, pisándoles los talones, a aquellos jóvenes italianos.

Al llegar donde me encontraba yo, acompañado por varios muchachos, ellas se refugiaron detrás de mí y fui yo el que tuve que hacer frente a la situación.

Percatándose que yo era el "capo" del grupo y que ya no podían continuar con su "abordaje", los jóvenes perseguidores, se dieron la vuelta, al tiempo que, envalentonados por las hormonas que mis alumnas les habían revolucionado, me soltaron esta maldición italiana que se me quedó grabada a fuego para toda la vida:

– *¡Maledetto filosofo della sera!*, que en su traducción más benigna vendría a ser: *¡Maldito aguafiestas!*

A pesar del susto, ellas no cejaron en su empeño y con espíritu "rebelde" continuaron insistiendo en que querían salir de discoteca, pero sin nadie que las acompañase.

Evidentemente yo no podía consentir aquello, y máxime teniendo presente que la mayoría de ellas eran aún menores de edad. Les dije, pues, que aceptasen salir con los chicos y profesores que quisieran o que no salían.

Al final, se avinieron al acuerdo. Salieron de discoteca todos los que así lo decidieron –chicas, chicos, profesores, profesoras– y la sublevación, alentada desde la sombra, –como supe después–, por una de las profesoras, cesó.

- *Los de Barbarosa*. Aunque sólo los chicos estábamos hospedados en el Albergue de la Juventud, las comidas y las cenas las hacíamos todos juntos –chicas y chicos– en el amplio comedor del mismo, en el que solíamos coincidir varios grupos, a los que el cocinero principal iba llamando para el servicio por el nombre del jefe de cada uno de esos mismos grupos. Al nuestro lo llamaba indefectiblemente, anunciando:

  – *Prego, venite i giovani di Barbarosa* (Barbarroja), haciendo así referencia al color de mi barba.

  El último día de nuestra estancia en Roma, cuando nos dirigíamos ya al Albergue para la comida, nos pilló una tormenta que nos caló hasta los huesos. Al llegar, pues, y antes de comer, las chicos pudieron asearse y cambiarse tranquilamente la ropa. El problema estaba

en el caso de las chicas, pues, al estar hospedadas en otro sitio, no disponían de prendas de recambio.

Algunas pretendían quedarse mojadas como estaban hasta que volvieran a su lugar de hospedaje por la tarde, pero yo les dije que eso no podía ser, pues en el mejor de los casos, se exponían a coger un fuerte constipado. Hable, pues, con ellas y con los chicos y propuse a éstos que les prestaran ropa para cambiarse. Así se hizo. Pero, como fácilmente podéis deducir, los chicos tenían prendas como camisas, polos, jerseys, pantalones… que les podían servir a ellas, pero había otras que ellos no poseían. Me comentaron y yo les dije a ellas que tampoco se acabaría el mundo porque vistieran hasta la noche algo de ropa interior de los chicos. Y, por fin, todo se solucionó.

Lo jocoso del caso fue que ellas lavaron cuidadosamente por la noche la ropa interior prestada y la pusieron a secar, pero, al día siguiente, con las prisas de hacer las maletas, pues ya nos íbamos de Roma, se olvidaron de recogerla.

Estábamos ya disfrutando de nuestro segundo día en Florencia –y recuerdo muy bien que visitando precisamente la Chiesa de la Santa Croce–, cuando un grupito de ellas se dirigió a mí y, entre risas contenidas, me explicaron lo sucedido y me expresaron la vergüenza que sentían por lo que hubiesen podido pensar las monjas al ver aquella ropa interior olvidada. Todavía estábamos comentando y riéndonos con el hecho, cuando –y esto es verdad, aunque parezca un cuento– vimos entrar en la Iglesia donde estábamos algunas de las monjitas que las habían hospedado en Roma.

Las muchachas, al verlas, desaparecieron de mi lado como por encanto, pero yo que las conocía, pues cada día había acompañado al anochecer a mis alumnas, me adelanté a saludarlas. Ellas me dijeron que estaban realizando un día de excursión a Florencia y que se alegraban de vernos. De la ropa olvidada, sin embargo, no me hicieron ningún comentario. Cosa que yo agradecí para no tener que dar demasiadas explicaciones.

- *El "escuadrón suicida"*. Nos disponíamos ya a abandonar Florencia, camino de España, cuando nos percatamos de que nos faltaba un alumno

Tras indagar quién lo había visto por última vez, llegamos a la conclusión de que debía encontrarse en los alrededores del *Mercado de la Paja* que era el último lugar que habíamos visitado.

A fin de agilizar su encuentro, pedí algún voluntario para ir en su búsqueda.

Inmediatamente se presentaron tres. Y siempre he pensado que, si hubiéramos hecho un concurso para ver qué tres no debían ir de ningún modo en busca del perdido, no hubiéramos hecho un pleno mayor.

Tal fue la desconfianza que, conociéndolos un poco, me provocaban aquellos voluntarios que los bauticé enseguida como el "escuadrón suicida", inspirándome en el escuadrón de "libertadores" que aparecen en la película *La vida de Brian* del grupo comediante inglés *Monty Python*.

Precisamente por ello, tan pronto como ellos marcharon, le dije a otro de los alumnos que yo consideraba despierto e inteligente:

– *Mira, fulanito, como el que se ha extraviado es también persona inteligente, lo normal es que se haya quedado allí donde ha sido visto por última vez, esperando que alguien vaya a su encuentro. ¿Tú sabrías volver al "Mercado de la Paja"?*
– *Sí*, me respondió sin titubeos.
– *Pues vete allí, que seguro que lo encuentras*.

Antes de diez minutos, el perdido y el que había ido a su encuentro estaban de vuelta en el autobús.

El problema que se nos planteó entonces es que no acababa de regresar el "escuadrón suicida".

Quince minutos, más o menos, tuvimos que esperar a que aparecieran los singulares integrantes de aquel escuadrón de voluntarios y cuando por fin subieron al autobús, el comandante en jefe de aquel "ejército de liberación", se limitó a decir:

– *Nos habíamos perdido*.

Ni que decir tiene los decibelios alcanzados por la sonora carcajada con que todos, al unísono, coreamos tan lapidaria frase.

- *La leyenda de la Fontana*. Durante mis tres anteriores visitas a Roma, siempre había ido –¿cómo no?– a la Fontana de Trevi y había tirado en ella –más por la foto, que por creer "a pie juntillas" la clásica predicción– alguna moneda de céntimos.

Y la verdad es que después de cada una de esas veces en que había tirado "mi" moneda había vuelto a Roma, como promete la leyenda urbana.

En esta ocasión, sin embargo, no encontrando una moneda de menor valor, tiré una de 100 pesetas.

Y, a fe mía, que esta cuarta vez la promesa se cumplió –y con creces– pues la quinta vez que llegué a la Ciudad de los Césares fue ya para permanecer –como residente– doce largos años, como después os contaré.

– *¡A la "cuarta", pues, fue la vencida!*

4. *Clases en medio del barrizal*

El 19 de octubre de 1982, unas intensas lluvias –consecuencia de lo que popularmente se conoce en la Comunidad Valenciana como "gota fría"– afectaron a esta Comunidad y a la Región de Murcia.

Al día siguiente –el 20– las lluvias, lejos de disminuir, se tornaron torrenciales, afectando especialmente a la cuenca del Júcar, desde hacía ya bastantes años, muy necesitada de agua. A causa de ello, los pantanos de esta cuenca recibieron súbitamente tal cantidad de caudal, que tuvieron que abrir sus compuertas para aliviar la presión que sobre la presa causaban las enormes entradas de agua.

En uno de esos pantanos –el de Tous–, situado en la parte baja de la cuenca, en las inmediaciones, entre otros grandes pueblos, de Carcagente, la actuación de las autoridades encargadas de la gestión del mismo fue tan lenta, que acabó provocando una tragedia. Cuando aún podían abrir las compuertas para prevenir que el agua acumulada en el mismo fuese excesiva, decidieron no hacerlo de momento, pensando, quizá, que así lograrían acumular caudal suficiente para una larga temporada. Cuando ya empezaron a temerse lo peor, ordenaron la apertura de compuertas, pero entonces falló la corriente eléctrica y al querer hacer uso de los grupos electrógenos faltó combustible suficiente, pues el helicóptero encargado de abastecerlo no pudo volar por las lluvias y fuertes vientos.

Como consecuencia de todo ello, a las 19.15 h. de aquel 20 de octubre el agua empezó a desbordar la presa y como ésta era una *cons-*

trucción de escollera, se fue desmoronando hasta desaparecer (menos mal que era éste el tipo de construcción y el agua fue saliendo sin estampida, como hubiese sucedido si la presa hubiese reventado).

Poblaciones aledañas como Gabarda y Benegida casi desaparecieron por la fuerza del agua –aunque sus gentes, gracias a Dios, fueron evacuadas a tiempo a lugares elevados–, Sumacárcel sufrió también daños gravísimos, y en Carcagente y Alcira el agua llegó en algunos puntos a alcanzar los 4 m. de altura.

Pronto, a través de Protección Civil, se pidió la colaboración de todos para acudir a ayudar en labores de desescombro y limpieza de las localidades afectadas.

En Monte-Sión, algunos profesores y yo mismo, propusimos a los alumnos de COU la posibilidad de dejar por una semana las clases y trasladarnos a uno de los núcleos urbanos que habían sufrido la "pantanada".

Pasamos una circular a los padres, pidiendo el consentimiento para que sus hijas e hijos pudiesen participar en aquella humanitaria tarea de solidaridad. Y en su inmensa mayoría, los padres apoyaron sin condiciones la propuesta del Colegio e incluso algunos de ellos, en sus escritos de consentimiento, escribieron frases como éstas:

- *Nos parece muy bien que vaya y vea el sufrimiento de la pobre gente que lo ha perdido todo…*
- *Creo que en esta experiencia aprenderán más que en las clases…*
- *Veo que es muy conveniente para que aprendan en la práctica valores tan importantes como la solidaridad con los necesitados…*

En fin, alentados por la buena acogida de las familias, casi la totalidad de las alumnas y alumnos de COU, varios de los profesores y yo, nos trasladamos –tras haber recibido las vacunas obligatorias– a Carcagente, donde establecimos nuestro "Cuartel General" en un amplio bajo que nos prestó un conocido. Aquí, en este local, dormíamos con colchonetas en el suelo, tras haber animado con guitarras y cantos, las veladas que organizábamos tras las cenas y a las que no renunciamos ninguna de las siete noches que aquí pasamos. Y todo esto, a pesar del creciente cansancio.

Una vez en Carcagente, nos pusimos a las órdenes de los de Protección Civil –que eran en su mayoría de "izquierdas"– y que a mí –que

vestía pantalón y camisa de faena del ejército y me ponía al cuello un pañuelo rojo que me habían regalado en los Sanfermines– me tomaron como uno de los suyos y me distinguían con especiales detalles a la hora de distribuir las comidas, dirigiéndose siempre a mí como "Compañero".

Tras una semana, en la que tuvimos ocasión de trabar cierta amistad, cuando ya me despedía definitivamente de ellos, les dije para que conocieran mi identidad, pues nunca me ha gustado ni alardear de ella, ni ocultarla:

– *El "Compañero" es cura.*
– *No importa, respondieron. Serás todo lo cura que quieras, pero para nosotros siempre serás el "Compañero", pues como tal te has comportado trayendo a estos muchachos y muchachas y trabajando como un jabato allí donde os hemos enviado.*

Y así, con un fuerte apretón de manos, que acabó en abrazo, me despedí de aquella buena gente, que dejó en mi corazón un recuerdo agradecido.

El trabajo en Carcagente, discurrió así: por las mañanas íbamos allí donde nos destinaba Protección Civil, que para nosotros fue, durante toda la semana, la limpieza de la Iglesia Parroquial en la que el barro, en el que encontramos varios animales muertos y ya en estado de putrefacción, tenía un espesor de casi un metro; las tardes las teníamos libres para que cada grupo atendiera las necesidades particulares de la ciudadanía que juzgara más perentorias.

Ya que nuestro grupo era muy numeroso, para las tareas de la tarde nos dividimos en otros cinco de unas siete personas cada uno.

El grupo vespertino en que yo estaba se comprometió a adecentar la casa de un matrimonio de gente mayor que tenía, además, un hijo, de unos treinta años, que, por padecer una enfermedad mental, estaba internado por lo general en un Psiquiátrico, aunque la pantanada le había sorprendido en la casa paterna.

El padre de familia, en su intento por llevar a su mujer al piso superior de la casa, se cayó y se fracturó un brazo. Por consiguiente nada podía hacer. Y su mujer estaba la pobre, casi ciega.

Cuando nosotros entramos en aquella casa, el panorama era desolador. Los tres habitantes de la misma estaban sentados en torno a una

mesa, llorando por la impotencia que sentían de no poder hacer nada para limpiar la planta baja –en la que se encontraban– que tenía varios palmos de barro en el suelo y cuyas paredes mostraban señales de suciedad hasta más del metro de altura que allí había alcanzado el agua.

Nos presentamos. Nos acogieron con muestras de cariño, sin dejar de reflejar en sus rostros el dolor que les embargaba. Nada habían comido aún –y ya eran más de las 15 h.–, pues la cocina estaba en lamentable estado también.

Lo primero fue conseguirles, con dinero que yo llevaba, unos bocadillos y agua embotellada en abundancia.

Como prioridad, nos marcamos limpiar la cocina y de este modo, el segundo día ya pudimos cocinar para ellos algo caliente tanto para la comida como para la cena.

En la limpieza del resto de la casa empleamos el resto de la semana y tuvimos la gran satisfacción de dejarla libre de barro y de la suciedad acumulada en sus paredes hasta la altura donde había alcanzado el agua.

Cada día nos compensaba de nuestros esfuerzos el ver con qué muestras de gratitud nos acogían y nos acompañaban mientras realizábamos nuestras tareas, los miembros de la familia.

Al despedirnos, la mujer nos dio, entre lágrimas de agradecimiento, dos besos a cada uno y su marido se presentó con un cartón de Ducados –el tabaco que me había visto fumar– y que me lo regaló al tiempo que me abrazaba.

¡Nunca un regalo –y son muchos y buenos los que he recibido– me ha llegado tan directamente al corazón! Aquel hombre se había gastado lo poco de que disponía tras la catástrofe.

Nosotros les dejamos preparada la cena y la compra hecha para los días siguientes. Y antes de partir del pueblo, pasamos nota a Protección Civil para que continuase atendiendo a aquella familia tan desvalida.

Fue, sin duda, aquélla una semana de *clases en medio del barrizal*, pero fue la semana en que más aprendimos los alumnos y los profesores que vivimos aquella experiencia.

5. *Dos alumnos se "travisten"*

Yo tenía por costumbre salir por las mañanas al exterior de la entrada del edificio de BUP y COU para ver subir la cuesta de la calle Padre Luis Amigó a las alumnas y alumnos y saludarlos al llegar al Centro.

Uno de esos días, lo que me pareció ver, allá a lo lejos aún, me dejó, en principio, un tanto perplejo. Aunque no con mucha claridad, a causa de la distancia, me pareció distinguir dos alumnos con falda y blusa. Y, conforme se fueron acercando, me percaté, ya con total nitidez, de que no era un espejismo lo que me había parecido ver, sino algo muy real, como testimoniaba también el jolgorio que, junto a ellos, se traían otros alumnos.

Decidí entonces entrar en mi despacho y esperar allí acontecimientos, que, no dudaba lo más mínimo, pronto se producirían.

Sonó el timbre de inicio de clases, y no sabría decir ahora si fue más rápido el cese de su sonido o que golpearan la puerta de mi despacho, solicitando el ingreso:

– *Adelante*, dije, esperando ver lo que inmediatamente vi.

Entraron y yo, casi sin levantar la vista de los papeles-escusa que tenía delante, les invité a sentarse.

Después de que tomaran asiento, les pregunté:

– *¿Qué os trae por aquí? ¿Qué queréis?*

Y ellos, como extrañados por mi pregunta, respondieron casi al unísono:

– *Que nos han expulsado de clase.*
– *¿Cómo?*, pregunté entonces yo, haciéndome el sorprendido.
– *Sí. Nos han expulsado*, sentenciaron.
– *¿Por qué?*, seguí interrogándoles yo, exponiéndome a que me considerasen un verdadero "gili".

Y ellos, sin verbalizar su respuesta, se limitaban a mirarse uno al otro, como diciéndose: "este tío es tonto, ¿por qué va a ser?".

Pero yo continuaba "haciéndome el sueco".

Entonces ellos, bajando la vista hacia su faldita que yo no podía ver al estar sentado e impedírmelo mi escritorio, me instaban con su gesto a que entendiera yo la razón de su expulsión.

Como yo continuaba sin darles a entender que ya había entendido desde hacía mucho rato, se pusieron de pie y, ya sin tapujos, me soltaron:

– *Por venir así al Colegio.*
– *La verdad es que estáis muy guapos,* les dije. *Ahora bien ¿podéis explicarme por qué habéis venido así?*

Entonces los dos, tomando de nuevo asiento me cuestionaron:

– *¿Podemos hablarte con claridad?*
– *Vosotros sabéis que sí. Aquí en mi despacho hay siempre libertad absoluta para que los alumnos puedan expresarse con claridad. Os escucho.*

Animados por la confianza que les trasmitieron mis palabras, empezaron más o menos así su razonamiento:

– *¿Este es, o no, un Colegio mixto?*
– *Por supuesto,* dije yo. *Vosotros mismos* –añadí– *me lo estáis confirmando con vuestro porte.*
– *Pues será, como dices, un Colegio mixto* –insistieron ellos–, *pero en toda la semana no logramos ver unas bonitas piernas de chica, pues ellas siempre vienen con pantalones. Y nosotros, para protestar, puesto que ellas han usurpado una prenda que, hasta hace poco, era básicamente masculina, nos hemos decidido a usar falda.*

Admirado por su razonamiento –y no estoy exagerando– les contesté inmediatamente:

– *Me habéis convencido. Venid conmigo. Volvéis a clase.*

Llegué a su clase, llamé a la puerta e, invitándoles a entrar, le dije al profesor:

– *Éstos dos vuelven a clase.*

El profesor, extrañado, me respondió:

– *¿Así como están?*
– *Sí*, le dije. *¿Hay en el Reglamento algún artículo que prohíba que las muchachas vengan con pantalones?*
– *No*, respondió enseguida.
– *¿En algún punto del mismo Reglamento se prohíbe que los muchachos vengan con falda?*
– *Tampoco*, dijo.

– *Pues ya que nada hay en contra, se reincorporan.*

Unas dos horas después, aprovechando uno de los recreos, los dos "travestidos" volvieron a solicitar entrar en mi despacho:

– *¿Qué pasa? ¿Os han vuelto a expulsar?*, pregunté.
– *No, pero queríamos pedirte permiso para ir a casa y cambiarnos, pues ya hemos hecho la protesta.*
– *¡Ah, amigos! De eso nada. Con falda habéis venido y con falda estaréis todo el día. Si mañana queréis volver con falda, o si preferís, "en pelotas" no importa. Ahora, tal como vengáis por la mañana, aguantaréis toda la jornada.*

Y así acabó la historia. Estoy convencido, conociendo como conocía a "mis" alumnos –y teniendo presente los tiempos de protesta que reinaban entonces en aquella incipiente democracia española que poco antes de llegar yo al Colegio se había visto seriamente amenazada por Tejero–, que si yo les llego a expulsar, ese día, del Colegio, como había hecho, aquel profesor, de su clase, al día siguiente se hubiesen presentado con falda la mayoría de los alumnos de BUP y COU, provocando una situación límite que, gracias a la manera con que afronté el hecho, se disipó sin más consecuencias.

XXVII

Sin pensarlo ni quererlo

Durante los dos cursos escolares que pasé en Monte-Sión, seguí cultivando, de alguna manera, la vocación de escritor e investigador que se había despertado en mí en Venezuela y que, aunque con muy poca intensidad, había continuado cultivando en mi último año en República Dominicana.

Aquí en Torrent, aunque durante la semana tenía un horario que me dejaba muy pocas horas libres, los sábados, domingos y fiestas, tras atender la capellanía de las Hermanas Franciscanas de La Inmaculada, disponía de tiempo suficiente para dedicarme a lo que yo comenzaba a asumir ya más que como un "hobby", como una verdadera vocación: el escribir y el investigar.

Aprovechando, pues, la libertad de que disfrutaba los días no lectivos, escribí seis pequeños artículos sobre San Francisco, que el padre Miguel Cabanas –con quien había hecho buena amistad durante mi última etapa en República Dominicana y que me había compartido muchas confidencias históricas que me serían muy útiles con los años para entender algunos de los entresijos de nuestra historia amigoniana– me había pedido para publicar en la revista *El Caribe*, que el dirigía, con ocasión del Octavo Centenario del Nacimiento de San Francisco.

También realicé en esta época, a petición del Superior General –el padre Luis Cuesta– un estudio lingüístico sobre la traducción al castellano, desde el original texto latino, de nuestro Decreto de Aprobación Pontificia. Era la primera vez que se me solicitaba, por parte de mis Superiores Mayores, una colaboración, que acabaría siendo la iniciadora de otras muchas que, con los años, me pedirían, especialmente desde el Gobierno General. En este estudio, que sería publicado después en *Pastor Bonus*, demostraba yo –creo que con adecuados argumentos lingüísticos y sintácticos– que la traducción de la parte del Decreto que hace referencia directa a la misión específica de la Congregación que

se había publicado en 1978 –y que decía: *expresen con toda claridad la apremiante caridad de Cristo Señor, sobre todo con los adolescentes extraviados, de tal manera, que, una vez arrancados del cieno de los vicios, se afanen en instruirlos con los medios más oportunos y en educarlos piadosamente*–, reflejaba con mucha más fidelidad el original latino, que la realizada en 1902 que se expresaba así: *compelidos por el singular ejemplo de Cristo Señor, ejercer la caridad con los jóvenes, de tal manera que, apartándolos con medios muy oportunos del cieno de los vicios, cuiden de instruirlos y educarlos piadosamente…*

Con todo, de los escritos y estudios que llevé a cabo en Monte-Sión, el que más repercusión tendría de cara a mi inmediato futuro, fue el que, a instancias del padre José Oltra –mi superior provincial entonces– realicé en colaboración con él mismo y que ambos presentamos como aportación personal al XVI Capítulo General bajo el título *Espiritualidad Amigoniana*. Este estudio, fue surgiendo, de alguna manera, a raíz de las conversaciones que el padre Oltra y yo habíamos mantenido durante la celebración –del 3 al 8 de enero de 1983– del VI Capítulo de la Provincia de La Inmaculada, que, por cierto, fue el primer Capítulo al que yo asistí, al haber renunciado en su día a acudir al IV Capítulo de esta misma Provincia –celebrado en 1977– por coincidirme con el *Viaje Fin de Curso* que yo, como tutor, organicé y realicé con los alumnos de COU de Caldeiro.

Poco antes de la celebración –en 1983– de este VI Capítulo Provincial al que estoy haciendo referencia, se habían realizado ya las votaciones para elegir delegados al también mencionado arriba XVI Capítulo General, convocado para el 14 de abril de aquel mismo 1983 en el Santuario Nuestra Señora de Montiel de Benaguacil, y yo no había quedado entre los cuatro Delegados que le correspondían a nuestra Provincia de La Inmaculada, sino como primer suplente, por lo que mis posibilidades de asistencia a este evento congregacional eran más bien escasas.

Sin embargo, el primer delegado electo –que era el padre Víctor Fernández Gallo–, aquejado de grave enfermedad, que se le manifestó de forma repentina, se vio obligado a presentar su renuncia al Consejo General, y éste, tras aceptarla, me convocó oficialmente a mí.

Cuando me llegó la citación oficial, les dije a mis alumnas y alumnos de COU que, dado que en abril faltaría a algunas clases –y siendo muy

difícil encontrar un sustituto de griego para pocas horas y por sólo unos días–, me ofrecía –como así hice– a darles unas clases extraordinarias antes de ausentarme y a darles otras más a mi regreso, a fin de ofertarles la mejor preparación posible de cara al examen de selectividad que tenían que rendir para ingresar en la Universidad. También esta segunda parte de mi compromiso pude cumplirla, a pesar de que en aquella Asamblea Capitular sucedió, como os contaré, lo que yo ni tan siquiera podía imaginar.

El 9 de abril –en vísperas ya del inicio del mencionado Capítulo– nos concentramos en Massamagrell, cabe el sepulcro del padre Fundador, un gran número de religiosos y religiosas amigonianos venidos de toda España y se hicieron presentes también muchos de los convocados para el ya próximo Capítulo General de los hermanos, provenientes de distintos países.

Al comenzar el acto en que se iba a proceder a la exhumación de los restos del padre Fundador, me embargó una grandísima alegría cuando el Superior General me escogió, junto a otros hermanos, para sacar del nicho el féretro de nuestro Padre y trasladarlo en hombros hasta la sala dispuesta para proceder a su apertura.

¡Con qué indescriptible emoción –que aún hoy me embarga al recordar el hecho– me introduje, cuanto me fue posible, dentro del nicho para arrastrar hacia fuera del mismo el pesado féretro! En el trascurso de esta operación, pude recoger algunos pétalos –que completamente secos por los cincuenta años transcurridos– estaba aún sobre el ataúd, como perennes testigos de lo que había sucedido en el funeral. Ni qué decir tiene que estos pétalos los he conservado siempre como preciada reliquia.

Y si emocionante fue el momento de la extracción del féretro, no lo fue menos el momento siguiente, cuando, acompañado de otros hermanos, lo trasladamos sobre nuestros hombros hasta el lugar que se había preparado para su apertura.

Con crecientes sentimientos de afecto y cariño y con evidentes muestras de los nervios que intentaba ocultar, viví el instante en que la superiora de la Casa de Massamagrell acercándose con la llave –que, desde 1934 habían venido conservando ininterrumpidamente las hermanas– la colocó en la cerradura del ataúd y, sin esfuerzo ni chirrido alguno, cual si se hubiese mantenido permanentemente engrasada,

cedió inmediatamente, y sin ninguna dificultad se pudo abrir la caja después de casi cincuenta años.

La visión que, al levantar la tapa del féretro, contemplé no se ha borrado nunca de mi memoria. Aunque parezca increíble, vi, a través del cristal que aún me separaba del contacto directo con el cuerpo de mi Padre Fundador, la misma imagen, que yo conservaba en mi retina, adquirida a través de las fotografías que le habían hecho antes de ser sepultado y que yo tantas veces había contemplado, extasiado. Esa imagen parecía como grabada en cristal y en ella se percibía con nitidez ese rostro apacible que le distinguió en vida y esa barba que dejaba traslucir, de alguna manera, aquella sonrisa que iluminó siempre su semblante y que, al decir de Lauzurica, "ni la muerte pudo borrar".

Permanecí de pie varias horas –que me parecieron minutos– junto al féretro, mientras los asistentes al acto pasaban reverentes delante de él para contemplar –y reverenciar a un tiempo– el cuerpo, de nuevo presente, de quien muchos de los que allí estábamos teníamos por "padre y maestro".

Tres días después –el 12–, 96º Aniversario de nuestra fundación, se procedió a la inhumación de nuevo de sus restos. Para entonces, había desaparecido el encanto que días antes nos había impresionado. Vestido ahora de capuchino y tratado ya su cuerpo para extraer las reliquias que fueron depositadas junto a él, en recipiente aparte, su rostro ya no era, ni mucho menos, el que habíamos contemplado, fuera de nosotros mismos, el día 9. Nos dijeron que, al abrir el cristal que lo protegía de la atmósfera exterior, aquella visión que habíamos tenido la dicha de admirar, se esfumó como por encanto; que los ornamentos pontificales que lucía y que nos habían parecido intactos, se deshicieron en gran parte como ceniza, al tocarlos, y que de su rostro, que nos había parecido hasta sonrosado, tan sólo quedó, tras la limpieza que se le hizo, un cráneo completamente desprovisto de cualquier resto de piel y que de pelo, tan sólo se había conservado, tal cual, la barba, que había sido depositada en un envase que se había incluido también entre las reliquias.

Antes de la nueva inhumación, tuve la oportunidad –que también me conmovió– de estampar mi firma en el documento que daba fe de la autenticidad de los restos que iban a ser sepultados de nuevo, y que fue depositado, dentro de un tubo de metal herméticamente cerrado, a los pies del féretro.

Finalizados estos actos tan entrañables que, si cabe, me acercaron afectivamente aún más a la persona de mi Fundador, el día 14, tal como había sido previsto, nos juntamos en el Santuario de Nuestra Señora de Montiel, en Benaguacil, los veinte capitulares que conformábamos el XVI Capítulo General de la Congregación.

Previamente a la apertura oficial de la Asamblea capitular, se tuvieron tres días de reflexión espiritual.

En la primera sesión propiamente dicha del Capítulo, se procedió, como está reglamentado en nuestro derecho particular, a elegir a los miembros que debían completar, junto al Presidente, que lo era por derecho el superior general del momento, la mesa de presidencia, es decir, al moderador y al secretario principalmente. También fueron elegidos los escrutadores.

Quienes hayan asistido a eventos con una estructura similar a la que tiene un Capítulo de la vida religiosa –y no hay que olvidar que la misma Constitución de los Estados Unidos está inspirada básicamente en las Constituciones de los Dominicos– sabrán que el cargo de secretario es, con mucho, el que conlleva un mayor trabajo adicional, pues el elegido no sólo tiene que estar atento y participar, como capitular que es, en los distintos debates –a menos que acepte ser anulado como tal capitular, cosa que, quien me conozca mínimamente, sabrá que es imposible en mi caso–, sino que debe tomar, al mismo tiempo, cumplida nota de las deliberaciones y distintas intervenciones que se produzcan para, concluidas las sesiones redactar, durante el tiempo que los demás capitulares tienen libre, las actas de lo acontecido en la jornada, que serán leídas y –si es del caso– aprobadas en la primera sesión de trabajo del día siguiente.

Por supuesto este "honroso y honorable" cargo suele estar reservado, por lo general, para el más joven –y por ende, inexperto de los capitulares– (*vulgo*, en casos similares a éste para el más "inocente" o, si se prefiere, el más "bobo" de los reunidos). Por lo que, en el caso que os estoy relatando, ya habréis deducido, sin exponeros demasiado a fallar, que el más "inocente" y "bobo" en esta ocasión fue servidor.

Por mayoría aplastante fui elegido secretario de esta XVI Capítulo General que, para más "inri", tenía la misión de estudiar y aprobar el texto constitucional que –tras dos textos provisionales ("ad experimentum") que venían rigiendo en la Congregación desde 1968– estaba

destinado a ser remitido a la Santa Sede para recibir una Aprobación Pontificia que le conferiría una cierta estabilidad en el tiempo.

Como es de suponer, esta extraordinaria misión asignada a este Capítulo en el que yo me estrenaba en estas lides a nivel general y en el que además era secretario, multiplicaba –y mucho– la ya de por si ardua labor de secretaría. Hubo que estudiar número por número el texto de las Constituciones y del Directorio y hubo que votarlo individualmente con los "modos" o enmiendas que se iban presentando y finalmente había que anotar el resultado de cada uno de los escrutinios, en los que se tenía que distinguir entre votos positivos, votos negativos y, si era del caso, votos "iuxtamodum" y estos últimos votos se convertían a veces en la práctica en un galimatías tal, que algunos de los capitulares, después de casi trescientas votaciones habidas a lo largo de aquel Capítulo, no llegaron a entender que un texto base quedase aprobado tal cual –sin ninguna modificación– cuando en la votación había alcanzado los votos necesarios para su aprobación, gracias a los votos obtenidos por uno o por los varios "modos" presentados.

Finalizada la ardua tarea de la aprobación de nuestra legislación propia –Constituciones y Directorio–, que se alargó unos siete días, se procedió al estudio de los otros temas expuestos por los religiosos, entre los que tuvo una especial resonancia el que el padre Oltra y yo habíamos presentado en nuestro ensayo *Espiritualidad Amigoniana*. El Capítulo asumió como propia la preocupación por profundizar en nuestro propio carisma, individualizando y profundizando sus valores más esenciales e identificantes.

Y tras todo esto, llegó el "momento de la verdad" es decir el momento de elegir al superior general y consejo que pudiesen llevar a buen puerto los acuerdos adoptados para afrontar de la mejor manera posible las necesidades que se habían considerado más prioritarias de cara al sexenio que iba a comenzar.

Los candidatos al cargo –o si se quiere, servicio– de superior general fueron fundamentalmente dos. Uno de ellos venía respaldado abiertamente por el Consejo General saliente, del que formaba parte; el otro fue el padre José Oltra, superior provincial de La Inmaculada, Provincia a la que yo pertenecía.

Hubo incluso –y creo que ha sido la única vez que se ha hecho, al menos en los cinco Capítulos Generales a los que yo he asistido– una

ronda abierta de intervenciones, en la que cada capitular que quiso pudo expresar sus opiniones sobre los candidatos e incluso manifestar por cuál de los dos iba a votar.

Yo me manifesté, sin tapujo alguno, por el padre Oltra, por considerar que era la persona más idónea para regir la Congregación en el momento histórico en que nos encontrábamos y por considerar, además, que era el líder ideal para llevar a término el desafío de lograr la clarificación de los elementos básicos de nuestra propia identidad espiritual, que el propio Capítulo había definido como lo prioritario para el futuro inmediato.

Elegido superior general, en la primera votación, el padre José Olra, los capitulares comenzaron sus deliberaciones y conciliábulos o corrillos de pasillo, para elegirle el equipo que mejor pudiera colaborar con él para llevar a cabo los objetivos propuestos.

Yo – lo recuerdo perfectamente– consciente de que no tenía ninguna posibilidad, dada mi juventud, e ilusionado por volver a mis quehaceres docentes en Monte-Sión, donde me sentía muy a gusto, ni tan siquiera participé en tales embrollos y permanecí solo, en la sala capitular, avanzando el trabajo de las actas.

Cuando volvimos a reunirnos en Asamblea a fin de proceder ya a la elección del Consejo General, el padre Luis Cuesta, superior general saliente –con esa picardía que le caracterizaba y que se traslucía, sin que él pudiera evitarlo, en una sonrisa medio torcida de su boca–, se me acercó y me musitó al oído: "vas de segundo consejero".

Yo lo tomé a chanza –y máxime conociéndole un poco–, pero en esta ocasión la cosa fue en serio, y, tal como me predijo, cuando llegó el turno de elegir al segundo consejero general, fui elegido para este cargo en la primera de las votaciones previstas, en la que se requería mayoría absoluta.

Concluidas las votaciones, pude conocer que había sido precisamente el propio padre Luis Cuesta –como dejé dicho en su página necrológica– quien, "con su innata habilidad para mover los hilos en la trastienda", promovió mi nominación, a pesar de que durante el Capítulo hubiésemos mantenido –en varias ocasiones y en especial en lo referente a la persona más apropiada para el cargo de superior general– posturas y puntos de vista divergentes, y supe también que lo hizo con el deseo e ilusión de que fuese yo principalmente quien

continuase profundizando en la propia identidad, en el propio carisma, en la propia espiritualidad. Temas éstos con los que él, se sentía en perfecta sintonía.

Y fue así como, *sin yo pensarlo*, y mucho menos *sin quererlo*, la Providencia –a través de los aciertos y desaciertos de los humanos– encauzó mi vida en una nueva y determinante encrucijada, que, en esta ocasión, como en otras que ya os he relatado, la opción de mi futuro no dependió directamente de mí. Acepté sí libremente la designación, pero lo hice secundando la voluntad de la mayoría de mis hermanos. Una voluntad en la que en ningún momento participé ni directa ni indirectamente y que, además, no estaba en la línea de mis deseos personales entonces.

Finalizado el Capítulo –del que, entre otras muchas cosas, me llevé, como preciado tesoro el cariño que en todo momento me brindaron todas las hermanas de la Casa de Montiel y, en especial, la amistad que entonces nació con la hermana Modesta–, regresé a Monte-Sión y, gracias al permiso concedido por el nuevo superior general, pude finalizar el curso, preparar adecuadamente a mis alumnos de griego de COU para el examen de selectividad –que aprobaron en su gran mayoría y alguno con extraordinaria nota–, asistí y presidí los Claustros y sesiones de evaluación de final de curso de todos aquellos, de los que yo continuaba siendo aún Director Técnico y, ultimados todos estos quehaceres y tras despedirme de todos, como ya antes os he adelantado, marché a Roma, donde establecí mi residencia, dando así inicio al capítulo –si no el más feliz, pues otros lo fueron más–, sí el más enriquecedor en cuanto a mi maduración personal.

XXVIII

Roma me enamoró

Ya durante mi primera visita a Roma –en el verano de 1973– empezó a nacer entre esta ciudad y yo mismo un cierto idilio de profundas raíces históricas, culturales y artísticas. Y este idilio se fue acrecentando cuando la volví a visitar en 1977, en 1981 y 1982.

Pero, a partir del 18 de septiembre de 1983, cuando me incorporé de forma definitiva a la comunidad de la Casa General y comencé a ser "ciudadano" de la Urbe y a contemplarla en consecuencia, no con ojos de turista temporal, sino con los de un residente oficial, mi relación con esta ciudad fue transformándose en un verdadero y duradero "enamoramiento".

Disfrutaba intensamente el ambiente que se respiraba en mi siempre querido y crecientemente añorado barrio de Monte Mario, en el que está ubicada nuestra Curia. Bien pronto, cumpliendo con mis obligaciones de administrador de la casa, empecé a frecuentar los comercios del entorno para hacer la compra diaria del pan, de la leche fresca y del periódico, y para adquirir, si era el caso otros productos como la carne o el pescado, las frutas y verduras, la pasta fresca… Y todo ello, con un italiano tan pobre por mi parte que si muchas veces los comerciantes me entendían, no era porque yo me expresara bien, sino porque ellos, con su inteligencia práctica, intuían lo que yo quería.

¡Con qué cariño recuerdo el Ideal-Bar, el Bar-Igea y sobre todo el Gepal Alimentari de mis amigos Sergio, Ada y Alberto, quienes, cuando ya había salido de Roma, por muchos años que hubiesen transcurrido, cada vez que los visité me recibieron con un cariño, que me hacía revivir la experiencia de un afecto mutuo, como recién estrenado el día anterior! Aquella tienda era un verdadero comercio "gourmet". Allí había de todo, y además de calidad. El prociutto di Parma, la mortadela boloñesa, los sabrosos quesos del país, las distintas clases –y todas

excelentes– de aceitunas, las variadas clases de pan fresco, empezando por las famosas y típicas "rosetas" romanas, la pasta fresca… y, con el tiempo, la pizza al taglio… ¡Qué delicia!

También era entonces una gozada coger la "Tessera" que daba derecho a usar el transporte público durante todo un mes –y que, al menos en la práctica, no era nominal, por lo que la podía utilizar cualquier miembro de la casa– y, provisto de ella, subirse al siempre recordado con cariño autobús 999, que hacía capolinea en Via Igea –a unos 50 m. de la bocacalle de Via Blumenstihl– y descender con él hasta la entrada del Metro Otaviano para, desde aquí, coger otros medios de transporte con destino a distintos lugares de la ciudad o encaminarse a pie hasta el cercano Vaticano.

Ciertamente la Roma de entonces –la Roma que me enamoró– no era la que se veía en 2018.

Los monumentos, por supuesto, continuaban siendo los mismos y algunos de ellos incluso más limpios tras su restauración, pero el tráfico, y sobre todo el tráfico de peatones, no tenía nada que ver con el de "mi" Roma. En ella, uno podía caminar, por ejemplo, por las anchurosas aceras de Via de Porta Angélica, contemplando al fondo parte de la Columnata de San Pedro, sin peligro de que le pisaran a la vez los juanetes de ambos pies. Y, al llegar a la Columnata, podía acceder libremente a la Plaza y a la Basílica sin necesidad de pasar controles, ni tener que hacer cola en interminables filas de turistas. Y lo que digo del Vaticano, vale también para otros monumentos como el Colosseo, Museos Vaticanos…, donde en 2018 sólo se podía acceder ya, con unos mínimos de "dignidad y sosiego", si se habían adquirido previamente las entradas *on-line*.

¿Dónde te has escondido tú, mi aquella querida Roma, que en el "ferragosto" te mostrabas casi desierta en tus calorosísimas calles y era casi imposible encontrar abierto algún negocio?

Tú sabes que, después de aquellos idílicos años en que te disfruté, he vuelto muchas veces a pisar los adoquinados de tus calles, pero cada vez te he visto más invadida por turistas que –lejos de disfrutarte con la paz y tranquilidad con que lo hice yo, recorriendo tus calles y rincones y descubriendo con frecuencia novedades que aumentaban mi emoción y acrecentaban mi cariño hacia ti– van, medio exhaustos y como autómatas, siguiendo ciegamente la banderita del guía de turno,

que los lleva de uno a otro lugar, casi "con la lengua fuera", como si lo fundamental fuera *el verte* y no, *el saborearte*.

Pues bien, amigos, a esta Roma que he intentado presentaros con cuatro "brochazos", si queréis inconexos, pero que para mí recogen lo esencial de las sensaciones y sentimientos que ella me suscitó entonces, es a la que llegué, para quedarme –de momento por seis años, aunque acabaron siendo doce– en septiembre de 1983.

Yo llegaba con la ilusión de atender a las distintas obligaciones del cargo que se me había confiado y de conocer la universalidad de mi Congregación, pero también con el esperanzado anhelo de poder comenzar lo antes posible mis estudios en el Bíblico, de cara al doctorado en Sagrada Escritura, mi gran sueño desde hacía ya algunos años.

Es verdad que ya en la reunión que todo el Consejo General habíamos tenido previamente en la propia Curia General –desde mediados de junio a mediados de julio–, el padre José Oltra, mi superior general, me había insistido una y otra vez que tenía que dedicarme primordialmente a profundizar en nuestra Espiritualidad Amigoniana y cumplir así uno de los acuerdos –sin duda el que más cerca de su corazón estaba– del Capítulo General que nos había elegido a los dos. Yo, sin embargo, siempre pensé que ambos objetivos –mis estudios en el Bíblico y mis trabajos de cara a profundizar la propia espiritualidad– no sólo no se contraponían, sino que se armonizaban, pues –así lo creía yo firmemente– los estudios bíblicos podían ser un muy buen punto de partida y una estupenda base para mejor lograr el objetivo pretendido con una investigación encaminada a clarificar y sistematizar el "propio ser y hacer". Es más, yo, en aquellos años jóvenes y de plenitud física e intelectual, me veía con fuerzas suficientes para afrontar, con garantías de éxito, ambos retos.

Sin embargo, el padre Oltra –hombre intuitivo donde los haya y con un gen de tozudez baturra muy arraigado en él– siguió insistiendo una y otra vez, sin cejar en ningún momento en su empeño, en que debía centrarme de forma exclusiva en el tema de nuestra Espiritualidad y para ello –pensaba él– los estudios más apropiados eran los de la Espiritualidad Franciscana.

Bien pronto me convenció de ello –no sé si por la fuerza de sus argumentos o por lo incansable de su machaconería– y cambié mis ilusiones bíblicas por las franciscanas y acabé matriculándome en los

estudios de Espiritualidad Franciscana, que se impartían en el Pontificio Ateneo "Antonianum".

No tardé mucho en reconocer –y ahora sí que no por insistencias ajenas– que la opción por el Antonianum había sido muy acertada, pues me ayudó a conocer a fondo la figura de San Francisco y su espiritualidad, que –como fui comprobando poco a poco y con creciente alegría– era substancial a nuestra propia vida y misión de amigonianos.

Académicamente hablando, las cosas no me las pusieron fáciles en aquel Centro de estudios franciscanos, pues, aunque reconocían y valoraban mi título de Licenciado en Teología, especialidad Sagrada Escritura, obtenido en Comillas, me permitían –eso sí– acceder al doctorado, sin tener que presentar de nuevo exámenes de licenciatura, pero con la condición de cursar y aprobar las trece asignaturas troncales que contemplaba el currículum de estudios franciscanos que allí se seguía. En un principio, esta decisión me desilusionó un poco, ya que me suponía tener que asistir diariamente a clase durante tres semestres escolares, pero bien pronto reconocí también que había sido muy apropiada la decisión, pues difícilmente hubiese podido yo elaborar y defender mi tesis doctoral en aquella facultad franciscana, si no hubiese adquirido el bagaje espiritual y cultural que aquellas trece asignaturas me iban proporcionando sobre San Francisco y su obra. Además, junto a conocimientos que me resultaron después esenciales para mi tesis, tuve la gran dicha de conocer personalmente a autoridades mundiales del ámbito franciscano, como fueron entre otros, los profesores Iacob Van Asseldoch, Matanic, Del Zotto, Regis Amstrong y, de modo más particular, si se quiere, a los capuchinos Lázaro Iriarte y Francisco Iglesias. Éste último influyó de forma decisiva, no sólo en mi itinerario como estudiante de aquella facultad –pues acabó siendo mi director de tesis–, sino también –y principalmente– en mi concepción de la *espiritualidad como encuentro con la raíces de la propia humanidad*.

¡Qué gran profesor –y mejor persona– fue para mí el padre Iglesias! A nadie como a él he oído explicar, con tanta libertad de espíritu, y tanta profundidad intelectual a un tiempo, los documentos del Vaticano II, particularmente en lo referente a la Vida Religiosa. ¡Cuánto tuvo que sufrir al ver cómo el espíritu conciliar era acallado por quienes tenían la gran responsabilidad de actuarlo! Y no obstante, no por ello dejó de ser un fiel hijo de esa Iglesia, al mismo tiempo santa y pecadora, que le

tocó vivir por largos años a la sombra de la Cátedra de Pedro. Cuando él salió de Roma y se estableció en la comunidad capuchina de Salamanca, lo visité y tuve la inmensa dicha de encontrarme con una mente enteramente lúcida y un corazón que seguía sufriendo al ver que en su siempre amada Iglesia, los representantes de las más altas esferas del "poder" vaticano vivían, si no en contra del mensaje evangélico, sí, al menos, al margen del mismo. "Cuando cruzas el Tiber y te encaminas al Vaticano –me dijo en medio de un dolor en el que se traslucía un inmenso amor– te llega inmediatamente a las narices un intenso tufo a putrefacción". "Me entristece profundamente –añadió– que quien está en la cima de la jerarquía eclesiástica (para entonces era ya Benedicto XVI) intente eludir su responsabilidad de hacer frente a tan repugnante hedor, entreteniéndose en sacar de nuevo a la luz, de entre los rancios arcones vaticanos, viejos trapos y vestimentas que creíamos ya definitivamente desterrados tras la celebración del Vaticano II".

¡Gracias de corazón, padre Francisco Iglesias, tú fuiste para mí, no sólo un hermano mayor en la vocación franciscana, sino sobre todo un padre que abrió todavía más los ojos de mi corazón para percibir, con nitidez creciente, el fresco –y siempre actual– mensaje del Vaticano II! ¡Gracias porque, con tu ejemplo, me enseñaste a ser crítico, sin dejar de ser nunca fiel, dentro de mis limitaciones, al mensaje de Cristo!

Tras este largo inciso, que he considerado irrenunciable para ser justo con la persona que tanto me ayudó en mi época de estudiante romano, retomo ahora el hilo principal de mis recuerdos académicos en el Antonianum, comentándoos cómo viví aquellos dos intensos cursos escolares entre sus muros.

Cada día lectivo –es decir de lunes a viernes ambos inclusive– después de la comida de mediodía, yo me subía, en Via Iggea, a mi querido 999 y llegaba con él al Metro en Ottaviano donde cogía la línea A con dirección a Anagnina, y tras pasar las estaciones de Lepanto, Flaminio, Spagna, Barberini, Repubblica, Termini y Vittorio Emanuele, llegaba a Manzoni, donde me apeaba y, caminando un poco, llegaba por Viale Manzoni a Via Merulana por la que subía unos pocos metros, en dirección a San Giovanni in Laterano, para entrar en el Antonianum por la puerta situada inmediatamente antes de llegar al solemne ingreso de su Iglesia-Basílica, dedicada a San Antonio de Padua. Aquí tenía clases desde las 15 a las 20 h. y al salir de allí –en invierno con la

sensación de ser un estudiante nocturno, pues el sol romano se oculta en esta época hacia las 17 h.–, emprendía el regreso a la Casa General, haciendo, a la inversa, el mismo itinerario que había hecho al venir.

Durante el primer curso –1983-1984–, al tiempo que realicé los trabajos que me iban pidiendo los profesores –y sin dejar de estudiar y presentar los correspondientes exámenes– realicé, y publiqué en *Pastor Bonus*, dos pequeños ensayos –*El pastor amigoniano,* y *Luis Amigó, profeta de misericordia y redención*–, con los que empecé a conocer y profundizar en los escritos de nuestro padre Fundador, pues hasta el momento sólo conocía, entre todos ellos, la *Autobiografía*, y no de forma exhaustiva. Al emprender estos ensayos, pretendía, además, ir estudiando –desde los escritos del Fundador– temas que me serían de utilidad para la elaboración de la tesis doctoral, que ya entonces empezaba a rondar por la cabeza y que, poco a poco, iba cobrando cierta forma, aunque fuese aún a grandes líneas.

Estando para finalizar el primer año escolar –y tras haber superado holgadamente las asignaturas cursadas–, empecé a diseñar el esquema de mi tesis, bajo la orientación de quien acababa de ser nombrado director de la misma, el padre Francisco Iglesias. De momento, opté por dividirla en dos partes. La primera dedicada a profundizar y sistematizar la espiritualidad personal del padre Fundador, y la segunda –en perfecta sintonía y simetría con la primera– a analizar y concretar cómo esa misma espiritualidad del Fundador se había ido transmitiendo a la Congregación, resaltando los matices propios del carisma fundacional y cómo los primeros religiosos, con sus aportaciones personales y comunitarias, habían ido asumiendo, configurando y enriqueciendo la espiritualidad misma legada por el Fundador, dándole así paulatinamente el sello que caracteriza e identifica el propio carisma de la Congregación.

Como labor para mi primer verano en Roma me propuse –y así lo hice– empezar a elaborar fichas de los escritos del padre Fundador; labor que pude realizar gracias a la edición que el padre Joaquín Guillén había realizado de los mismos en los cuatro tomos que él mismo tituló: *Autobiografía*; *Cartas, Circulares y Ordenaciones*; *Exhortaciones Pastorales*, y *Constituciones de las Terciarias y Terciarios Capuchinos*.

Finalizada esa labor, emprendí una tarea similar con los testimonios aportados sobre la vida y virtudes del Fundador, contenidos en

la *Colección de Fuentes*, recopilada por el padre Mariano Ramo, en la *Positio elaborada del Proceso Diocesano*, seguido por su Causa de Beatificación y Canonización, que ya había sido editada, y en la *Positio del Proceso Apostólico*, del que, aunque no había aún la luz, me facilitó amablemente su material el padre Agripino González, con quien, desde entonces, he colaborado siempre estrecha y amigablemente, respetándonos mutuamente nuestros distintos modos de pensar y sentir.

Comenzado el curso escolar 1984-1985 pude –gracias al esfuerzo realizado hasta el momento– presentar en la secretaría del Antonianum –allá por el mes de noviembre– el esquema de la tesis, con sus capítulos y apartados correspondientes, que había preparado junto a mi director. A partir de este momento, además de seguir, durante el primer semestre, las clases de las asignaturas que no había podido cursar el año anterior, fui elaborando los distintos capítulos que, una vez revisados y aprobados por el padre Francisco Iglesias, la hermana Rosalba Jelk Boom –a la que nunca podré agradecer lo suficiente todo lo que gratuitamente hizo por mí– los pasaba a máquina, cuando yo me desplazaba hasta su Casa General en Via Cassia y permanecía allí desde el viernes por la tarde hasta el domingo después de comer. Sólo así fue posible que, en un tiempo verdaderamente récord, yo pudiese presentar en secretaría del Antonianum mi tesis doctoral *Testigos del Amor de Cristo. Estudio sobre la espiritualidad del P. Luis Amigó y de los Terciarios Capuchinos*, y defenderla públicamente –antes incluso de que finalizase mi segundo curso escolar en este Centro de estudios– en el Aula Magna de esta Universidad franciscana. Junto al director del trabajo, el padre Francisco Iglesias, formaron el tribunal los padres, Lázaro Iriarte, capuchino y el padre Andrea Mercatali, franciscano menor. Este último, aunque no había sido profesor mío, fue incluido por ser un especialista en pedagogía franciscana, y la verdad es que fue también una delicia poder contar con su asesoramiento.

El 31 de mayo de 1985 tuve la dicha de defender mi tesis ante las personas que llenaban aquella Aula Magna. Entre ellas, se encontraba nuestro Consejo General, una muy buena representación de las hermanas terciarias capuchinas, varios religiosos amigonianos venidos desde distintas comunidades de Italia, muchos amigos, amigas y compañeros del Antonianum y mi hermano Ricardo y su esposa Conchín, venidos expresamente para el acto y cuya presencia fue motivo de especial

alegría para mí. Yo defendí la tesis vestido con nuestra túnica, cordón y escapulario, pues, aunque ésta última prenda no estaba entonces incluida oficialmente en nuestro hábito, quise ponérmela por haber sido éste el hábito con que yo había profesado en la Congregación.

Calificada la tesis de "Summa cum laude", me fue expedido ese mismo día el certificado de *Laureado* y cuando, hacia el mes de enero del siguiente año 1986, conseguidos todos los permisos, fue publicada ya la tesis y consigné en la secretaría del Antonianum los ejemplares prescritos, me fue expedido ya el título de *Doctor en Teología. Especialidad Espiritualidad Franciscana*.

La elaboración de esta tesis marcó fundamentalmente mi primer sexenio de estancia en Roma, aunque se sucedieron, durante el mismo, otros importantes acontecimientos que ahora os contaré a través de varias anécdotas, que recogen algunos de los principales sentimientos que experimenté entonces y que aún hoy conservo vivos en mi corazón.

1. *Amigos y conocidos*

Entre los amigos y conocidos de mi estancia en Roma, aparte de mis amigos del Gepal-Alimentari, que ya he nombrado, recuerdo en primer lugar –¿cómo no?– a nuestra querida cocinera Antonietta Gargano. Nadie como ella ha cocinado después –y hasta el momento en que escribo estas líneas– la pasta. Pero además de la pasta –en sus múltiples variedades–, era experta en otros platos de la tradicional cocina italiana, como los hinojos –finocchi– que preparaba al "burro e parmigiano", "melanzane a la parmigiana, el ossobuco, el arrosto di vitello, lasagna, el tiramisú… La pobre, sin embargo, era un tanto hipocondríaca y tenía cierta tendencia a la melancolía y expresaba sentimientos un tanto depresivos cuando hablaba de su hija –Maria Pia–, quien, frente a su hermano –Giuseppe– que ni "si sentiva", como decía la propia Antonietta, era para ella, en aquella época, un poco "dolor de muelas". Todo quedaba compensado con creces por el afecto que sentía hacia todos nosotros, los miembros de aquella comunidad romana, y que verbalizaba o exteriorizaba de alguna manera en medio de sus quejas siempre comedidas y cuasi-silenciosas. Antonietta fue en aquellos años

para mí tanto la manifestación más cercana de una "mamma italiana", como la imagen más expresiva de una Madre dolorosa. Aún recuerdo con simpatía –y un tanto de vergüenza– el día que, poco después de mi llegada a la Curia, y ante mi insistencia de comer algo que no fuese "pastasciutta", preparó unos garbanzos con caldo –aunque eso sí, acompañados con pasta pequeña– y no sacó nada para servirlos, y yo, dándomelas de "italiano consumado", le pedí, pronunciando la "z" con la sonoridad que se hace en la lengua de Dante, nuestro típico "cazo" y ella se presentó en el comedor toda sofocada y roja de reprimida vergüenza, como sólo después logré saber:

– *¿Cosa ha chiesto il padre?*

Y el padre Constantino, también él sorprendido y alarmado por mi expresión, si no italiana, italianizada muy bien, se adelantó a responderle:

– *Il padre ha chiesto il mestolo.*

Yo iba a corregirle, repitiendo lo que había dicho, sonoramente, pero algo me contuvo –inducido, quizá, por la expresión que leí en los rostros de mis hermanos de comunidad y sobre todo en el de Antonietta– y opté por un prudente silencio. Una cosa aprendí ese día: que nuestro *cazo* se llama en italiano *mestolo* y que nada tiene que ver con el vocablo italiano que tiene casi su misma grafía.

Junto a Antonietta, recuerdo también con sumo gusto y agrado a la familia Di Capua –Lelo (Samuele), Lía, Letizia, Cecilia, Anna y su marido Maurizio, y Paulo– que tanto me ayudaron –y en especial Lelo– en mis primeros meses en Roma, cuando –ausentes el padre Oltra y el padre Donato Gatto– tuve que hacer frente, como administrador que era, a la hospitalización del padre Gerardo Sotelo que presentó un repentino y preocupante cuadro nefrítico. Fue entonces Lelo el que me acompañó, dejando a un lado sus quehaceres, y en menos de veinticuatro horas conseguimos para el enfermo cartilla sanitaria oficial, cuando ni tan siquiera estaba reconocido aún como residente.

¡Gracias, Lelo, gracias, Lía! Siempre os he llevado en mi corazón y siempre me he sentido agradecido, no sólo por este importantísimo favor que acabo de reseñar, sino también por otros muchos que no por cotidianos me llegaron menos al corazón. Con el tiempo, Lelo me hizo llegar el memorándum que escribió sobre los avatares que pasó

en Roma durante la segunda Guerra Mundial por ser hijo de padre judío, aunque su madre fuese cristiana. Este escrito –que he conservado como preciado tesoro en mi archivo– me ayudó a comprender mejor la tragedia vivida por el pueblo judío en la Roma dominada por los nazis y a apreciar y admirar todavía más al bueno de Lelo.

No es menor mi recuerdo y agradecimiento por la familia Fiorilli –Nanda y Giuseppe, Fabio y Bárbara, Alberto y Alessandra–, pues siempre estuvieron y se mostraron cercanos a nosotros, "los padres españoles", como se nos conocía popularmente en nuestro barrio de Monte Mario. Alberto siempre venía, acompañado de su padre, a la misa dominical de 10 h. que yo solía celebrar en nuestra Curia cuando me encontraba en Roma, y pronto surgieron entre nosotros fuertes vínculos de amistad, que han permanecido a través de los años. De hecho, cuando iba a contraer matrimonio con Alessandra, me invitó a la boda, pidiéndome que fuese yo quien presidiese la ceremonia religiosa, como así hice, con gran alegría por mi parte.

Viene también a mi mente el recuerdo agradecido a la Comunidad de las Franciscanas de La Inmaculada de Via della Pisana de Roma, donde, durante mis primeros años de estancia en esta ciudad, solía pasar las tardes del domingo, jugando al parchís con la superiora de la casa, con la madre Esperanza Alcover, historiadora de la Congregación, y con monseñor Santos Abril, entonces minutante en el Vaticano y profesor de español del papa Juan Pablo II.

Tampoco pueden faltar en mi enternecido recuerdo romano Lisa –joven estudiante de medicina, con la que entablé entrañable amistad, aunque nuestra relación fuera más bien breve a causa de los muchos viajes que emprendí a partir de 1986– y la señora Marzo, frecuentadora empedernida de nuestra capilla y que siempre me distinguió con singular afecto. La pobre tenía ya más de setenta años cuando la conocí y permanecía viuda desde que su marido encontró la muerte entre las trincheras de la primera Guerra Mundial. Hecho este por el que siempre que la veía me venía a la mente la figura de la profetisa Ana de que habla el evangelio de Lucas.

Fiel a su marido, después de tantos años de viudez, la señora Marzo no había querido contraer nuevo matrimonio y concentró su afectividad en distintas mascotas que tuvo a lo largo de su vida. La que yo le conocí se llamaba Jolly. Era un perrito de minúsculas dimensiones,

en el que sobresalían la cabeza y la masculinidad. Pequeño como era, tenía un fuerte genio que expresaba con los ladridos que emitía cuando se acercaba algún desconocido o algún otro ejemplar de la raza canina, por más grande que éste fuera. Y precisamente por culpa de ese "geniecito" estuvo a punto de fenecer por el mordisco que le propinó un pastor alemán que debió sentirse profundamente ofendido por los "insultos" que intuyó, hacia él mismo o hacia su familia, tras los ladridos de aquel "ser insignificante". Casi partido por la mitad, con la columna vertebral como único hilo de unión entre las dos partes, quedó medio muerto el pequeño Jolly. La Marzo, con ternura maternal, recogió con sumo cuidado a su maltrecha mascota, procurando que no acabara de partirse. Lo llevó a un buen veterinario y, gracias a Dios, logró recomponer a la criatura que, desde entonces, caminó ya un tanto ladeada, aunque sin perder ni un ápice de su vivo genio. Con los años, la muerte de Jolly supuso casi un luto oficial para nuestra barriada de Monte Mario. La señora Marzo llamó desconsolada a la Curia, tan pronto como sucedió el fatal desenlace y el padre Oltra –yo no me encontraba en Roma–, en su persistente manía por quitar dramatismo a situaciones delicadas, provocó una tragedia mayor, que hizo exclamar a aquella buena señora que, al igual que no habían habido más maridos en su vida, tampoco habrían más mascotas:

– *Mai piu… mai piu…* repitió una y otra vez mientras le colgaba el teléfono.

Y a fe mía que su fidelidad a Jolly fue ya una constante que la acompañó hasta el momento de su propia muerte. El único consuelo que entonces le quedaba es que Jolly acabase estando en su mismo cielo, pues cuando un día me preguntó –gozando aún, su perrito, de perfecta salud– si las mascotas también irían al cielo, yo le respondí que sin duda, siempre que hubiesen sido "buenas". Y, a partir de aquel día, ella, metiendo a Jolly en una pequeña cesta, lo había llevado consigo a la misa dominical y había logrado que mantuviese un respetuoso silencio durante toda ella.

Y después de haberos hablado de Jolly, sería un "pecado de desagradecimiento" por mi parte no hablaros de "nuestra" Cati, "la gata más famosa de cuantas han protegido de roedores a la Curia General", tal como yo mismo la retraté en la semblanza necrológica que realicé sobre su gran protector, el padre Constantino Quintano. La Cati no

sólo era listísima, sino también muy dada a la "piedad", pues no era infrecuente encontrarla en profunda "oración" en la capilla de la casa, donde se retiraba, sabedora de que allí no la molestarían mucho. Respetuosa hasta la saciedad de las leyes eclesiásticas relativas al control de natalidad, no dejaba de escuchar nunca la llamada de su naturaleza para traer nuevos seres al mundo. Sobre su belleza yo no puedo opinar como experto, pero no debía ser poca, cuando gatos –hasta del Coloseo, creo– se acercaban a nuestra Curia cuando le llegaba el celo. Eran ellos los que venían y la cortejaban. Ella, como "señora" que era, los esperaba –sin dar señales de desesperación– en casa y se dejaba cortejar, no sin someter, a distintas pruebas de fortaleza y aguante, a sus pretendientes. En más de una ocasión, alguna feligresa, un tanto escandalizada, me dijo frases como ésta:

– *Padre, a la entrada esta su gata encaramada en lo alto de un pino, mientras que abajo, maullando, hay más de siete u ocho gatos.*
– *No se preocupe, usted* –les respondía yo, simulando con fingida seriedad mi picardía–, *la semana que viene la volverá a ver muy "piadosa" en la capilla.*

Aunque su descendencia fue innumerable –pues no faltó nunca a las exigencias de su natural gatuno–, sólo uno de sus hijos creció y permaneció largo tiempo en la Curia, por más que no sobrevivió a la madre. Se le bautizó como Gadafi por haber coincidido su nacimiento con el ataque perpetrado contra Libia por Ronald Reagan. Su pelaje era tan igual al de su madre, que cuando creció era difícil distinguirlo de ella a primera vista. Su carácter era más bien "blandito" y nada que ver con la fogosidad que distinguió a su madre. Fue muy casero desde pequeño –cosa que para una gata estaba bien, pero no tanto para un gato– y su falta de carácter le llevó a situaciones bastante "deplorables". De hecho, cuando su madre recibía a los amantes, el permanecía a una prudente distancia, pero en ocasiones –y en especial al anochecer– alguno de los pretendientes maternos –no demasiado agraciado durante la jornada, quizá– lo confundía "conscientemente" con su madre y él –haciendo honor o deshonor a su carácter– se dejaba confundir.

Al comenzar el sexenio 1989-1995, la Cati –cargada de años y desorientada al haberse marchado de la Curia su protector– empezó a "hacer de las suyas", y un miembro de la nueva comunidad –que no conocía ni su historial ni sus "hazañas", y por ende no era consciente

de “sus” derechos adquiridos– decidió prescindir de sus servicios. Un buen día la cargó en el coche, como si fueran de excursión, y al llegar a un descampado situado a varios kilómetros de casa, le abrió la puerta y la dejó allí abandonada. Pasó una semana y otra más, y cuando ya la habíamos dado por perdida, se presentó, hambrienta y somnolienta, en “su” casa, reclamando sus conculcados “derechos”. Unos días más tarde, de nuevo el mismo agente de la vez anterior se la llevó de “excursión”, pero en esta ocasión ya no regresó. Quizá el viaje había sido mucho más largo o quizá la “solución final” había acabado en tragedia. En fin, Cati, también a ti te recuerdo con cariño. ¡Cuántos momentos de tedio se convirtieron, gracias a ti, en momentos de distracción y contento!

2. *Comienzan los CAR*

Atendiendo una de las inquietudes manifestadas en el Capítulo General en que fuimos elegidos, en 1983, los integrantes del Gobierno al que yo pertenecía, empezamos a diseñar bien pronto unos cursos encaminados a favorecer, a nivel congregacional, la Formación Permanente de los religiosos. Tales cursos, una vez diseñados, los acabamos denominando *Cursos Amigonianos de Renovación*, queriendo poner de manifiesto, ya desde su misma nomenclatura, que su objetivo fundamental no era un aprendizaje conceptual, sino *cordial*. No se quería tanto aumentar saberes, cuanto potenciar esa *sabiduría* interior que radica en el corazón, como sagrario de sentimientos que es, y se manifiesta fundamentalmente en la felicidad que nace de “sentirse medianamente bien con uno mismo”.

El primero de esos cursos se desarrolló del 15 de enero al 15 de mayo de 1985. La etapa inicial del mismo tuvo como sede el Santuario de Nuestra Señora de Montiel de Benaguacil y estuvieron, como acompañantes de los cursillistas, el padre General y el encargado de la formación permanente a nivel general, el padre Sotelo. Yo no pude hacerme presente, pues para esas fechas estaba empeñado en presentar los exámenes de las últimas asignaturas que me quedaban, en ultimar mi tesis doctoral y en realizar todas las gestiones necesarias para la defensa de la misma.

Sin embargo, cuando el 1 de marzo de aquel mismo 1985, el curso se trasladó a Italia y se instaló en la "Villa Maria Inmacolata" que los capuchinos nos habían prestado y que estaba ubicada en Via dei Laghi, 80, de Marino, yo me uní ya al grupo con la intención de acompañar al padre Sotelo, que en teoría tendría que haber sido el director del mismo. Esta dirección y la consiguiente responsabilidad, bien pronto, sin embargo, cayó sobre mis hombros merced a una de esas jugadas maestras con que dicho padre solía "espantarse las pulgas" y pasar el testigo a quien estaba a su lado, que, al final embaucado por el arte con que él movía los hilos de la intrahistoria, se quedaba con la sensación de que no era él quien hacía el favor, sino el favorecido.

La ubicación de esta nueva sede era encantadora. La terraza de Villa Inmacolata daba directamente al lago Albano y enfrente mismo, al otro lado de dicho lago, se distinguía el Palacio Pontificio de Castel Gandolfo.

Con todo, las comodidades de la casa eran más bien escasas. Las habitaciones eran dobles o triples y los baños resultaban muy insuficientes para el número que allí nos juntamos.

Yo compartí habitación con el padre Marino Soteras y, además de impartir el curso de Espiritualidad Amigoniana que tenía asignado, afronté incluso labores de cocina, pues no contábamos con ninguna clase de servicio y todo corría a cargo de los participantes de aquel I CAR, que se puede calificar de "heroico", dadas las circunstancias personales de los cursistas y la escasez de medios que acompañaron su desarrollo en Marino.

Los ratos libres que me quedaban a lo largo de la jornada los dediqué, casi en exclusividad a preparar las introducciones y las notas de las partes de *Obras Completas* que yo me comprometí a trabajar, pues antes de comenzar este trabajo encaminado a la publicación de los escritos del padre Fundador en la BAC, el padre Agripino y yo nos dividimos la tarea. Yo, en concreto, me dediqué primordialmente a las *Exhortaciones Pastorales*, *Ordenaciones*, *Constituciones de las dos Congregaciones* y *Escritos varios*. La *Introducción General* la trabajamos entre los dos y de los Índices se encargó el padre Agripino junto a las partes restantes de los escritos.

Cuando el 15 de mayo finalizó este I CAR, faltaban tan sólo quince días para que yo defendiera mi tesis doctoral y tenía ya tan avanzado

el trabajo de *Obras Completas* –al igual que lo tenía también el padre Agripino– que bien pronto lo pudimos entregar a los directivos de la Biblioteca de Autores Cristianos, y así el 1 de febrero de 1986 se finalizó oficialmente su impresión.

Ese mismo año 1985, aún acompañé y dirigí, junto al padre Gerardo Sotelo, el II CAR, que se celebró del 31 de julio al 30 de octubre, entre las sedes de Sierra y Fara San Martino. Si de "heroico" he calificado el primero de estos cursos, no menos lo fue este segundo, pues nos tocó limpiar, adecentar y acomodar las dos sedes en que se realizó, que llevaban sin ser habitadas muchos años. Por lo menos, en este curso contamos ya con servicio de cocina, lo que facilitó grandemente que los cursillistas nos pudiéramos dedicar con más tranquilidad al desarrollo de las distintas materias y actividades.

Del 12 de julio al 6 de octubre de 1986 aún acompañé y dirigí, una vez más junto al padre Sotelo, el desarrollo del III CAR y, como venía haciendo en los anteriores, impartí el tema relativo a Espiritualidad Amigoniana.

En el IV CAR, celebrado del 4 de julio al 4 de octubre de 1987, no pude estar, pues me encontraba acompañando, como secretario, al padre General en su Visita Canónica a todas las Casas de América. Este curso fue dirigido ya por el padre Manuel Carrero, que dirigiría también los otros siete que se celebraron hasta que yo dejé de pertenecer al Consejo General, tras la celebración del XVIII Capítulo General. No obstante, continué impartiendo en esos otros siete Cursos Amigonianos de Renovación el tema *Espiritualidad Amigoniana*.

3. *El Manual de Espiritualidad*

Defendida la tesis, ultimado el trabajo al que me había comprometido de cara a la edición de Obras Completas del padre Fundador y finalizado ya el II CAR el 30 de octubre de 1985, emprendí inmediatamente la elaboración del *texto base* del *Manual de Espiritualidad Amigoniana*, que había sido uno de los deseos más queridos y prioritarios del Capítulo General de 1983.

La verdad es que no me resultó tarea complicada. Puesto que hacía poco que había defendido mi tesis doctoral y me encontraba completan-

do detalles y corrigiendo pruebas de imprenta para su publicación, yo tenía muy en mente las líneas maestras, los grandes valores y sentimientos que identifican y distinguen tanto la espiritualidad propia del Fundador, como la de la Congregación. Y el texto base del Manual vino a ser, pues, una especie de resumen muy concentrado de *Testigos del Amor de Cristo*, aunque distribuido en un esquema distinto y elaborado con una expresión escrita mucho menos académica y bastante más ligera.

Por tratarse de un texto que estaba destinado a tener carácter oficial, yo mismo, finalizado el trabajo de redacción del texto base –y tras haberlo presentado a la consideración del Consejo General–, solicité que se nombrase una Comisión encargada de revisar dicho texto, de corregir lo que considerasen oportuno y de enriquecer con nuevas aportaciones su contenido.

Atendida mi demanda, el Consejo General, con fecha 10 de marzo de 1986 nombró una Comisión, presidida por mí e integrada además por los padres Luis Cuesta y Víctor Fernández Gallo, a los que inmediatamente remití, para su estudio, el texto elaborado hasta el momento.

Meses más tarde, ante un agravamiento en la enfermedad que venía sufriendo el padre Víctor, el Consejo General sustituyó su baja en la Comisión, nombrando en su lugar al padre Ricardo Ollacarizqueta.

Concluido en Fara San Martino –el 6 de octubre– el III CAR, doce días después –el 18– viajé a España y reuní a la Comisión en la Curia Provincial de La Inmaculada. Nos impusimos un fuerte ritmo de trabajo y conforme íbamos avanzando en el estudio y aprobándolo, lo remitíamos semanalmente al Consejo General para su conocimiento. Y una vez finalizado todo el estudio, el Consejo General concedió la aprobación definitiva del texto y, en un tiempo récord, se finalizó su impresión con fecha 28 de enero de 1987.

En esa primera impresión, el título de la obra fue simplemente el de *Espiritualidad Amigoniana*, pues, a causa de alguna reticencia, con resonancia incluso dentro del propio Consejo General, se quiso evitar el vocablo *Manual*, aunque quedaba muy claro, en la presentación que de la obra hizo el padre José Oltra, que en realidad era tal.

Años más tarde, cuando en 2005 el Consejo General, presidido por el padre Tomás Barrera, me pidió oficialmente que me encargase de preparar una segunda edición, añadiendo, si era del caso, lo que juzgase conveniente, previa aprobación del propio Consejo General, el

mismo padre Tomás me insistió a que el título de la obra en esta nueva edición –que vio la luz en 2006– fuese ya el de *Manual de Espiritualidad Amigoniana*.

4. *Mis libros "romanos"*

Mis primeros libros fueron en verdad "romanos", pues fue en esta ciudad donde los escribí e incluso preparé su edición.

Hasta entonces yo había publicado –como os he ido contando– algunos artículos, pero no había abordado la elaboración de una obra que mereciese propiamente el nombre de *libro*.

a) *Un hombre que se fió de Dios* fue mi primer libro y precisamente por esta primacía y por haber salido directamente de mi corazón y haber sido plasmado por escrito "de un tirón" y en tan sólo una semana escasa, ha sido siempre la más apreciada por mí entre mis publicaciones.

   Lo escribí a petición de los dos Consejos Generales –el de las hermanas y el de los hermanos– con ocasión del Cincuentenario de la muerte del padre Fundador en 1984 y su primera edición –en lengua castellana– la realizó en Roma mi amigo Augusto –dueño de la imprenta Aldo Palombi– dentro aún del mismo año 1984. Posteriormente el libro –al que nunca he querido añadir, suprimir ni corregir nada para que conservara así la frescura de su primera edición– vio otras dos ediciones en castellano (1992 en Roma y 2009 en Valencia); una en portugués (1985 en Brasil), otra, en alemán (1991), dos, en italiano (1992 en Roma y 2017 en San Giovanni Rotondo), y otra más, en francés (1993), eslovaco (2001) y polaco (2004). En casi todas las ediciones se ha reproducido en la portada, realizada en distintos colores de fondo, el diseño que hizo para la primera edición mi amigo y hermano scout, Paco Pando.

b) *De Jerusalén a Jericó*, lo escribí a petición de las hermanas de la comunidad de Massamagrell para conmemorar el primer Centenario de esta Casa. Interpreté en él la historia de esta fundación –la primera de las hermanas– al trasluz de la parábola del Buen Samaritano, que bajando de *Jerusalén a Jericó* se encontró un hombre herido y

caído a la vera del camino y lo atendió. La publicación, con muy buenas y apropiadas ilustraciones de Ana Miralles –cuyos originales se perdieron, por desgracia, después de la edición– vio la luz en Valencia en 1985.

c) *Testigos del Amor de Cristo*. Fue ésta mi tesis doctoral, que se acabó de imprimir en Roma, en la imprenta Aldo Palombi, el 6 de enero de 1986 y que tuvo dos versiones. Una de ellas, la más sobria, con mi currículum vitae impreso al final, con tapas de cartulina beis y con todas las referencias de datos en la portada misma, tal como pedía el Antonianum, tuvo una tirada limitada al número de ejemplares que había que depositar en su secretaría para la expedición del título de doctor. La otra –de 1.000 ejemplares– con tapas de color, mostraba en su portada anterior el diseño que realizó ex profeso Álvaro Beltrán Bueno y en la portada posterior dos pequeñas recensiones realizadas, una por el padre José Oltra y la otra, por quien había sido mi director de tesis, el padre Francisco Iglesias.

d) *Hombres con pasta de mártires*. Escrito a petición del padre José Oltra para sensibilizar a los religiosos acerca de nuestros hermanos muertos violentamente en el transcurso de la Guerra Civil Española (1936-1939), cuando ya se veía cerca la apertura del Proceso para su Beatificación por martirio. Este libro fue editado en Valencia a principios de 1987 y con los años sirvió de base al que publiqué en 2000, también en Valencia, sobre los mártires amigonianos, bajo el título de *Hombres recios y entrañables*.

e) *En la Casa del Padre. Necrologio Amigoniano (1889-1988)*, escrito como homenaje a los religiosos fallecidos en la Congregación hasta el 31 de julio de 1988. Fue publicado en Madrid a finales de aquel mismo 1988.

Junto a estos cinco libros publicados durante mi primer sexenio en el Gobierno General, escribí también varios artículos, entre los que quiero señalar de forma particular, por lo significativo que fue, y sigue siendo para mí, el *Comentario a la Carta Testamento del P. Luis Amigó*, publicado en *Pastor Bonus* en 1986. También publiqué, en este mismo período, en colaboración con el padre Agripino González, el folleto, incluido en 1988 en la revista *Vida Nueva*: *Luis Amigó, testigo entre los marginados*.

Aunque escritos y publicados ya durante mi segundo sexenio de permanencia en la Urbe (1989-1995), quiero elencar aquí también, creando con ello unidad de contenido, estos mis otros *libros romanos*:

f) *Estadística de la Congregación*. Publicado en 1990, como apéndice del Tomo VI, volumen II de la Historia de la Congregación del padre Tomás Roca. Con él quise completar el homenaje a los religiosos que habían profesado en la Congregación durante su primer Centenario de fundación; homenaje que había iniciado dos años antes con la publicación del Necrologio *En la Casa del Padre*. Si en éste habían quedado los religiosos fallecidos en la Congregación, en la *Estadística* me proponía recoger también –y homenajear– a todos aquellos otros religiosos que, habiendo profesado en la Congregación durante sus primeros cien años de vida, no habían fallecido en ella, al haberse retirado por distintas causas. Fue éste un trabajo muy arduo, pues en el archivo general no había nada propiamente dicho al respecto. Es cierto que en los inicios de la Congregación se llevaba una especie de matrícula de los ingresos en un libro especial dedicado a tal fin, pero este *Libro de Matrícula*, aparte de seguirse tan solo hasta enero de 1903, se había conservado parcialmente mutilado. Tuve, pues, que partir de los datos que se conservaban en los *Libros de Actas del Consejo General*, haciendo fichas de los nombres de postulantes y profesos que allí aparecían para ir clarificando así la estadística de religiosos ingresados cada año. También tuve que investigar en distintos archivos eclesiásticos y civiles para ir completando datos de filiación que no aparecían en dichos Libros de Actas… Esta publicación fue reeditada –a petición del superior general del momento, el padre Ignacio Calle–, ampliando la Estadística de los religiosos hasta finales de 2010.

g) *Rutas Amigonianas*. Escrito a petición de la hermana Mª Reyes, superiora provincial de Provincia de La Sagrada Familia, para que sirviera de ayuda práctica en las distintas peregrinaciones a los lugares amigonianos. Fue publicado en Valencia en 1992 por las hermanas.

h) *Fortaleza y Ternura*. A petición del Consejo General de las Hermanas, escribí este libro para recoger la vida y el testimonio martirial de las hermanas Rosario, Serafina y Francisca. Fue editado en Madrid en 1994. Posteriormente ha tenido otra edición en castellano (2001), dos ediciones en italiano (1997 y 2001) y una, en inglés (2001).

i) *Guías de estudio para la historia de la Congregación*. Escribí este libro, leyendo para ello con detenimiento toda la ingente obra histórica del padre Roca y haciendo fichas de la misma. Lo hice por iniciativa propia y con el propósito de que sirviera de ayuda a los juniores en el desarrollo de los Cursos de historia incluidos en el *Plan de Estudios de 1992*. Fue editado en Madrid en 1994.

También quiero resaltar, junto a estos cuatro libros escritos durante mi segundo sexenio en Roma, estos otros artículos y publicaciones efectuadas en este mismo período de tiempo: *Francisco de Asís. La grandeza de servir* (que apareció en *Pastor Bonus* en 1992), los textos del cómic *Luis Amigó. El apóstol de los extraviados* (publicado por Editions du Signe en 1992, en castellano, inglés, alemán, italiano y francés), el *Prontuario* (elaborado para favorecer la redacción de distintos documentos contemplados en nuestro derecho particular. Este Prontuario apareció en edición fotocopiada (promanuscrito) en 1993 y el *Reglamento, Memoria y Catálogos del Archivo General. Sección histórica*, que publiqué, el 30 de junio de 1994, en edición fotocopiada, como resultado de la organización que yo mismo había efectuado del material histórico del Archivo General durante los años 1989-1995.

5. *Un viaje de doce meses*

Desde el 18 de octubre de 1986 hasta el 20 de octubre de 1987 estuve ausente de mi residencia oficial en Roma, y mi vida se convirtió durante este tiempo en un continuo "ir y venir de acá para allá".

Mi primer destino en tan largo viaje fue España, donde transcurrió mi vida desde ese mes de octubre de 1986 hasta marzo del siguiente año 1987. Aquí trabajé en un primer momento –como ya os he dicho– con la Comisión nombrada al efecto, en la redacción final del Manual de Espiritualidad Amigoniana y posteriormente, tras la aprobación del Consejo General, cuidé su edición.

También aproveché el tiempo para pasar en casa de mi hermano Ricardo las fiestas navideñas; para cuidar la edición de mi libro *Hombres con pasta de mártires* e incluso para presidir en Alcalalí, por delegación del padre general, el funeral que aquí se celebró, el 15 de febrero

de 1987, por el alma del padre Vicente Serer, fallecido en Colombia el 5 de dicho mes.

Mi sede durante estos meses de estancia en España fue el Seminario San José de Godella, aunque desde aquí me moví por distintos lugares y comunidades e impartí varios cursos, especialmente sobre espiritualidad y pedagogía amigoniana, a hermanas y hermanos.

El 15 de marzo de aquel año 1987, emprendí el viaje rumbo a América, acompañando, como secretario, al padre General que iba a efectuar la segunda de las Visitas Canónicas de su primer sexenio a todas las Casas de la Congregación establecidas en este Continente. No era la primera vez que yo le acompañaba en este quehacer. Ya anteriormente, le había acompañado –desde el 14 de octubre al 20 de diciembre de 1985– en su Visita Canónica a las Casas de España de la Provincia de La Inmaculada.

Aquel mismo día 15 de marzo, llegamos a Río de Janeiro, iniciando así un periplo que, durante seis largos meses, nos llevaría por Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela, República Dominicana, Puerto Rico, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, Méjico y Estados Unidos.

Fue un viaje precioso que me hizo conocer todas las Casas de la Congregación en América y muchos de los hermanos que hasta el momento no había visto nunca. En él hubo momentos súper agradables –que fueron, con mucho, los más– pero hubo también otros que no lo fueron tanto. Entre estos últimos, quiero resaltar el susto "cuasi" mortal que nos dio el avión que nos trasladaba desde La Paz a Cochabamba, cuando poco antes de entrar en la gran "olla" en que se encuentra esta ciudad boliviana, las alas del aparato estuvieron a punto de golpear uno de los picos montañosos, al sufrir, el avión una súbita y muy fuerte caída a causa de un "bache de aire" cuando ya estaba iniciando el descenso. Es la única vez que yo he visto pasar, como en un sueño instantáneo, toda la "película de mi vida" y el susto del incidente me provocó un agudísimo dolor de cabeza que no se me quitó en dos días. Como momentos que más me impactaron positiva y agradablemente durante este inolvidable viaje americano, apuntaría: la visita a las ciudades de *Río de Janeiro y Sao Paulo* en Brasil, que desde muy pequeño tenía ilusión de conocer; la estancia en Santa Cruz, donde nos hospedamos con los jesuitas y tuvimos la dicha de conocer aquí un padre jesuita

natural de Gandía y ya muy anciano que quería venirse con nosotros a España y que al preguntarme con qué volvíamos nosotros y decirle yo que con *tartana*, empezó a batir sus manos con la alegría propia de los niños, mientras repetía una y otra vez, "¡qué bien, qué bien, con tartana y todo"; la estancia en Quito, donde estuvimos hospedados en el Colegio de los Jesuitas, en el que se produjo el "milagro de la Virgen" y la visita al Santuario donde se conserva el Cuadro milagroso, y la estancia en Ciudad de Méjico, donde visitamos la ciudad, oramos ante la Virgen de Guadalupe y conocimos las Pirámides aztecas que se encuentran en sus alrededores.

El 1 de octubre de 1987, aterrizamos en Madrid-Barajas y, tras unos días de descanso familiar y de obligadas visitas a amigos, regresé a Roma el 20 de aquel mismo mes de octubre. Para entonces habían pasado doce meses y dos días desde mi salida de la Casa General.

6. *Las paellas dominicales*

Durante los doce años que residí en Roma, casi todos los domingos que me encontré presente en la Curia, cociné para la comunidad de la Casa General y para los invitados –que siempre los solía haber– la paella, ese plato tan típico de mi tierra valenciana.

Con bastante asiduidad solían acompañarnos también los hermanos de Boccea, donde se encontraba la otra de nuestras Casas en la Urbe y en la que, junto al padre Gaetano Greco –promotor y "alma mater" de la obra que allí se desarrollaba en favor de los jóvenes necesitados de ayuda o egresados de la Cárcel de Menores–, se encontraban jóvenes religiosos de la Provincia italiana de San Francisco, que seguían estudios en alguna de las facultades eclesiásticas romanas. Entre estos jóvenes –y algunos no ya tan jóvenes– recuerdo que frecuentaron las "famosas" paellas de la Curia: Albino Gesmundo, Tonino Zoccano, Eduardo González, Feliciano Innocente, Benedict Pinheiro, Paulson Panakal… y por supuesto el padre Giovanni Vergallo, que, cuando estuvo de comunidad en Casalotti, era uno de los fijos y solía aprovechar la ocasión para almacenar información "privilegiada", pues aunque él no soltaba nunca "prenda" de lo que se "cocinaba" en la Comisión

Vaticana para la América Latina, de la que era miembro, le gustaba preguntar novedades "curiales" cuando venía a nuestra Casa y mostraba especial interés en interrogarme a mí, creyendo –quizá inducido por las muchas historias que me inventaba y que él acogía como ciertas– que yo tenía informaciones "muy novedosas" de dentro y de fuera. Claro que dejó de interrogarme el día que le hice creer que el Papa estaba a punto de nombrar cardenales a Kiko Argüello y a la Madre Teresa de Calcuta y él, aunque decía no darle crédito, extendió la "primicia" en el entorno, haciéndola pasar como información privilegiada suya. Cuando el "bulo" se descubrió y quedó en evidencia, ya nunca más creyó en mis "noticias", aunque continuamos siendo buenos amigos.

Pero volviendo al tema central del relato que aquí os quiero trasmitir, tengo que deciros que aquellas comidas dominicales en torno a la paella, aparte de ser un buen fermento de fraternidad y de alegría compartida para las dos comunidades amigonianas de Roma, sirvieron también para extender nuestro círculo de relaciones con otras comunidades religiosas y hasta con distintas personalidades de la propia Curia Vaticana.

Recuerdo, por ejemplo, las visitas de varios capuchinos pertenecientes a la comunidad de la Curia General: el propio padre General –el padre Flavio Roberto Carraro, posteriormente obispo de Arezzo, primero, y de Verona, después– o los padres Jaime Zudaire, Lázaro Iriarte, Aurelio Laita, Saturnino Ara… y sobre todo el padre Francisco Iglesias. Además de ellos, gustaron mis paellas, el Cardenal Casaroli –del que luego os contaré algunas anécdotas–, monseñor Alejandro Mestre, jesuita y arzobispo coadjutor de La Paz (Bolivia) –que nos invitó al padre Oltra y a mí a visitar, en su habitación de enfermo en la Curia General de los Jesuitas, al padre Pedro Arrupe–, el Cardenal Gantin –que, cuando el padre Oltra lo llevaba de regreso a su residencia le contó un chascarrillo romano, famoso por aquellos días, que decía que "para ser obispo en España se requerían tres condiciones: no ser muy inteligente; ser muy obediente y fiel a Roma, y ser valenciano, añadiendo además que: de las dos primeras condiciones se podía dispensar, pero de la tercera, no"–, el padre José Angulo –superior general de la Tercera Orden Regular Franciscana y que había sido profesor mío en Comillas– y todo una larga serie de otros invitados, que en este momento ya no logro recordar con nitidez.

7. *Al Papa le gustó el turrón*

El 12 de abril de 1988 comenzó oficialmente en la Congregación el *Año Jubilar* proclamado con ocasión de la celebración del *I Centenario de nuestra Fundación*, que se cumplía en la misma fecha del siguiente año. Con tal motivo, previendo el paso por Roma de los integrantes del V Curso Amigoniano de Renovación, se pidió a la Casa Pontificia el poder concelebrar con el Papa en su capilla privada del Vaticano.

La gracia fue concedida, y el 29 de septiembre de aquel 1988 –fecha en la que finalizaba además dicho Curso de Renovación– tuvimos el privilegio de asistir y concelebrar con Juan Pablo II. Yo, para entonces, ya había tenido la oportunidad de concelebrar con él en Castelgandolfo en agosto de 1984 y en la capilla del Vaticano el 30 de noviembre del mismo 1984. Posteriormente volvería a concelebrar con el Papa en su capilla de los Apartamentos Pontificios el 12 de diciembre de 1991, festividad de la Virgen de Guadalupe.

Retomando, sin embargo, la concelebración de aquel 29 de septiembre de 1988 –que constituye el hecho central de esta anécdota que ahora quiero trasmitiros–, os he de decir que yo, dado que la asistencia a la misa papal, nos fue concedida con ocasión de la celebración de nuestro Centenario, juzgué conveniente llevar conmigo el *Libro de Oro* que se había abierto para la ocasión, y, junto a él, cargué también con una botella de Brandy "Cardenal Mendoza" y unas pastillas de turrón de nuestra tierra alicantina.

Cuando mis hermanos los frailes me vieron con aquella carga, empezaron a decirme:

– *¿Pero tú te crees que vamos a ver a la tía del pueblo?*
– *Sólo te falta coger las gallinas y una cesta de huevos…*

Tanto me avergonzaron, que dejé en casa el brandy y el turrón y me quedé sólo con el *Libro de Oro*, aunque también esto pareciera, a alguno, improcedente.

Llegamos a la capilla del Papa –tras pasar los correspondientes controles, que dicho sea de paso, no fueron demasiado exigentes– y concelebramos con él la Eucaristía.

Al finalizar la misa, esperamos de pie en una sala contigua a que el Papa pasara a saludarnos individualmente.

Al llegar donde yo estaba, le dije, sin excesivos rendibuses mientras le señalaba el *Libro de Oro* que llevaba conmigo:

– *Santidad ¿una firmita?*
– *Ahora después* –me dijo al tiempo que me indicaba con el dedo la mesa que había en medio de la sala–, *te acercas y te firmo.*

Finalizados los saludos, él se dirigió directamente a la mesa y se sentó, yo me acerqué, mientras mis compañeros me miraban –entre extrañados y asombrados– desde el sitio donde se encontraban, pues no se les permitió acercarse a la mesa.

Abrí el libro, se lo puse delante y le ofrecí mi estilográfica para que firmara con ella.

Al tiempo que él estampaba la firma, junto a una corta dedicatoria, yo le susurré:

– *Santo Padre, yo le traía brandy y turrón españoles.*
– *¿Y dónde están?*, exclamó, dirigiendo hacia mí su mirada.

Y entonces yo –natural en mi expresión, como me ha gustado ser siempre aun cuando me haya podido dirigir a autoridades– le respondí:

– *Aquéllos, mis hermanos* –y le señalé el grupo que se mantenía a distancia– *me han afeado tanto que yo trajese esos presentes, que me los he dejado en casa.*
– *Mañana* –añadió él, sin casi inmutarse– *los traes y los dejas a la Guardia suiza del Portone di Bronzo para que se los entreguen a monseñor Estanislao.*

Al salir de los Apartamentos Pontificios, un monseñor, enviado por el Cardenal Casaroli –entonces Secretario de Estado del Vaticano– nos esperaba y nos condujo directamente a la Secretaría de Estado –tal como se acostumbra hacer con los Jefes de Estado en visita oficial al Vaticano, que tras saludar al Pontífice, se dirigen a entrevistarse con el Secretario de Estado– y en la entrada misma de las oficinas nos esperaba el Cardenal en persona que quiso ser nuestro particular "cicerone" mientras visitábamos las dependencias. Y recuerdo que, mientras estábamos en una de ellas, uno de mis hermanos –dando muestras de cómo el atrevimiento y la insensatez guardan una relación inversa con el sentido común– le preguntó al Cardenal:

– *Qué opina, usted, de Casaldáliga?*

Y el Cardenal, dejando muy claro de por qué había llegado a Secretario de Estado y no se había quedado en un simple minutante, le respondió diplomáticamente:

– *Muy buen poeta.*

Terminada nuestra "Visita de Estado" al Vaticano, regresamos a casa. Pero al día siguiente –a temprana hora y sin consultar ya nada a nadie, pues para eso tenía "mandato papal"– cogí el brandy y el turrón y me dirigí al Portone di Bronzo donde consigné mis presentes a la Guardia suiza para que se los hicieran llegar a monseñor Estanislao. Una semana más tarde, se recibió en nuestra Curia una tarjeta de la Casa Pontificia, firmada por don Estanislao, agradeciendo el detalle que se había tenido con el Papa.

A partir de entonces, el enviar brandy y turrón españoles al Papa desde nuestra Curia, al llegar las Navidades, se convirtió ya en un "rito", que se mantuvo en vigor muchos años.

A mí, sin embargo, siempre me quedaba al principio la duda de si el Papa probaría, o no, los productos que le enviábamos, hasta que un día, pasados ya algunos años de la primera vez, el Cardenal Casaroli me dijo en uno de nuestros encuentros en Casalotti:

– *¿Padre, a que ya habéis enviado al Papa el turrón navideño?*
– *Sí* –le respondí– *¿cómo lo ha sabido?*
– *Anoche* –me comentó– *después de cenar, el Papa me llamó a mis apartamentos y me dijo: "Agostino, sube que tus amigos los frailes españoles ya me han hecho llegar el turrón".*

Y fue así como, ya sin ninguna duda, supe que Juan Pablo II, no sólo comía el turrón que le enviábamos, sino que, además, le gustaba.

8. *Entrañables recuerdos de Casaroli*

Algunos de los recuerdos más entrañables que yo me traje de Roma para siempre están relacionados directamente con el Cardenal Casaroli.

Yo le conocí gracias a mi hermano y siempre querido amigo, el padre Gaetano Greco, que era Capellán de la Cárcel de Menores de Roma, que el Cardenal frecuentaba semanalmente desde que era un simple sacerdote al servicio ya de la diplomacia vaticana.

El padre Gaetano, en aquellos años de mi estancia en Roma, aparte de atender la Capellanía, congregó en torno a sí un buen número de voluntarios que le acompañaban y le ayudaban en su labor con aquellos menores en situación problemática, y como es natural siempre que este grupo de voluntarios se reunía para tener un tiempo más amplio para la reflexión, se sumaba el propio Cardenal a quien los voluntarios –al igual que los mismos muchachos de la cárcel– llamaban simplemente "Padre Agostino".

En alguna de las ocasiones en que se reunía el voluntariado –que solía hacerlo en nuestra casa de Casalotti, donde el padre Gaetano estaba emprendiendo trabajos para acondicionar, en las instalaciones preexistentes, una Casa para acoger jóvenes egresados de la cárcel o con problemas– el propio padre Gaetano me pedía –y yo siempre accedí gustoso– a que les cocinara una paella para cenar.

Y una de esas veces –en concreto el 16 de noviembre de 1996, cuando yo ya no residía en Roma, pero me encontraba en la ciudad organizando el Archivo General de las hermanas terciarias capuchinas– el Cardenal Casaroli llegó casi a la hora de cenar, después de haber compartido mesa, al mediodía, con el Presidente de Cuba, Fidel Castro, de visita al Vaticano. Entró ufano y contento y, como solía hacer, se dirigió donde yo estaba cocinando y me dijo sonriente, al tiempo que me largaba un habano, sabedor, como era, de cuánto apreciaba yo entones el humo:

– *Toma este puro que me ha regalado hoy Fidel. He pensado que tú lo sabrás apreciar y aprovechar bien.*

Agradecí infinitamente el detalle, pero ¡oh, miserable de mí!, cometí el imperdonable error de fumármelo aquella misma noche en la sobremesa. ¡Cuántas veces me he arrepentido de ello! ¡Cuánto hubiera lucido en mi pequeño museo aquel cigarro-puro regalado nada menos que por el propio Fidel! Pero ya que no ha quedado para la historia el objeto, quede, al menos, el recuerdo.

Y hablando de recuerdos, quiero trasmitiros ahora otras cuatro anécdotas que quedaron grabadas en mi corazón y en las que estuvo involucrado, en primera persona, mi querido Cardenal, al que, con ocasión de su muerte, quise dedicar uno de los editoriales que en su día escribí para *Surgam*:

a) *Sólo pretendo que se sientan queridos*. Este primer hecho anecdótico, al que quiero hacer ahora referencia, lo recogí en mi libro *Francisco de Asís y los marginados*, en el que quise hacer un homenaje a la profunda sensibilidad y sabiduría pedagógica del Cardenal.

Ya antes os he comentado que Casaroli solía ir semanalmente a la Cárcel de Menores de Roma desde que era un joven sacerdote. Pues bien, en estas visitas semanales –en las que, incluso estando de viaje con el Papa, cuando era Secretario de Estado, procuraba hacerse presente a través del padre Gaetano, al que llamaba interesándose por todos y cada uno de los jóvenes internados– solía llevarles a los muchachos distintos presentes y regalos, atendiendo al gusto particular de cada uno de ellos.

Uno de esos días de visita, al salir de *Casal del Marmo* –así se llamaba dicha Cárcel de Menores – una joven periodista le preguntó:

– *Eminencia, ¿no cree que lo que usted hace por estos muchachos no es sino un acto de paternalismo?*

– *Yo* –le contestó al cardenal con la sencillez que le distinguía– *seguramente no sé de psicología tanto como usted. Yo sólo pretendo que estos jóvenes se sientan queridos ahora y puedan tener en el futuro la oportunidad de recordar que alguien les quiso como eran en esta difícil y traumática experiencia de su vida*.

b) *Van a pensar que es carnaval*. Sucedió este hecho el 25 de febrero de 1989, cuando celebramos en la Iglesia romana de Sant 'Andrea della Valle –la que posee la segunda cúpula más grande de la ciudad sólo por detrás de la del Vaticano– el Centenario de nuestra Congregación en la Urbe.

El Cardenal se había comprometido desde hacía tiempo a presidir la Eucaristía, pero, a última hora, el Papa le comprometió a celebrar una ordenación episcopal en Cerdeña ese mismo día por la mañana.

Dado el afecto que le unía a nosotros –y ante la imposibilidad de llegar de otro modo a tiempo para nuestra celebración, programada en horas de la tarde, le pidió a uno de sus amigos que le cediese su avión particular para trasladarse a Roma tan pronto finalizase la ceremonia en Cerdeña. Y atendida por el amigo su petición, voló hacia Roma sin tan siquiera asistir al posterior convite.

Tanta premura, motivó que él, –en contra de lo que solía hacer cuando venía a nuestra Curia o cuando iba a Casal del Marmo, en

que vestía simplemente una sotana negra sin ningún distintivo de su rango y cargo– se presentase en Sant 'Andrea con todos los "capisayos" propios de un Cardenal, capa roja incluida.

Finalizada la misa, en la que pronunció una muy bella y sentida homilía –cuyo original mecanografiado y dedicado de su puño y letra conservo, cual preciado tesoro, en mi archivo personal–, nos trasladamos, caminando, a un vecino restaurante, cercano a Largo Argentina, donde habíamos dispuesto que se sirviera un abundante piscolabis.

Cuando él salió del templo, vestido con aquellos llamativos colores rojos, los muchachos venidos de la Cárcel de Menores, asombrados al no haberlo visto nunca en "tecnicolor", se agolparon en torno a él y caminaban así, dando muestras de jolgorio y alegría.

Y fue entonces cuando el Cardenal, dirigiéndose a los que íbamos detrás, dijo medio divertido:

– *Como vengan los "carabinieri", nos van a detener, pensando que hemos organizado un carnaval fuera de tiempo.*

c) *Buenos chicos, pero un poco exagerados*. Uno de esos días en que cenamos con el Cardenal, lo acompañamos, el padre Gaetano con su coche y yo, a sus apartamentos ubicados en la Ciudad del Vaticano y debajo mismo de los ocupados por el Papa.

Al ir a entrar por Santa Ana, la guardia suiza que no reconocía el coche, nos paró y, al no ver a primera vista al Cardenal, que iba sentado detrás, empezó a pedirnos la documentación y a preguntarnos dónde íbamos.

El padre Gaetano, haciendo una señal hacia los asientos traseros, le dijo al guardia:

– *A llevar a sus apartamentos al Cardenal.*

Tan pronto como aquel suizo distinguió la figura de Casaroli, hizo sonar un silbato que llevaba consigo y "en un plis-plas" se formó la guardia y saludaron marcialmente al Secretario de Estado.

Cuando ya nos separamos de ellos y nos dirigíamos a sus apartamentos –que tuvo la delicadeza de mostrarme– comentó divertido:

– *Son buenos chicos* (refiriéndose a los guardias suizos), *pero un poco exagerados a veces.*

d) *El título que no logré*. Uno de aquellos días en que el Cardenal vino a la Curia y yo cociné la paella –para entonces ya había comido varias cocinadas por mí– yo le dije "entre broma y veras":

– *Mi ilusión sería cocinar una paella para el Papa en los Apartamentos Pontificios, y lo único que pediría a cambio sería un pergamino que me acreditase como "paellero pontificio".*

En un primer momento pensé que Casaroli se lo había tomado a broma, pero pasado no mucho tiempo, cuando nos volvimos a encontrar, me dijo:

– *Lo de cocinar la paella para el Papa no lo he olvidado y poco a poco voy ultimándolo todo.*

Posteriormente, con tantos viajes del Papa el asunto se fue retrasando y cuando ya parecía que iba a ser posible, e incluso se había empezado a barajar alguna fecha en concreto, el Papa fue intervenido –el 12 de julio de 1992– de un tumor en el colon y el Cardenal me dijo:

– *Vamos a olvidarnos de momento de la paella, no sea que nos echen la culpa a nosotros de alguna otra enfermedad.*

Y así se quedó ya la cosa. Yo no pude cocinar la paella para el Papa y ya no logré nunca mi anhelado título de *Paellero Pontificio*.

¡Con la envidia que te hubiera dado, mi buen amigo José Manuel Durá!

9. *Centenario de nuestra Fundación*

En 1989 –año en que tocaba celebrar un nuevo Capítulo General– se cumplía el I Centenario de la Fundación de nuestra Congregación, por lo que el Capítulo de 1983 nos comprometió, a los integrantes del Gobierno que él mismo acababa de elegir, a organizar y celebrar adecuadamente tan fausto acontecimiento.

Lo primero que –como Consejo General– determinamos, llegado el momento, fue que, con ocasión de nuestro Centenario, proclamaríamos un *Año Jubilar*. Dicho *Año Jubilar* se acabaría abriendo oficialmente –como después se verá con más detalle– el 10 de abril de 1988 y se concluiría el 15 de abril de 1989.

Conforme se fue acercando la fecha prevista para la apertura de aquel Jubileo, el Consejo General acordó redactar, y enviar a todos y cada uno de los miembros de la Congregación, un *Mensaje* especial. Para la redacción del texto base de dicho mensaje, el propio Consejo General nombró una Comisión conformada por el padre Constantino y por mí. Una vez concluida esta labor, el Consejo en pleno, estudió dicho texto base, lo enriqueció y finalmente lo aprobó y firmó el 2 de febrero de 1988. El Mensaje se hizo llegar, como se había previsto, a todos los hermanos, bajo el título *Zagales del Buen Pastor*.

Casi al mismo tiempo, y como preparación inmediata para el inicio del Año Jubilar, el Consejo General preparó también unas *Guías de reflexión* en torno a temas muy propios y característicos de la propia identidad y espiritualidad amigoniana. A mí me tocó preparar las guías correspondientes al *Buen Pastor* y a *Nuestra Madre*.

También fue iniciativa del Gobierno General la confección de unas Medallas conmemorativas del acontecimiento que fueron elaboradas artísticamente –y con general aplauso por parte de cuantos las recibieron– por la Casa milanesa *Damiano Colombo e Figli*. Posteriormente –y con los mismos bajo-relieves de las Medallas– se hicieron asimismo, en la misma Casa milanesa, unos llaveros.

El 10 de abril de 1988 tuvo lugar en Godella una Eucaristía, presidida por el Nuncio, monseñor Mario Tagliaferri, que estuvo acompañado por monseñor Jacinto Argaya, monseñor Santiago García Aracil, el Abad mitrado del Valle de los Caídos, fray Emilio Mª Aparicio Olmos y por muchos terciarios capuchinos. Con esta Eucaristía quedó oficialmente abierto el *Año Jubilar*.

Cada Provincia y comunidad, por su parte, fueron realizando durante ese Año distintas celebraciones, de las que se dio cumplida noticia en la revista *Cien Años de Presencia Amigoniana*, publicada desde la Curia General para recoger lo relativo al Centenario.

El 9 de abril de 1989 –seis días antes de la clausura oficial del Año Jubilar, televisión española retransmitió desde el Seminario San José de Godella la Misa dominical, presidida por el padre Oltra y en la que yo concelebré.

El día 12 –fecha exacta en que se cumplían los *Cien Años de Fundación*, el padre Oltra y yo acompañamos a pie a los seminaristas y educadores del Seminario de Godella desde el Convento capuchino de

La Magdalena hasta la Cartuja de El Puig. Reproducíamos así el camino que nuestros primeros religiosos realizaron el 14 de abril de 1889, Domingo de Ramos, aquel año.

Finalmente, el 15 de abril de aquel 1989 se celebraría, en la explanada situada delante del Colegio Monte-Sión en Torrent, la Misa de Clausura del Año Jubilar, presidida por el arzobispo de Valencia, monseñor Miguel Roca Cabanelles. Concelebró el superior general de la Tercera Orden Regular Franciscana, el padre José Angulo, nuestro Consejo General en pleno y muchos de los capitulares del XVII Capítulo General que iba a iniciarse el 24 de aquel mismo mes de abril de 1989.

Yo, por mi parte, con ocasión de la preparación y realización del Año Jubilar, publiqué estos dos artículos de índole histórica: *Apuntes de nuestra historia* (en *Pastor Bonus* 1987) y *Apuntes de nuestra historia II. Carta edificante* (en *Pastor Bonus* 1988).

Coincidente además con este Año Jubilar –aunque no relacionada directamente con el mismo– efectué –desde el 21 de noviembre de 1988 al 16 de enero de 1989– una gira por Colombia, Venezuela, Guatemala y Costa Rica, presentando a hermanos y hermanas las *Fuentes* para el estudio del padre Fundador (*Obras Completas* y *Positio*) y enseñando algunas claves para su manejo.

XXIX

Me sobraron tres años

El 14 de abril de 1989, recién concluidas las celebraciones de nuestro I Centenario congregacional, se reunió, de nuevo en el Santuario de Nuestra Señora de Montiel, al igual que había hecho el anterior, el XVII Capítulo General, al que yo asistí como consejero general. El 28 de ese mismo mes, fue reelegido superior general el padre José Oltra y, al día siguiente –el 29– también yo fui reelegido segundo consejero general.

Si os tengo que ser sincero, en esta ocasión la elección no suscitó en mí ni la mitad de la ilusión que había experimentado seis años antes.

Entonces yo, aparte de colaborar activamente en las tareas propias del Consejo General, anhelaba conocer la universalidad de la Congregación y realizar, en Roma, mis estudios de doctorado. Pero ambos sueños habían sido cumplidos ya con creces.

Ahora era consciente –es cierto– de que aún podía seguir aportando mucho al gobierno central de la Congregación y por eso acepté, aunque –repito– con un cierto desánimo, por haber empezado ya, de alguna manera, a echar en falta la dedicación directa a la educación de los jóvenes, que, hasta 1983, había marcado mi itinerario vital, bien fuera, impartiendo la enseñanza, bien fuera acompañando procesos personales de crecimiento integral de quienes me habían sido confiados.

Una sola cosa me ilusionaba de verdad al comenzar este segundo sexenio y creo que también esto me impulsó –y posiblemente más de lo que ahora logro calibrar– a decir "sí" al cargo de consejero para el sexenio 1989-1995. Y esta ilusión no era otra que la de organizar y catalogar nuestro Archivo Histórico General. Yo había tomado conciencia de la urgente necesidad de este trabajo cuando, estando elaborando mi tesis, tuve que citar en ella documentos inéditos que se encontraban en el Archivo Congregacional –Actas de Consejo General, Ordenaciones de Visitas Canónicas, Circulares de los Superiores Generales, Cartas de

los religiosos…– que yo citaba simplemente como que se encontraban en el Archivo General de la Congregación.

Pero, cuando el padre Francisco Iglesias empezó a revisar los primeros capítulos, me dijo:

– *Juan Antonio, no basta con poner Archivo General, hay que indicar en qué sección, apartado y carpeta del mismo se encuentra depositado el documento citado.*
– *Es que nuestro Archivo* –le respondí yo, un tanto avergonzado al empezar a tomar conciencia de cuán grande era la carencia en la organización de nuestro Archivo Histórico– *está metido en paquetes, en dos grandes armarios, sin catalogación alguna.*
– *Pues tenemos que buscar una solución* –me dijo entonces él–, *pues de otra forma nos echarán la tesis para atrás.*

Y como solución transitoria se le ocurrió, en un principio que hiciésemos una catalogación provisional –y un tanto "artificial"– del Archivo. A mí me pareció bien, pero, conforme fui avanzando el trabajo, él mismo consideró mejor las cosas y concluyó:

– *Dado que las citas de escritos inéditos son más bien escasas, no vamos a recurrir a ningún artificio. Cita simplemente que los documentos en cuestión se encuentran en el Archivo de la Curia General (ACG), pero, tan pronto podáis, emprended la organización y catalogación de vuestro Archivo, pues es algo fundamental para poder citar documentos que se encuentran en él –y que no han sido publicados– en futuros estudios.*

Esta advertencia del padre Francisco Iglesias, la recibí ya entonces como un encarecido encargo que me hacía una persona tan querida y respetable para mí y que tanto apreciaba no sólo a nuestro Fundador, sino también a nuestra Congregación. Y aunque en el primer sexenio no pude abordar esta labor –entre otras cosas porque el que estaba entonces a cargo de la Secretaría General no era persona que fácilmente se dejase ayudar en trabajos que dependían directamente de él, aunque él no estuviese dispuesto a emprenderlos– tuve que renunciar, al menos de momento, a mi propósito, que, no obstante, siempre continuó vivo en mi interior.

Al finalizar el Capítulo General de 1989 –y viendo cómo había quedado conformado el nuevo Gobierno General– pensé que era llegado

el momento de abordar aquella "asignatura pendiente" y así lo expuse en el primer Consejo que los integrantes del nuevo Gobierno celebramos a principios de mayo de aquel mismo 1989.

No tuve que esforzarme demasiado para convencer a mis hermanos, pues el nuevo secretario general, a quien, según el derecho propio, correspondía la guarda y custodia del Archivo, no sólo no tuvo ningún inconveniente en que yo me encargase de la sección histórica del Archivo –reservándose él la sección viva del mismo–, sino que incluso agradeció –y mucho– mi oferta de ayuda.

Facilitadas, pues, las cosas, el 10 de mayo de aquel 1989, el Consejo General, al tiempo que me nombraba Procurador General de la Congregación ante la Santa Sede, me encargó oficialmente la organización de nuestro Archivo General Histórico.

De momento, no pude ponerme manos a la obra, pues a principios de julio marché a España para impartir, en Sierra-Albacete, clases en el VI CAR y acompañar su marcha mientras el encargado del mismo se tomaba unos días de descanso familiar. Aprovechando esta estancia en Sierra, di una tanda de Ejercicios Espirituales –del 16 al 22 del mismo mes de julio– a los juniores de la Provincia del Sagrado Corazón que se encontraban aquí con su prefecto, el padre Miguel Palacios. Días más tarde –del 30 de julio al 5 de agosto– di otra tanda de Ejercicios para religiosos en el Seminario San José de Godella.

Ya de nuevo en Roma, emprendí, sin pérdida de tiempo, la tarea que se me había confiado respecto al Archivo General, que, desde un principio, me propuse que fuese el trabajo que mejor identificase mi segundo sexenio en Roma, como lo había sido la elaboración y defensa de mi tesis doctoral en el sexenio anterior.

Para actuar con el debido conocimiento en tan delicada labor, me matriculé en un Curso de Archivística, organizado e impartido por personal de los Archivos Vaticanos. Logré cursar todas las asignaturas, que me fueron de gran provecho para mi trabajo, pero no pude presentarme al examen final por coincidirme con el viaje que durante el mes de mayo de 1990 realicé, en compañía del superior general, con destino final en Filipinas. No obstante, este curso, aparte de los muchos y muy valiosos conocimientos de archivística que me aportó, me sirvió para participar en una inolvidable *visita guiada*, que todos los cursillistas realizamos, acompañados de personal muy cualificado, a los fondos de los Archivos

Vaticanos, en los que, entre otras cosas de gran interés, me impresionó de forma especial el contemplar algunos de los códices más antiguos que se conservan de la Biblia y el poder sostener en mis propias manos la bula de la declaración dogmática de La Inmaculada Concepción.

Al tiempo que asistía por las tardes a ese curso de archivística, comencé a cotejar, durante las mañanas y todos los ratos que me dejaban libres mis obligaciones dentro del Consejo, todo el material que había "almacenado" en aquellos dos armarios en que estaban depositados los documentos antiguos. Leía con detenimiento cada documento y, en un primer momento, los fui clasificando, por materias, en unos diez grandes bloques.

Al finalizar ese trabajo, sentí un gran temor y temblor. Había sacado todos los documentos históricos y los había ojeado y "hojeado". Mi despacho –situado en la buhardilla de la Casa General, donde, hasta el comienzo del sexenio 1989-1995, había estado ubicada la Secretaría General, que había pasado ahora a la planta baja– estaba "sembrado" de montones de papeles, cuya ordenación en aquel momento sólo yo conocía. De aquí que lo que con más insistencia le pedía entonces al Señor es que me diese salud para poder conducir a buen puerto lo que había iniciado.

El siguiente paso fue realizar un primer esquema de lo que sería la sección "documental" del Archivo, pues para entonces ya tenía yo decidido que junto a esta sección tenía que implantar otra –no menos importante– destinada a Biblioteca del Archivo, en la que se recogiesen debidamente catalogados los libros de la Congregación –tanto los manuscritos, como los publicados, bien de forma oficial por la propia Congregación, bien a nivel particular por alguno de sus religiosos, ex-religiosos…– o aquellos otros libros que, por su naturaleza, tuviesen especial interés para nuestro Instituto o hiciesen alguna referencia explícita al mismo.

El trabajo fue arduo y, a pesar de que siempre he tenido gran disposición al trabajo y le dedicaba muchas horas durante las jornadas laborables, y las que no lo eran, tan sólo hacia el mes de abril de 1990 –organizadas ya las secciones y subsecciones de la parte documental– estuve en disposición de empezar a catalogar en su lugar correspondiente los distintos manuscritos, organizándolos, dentro del apartado correspondiente, por riguroso orden cronológico.

Tras un obligado paréntesis –en el que me dediqué a preparar la *edición minor de la Positio del P. Fundador*, que vio la luz el 9 de junio de 1990 y cuya *Nota editorial* firmé con mis iniciales J.A.V.; a acompañar, del 10 de mayo al 6 de junio, al padre General en su Visita Canónica a Filipinas, y a impartir clases en el VII CAR, al tiempo que dirigía, del 1 de julio al 28 de septiembre de aquel mismo año 1990, el I CAF– reemprendí mis trabajos en el Archivo y, a principios de 1991, éstos habían avanzado bastante y yo empezaba a ver la luz de la finalización de un proyecto que me había ilusionado siempre, pero que, en algún momento, me había asustado un tanto, temiendo no ser capaz de conducirlo a buen término.

Comenzado precisamente ese año 1991, hubo un acontecimiento del que quiero dejar constancia, por considerarlo de gran importancia en el ámbito eclesial, el 7 de febrero fallecía el padre Pedro Arrupe, ex-superior general de los jesuitas, hombre fidelísimo al Concilio y gran impulsor de la renovación de la Vida Religiosa a la luz del espíritu conciliar y que, precisamente por esto se granjeó –por muy inverosímil que pueda parecer– no pocos padecimientos en una época en la que el propio Papa, quien debiera haber sido el principal promotor del Vaticano II, se convirtió en el gran "freno" a la hora de actuar su doctrina y espíritu. Yo, como os he comentado, había visitado al padre Arrupe en su lecho de enfermo y sentía por él una especial admiración y cariño, por lo que quise hacerme presente en su funeral, concelebrando en la Eucaristía que se celebró –el sábado 9 de febrero– en la Chiesa del Gesù y que estuvo presidida por el cardenal Martínez Somalo.

En abril de ese mismo año 1991, desarrollé en España una agenda bastante intensa: del 5 al 7, impartí en Cádiz un cursillo a las Hermanas del Rebaño de María sobre los valores esenciales de su carisma; el 12, pronuncié, en Santa Rita-Madrid, la Conferencia Inaugural del Congreso Centenario de la Pedagogía Amigoniana, *Relación existente entre Carisma y Pedagogía*; a continuación, viajé al Santuario Nuestra Señora de Montiel en Benaguacil para dictar la charla *El carisma del padre Fundador en marginación Infanto-juvenil*, en el transcurso del I Encuentro Congregacional sobre educación de las Hermanas Terciarias Capuchinas, y finalmente, el 26 formé parte del Tribunal examinador –en la Universidad de Valencia. Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Sección Pedagogía– de la Tesis doctoral que

presentó doña Amparo Gombau Soler *Origen y Desarrollo Científico del Sistema Educativo Amigoniano. Una alternativa a la reeducación de menores*.

Posteriormente, dediqué intensamente la primera quincena de mayo a proseguir los trabajos organizativos del Archivo General, hasta que, del 21 de dicho mes de mayo hasta el 29 de junio acompañé al padre General en su Visita Canónica a las Casas de España de la Provincia del Sagrado Corazón.

De regreso a Roma, proseguí con mis labores en el Archivo que tuve que interrumpir de nuevo, para impartir –en el Auditorio de la Curia General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Roma del 15 al 19 de julio de 1991– un *Curso sobre Escritos de San Francisco* para formadoras y formadores franciscanos. A este curso, que dicté a petición expresa del padre Lázaro Iriarte y que se realizó con traducción simultánea, asistieron más de doscientas personas entre hermanas y hermanos.

Finalizado ese curso, regresé a España para acompañar unos días el VIII CAR y dar en él las clases que tenía programadas.

Ya otra vez en Roma, me enfrasqué de nuevo en el –siempre apasionante para mí– trabajo organizativo del Archivo, que tuve que interrumpir por enésima vez para viajar –del 2 de octubre al 26 de noviembre de aquel mismo 1991– por Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Perú y Colombia, presentando las "Fuentes" para el estudio del padre Fundador.

A mediados de marzo de 1992 –tras unos meses intensivos de dedicación– no sólo había finalizado la organización y catalogación del material documental histórico preexistente en la Curia General, sino que incluso había reunido y catalogado también –en locales anejos a la sede central del Archivo en la buhardilla de la Casa General– la Biblioteca que había proyectado como complemento de la sección documental.

Casi cumplido, pues –al menos en sus líneas fundamentales– el trabajo del Archivo que me había autoimpuesto como objetivo esencial a desarrollar durante mi segundo sexenio en la Urbe, viajé a Bélgica y Alemania para presentar las Fuentes del padre Fundador. A continuación, realicé esto mismo en Montiel –entre el 10 y 12 de abril– para hermanas y hermanos.

Fue precisamente al regresar de este viaje a Bélgica, Alemania y España cuando se me manifestó abiertamente una crisis interior que yo venía presintiendo desde hacía ya algún tiempo.

Estando un día en el Archivo, enfrascado en mi trabajo, me empezaron a saltar las lágrimas "sin ton ni son", acompañadas de una melancolía que me envolvía y angustiaba de forma creciente.

Pasados dos o tres días en tan triste situación, me decidí a enfrentarme a mí mismo y me dije:

– *Esto que te está ocurriendo debe ser lo que los psicólogos llaman una depresión.*

Comencé, pues, a autoanalizarme y descubrí que había algo dentro de mí que no estaba funcionando. Empezaba a sentirme hastiado de aquella vida romana, me faltaba el oxígeno del diario ejercicio de la misión entre los jóvenes y la misma vida comunitaria de la Casa General –en la que tan pronto éramos muchos, incluyendo visitas, como me quedaba medio solo– me descentraba también.

En un primer momento, se me pasó por la mente dimitir de mi cargo de consejero general y regresar a mi Provincia de origen, pero bien pronto deseché la idea, pues por una parte siempre me ha gustado ser consecuente y cumplidor con los compromisos adquiridos y, por otra, no quería dañar a la Congregación, ya que venía siendo hora de que un Consejo General elegido en Capítulo permaneciese inalterable hasta el Capítulo siguiente. Cosa que, por unas razones u otras, no sucedía desde el Consejo General elegido en 1962.

En consecuencia, decidí hacerme a mí mismo esta promesa:

– *Cuando acabe este sexenio, me tomaré un Año Sabático para analizar con detenimiento mi situación personal y aclarar mis ideas y sobre todo mis sentimientos.*

Hecha esta promesa, recuperé bien pronto el característico tono vital positivo –que, por lo general, ha distinguido mi vida– y experimenté una paz y alegría interior que hacía tiempo daba por perdida.

Lo que sí me quedó meridianamente claro, a partir de esta crisis que os acabo de confesar es que a mí, del segundo sexenio, *me sobraron tres años*.

Recuperada la serenidad, seguí –con renovada ilusión– mis tareas en la Curia, centradas especialmente en mi "querido" Archivo Histórico.

Y como ya la catalogación de la documentación preexistente había sido completada y en la sección de Biblioteca se había reunido todo el material que estaba desperdigado por distintos lugares de la Casa General, me dediqué con todas mis fuerzas a enriquecer el material de aquellas secciones que pensaba yo podía ampliarse fotocopiando documentos relativos a la Congregación, cuyos originales se encontraban en otros Archivos oficiales o en posesión de otras personas (entre tales documentos, baste mencionar las *Relaciones* enviadas a la Santa Sede antes de 1940 y *El Estudio Canónico de la Congregación* que andaba perdido, y que, tras mucho indagar por aquí y por allá, me acabó entregando el padre Sebastiano Fattizzo que lo conservaba desde hacía muchos años y que, dado su interés histórico, publiqué en *Pastor Bonus* en 1993).

El mismo interés que puse por enriquecer la sección documental, lo puse también en lo relativo a su sección de Biblioteca, de suerte que, cuando yo me despedí de "mi" Archivo –porque *mío* fue, no por posesión, sino por afecto– había logrado reunir en él casi todas las publicaciones realizadas por la Congregación, por sus religiosos y exreligiosos… e incluso dejé encuadernadas todas las revistas y folletos publicados hasta el momento por la Congregación misma, y había reunido también una colección bastante completa de las publicaciones –ya fueran libros, ya revistas o boletines– de las hermanas terciarias capuchinas.

Como trabajo final y síntesis de tan ingente trabajo, que –entre unas cosas y otras– me ocupó casi todo el segundo sexenio, redacté el *Reglamento y Catálogos del Archivo Histórico*, que publiqué –en edición fotocopiada/pro manuscrito– en 1994 e hice llegar, entre otros, a todas nuestras Curias Provinciales. En este escrito, junto a *Una mirada al pasado* –en el que recogía cómo estaba organizado nuestro Archivo General al comenzar, en 1936, la Guerra Civil Española en la que se destruyó íntegramente–, establecía las *Normas Generales del Archivo* –en las que explicaba con detalle los criterios que yo había seguido a la hora de archivar los documentos, para que se tuviesen presentes en el futuro–, daba cuenta de las *Secciones* y *Subsecciones* creadas hasta el momento; hacía un completo elenco del *Catálogo* de los documentos archivados en cada sección y subsección, así como de los libros y publicaciones reunidos hasta entonces en la Biblioteca, y

proyectaba *Una mirada al futuro*, en la que, entre otras cosas, invitaba a las generaciones venideras a seguir investigando en los fondos del Archivo Vaticano, a investigar también en aquellos Archivos en los que pudiera haber indicios de poderse encontrar documentos relativos a la Congregación… y a *Informatizar* el material existente. Han pasado veintitrés años de aquello y esta *Mirada al futuro* continúa siendo una "asignatura pendiente".

Y llegados a este punto –y aunque este trabajo de organización y catalogación de nuestro Archivo fue el que de alguna manera más particular ocupó el día a día de mi estancia romana entre 1989 y 1995, quiero compartiros, como vengo haciendo, algunos detalles más concretos de esta época de mi vida, a través de pequeños relatos y anécdotas.

1. *Por caminos de Asia y África*

Ya en mis primeros seis años en Roma había acompañado al padre General –como os he dejado dicho– en sus Visitas Canónicas a las Casas de España de la Provincia de La Inmaculada (1985) y a todas las Casas de América (1987), en el segundo sexenio, además de acompañarle en su Visita a las Casas de España de la Provincia del Sagrado Corazón –del 21 de mayo al 29 de junio de 1991– fui su secretario en dos inolvidables viajes para visitar las Casas de las entonces nacientes fundaciones de Filipinas y de Costa de Marfil.

Cuando se programó el viaje a Filipinas, estaban para cumplirse las *Bodas de Plata* sacerdotales del padre Oltra y éste había expresado ya, en más de una ocasión, que el regalo que él más apreciaría, en la celebración de esta efeméride, sería el poder visitar Tierra Santa.

Al acercarse, pues, la fecha le consulté si seguía pensando, como regalo, en el viaje a los Santos Lugares y me dijo que sí, pero siempre que lo le acompañase como "cicerone".

Tan pronto como yo escuché esta condición, reaccioné inmediatamente, poniéndole también a él una condición por mi parte:

– *Con mucho gusto* –le dije– *te acompañaré, pero debemos incluir a Egipto en nuestro itinerario, pues, desde que en 1975, me quedé a sus puertas y no pude entrar a causa de la guerra, siempre he querido entrar en este país y conocer sobre todo sus pirámides.*

– *Hecho* –me respondió él sin pensarlo– *Encárgate tú de organizar los pormenores del viaje.*

Conocedor yo de cuánto aprecio le tenía al padre Oltra el padre John Vaughn –el mismo que recientemente elegido había firmado como Gran Canciller mi título de doctorado en el Antonianum–, le pedí una entrevista y, concedida ésta, fui a encontrarme con él en su sede de la Curia General de los Franciscanos Menores.

Tan pronto como pronuncié en mi conversación el nombre del padre Oltra, él me expresó el aprecio que sentía por nuestro superior general con una amplia sonrisa y me invitó a que le expresase con claridad qué es lo que quería pedirle.

Fue entones cuando, ya sin tapujo alguno, le manifesté que el padre Oltra iba a celebrar en breve sus primeros 25 Años de sacerdocio y era su ilusión visitar Tierra Santa.

No me dejó, el padre Vaughn, continuar mi perorata y se adelantó a decirme:

– *El padre Oltra y su acompañante serán mis huéspedes mientras estén en los territorios de nuestra Custodia de Tierra Santa. Cuando ya tengan concretadas las fechas del viaje, me lo notifican, para que yo se las comunique personalmente a los superiores de dicha Custodia.*

"Más contento que unas pascuas", volví a casa y le comuniqué al padre Oltra lo que había. Y sin pérdida de tiempo nos pusimos a organizar el viaje en el que incluimos también India, pues se había recibido una invitación de la superiora general de las Hermanas de Santa Ana, para que visitáramos su Casa-Noviciado en Bombay.

Concretadas las fechas y sacados los billetes, le hice llegar al padre Vaughn nuestro itinerario desde nuestra llegada a Tel-Aviv, hasta nuestra salida desde El Cairo con rumbo a Bombay.

El miércoles 2 de mayo de 1990 –día en que se cumplían exactamente los veinticinco años de ordenación en Medellín de nuestro superior general– celebramos sencillamente el evento en la Curia con una Eucaristía –más pausada y solemne que de ordinario– y con una comida especial en la que se hicieron presentes los hermanos de la otra comunidad de Roma y algunos otros invitados.

Ocho días después de esa sencilla celebración –el 10– nos embarcamos con destino a Tel-Aviv, en cuyo aeropuerto nos esperaba nada

menos que el Custodio de Tierra Santa con su chofer y coche oficial, pues él, por su cargo, gozaba de un cierto reconocimiento diplomático. (No era ésta sin embargo, la primera vez que yo llegaba a Israel. Ya en 1975 lo había hecho, en Viaje de Estudios financiado por mi familia, como regalo por mi ordenación sacerdotal, y organizado y dirigido por el padre Antonio Salas, profesor mío de San Pablo en Comillas y director de la Escuela de Estudios Bíblicos de Madrid. Años más tarde –en 2009– volvería por tercera vez a los Santos Lugares como integrante de una peregrinación organizada por el capuchino padre Rosendo Pérez).

Muy amablemente, el Custodio nos llevó hasta el Convento de San Salvatore ubicado en la Ciudad Vieja de Jerusalén –sede de la Custodia– y nos presentó al superior de la casa como "invitados especiales del padre General de la Orden". Y a fe mía que así fuimos tratados todos los días que allí permanecimos. Nos facilitaron todo cuanto pudimos necesitar y, por supuesto, tuvimos el privilegio de poder celebrar dentro de la Edicola del Santo Sepulcro, donde con no demasiada holgura cabíamos los dos. No fue, sin embargo ésta –con ser sin duda la más emocionante– la única vez que celebramos dentro de aquella Basílica constantiniana. En una segunda ocasión, el padre Oltra y yo celebramos la Eucaristía, ocupando, cada uno de nosotros, dos altares contiguos y también muy significativos. Él celebró en castellano en el que conmemoraba la Crucifixión y yo lo hice en italiano en el dedicado a María al pie de la Cruz. Ambos tuvimos un buen número de asistentes.

Otro día nos facilitaron las cosas para que pudiésemos celebrar –dentro de la Basílica de Belén– en el Altar de La Estrella, que conmemora el lugar exacto donde según la tradición nació Jesús. Y esto fue también un verdadero privilegio, pues este altar está bajo la jurisdicción de los ortodoxos y no es fácil que ellos lo presten.

A Nazaret nos llevaron en un coche de la propia Custodia y fuimos hospedados en las dependencias de la comunidad franciscana que tiene a su cuidado la Basílica de la Anunciación, con lo que tuvimos la oportunidad y dicha de acceder a dicha Basílica por un pasillo interior que conduce a ella desde el convento. Y aquí, en esta Basílica, completamente vacía, hicimos oración entre las paredes mismas que –según la tradición– formaron parte de la Casa de María en la que se produjo la Anunciación. Esta oración particular, que a mí se me hizo

muy corta –cosa rara, sabiendo que no soy persona de largos rezos– a pesar de haber permanecido en reflexión silenciosa más de una hora, la finalizamos, como era lógico, recitando juntos el *Angelus*, en el lugar en que había sido proclamado por primera vez.

Pero no se limitaron a éstos, los muchos y delicados detalles, que tuvo para con nosotros dos la comunidad de San Salvatore. Todos los días, por ejemplo, nos hacían sentar en su refectorio en la mesa presidencial, que ni tan siquiera nos permitieron abandonar un día en que se presentó a comer allí el Patriarca Latino de Jerusalén.

Llegado el día de partir de Tierra Santa, una nueva y agradable sorpresa nos esperaba. El Custodio en persona nos acompañó en nuestro vuelo desde Tel-Aviv a El Cairo y nos dejó en manos del superior de la comunidad del Convento San José de la capital, a quien le dijo que éramos invitados del padre John Vaughn.

Al día siguiente, el Custodia marchó y nosotros tuvimos la oportunidad de comprobar en cuán buenas manos nos había dejado, pues aquel superior –que era italiano– no se dejó ganar en detalles por sus hermanos del Convento de Jerusalén, cosa ya de por sí muy difícil. Uno de los religiosos jóvenes de la comunidad –puesto a nuestra disposición por él– nos acompañó amablemente a los lugares más emblemáticos de la Ciudad por los que nosotros mostramos interés. Visitamos la Gran Mezquita, el Museo Arqueológico –¡Qué emoción sentí al contemplar de cerca los tesoros de Tutankamon!– y sobre todo nos detuvimos en la visita al conjunto arqueológico de las Pirámides y de la Esfinge, entrando dentro de la Pirámide de Keops. No logro ahora describir con palabras el entusiasmo que se suscitó dentro de mí cuando casi gateando, transité por aquellas galerías interiores. ¡Qué pequeño me sentí entre aquellos enormes bloques de piedra que invitaban a pensar que aquella obra no había podido ser realizada por los humanos! A lo largo de mi vida he tenido la oportunidad de visitar y admirar muchos monumentos –más o menos antiguos– que, desde bien pequeño, me habían atraído. He conocido y transitado, por ejemplo, aparte de múltiples ruinas romanas esparcidas por la geografía europea y africana, restos precolombinos de los incas en el Cuzco y en el Machu Pichu, de los aztecas en Teotihuacan y de los mayas en el Tikal, pero nada comparable para mí con esta Pirámide de Gaza, cuyas entrañas pisé y recorrí.

Desde El Cairo, a cuyo aeropuerto –merced a la obsesión del padre Oltra por llegar pronto a la hora de viajar– llegamos con tanta antelación, que casi cogimos el mismo vuelo que nos tenía que trasladar a la India, pero del día anterior, volamos directamente a Bombay, donde nos esperaban, puntuales y atentas, la superiora y otra hermana de la gran Casa-Noviciado que tenían instalada en esta antigua capital de la India británica, las hermanas de Santa Ana.

Nos condujeron directamente a su casa, donde nos recibió un "ejército" de mujeres –entre postulantes, novicias y junioras– que hacían reverencia conforme íbamos pasando por delante de ellas. Al llegar a la puerta, dos hermanas nos impusieron a Oltra y a mí las coloridas guirnaldas de flores que llevaban en sus manos, mientras que otras dos, untando uno de sus dedos en una especie de pintura roja –extraída también de las flores– dibujaron, como un pequeño círculo, en medio de nuestras frentes.

Al día siguiente, visitamos con las superioras los monumentos más emblemáticos de aquella ciudad marítima que conserva aún en su puerto el Arco que los propios ingleses construyeron y que denominaros *Puerta de la India*.

No dejamos de visitar, sin embargo, algunas de las barriadas más pobres que se sitúan en el extrarradio, y como los viajes los hicimos en los famosos trenes –heredados de los ingleses– que es un verdadero "milagro" que sigan circulando aún y que van tan cargados de gente apiñada, que parece que el billete sólo te da derecho a poder situar en el suelo tan sólo uno de tus pies, pudimos apreciar las situaciones de extrema pobreza en que viven muchas personas en la India. En nuestra "excursión" no faltó ni la obligada parada del vehículo en que viajábamos, ante una vaca que había decidido descansar un poco en medio de la calle, ni la asistencia en uno de los templos hindúes, a su "liturgia" propia. Por supuesto, como buenos "religiosos", asistimos devotos a la ceremonia, nos inclinamos ante sus representaciones de la divinidad e incluso nos acercamos a probar el "alimento" que sus sacerdotes ofrecían a los fieles. Yo siempre he pensado, a partir de entonces, que la presencia de Dios que yo experimenté allí no fue, ni mucho menos, menor a la que yo estoy acostumbrado a sentir en nuestros templos.

Con todo, la impresión más agradable que me traje conmigo para siempre de aquella singular visita a la India, la experimenté dentro de

aquel Noviciado que era, no cabe ninguna duda, un verdadero "gineceo" con más de sesenta jóvenes entre las que estaban finalizando su postulantado y las que terminaban el año de noviciado. De hecho, al segundo o tercer día de nuestra estancia allí, se celebró, con toda solemnidad, la primera profesión de las que habían cumplido el tiempo canónico establecido para la probación. La Capilla de la Casa-Noviciado estaba este día súper llena de gente y, siguiendo las tradiciones locales, no había bancos para sentarse, sino una especie de pequeños "reclinatorios", que algunos, como el padre Oltra, aprovecharon para posarse. Yo, recordando mi época scout, sonreí mirando a Oltra y le dije:

– *Vas a ver lo que es capaz de hacer un viejo lobo.*

Y dicho y hecho, doblando las piernas, me senté directamente en el suelo, como solíamos hacer en las veladas y reuniones de nuestros campamentos.

La ceremonia, en la que el altar era una pequeña mesa y el celebrante –cosa que me gustó y aplaudo– parecía, por sus vestiduras, más un bonzo que sacerdote católico ataviado "a la romana", duró más de dos horas, que a mí se me pasaron como una exhalación, por lo bien que me sentía en mi postura sedente.

Al llegar, sin embargo, el momento de la comunión y tenerme que levantar para acercarme a recibirla, experimenté una "verdadera rebelión somática". Mis piernas parecían haberse ausentado de mi cuerpo y por mucho que mi cerebro les daba órdenes para que procediesen a mi incorporación, ellas ni se inmutaban. Recurriendo entonces a actuar con manos y brazos las órdenes que mis piernas, se estaban resistiendo a cumplir, logré, por fin, ponerme de pie y caminar –cual "beodo", pues trastabillaba de un lado para otro– hasta llegar, una vez recibida la comunión, hasta nuestra habitación –la que compartíamos Oltra y yo– que había sido ubicada en la sacristía de aquella Capilla. Como resultado de todo este "drama", empecé a asumir que "los años –y tan sólo habían pasado trece desde mi época scout– no pasan nunca de balde".

Desde Bombay, volamos ya a Manila y empezamos a afrontar el objetivo fundamental de nuestra "gira hasta entonces turística", que no era otro que el de realizar la Visita Canónica General a la naciente fundación de la Congregación en Filipinas.

Variadas son las anécdotas que conservo de los quince días que pasamos allí, hospedados en un pequeño salón corrido en el que lo de

menos –y con ser mucho y sofocante– fue el calor que allí hacía, pero entre todas ellas, quiero compartiros estas tres:

a) *Yo soy vegetariano*. Acabábamos de trasladarnos desde la Parroquia de Makati a la Casa Postulantado, ubicada fuera de Manila, cuando nada más llegar, oímos como una especie de choque –producido en la carretera que pasaba por delante de nuestra finca– al que siguieron unos lastimosos –y más bien pocos– ladridos caninos.

   Al escucharlos, algunos de los postulantes salieron precipitadamente, regresando bien pronto, trayendo uno de ellos, en sus brazos, al perro de la casa, que había sido la víctima del accidente.

   Hasta aquí, se podría decir que, dentro de lo trágico, todo normal. Lo que ya no me pareció tan común es que sin haber transcurrido tan siquiera quince minutos desde el atropello, unos vecinos se presentasen en la casa y, tras dialogar con algunos de los postulantes –diálogo que, como podéis imaginar no entendí nada por haberse realizado en tagalo– saliesen de allí, llevando en brazos a "nuestro" perro.

   Yo pregunté entonces a uno de los postulantes que medio chapurreaba el castellano por qué se lo llevaban. Y él me dijo que era para cocinarlo, pues allí la carne de perro es muy apreciada. Me extrañé mucho, pero tampoco le di mayor importancia. Al fin y al cabo se lo habían llevado fuera. Lo que sí me preocupó –y no poco– es que, no habrían pasado ni tres horas desde que se llevaron el animal, cuando las mismas señoras que habían venido a por él, se presentaron con un plato, cuyo contenido no pude ver, por estar cubierto con una servilleta. Cuando ya ellas marcharon, volví a preguntarle a mi particular intérprete a qué habían venido ahora. Y al decirme que nos habían traído un plato de carne del can recién sacrificado, todo mi ser se puso en guardia e, impulsado por el instinto –que a pesar de la educación recibida, siempre se ha mantenido en mí bastante alerta– respondí sin inmutarme al cocinero que me preguntó qué me apetecía para comer:

   – *Yo soy vegetariano.*

   Y vegetariano fui desde este momento, hasta que salimos de Filipinas.

b) *Gustoko Kumain pinya*. Yo el primer día que llegamos a la Casa Postulantado, llevado por la curiosidad que suscitaba en mí aquel

idioma que juntaba vocablos completamente desconocidos para mí con otros muy familiares por ser castellanos, mostré vivo interés por conocerlo un poco y le pedí al superior de la comunidad que me prestase si tenía, una gramática de tagalo. Y aprovechando el tiempo libre que tenía, empecé a zambullirme en aquella simpática lengua –mitad aborigen, mitad colonial– y, no sin esfuerzo y creatividad, logré construir una frase que, sin saber aún si decía algo ininteligible para los nativos, guardé en mi memoria para el momento oportuno. Y este llegó cuando un postulante, que medio hablaba el inglés nos preguntó qué queríamos para merendar (al menos esto fue lo que yo intuí). El padre Oltra, con un inglés –que casi yo entendía, sin haber estudiado nunca la lengua de Shakespeare– le dijo lo que a él le apetecía. Y cuando ya el postulante iba ya a dirigirse a mí, yo, haciéndome el despistado y adelantándome a que Oltra se ofreciese a hacerme de intérprete, le dije con toda la tranquilidad y aplomo a aquel postulante, sin necesidad de que me repitiese la pregunta:

– *Gustoko Kumain pinya.*

El padre Oltra me miró con media sonrisa en su semblante y pensando que yo estaba bromeando, me dijo:

– *Ahora tendrás que comerte lo que te traigan, pues seguramente el muchacho no habrá entendido nada.*

Cuando regresó el joven con lo solicitado. A él –al padre Oltra– le trajo un "triste" zumito de naranja, mientras que a mí me puso delante una bandeja de piña debidamente preparada y cortada:

– *¡Ahí va!* exclamó Oltra, al ver mi sabrosa merienda. *¿Cómo han podido saber lo que querías?*
– *Muy fácil*, le respondí yo. *Se lo he pedido en perfecto tagalo.*

Y en esa frase quedó concentrado para siempre mi aprendizaje de esa lengua filipina. Por cierto, nunca ni en ningún otro lugar –y a pesar de que en Costa Rica también las comí muy buenas– he probado unas piñas más dulces y sabrosas que las que comí aquel día y los otros que permanecí en este precioso y encantador país.

c) *En busca del Mantón de Manila*. Era costumbre, en la época colonial española, que cuando los soldados iban a Filipinas a cumplir su servicio militar, al regresar a la Península, trajeran a sus madres o

novias uno de aquellos preciosos mantones bordados a mano con vivos colores, representando flores o pavos reales, que se fabricaban y vendían exclusivamente allí, por lo que recibieron bien pronto la denominación de origen *Mantón de Manila*.

Atraído por esta leyenda popular, le prometí a mi cuñada –la esposa de mi hermano Ricardo– que yo le traería un Mantón desde la ciudad misma en que los fabricaban.

Una de las tardes de mi estancia en la Parroquia de Makati, salí, acompañado de mi servicial y buen hermano Virgilio Pompilio, a buscar, en las tiendas y mercados de aquella populosa ciudad-capital, el prometido mantón.

Mi desconcierto, sin embargo, fue aumentando en la medida que, en cuantos comercios preguntábamos, nadie parecía entender a qué prenda nos referíamos:

– *Manila shawl*, repetíamos una y otra vez.

Y una y otra vez aparecían en los rostros de los interrogados, signos de desconcierto.

Ya estábamos a punto de trasladarnos desde la Parroquia a la Casa Postulantado, cuando yo –en mi desesperación por encontrar la prenda prometida– le pregunté a un viejo capuchino que vino casualmente a saludarnos y que estaba en la isla desde tiempo "cuasiinmemorial", dónde podría encontrar yo en la ciudad el famoso Mantón de Manila.

Y él, mirándome con gesto que indicaba a un tiempo compasión e ironía, me respondió:

– *Pero, hombre de Dios, ¿cómo se te ocurre buscar aquí el Mantón de Manila? Cuando finalizó la Colonia, los dueños de la empresa que los fabricaba, trasladaron sus telares y tiendas a Sevilla, donde se siguen fabricando, aunque la gente los continúe llamando Mantones de Manila*.

"Mi gozo en un pozo", pensé, pero, al menos, me quedé tranquilo, pues ya podía darle a mi cuñada una explicación veraz de porqué no había podido traerle, desde Manila, lo prometido.

Habían pasado ya cuatro largos años desde este encantador viaje a Oriente, cuando, el 31 de agosto de 1994, emprendí otro viaje exótico,

con destino esta vez a la también naciente fundación de la Congregación en tierras africanas, y en concreto en Costa de Marfil.

Nuestra estancia de catorce días se centró fundamentalmente en convivir con los hermanos que allí se encontraban en la casa-chalet que les había prestado monseñor Laurent MANDJO, ubicada en el extrarradio de Abidjan en el común de Yopougon.

La estancia aquí fue en general agradable, aunque en el transcurso de la Visita Canónica –girada por el padre Oltra, acompañado por mí como secretario y por el padre Jesús Arive, superior provincial de la Provincia Luis Amigó, a la que pertenecía jurídicamente aquella comunidad– tuvo momentos de cierta tensión por resistirse incomprensiblemente algunos hermanos a desalojar cuanto antes la Casa que nos había prestado monseñor y que ahora mostraba ya deseos de quererla recuperar, y a buscar una nueva ubicación para sede de nuestra comunidad.

Pero quitando estas tensiones –lógicas hasta cierto punto, al no coincidir los puntos de vista de quienes viven en el lugar y de quienes llegan de visita–, la vida durante aquellos días que allí permanecimos fue, como ya he apuntado, una verdadera delicia.

En más de una ocasión cociné aquí la paella. Y a una de ellas asistió incluso monseñor Laurent que quiso después invitarnos a los visitadores a una comida en su residencia.

Y como es natural, también de esta exótica visita africana, conservo vivas en mi corazón algunas anécdotas que quiero compartiros a continuación.

a) *Sólo quedaba un cuarto de gallina*. Uno de los días que pasamos en Costa de Marfil, salimos de excursión a una playa y decidimos comer en un "restaurante" del entorno.

Tan pronto como entramos en el establecimiento, me di cuenta de que allí no podría pedir cosas demasiado elaboradas, pero pensaba que sí podría encontrar algo que –dentro de su sencillez– respondiese a lo que me apeteciese comer ese día.

Vistas las condiciones ambientales, bien pronto deseché pedir pescado, pues siempre me han dado mucho "yuyo" las intoxicaciones alimentarias y máxime estando fuera de mi sede habitual.

Conociendo –como muy bien lo conocía ya para entonces– al padre Oltra, sabía que los mismos razonamientos que yo me estaba

haciendo se los estaría haciendo también él, pues si en algo coincidimos siempre –y al cien por cien– era que, estando de viaje por países tropicales, teníamos sumo cuidado en el agua que bebíamos –procurándonos agua embotellada o, en su defecto, convenientemente hervida– y en la comida que ingeríamos, evitando sistemáticamente el pescado fresco. Por ello, le pregunté:

– *¿Pedimos carne para comer?*
– *¿Sí*, respondió de inmediato.

Preguntamos al "mesonero" qué carnes tenía y nos dijo que sólo le quedaba gallina. Y Oltra y yo le dijimos a coro:

– *Para nosotros dos, gallina*.
– *Lo siento, pero sólo me queda para uno*, respondió aquel señor.

Ante tal respuesta, yo –impulsado por el instinto de conservación que se preguntaba cuánto tiempo haría que se habían consumido las tres cuartas partes restantes en medio de aquel clima súper caluroso y en un local en el que no aprecié que hubiesen demasiados frigoríficos– me adelanté a decir, simulando un altruismo que no era precisamente el sentimiento que estaba motivando mi decisión:

– *Oltra, pide tú el cuarto de gallina y yo me pediré cualquier otra cosa*.

Él –hombre bueno donde los haya– insistía una y otra vez en que me comiese yo aquella carne, pero por fin –no sé aún cómo pudo ceder esta vez tan fácilmente– cedió y yo, con un arrocito hervido, aderezado con un poco de coco rayado y algunas especias, comí como un "señor", con la tranquilidad de que aquello no podía sentarme mal, como así fue.

b) *Con el jefe del poblado*. Cerca de la laguna que está en las inmediaciones de la Casa que nos había prestado el obispo, había un terreno en venta, que respondía a lo que nosotros íbamos buscando de cara a que nuestra comunidad se estableciese –lo más pronto posible– en una casa propia, desde la que seguir desarrollando nuestra labor a favor de los niños y jóvenes del barrio de Yopougon.

Como aquellos terrenos –dado el sistema de registro de la propiedad del lugar– pertenecían a la vecina aldea de *Locodjro*, allí que nos dirigimos Oltra y yo, acompañados por Isaac Calvo, encargado entonces de las gestiones de adquisición de los mencionados terrenos.

Al llegar al poblado, nos recibieron algunos ancianos del mismo y nos invitaron a acompañarles al interior de una casa, mientras fuera mujeres y niños –que nos habían mirado con mucha curiosidad mientras caminábamos hacia allí– se entretenían, unos jugando, y las otras, pelando patatas y cebollas, posiblemente para preparar la cena.

De la conversación que allí se mantuvo nada os puedo contar, pues nada logré entender. Es cierto que yo había estudiado francés durante cuatro de los seis años de Humanidades, pero, aunque había aprendido mucho vocabulario, no había acostumbrado para nada el oído para entender mínimamente el lenguaje hablado. Además, lo que aquellos hombres hablaban no era propiamente francés, sino una especie de "patuá" que resultaba aún más difícil de entender.

Al final, cuando salimos de allí, Isaac nos dijo que habíamos llegado con los lugareños a un cierto acuerdo sobre el posible precio de aquel terreno que nos interesaba. El acuerdo final, sin embargo, no se produjo después "de la noche a la mañana", como la historia posterior constata.

De momento, yo, al marchar del poblado, me sentí muy aliviado, pues en algún momento de la "conversación", llegué a pensar que aquello era una verdadera "encerrona" y no veía un final demasiado luminoso.

c) *Paseando una culebra*. Habíamos ido ese día a *Yamusukro*, la capital de Costa de Marfil por voluntad del Presidente de la República Félix Houphouët-Boigny (El Viejo), natural de esta ciudad.

El objetivo principal de nuestro viaje era visitar la Basílica de Nuestra Señora de La Paz, no sin razón conocida como el "Vaticano de la Selva", pues su enorme cúpula de 158 m. de altura, frente a los 136 m. que tiene la de Miguel Ángel, hace evocar la Basílica de San Pedro en Roma que, con sus 193 m. de longitud, también es superada por los 195 que tiene ésta de Yamusukro.

De la Basílica de Nuestra Señora de la Paz –en uno de cuyos altares laterales celebré ese día la Eucaristía– me maravillaron especialmente, aparte de sus extraordinarias dimensiones, las preciosas y enormes vidrieras que van del techo al suelo y que, en su conjunto, suman un total de 7.400 m^2 de paredes acristaladas que introducen al interior, amortiguada por los múltiples colores, la intensa luminosidad solar del entorno. También me llamaron poderosamente la

atención en el interior de aquel Templo –construido, al parecer, más para ser un museo que un "lugar de oración"– sus bancos de ébano, el aire acondicionado que salía desde rejillas instaladas en los mismos y una cruz de 50 Kg. de oro macizo situada en su altar mayor.

Fueron asimismo motivo de mi admiración las 127 columnas de mármol del exterior que, de alguna manera, quieren imitar la Columnata de Bernini.

En Yamusukro visitamos también, aunque desde el exterior, la Casa Presidencial con las fosas, pobladas de cocodrilos, que la rodean.

Regresando ya de Yamusukro camino a nuestra casa, sucedió, sin embargo, el hecho anecdótico que ahora os quiero contar.

Conducía el utilitario en el que viajábamos además Jairo Restrepo, Juan Ramón Lozano y yo, nuestro hermano Isaac Calvo, a quien de pronto se le ocurrió parar el coche junto a un campo para cortar rápidamente hierba fresca para los conejos que él mismo criaba en la pequeña granja que había instalado en un local de la casa comunitaria, debidamente separado e independiente de la misma.

En un "plis-plas", armado con la hoz que, al parecer, siempre llevaba en el coche, cortó un montón de hierba y en tres o cuatro brazadas lo metió en el maletero.

Habríamos recorrido unos treinta kilómetros desde que nuestro "segador" había cargado su "cosecha", cuando un frenazo en seco nos alarmó a todos los que allí viajábamos.

Casi no había frenado del todo el vehículo, cuando Isaac, abriendo precipitadamente la puerta, se avalanzó afuera, haciendo aspavientos y, sin quitarse tan siquiera la camisa, dirigió su mano hacia la propia espalda y sacó una culebra de no pequeñas dimensiones que, camuflada entre la hierba, se aprovechó del "autostop" que nosotros, inconscientemente, le ofrecimos.

Tan pronto como, agarrada fuertemente con su mano, logró Isaac extraer al reptil, lo lanzó con furia unos cuantos metros, acabando por estrellarse contra el suelo. No sé si sobrevivió al golpe, pero, si lo hizo, debió morir poco después de infarto, asustada por la expresión de sorpresa y rabia de Isaac, al que pocas cosas conseguían asustar. En este caso, como en aquel que se refiere en el "Burlador, burlado", el "asustador fue, en verdad, el asustado".

Durante el resto del viaje, yo ya no las tuve todas conmigo, al no dejar de pensar que para llegar al asiento del conductor, la culebra

había tenido que pasar entre mis piernas y al temer que dicho animal no hubiese subido solo, sino acompañado de su pareja.

2. *Se inician los CAF*

A los *Cursos Amigonianos de Renovación* (CAR), que se iniciaron en el sexenio anterior (1983-1989) y que continuaron durante el sexenio (1989-1995) hasta completar un total de once en los doce años de mi estancia en Roma, hay que añadir los *Cursos Amigonianos de Formación* (CAF) que comenzaron en 1990.

A mí me correspondió organizar y dirigir el primero de ellos, que se desarrolló en Sierra, del 1 de julio al 28 de septiembre de 1990. El cometido fundamental de este Curso fue elaborar el *Plan de Estudios de la Congregación*, cuyo *texto base* yo mismo había elaborado previamente.

Posteriormente, aún dirigiría otros dos:

- El III CAF, que se celebró en el Seminario San José de Godella desde el 16 de agosto al 15 de septiembre de 1992, y en el que, junto a los religiosos designados, participaron Cooperadores amigonianos venidos de algunos de los países en los que estaba presente la Congregación. Durante este Curso se trabajó y aprobó el *Proyecto de Vida-Directorio-Oracional de los Cooperadores Amigonianos*, del que yo mismo había elaborado también el *texto base,* que sirvió de guía para el desarrollo de los debates y aportaciones.
- El V CAF, que tuvo lugar en Colombia (con sedes en Medellín-La Estrella y Bogotá-La Chaparrita), entre el 1 y el 25 de julio de 1994. Este Curso elaboró el documento *Religiosos laicos y religiosos sacerdotes, zagales del Buen Pastor*, siguiendo el *texto base* que había elaborado una Comisión, presidida por mí, que se reunió previamente en la Curia General.

3. *Un año distinto*

El año 1992 fue para mí un año muy distinto a los once restantes que viví en Roma.

Como ya os he comentado a lo largo de este nuevo capítulo de mi estancia romana, a mediados del mes de abril de este mismo año 1992 se me manifestó aquellas crisis interior que me sumergió en una especie de depresión que sólo empecé a superar cuando me prometí a mi mismo que, finalizado –en 1995– mi sexenio como consejero general, pediría un Año Sabático con el fin de reencontrarme conmigo y recuperar así la armonía interior que hasta entonces había venido experimentando.

Superado, pues, de momento mi incipiente estado depresivo, para el mes de mayo yo había recuperado con holgura el tono característico de mi personalidad. Pude así continuar mis labores en el Archivo y, llegado el mes de agosto, celebrar con alegría, junto a mis compañeros de curso y el maestro de novicios que habíamos tenido, mis *Bodas de Plata* de Profesión religiosa –el día 15– y dirigir, desde el día siguiente el III CAF.

Y en medio de este estado de ánimo, ya bastante normalizado, me sobrevino una novedad que hizo que –desde septiembre de 1992 y hasta agosto de 1993– viviese yo, con alegría e ilusión, un *año distinto* en Roma.

Mi sobrino Richard había finalizado –en junio de aquel 1992– su tercer curso de BUP y me dijo si podría estudiar el COU (Curso de Orientación Universitaria) en el Liceo Cervantes de Roma, del que tenía excelentes referencias. Buscaba con ello, al tiempo que cursaba aquel año académico previo al ingreso en la Universidad, aprender el italiano, por el que, hacía ya tiempo, mostraba interés.

Consultado el asunto con sus padres y con el superior general, se convino que viniese a Roma, se alojase en la Casa General y siguiese, desde allí, aquel año escolar.

La verdad es que –inteligente y despierto como siempre fue– no le resultó difícil integrarse en la nueva realidad. Con una motocicleta de segunda mano que consiguió, se trasladaba cada día lectivo al Liceo Cervantes –ubicado en Via di Porta San Pancrazio, en las inmediaciones de Villa Borghese, Gianicolo y Trastevere– y recorría con pasmosa facilidad la ciudad para cumplir cualquiera de los encargos que yo le hacía, como, por ejemplo, trasladarse a la Imprenta "Aldo Palombi", gestionada y dirigida por Augusto, para llevar o traer material de las publicaciones.

Bien pronto hizo también muchos y buenos amigos y amigas con los que se organizaba sus tiempos libres y fines de semana, por lo que en ningún momento interfirió en la vida diaria de la Curia General.

Cumplió responsable y perfectamente con los estudios, aprobando –y con buenas notas– aquel curso, incluido el Examen de Madurez, necesario para el ingreso en cualquier universidad española, y rodeado como estaba casi todo el día de personas italianoparlantes, aprendió este idioma mucho mejor que yo que, tras nueve años de estancia para entonces en Roma, aún tenía mis dificultades por vivir dentro de casa entre personas que se expresaban por lo general en castellano y, en el peor de los casos, en una especie de "itañolo" que más que ayudar, dificultaba un adecuado aprendizaje del idioma de Dante.

Personalmente, la llegada de mi sobrino a Roma y su estancia aquí durante un curso escolar, supuso para mí una buena inyección de oxígeno, que me ayudó –y mucho– a superar aún mejor la incipiente depresión de que antes os he hablado, pues ahora, junto a los diarios trabajos que continuaba realizando en la Curia, tenía otras ocupaciones que, lejos de atosigarme, me proporcionaban una gran liberación.

Aún recuerdo las charlas filosóficas o literarias que manteníamos, repasando algunas de sus asignaturas. Aún recuerdo los ejercicios de latín y los comentarios que hicimos, especialmente sobre el libro de García Márquez *Cien años de soledad*, que me leí con placer para poder aportar razones y conocimientos en las tertulias que sobre el tema manteníamos. (Por cierto, *Cien años de soledad* me cautivó tanto, que me lo he leído después al menos cuatro veces más y siempre he aprendido en él cosas nuevas y enriquecedoras).

Aún recuerdo también –¿cómo no?– los paseos que, sobre todo algunos domingos al atardecer, dábamos bajo las lánguidas luces del Lungotevere y Trastevere. Recuerdo algunas cenas en el Indian-House –que había en las cercanías de la Basílica de Santa Cecilia– o, tan sólo unos pasos más allá, en la Pizzería Fiera Mosca, que después bautizaron como Taberna dei Mercanti.

Me viene también a la enternecida memoria del corazón la "pizza al taglio" que, acompañada de una buena "birra", tomábamos junto al Panteón, en las inmediaciones del Campidoglio o del mismo Colosseo, e incluso junto a la preciosa fuente que preside la plaza en la que se

encuentra la fachada principal de la bellísima Basílica de Santa María in Trastevere.

Hubo –es cierto– otros muchos lugares –como el Gianicolo, las plazas del Popolo o de Spagna, la Fontana de Trevi…– que también acabaron siendo emblemáticas en nuestros paseos y que frecuentábamos mientras estábamos enfrascados en nuestras conversaciones siempre enriquecedoras.

Al final de ese curso escolar, hicimos un precioso viaje a Grecia, donde, entre otras bellezas de la antigüedad clásica pudimos contemplar la *Acrópolis* en Atenas y la *Tumba de Agamenón* en Micenas.

¡Gracias Richard, porque, aunque tú siempre me decías que el año de Roma fue para ti un gran regalo del que siempre me estarías agradecido, el gran agraciado con tu estancia romana –y tengo que decírtelo claramente– fui yo mismo!

4. *Pedro, un gran regalo para la Curia*

También en el verano de 1992, nuestra Casa General se vio enriquecida con un nuevo miembro, el padre Pedro Acosta Rozo, a quien el padre General y yo habíamos conocido durante la Visita Canónica a Uberaba (Brasil) en 1987.

Ya entonces nos llamó muy positivamente la atención y en más de una ocasión comentamos –el padre Oltra y yo– lo importante y enriquecedor que sería traerlo para formar parte de nuestra comunidad de la Curia y para que colaborara en los trabajos de la Secretaría General.

La ocasión se presentó a principios de 1992, cuando, en el transcurso de los estudios que el consejo general estábamos llevando a cabo para la reorganización de las Provincias, decidimos –tras haberlo consultado con él– trasladarlo a nuestra Casa General.

Pocas veces –pienso– los gobiernos generales de los que he formado parte tomamos una decisión tan acertada como ésta.

Pedro se fue convirtiendo poco a poco –por su buen hacer, pero sobre todo por su extraordinario talante, amigable siempre y, aunque aparentemente silencioso, profundamente locuaz– en un punto de referencia obligado para los que estábamos en la Casa General y para todos los que llegaban de visita a ella.

Cuando yo salí de Roma –en 1995– él heredó el cometido de mantener al día nuestro Archivo Histórico y no sólo ha cumplido con este cometido hasta el momento en que yo doy por finalizado este mi escrito, sino que supo unir armoniosamente a él, la atención a la Secretaría General, la dirección de la revista *Pastor Bonus* –en la que fue publicando editoriales profundas y muy apropiadas al momento– y el cuidado de la marcha diaria de la Casa General, ejerciendo con fidelidad las labores propias de una administración local.

Siempre he considerado un grave error el hecho de que el Capítulo General de 2007 no se decidiese por él, a la hora de dar un nuevo superior general a la Congregación. Desde entonces quedé plenamente convencido de lo difícil que nos resulta a los humanos el reconocer –por grande que sea– la riqueza interior que se esconde a veces en el fondo de una persona silenciosa en palabras. ¡Cuán difícil nos resulta escuchar la locuacidad de los hechos sencillos y humildes! ¡Cuán faltos estamos a veces los hombres de la sabiduría necesaria para saber descubrir –como el profeta Elías– en los susurros del silencio, la grandeza del ser!

¡Muchas gracias, Pedro, pues son muchos e importantes los motivos de agradecimiento que guardo hacia ti! ¡Gracias por la fidelidad de tu amistad en todo momento y circunstancias! Desde que conviví contigo en Roma, siempre has tenido y tendrás un lugar privilegiado en mi agradecido corazón.

5. *Impulsando el conocimiento del Fundador*

Al igual que hice en mi primer sexenio de estancia en Roma, en el que presenté –entre noviembre de 1988 y enero de 1989– a los hermanos y hermanas de Colombia, Venezuela, Guatemala y Costa Rica las Fuentes –*Obras Completas* y *Positio*– para profundizar en el conocimiento del padre Fundador, también en este segundo sexenio realicé varios viajes con este mismo cometido.

El primero de ellos –que tuvo lugar entre el 2 de octubre y el 26 de noviembre de 1991– me llevó por Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Perú y –ya como etapa final– Colombia, donde me entretuve colaborando durante unos diecisiete días en la FUNLAM. De este viaje –con haber

sido todo él muy interesante y satisfactorio por el afecto con que en todos los lugares fui recibido y hospedado por hermanos y hermanas– recuerdo con especial cariño mi estancia en Perú. Aquí estuve, en un primer momento, con las hermanas de la comunidad de Lima, desde donde viajé al Cuzco, en el que admiré monumentos que me impresionaron por su grandiosidad, como me impresionó también –por su escondida belleza– la antigua ciudad de Machu-Pichu. De vuelta a Lima, me trasladé ya a la comunidad de las hermanas en Iquitos. ¡Qué encanto de fraternidad! En pobre casa y dependiendo en gran medida para su sostenimiento de la gente pobre del entorno estaban aquellas hermanas en cuyos rostros se traslucía la felicidad que experimentaban con su sencillo y testimonial género de vida. Ellas eran las encargadas de la Parroquia de aquella comunidad cristiana y pude comprobar cuán inmensamente eran queridas por los lugareños, el día que me llevaron al cercano Amazonas para realizar un paseo en canoa. Al regreso de nuestra "excursión" caminamos entre la gente asentada junto a aquel inmenso río y todos se acercaban a besar las manos de sus "madrecitas" y, aparte de otras anécdotas, me comentaron que les gustaba más "la misa" que daban aquellas "madrecitas", que la que les decía el "padrecito" cuando se acercaba allí una vez al mes, "pues –añadían– se entendían mejor, eran más alegres y no se alargaban tanto".

Por cierto, de mí no paraban de decirles a las hermanas:

– *¡Cuánto se parece a su papá. Y hasta tiene barba como él!*

Y la explicación de tal comentario –como me aclararían después las hermanas– no era otra que ellas habían anunciado mi llegada a aquellas sencillas gentes, diciéndoles que pronto llegaría un hijo de Luis Amigó. Y la gente entendió en todo momento que se trataba de un hijo biológico del Fundador de sus queridas "madrecitas".

Tras este viaje por el Cono Sur, marché a Bélgica y Alemania –en marzo de 1992– para presentar también las "Fuentes" para el estudio del Fundador, y lo mismo hice en el Santuario de Montiel de Benaguacil –del 10 al 12 de abril del mismo 1992– para las hermanas de la Provincia de la Sagrada Familia, y en la Casa de Espiritualidad de las Religiosas del Amor de Dios en Madrid –del 2 al 4 de enero de 1992– para las hermanas de la Provincia de la Inmaculada.

6. *De nuevo por América*

Aunque mi gran gira por América la realicé en 1987 en aquel famoso *Viaje de doce meses*, también en este segundo sexenio realicé varios e interesantes viajes al Continente americano.

Entre octubre y noviembre de 1991, estuve –como os acabo de contar– en varios países del Sur.

Tres años después –en 1994– viajé, en primer lugar, a Guatemala, donde esperé, sin éxito, la llegada de mi hermano Pedro Acosta, que no pudo entrar en el país por problemas de visado. Aquí en Guatemala impartí un curso a las hermanas en San José de Pinula y tuve la inmensa dicha de conocer las ruinas del Tikal, donde subí hasta lo más alto de la mayor de sus pirámides. Con esta visita completé la "trilogía" de culturas precolombinas que yo, desde niño, había deseado conocer, pues en 1987 había visitado en Méjico las pirámides aztecas en Teotihuacan y había subido a lo más alto de la del "Sol", y en 1991 había estado en Cuzco y en Machu-Pichu, obra de los incas. Desde Guatemala, marché a Colombia, donde dirigí y acompañé los trabajos del V CAF –del 1 al 25 de julio– y desde donde pasé sucesivamente por nuestras comunidades de Venezuela y de República Dominicana.

En 1995 –último año de mi estancia en Roma como consejero general– aún me trasladé en dos ocasiones más a tierras americanas:

- La primera de ellas –del 22 de enero al 15 de febrero– tuvo como destino Costa Rica, donde primeramente impartí una tanda de Ejercicios Espirituales a los novicios y, a continuación, tomé parte en el I Encuentro Internacional de Cooperadores Amigonianos, que tuvo lugar en el Seminario Padre Luis Amigó de San Jerónimo de Moravia del 5 al 12 de febrero.
- La otra –desde el 18 de abril al 7 de mayo– fue para participar, como consejero general, en el XVIII Capítulo General de la Congregación que se celebró en la Chaparrita-Bogotá del 22 de abril al 5 de mayo.

7. *Le Maestre Pie Filippini*

Muy cerca de nuestra Casa General, le Maestre Pie Filippini –Congregación de religiosas de origen italiano, dedicadas fundamentalmente

a la enseñanza– tenían dos comunidades. Una de ellas regentaba un gran Colegio. La otra, ubicada en las inmediaciones de la anterior, y con entrada independiente por Via Mario Fani, era una Casa destinada a atender hermanas mayores de la propia Congregación. Con esta última comunidad nosotros manteníamos, desde hacía algunos años, una buena relación. No éramos sus capellanes, pero siempre que éste se ausentaba, ya fuese por vacaciones, viajes, enfermedad…, atendíamos nosotros los servicios espirituales de aquella Casa. A cambio, las hermanas enfermeras que había en aquella comunidad, nos prestaban sus servicios profesionales cuando alguno de nosotros tenía necesidad de ellos.

A mediados de 1994, sin embargo, nuestra relación con ellas se intensificó, pues, al retirarse definitivamente el capellán que les venía atendiendo, ellas –después de consultarlo con nosotros, que desde el primer momento nos mostramos dispuestos a ello– solicitaron al Vicariato de Roma que uno de nosotros fuese nombrado capellán. Y propuesto para ello mi nombre en concreto, fui nombrado oficialmente su capellán el 8 de noviembre de 1994, aunque la capellanía nosotros, a nivel interno, siempre la consideramos comunitaria.

Tan sólo unos ocho meses pude ejercer mi nuevo cargo, pero en ellos tuve la oportunidad –y no la desperdicié– de profundizar, especialmente con alguna de ellas, una amistad que venía ya de antaño y que se ha mantenido en el tiempo a pesar de la distancia.

Las hermanas con las que trabé particularmente amistad fueron en concreto: suor Donata –"cuasi eterna" enfermera de nuestra Casa General, que ya en varias ocasiones me había atendido e inyectado algunos medicamentos–, suor Franca –que habiendo llegado muy enferma a la casa de mayores, se repuso bastante y pasó a ser una buena colaboradora de los trabajos que allí se tenían, siempre que su salud se lo permitía, dedicando sus horas libres a elaborar bellos trabajos manuales– a ella yo la llamaba cariñosamente "il quarantotto" y ella me denominaba así mismo a mí, pues habíamos nacido ambos en 1948, y suor Michela, que con tanto arte y cariño, cuidó muchas veces mis maltrechos pies. A ellas tres yo las llamé siempre "le tre sante".

No quiero que falte tampoco mi recuerdo por suor Assunta, la única superiora que yo conocí siendo capellán. En ella se cumplió una vez más aquel refrán que dice: "detrás vendrá quien bueno te hará". Deli-

cada y atenta como era con todos nosotros –la comunidad de nuestra Casa General– no dejaba pasar ocasión propicia para hacernos llegar detalles en los que simbolizaba su aprecio y afecto.

Tras mi salida de Roma como residente en 1995, siempre que regresaba a la Urbe y me hospedaba en nuestra Curia –y fueron muchas las veces– solía ir por las mañanas a decirles la misa a mis queridas y siempre recordadas "le tre sante" y ellas, agradecidas, me recibían con agrado y solían presentarme, ante las que eran nuevas en su casa, como "il nostro cappellano".

¡Grazie Donata, Franca e Michela y gracias también a todas las otras hermanas que conocí en esa santa casa!

8. *Mis hermanas Terciarias Capuchinas*

Desde mi llegada a Roma en 1983, la Casa General de mis hermanas terciarias capuchinas fue para mí una verdadera "casa familiar". Entonces era superiora general, la hermana Alicia Zea Gómez y, a partir de 1986 lo fue ya, hasta el final de mi estancia en Roma, la hermana Elena Echavarren. Ambas –al igual que el resto de sus respectivos consejos– me trataron siempre fenomenalmente.

Con todo, la relación más estrecha y cordialmente afectuosa la tuve con las que integraban lo que yo –coloquialmente y en plan de broma– denominaba el "clero bajo", en el que estaban incluidas la secretaria y ecónoma generales y el resto de hermanas que ejercían su apostolado en la propia casa general, atendiendo los nunca suficientemente valorados servicios de cocina, recepción…

Intensa, de modo especial, fue mi relación con las hermanas durante los tres primeros años de estancia romana, en la época en la que –como ya os he contado– yo solía ir los fines de semana a la Curia de ellas para que la hermana Rosalba Jelk Boom me pasara a máquina la tesis doctoral. De esta época entrañable recuerdo, además de la inolvidable Rosalba Jelk, que para entonces era ecónoma general, a la delicadísima hermana Rosalba Pérez –también conocida como Barbarita– que era la secretaria general, y a las hermanas Fabiola Gómez y Encarnación Zarzuela, que se alternaban en la cocina. De esta última

–persona profundamente humana y que todo lo arreglaba, o al menos así lo pretendía, dando de comer al que se sentía mal en su cuerpo o en su espíritu, conservo una graciosa anécdota. Iba ella al mercado y, aunque su "italiano" no lo entendía nadie, todos los vendedores intuían lo que quería decir e incluso llegaron a apreciarla tanto, que la acompañaban con sus coches hasta casa, a fin de que no se fatigara demasiado, cargando con las compras en los medios públicos de transporte. Y uno de esos días en que ella se encontraba feliz en la cocina agasajando con un buen y abundante "bocata" al "samaritano" que la había acompañado con su coche, entré yo, con la hermana Rosalba Jelk, a tomar un café y ella, sin pensárselo dos veces –y con el aplomo de quien está convencido de dominar el idioma– dijo sin inmutarse lo más mínimo a aquel buen señor:

– *Qui il nostro "consorello"*, y se quedó "más ancha que larga", sin caer, por supuesto, en la cuenta de que *consorello* sólo existía en su vocabulario y que debiera haber dicho *confratello*.

Recuerdo también con agrado, aquellos concursos sobre el padre Fundador que yo organizaba para las hermanas, aprovechando mi estancia en su casa, cuando el Gobierno General en pleno se encontraba fuera en alguno de sus muchos viajes de larga duración. Con qué interés, y hasta "fervor" respondían –especialmente las hermanas Fabiola y Encarnación– a las preguntas, y cómo se "enfadaba" ésta última cuando Fabiola le ganaba en el concurso, alegando que yo le había pasado previamente las preguntas.

Cómo no recordar también a las distintas recepcionistas que allí conocí, traté y que siempre me recibieron con los brazos abiertos: a Mª Jesús de Elzaburu, quien, después de haber sido superiora provincial y consejera general, permaneció en Roma, atendiendo con toda delicadeza y humildad la portería de la Casa General. Con qué gracia solía contar ella que había colocado de "cara a la pared" una pequeña imagen que tenía de San Martín de Porres, del que era muy devota, cuando se enteró de que el milagro de su canonización había sido "robado" al padre Fundador, "hasta ladrón nos ha resultado ser el Martinico" solía repetir ella, a raíz de este hecho. Y junto a Mª Jesús, recuerdo también, ejerciendo menesteres de recepcionista, a Mª Luisa Mariñelarena, a quien gasté más de una broma por teléfono, hacién-

dole creer que era un sacerdote inglés que quería hablar con "sister Helen y sister Adela" y la pobre movía "Roma con Santiago", buscando alguna hermana filipina que me pudiese entender. Y lo dicho de Mª Jesús y Mª Luisa, en cuanto a la atención, cariño y delicadeza, tengo que decirlo también de la ya casi "eterna" en Roma, Ligia Osorio.

¡Gracias, pues, mis queridas hermanas! ¡Gracias a las que he nombrado y también –y con el mismo cariño– a todas aquellas que tomaron parte de los Gobiernos Generales que yo conocí en Roma, el de Alicia Zea y los dos de Mª Elena Echavarren, y a todas aquellas otras hermanas que, desde servicios menos deslumbrones –y no por ello menos dignos– me trataron siempre con afecto y me hicieron experimentar con hechos la fraternidad existente entre ambas Congregaciones fundadas por el padre Luis Amigó!

9. *¡Éste sí que es un obispo!*

Sucedió este hecho en 1992, durante la comida que se sirvió en el Colegio Español "San José" de Roma, con ocasión de la celebración oficial de su primer Centenario de historia.

Los superiores de esta institución tuvieron la delicadeza de invitar, entre otros muchos, a los superiores españoles de las distintas Congregaciones que tenían su sede central en la Urbe.

A nuestra Curia llegaron dos invitaciones. Una para el padre José Oltra, como superior general, y otra, a mi nombre, en calidad de procurador general ante la Santa Sede.

El día previsto, pues, él y yo nos dirigimos a la sede de dicho Colegio Español y, tras la concelebración eucarística, tomamos asiento en la mesa en la que estaban reservados nuestros sitios. En aquella misma mesa, tomaron también asiento, entre otros que no logro recordar, el cardenal don Marcelo González, arzobispo de Toledo, un obispo brasileño y don Ernesto Juliá, de la Prelatura del Opus Dei, con el que hice una cierta amistad que, poco después, facilitó que pudiese conseguir dos entradas de Capilla Papal, para el padre Pedro Corella y su hermano Felipe, durante la ceremonia de Beatificación de José María Escrivá de Balaguer, que tuvo lugar el 17 de mayo del mismo 1992.

Pero volviendo al hecho central del relato que ahora quiero compartiros, tengo que añadir que yo, que tenía a mi izquierda –la mesa era redonda– a dicho don Ernesto Juliá, tenía a mi derecha a aquel obispo brasileño que, al parecer, ninguno de los ocupantes de nuestra mesa conocía.

Yo, que desde pequeño venía sintiendo un especial interés por el gran país carioca y que había venido alimentando una ilusión enorme por conocer la ciudad de Río de Janeiro –ilusión que ya había podido ver satisfecha en 1987–, me interesé por conocer a aquel compañero de mesa que, con su semblante bonachón, me daba a entender que era muy buena persona. Y como siempre se me ha dado bastante bien entablar conversación con la gente que me encuentro por primera vez, le pregunté, cuál era su nombre.

– *Me llamo Jayme Henrique Chemello*, me dijo con un característico deje que manifestaba bien a las claras el acento portugués de su hablar.

Pasado un cierto tiempo, en el que seguía y participaba en otras conversaciones que se iban suscitando en nuestro reducido círculo de comensales, me dirigí de nuevo a él, preguntándole en esta ocasión cuál era su diócesis.

Y así como a mi primera pregunta respondió inmediatamente y sin titubeo alguno, ahora empezó a hacerse el remolón, recurriendo a distintas evasivas.

Dejando pasar de nuevo un cierto tiempo, volví a solicitarle información sobre su sede episcopal y otra vez cambió él sutilmente de conversación, no sin mostrar un cierto sonrojo en su rostro.

Ante tal actitud –y sobre todo impulsado por su sonrojo– yo, que a veces no tengo idea buena, pero sí mucha intuición, empecé a recordar que, siendo todavía un crío, en aquel tiempo en que asistía a la escuela pública de mi pueblo, mis compañeros y yo solíamos reírnos, acompañando nuestra risa con miradas no exentas de picardía, cuando, estudiando geografía universal, salía el nombre de una población brasileña llamada *Pelotas*. Y, al recordar esto, empecé a decirme a mí mismo: "¿Qué te apuestas a que éste es el obispo de Pelotas?". Y como no quería quedarme con la duda, ya en los postres, cuando habíamos saboreado el buen vivo que se nos sirvió e incluso habíamos tomado

con el café algún licor, volví a la carga y le pregunté por tercera vez cuál era su diócesis.

En esta ocasión, él ya no "se marchó por las ramas" y, sonrojándose más que la vez anterior, me dijo con mucho tiento:

– *Padre, es que el nombre de mi diócesis en español suena un poco mal.*

Con esta respuesta, para mí ya no había duda alguna de que se trataba de la famosa población brasileña que tan maliciosamente nos había hecho sonreír y reír cuando éramos chiquillos y le dije con determinación:

– *No se preocupe monseñor, aquí estamos entre personas mayores y no creo que ninguno vaya a escandalizarse.*

Cuando yo dije esto, se creó en la mesa un "sonoro" silencio y monseñor Chemello, ya sin otra salida posible, musitó como en un susurro:

– *Yo soy el obispo de Pelotas.*

Al escuchar tan rotunda expresión, el cardenal Marcelo –que, por su semblante serio y señorial, nadie hubiese sospechado que poseyese tanto sentido del humor– exclamó, al tiempo que daba una palmada sobre la mesa:

– *Éste sí que es un obispo.*

Ni que decir tiene la carcajada con que todos los integrantes de la mesa –incluido monseñor Jayme Henrique– acompañamos una tal expresión cardenalicia que –al menos a mí– me sonó como una verdadera "jaculatoria".

10. *Mi amigo el padre Roca*

Hasta que no fui elegido, consejero general en 1983, ni yo conocía al padre Roca ni él me conocía a mí, más allá del conocimiento que se había podido producir entre los años 1960 a 1962 en que los dos coincidimos en nuestro Seminario San José de Godella. Claro que para entonces yo era un niño que contaba entre doce y catorce años y él, con sus treinta y siete ya, era el Director Espiritual de los seminaristas. Por cierto, recordad que fue él quien me administró el Viático y la Extremaunción cuando "casi me matan los frailes".

A partir de 1983, sin embargo, nuestra relación fue creciendo progresivamente y con ella se fueron suscitando entre nosotros fuertes vínculos de amistad.

Él, en su condición de historiador de la Congregación, solía solicitar a la secretaría general distintos documentos, pero normalmente se le daba "la callada por respuesta". Por otra parte, la publicación de su magna obra *Historia de la Congregación* venía siendo ralentizada como "con cuentagotas" por los anteriores gobiernos generales.

Con la elección del Consejo General presidido por el padre Oltra y al que yo pertenecía, las cosas –en relación a él– experimentaron un "giro copernicano". En pocos años se acabaron de publicar los tomos que faltaban hasta sumar los cinco de que se compone básicamente, su relato histórico desde 1889 hasta 1961. Vieron también la luz los tres amplísimos volúmenes que componen el *tomo sexto*, dedicado a recoger los *documentos* (desde 1889 a 1939) e incluso salió de imprenta el primer volumen del *tomo séptimo* o *Álbum de familia*, en el que se recogen interesantes fotografías antiguas, sacadas entre los años 1800 a 1961.

Cada vez que él y yo nos encontrábamos no sabía cómo darme las gracias, extensivas al padre general y al resto del Consejo, "porque, como el solía repetir, estábamos publicando más nosotros en nuestros dos períodos de gobierno, que lo que se había publicado en los casi cien años anteriores de nuestra historia congregacional.

Aparte de todo esto, él me estaba profundamente agradecido porque, desde 1984, yo había empezado a hacerle llegar –sin pedir demasiados permisos a nadie– documentos del Archivo Histórico a los que nunca se le había permitido acceso. Aún recuerdo al respecto con qué emoción me daba las gracias por haberle enviado la fotocopia del *Libro de Actas del Gobierno General de la Congregación* que abarca desde 1899 a 1926 y que él publicó íntegramente en el *tomo sexto*, *volúmenes primero y segundo*, entre 1989 y 1991.

A raíz de ese favor que yo le hice, el empezó a hacerme llegar, especialmente desde 1989 –cuando supo que yo era el encargado de organizar nuestro Archivo Histórico– valiosos documentos originales que él conservaba "como oro en paño" y que retuvo en su poder hasta que comprobó que en la Curia General se valoraban de verdad tales legados históricos. Entre estos documentos, recuerdo con especial agrado, el original del *Libro de Matrícula* que se llevó en la Congregación

desde 1889 a 1903. Este libro, parcialmente mutilado –posiblemente ya antes de 1936–, me comentó él, emocionado, más de una vez, se lo había entregado el padre Alejandro Paricio que lo había recogido de entre el montón de papeles que "prohombres de la cultura congregacional" habían tirado a la basura al trasladar la Curia General desde La Patilla-Madrid a Roma.

Tal llegó a ser la relación de confianza y amistad que nació entre Roca y yo durante mi época romana, que él me ponía indefectiblemente como *censor* de sus obras, aunque yo no las hubiese conocido hasta una vez editadas.

Y lo que entonces nació, se prolongó ya, una vez hube salido yo de la Urbe, hasta su fallecimiento. De hecho, en 1998 publicamos, en colaboración, la *Biografía de José Subiela Balaguer* y en 2001, también en colaboración, la revista conmemorativa *Seminario San José de Godella. Cien Años de Presencia Amigoniana (1900-2000)*.

Por lo demás, establecido yo en EPLA desde el 15 de septiembre de 1998, nuestra amistad se fue alimentando desde la cercanía física, pues él solía venir con cierta frecuencia a esta casa para cuidar desde aquí la edición de la revista *Surgam* o de cualquier otra publicación suya que se estuviese imprimiendo en los talleres de su amigo José Luis Martín.

En sus últimos años, Roca, siempre que nos encontrábamos, solía repetirme entre "bromas y veras" que es como se dicen en realidad las cosas serias en esta vida, que cuando él faltase, me hiciese cargo de sus papeles para que no cayesen en manos de uno de esos "papiroclastas" que él tuvo que sufrir durante su vida.

Nuestro último encuentro tuvo lugar en la sacristía de nuestra Parroquia Nuestra Señora de Monte-Sión de Torrent el 3 de abril de 2001 cuando me pidió que me interesase y ayudase a un familiar suyo en la solución de un delicado asunto.

Días más tarde –el 24 de mayo de aquel mismo 2001– yo volaba hacia Roma, al tiempo que él lo hacía hacia la Casa del Padre.

De regreso a España, el 3 de junio me trasladé a Teruel, donde, por encomienda especial del superior general, me hice cargo de su Archivo, tal como tantas veces él me había encarecido, e integré parte del mismo en el propio Archivo Histórico General, mientras que otra parte la deposité y organicé –en julio de 2015– como *Archivo Roca*, dentro del Archivo de la Provincia Luis Amigó y como una sección especial de éste.

XXX

Una bocanada de aire fresco

Del 22 de abril al 5 de mayo de 1995 se celebró en la Casa Seminario-Noviciado Luis Amigó (vulgo La Chaparrita) de Bogotá el XVIII Capítulo General de la Congregación, al que yo asistí como consejero general.

Dos fueron fundamentalmente los trabajos que, con vistas a este Capítulo, realicé por encargo expreso del propio Gobierno General del que yo formaba parte. Uno fue la preparación del *texto base* de un posible mensaje del Capítulo a todos los hermanos, que titulé *Zagales del Buen Pastor en la Nueva Evangelización* y que sería aprobado unánimemente por la asamblea capitular sin tan siquiera hacer corrección o añadidura alguna. El otro fue la elaboración del *texto base* de los números que se pensaban retocar o añadir a las *Constituciones y Directorio*. Al final, no fueron muchos los números de las *Constituciones* que se enriquecieron, especialmente con palabras o expresiones propias del padre Fundador, pero sí que fueron muy importantes las adiciones realizadas, que quedaron recogidas en los números 44, 57, 58 y 60 (anterior 59). Muy enriquecedor resulto así mismo el nuevo número 59 –referente a los *Dolores* de Nuestra Madre como *lecciones de amor*– que quedó tal cual se había propuesto en el mencionado texto base. Los cambios en el *Directorio* fueron mucho más abundantes, siendo los más significativos y trascendentales de ellos, aquéllos que se introdujeron para dar a los Capítulos Provinciales la capacidad de elegir a los nuevos Gobiernos de la respectiva demarcación.

Aparte de esas aportaciones que hice –en cumplimiento de lo que me pidieron mis hermanos del Consejo General– yo, a título personal, entregué a cada capitular –en fotocopia– un ejemplar del *Reglamento y Catálogos del Archivo Histórico General* –que era resumen y síntesis del principal trabajo durante mi segundo sexenio en Roma– y otro ejemplar de la *Memoria de la Procura General entre 1989-1995*, que

era una primicia en nuestros Capítulos Generales, pues era la primera vez que se presentaba una Memoria tal, por lo que quise introducirla con un escrito en el que se recogía la historia de nuestra Procura desde 1889 hasta 1989.

El ambiente durante las primeras sesiones capitulares fue muy agradable. Después, conforme se fue acercando el momento de las elecciones, se empezó a percibir, como es natural, alguna tensión, aunque en ningún momento tan fuerte como las que yo había vivido en los dos Capítulos Generales anteriores. Y posiblemente esa falta de tensión se debió a que no se percibía una rivalidad abierta entre candidatos. Es más –si me apuráis– me atrevería a decir que ni a principios ni a mediados de la asamblea capitular aparecieron abiertamente claros pretendientes al cargo de superior general.

Me consta que algunos –entre ellos principalmente el padre José Oltra– pretendían que yo presentase mi candidatura. Pero yo siempre tuve claro –y más en aquellos momentos– que no aceptaría una tal nominación. Y esto no era falsa humildad ni mucho menos, sino que respondía al conocimiento que yo tenía –y sigo teniendo– de mis propias virtudes y defectos. Precisamente por ello, siempre he considerado que la naturaleza y la gracia me regalaron grandes dotes para aconsejar –y creo que lo he demostrado con creces tanto en los doce años que formé parte del Gobierno General, como en los tres que fui vicario de la Provincia Luis Amigó–, pero todos los valores que reconozco en mí a la hora de aconsejar libremente, sin dejarme manejar por nadie, reconozco también que quedaban anulados si se trataba de ser superior mayor. Ni me sentí, pues, preparado entonces para asumir el cargo de superior general, ni me he sentido posteriormente preparado para asumir un cargo de superior que vaya más allá del ámbito propio de una comunidad local.

Conociéndome a mí mismo, sé que, ante situaciones delicadas yo no hubiese servido para poner "paños calientes", usar la "mano izquierda" o ser demasiado diplomático, y por ello, sé también que mi modo de ser y actuar "frontal y directo" hubiera causado más mal que bien a los hermanos.

¡Qué pena! –he pensado bastante a menudo– que haya personas que aceptan a veces cargos para los que no están mínimamente dotadas. Me ha entristecido –más veces de las deseables– ver a consejeros

–generales o provinciales– que se han limitado a "hacer de clac" en las sesiones de consejo y, o bien porque no se han atrevido a manifestar su opinión ante un superior con excesivo carácter (algunos llaman a esto personalidad) o bien porque no tenían opinión alguna que manifestar, se han limitado a aprobar lo que el superior de turno les proponía sin un mínimo sentido crítico. Y me han entristecido también superiores mayores que, se han sentido tan "omnipotentes" y "omniscientes", que, de facto, han anulado a sus consejeros, haciendo realidad –sin proclamarlo abiertamente– aquello del Rey Sol: "el Estado soy yo".

¡Cuánta sabiduría perdida por parte de aquéllos que no se han atrevido a expresar las propias opiniones! ¡Cuánta sabiduría malograda por quienes no han permitido –y por supuesto mucho menos solicitado– la expresión de opiniones que pudieran contrastar la propia!

En fin, volviendo al Capítulo de 1995, os digo una vez más –a vosotros, mis lectores– que, a pesar de alguna que otra presión que yo experimenté –incluso por el que acabaría siendo elegido superior general, quien la víspera misma de su elección, ya al anochecer, aún me insistió: "preséntese usted, padre, y yo le colaboraré como vicario"–, ni cedí –ni podía ceder–, siendo fiel a mí mismo y reconociendo mis capacidades. Además –como bien sabéis ya a esta altura de mi narración– había otra importantísima razón que me impedía echarme hacia delante. Yo –recordadlo conmigo–, ante la incipiente depresión experimentada a mediados de 1992, me había prometido a mí mismo que, finalizado el sexenio, pediría un *año sabático*. Y ese momento había llegado y no podía defraudarme a mí mismo. Claro que esto último no era el momento de decirlo a nadie hasta que no hubiese finalizado el Capítulo, pues no quería perturbar la tranquilidad de aquella asamblea, ni quería que nadie –compadecido de mi situación, que ya no era para ser compadecida, pues yo me sentía para entonces interiormente tranquilo y bien– pudiera dirigirse a mí de manera "lastimera".

Con la elección del padre Ignacio Calle –gran amigo personal mío y del que yo, en esta ocasión, fui "gran elector"– el Capítulo llegó a su fin, y fue entonces cuando planteé abiertamente mi situación tanto al recién elegido, como a su antecesor, mi querido padre José Oltra, que siempre he considerado como un padre para mí y que he sentido en todo momento que también él me consideraba a mí como un hijo, aunque ello no hubiera sido óbice en ningún momento para que en

las sesiones del Consejo cada uno de nosotros manifestara claramente su opinión –a veces opuesta– y la defendiese con la vehemencia que distingue –aunque con distintas tonalidades– el genio de cada uno de nosotros dos.

Al padre Ignacio le dije que iba a solicitar un año sabático, pero que no quería precipitar acontecimientos, por lo que se lo pediría oficialmente tras asistir al II Capítulo de la Provincia Luis Amigó, para el que había sido elegido delegado por los religiosos y que iba a celebrarse en Burgos del 2 al 7 de julio de aquel mismo 1995.

Al padre, Oltra, mi anuncio le causó –como sabía yo que iba a ser– un gran sufrimiento interior, pero –y con ello me dio muestras una vez más de su gallardía moral y de su cariño hacia mí– no sólo no puso ninguna dificultad, sino que inmediatamente se mostró dispuesto a ayudarme en cuanto pudiera necesitar. Tan sólo me hizo una pequeña objeción cuando le fui explicando con detalle cómo yo –muy angustiado ya a mediados de 1992– sólo había encontrado la serenidad suficiente para llegar hasta el Capítulo de 1995, después de prometerme a mí mismo que, finalizado mi servicio en Roma, pediría un año de residencia fuera de la casa religiosa. Y fue entonces cuando él me preguntó en tono amigable:

– *¿Pero tú, no te sientes ahora bien?*
– *Sí*, le respondí decidido. Y ésta era la verdad.
– *Entonces ¿para qué vas a pedir ya un año sabático?*

A esta objeción que –repito– fue la única que me puso –y siempre con total respeto y cariño hacia mi persona– le respondí:

– *Mira, Oltra, yo ahora me siento bien. Incluso me causa cierta inquietud el iniciar un año en el que no sé aún qué voy a hacer en concreto, ni cómo me van a ir las cosas… Tal es así* –le añadí– *que en algún momento he pensado incluso olvidarme de todo y seguir adelante, sin más, pero si ahora que llega el "momento de la verdad"* –continué confesándole– *yo no soy capaz de cumplir lo que a mí mismo me prometí, ya nunca podré prometerme nada. Y en esta vida* –concluí– *debe ser muy trágico perder la confianza en uno mismo.*

Finalizado el Capítulo –en el que tuve la dicha de ver incluido en el Gobierno General al padre Pedro Acosta–, el 7 de mayo viajé a Roma

y aquí, al tiempo que ultimé el embalaje de mis pertenencias para enviarlas por tierra a nuestra Curia de la Provincia Luis Amigó, de donde las recogería una vez aclarado mi futuro inmediato, recibí en nuestra Casa General al nuevo superior, el padre Ignacio Calle, al que, como Procurador General "en funciones", acompañé a la Audiencia que el Papa tuvo en el Aula Pablo VI el 21 de junio y tuve la dicha de presentarlo al propio Juan Pablo II, pues la Casa Pontificia –a la que yo mismo había cursado la solicitud– nos concedió unos billetes muy especiales (con los números 1 y 2) que nos dieron la oportunidad de acercarnos al Papa y poder dialogar brevemente con él.

Aproveché asimismo este tiempo en Roma, para traspasarle al padre Pedro todo lo relativo al Archivo Histórico, pues el padre General me había adelantado que sería él el nuevo encargado del mismo, en su condición de secretario general, y me fui despidiendo con tranquilidad de los amigos –pocos pero muy buenos– que había hecho durante mis años de estancia allí, y para despedirme también –¿cómo no?– de mi cada día más querida y siempre añorada Roma. Aún recuerdo que la última tarde que pasé en la Ciudad, bajé solo al Trastevere y –entre gozo y añoranza– recorrí sus calles por más de dos horas, finalizando mi andadura, sentándome en los peldaños de la fuente que preside la plaza de Santa María in Trastevere, donde, contemplando la fachada de este templo, con su precioso mosaico representando a las siete vírgenes prudentes con sus lámparas encendidas, no pude contener unas silenciosas y sentidas lágrimas que, furtivas, se deslizaron por mis mejillas.

El 30 de junio –todo ya concluido– entregué al padre Ignacio la Carta oficial en la que solicitaba el permiso para iniciar el 1 de agosto de aquel mismo 1995, un *Año de residencia fuera de la Casa religiosa*. En el escrito, entre otras cosas, le decía:

– *Mi última etapa en Roma la he vivido en continua tensión existencial. Ello no obstante, he intentado dar de mí todo lo posible para cumplir hasta el último día los encargos recibidos y contribuir positivamente a la vivencia comunitaria.*

  Estos mismos sentimientos me acompañaron durante el XVIII Capítulo General en el que, a pesar de todo, intenté participar activamente y aportar, con toda libertad y cariño, lo que, según mi conciencia, era lo más positivo para el futuro de la Congregación, a la que continuo queriendo entrañablemente. Por esto mismo,

rechacé también de pleno los intentos que hubo para forzar mi voluntad y lograr que aceptase continuar en el gobierno general.

A más de un hermano, ante semejante propuesta le respondí con una sinceridad que posiblemente él no captó del todo: "Yo soy un coche que ha llegado aquí con la reserva y no me puedes pedir que no reposte en la próxima gasolinera".

Mi crisis no es una crisis vocacional. Yo me siento feliz, como ministro, en medio de una comunidad cristiana, como me siento feliz también profundizando y trasmitiendo todo lo amigoniano. Ambas cosas quiero seguirlas cultivando, pero necesito tiempo… Un tiempo que me ayude a discernir, con mayor claridad, el futuro. Espero que el amor que tengo a la Congregación y al padre Fundador me vayan ayudando a ver, desde la lejanía de una cierta separación, los problemas que ahora me afligen, con una perspectiva distinta, nueva y luminosa.

Ya en España, asistí –del 2 al 7 de julio–, como había adelantado al padre general, al II Capítulo de la Provincia Luis Amigó, celebrado en la Casa de Burgos y, finalizado éste, comuniqué también al nuevo Gobierno Provincial recién elegido mi decisión. A continuación, me trasladé a Valencia y, de momento –y mientras se ultimaban los detalles para iniciar mi nueva experiencia– residí en las Escuelas Profesionales Luis Amigó, cuyos hermanos –y en particular su superior– me recibieron con los brazos abiertos y me atendieron, con toda solicitud y delicadeza, durante el tiempo que duró aquí mi provisional estancia.

Entre tanto, mis amigos Antonio Valiente y José París –a quienes nunca podré agradecer lo suficiente cuanto hicieron por mí en aquellos momentos que los necesité– localizaron y alquilaron a mi nombre un pequeño, y todavía no estrenado, apartamento en la calle Doctor Francisco Roselló, 2, 4-B de Torrent. Y no contentos, con ello, lo amueblaron, pues ningún mueble había previamente allí.

El 1 de agosto de aquel 1995, me establecí –tal como ya había anunciado a mis superiores– en aquel coqueto apartamento, que contaba con una holgada habitación, una amplia sala de estar-comedor, un baño completo y una pequeña cocina, y comencé mi vida de "amo de casa".

Algo de lo que me sucedió y experimenté durante este año que, como veréis, resultó supremamente enriquecedor para mi vida, os lo cuento a través de los apartados que siguen.

1. *Se me cierran puertas*

Cuando –hacia el mes de febrero de 1995– yo empecé a plantearme ya muy en serio lo que quería hacer a partir del mes de agosto de aquel mismo año, aparte de hablar con mi amigo Antonio Valiente para que fuese mirando una pequeña casa en la que poderme instalar –cosa que, como os acabo de contar cumplió a la perfección y con creces–, hablé también con la hermana –y siempre amiga– Mª Jesús Sanchís, directora entonces del Colegio de La Purísima que las Franciscanas de La Inmaculada tienen en Torrent, para que, si era posible, pensase en mí como profesor para el curso 1995-1996, y ella me respondió poco tiempo después que ya todo estaba decidido y que podía contar con un horario completo para dicho curso.

Sucedió, sin embargo, que, cuando a mediados de julio fui a visitarla para concretar los horarios, la hermana Mª Jesús, casi llorando, me dijo que su superiora provincial –a quien yo había conocido y tratado, siendo ella superiora general de su Congregación y yo capellán de aquel Colegio de Torrent, entre los años 1981-1983– le había prohibido que me contratase como profesor.

Sólo con el tiempo, llegué a conocer la razón de tan inexplicable reacción por parte de unas religiosas a las que siempre había apreciado y acogido con cariño. Todo fue resultado de los comentarios –verdaderas y flagrantes calumnias– que sobre mí les había vertido un religioso hermano mío de hábito– que estaba entonces de comunidad en nuestra Casa de Torrent y se relacionaba mucho con ellas. Poco más o menos les llegó a decir que yo me iba a casar muy pronto, que había perdido la fe y que les causaría graves problemas en el Colegio.

Pero no terminaron aquí las insidias de aquel religioso, que hasta entonces siempre me había tratado amigablemente cuando visité nuestra comunidad de Monte-Sión, sino que incluso forzó la voluntad del superior de nuestra comunidad de Torrent –lo cual no exime a éste de su responsabilidad en el caso– para que me prohibiera celebrar la Eucaristía en nuestra Parroquia, cuando ya me había comprometido con él a celebrar allí una de las primeras Misas dominicales.

Tanto sufrimiento causó esta última –injusta e injustificable– medida en algunos miembros de la comunidad, que un día, estando por las cercanías de nuestro Convento, me topé con el padre Fernando Mª de

Benaguacil, quien –dando muestras una vez más del afecto que siempre me tuvo y al que yo procuré responder también en todo momento– me abrazó y, con los ojos llorosos, me dijo:

– *Padre, no sabe el disgusto que tengo. Lo que están haciendo con usted es injusto e indigno. Yo protesté, pero no me hicieron caso. Y sé que tampoco a otros miembros de la comunidad les ha gustado la medida que han tomado. Perdónenos, padre.*

También a mí me saltaron las lágrimas y le dije con palabras entrecortadas por la emoción:

– *No se preocupe, pues yo sé muy bien lo que ha pasado y quién ha sido el causante, pues no sólo ha hablado mal de mí en la comunidad, sino que lo ha hecho allí donde ha podido, hasta el punto de malograrme el trabajo con que yo tenía previsto ganarme el pan durante este año.*

Y así, emocionados los dos, nos despedimos con un fuerte abrazo, rogándole yo, encarecidamente, que saludase de mi parte a los miembros de la comunidad.

De aquel religioso que tanto mal me causó gratuitamente en aquellos momentos en los que tan falto estaba de solidaridad y apoyo de los que yo seguía considerando mis "hermanos", sólo os puedo decir que, pasados unos años durante los que yo le negué el saludo cada vez que me encontré con él y él quiso acercarse a mí "como si nada hubiera pasado entre nosotros", por fin lo perdoné y llegué a restablecer con él ciertos canales de relación. Ello no obstante, aunque él me trató en los últimos años con normalidad, yo nunca pude evitar que, al saludarlo, me vinieran a la mente –ahora ya sin rencor ni apasionamiento– los malos momentos que sus falsedades me hicieron pasar.

¡Qué Dios lo tenga en su gloria, pues quizá su extremada fidelidad a la letra de la ley, le nubló en su día los ojos de su corazón para percibir con claridad el espíritu mismo de la ley, que siempre es amor misericordioso!

2. *De nuevo entre los muchachos*

Como Dios siempre escribe recto, aunque los renglones estén torcidos, aquellas puertas que bruscamente me dieron de bruces abrieron otras

que me conducirían –sin yo haberlo previsto– a ejercer mi labor entre los niños y jóvenes en dificultad.

Al enterarse de mi situación el padre Jesús Arive –entonces director de la Colonia San Vicente Ferrer de Burjassot–, se adelantó a ofrecerme un puesto de educador en aquella Colonia.

El trabajar allí fue para mí la mejor de las terapias que hubiera podido encontrar. No sólo me sentí útil y me sirvió para ganarme dignamente el pan de cada día, sino que despertó en mi interior una ilusión y un cariño renovados por dedicarme de nuevo en cuerpo y alma, "en vivo y en directo", a la misión más identificante de mi Congregación, a la que ya me había entregado sin reservas durante mi estancia en República Dominicana, aunque, si os tengo que ser sincero, allí donde he estado –colegios, parroquias…– siempre he procurado vivir identificado diariamente con nuestra misión amigoniana, buscando y relacionándome de forma especial con los que he percibido que estaban más necesitados de una atención y de un afecto más personalizados que contribuyesen a su crecimiento en autoestima y a que experimentasen la caricia que conlleva, por su misma naturaleza, la acción misericordiosa.

Del grupo de muchachos que allí acompañé –y creo que positivamente– en el irrepetible proceso de su maduración como personas, recuerdo especialmente a tres gitanillos, a los que, por ser los más desamparados familiarmente, me dediqué de forma particular, procurándoles, por ejemplo, cuando me tocaba estar con ellos los fines de semana, recreaciones fuera del Centro, que de forma voluntaria financiaba con mis propios recursos para compensarles, de alguna manera, el que, por las especiales condiciones de sus familias, no hubiesen podido salir al "weekend" como habían hecho la mayoría de sus compañeros.

Dos de estos tres gitanillos eran hermanos –Antonio y Manu– y su padre siempre suscitó en mí sentimientos de profunda compasión que me hicieron apreciarlo como era y "justificar" incluso su tendencia a la bebida que yo interpretaba que era la única forma de aquel "buen hombre" tenía de ahogar la pena de haber perdido tempranamente a su mujer y verse sin fuerzas para educar a aquellos dos niños, que él quería con locura –aunque al más pequeño, Manu, le costase entonces mucho entenderlo– y a los que venía a visitar siempre que se lo permitía, con unos mínimos de dignidad, la flojera que sus piernas acusaban por lo general.

El tercero de "mis" gitanillos era muy pequeño –siete u ocho años–, pero tenía un genio tan vivo, que no le importaba encararse con cualquier educador y especialmente si era mujer. Sentía una resistencia –que yo calificaría de "cuasi genética"– a asistir a clase por las mañanas, como estaba establecido para todos los internos. Las educadoras llegaron a declararse impotentes para vencer su cerrazón, por lo que recurrieron a mí. Yo, en cambio, le ofrecía mi mano y cogido a ella, como un corderito, lo llevaba a su clase sin que él ofreciera la más mínima resistencia o formulase cualquier protesta.

¡Cuán pagado me sentí por lo poco que por ellos pude hacer –aunque ellos lo consideraron como "mucho"–, cuando en sus conversaciones, mientras íbamos de paseo o saboreábamos la merienda o el helado a que yo les invitaba aquellos fines de semana que compartíamos, se dirigían a mí diciéndome:

– *Tú eres nuestro payito bueno.*

Aparte de sentirme bien y dichoso entre los muchachos, me sentí también fenomenal –aquel año– entre mis compañeros de trabajo, pues pronto vieron en mí a un "igual" en cuanto a obligaciones y derechos y no a un "privilegiado" por el hecho de ser un religioso más, aunque estuviera en "excedencia temporal". Con ellos me entendí a la perfección a la hora de pedirnos y estar dispuestos mutuamente a cambios de horarios para los turnos laborables que se establecían para los fines de semana. Cuando ellos me pedían un cambio, yo, que normalmente no tenía mayores obligaciones los sábados y domingos, se lo hacía y cuando yo se lo solicité, también ellos y ellas me lo concedieron sin problemas.

Con especial agrado recuerdo los espacios que compartía con educadoras y educadores de otros grupos, en la terracita que da acceso a las aulas, mientras nuestros alumnos seguían sus tareas lectivas. A esta actividad del "estar de guardia" los educadores de cada grupo que por turnos nos correspondía, la bauticé con el verbo "tricornear" –en clara referencia al famoso tricornio de la Guardia Civil–, que –me consta– se siguió utilizando algún tiempo después de que yo dejara mi trabajo allí.

¡Gracias, pues, a vosotros los muchachos y muchachas con los que compartí aquel año mis ilusiones, entre momentos alegres y otros que lo fueron menos, aunque no logre recordar ahora vuestros nombres!

¡Gracias, educadoras y educadores con quienes compartí tanto y de quienes tanto aprendí!

¡Y gracias muy especialmente a ti, Jesús Arive, que tanto bien me hiciste y tan cerca de mí te mantuviste en momentos en que otros –aunque más bien pocos– me trataron como una especie de "apestado" a quien era mejor mantener un tanto a distancia! Y, junto a ti, Jesús, quiero dar también las gracias a la comunidad religiosa que tú presidías, y de forma particular a Leopoldo Bartolomé que era el educador primero del grupo de pequeños en el que yo desarrollé mi labor.

3. *La lealtad de mis amigos*

Además de la cercanía afectuosa que durante mi año sabático me mostraron Antonio Valiente, José París y Jesús Arive, de quienes he hecho ya particular mención, hubo otros que me demostraron que su afecto hacia mí no era de palabra o de conveniencia, sino de verdadero amor.

Fue entonces cuando pude apreciar, en carne propia, la verdad que se encierra tras aquel dicho refranero que afirma que "los verdaderos amigos se conocen porque, cuando las cosas te van bien, tienes que llamarles para que vengan a tu casa y, en cambio, cuando te van mal, vienen sin que les llames".

El primero que me mostró amistad fiel y leal, cuando el 7 de julio de 1995 –el último día del II Capítulo de la Provincia Luis Amigó– se hizo pública mi decisión de comenzar el 1 de agosto un año sabático fuera de la casa religiosa, fue José Antonio Fernández Grau, quien, desprendiéndose espontáneamente del dinero que le habían dado para vacaciones, me "obligó" a aceptarlo para que pudiese así afrontar, de la mejor manera posible, los gastos que se me acumularían hasta que pudiese empezar a trabajar y ganarme un jornal.

Otra persona que se adelantó a demostrarme que su aprecio no era ficción, fue Rafael Monferrer, quien me acogió en la comunidad de EPLA, de la que era superior, hasta tanto me trasladase ya al apartamento que tenía alquilado a partir del 1 de agosto. No se limitó tan solo a ofrecerme alojamiento y comida, sino que me proveyó incluso, con dinero particular suyo, de varias piezas del menaje de cocina, que tenía necesidad de adquirir.

También me mostraron amistad leal bastantes de mis hermanos amigonianos, como el padre José Oltra, que en todo momento estuvo pendiente de mí durante este año, el nuevo superior general –el padre Ignacio Calle– y los componentes de su Consejo, especialmente Pedro Acosta y Manuel Carrero, que solían llamarme a menudo y que siempre que venían a España encontraban el modo y la ocasión de acercarse a saludarme y compartir conmigo momentos de felicidad.

Ya en el círculo más amplio de relaciones, tengo que nombrar, en primer lugar, dentro del ámbito de la amistad fiel y solícita a muchas de mis hermanas terciarias capuchinas, especialmente, dada su cercanía física, de la Provincia de la Sagrada Familia, que, con su superiora provincial –la hermana María Reyes– a la cabeza, me ofrecieron un trabajo, generosamente remunerado, para dedicar parte de mi tiempo libre a organizar y catalogar su Archivo Histórico Provincial, ubicado entonces en la calle Exarchs, 9 de Valencia. Este trabajo lo realicé con la inestimable ayuda de la siempre atenta y cariñosa hermana Monserrat Millán y lo concluí con la edición fotocopiada del *Reglamento y Catálogos del Archivo Histórico de la Provincia de la Sagrada Familia de las Hermanas Terciarias Capuchinas*, que feché el 30 de junio de 1996. También las hermanas del Gobierno General se mantuvieron fieles y leales hacia mi persona, y de hecho me encomendaron –en 1995– la elaboración de unas Guías de Estudio, tituladas *En las Fuentes* para ser utilizadas en el Mes de Renovación Espiritual en el que participaron por Provincias y turnos todas las hermanas de la Congregación. (Por cierto, de una de estas guías –la 3ª en concreto– se sacaría con el tiempo, la presentación del Curso *Testimonio espiritual del padre Fundador* del *Plan de Formación y* Estudios de 2017). Del mismo modo, las Hermanas del Rebaño de María –como os contaré después con detalle– se mantuvieron fieles a nuestra amistad en aquellos delicados momentos para mí.

Mucho me ayudaron y arroparon asimismo algunos de los alumnos y alumnas que había tenido en mis dos años escolares en Monte-Sión. ¿Cómo no acordarme y agradecer de corazón cuanto hicieron por mí, con su afecto, convertido en cercanía y apoyo incondicional: Paqui Chuliá y Mariola Giner, con sus respectivos esposos, Carlos Guimerá, Eva García y Dora Navarro –ambas desde la lejanía física, que no afectiva, de sus respectivos lugares de residencia–, Mª Carmen Esquivel

–¡cuánto agradecí encontrarla de nuevo y disfrutar de su siempre afectuosa compañía! y ¡cuánto sentí, algún tiempo después, su temprana separación de este mundo!–, Salu Gallent y su esposo, Enrique Puchades y Lola Palazón… Y junto a ellos, familias torrentinas que no sólo mantuvieron abiertas para mí las puertas de sus casas, como cuando estuve de comunidad en la población, sino que incluso las abrieron, si cabe más todavía, al verme ahora en una situación distinta. Entre otras familias no puedo dejar de nombrar la de Enrique Mora (el Confesor) y su esposa Trini Mora, la de mi gran amigo Federico Esteve –viudo ya desde hacía varios años de su inolvidable esposa Merche Mora–, la de Juan Gomis y Amparo Moreno, la de mi amiga Mercedes y su hermano Isidro Pérez, en cuya pastelería, ubicada desde tiempo "casi inmemorial" en frente de la Torre, se hacían las famosas –y ya nunca igualadas– "crestas"… y tantas y tantas otras familias buenas, que siempre me saludaron con afecto cuando me encontré con ellas por las calles y que me han seguido rodeando con su afecto siempre que posteriormente me he acercado a Torrent.

4. *Experiencia parroquial*

Desde que empecé a planificar –ya en serio– mi año de residencia fuera de la casa religiosa, tuve la ilusión de colaborar pastoralmente con nuestra Parroquia Nuestra Señora de Monte-Sión de Torrent, al tiempo que realizaba un trabajo remunerado en algún otro sitio para ganarme el propio sustento.

Pero, como ya os he contado, uno de mis "hermanos" no sólo echó al traste mis planes laborales en el Colegio de La Inmaculada, sino que incluso logró –y en esto tengo que añadir ahora que la culpa no fue sólo suya, sino también de quienes en aquella comunidad, de la que sólo exceptúo a mi querido padre Fernando Mª de Benaguacil y al padre José Mª Rubio, cedieron a su empeño– que se me negase toda posibilidad de ejercer el ministerio sacerdotal en una casa que continuaba siendo tan "mía" como de ellos.

Ante tan injusta e "inhumana" actuación de gente "buena" que continuaron asistiendo diariamente a la Eucaristía, sin remordimiento alguno, no me quedó otra salida, para poder hacer realidad mi ilusión

de trabajar también pastoralmente durante aquel año, que tomar la decisión de ofrecer mis servicios ministeriales a alguno de los otros párrocos de Torrent que no viesen en mí a "un apestado espiritual".

No tuve que dar muchas vueltas, al primero que se lo dije –don Salvador Biosca, párroco de la Parroquia Nuestra Señora del Buen Consejo de la ciudad– me recibió con los brazos abiertos y me dijo que las puertas de su parroquia estaban abiertas para mí. Otros párrocos de la población vinieron después a hacerme ofrecimientos para que colaborase también con ellos, pero yo –exceptuando sustituciones puntuales que me solicitaron, y a las que siempre que pude atendí muy gustoso– preferí centrarme en colaborar con don Salvador, que había sido el primero en acogerme ministerialmente.

Por lo general, celebraba en aquella Parroquia algunas de las misas primeras del domingo y, si me tocaba turno de trabajo en la Colonia San Vicente de Burjassot, me hacía cargo de la Eucaristía vespertina del sábado o del propio domingo. También le colaboré, gustoso, en bautizos y bodas y en cualquier otro servicio que me solicitó y era compatible con mi horario laboral. Y nunca quise recibir de él, por estos servicios, donativo alguno, pues entre mi sueldo en la Colonia, la retribución por mis trabajos en la organización del Archivo Histórico de las hermanas terciarias capuchinas –que se mostraron espléndidas, pues todo hay que decirlo– y lo que me daban por las distintas conferencias, charlas y días de retiro que impartí –principalmente a las Hermanas del Rebaño de María–, me sobraba el dinero, para vivir dignamente y hacer el bien a quien veía más necesitado en mi entorno.

La experiencia más extraordinaria en mi servicio pastoral en esta Parroquia la tuve con ocasión de la llegada del mes de julio. Don Salvador tenía previsto, desde hacía tiempo, un viaje a América del Sur para realizar allí una experiencia pastoral y a mí me dejó –con plenos poderes delegados– al frente de su Parroquia.

¡Cómo disfruté la experiencia!

¡Gracias a Dios –y a pesar de las trabas que algunos me pusieron al iniciar este mi año sabático– pude cumplir, incluso con creces, mi ilusión de realizar una experiencia pastoral!

Lo único que siempre me ha quedado grabado con pena en la trastienda de mis recuerdos de aquella época –aunque hace tiempo que he perdonado de corazón a quienes me causaron el mal– es una pro-

funda sensación de tristeza y desencanto por no haber podido realizar dicha experiencia en "mí" Parroquia de Monte-Sión.

5. *Viajes a Cádiz*

Estos viajes guardaron relación directa con la Congregación de Hermanas del Rebaño de María, fundada en esta ciudad andaluza por la Madre Encarnación Carrasco Tenorio.

El primer contacto que tuve yo con estas hermanas se produjo en un clima no exento de gracia. Era hacia el mes de marzo de 1990 y yo me encontraba ocasionalmente en nuestro Seminario San José de Godella, cuando el hermano José –el "eterno" portero de la casa y siempre amable y considerado conmigo y con mi familia– me dijo:

– *Che, che, le han llamado unas hermanas y han dejado este número para que las llame.*
– *¿Qué hermanas?* Le pregunté yo.
– *Che, che, han dicho que son del Rebaño de María.*

Yo, que por aquella época siempre estaba con ganas de gastarles bromas a las hermanas terciarias capuchinas –quienes a su vez no se quedaban a la zaga a la hora de responderme con otra similar o de mayor calibre– lo primero que pensé, al escuchar lo del Rebaño, es que se trataba de una broma de ellas, ya que –como *zagales* que son *del Buen Pastor*, al igual que nosotros y teniendo presente que el propio padre Fundador les dejó escrito en las primeras Constituciones que "el voto de castidad les daba derecho a seguir por doquier al Cordero Inmaculado"– las tildaba muchas veces de "ovejitas" o epítetos similares no tan tiernos.

Estuve a punto, pues, de marcar el número que me dio el hermano José y, antes de que pudiera hablar mi "interlocutora", soltarle:

– *Me gusta lo del Rebaño. Ya sabía yo que ibais a acabar en el redil, con todos los antecedentes "ovejiles" que tenéis en vuestra genética carismática.*

Algo, sin embargo, me dijo que no hiciera eso y que llamara a aquel número, pero esperando a que me hablaran antes de adelantarme yo a hacerlo.

Y menos mal que seguí mi instinto, pues de otro modo la "metedura de pata" hubiese sido antológica, ya que cuando llamé y me presenté, oí que la persona que estaba al otro lado del cable dijo más o menos así:

– *Padre, soy la hermana María Gómez, superiora general de las Hermanas del Rebaño de María, que tenemos nuestra Casa General en la ciudad de Cádiz.*
– *Actualmente* –continuó– *estamos empeñadas en profundizar en nuestro propio carisma y definir sus valores más identificantes.*
– *Hace poco* –concluyó– *estuve en una reunión de la CONFER en Madrid y me encontré con el padre Antonio Ares a quien le pregunté si él podía ayudarnos en este trabajo. Me respondió que no, pero que sí podía indicarnos un hermano de su misma Congregación que estaba muy bien preparado para poder afrontar el proyecto. Y me dio su nombre y el número de teléfono en que lo podríamos localizar en estos días en España. Y esto es lo que yo quería pedirle ahora: "que nos acompañe en el proceso de clarificación de nuestro propio carisma".*

Sorprendido por la propuesta, pero animado por haber percibido, a través de aquella persona que me hablaba, un espíritu sencillo, humilde, fraternal y profundamente bondadoso, propio de una verdadera "hermana menor", le respondí inmediatamente que "con mucho gusto" y quedamos en que la llamaría tan pronto como llegase yo a Roma, para concretar temas y fechas.

En cumplimiento de lo dicho, me puse en comunicación con la hermana María Gómez desde la Urbe y quedamos para un primer encuentro, que se realizó, en el Seminario diocesano de Cádiz –donde aún tenían ubicada una comunidad– entre el 9 y el 10 de julio de aquel mismo 1990. Lo que allí se llevó a cabo fue una primera aproximación al estudio de los valores más nucleares e identificantes de su propio carisma.

Ocho meses más tarde –y ya en la sede de su Casa General–, tuvimos, –del 5 al 8 de abril de 1991– un segundo encuentro, en el que yo les expuse distintas claves para la identificación de las notas más características de su propio "ser y hacer" como integrantes del Rebaño de María.

A tanto llegó en poco tiempo nuestra confianza mutua y amistad, que ellas me pidieron –y yo acepté de muy buena gana– hacerles de "cicerone" en sendas peregrinaciones que querían realizar por Roma

y por los lugares franciscanos –Asís y Alverna principalmente– para hermanas de su programa de formación permanente. Y fiel a mi compromiso, las acompañé en las peregrinaciones que realizaron del 19 al 27 de agosto de 1991 y del 19 al 24 de agosto de 1992. De la primera de ellas recuerdo con especial nitidez el enfrentamiento que mantuve con el dueño del Albergue que habían reservado en Asís –en las inmediaciones de Santa María de los Ángeles– para que las hospedase con dignidad y no como él pensaba hacerlo, cuasi hacinadas en unas pocas habitaciones. Como buen comerciante italiano, no se avino a razones hasta que me vio decidido a llamar a los Carabinieri. También recuerdo –y esto con agrado– cuando les propuse un día salir, después de cenar, a tomar un buen helado en "Giolitti" con la esperanza de que sólo se apuntasen unas pocas de las que tenían menos edad y acabaron sumándose todas al "heladito", siendo las más mayores, las primeras que tomaron asiento en el autobús.

Durante los años 1992 y 1993 no recuerdo que tuviéramos ningún otro encuentro, aunque siempre nos mantuvimos en contacto, pero, al comenzar el año 1995, impartí –entre el 19 y 21 de enero– un pequeño curso a las Capitulares, sobre el tema *Abramos las puertas a Cristo, tras las huellas del Buen Pastor, junto a su Madre*.

Meses más tarde –cuando yo comencé en Torrent la experiencia de mi año sabático–, ellas, lejos de olvidarse de mí y apartarse, como habían hecho otros y otras, se adelantaron –y esto nunca lo agradeceré suficiente– a solicitar mis servicios, dando así muestras fehacientes de que yo –en mi especial situación– no sólo continuaba siendo para ellas "el mismo", sino que incluso querían acentuar su cercanía conmigo, aprovechando que podría disponer de más tiempo libre.

Tal fue así, que recién iniciada mi experiencia fuera de la casa religiosa, me trasladé a Cádiz en dos ocasiones –del 28 de septiembre al 1 de octubre y del 12 al 15 de octubre de 1995– para desarrollar el tema *Nueva Evangelización* con dos grupos distintos de hermanas.

Creo recordar que realicé viajes similares –aunque de ellos no guardo constancia escrita– durante la primera mitad del año 1996, con vistas a seguir colaborando con ellas en la identificación del propio carisma y de las líneas fundamentales de su característica espiritualidad.

Al regreso de mi segunda época en tierras americanas –en septiembre de 1998–, bien pronto reemprendimos el contacto desde la cercanía física, pues la cercanía afectiva no había sufrido ninguna merma.

Así las cosas, del 4 al 7 de diciembre de 1999, les dicté en Cádiz un curso para las superioras con el título de *Dejarse humanizar por Dios*, y otro tanto hice –del 22 al 25 de marzo de 2001– en otra reunión de superioras, hablándoles en esta ocasión sobre el *Carisma y Animación comunitaria*.

Entre 2002 y 2007, les dirigí dos Encuentros para profesores y profesoras de sus Colegios, intentando en ellos compaginar *carisma y pedagogía*. El primero tuvo lugar en Antequera del 5 al 7 de abril de 2002 y el segundo, en Sevilla (junto al Palacio de la Duquesa de Alba) del 5 al 7 de marzo de 2003. Estuvo organizado un tercero en Puebla de Cazalla del 23 al 25 de marzo, pero éste no pudo realizarse.

Amén de todo ello, del 18 al 27 de marzo de 2005 –coincidiendo con la Semana Santa– les dirigí una tanda de Ejercicios Espirituales en San Juan de Aznalfarache, junto al monumento sevillano al Sagrado Corazón.

Posteriormente –y hasta el momento de cerrar estos mis "Retazos del corazón"– les escribí, a petición de ellas, una biografía sobre su fundadora titulada *Con entrañas de Madre*, que tuve la dicha de presentarles en Cádiz el 25 de junio de 2011. En 2013 –entre el 6 y 7 de diciembre– les impartí, también en Cádiz, un curso sobre *Coherencia entre Fe-Vida-Misión*. Un año más tarde –del 11 al 13 de julio de 2014– les asesoré y moderé la Asamblea capitular en que revisaban sus Constituciones y Estatutos Particulares.

En dos ocasiones –que recuerde– me entrevisté con ellas para dialogar sobre distintos temas. En una de ellas, la entrevista tuvo lugar en la Curia de nuestra Provincia Luis Amigó en Madrid, el 13 y el 14 de abril de 2013, y en la otra, la reunión se celebró en nuestra Casa de Dos Hermanas en febrero de 2016, aprovechando que yo me encontraba allí, dictando unos cursos a nuestros novicios.

La última vez en que nos hemos encontrado, hasta el momento de dar por cerrado este relato, fue el 19 de noviembre de 2016, cuando viajé de nuevo a Cádiz y, en el Colegio que tienen las hermanas en Trille, presidí la Eucaristía por la mañana y por la tarde dicté una conferencia centrada en la *Misericordia*, con ocasión del inicio de las celebraciones programadas para festejar el I Centenario del fallecimiento de Madre Encarnación acaecido el 24 de noviembre de 1917.

¡Gracias a todas vosotras, hermanas del Rebaño de María porque fuisteis fieles a nuestra "hermandad" no sólo en las "maduras", sino también en las "verdes"! ¡Gracias porque fuisteis mi apoyo en los momentos de dificultad!

Y en particular –y sin que esto signifique ninguna preferencia– quiero daros las gracias a todas en las personas de María Gómez, María Silvarrey y Mª José López, las superiores generales que traté y siempre me trataron con afecto. Gracias también a la hermana Sagrario Robles, superiora general que precedió a María Gómez y que siempre me recibió con una sonrisa, portadora a un tiempo de felicidad y paz; a la hermana Mª de los Santos Ordóñez, que fue la primera que me habló de la personalidad humana y espiritual de Madre Encarnación con el inmenso cariño que por ella sentía, a la hermana Encarnación García Oneto que albergaba también gran cariño a la Fundadora, al haber sido una de "sus niñas", y, junto a ella, a la hermana Rosario Raigón continuadora de la recopilación histórica que la hermana Mª de los Santos había iniciado. En fin, gracias también a las hermanas Enriqueta Antón, Orcensina Rodríguez, Mª Dolores García y otras que formaron parte de los Consejos Generales que yo traté, y gracias a Cristina, la joven religiosa a quien visitó, en la plenitud de su vida, la enfermedad que también se hizo presente en la mía, aunque en mi caso, ya en la madurez.

6. *Amo de casa*

Otra experiencia, profundamente enriquecedora y humanizante a la vez, fue el poder sentir, por primera vez en mi vida, lo que significa e implica ser "amo de casa", es decir, poder tener "casa propia" y no una "casa común", que, por muy bien que te lleves con los otros miembros de la comunidad, nunca logras –al menos yo no lo logré– sentirla verdaderamente como "propia", y poder, al mismo tiempo, invitar y recibir dignamente a los amigos que te plazca, sin necesidad de estar mirando siempre a derecha e izquierda, para intentar ser lo menos molesto posible a quienes comparten, con uno, los espacios comunitarios.

¡Con qué ilusión y alegría me esmeraba por hacer la compra y preparar una sabrosa y abundante comida cuando recibía invitados en mi pequeño –pero siempre ensanchable– apartamento!

Recuerdo, con mucho agrado, que por allí pasaron varias veces mi hermano Ricardo y su familia, como recuerdo también las visitas de mi siempre cercano sobrino Richard.

De mis hermanos de religión, me vienen a la memoria las visitas de Rafael Monferrer –que durante todo aquel año siguió teniendo conmigo los gestos de afecto que ya había manifestado durante el mes que pasé en EPLA antes de iniciar esta nueva "aventura" en mi vida–, de Pedro Acosta y de Manuel Carrero –que no dejaron de venir a verme y pasar un amigable rato conmigo cada vez que se encontraban en España– y de los miembros de la comunidad de la Colonia San Vicente, que me había acogido y ofrecido el trabajo que otros me negaron. En estas visitas de la comunidad de Burjassot vinieron, en más de una ocasión, don Restituto Bartolomé y doña Aquilina García –padres de Leopoldo– a quienes cobré gran aprecio y por quienes me sentí también muy apreciado.

Varias fueron también las visitas de mi amigo Antonio Valiente, su esposa Conchín Alandí y su hijo Íñigo, aunque, en honor a la verdad, tengo que decir que fueron muchas más las veces que me recibieron en su vecina casa y me invitaron a compartir con ellos la mesa.

También se sentaron en mi mesa –con gran satisfacción por mi parte– algunos de los que un día habían sido alumnos y alumnas míos en el Colegio Monte-Sión y que ahora eran y se comportaban como verdaderos amigos y amigas.

Y, como "amo de casa", no puedo finalizar este "stage", sin dar unas gracias muy sentidas a Pili Alandí –hermana pequeña de Conchín– quien, una vez a la semana, se encargaba de plancharme la ropa –cuya colada había realizado previamente yo en la lavadora y había tendido en la terraza– y de realizar una limpieza más a fondo del apartamento que diariamente yo mismo me encargaba de mantener presentable ante cualquier imprevista visita. Es cierto que yo le retribuí adecuadamente su servicio, pero el cariño con que lo realizó no está sujeto a reglamentaciones laborables, y es precisamente este cariño, convertido en esfuerzo, el que ahora quiero agradecerle de corazón.

Y a todos los invitados que entonces me honraron con su presencia en "mi" casa, quiero dejarles bien claro que no fueron ellos los favorecidos, sino que fui yo el agraciado, y que incluso el plus de esfuerzo

de cocinar y limpiar después, que su presencia suponía para mí, se trasformaba, por todo lo que ellos me aportaban, en verdadero placer.

7. *No dejé de escribir*

Aunque mi jornada laboral en la Colonia San Vicente, completada principalmente con mis trabajos de organización del Archivo de la Provincia Sagrada Familia de las hermanas terciarias capuchinas y con mi dedicación pastoral en la Parroquia de Nuestra Señora del Buen Consejo, no me dejaban, ni mucho menos, los espacios de tiempo de que había dispuesto en Roma para dedicarme a investigar y escribir, no por ello abandoné, ni mucho menos, esta actividad que para mí era ya más que un "hobby", que lejos de cansarme, me reconfortaba y enriquecía.

Tres fueron las publicaciones principales que preparé durante mi año sabático.

La primera consistió en un breve artículo titulado *Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores (Amigonianos)*, que escribí, a petición del superior provincial del momento y que sería publicado, en 1999, en el libro *Convocados por Francisco*, preparado por la Familia Franciscana de España.

Otra de las publicaciones –ésta abordada respondiendo a la inquietud del entonces superior general, el padre Ignacio Calle, que quería un escrito que favoreciese, en las comunidades de la Congregación, la lectura y profundización de la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II había publicado, el 25 de marzo de 1996, como síntesis y conclusión del Sínodo recién celebrado entonces sobre la Vida Religiosa– fue la que publiqué en *Pastor Bonus* (1996) con el título *Vita Consecrata. Claves de lectura*.

La tercera y última, la más apreciada por mí entre las tres, pues surgió de mi propia iniciativa, la constituyó el artículo sobre el padre Fundador –también publicado en 1996 en *Pastor Bonus*– que, con toda intención, titulé *El fondo de su ser, la paz*. Con este escrito yo convertiría, al decir del padre Oltra, en *Tetralogía Amigoniana*, la que poco después yo publicaría como *Trilogía*. Siempre me ha quedado como una inquietud –no debidamente satisfecha en mi corazón– el haber

completado las *Lecciones de ser y hacer* que, con sus distintas actitudes, nos dejan a los amigonianos las figuras del Buen Pastor, de Nuestra Madre de los Dolores y de San Francisco, con otras muy similares, y en sintonía con éstas, que se pueden encontrar en nuestro padre Fundador. Pero, aunque no logré el "summum" de mi "desiderátum", plasmé en este escrito una particular lectura de la personalidad humana y espiritual de nuestro Fundador al trasluz del itinerario hacia la madura felicidad que propuso Lorenzo Scupoli en su libro *El Combate Espiritual*, que fue una de las lecturas preferidas y más recurrentes de Luis Amigó desde sus tiempos de joven capuchino.

8. *También aquí fui feliz*

Y digo "también", porque, a pesar de las dificultades, disgustos y penas –entre las que no puedo dejar de resaltar la temprana muerte de mis padres– que la vida diaria me venía regalando –por su propio ritmo– yo, hasta el momento, había sido feliz, con esa felicidad que cada día, al levantarme, si no a reír abiertamente, me invitaba, al menos, a sonreír al sol naciente.

Y esa felicidad, que venía siendo ya una constante en mi vida, no sólo se mantuvo en su línea, sino que se acrecentó –y mucho– durante este año, que se alargó del 1 de agosto de 1995 al 1 de agosto de 1996.

Siempre que recuerdo detalles de lo vivido en aquel apartamento de Torrent; siempre que en años posteriores he pasado por la calle Doctor Francisco Roselló y he contemplado, extasiado, el balcón en que tantas veces me senté al atardecer cuando el clima acompañaba, han venido indefectiblemente a la memoria afectiva de mi corazón, revividas, sensaciones agradables que, a su modo, querían perpetuar las que allí experimenté aquel año inolvidable.

XXXI

Post Festum, Pestum

Cuenta una vieja leyenda urbana, un tanto extendida por la Campania italiana, que, bajando desde Roma hacia el sur, se encontraba el viajero con dos famosas ciudades pertenecientes a la Magna Grecia. La primera de ellas, denominada *Festum* y la siguiente, *Pestum*, por lo que –siempre al decir de aquella leyenda– *Post Festum, Pestum*.

No sé hasta qué punto sea verdad lo que se afirma en la mencionada narración. Lo cierto es que yo –en algunas de mis excursiones hacia el sur, desde mi residencia romana– visité más de una vez los bellos templos –posiblemente los mejor conservados de la cultura griega– y otros monumentos de la antigua *Pestum* –conocida con anterioridad como Poseidonia–, pero nunca oí hablar ni he leído posteriormente noticia alguna acerca de una cercana población llamada *Festum*.

De todas formas, como suelen decir mis queridos amigos italianos… "se non è vero è ben trovato", y el hecho realmente demostrable es que, desde muy antiguo, existe el famoso dicho romano que da título a este apartado, para indicar de alguna manera que "tras la fiesta, la peste", o si se quiere "tras la borrachera, la resaca".

Y algo de todo esto es lo que yo experimenté en carne propia, en la etapa de mi vida que siguió a mi feliz año sabático.

Antes, sin embargo, de entrar a hablaros de la "resaca" que sufrí al comenzar mi segunda época americana (la primera, como ya sabéis, se desarrolló entre República Dominicana y Venezuela durante los años 1977 a 1981), permitidme que os cuente, aunque sea muy por encima, los últimos meses de mi estancia en Europa, una vez finalizada mi experiencia sabática.

Hacia el mes de abril de 1996, yo, aunque venía siendo muy feliz en el tiempo vivido "fuera de la casa religiosa", empecé a percatarme que me faltaba algo y ese "algo" era –según empezaba a vislumbrar con claridad creciente– la *vida comunitaria*, a la que –tras unos meses

de estar sintiendo el vacío interior, producido por la "soledad" que se hacía presente en mí cada día al regresar a mi apartamento una vez cumplidas mis obligaciones laborables– empezaba a mirar y ver con otros ojos, valorando cómo sus ventajas y beneficios eran, con creces, mucho mayores que los inconvenientes que la propia vida común lleva indefectiblemente consigo.

Con esa síntesis vital, que cada día me inclinaba más y más a regresar a la casa religiosa una vez finalizado el tiempo concedido para el año sabático, escribí, hacia el mes de junio, a mis superiores, indicándoles mi intención de regresar y mi deseo, si así lo consideraban ellos, de iniciar una segunda etapa de mi vida en tierras americanas, colaborando en la formación de las nuevas vocaciones de la Provincia del Buen Pastor.

Pero antes de integrarme en esa Provincia religiosa –tal como me concedió el Gobierno General– sucedieron aún acontecimientos importantes en mi itinerario, que no puedo silenciar.

Al comenzar el mes de agosto de aquel 1996 –entregadas a sus dueños las llaves del apartamento en que había residido desde el 1 de agosto del año anterior– me trasladé provisionalmente a la Colonia San Vicente Ferrer de Burjassot, donde me instalé en una de las habitaciones de la comunidad religiosa y donde continué desarrollando mi labor entre los menores allí internados, hasta concluir –a principios de septiembre– el compromiso laboral adquirido con el padre Jesús Arive.

A continuación –del 4 al 7 de aquel mes de septiembre– impartí unas conferencias centradas en la persona del padre Fundador a las hermanas terciarias capuchinas que integraban el *I Curso de Formación Permanente de Montiel*.

Tras celebrar con la familia –el 15 de septiembre– mis cuarenta y ocho años de vida, marché a Roma, a la Curia General de las hermanas terciarias capuchinas, para cumplir con el compromiso adquirido con ellas de dejarles organizado y catalogado el Archivo Histórico General, antes de marchar de nuevo a América.

Con la inestimable ayuda de la hermana María del Carmen Fernández –secretaria general– conseguí cumplir mi cometido en un verdadero tiempo record, fechando, el 30 de noviembre, el documento titulado *Organización. Reglamento. Catálogos del Archivo General de las Hermanas Terciarias Capuchinas*.

Pasados después unos días de descanso con los queridos hermanos de nuestra Curia General –que, dicho sea de paso, me trataron "a cuerpo de Rey"–, regresé a España, donde, el 15 de diciembre, celebré en Carcaixent la Eucaristía, pronuncié una charla sobre el padre Fundador y su obra y asistí a la inauguración del grupo escultórico dedicado a las hermanas terciarias capuchinas en la Residencia de la Tercera Edad "Virgen de las Aguas Vivas". Aún en España, desarrollé en Montiel –del 3 al 9 de enero de 1997– varios temas, encaminados a profundizar en el propio carisma, a las hermanas terciarias capuchinas que formaban parte de la *III Experiencia de Montiel*.

Por fin, el 16 de aquel mismo mes de enero, emprendí, desde Barajas, el viaje con el que comenzaría mi segunda –y largamente añorada– época americana.

El primer aterrizaje no se produjo, sin embargo, en Chile –a cuya comunidad del Instituto de Menores Luis Amigó de Punta de Parra había sido destinado por el padre Clementino, superior provincial de la Provincia del Buen Pastor, para hacerme cargo, como prefecto, de los juniores que allí se encontraban–, sino en Colombia, donde dicté en la FUNLAM un primer ciclo de conferencias –*Identidad Amigoniana*, *La figura del Padre Luis Amigó*, *Principios inspiracionales* y *El ambiente educativo*– que serían publicadas en la revista *Alborada*, como edición especial por sus 40 años.

El 2 de febrero de 1997, viajé ya, desde Medellín a Santiago de Chile, en cuyo aeropuerto me recogió el padre Miguel Blasco quien me llevó en su coche hasta Punta de Parra.

El grupo de juniores que allí encontré era numeroso –ocho en total– y de la mayoría de ellos –Ramón Eduardo Dudamell, Adrián Sánchez, Antonio Solera, Lino José Trujillo y particularmente Juan Carlos Ulate, fallecido muy tempranamente en la Congregación– guardo un recuerdo bueno y agradecido.

Bien pronto, sin embargo, el comportamiento y actitud del superior de la comunidad, hacia mí y hacia los mismos juniores, me dio a entender claramente que mi estancia allí no iba a ser –ni mucho menos– un "camino de rosas" y de que mi trabajo con aquellos jóvenes y prometedores religiosos iba a resultar una tarea más bien ardua, difícil y complicada. Pues era este superior una de esas personalidades "turbias" que uno se encuentra a veces en la vida; uno de esos seres, tan

carente de autoestima y confianza en sí mismos, que necesitan vestirse cada día con ropajes de "dictador" para sentirse seguros e importantes; en fin, uno de esos "enanos" –evidentemente no me refiero a los físicos, que me merecen todo el respeto, sino psicológicos– que tras enfundarse un "traje" –léase, cargo, responsabilidad…– que le viene muy grande, no sólo estropea el elegante vestido, sino que él mismo pasa a ser "un payaso", entendido, por supuesto, éste término en el peor de los sentidos que pueda tener tan respetable y laudable profesión.

Siguiendo la estela de tales seres –que, si no por inteligencia, sí por instinto, tienden a crear división en su entorno, haciendo "dogma" en su actividad el dicho "divide y vencerás", muy propio de seres mediocres– lo primero que hizo, aquel director del centro y superior de la comunidad religiosa, fue inocular el "virus de la discordia" en el grupo de juniores, consiguiendo que una pequeña parte del grupo –la que seguía a rajatabla sus más mínimos deseos– estuviese en tensión con la otra y mostrase una actitud –si no abiertamente de pugna, sí de distanciamiento– conmigo que, como prefecto de ellos, hubiera tenido que ser su principal acompañante en el proceso de su creciente maduración humano-espiritual.

Ante tal situación, que cada día se tornaba más tirante y dificultaba un clima comunitario favorable para el proceso formativo de aquellos jóvenes, decidí buscar la ayuda del tercer miembro de la "comunidad formadora" –éramos seis en total aunque tres de ellos muy jóvenes aún–, pero "fue peor el remedio que la enfermedad", pues esta persona, a la que no conocía, sino por esporádicos encuentros y que siempre me había parecido un hombre simpático y bonachón, se me mostró entonces como un ser bastante cerrado de mente, falto de capacidad de escucha y mucho más falto aún de capacidad crítica y discernimiento. Para él, lo que el superior decía y hacía era "incuestionable" y el que se atrevía –como estaba haciendo yo en aquellos momentos– a cuestionar algo, aunque fuese –como en realidad era– con la intención de afrontar una situación, que comenzaba a ser traumática para todos, e intentar, desde ahí, mejorarla, era poco más o menos un "rebelde", que lo único que pretendía era convertirse él mismo en superior y "factótum" de la comunidad.

Así las cosas, y viendo que las relaciones personales se habían ido agriando más y más, y que la fractura comunitaria resultaba cada día

más evidente, y no vislumbrando ninguna perspectiva luminosa en el horizonte, escribí –allá por el mes de mayo– al padre Clementino, diciéndole que, a menos que se produjese un cambio substancial en aquella casa, pensase en sustituirme y enviarme a otra parte de la Provincia religiosa que le había sido confiada –Provincia que era entonces la de mayor extensión geográfica de toda la Congregación, pues abarcaba desde Chile y Argentina, pasando por Bolivia, Venezuela y las naciones centroamericanas de Panamá, Costa Rica y Nicaragua, hasta llegar a Estados Unidos–, donde pudiese yo seguir colaborando en la formación de nuevas generaciones de religiosos.

Tan sólo seis escasos meses permanecí en Punta de Parra, y la creciente tensión comunitaria llegó a tal punto, que todos los días, sin faltar ninguno, tuve que tomar medicación para mitigar unos dolores de cabeza –sin duda, resultantes de estar somatizando las tensiones psicológicas– que nunca hasta entonces había sufrido y nunca más he tenido después de salir de aquel lugar que llegó a ser para mí un verdadero "infierno", una terrible "resaca", sobrevenida tras mi maravilloso año sabático, y que sólo pude soportar –y, como os acabo de decir, no por mucho tiempo– gracias a las distintas "válvulas de escape" de las que –en forma de pequeños hechos anecdóticos– os voy a hablar a continuación.

Antes, sin embargo, quiero compartiros lo que me dijo, al llegar a Punta de Parra, quien había sido nombrado mi sustituto como prefecto de juniores:

– *Vives, es que a ti te ha faltado "mano izquierda".*

Yo no quise hacerle ningún comentario. Tampoco se lo merecían sus palabras. Pero no habían pasado ni dos meses de mi llegada a Costa Rica, cuando "aquel ambidiestro", que era consejero provincial, vino a una reunión que se celebraba en San Jerónimo de Moravia y me dijo que la situación en Punta de Parra era insostenible. Y entonces yo me limité a decirle:

– *Tu mano izquierda debe funcionar peor que la mía, pues yo –mal que bien– aguanté seis meses y tú estás "tirando la toalla" tan sólo dos meses después.*

1. *El Centro Diurno, un oasis de paz*

La primera y principal "válvula de escape" que me ayudó –y mucho– a sobrellevar la dura situación que se vivía en Punta de Parra fue la que me ofreció el *Centro Diurno Padre Luis Amigó*, que, desde 1992, venía funcionando en la ciudad de Concepción –aunque dependía de la dirección del Centro de Punta de Parra– para atender programas de educación en medio abierto y de libertad asistida para menores con problemas.

Es, quizá, el trabajo en este Centro –al que yo me desplazaba un día a la semana por la mañana–, la única cosa que tengo que agradecerle a aquel director del Instituto de Menores Luis Amigó de Punta de Parra, que tanto me hizo sufrir. A veces he pensado si el encomendarme este trabajo en Concepción no lo haría por librarse de mí aunque fuese durante unas horas. Creo que no. Pero, aunque así hubiese sido, se lo tengo que agradecer, pues aquí –en contra de lo que me sucedía en Punta de Parra– yo era feliz.

Mi trabajo en este Centro Diurno era fundamentalmente de índole pastoral. Daba catequesis, escuchaba a quien quería hablar conmigo e intentaba orientarle y sobre todo, compartía con aquellos muchachos mi tiempo, sus alegrías y tristezas, sus expectativas y desencantos e incluso la comida.

Llegué a querer de veras a aquellos menores y me consta que también ellos lograron apreciarme. Y como un resultado más de mi dedicación pastoral, tuve la gran alegría de poder administrar a algunos de ellos, que voluntariamente lo solicitaron y se prepararon adecuadamente, la Primera Comunión el 28 de junio de 1997, cuando yo casi estaba preparando ya la despedida de mis queridas tierras chilenas.

En mi trabajo aquí, me ayudaron mucho los educadores de este Centro. A todos ellos quiero agradecer, aunque sea anónimamente, su positiva colaboración conmigo, su cercanía y afecto, pero, entre ellos, no puedo dejar de destacar a mi buen amigo Tello y a su esposa Elba, que era nuestra querida y siempre atenta cocinera de la comunidad en Punta de Parra.

Al llegar el momento de despedirme de mis muchachos, de los compañeros y compañeras del Diurno, el director de Punta de Parra

–y este es otro de los detalles que le agradezco, aun en el caso de que lo hiciera por aquello de "enemigo que huye, puente de plata"– me organizó una pequeña fiesta en la que, entre otras cosas, me regalaron entre todos una camiseta con los rostros estampados de los educadores y educadoras de aquel Centro abierto, y en la que se leía, a modo de slogan, algo que yo solía repetir mucho entonces: "Todo es bueno para el convento". Esta camiseta la he conservado hasta el día de hoy como preciado recuerdo.

2. *La terapia de la escritura*

Para cuando llegué a Chile, el investigar y escribir era ya para mí una necesidad. Y esta "necesidad" se transformó, durante aquellos días transcurridos en Punta de Parra en otra de las "válvulas de escape" que aliviaron mi pesar.

Entre los escritos que allí redacté, se encuentran las *Conferencias que impartí en la FUNLAM* en mayo de 1997 y un pequeño artículo, publicado en la revista ZUYCA (n. 13) que titulé *Adolescens, Surge. Talitá, Kumi*, en el que resalté cómo nuestra misión entre la juventud con problemas está llamada –siguiendo las huellas del propio Cristo-Buen Pastor– a superar las distinciones de género y a adentrarse, tanto en el mundo de los muchachos como en el de las muchachas, para invitarles, con esperanza, a su propia superación personal: *Surge*, *Kumi*.

Pero especial mención, dentro de este ámbito de los escritos, merece la redacción final que hice de lo que titulé *Trilogía Amigoniana*, que publicaría *Pastor Bonus* en 1997 y que posteriormente aparecería en inglés como *Amigonian Trilogy*.

El objetivo fundamental de este escrito fue dar unidad de tratamiento a tres estudios que yo había elaborado entre 1983 y 1992: *El pastor amigoniano* (1983), *Nuestra Madre* (1989) y *Francisco de Asís. La grandeza de servir* (1992). Tanto en el dedicado a Nuestra Madre, como en el dedicado a Francisco, había realizado yo una lectura de las actitudes principales que de estas dos figuras se derivan para nosotros, los amigonianos, tanto en las claves de la propia *consagración* y de la *vivencia fraterna*, como en clave también de la propia *actuación apostólica*.

Se trataba, pues, de completar el trabajo, realizando también una lectura en clave de *consagración* y de *fraternidad* de las actitudes del *Buen Pastor,* que es, para toda la familia amigoniana, el principal Modelo y Maestro de vida.

La tarea fue muy entretenida, pues tuve que esforzarme mucho, no sólo para completar las claves de lectura que faltaban en la figura del Buen Pastor, sino también para dar después unidad de tratamiento –incluido el aspecto, no fútil, de la maquetación del texto– a todo el escrito.

Creo que el esfuerzo mereció la pena y *Trilogía Amigoniana* lo considero como uno de los trabajos más completos y acabados, que han salido de mi pluma, en orden a la profundización del *carisma amigoniano*.

3. *De viaje a la FUNLAM*

De camino hacia mi destino en Chile, me detuve –como os he comentado antes– en Colombia, donde impartí en la FUNLAM un primer ciclo de conferencias.

Casi cuatro meses después de aquello, volví a la FUNLAM, donde me detuve desde el 20 al 31 de mayo de aquel 1997, dando otras conferencias al claustro y empleados de aquella –entonces aún naciente– Universidad amigoniana. Este ciclo fue en realidad una repetición –enriquecida y aumentada– del impartido en enero del mismo año, pero programado para quienes no habían asistido a éste.

Para mí, sin embargo, no se trató de una repetición, fue en realidad una nueva y feliz experiencia que, aparte de ofrecerme la oportunidad de compartir de nuevo con amigos muy apreciados, constituyó otra –y muy positiva– "válvula de escape" de la tensión que diariamente estaba viviendo en Punta de Parra.

4. *Una excursión reparadora*

El 6 de julio de 1997 –cuando se habían cumplido tan sólo cinco meses y cuatro días de mi llegada a Chile–, recibí "obediencia" del padre

Clementino para trasladarme a la comunidad del Seminario Padre Luis Amigó de San Jerónimo de Moravia, en Costa Rica, para acompañar el proceso de formación de los postulantes y suplir, durante algún tiempo, la ausencia del maestro de novicios.

Dos o tres días después de la recepción de esa "obediencia" y cuando ya había llegado a Punta de Parra mi sustituto, vino a recogerme el padre Miguel Blasco, que me trasladó en su coche hasta el Instituto de Menores Luis Amigó de Villa Alemana, donde él se encontraba de superior de la comunidad religiosa y director de aquella Institución.

En Villa Alemana, dicté algunas charlas sobre Pedagogía Amigoniana a los educadores del Centro –incluidos los juniores que se encontraban aquí de comunidad–, mantuve largos y enriquecedores diálogos con el padre Miguel, en torno a su obra *Reconstrucción de la persona* –que editó al año siguiente y de la que tuve la dicha y el honor de escribir la *introducción*– y esperé la llegada de mi sobrino Richard, quien, aprovechando sus vacaciones laborables, había decidido venir a visitarme en Chile, en cuyo aeropuerto de Santiago aterrizó el 14 de julio.

Tras haber dedicado varios días a conocer algunas localidades turísticas cercanas a Villa Alemana y haber visitado incluso la capital –siempre en compañía del padre Miguel, que se prodigó en atenciones y detalles de afecto– mi sobrino y yo emprendimos una excursión que nos llevaría a tierras argentinas. Aquí nos hospedamos en el Colegio de Morón, desde el que visitamos con detenimiento –durante dos o tres días– Buenos Aires, desde el que tuvimos la gran suerte y dicha de poder pasar una agradable velada en el *Viejo Almacén*, en compañía del señor Omar, escuchando y viendo bailar castizos tangos, desde el que viajamos hasta Verónica y la ciudad de *La Plata*, entre otros lugares, y desde el que emprendimos un maravilloso e inolvidable viaje a las *Cataratas del Iguazú*.

Aquí –donde contemplamos extasiados aquella maravilla de la naturaleza– nos hospedamos en un hotel ubicado en territorio argentino, pero traspasamos también las fronteras de otros dos países –Paraguay y Brasil– que comparten el territorio de esta "obra de arte", que ha ido creando, con el tiempo, el río Iguazú.

Dignas de particular mención son las visitas que realizamos, después de cenar, durante las dos noches que allí estuvimos, a un cercano Casino ubicado en tierras cariocas.

Con la cabeza muy fría, supimos dejar las apuestas, cuando habíamos ganado lo suficiente –poco dinero en realidad– para poder cumplir dos "sueños" que teníamos para completar nuestra visita a aquel encantador paraje de las cataratas. Con lo que ganamos la primera noche, nos sufragamos el gasto que supuso una excursión en lancha en la que llegamos a pasar incluso por detrás de una de las mayores caídas de agua, y con lo que logramos de beneficio en la segunda, pudimos afrontar los gastos de un viaje en helicóptero, en el que sobrevolamos aquellas espectaculares cataratas y pudimos contemplar vistas sobrecogedoras de las mismas.

Por cierto, al ir a coger el helicóptero sucedió un hecho –si queréis anecdótico– pero que creo que es importante que consigne, pues en él podéis ver con claridad otra faceta de mi personalidad.

El helicóptero era más bien pequeño. Cuatro personas –sin contar el piloto– cabían en él en cada viaje: una ubicada junto al piloto y las otras tres, detrás.

Al helicóptero se accedía por rigoroso orden de fila, y mi sobrino y yo tuvimos la gran suerte de quedar los primeros para el vuelo siguiente, lo que suponía que uno de nosotros acompañaría al piloto.

Pero hete aquí que, cuando ya íbamos a abordar el aparato, un turista japonés, situado dos sitios detrás de nosotros en la fila, empezó a mostrar un billete de cincuenta dólares al piloto, indicándole que quería ocupar el asiento delantero. Ante oferta tan suculenta, el piloto quiso aceptarla, pero entonces a mí me dio el "fuerte genio" que suele acompañarme en momentos que lo requieren y, al final, al piloto le pudieron más mis aireadas protestas que los tentadores dólares y fue mi sobrino quien viajó a su lado.

Este hecho me ha hecho recordar, mientras lo redactaba, uno –en el fondo similar– que, aunque tuvo lugar durante los años de mi residencia en Roma, os lo trasmito ahora, pues es en este momento que lo ha recordado mi corazón:

Había ido yo, aquella mañana, a hacer gestiones en el Banco Vaticano, en el que teníamos las cuentas de nuestra Curia General y tuve la gran "suerte" de que, en la fila que yo me situé, para aguardar "religiosamente" mi turno tan sólo había una monjita.

– *¡Qué bien!* –pensé– *por una vez voy a tener suerte y hoy saldré rápido de aquí.*

¡Oh ilusión mía! La monjita era una en verdad, pero acabó dando más trabajo que diez personas normales. Debajo del hábito –que era de aquellos clásicos que llegaban hasta el suelo– llevaba una especie de enaguas llena de bolsillos –que pude apreciar en todo su real esplendor, cuando, "sin pudor alguno", se levantó el hábito– de los que empezó a sacar fajos y más fajos de billetes, que el dependiente –en aquel tiempo en que no disponían allí de máquinas contadoras de dinero– iba contando pausadamente de forma manual y anotando los resultados parciales de sus cuentas en papel aparte.

Yo, cada vez más desesperado, y ella cada vez más hacendosa, sacando más fajos de aquel faldón, más propio de un "traficante defraudador de hacienda", que de una "pobre" monjita.

Tras casi dos horas de espera –y no exagero más de cinco minutos– acabó aquella "eterna" operación bursátil, y cuando yo, aliviado un tanto de mi "desesperación", me iba a dirigir, decidido, a la ventanilla, el empleado de turno, haciendo con la mano un gesto de avanzar, le dijo a alguien que debía estar dos sitios detrás de mí:

– *Prego, monsignore, si avicini.*

Si en aquel momento hubieran prendido fuego a un bidón de gasolina, creo que no hubiera ardido tanto ni tan rápido como yo, que, enfurecido, salté:

– *Ustedes* –le dije más o menos a aquel "empleadillo-pelota", con intención de que lo oyera no sólo él, ni sólo el monseñor de turno, sino incluso todos los que allí estaban– *son muy libres de poner una ventanilla para cardenales, otra para obispos… y otra, en fin, para nosotros, los simples mortales, pero mientras no hagan eso y las ventanillas sean indistintamente para todos, es de elemental justicia que cada quien aguarde su turno.*
– *Y usted* –le dije al cajero, señalándole con el dedo– *debería ser el primer interesado en que se cumpliera lo establecido.*
– *Yo* –proseguí, calentándome más y más interiormente– *he aguantado estoicamente dos horas a que usted me pudiera atender y comprenderá que, por muy monseñor que sea quien está detrás, no voy a permitir –sin armar un jaleo bien notorio– que me pase nadie.*

El primero que me pidió disculpas –en medio del sepulcral silencio que allí se había hecho– fue aquel monseñor, que resultó ser una muy

buena persona y nada había tenido que ver con la "componenda" del empleado:

– *Disculpe, padre* –me dijo avergonzado– *tiene usted toda la razón.*

Sin más, pues, me adelanté a la ventanilla y solventé rápidamente el asunto que traía entre manos con aquel cajero que no se atrevió tan siquiera a mirarme a los ojos, que –creo– aún debían de estar soltando "rayos y centellas".

Y es que –y esto quiero que quede resaltado también en mis *Retazos del corazón*– yo, al igual que, armado de paciencia –aunque estuviera rabiando interiormente– he procurado aguardar y respetar los turnos establecidos, no he permitido nunca que nadie me pasase por delante en una fila, a menos que me lo hubiera pedido por favor y yo hubiera juzgado que la causa lo meritaba.

5. *Mi amigo, el padre Miguel*

El padre Miguel Blasco Gracia fue otra –y muy importante– de mis "válvulas de escape" para poder superar aquellos cortos –pero "eternos"– meses de mi estancia en Punta de Parra.

"Hombre de recia personalidad, coherente en todo momento en su vida, muy identificado con el propio carisma y misión y muy preocupado por una buena preparación humana, espiritual y técnica de las nuevas generaciones de religiosos" como yo mismo escribiera en su necrología, el padre Miguel me apoyó incondicionalmente y se mantuvo cercano a mí desde mi llegada a Chile.

Fue él mismo quien me recogió en el aeropuerto de Santiago y me llevó en su coche hasta Punta de Parra. Fue él también que –cuando en mayo de 1997– emprendí viaje a Colombia, no sólo me recogió en Punta de Parra y me condujo al aeropuerto de la Capital, sino que, a mi regreso, me hizo el mismo favor en sentido contrario. Fue asimismo él, quien conociendo, como conocía –por haberlo sufrido de alguna manera, en carne propia– el talante del director de Punta de Parra, no dejaba pasar más de tres días para llamarme por teléfono y darme ánimos. Fue él –¿cómo no?– quien, al decirle yo que iba a solicitar traslado, pues no aguantaba más aquella situación, no sólo se mostró afectivamente solidario con mi decisión, sino que vino incluso de nue-

vo a Punta de Parra, cuando llegó el momento de la partida, y me llevó a Villa Alemana para que descansara allí hasta el día de mi marcha a Costa Rica. Y fue, finalmente, él quien se desvivió durante los días en que mi sobrino Richard estuvo de visita en tierras chilenas, para que todo discurriera fenomenalmente, llevándonos personalmente con su coche a realizar distintas excursiones y facilitándonos todo cuanto pudimos necesitar.

¿Qué más se puede pedir para considerar a una persona "amigo del alma"?

¡Gracias, Miguel, por todos los impagables detalles –nacidos de tu grande y generoso corazón– que tuviste conmigo en aquellos días, en los que, posiblemente como nunca, ni antes ni después, me he sentido tan desvalido y necesitado de apoyo!

¡Gracias porque allí donde estés, estoy convencido que tu gran corazón y reciedumbre de ánimo te habrán ganado ya el cariño de quienes te rodean! ¡Gracias, Miguel, gracias siempre!

6. *Cercanía de mis hermanas*

Una vez más, las terciarias capuchinas fueron para mí unas verdaderas "hermanas".

De las siete comunidades que para entonces tenían en Chile entre las Provincias de San José y del Sagrado Corazón, tuve la gran suerte de conocer –cuando llegaba o partía desde el aeropuerto de Santiago– la de Quilicura, Peñaflor y Nueva Peñaflor. En todas ellas me sentí acogido y tratado fenomenalmente y a todas las hermanas que allí estaban quiero agradecerles ahora –aunque sea de forma anónima– sus delicados detalles.

Con todo, la comunidad con la que mantuve más frecuente relación –dada su cercanía geográfica con Punta de Parra– fue la que atendía en Penco el *Hogar Santa Catalina*.

¡Cuántas veces, especialmente los fines de semana, llegué allí con los juniores, y cuánto bien nos hacía entonces a todos nosotros el poder dialogar en un clima de libertad y espontaneidad, que sentíamos ausente en Punta de Parra. Eran momentos de expansión y de oración, pero vividos todos ellos con una alegría que no sólo nos permitía

respirar a “pulmón batiente”, sino que esponjaba también nuestros espíritus.

¡Gracias, hermanas de Penco, por todo el bien que nos regalasteis gratuitamente!

Y aunque vosotras siempre nos dabais las gracias por visitaros, tengo que deciros que los verdaderamente “visitados en el espíritu”, gracias a nuestro cariño, hecho acogida, comprensión y acompañamiento, fuimos siempre nosotros mismos.

Y junto a las hermanas, quiero destacar también –y ya como final de este sufrido capítulo de mi vida– y, quizá precisamente por ello, muy importante y enriquecedor, el alivio que personalmente supuso para mí la colaboración pastoral con los párrocos del entorno, especialmente con el del propio Penco y con los de Tomé y Lirquén. El contacto con ellos y con su feligresía me ayudó grandemente a superar momentos en que sentía que mi espíritu se venía abajo.

XXXII

Mejor, pero sin exagerar

Ultimados todos mis asuntos en Chile, el 19 de agosto de 1997 emprendí el viaje desde Santiago a mi nuevo destino en Costa Rica.

Al llegar al Seminario Padre Luis Amigó de San Jerónimo de Moravia, me hice cargo, como prefecto, de los postulantes, tal como me había encargado el superior provincial –el padre Clementino– en su carta-obediencia.

El primer mes y medio en este mi nuevo destino fue una delicia. Había dejado atrás –al menos así lo pensaba entonces– una muy dolorosa etapa de mi vida y recuperaba, de alguna manera, la serenidad de espíritu, que, hasta mi llegada a Chile, había venido siendo acompañante fiel de mi camino vital.

Es verdad que la comida aquí, aunque suficiente, no era demasiado abundante y mucho menos variada. La carne brillaba generalmente por su ausencia, pues a pesar de que, desde los amplios ventanales del recibidor que daban al prado, se veían pastar no pocos becerros y vaquitas, éstos, con su indiferencia, parecían decirnos: "me verás, pero no me catarás". La base fundamental de nuestra dieta aquí era el arroz blanco y las habichuelas, y se solía completar con distintos productos y frutas de cultivo tropical. Tales eran las carencias, que yo –en plan de broma, pero siempre con cariño– llegué a bautizar aquel "nuestro hogar" como "Villa Miseria".

Pero no obstante las evidentes carencias alimenticias, los integrantes de aquella comunidad éramos felices, haciendo así realidad aquel dicho evangélico que proclama que "no sólo de pan vive el hombre".

Cuando se cumplía un mes de mi estancia en Costa Rica, viajé a Colombia –del 20 al 27 de septiembre– para dictar nuevas conferencias en la FUNLAM. Y al regresar de este viaje, tuve que hacerme cargo también del acompañamiento de los novicios, pues su maestro marchó a

Roma, donde participó –desde el 1 de octubre al 30 de noviembre– en el VI Curso Amigoniano de Formación (CAF).

Fiel al encargo recibido de acompañar a los novicios, marché con ellos, por carretera, hasta Nicaragua y nos hospedamos –del 3 al 15 de noviembre de aquel 1997– en el Hogar Zacarías Guerra de Managua, dirigido por nuestra Congregación, para que realizasen allí una experiencia pedagógica en contacto directo con la misión que nos caracteriza como amigonianos.

Ya de regreso en San Jerónimo, continué, feliz, mi labor entre novicios y postulantes.

Una de las cosas que con más ahínco me propuse en aquellos meses –y creo que lo conseguí en gran parte– fue que la institución llegara a gozar de unos mínimos de intimidad, regulando un tanto las visitas del vecindario, pues el panorama que me encontré al llegar aquí –con visitas a cualquier hora del día y con personal entrando y saliendo, sin control alguno, de aquella especie de claustro que tiene la casa– era más parecido al continuo bullicio de "un mercado persa", que al ambiente de un cierto sosiego y silencio, que debe acompañar la alegría propia de una casa habitada fundamentalmente por jóvenes que buscan clarificar su vocación.

Por desgracia, la situación cambió substancialmente cuando el maestro de novicios regresó de aquel Curso Amigoniano de Formación. Él se encargó entonces de nuevo de aquellos que le habían sido confiados y yo me centré en los postulantes, aplicando algo que siempre he considerado esencial en toda educación integral, en la que –junto al valor de, una *misericordia*, entretejida de un tratamiento individualizado y de un aprecio personalizado, que contribuyan al necesario crecimiento en autoestima– no puede faltar una progresiva maduración también en el valor de la *fortaleza*. Y a este último fin, establecí que, por las tardes, todos los postulantes se dedicasen durante una hora y media –en ambiente de silencio– al estudio o, en su caso, a la reflexión personal.

Tal medida, como es lógico y era de preveer, no resultó ni mucho menos agradable, especialmente al principio, a gente habituada a un clima de fiesta casi continua y de dispersión. Y máxime cuando algunos de aquellos jóvenes ya venían acusando cierto malestar por las medidas que yo había adoptado para evitar el continuo trasiego de vecinos y vecinas por el Centro.

Pero con todo, para mí el programa se iba desarrollando de un modo lógico. Yo para entonces ya sabía muy bien, por propia experiencia, que es más agradable el dulce que el amargo, pero era consciente también de que la educación –cuando es tal– lleva indefectiblemente consigo –por su propia esencia y por el mismo ritmo de vida– la combinación de ambos sabores.

La reacción, pues, de algunos de aquellos jóvenes a los que le resultaba dolorosa la nueva situación, era para mí algo de esperar y yo contaba, ya de antemano, con ello. Lo que me rompió todos los esquemas es que el maestro de novicios –que era al mismo tiempo el superior de la comunidad– en vez de defender ante los postulantes las actuaciones de su prefecto, o haber analizado personalmente conmigo las medidas adoptadas y valorar, en clima de diálogo abierto y frontal, pros y contras, lo que hizo fue, arropándose bajo el "sagrado" manto de lo que él llamaba "dirección espiritual", hablar con algunos de los postulantes, a los que, como buen "populista y arribista" que siempre ha sido, les fue dando la razón en todas sus quejas, sin unos mínimos de sentido crítico y –eso sí– recomendándoles encarecidamente que yo no me enterase de lo que él les había dicho y comentado. Como era de esperar en personalidad tan "taimada", él tampoco fue capaz –como ya os he expresado– de decirme nada, pero yo bien pronto fui percibiendo, sin sombra alguna de duda, que el grupo de postulantes, se estaba dividiendo en dos.

Aparte de lo anterior, el referido maestro de novicios y superior movería después –una vez había marchado yo hacia España– "Roma con Santiago", para readmitir a uno de los dos postulantes que habían sido expulsados, en mi tiempo de prefecto, por mantener entre ellos "relaciones inapropiadas". Como era de esperar, la readmisión resultaría ser motivo de nuevo escándalo.

A partir de esas actuaciones –tan faltas de hombría y fraternidad– aquel maestro de novicios perdió para mí toda la categoría personal que hasta entonces le había supuesto, y esta categoría no la ha recuperado ya nunca, en mi interior, por muchas y vistosas ínfulas que haya podido lucir.

Dicho esto, también de esta nuevamente corta etapa de mi vida quiero compartiros hechos y anécdotas que os ayudarán a haceros una idea más nítida de lo que fue mi estancia en San Jerónimo de Moravia durante los trece meses que permanecí en esta comunidad.

1. *"Cielo roto" me inspiró*

Los lugareños bautizaron a San Jerónimo de Moravia como "Cielo roto", pues era difícil encontrar un día en que no cayera un buen chaparrón, ya fuera por la mañana, ya fuera –como con mucha frecuencia acaecía– por la tarde.

Pues bien, para cuando yo llegué a este "paraíso de la lluvia", el escribir se había convertido para mí en un verdadero "vicio". Todos los días, en mis ratos libres, tenía que "emborronar" alguna cuartilla y esto, aparte de distraerme, me hacía sentir bien y útil.

Fruto de este –ya un tanto arraigado– "vicio" fueron los tres editoriales que escribí para ZUYCA con ocasión del trienio de preparación para el gran Jubileo del 2000 –*Jesucristo, Verdad del hombre*, *Espíritu de la Verdad* y *Padre de Verdad*– que serían publicadas, formando unidad, por *Pastor Bonus*, dentro aún de 1998, con el título de *Trilogía Jubilar*.

También fueron fruto de tan "inevitable" tendencia los Ejercicios Espirituales que di a las hermanas terciarias capuchinas en Desamparados; la conferencia que preparé para Puerto Rico y, sobre todo, las que preparé para la FUNLAM. Entre las dictadas en esta sede universitaria, dentro de 1998, me merecen mención especial las tituladas: *¿Gigantes o enanos?*, *La cultura amigoniana y los valores del ser* y *El humanismo amigoniano se hace pedagogía*, que la propia FUNLAM publicó en el folleto *Identidad Amigoniana*.

Con todo, el escrito en el que más tiempo invertí, durante mi estancia en Costa Rica, fue el libro *Hermana y Madre*. Biografía de la Madre Gloria de Pamplona, que redacté, a petición de la hermana Elena Echavarren, superiora general entonces de las hermanas terciarias capuchinas, con el propósito de que pudiera servir de base de cara a una posible introducción de la Causa de Beatificación y Canonización de quien fue fundadora de su Congregación en Venezuela y dirigió los destinos del Instituto desde 1962 hasta 1974, años de la celebración y primera aplicación del Concilio Vaticano II. Fue este el primer libro que escribí desde mi salida de Roma, pues, aunque en 1998 fue publicada también la *Biografía de José Gabriel Subiela Balaguer*, redactada en colaboración con el padre Tomás Roca, las partes de esta biografía debidas a mi autoría las escribí estando aún en la Urbe, allá por los años 1994-1995.

2. *El padre Cándido, un ángel en mi camino*

Mi relación personal con el padre Cándido hasta que los dos coincidimos en la comunidad de San Jerónimo de Moravia, había pasado por dos fases bien distintas.

La primera de ellas se distinguió por la total admiración que sentí por un hombre al que casi la totalidad de los religiosos jóvenes de la Congregación llegamos a considerar entonces como un verdadero "profeta" de la pedagogía amigoniana, y por un superior general que fue providencial para poner a nuestro Instituto en la órbita del espíritu conciliar del Vaticano II.

A esa primera fase, sucedió otra en la que la admiración se tornó enfrentamiento abierto. Fue la época en que yo me encontraba en el Instituto Preparatorio de Menores de San Cristóbal (República Dominicana), allá por el año 1978, y él vino formando parte –como delegado provincial del Caribe– de aquella especie de "triunvirato" que nos visitó canónicamente y nos acusó –a los miembros de aquella sufrida y sufriente comunidad– de querer abandonar la institución, cuando lo único que pretendíamos –como en su lugar os he explicado ya con más detalle– era encontrar la estrategia más adecuada para superar y mejorar una situación que impedía poder llevar a cabo un verdadero programa para la recuperación de los internos.

Precisamente por este enfrentamiento que continuaba aún muy presente en mi corazón –a pesar de los veinte largos años transcurridos–, mi primera reacción cuando me encontré con él a mi llegada a San Jerónimo en 1997 fue más bien de prevención, pues no sabía cuál iba a ser su actitud hacia mí ni tampoco mi reacción ante la actitud por él adoptada.

Bien pronto, sin embargo, conmovido por el afecto con que, desde el primer momento, me acogió, mi confianza en él creció y con ella un cariño que me ayudó a recuperar, en gran medida, aquella admiración que su persona había suscitado en mí en aquellos últimos años de la década de los sesenta, cuando él era mi superior general y yo un joven e inexperto fraile, que se encontraba finalizando los estudios filosóficos.

Día a día, nuestra compenetración fue en aumento. Y día a día, con sus pequeños –pero siempre afectuosos– detalles hacia mí, iba

conquistando un nuevo trocito de mi corazón. Un día el detalle tenía forma de sabrosa manzana, que me entregaba al tiempo que decía: "toma, feo, para que comas algo distinto del arroz y las habichuelas". Otro, eran unos pasteles o galletas que le habían obsequiado las monjitas que él atendía como capellán y que tiempo le faltaba, en llegando a casa, para traspasármelos a mí.

Pero sus detalles no eran sólo dádivas comestibles, sino que se adentraban en el campo del compartir vivencias, sentimientos e ilusiones (sí, ilusiones, porque él, a pesar ya de sus años –79 cuando yo llegué a Costa Rica– aún se ilusionaba con tanta intensidad y naturalidad, que a veces más que a una persona mayor, me parecía tener delante de mí a un niño, encarnación del *Principito* de Antoine de Saint-Exupéry).

Con qué entusiasmo compartía conmigo, en los largos y frecuentes coloquios que manteníamos, las homilías que cada día predicaba a los fieles que frecuentaban sus capellanías en Moravia y que, con el tiempo, publicaría en las Paulinas de Bogotá, en varios tomos, bajo el sugerente título de *Comentarios Bíblicos que iluminan el Nuevo Milenio*.

Y fue precisamente este afecto mutuo, que fue surgiendo en aquellos trece meses que convivimos allá en San Jerónimo, cuando él –dejadas ya las labores de "vaquero" a las que había consagrado previamente varios años– estaba dedicado en cuerpo y alma a saborear la Palabra y a trasmitirla, resaltando siempre el protagonismo de Dios en todo proceso de crecimiento humano y espiritual, lo que me llevó a comprometerme años más tarde a elaborar su biografía *Innovador y Vanguardista*, tan pronto como me lo pidió el padre José Ángel Lostado, mi superior provincial en aquel momento.

¡Gracias, Cándido, por todo lo que te desviviste por mí!

¡Siempre te recordaré como "mi ángel costarricense", o mejor aún como mi "ángel tico"!

3. *Las Oblatas de Moravia*

Una de mis más apreciadas actividades "extra muros" (lo de *muros* aquí es un sarcasmo, pues nuestra casa de San Jerónimo si de algo carecía era del más mínimo aislamiento del exterior) durante mi año costarricense, fue la de atender pastoralmente –especialmente los do-

mingos y fiestas de guardar– la capellanía de las Oblatas al Divino Amor, en su Casa Noviciado "Santísima Trinidad", ubicada en Moravia.

Poco a poco, la feligresía asistente a mis misas dominicales fue creciendo y yo –como ha sido siempre norma en mí– procuraba que mis homilías, centradas siempre en el mensaje de la Palabra proclamada, no superase nunca los cinco minutos. Cosa que la gente de Moravia comprobé que agradecía, como, por lo general, he visto que agradecían también los feligreses de las misas dominicales que he celebrado con regularidad en otros lugares (como me decía uno de mis profesores de Liturgia: Dios concede al predicador que durante los tres primeros minutos –y a lo máximo cinco– pueda mover el corazón de sus fieles; a partir de ahí lo único que consigue es que los asistentes empiecen a mover otras partes menos nobles de su cuerpo).

De aquellas homilías, recuerdo especialmente una que se hizo muy famosa entre los fieles. Fue un día en que la Palabra transmitía el mensaje de saber distinguir lo esencial, de lo accidental o accesorio; es decir, el espíritu de la ley, de la letra con que ésta se formula. Y para trasmitir este mensaje, de la forma que yo consideré más apropiada, recurrí a un chascarrillo que las gentes de mi pueblo atribuyen al cura del pueblo de al lado, y que a su vez las gentes de ese pueblo vecino aseguran que el protagonista fue el cura de mi propio pueblo. Pero fuera como fuese, la historieta en cuestión narra así el supuesto hecho:

Se aproximaba la fiesta del Corpus, y el pobre cura vivía agobiado por los problemas que se le veían encima.

Las clavariesas, encargadas de organizar la fiesta, amenazaban con hacerle huelga, porque, poco más o menos, pretendían ser ellas las protagonistas de la procesión.

La banda de música pedía más dinero y el cura no disponía de más recursos para atender sus demanda. Y así, una asociación tras otra iban poniendo condiciones que amenazaban la feliz realización de la solemne procesión aquel año.

Para complicar aún más la situación –si aún era posible mayor complicación– la Televisión nacional, conocedora de lo famosa que era aquella procesión en el entorno, había anunciado que ese año transmitiría en directo, desde aquel pueblo, la procesión del Corpus.

En fin, que el pobre cura, vivió una semana de auténtica locura, pero, gracias a Dios, poco a poco las aguas volvieron a su cauce y, al

comenzar la procesión, todo parecía dispuesto para que resultase un auténtico éxito.

Una multitud ingente de público abría aquel religioso desfile, llevando velas encendidas. Detrás las clavariesas, ataviadas con sus vistosos trajes negros, sus peinetas y bordadas mantillas, acompañaban de cerca –con devoción, al menos aparente– la procesional Custodia.

Tras ésta, el cura, con su mejor capa pluvial, dejaba vislumbrar –escondida en un semblante serio, cual requería la solemnidad del momento– una sonrisa de profunda satisfacción por la "batalla ganada".

Y cerrando el cortejo, la banda de música, más entonada que de costumbre.

¡Todo parecía perfecto! Pero…, cuando ya la procesión había recorrido más de una calle, el monaguillo –¿por qué tendrá que ser siempre el monaguillo?– empezó a tirar de la capa del cura hasta que éste se giró hacia él y, con rostro ahora sí abiertamente sonriente –expresión clara de la íntima satisfacción que estaba experimentando– le dijo:

– *¿Qué pasa, hijo?*

Y el monaguillo, señalando con el dedo el centro de la Custodia, le respondió:

– *Padre, que no ha puesto usted la forma consagrada.*

Y entonces el pobre Cura, sin dejar de sonreír, dio por cerrado así el problema:

– *Hijo, con tanto jaleo, siempre se le olvida a uno algún* ***pequeño detalle****.*

Aparte de aquellas liturgia dominicales que siempre estaban precedidas o seguidas de momentos de amigables charlas con aquellas atentas novicias y su maestra, fueron varias las veces que volví allí con los postulantes a realizar alguna convivencia conjunta, o simplemente a saborear una paella valenciana que yo mismo cocinaba con leña en uno de los patios de aquella amplia casa.

Especial relevancia tuvo la fiesta que las novicias y mis postulantes me organizaron con ocasión de mi despedida.

En mi corazón agradecido siempre han quedado resonando los nombres Celia, Omaira, Yensie, Dorita, Elisa, Anita, Eidy, Selena, Leonor, Amelly, Nohemí, Paola, Teresita… Y cuando tres de ellas profesaron, les dediqué este acróstico:

Al llegar la despedida
De esta Casa Noviciado,
Id alegres por el mundo,
Omaira, Ana y Dorita,
Siendo esposas del Amado.
Haced "nuevo" cada día,
Enraizadas en lo alto.
Recorred con alegría
Mundos que ya habéis soñado,
Ansiosas de apostolado.
No olvidéis nunca en la vida
A Jesús Sacramentado.
Sed siempre sus preferidas.
Que sea Él vuestro amparo.
Unidas siempre a Él,
Emprended con entusiasmo
Rutas de nuevo querer,
Ilusiones derramando.
Dad gratis lo recibido.
Amad como Él os ha amado.
Sed, para todos, regalo.

4. *Mis hermanas terciarias capuchinas*

Cuando yo llegué destinado a Costa Rica, mis hermanas terciarias capuchinas tenían en esta Nación –integrada desde el 1 de octubre de 1995 en la Viceprovincia General de América Central– un total de once comunidades, aunque mi relación con ellas se centró en las tres más cercanas a la Capital –Desamparados, Curia Viceprovincial y Ribera de Belén– y esporádicamente, y tan sólo por unos pocos días, la ubicada en Limón, donde me hospedé con los postulantes durante una excursión que hicimos al mar, finalizando ya mi estancia en tierras ticas.

Como hecho más significativo de mi relación con ellas en este país, señalaría los Ejercicios Espirituales que impartí –del 5 al 7 de abril de 1998– al Capítulo de la Viceprovincia, reunido en Desamparados, y

las *Guías de Estudio* que, a petición del gobierno de la demarcación, elaboré en enero de aquel mismo 1998.

Muy especial –y relativamente frecuente– fue la relación que tanto yo, como los mismos postulantes, mantuvimos con la comunidad de La Ribera de Belén, destinada a ser la Casa Postulantado de la demarcación. Varios fueron los retiros –y cursos de profundización, sobre la persona del padre Fundador– que realizamos conjuntamente aquí, y en más de una ocasión también ellas fueron huéspedes nuestras en nuestra Casa de San Jerónimo. De las hermanas que estaban en La Ribera de Belén, recuerdo con particular afecto a Judith Bernal Botero –Atanasia de Yarumal–, hermana de sangre de Mª Luisa, la primera superiora general colombiana de las terciarias capuchinas, que, de muy jovencita, había estado algunos años por España. Tenía una memoria prodigiosa que –unida a su talante alegre, abierto y dialogante– hacía que el charlar con ella fuese una verdadera delicia, que yo solía aprovechar, ávido, como siempre he estado, de almacenar una información histórica, entretejida más de sentimientos y experiencias, que de simples datos.

De entre las otras hermanas que traté en mi época tica, recuerdo a Odilia Vela, Eugenia Rodríguez, Elizabeth Caballero, Flor Eunice Guerra, Mª Eugenia Quiroga… y, de modo si se quiere más especial, a las hermanas Ligia Elena Llano y Yolanda de María Arriaga. La primera era la superiora viceprovincial y la otra, su vicaria. Ambas, con el tiempo, llegarían a ser superioras generales de la Congregación y ambas –y a mi entender esto supuso un detrimento para su Instituto– sólo pudieron serlo durante un sexenio, a causa de esas "intrigas palaciegas", que suelen darse también en los conventos, por mucho que en éstos se intenten disfrazar como "inescrutables designios del Señor". Ambas han tenido siempre un lugar especial en mi corazón y a ambas estaré siempre agradecido por sus sinceros gestos de tierna fraternidad.

5. *Viajando por Colombia y Puerto Rico*

Lo de viajar a Colombia venía siendo ya para mí una costumbre inveterada.

Ya antes de integrarme a mi destino en Chile –como ya os he comentado– estuve en este muy querido país. Después –también lo sa-

béis– estuve en otra ocasión viajando desde Chile, con billete de venida y regreso. Pero, establecido en Costa Rica, aún fueron tres las ocasiones en que viajé a esta nación que, con su nombre, más honor hace al descubridor de las tierras americanas.

Dos de estos viajes –realizados respectivamente del 20 al 27 de septiembre de 1997 y del 10 al 17 de mayo de 1998– tuvieron como destino la FUNLAM, en la que dicté sendos ciclos de conferencias, siendo editado el último de ellos –como ya os he dejado dicho– en el folleto *Identidad Amigoniana*.

El otro –llevado a cabo del 12 al 19 de abril de 1998– se centró en impartir un Curso sobre *Espiritualidad Franciscano-Amigoniana*, a las hermanas terciarias capuchinas, congregadas en la Casa Santa María de los Ángeles de Medellín.

Aparte de esos tres viajes –y sin incluir aquí el que realicé a Nicaragua con los novicios, del que ya he dejado noticia– emprendí, del 27 al 30 de mayo de 1998, otro a Puerto Rico, donde –el 28– pronuncié, en la Casa de Niños Manuel Fernández Juncos, de la capital, una conferencia con motivo de cumplirse los 10 primeros años de presencia amigoniana en dicha institución. Como anécdota de esta intervención, os cuento que, al finalizar la charla, y queriendo agradecer a las autoridades asistentes su presencia, me dirigí a los oyentes, aludiendo a su país como "esta encantadora República de Puerto Rico".

Como es natural, la referencia al país como *República* provocó la alegría de los partidarios de la declaración como tal del país, mientras que desconcertó –aunque no perdieron en ningún momento la compostura ni se sintieron ofendidos al interpretar (y muy bien interpretado) que yo lo había hecho por ignorancia y sin ninguna intención política– a quienes eran partidarios de mantener el estatus de Estado Libre Asociado de los Estados Unidos de América.

Después –en la cena de hermandad con que se cerraron las celebraciones– unos y otros se esforzaron amablemente por explicarme que Puerto Rico nunca había llegado a ser una nación totalmente independiente, pues de Colonia española pasó a serlo de Estados Unidos que, poco a poco, le fue concediendo el estatus de Estado Libre Asociado.

¡En fin, que, sin quererlo –y mucho menos pensarlo– estuve casi en un tris de convertir mi conferencia en un verdadero mitin político!

6. *En plan de despedida*

En los últimos meses de mi estancia en Costa Rica, participé en acontecimientos que merecen especial mención por mi parte.

El 18 de junio de 1998, celebré, con el resto de la comunidad formadora, novicios y postulantes, los ochenta años de vida de nuestro querido padre Cándido. A esta celebración se unieron terciarias capuchinas, hermanas de las Capellanías que él atendía en Moravia, algunos feligreses de las mismas y vecinos y vecinas del entorno. La celebración, aunque sencilla, resultó muy emotiva. Para la ocasión se elaboraron a mano recordatorios, que resultaron ser unas verdaderas filigranas. El que me correspondió a mí, lo he conservado siempre como preciado recuerdo.

Del 16 al 20 de julio di, en el mismo Seminario Padre Luis Amigó de San Jerónimo un Curso para los religiosos designados a impartir las materias propias de la Congregación a los novicios y juniores de la Provincia del Buen Pastor.

Unos días más tarde –el 22– dirigí, también en San Jerónimo, el Retiro que precedió a la celebración del II Capítulo de dicha Provincia del Buen Pastor. La reflexión que compartí giró en torno a *El Espíritu del Señor y su Santa Operación*.

En agosto, marché unos días, con los postulantes a Limón.

Finalmente, el 7 de septiembre celebré adelantadas mis *Bodas de Plata sacerdotales* en Moravia y la celebración continuó, tras la eucaristía, en una preciosa fiesta de despedida, y, el 12 de aquel mismo mes de septiembre de 1998, emprendí viaje hacia mi nuevo destino en España.

De los postulantes que acompañé en Costa Rica –y a los que les quedé profundamente agradecido por cuanto de ellos aprendí– recuerdo a Ervin Balecazar, José Vinicio Brenes –mi fiel chófer en el país, a quien cariñosamente bauticé como "Pespito"–, Jerónimo Flores, Elvin Lantigua, Óscar Enrique Monge, Juan Carlos Rincón, Eduardo Rivera, Juan Alejandro Salas y Luis Alberto Quezada. Especial amistad he guardado, a través del tiempo, con Eduardo Rivera, ordenado sacerdote en la Congregación y con el que he venido manteniendo frecuente relación mediante el whatsapp, y con Óscar Enrique Monge, que salió

de la Congregación cuando estaba en República Dominicana, se casó con una muchacha del lugar, tuvo un niño y una niña y quedó como educador con los salesianos en Hainamosa.

¡Gracias, pues, a todos, pero especialmente a vosotros dos, Eduardo y Óscar Monge y familia!

Y a la hora de dar gracias, quiero darlas también a la mascota que allí tuve y que tan buenos ratos nos hizo pasar a todos con sus "proezas". Era una gata –a la que adopté en recuerdo de la siempre "eterna" *la Cati romana*– y a la que bauticé como "Brígida Virginia", por lo contrapuesta que era con aquélla en cuanto, al instinto reproductor gatuno. A Brígida Virginia no se le conoció varón. Todo lo que Cati tuvo de maternidad, lo tuvo ésta de virginidad.

XXXIII

De vuelta a casa

Como ya os he dicho, el 12 de septiembre de 1998 cogí en Costa Rica el avión de Iberia que, al amanecer del día siguiente, aterrizaría en Madrid-Barajas.

La génesis de este viaje, sin embargo, no se produjo "de la noche a la mañana".

Del 2 al 6 de julio de aquel mismo 1998, se había celebrado , en la Residencia Amigó de Burgos, el III Capítulo de la Provincia Luis Amigó –al que yo no asistí al encontrarme "cedido" a la Provincia del Buen Pastor– que, en su último día –el 6–, eligió para regir los destinos de la demarcación, durante los siguientes tres años, al padre José Oltra.

Tan pronto como tomó posesión de su nuevo cargo, el padre Oltra se puso en comunicación conmigo, invitándome a regresar a España y continuar –e incluso intensificar– desde aquí mi colaboración con la FUNLAM, al tiempo que seguir cultivando mi vocación de investigador y escritor y colaborar con otras actividades que, principalmente en el ámbito de la formación, me confiase la Provincia Luis Amigó.

La verdad es que no tuvo que insistirme mucho, el padre Oltra, pues yo, viendo y considerando cómo estaban las cosas en San Jerónimo de Moravia –tal como, a grandes líneas, os he descrito ya–, no lo pensé demasiado y pronto le respondí que "a sus órdenes". Tan sólo le pedí que me permitiese permanecer en Costa Rica hasta mediados de septiembre para cumplir con los compromisos ya adquiridos y esperar a que también la Provincia del Buen Pastor –con la que estaba colaborando– hubiese realizado su Capítulo y los nuevos superiores hubieran tenido tiempo de hacerse cargo de la situación y de nombrar a mi sustituto como prefecto de postulantes.

Sin esperar demasiado tras recibir mi respuesta, el padre Oltra me escribió de nuevo y, al tiempo que me manifestaba gran alegría por

mi decisión de regresar, me indicaba que mi comunidad sería la de las Escuelas Profesionales Luis Amigó (EPLA) de Godella.

Para mí, este destino suponía una verdadera *vuelta a casa*, vuelta a la patria que me había visto nacer, pues desde 1977 –excepción hecha de los dos cursos escolares que estuve de comunidad en Monte-Sión de Torrent (1981-1983) y del año sabático que había pasado en esta misma población (1995-1996)– mi vida había transcurrido, durante dieciocho años, fuera de España.

Al llegar a Madrid-Barajas, en las primeras horas del 13 de septiembre, me esperaba con su coche mi sobrino Richard, quien me condujo hasta su casa que era la de mi hermano Ricardo y su mujer Conchín –que, como yo mismo escribiera en la dedicatoria de mi libro *Identidad Amigoniana en Acción*, "venía siendo para mí, desde la temprana muerte de mis padres, un verdadero hogar paterno"– donde celebré dos días después –el 15– mis cincuenta años de vida. Y este mismo día de mi cumpleaños, al atardecer, de nuevo mi sobrino Richard se encargó de acercarme hasta las Escuelas Profesionales Luis Amigó, donde me instalé, de inmediato, en mi nueva comunidad. Por cierto, recuerdo con absoluta nitidez que fue Luis Pérez Rodrigo –recepcionista entonces del Centro, y que muy pronto se convirtió en entrañable amigo mío– quien se encargó de indicarme cuál era la habitación reservada para mí, pues todos los miembros de la comunidad habían salido a compartir la cena –tal como tenían previsto desde hacía algún tiempo– con la Junta Directiva de la Asociación de Padres de Alumnos (APA), como entonces se denominaba aún la que posteriormente sería conocida ya como AMPA (Asociación de Madres y Padres de Alumnos).

Desde ese día, hasta éste en que doy por finalizados estos *Retazos del corazón* –el 15 de septiembre de 2018– han transcurrido justamente veinte años, y es tal el cúmulo de sensaciones y de sentimientos experimentados y de hechos realizados –la gran mayoría de ellos en felicidad–, que os los voy a ir trasmitiendo a continuación en los varios y numerosos apartados en que he querido agruparlos, para mejor dároslos a conocer. Cada uno de estos apartados se centrará en alguna de las múltiples facetas que han ido jalonando aquí mi vida. En su conjunto –creo– os quedará bastante clara la que ha sido mi trayectoria global en este gran Centro y, en el fondo, siempre querido "microcosmos".

1. *Trabajos iniciales*

Abarca esta mi primera época en EPLA, desde el día de mi llegada a esta Casa –el 15 de septiembre de 1998– hasta el 28 de enero de 2006, cuando fui nombrado administrador de la institución, pues si bien es verdad que el 30 de julio de 2001 fui designado, por primera vez, superior de la comunidad –cargo en el que continuaría ininterrumpidamente hasta que el 30 de agosto de 2016 fue suprimida la comunidad–, éste nombramiento no influiría lo más mínimo en mi estatus de "completa libertad" para dedicarme a investigar, escribir e impartir conferencias, centrándome especialmente en el ámbito propio de nuestra identidad y pedagogía, como amigonianos.

Antes, sin embargo, de entrar de lleno a presentaros las experiencias y vivencias de mis primeros años en estas Escuelas Profesionales, es de justicia que deje constancia de la delicadeza y afecto con que fui recibido y atendido desde los primeros momentos por quien era entonces superior de la comunidad, el padre Rafael Monferrer. Desde el día siguiente a mi llegada, me asignó con toda generosidad por su parte, el amplio y luminoso despacho que hasta el día de hoy he venido ocupando y que he venido personalizando poco a poco con fotografías de familiares y de amigos y amigas y con algunos de los regalos que ellos mismos me han venido haciendo. Este despacho, en el que he ido "pariendo" los numerosos escritos que he producido durante mis últimos veinte años, se amplió, con el tiempo, con las dos habitaciones, ubicadas en frente del mismo, en las que fui organizando mi *Archivo personal* y el pequeño *Museo* que lo completa.

Y hecha esta salvedad –que era de merecida justicia y agradecimiento– paso, ya sin más dilatación, a hablaros del tema central de este primer apartado.

Durante los siete años y medio que se alargó esta mi primera etapa aquí –aparte de realizar cinco viajes a Colombia– centrados principalmente en colaborar con la FUNLAM, tres a Alemania, uno a Polonia y otro más a Bélgica; de encargarme directamente de la Pastoral del Centro desde el curso 2001-2002, y de desarrollar una intensa labor como escritor y conferenciante–, como podréis ir viendo en los otros apartados en que he decidido articular mis veinte años aquí, me dedi-

qué, también en cuerpo y alma, y empleando en ello mucho del tiempo libre que me dejaban mis primordiales obligaciones, a estos cuatro trabajos que fueron para mí especialmente interesantes.

- *Organización de la Biblioteca de la Comunidad*. Ubicada en el primer piso del Pabellón destinado a Oficinas y Comunidad y en el que se encuentra también mi despacho, la Biblioteca estaba muy falta de unos mínimos de organización y sobre todo de afrontar urgentes trabajos de encuadernación de revistas que se amontonaban sin unos mínimos de orden y de criterio.

  No es mucho lo que pude hacer en este cometido. Centré mis esfuerzos en cuidar los apartados a dedicados a recoger las distintas publicaciones de la Congregación y a encuadernar especialmente las revistas de *Pastor Bonus*, *Surgam* y la *revista propia de EPLA* (de estas dos últimas hice cinco colecciones para que, aparte de la Biblioteca comunitaria, estuviesen también en la Dirección General del Centro y en las direcciones o bibliotecas de las distintas etapas).

  También dejé encuadernada la colección –hasta 1999– de los *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*.

  Desgraciadamente, con posterioridad, el encargado de esta Biblioteca, no ha hecho más encuadernaciones y se ha limitado a guardar las revistas que fueron llegando en cajas que, colocadas sin orden alguno ni concierto, hicieron de la Biblioteca, un simple *almacén* de publicaciones.
- *Organización del Archivo de la Institución*. Otro de los trabajos que abordé en aquellos primeros años de mi estancia en EPLA fue la organización del Archivo de la Institución.

  Para ello, empecé por convencer, al entonces director, de la necesidad de adecuar el local, proveyéndolo de armarios compactos rodantes, propios de trabajos del género.

  Establecí después la creación de aquellas secciones que, tras analizar el material almacenado en ese momento, consideré imprescindibles.

  Creé también una sección histórica para el material más antiguo, otra para el material gráfico, como planos de la institución, y otra más para el material fotográfico. De éstas tres últimas, sólo de la primera pude encargarme personalmente. De las otras dos, dejé es-

tablecido el protocolo a seguir, pero, por desgracia, pasado mucho tiempo, pude comprobar que no se había hecho ninguna catalogación del material, que continuaba simplemente recogido en los armarios que se habían adquirido para su conservación, pero sin orden ni concierto.

- *Organización del Archivo de Surgam*. Fue sin duda esta organización la que más tiempo y esfuerzo físico me supuso. El hasta entonces "almacén" de Surgam estaba ubicado pared con pared con el despacho que me había sido asignado, y ocupaba un espacio amplio y con muchas posibilidades, como se pudo comprobar una vez finalizada la tarea.

  La primera vez que visité el lugar me produjo una enorme tristeza el ver cómo los ejemplares de los números de Surgam estaban, o bien colocados, sin criterio alguno, en los estantes existentes, o bien simplemente apilados por el suelo.

  Emprendí con ilusión la tarea, que ocupó gran parte del tiempo libre que me dejaban mis ocupaciones primordiales.

  Al final, pude dejar, archivados por orden de numeración y colocados en cajas de cartón, adecuadas para este trabajo, todos los números que hasta entonces habían aparecido. En años posteriores, continué archivando los ejemplares sobrantes de los números que fueron saliendo, hasta que la revista dejó de publicarse en soporte de papel, en 2001.

  En el mismo espacio físico, destiné una parte para organizar también por orden de aparición, y archivar en cajas similares los ejemplares que restaban, tras su distribución, de la revista propia de EPLA, así como algunos ejemplares de la agenda que cada año se venía publicando y copia de todos los folletos que se habían impreso relativos a la institución.

  En septiembre de 2018, este *Archivo Surgam*, como se conocía su conjunto, continuaba en buen estado y debidamente actualizado.

- *Organización del Viaje Fin de Curso de la ESO*.

  Con la finalización del curso 1999-2000, culminaba la total implantación, en EPLA, de la Enseñanza Secundaria Obligatoria (ESO) y el padre Monferrer, director de esta etapa educativa, pidió mi ayuda para organizar un viaje fin de curso para esta promoción que era la primera de esta etapa en el Centro.

Convenimos que el destino fuese Roma, a fin de que a la dimensión lúdica y de esparcimiento, propia de todo viaje de gente joven, se uniese otra dimensión cultural, que nos parecía también muy importante.

Yo mismo me encargué de gestionar los lugares de alojamiento y de organizar el día a día, confeccionando a este fin un folleto que titulé *Viaje a Roma. Fin de curso 1999-2000*, del que se distribuyó un ejemplar a cada uno de los alumnos y alumnas y a cada uno de los tutores y profesores acompañantes.

Después, acompañé también el desarrollo diario del programa previsto, que se alargó del 16 al 23 de aquel año 2000, contados los viajes de ida y vuelta que se realizaron en autobús, aunque yo no les acompañé ya en el regreso.

2. *En el Gobierno Provincial*

Del 1 al 7 de julio de 2001, participé en el IV Capítulo de la Provincia Luis Amigó, que reeligió como superior provincial, al padre José Oltra.

Tres años más tarde, del 1 al 7 de julio de 2004, tomé parte también del V Capítulo de dicha Provincia, que tuvo a bien elegirme vicario provincial del Gobierno presidido por el José Antonio Fernández Grau, gran amigo mío entonces y que lo ha continuado siendo después, y persona a la que siempre estaré agradecido –como ya os he comentado en su momento– por el detalle que tuvo conmigo al comenzar mi año sabático.

Mi relación personal con el padre José Antonio fue cordial en todo momento, aunque ello no impidió –como es lógico siempre que las reuniones de los Consejos se desarrollan en un clima de libertad y que los integrantes de los mismos expresen con claridad sus opiniones y no se limiten a aplaudir "sin ton ni son" o a callar cobardemente opiniones propias que puedan entrar en conflicto con las del presidente de turno– que se dieran algunos momentos de tensión.

Entre los momentos de especial tensión, recuerdo ahora –por supuesto, ya sin la amargura con que pude vivirlos en su momento– éstos:

- *Pantallas solares en Villar*. Teníamos reunión de Consejo Provincial en Santa Rita-Madrid, donde llegó el superior de nuestra Casa de Villar del Arzobispo, para presentar a nuestra consideración la colocación, en la gran finca de aquella Casa, de múltiples pantallas solares para producir electricidad.

  En principio, el proyecto me ilusionó, pues vi en él una forma de sacar rendimiento a un terreno cuyas plantaciones ocasionaban casi tantos gastos como beneficios. Lo que ya no me gustó tanto es que el proyecto tuviera que ser aprobado "de la noche a la mañana" (La experiencia me ha ido enseñando que a las "urgencias" –a menos que sean médicas– es mejor reducirles un tanto las prisas de la inmediatez, para que puedan sopesarse las cosas con un mínimo de sosiego).

  Ante esta aceleración de los tiempos, yo expresé con claridad que, a mi entender, había que adjuntar un documento, en el que se aclarasen algunos pormenores, pues me inquietaba que no se asegurase en un futuro la compra, por parte del Estado, de la electricidad producida, pues, de lo contrario, nos quedaríamos con una millonaria inversión, cuya hipoteca no podríamos afrontar.

  Quedamos, pues, en que el asunto se estudiaría y decidiría en la siguiente reunión del Consejo, que tendría lugar en Torrelavega.

  Y fue en esta reunión realizada en Cantabria, donde a mí me saltaron "los plomos" y me salió –como dicen los que me conocen bien– "el Vives".

  La causa de ello fue el hecho de que, aparte de no adjuntarse ningún documento que garantizase un mínimo de seguridad de cara al futuro, me enteré que el promotor de la idea se había reunido con otro de los consejeros provinciales, que residía en una casa cercana a EPLA, evitando conscientemente darme a conocer sus intenciones que, en definitiva, eran el intentar conseguir votos suficientes para la aprobación del proyecto, a toda costa.

  Creo que mi "cabreo" –que alcanzó tal intensidad, que el dolor de cabeza que me ocasionó no se mitigaba con nada– sirvió al menos para ir ralentizando una propuesta que, al final, se vio que no era buena, por lo que se descartó definitivamente.

- *Venta precipitada de patrimonio*. Eran ya vísperas del Capítulo Provincial de 2007, cuando un día me llamó el Provincial, diciéndome que se había realizado un estudio para vender –puestas de acuerdo

las partes, pues la propiedad de los inmuebles no era exclusiva de nuestra Provincia– unos pisos que nos habían sido donados en su día y que están ubicados –aún continuábamos teniendo derecho sobre ellos en 2018– en la calle Atocha y en la Plaza Chamberí, de Madrid.

En principio el plan no me pareció mal, siempre que el precio fuese ajustado a su valor real.

Lo que me "mosqueó" inmediatamente es que de nuevo la operación se tuviera que hacer enseguida –otra vez las malditas y nunca beneficiosas prisas– y sobre todo me enervó el que a la abogada que gestionaba la operación hubiera que darle un 10% de la misma, porcentaje que me pareció desproporcionado y muy por encima del que el mercado ofertaba para operaciones del género.

Me negué, pues, a lo que yo consideré un "chanchullo" y dejé bien claro que en caso de aprobarse asunto tan importante mediante aquel sistema de consulta telefónica –no contemplado por las Constituciones–, recurriría la decisión donde fuese preciso.

- *Obras que no podían esperar*. Una vez más –e iban tres– las "benditas prisas" me agriaron una jornada.

  En esta ocasión ya se encontraba reunido el VI Capítulo Provincial, pero aún así fue convocado el Consejo –todavía en activo– para estudiar un caso que –según quien lo presentaba– no "admitía demora".

  En nuestro derecho particular, está muy bien legislado el protocolo a seguir para presentar proyectos de nuevas obras –especialmente si éstas son de envergadura–, pero como las legislaciones se las suelen "pasar por el forro" los que pretenden conseguir sus objetivos a toda costa –aunque después éstos mismos sean muchas veces los primeros que exigen el cumplimiento exacto de "reglitas" en la vida diaria de la comunidad–, el interesado logró que se incluyera en el orden del día de un Consejo que nunca debió ser convocado en aquellas circunstancias el proyecto de derruir el ala que aún se conservaba del Convento de Monte-Sión construido tras la guerra civil para levantar en su lugar un nuevo y moderno pabellón.

  El proyecto en sí –llevadas las cosas como debieron ser llevadas– no sólo no era –a mi entender– negativo, sino que, por el contrario, era positivo.

  Lo que yo no vi claro desde un principio es que tuviera que recibir una aprobación inmediata, máxime cuando su presupuesto de

ejecución superaba –y con creces– la cantidad que podía ser autorizada por el Consejo Provincial.

Se quiso recurrir entonces al subterfugio de aprobar sólo una parte del mismo –que estuviese dentro de las posibilidades de aprobación del Consejo Provincial– para comenzar las obras y presentar posteriormente el resto a la consideración del Gobierno General.

Como aquello me pareció una "mamarrachada", me ausenté de la reunión y me desentendí completamente del asunto, que, al final, "a trancas y barrancas" acabó realizándose, aunque el tiempo dirá si "tantas prisas" –acompañadas, como suele ser común en estos casos, de alabanzas previas al constructor– fueron, o no, buenas.

Como integrante de este Consejo Provincial, realicé dos viajes "oficiales". El primero tuvo como destino la Curia General en Roma, donde –del 2 al 6 de noviembre de 2004– participé en un Encuentro del Consejo General con los Consejos Provinciales. El otro fue a Alemania, a donde viajamos por avión desde Valencia, con escala en Palma de Mallorca, del 3 al 7 de enero de 2005. En este último hubo algún momento de tensión, por discrepancias en algunos asuntos de interés común, aunque, el viaje, en su conjunto, fue muy positivo y se desarrolló en un buen ambiente fraterno.

Finalizando el trienio para el que había sido elegido, del 2 al 7 de julio de 2007 tomé parte, en calidad de vicario provincial, en el VI Capítulo de nuestra Provincia Luis Amigó, en el que quedé ya libre de todo cargo a nivel provincial. Al VII Capítulo Provincial –celebrado en el Seminario San José de Godella, del 5 al 10 de julio de 2010–, no asistí, al no haber sido elegido delegado por los religiosos. Sí que asistí, sin embargo, como delegado de los religiosos, al VIII, celebrado en Castellnovo-Segorbe del 1 al 5 de julio de 2013 y al IX, que tuvo lugar en El Escorial del 4 al 9 de julio de 2016.

3. *Administrador de EPLA*

Cuando llegué a EPLA, la administración de la institución estaba a cargo de un religioso, por el que siempre he sentido cariño y que siempre tendrá un sitio en mi corazón por su bondad natural y generosidad.

A este religioso, sin embargo, la gestión –quizá por confiar demasiado en la buena voluntad de los demás y por una cierta indolencia personal a la hora de afrontar situaciones y problemas– se le había ido un tanto de las manos, ocasionando un agujero financiero de muchos miles de euros en facturas impagadas.

Ante tal situación –y una vez conocido el informa presentado por la empresa que realizó una auditoría al Centro– el Consejo Provincial, del que yo formaba parte, determinó, con fecha 21 de enero de 2006, que fuese yo mismo quien se hiciese cargo de la gestión administrativa de EPLA.

A partir de este momento, como es natural, mis viajes a la FUNLAM y mi participación en Congresos disminuyeron, pues necesitaba estar más presente en el día a día de la institución, aunque mi producción como escritor, no sólo mantuvo el ritmo que ya venía siendo normal, sino que incluso se acrecentó, como podréis comprobar en algunos de los apartados en que he querido organizar lo que fue mi vida en esta institución.

La primera medida que adopté, a fin de cortar la "sangría" económica que se estaba sufriendo, fue la de restringir drásticamente el acceso a las cuentas bancarias de la institución, al percatarme de que los grandes proveedores de la casa giraban directamente sus facturas a nuestras cuentas, como se hace, por ejemplo, con los servicios de agua, luz, telefonía…, que, por su propia naturaleza tienen esta exigencia. Decidí, pues, que todos los proveedores, excepto las empresas públicas, presentasen sus facturas en Contabilidad y, desde aquí, comprobados minuciosamente sus "ítems", fuesen saldadas por el administrador mediante cheque o transferencia bancaria.

Junto a esa primordial medida, establecí unos detallados protocolos para que ninguna compra –incluido, por supuesto, el material necesario para el adecuado funcionamiento de los talleres, que era uno de los principales gastos de la institución– se realizase sin el consentimiento expreso del administrador. (¿Cuánto del material pedido directamente hasta el momento por los jefes o responsables de talleres no había llegado nunca a EPLA, sino que se había perdido por recovecos de negocios particulares? Nunca se podrá responder a esta cuestión que no dejará, por ello, de ser una mera sospecha indemostrable, pero sí que de alguna manera me dio luz al respecto uno de los profesores de los

propios talleres cuando me comentó: "no se preocupe, si ve a alguno de los profesores de talleres con mala cara, cuanto más enfadados los vea, tanto más se estaban beneficiando").

La complejidad que suponía la aplicación de los protocolos de compra de material, me hizo percatarme bien pronto, que, para una seria y eficaz aplicación de los tales, necesitaba la creación de la figura de un *Jefe de Compras*, y convencido de que al crear este delicado cargo podría llegar a ser "peor el remedio que la enfermedad", si no lo confiaba a una persona de mi total confianza, elegí para el mismo a mi sobrino Richard.

Pronto empezaron a verse los beneficiosos resultados de las medidas adoptadas, pues, a partir de este momento ya ningún proveedor de material se entrevistó directamente con los profesores respectivos, sino que éstos solicitaban lo que necesitaban, se estudiaba lo que era necesario y lo que no lo era tanto y el Jefe de Compras era el que buscaba al proveedor que mejor y más económicamente pudiera satisfacer el pedido.

Comprometido con las exigencias de su cargo e identificado plenamente con mi proyecto económico, mi sobrino cumplió a la perfección con su cometido y, en muchas ocasiones, tuvo que enfrentarse a las peticiones de encargados de taller que, acostumbrados a "disparar con pólvora de Rey", hacían pedidos sin ton ni son. En más de una ocasión tuvo que sacar el genio y "hacerse mala sangre" para defender los intereses de la institución. Él era muy consciente de que su cargo no era propicio para hacer amigos, sino, por el contrario, para encontrarse con más de un enemigo, enfurruñado al no poder sacar "tajada".

Gracias, pues, a la inestimable colaboración –siempre fiel y contablemente impecable de mi Jefe de Compras– que no se limitó sólo a seguir los protocolos que yo había establecido, sino que creó –con mi consentimiento– otros muchos, se logró recuperar en poco tiempo la economía local, saldando todas las deudas acumuladas; saliendo airosamente a flote en una época –la de la dura crisis– en la que Conselleria llegaba a atrasar, a veces más de medio año, sus aportaciones que hubieran tenido que ser mensuales; empezando incluso a disponer de fondos suficientes para ir emprendiendo constantes obras de mejora, que resultaban ya urgentes, y hasta para ampliar decisivamente la capacidad del Centro con nuevas instalaciones.

Entre estas *nuevas instalaciones*, quiero señalar, por su importancia y envergadura:

- *El Pabellón Bodas de Oro* –bautizado así por haber coincidido su construcción con la celebración de los primeros 50 Años de EPLA– con sus amplias aulas para música y tecnologías, con sus otras aulas más reducidas para desdobles, con sus despachos de Pastoral y atención de padres, y, sobre todo, con su amplio gimnasio y su cuidado, espacioso y lucidor Salón de Actos.
- *El ajardinamiento exterior del Pabellón Bodas de Oro*, con sus palmeras, naranjos bordes, variados árboles frutales y especialmente con sus olivos, de los que dos son milenarios.
- *El Pabellón para 5º y 6º de Primaria*, construido de nueva planta para dotar de las aulas necesarias a la Educación Primaria del Centro, que estaba pasando de tener dos líneas a contar con tres.
- *La ampliación de Infantil*, que supuso añadirle un nuevo pabellón a la estructura preexistente y sacar un aula nueva, quitando un espacio infrautilizado al Salón de Actos ubicado en terrenos del Seminario, para permitir el crecimiento de la Educación Infantil que estaba pasando también de dos a tres líneas. A raíz de esta ampliación, se creó un nuevo espacio de recreo para los más pequeños (3 años) y se adecentó el anterior patio de recreo (ahora para 4 y 5 años), proveyéndolo de una zona de techado.
- *Construcción de nuevos talleres*, destinados a la Formación Profesional Básica, construido aprovechando un porche preexistente, al que no se le daba, por lo general, uso alguno.
- *La construcción de dos amplios parkings*, a la entrada: el de alumnos y el de profesores.
- *La colocación de nuevas y lujosas puertas de entrada*: la del ingreso principal con vistosas columnas y fuertes puertas de hierro, luciendo el escudo de EPLA, y la de autobuses, en sintonía con ella.

Respecto a las *mejoras*, para no ser prolijo –pues fueron muchas las que se realizaron cada año, sobre todo, en los veranos u otras épocas de vacación escolar–, me limitaré sólo a las que considero más importantes:

- *La conexión a la red de alcantarillado municipal*, con lo que se dieron por descartados ya los insalubres "pozos ciegos" que venían sirviendo para este menester.

- *La pintura exterior de toda la Institución*, terminando así, de una vez por todas, con el "eterno" e inexpresivo gris que se había venido poniendo hasta el momento a los distintos pabellones y talleres en sus fachadas exteriores..
- *El pasadizo Infantil-Comedor*, que se construyó para que los alumnos de Infantil y Primaria pudieran acceder al comedor, protegidos del sol y de la lluvia.
- *El acondicionamiento del comedor escolar*, con nuevo alicatado, nuevos baños para los niños y niñas de infantil, y con aire acondicionado; y la *ampliación y modernización de la cocina*, a la que se sacó una nueva productividad, multiplicando su actividad con la preparación de alimentos para exportar a otras instituciones.
- *El cerramiento de Infantil y Primaria*, pensado no sólo para evitar que algún alumno o alumna pudiera ausentarse sin permiso del Centro, sino también para impedir que cualquier extraño, con aviesas intenciones, pudiese acceder a los patios recreativos.
- *El adecentamiento de baños exteriores* de alumnos y alumnas que se encuentran junto al espacio donde aparcan los autobuses.
- *La construcción de nueva tapia exterior* del pasillo por donde entran los autobuses.
- *La mejora y ampliación de la tienda escolar*.
- *La mejora del pequeño jardín* que se encuentra junto al Pabellón de oficinas, con la poda de árboles, construcción de nuevos caminos, colocación de césped e iluminación y puesta en funcionamiento de la fuente en él existente…/…

Muchas de estas obras, tanto de nueva construcción –y por supuesto, todas las de mejora–, se realizaron directamente desde administración y contando con la inestimable colaboración de Alfredo Rodríguez –excelente maestro albañil– y de Manolo Miragañ, electricista, fontanero y encargado del mantenimiento del Centro. Se evitaron así los sobrecostes que llevan consigo los contratos con empresas constructoras (¡qué difícil es encontrar una medianamente buena y honrada!) y utilizando materiales de primera calidad que adquiríamos directamente, yendo a las fábricas correspondientes. (De agradecer especialmente los buenísimos materiales cerámicos que conseguimos "a precio de ganga" en la Fábrica Naturcer de Onda, gracias a las gestiones de mi amigo Antonio Isert).

Y después de hacer todo esto –y mucho más que no he especificado–, llegado el momento, dejaría la administración con un muy buen superávit y sin ninguna deuda pendiente.

Yo podía haber continuado esta labor al frente de la administración, pues gracias –repito una vez más– a la colaboración de mi sobrino, y también a la de Susi De Paz y de Luis Pérez, este trabajo no me quitaba demasiado tiempo de mi prioritaria dedicación a la investigación y a la elaboración de nuevos libros, artículos y conferencias, pero un "enano" se cruzó en mi camino y, entre él y la enfermedad que para entonces me acababa de visitar, se me quitaron las ganas de seguir.

El "enano" en cuestión –prototipo de esos seres empequeñecidos en los que la audacia y atrevimiento están en relación inversa con su inteligencia y sentido común, y que acaban eternizándose en los cargos, no por su valía, sino por su mediocridad– utilizó una reunión de ecónomos de comunidad –ni tan siquiera era de ecónomos de Colegios– para, aprovechando que yo, recién intervenido quirúrgicamente, no pude asistir, "denunciar" públicamente los –a su corto modo de ver y entender– exagerados sueldos de mi sobrino y de Susi.

Cuando a mí me llegó la noticia –a través de un amigo que no estuvo en la reunión, pero que tenía información privilegiada (¡cuánto me dolió que ninguno de los que se llamaban "amigos" míos y que asistían a aquel "aquelarre" levantara mínimamente la voz en mi defensa, argumentando que no estaba bien denunciar aquello, aprovechando mi ausencia!)–, redacté un informe al Consejo Provincial, demostrándoles que ni esos dos sueldos eran los más elevados de la institución, ni, por supuesto, tenían –a mi entender– nada de exagerados.

Es cierto que eran sueldos "buenos", como los que cualquier empresa, que se precie de tal, pone a sus empleados, dependiendo del grado de responsabilidad incluido en sus respectivos cargos.

Yo siempre he procurado pagar bien a la gente que he contratado y, al final, los empleados han acabado dando a la institución –en tiempo regalado y en trabajo bien hecho– muchísimo más que lo recibido de ella, quizá por aquello de que "riqueza llama a riqueza, generosidad a generosidad y miseria a miseria". Y he intentado siempre, también –y siguiendo en ello uno de los consejos que siendo yo joven me diera mi "sabio" padre– favorecer y estar especialmente al lado de los más desfavorecidos, que, en el caso concreto de EPLA eran los del Personal de Administración y Servicios (PAS).

Pero entiendo que estos criterios míos de administración entraran en inevitable conflicto con mentalidades "frailunas" y pauperistas que, en nombre de la "sagrada" pobreza religiosa, buscan eludir los impuestos que paga la gente "normal", como el IVA (¿cuándo se acabarán tantos privilegios que más que ser beneficiosos para la iglesia la perjudican profundamente?) y se contentan con retribuir a sus empleados con los mínimos legales (¿quién se ha hecho rico nunca, trabajando para monjas y frailes?).

Desanimado, pues, ante tantas injusticias hacia mi persona y desconsideración a mis logros administrativos, y aquejado, además, por una enfermedad que no sabía que rumbo podía tomar, hablé con mi sobrino, en vísperas de marchar ya al IX Capítulo Provincial y, tal como habíamos acordado cuando le contraté –renunciando para ello al trabajo que él tenía– lo despedí laboralmente, pagándole –eso sí– hasta el último centavo de lo que le correspondía.

Con ello me sentí ya completamente liberado para dejar mi cargo de administrador, tan pronto como lo decidiese el nuevo Gobierno Provincial.

En fin, ¡gracias Susi, gracias Luis y gracias –y muy especialmente– Richard, pues con vuestra inestimable colaboración hicisteis de mi administración un éxito profesional y me aportasteis mucha felicidad y orgullo personal!

4. *Mis dos últimos Capítulos Generales*

Tras haber asistido al XVI, XVII y XVIII Capítulos Generales –celebrados en 1983, 1989 y 1995 respectivamente– fui elegido delegado por los religiosos de la Provincia Luis Amigó, para participar en el XIX Capítulo General, que tuvo lugar en la Residencia Amigó de Burgos del 17 al 27 de abril de 2001.

En esta ocasión, fueron dos los candidatos que presentaban las distintas tendencias. Tendencias que son siempre loables cuando son sinceras, pues favorecen la democracia (hablando en términos políticos) o el discernimiento espiritual (aludiendo a lo mismo en terminología religiosa).

Uno de los candidatos era el superior general en ejercicio, el padre Ignacio Calle, y el otro, su antecesor en el cargo, el padre José Oltra.

Yo, aunque había actuado –en 1995– como "gran elector" del padre Ignacio –por el que continuaba teniendo gran estima y aprecio personal, como lo continúo teniendo en el momento en que concluyo este relato– apoyaba, en esta ocasión, incondicionalmente al padre Oltra, pues, a mi entender, la gestión del padre Ignacio no había cumplido con las espectativas que suscitó su elección, ya que había promovido muy poco un mejor conocimiento y aprecio de la identidad amigoniana de la Congregación.

Cuando llegó, pues, el momento de la votación para la elección de un nuevo superior general, yo voté decididamente por el padre Oltra, pero al final –aunque por muy poco margen– quedó reelegido el padre Ignacio.

Hasta aquí, todo bien. Yo, como es natural, sentí una cierta desilusión al no haber logrado lo que anhelaba, pero pronto me repuse, al considerar que el padre Ignacio, a pesar de nuestra diferencia en algunos criterios, siempre había contado conmigo y me había dado muestras evidentes de su estima y amistad.

Pero, cuando el capitular de más edad, le hizo la pregunta de rigor de si aceptaba la elección canónicamente hecha a favor de su persona, él, sin pensarlo demasiado, respondió con un sonoro "no", al que siguió una explicación en la que justificaba, más o menos, su negativa, argumentando que él, hasta el momento, no había conseguido ningún título académico y que quería dedicar los próximos años a seguir estudios universitarios.

La argumentación me dejó frío. No entendí entonces –ni he conseguido entenderlo después, a pesar del tiempo transcurrido– que él en aquella tesitura valorara más el hecho de satisfacer una ilusión personal, que el atender la voluntad de los hermanos manifestada en un acto tan solemne y trascendental cual es el de una elección capitular. De todas formas, acepté su decisión como respetuoso homenaje a una decisión personal y a la libertad que se supone en todo proceso electoral. Libertad por parte de los electores y también por parte del elegido.

Ahora bien, lo que sucedió a continuación fue, para mí, algo "esperpéntico" y rallante con el escándalo, pues en contra de la norma –aunque no escrita, sí seguida siempre como precepto por nuestra tradición– de que iniciada una sesión electoral de superior general, ésta

no finalizaba hasta haber consumado la elección, en vez de seguir las votaciones hasta la designación de un nuevo superior general, se tomó la determinación –liderada por quien al parecer tenía mucho interés en manipular el resultado– de suspender la sesión y dar un tiempo para una nueva reflexión de los capitulares que, como era de esperar, acabó siendo un "conciliámbulo".

Vueltos al aula capitular y reemprendidas unas votaciones –que nunca debieron ser interrumpidas– resultó elegido superior general, por el mismo estrecho margen de la anterior votación, el padre Tomás Barrera Domingo, que venía desempeñando el cargo de vicario del padre Ignacio, quien, para más "inri", no sólo no se mantuvo al margen de aquella maquinación –como hubiese sido lo honroso y "señorial"– sino que fue uno de los grandes electores del nuevo superior general.

Pero en fin, no todo en aquel Capítulo fue así de dramático, por supuesto hubo momentos –y fueron los más– en los que se pudo disfrutar de un agradable ambiente fraterno, al margen de posturas y opiniones personales –todas muy respetables– e incluso se vivió, entre otros, el simpático hecho que ahora me dispongo a contaros.

Entre los capitulares había uno que, agazapado, no soltaba prenda ni daba a conocer sus opiniones, pero que se mantenía siempre, con los ojos bien abiertos y hasta con mirada fija, atento, como buen escuadriñador, a tomar notas de lo que opinábamos los demás.

Tan notorio llegó a ser el caso, que incluso lo comentamos en más de una ocasión en el pequeño grupo que formábamos algunos de los que más congeniábamos. Y en una de esas ocasiones me vino espontáneamente a la memoria este chascarrillo que les conté y que ahora os cuento a vosotros:

Un señor –así empezaba el chascarrillo– tenía una pajarería especializada en loritos parlantes. Y un buen día, cuando acababa de vender una de aquellas mascotas, se presentó en su negocio un señor que –ya por el porte se adivinaba que gozaba de muy buenas posibilidades económicas– y le pidió el mejor loro parlante que tuviese, comprometiéndose a pagarle, por encima, incluso, de lo que él solicitase.

El comerciante le dijo entonces que lo sentía mucho, pero que acababa de vender el último que le quedaba. Pero aquel buen señor le insistía, una y otra vez, que mirase bien, pues él estaba dispuesto a retribuirle espléndidamente.

La mujer del vendedor –que desde la trastienda estaba siguiendo la conversación– atraída por el brillo de las monedas que ya se imaginaba en sus manos, llamó a su marido y cuando éste hubo entrado en aquel recinto, le comentó:

– *¿Cómo que no tienes nada que vender a ese señor?*
– *Tú sabes* –le replicó él– *que acabamos de vender el último lorito que nos quedaba.*

Pero ella, señalándole un búho medio dormido que tenían allí dentro en una jaula, le añadió:

– *Píntalo de verde y véndeselo a ese señor, pues no podemos perder la generosa oferta que nos hace.*

"Dicho y hecho". El marido pintó al búho de verde y saliendo de nuevo al mostrador, se lo mostró al comprador, diciéndole:

– *Mire, perdone, este es el loro que yo y mi mujer nos habíamos reservado para nosotros. No habla aún, pero es el que más muestras nos ha dado a nosotros, que tenemos mucha experiencia en este asunto, de que posee estupendas aptitudes para el aprendizaje de lenguas.*

Ante tal discurso –y enternecido por el generoso detalle de aquel matrimonio que, con gran sacrificio por su parte, se desprendían del animal que se habían reservado para ellos– entregó al vendedor, como había prometido, una buena y exagerada cantidad de dinero.

Pasaron dos o tres semanas, y un día el comerciante vio, a través de los cristales de la puerta, que se acercaba aquel rico comprador y advirtió a su mujer de la posibilidad de que se produjese una violenta situación por el engaño, sin duda ya descubierto.

El señor, sin embargo, entró y se limitó a pedir, con toda amabilidad, la comida más apropiada para "su" lorito.

Sorprendido por el silencio que aquel señor guardaba con relación a la mascota que había comprado, el mismo comerciante le preguntó:

– *Y ¿qué? ¿el lorito ya habla?*

A lo que el señor respondió muy serio:

– *Hablar, lo que se dice hablar, aún no. Pero tiene una cosa muy buena: que se fija mucho.*

Ni que decir tiene que después de contar este chascarrillo, aquel hermano –muy silencioso, pero supremamente observador– se quedó

ya para siempre con el apodo de *El búho*, que ni tan siquiera los años y las "dignidades" le han usurpado.

Pero si decepcionante fue para mí el Capítulo de 2001, más lo fue –y previamente, si me lo llegan a predecir, hubiera argumentado que eso era imposible– el Capítulo de 2007.

También a este XX Capítulo General –celebrado en el Seminario San José de Godella, del 23 de abril al 2 de mayo de 2007– acudí como delegado elegido de los religiosos de la Provincia Luis Amigó.

En esta ocasión la cuestión de los candidatos no estaba –o quizá sí– tan clara desde el principio como en el anterior.

Yo formaba parte de un grupo que apoyaba la candidatura del padre Pedro Acosta Rozo, pero los otros posibles candidatos –al menos para nuestro grupo– eran desconocidos.

Por una parte, el padre Tomás Barrera, superior general en ejercicio me manifestó claramente desde el primer día que él no aceptaría una nueva nominación y por otra, el mismo padre Tomás –al que acompañé a la Clínica de Acupuntura de la que yo era cliente habitual, para que le trataran unas dolencias en la región lumbar– me reveló, sin que yo le preguntara nada al respecto, que había escuchado que algunos de los capitulares estaban proponiendo como candidato al padre Ignacio Calle nuevamente, pero que él –después de lo que había hecho en el Capítulo anterior– no lo iba a apoyar de ninguna de las maneras. (Lo referente a la candidatura del padre Ignacio, como a continuación os contaré, fue verdad, por muy inverosímil que me resultase a mí al escuchar la noticia, pero lo de que no iba a contar con su voto, fue una solemne mentira que me "regaló" gratuitamente el padre Tomás, como después se reflejaría en la votación. Una mentira que suscitó en mí un gran desengaño que quebró ya para siempre la credibilidad que hasta entonces me había merecido el padre Tomás, por cuanto que fue una mentira, cuya falsedad quedó agravada por el hecho de que nadie le había pedido ninguna declaración de intenciones).

El Capítulo fue discurriendo, como suele suceder siempre, en un muy buen clima fraterno, hasta que llegaron las elecciones.

En el momento de votar, yo lo hice –como había decidido desde hacía tiempo y como dije a todo aquel que me preguntó por la intención de mi voto– por el padre Pedro, pero para mí aún era entonces una incógnita por quién se decidiría el otro bloque, pues yo no acababa de

creerme –tal era la ruptura que la sola posibilidad provocaba en mis esquemas– que el candidato fuera de verdad el padre Ignacio.

Una vez más, me di cuenta de lo "infeliz" que yo era, al pensar que los demás se movían por los mismos valores que yo, en medio de mis limitaciones y defectos, siempre he mantenido.

Se realizó, pues, la votación y salió elegido a la primera el padre Ignacio Calle. Aun entonces esperaba yo que él –como había hecho seis años antes– no aceptase la elección, pero ¡oh candidez la mía! Tiempo le faltó para responder –a la pregunta sobre su aceptación que le formuló el padre Tomás– con un "sí" bastante más sonoro incluso que el "no" que pronunció en el anterior Capítulo.

Mientras se proclamaba oficialmente la elección y se entonaba el protocolario *Te Deum*, yo tuve la sensación de estar despertando de una horrible pesadilla y, sin embargo, no se trataba de un sueño –¡ojalá lo hubiese sido!–, sino de un hecho desgraciadamente muy real.

Fue entonces cuando se me fijó la idea de que, cuando seis años antes el padre Ignacio cedió el testigo al padre Tomás, le dijo de alguna manera aquello de "me voy a Sevilla, cuídame la silla".

En fin, Ignacio, si llegas a leer estas páginas –lo que querrá decir que yo ya no estaré– no pienses que, por lo que aquí he dejado dicho, dejé de tenerte como un amigo entrañable. Lo fuiste y lo serás siempre en mi nueva dimensión de vida, pero como decía el apóstol Pablo a los Corintios: "en esto no te alabo" (1Co. 11, 22).

5. *EPLA, un "microcosmos"*

Decir que EPLA es un "microcosmos" no es ninguna originalidad.

EPLA, por ser un gran Colegio –tanto por la extensión que ocupan sus instalaciones, como por el considerable número de alumnos y de profesores–, es lógico que reproduzca en sí, aunque sea en "pequeño", la variopinta realidad –de "gigantes" y "enanos", de grandezas y miserias, de luces y sombras– que se da, por lo general, en el gran cosmos.

Aquí en EPLA conocí personas fenomenales (claro que ninguna de ellas llegó a ocupar cargos de responsabilidad mayor, reservados para los "paniaguados" de los directores de turno, que siendo, como eran, estrechos de miras, escogieron siempre para las direcciones y prefec-

turas subalternas a quienes tenían menos luces que ellos, eran muy aduladores y, por supuesto nada críticos). Esas personas, para mí fenomenales, eran muy buenos profesionales y destacaron por su entrega desinteresada a los alumnos, como una Cristina Sánchez, una Mª José Mir, una Mariola Giner o una Pepa Alonso, una Marta Cestero o un Iván Caballero, una Silvia Albentosa, o una Asunción Bosch, una Claudia Fambuena o una Mª Antonia Jovaní, una Inma Oliver… y otros, que aunque ahora no nombre, están en la memoria de mi corazón por su dedicación cordial a las alumnas y alumnos de la ESO.

También en Bachiller y Formación Profesional encontré profesores en los que percibí que, cada uno con su estilo, tuvieron al alumnado en el centro de su dedicación docente, como Germán González, Inma March, Carmen Cervellera, Guillermo Beltrán, Marta Moreno, Fernando Navarro, Ramón Baldó, Juan Bautista Aparicio, Gerardo Contelles, Patricia del Toro, Ana Mª Fuster, Juan Francisco González, Bernardo Hernando, José Enrique Mestre, Eduardo Palop, Luis Pérez, José Luis Quílez… y también aquí un etcétera, aunque en este caso no demasiado alargado.

En Primaria e Infantil conocí y me quedaron grabados asimismo profesoras y profesores como Tatiana Castañeda, Mª Carmen Herrero, Mª José Ferrando, Miriam Monfort, Estéfano Albiol, Herminia Filgaira, Inma Folgado, Mª Paz García, Francisco Jiménez, Mª José Sanz, Sonia Elio, Juan García, Victoriano Utrero, Vicente Macián, José Antonio Fenoll, Trinidad Mateu… En el servicio del Gabinete Psicológico me impresionaron muy positivamente las doctoras Candi Marco y Lucía García, grandes profesionales y mejores personas.

De los directores de etapa que conocí quiero destacar la persona de Pedro Pérez, que se hizo de querer de sus alumnos por saber combinar, en su justa medida, cariño hacia ellos y exigencia, y que, además, creó entre los miembros del claustro de la ESO una unidad que bien pronto hizo trizas su sucesor.

Por supuesto, dejaron también huella en mi corazón –y, si se quiere, de modo especial, por ser los menos considerados a los ojos de quienes miden grandezas humanas por títulos académicos– los empleados del PAS y otros que desarrollaron labores de servicio en autobuses o comedor escolar, como Richard, Susi y Luis –a quienes ya he nombrado de forma especial antes–, Pilar Vicent –siempre atenta y eficaz recepcionista–, Pilar Sanz y Nuria Verdés –las queridas enfermeras que

me cuidaron exquisita y cariñosamente en mis dolencias–, Vicente Arnal, Juan Miguel Marqués –siempre dispuesto a prestarme su colaboración y que, buen conocedor e intérprete de mi menuda letra, pasó todos mis manuscritos, incluidos los de estos *Retazos del corazón*, a ordenador–, Lucía García y Rebeca Montañana –psicólogas del Centro–, Eva Casar, –esposa de Luis Pérez y madre de las preciosas Olivia y Carlota, siempre atenta a cualquier requerimiento mío, desde su trabajo en la tienda del Colegio–, Manolo Miragañ –el segundo encargado de mantenimiento que tuve en mi gestión como administrador, y, de forma muy especial, su antecesor, "mi" Manolo, "nuestro" Manolo –don Manuel Hernández Valero– a quien recuerdo junto a su querida esposa Mari y de quien escribí con ocasión de su temprana muerte: "que se fue ganando el afecto de los miembros de esta institución, quienes sabían descubrir, tras su semblante –a veces adusto y hasta mal encarado– la ternura de un corazón siempre pronto a ayudar y servir, desde sus múltiples saberes, a quien se encontraba en dificultad". Y junto a los miembros del PAS, encontraron asimismo sitio en mi agradecido corazón, acompañantes de autobús y cuidadoras de comedor como Carmen Benlloch, Paula Campos, Lurdes Besari, Raquel Hernández… Y también –¿cómo no?– Mª Carmen Sánchez, Victoria Mondaray, Pepi García –que, en labores de limpieza y cocina tan bien nos cuidaron siempre a los miembros de la comunidad religiosa–, Sole Suárez –que atendió durante varios años nuestra cocina comunitaria en los veranos y siempre fue muy atenta y cariñosa conmigo– y junto a ella, recuerdo también a Encarna García, Mª Luz Guzmán y Gloria Hernández –que siempre se esmeraron en el servicio a los alumnos y a mí mismo, desde su trabajo en el bar de la institución– y Miguel Ángel Puig y David Martínez, que cuidaron a los alumnos desde su puesto de controladores del tráfico y de las entradas al Centro.

Conocí, asimismo, en el microcosmos de EPLA, como es natural, gente, a mis ojos más anodina –lo cual no quiere desdecir nada de sus valores personales–, que, aunque respetuosos y atentos cuando me crucé con ellos, no llegaron a entablar conmigo una relación cordial.

Y conocí –¿cómo no?– en mi querido EPLA, personas que, a mi modo de ver, encarnaban esas miserias, nacidas de un egoísmo que ha traspasado con decisión la barrera de lo que se puede considerar "medianamente normal" (pues nadie tenemos un amor tan "puro", que hayamos

desarraigado completamente en nosotros toda raíz egoísta); personas –repito– que encarnaban esas miserias propias de quienes –llevados por sus celotipias, envidias… y otras manifestaciones típicas de quien pretende que todo el mundo gire en torno a sí y que, en consecuencia, no tiene perspectivas más luminosas que las que se logran cuando uno se limita a "mirarse el propio ombligo"– se convirtieron, dentro del pequeño-gran entramado de "nuestro" microcosmos en acabados prototipos del *pelota sin remedio*, del *pantallero* o, si se prefiere, *fariseo nato*, o del *trepa sin escrúpulos*. Pero de todos ellos me reservo el nombre, pues ninguno de los tales encontró habitación en mi corazón.

6. *Promoviendo el conocimiento del padre Fundador*

Siguiendo la estela que marcó mi camino durante mis doce años de estancia en Roma, cuando recorrí –como en su lugar os he dejado dicho– toda la geografía europea y americana por donde estaban extendidas entonces las dos Congregaciones fundadas por Luis Amigó, también, desde mi residencia en EPLA, seguí impulsando el conocimiento de nuestro Fundador y especialmente el cariño y aprecio hacia su persona.

Como muestra de este mi continuado empeño, os cuento que, del 13 al 17 de diciembre de 2004, coincidiendo con la celebración de los 150 Años de su nacimiento, impartí una tanda de Ejercicios Espirituales en la FUNLAM, centrados en su persona y virtudes más características, para un numeroso grupo de hermanas y hermanos.

Cinco años más tarde –en 2009–, en ocasión esta vez de los 75 Años de su muerte, dirigí cinco *Encuentros Amigonianos* –tres de ellos en Colombia: Medellín, Anapoima y Bucaramanga, y dos en España: Benaguacil-Montiel y Godella-Seminario San José– para profundizar con hermanas y hermanos la personalidad humana y espiritual del padre Fundador.

A estos dos eventos especiales, habría que añadir distintas charlas que –durante estos mis últimos veinte años– he impartido –bien fuera en reuniones de *Cooperadores o Laicos Amigonianos*, bien en *Cursos de Formación Inicial para Educadores Amigonianos*, bien en otros foros– en los que he profundizado distintas facetas de su rica personalidad.

No me limité, sin embargo, durante estos años, a dar a conocer a Luis Amigó mediante conferencias y charlas, sino que lo hice también a través de distintos escritos, entre los que quiero destacar:

- El libro *Con Amor y Dolor*, publicado en 2003. Se trata de la *Biografía* crítica que quise realizar sobre el padre Fundador, centrándome, como él mismo hizo en su *Autobiografía*, en su etapa de capuchino y fundador. Esta obra se la dediqué a Cooperadores y Laicos Amigonianos como reconocimiento a que las dos Congregaciones surgieron de "la espiritualidad seglar de la Iglesia".
- El libro *Obispo Amigó. Cien Años después (1913-2013)*. Escrito a petición de la *Comisión pro Centenario del Obispo Fray Luis Amigó de Segorbe* y publicado en esta misma ciudad en 2012, como aportación a las celebraciones organizadas con ocasión de cumplirse los primeros Cien Años desde la toma de posesión de nuestro padre Fundador de esta sede episcopal.
- Los folletos: *Luis Amigó, apóstol de los jóvenes en dificultad*, publicado en 2007 dentro de la revista *En Misión*, y *Massamagrell. Lugar providencial para la familia amigoniana*, que publiqué en 2009 dentro de la celebración de los 75 Años de su fallecimiento.
- El artículo *Luis Amigó, corazón compasivo*, que me publicó en 2015 la revista *Corintios XIII*, y la *Síntesis de vida y obra de Luis Amigó*, que me solicitó el Consejo General para presentar a la Santa Sede y que después fue publicado como apéndice de la traducción italiana de la pequeña biografía del padre Germán Zamora *Padre Luis Amigó y Ferrer* (1984), realizada en San Giovanni Rotondo en 2015. El título del apéndice fue *La profezia sociale* (*En la vanguardia de lo social* lo había titulado yo en castellano).
- La voz *Luis Amigó*, que fue publicada en *Nuevo Año cristiano* (octubre) en 2001, y el *Álbum fotográfico* que vio la luz en 2002, como apéndice del Tomo VII, volumen III de la *Historia de la Congregación* del padre Tomás Roca, que me encargué de publicar, a petición del Consejo General, como obra póstuma del autor.
- *Relato dialogado del Tránsito del padre Fundador* preparado en 2003 como material de ayuda a la celebración anual del Tránsito, (1 de octubre). Fue publicado en 2004 por el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 41).
- Las *Guías de estudio* que elaboré en 2017 para hermanas y hermanos con ocasión de los *25 Años de Venerabilidad*.

A todo ello, cabría añadir mi colaboración con Alejandro Linde en su producción del Vídeo *Obispo Luis Amigó y Ferrer* –a mi entender muy bueno y no debidamente valorado por hermanas y hermanos– y con Benjamín Marín en la elaboración de su película *Luis Amigó. Mensaje de Vida*, que aunque no fue –ni mucho menos– una producción "hollywoodiense", creo que no fue tampoco valorada suficientemente, teniendo presente el exiguo presupuesto con que se contó. Junto a la película, elaboró también un interesante Vídeo-presentación de la misma en el que colaboré, asimismo, activamente.

Fui, además, encargado por el padre José Ángel Lostado, superior provincial de la Provincia Luis Amigó, el asesor de mi buen amigo, el pintor José Vicente Cascales, en los dos cuadros que realizó sobre el padre Fundador (el de *obispo*, que se colocó en el Camarín de la Virgen de los Desamparados, en Valencia) y el de *Joven Capuchino*, cuyo original se encuentra en la Curia de la Provincia Luis Amigó.

Unos años antes, había asesorado, también por indicación del superior provincial del momento, el padre José Antonio Fernández Grau, al escultor Miguel Vicens en la realización de la escultura Luis Amigó peregrino que, vaciada en bronce, ocupa la rotonda mayor que se encuentra entre nuestras Casas del Seminario San José y Escuelas Profesionales Luis Amigó. (Por cierto esta representación de nuestro Padre Fundador surgió de la ilusión que yo albergaba de disponer de una escultura en la que pudiésemos contemplar a un Luis Amigó joven –como joven era cuando nos fundó– en actitud de caminante –aludiendo así a su trasiego por los polvorientos caminos de la huerta valenciana en el desempeño de su ministerio entre la Tercera Orden Seglar, del que nacieron sus dos Congregaciones religiosas–, con el hábito capuchino y su media capa batida por el viento, y con un báculo en su mano y una gran cruz en el pecho, que podrían aludir, al unísono, tanto al bordón del caminante y a la cruz del misionero, como al báculo y pectoral episcopales propios de su condición posterior).

7. *Relación con las Terciarias Capuchinas*

Desde mi época romana, la relación con las hermanas Terciarias Capuchinas –como bien sabéis ya– fue muy estrecha. Y a fortalecer aún más

los vínculos de nuestra fraterna y cordial relación, fueron contribuyendo también –y muy decisivamente– las múltiples obras que para ellas escribí desde EPLA y las numerosas intervenciones que –en el campo específico de la formación y otros– tuve en distintos foros, organizados por ellas, desde esta mi sede godellense.

Entre las obras que elaboré a petición de ellas, a partir de 1999, se encuentran los nueve libros, que a continuación os presentaré, y que sumados a los cuatro –*De Jerusalén a Jericó*, *Rutas Amigonianas*, *Fortaleza y Ternura,* y *Hermana y Madre*– escritos con anterioridad, suman un total de trece, que suponen un 40% del total de los treinta y ocho libros que he publicado hasta el momento de dar por concluidos estos *Retazos del corazón*.

- *50 Años de historia. Provincia de la Sagrada Familia*, Valencia 2000.
- *Historia de la Congregación Terciarias Capuchinas*. Tomo II, Valencia 2002.
- *50 Años de vida y servicio. Provincia de La Inmaculada*, Valencia 2003.
- *Historia del Comisariato de Colombia. Terciarias Capuchinas*, Valencia 2004.
- *Necrologio de las Terciarias Capuchinas. Tomo I (1885-1951)*, Valencia 2006.
- *Necrologio de las Terciarias Capuchinas. Tomo II (1951-1985)*, Valencia 2008.
- *Necrologio de las Terciarias Capuchinas. Tomo III (1986-2000)*, Valencia 2012.
- *85 Años haciendo el bien. Terciarias Capuchinas. Venezuela 1928-2012*, Caracas 2013.
- *Aventura misionera en China (1929-1949)*, Valencia 2017.

Junto a esos libros, he colaborado con ellas, desde 1999, en los siguientes *Cursos de Formación Permanente*:

- *Tres meses de gracia y renovación*, del 21 al 23 de junio de 2000 en Altura.
- *Tres meses de gracia y renovación*, del 7 al 9 de mayo de 2001, en Altura.
- *Tres meses de gracia y renovación*, del 10 al 12 de septiembre de 2001, en Altura (aquí seguí en directo por televisión el atentado a las Torres Gemelas de Nueva York).

- *Tres meses de gracia y renovación*, del 30 de septiembre al 2 de octubre de 2002, en Altura.
- *Tres meses de gracia y renovación*, del 8 al 10 de abril de 2003, en Altura.
- *Formación Permanente de Montiel*, del 26 al 27 de septiembre de 2007.
- *Formación Permanente de Montiel*, el 14 de enero de 2013.

Dentro aún de la dinámica de la *Formación Permanente*, acompañé el primer caminar del *Equipo Congregacional de Investigación del Carisma*, creado por el Gobierno General presidido por la hermana Ligia Elena Llano.

Otras acciones relacionadas directamente con las hermanas fueron:

- Charlas encaminadas a profundizar el propio carisma, impartidas el 5 y 6 de octubre de 2001 en una Casa de Ejercicios de Bonn para las hermanas de la Viceprovincia de Alemania-Bélgica-Polonia.
- Conferencia *¿Cómo vivir nuestra Espiritualidad Carismática desde el servicio? El carisma un regalo para regalar*, impartida el 29 de noviembre de 2002 en Medellín para el Consejo General y Consejos Provinciales de Colombia.
- Ciclo de charlas para las hermanas de la Viceprovincia Santa Isabel de Hungría, en el Monasterio Saint Remacle de Wavreumont (Bélgica) del 21 al 23 de noviembre de 2003.
- Charlas al Capítulo General sobre el *Compartir carisma y misión con los laicos*, entre el 13 y 14 de octubre de 2004.
- Charla al Capítulo General, centrada en *La Misión Compartida de cara a la reestructuración*, el 16 de septiembre de 2016 en Roma.

Finalmente, creo interesante señalar también, dentro del ámbito de mi estrecha relación y colaboración con las hermanas terciarias capuchinas desde 1999 a 2018, las charlas que he impartido, dentro del marco de la pedagogía amigoniana, para profesores y educadores de los Colegios y de Centros de Menores dirigidos por ellas. Entre éstos –sin ánimo, ni mucho menos, de ser exhaustivo– quiero hacer explícita referencia a los que considero más importantes:

- Charla a los profesores de Massamagrell, en septiembre de 2000.
- Conferencias a los educadores de Centros de Menores, del 1 al 3 de diciembre de 2000 en la Casa de Ejercicios de las Franciscanas de La Inmaculada de Moncada.

- Charla sobre el *Talante del Educador* para Educadores de Centros de Menores, del 1 al 2 de diciembre de 2001 en Meliana.
- Charla impartida –el 4 de septiembre de 2003– a los profesores de los Colegios de Meliana y Massamagrell, con el título *Testigos de humanidad*.
- Charla, con el título *Pedagogía Amigoniana en el cultivo de las habilidades*, que di en Meliana –el 13 de marzo de 2003– para Educadores de Centros de Menores.

8. *Colaboración con la Familia Franciscana y otros*

Hasta mi llegada a EPLA, mi colaboración directa con la Familia Franciscana se había limitado al Curso que –en julio de 1991– impartí en Roma sobre *Escritos de San Francisco y de Santa Clara* y del que, en su lugar, os he dejado noticia.

Sin embargo, tan pronto como me asenté aquí, la Familia Franciscana de Valencia se adelantó a pedir mi colaboración y, respondiendo a su requerimiento, el 13 de marzo de 1999 –tan sólo seis meses después de mi llegada– dicté, en el Salón de Actos del Seminario San José de Godella, para las hermanas y hermanos franciscanos, que llenaban el recinto, la conferencia *La caricia materna de Dios Padre*, que sería publicada el mismo año por las revistas *Selecciones de Franciscanismo* y *Pastor Bonus*.

Al año siguiente –el 14 de enero de 2000– pronuncié en Collado Villaba –donde conseguí llegar en tren en medio de una gran nevada que bloqueó, durante varias horas, el acceso por carretera, la conferencia *Testigos de humanidad* para los miembros de la Asamblea General de la Federación Interfranciscana de España, que publicaría el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 22). A raíz de esta conferencia, la Junta Directiva de esa misma Federación Interfranciscana me pidió la elaboración de una ficha para facilitar una de las reflexiones trimestrales del Año Jubilar. Esta ficha, que titulé *Testigos de humanidad (2)* fue publicada en el Boletín de dicha Federación, *Instrumentos de paz* (diciembre 2000) y en el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 23). Este

mismo año 2000 aún impartí –del 7 al 8 de octubre–, en una Casa de Ejercicios Espirituales de la calle Santa Engracia, n. 142, de Madrid, un cursillo para formadores de la Tercera Orden Franciscana Seglar.

Pasados tres años, en 2004 escribí el artículo *Los seglares y la vida consagrada franciscana: vocación y misión* que me publicaron ese mismo año las revistas *Selecciones de Franciscanismo* y *Vida Religiosa* (de la FUNLAM).

De 4 al 5 de diciembre de 2005, participé en el XV Congreso de la Orden Franciscana Seglar, donde dicté varias conferencias en torno a *Valores franciscanos para un mundo en crisis*, publicadas en la revista *Fraternidad* en 2006 (n. 214).

En 2007, en el Congreso organizado en Madrid por la Tercera Orden Franciscana Seglar para conmemoar el VII Centenario del nacimiento de Santa Isabel de Hungría, pronuncié –el 10 de marzo– la conferencia *El amor a la medida, distintivo y misión*, publicada el año siguiente en *Hemos creído en el amor* (Actas del mencionado Congreso).

Invitado otra vez por la Familia Franciscana de Valencia, el 13 de noviembre de 2009 impartí, en el Salón de Actos del Seminario San José de Godella, la conferencia *En las raíces humanas*, que la revista *Pastor Bonus* publicaría al año siguiente.

Era ya el año 2010 cuando, a petición del franciscano menor José Antonio Merino, profesor del Antonianum de Roma y director de la colección *Francisco de Asís, hoy*, que estaba publicando entonces la editorial PPC, escribí el libro *Francisco de Asís y los marginados* que dediqué: "a mi sobrino Richard –admirador de Francisco desde sus años más jóvenes–, quien desde hace tiempo me animaba a escribir esta obra". El libro fue publicado por la mencionada editorial PPC en 2011, ocupando el nº 9 de la colección. Hasta el momento, ha tenido tres ediciones en castellano y otra más en italiano *San Francesco e gli esclusi*, publicada en 2016 por *Edizioni Padre Pio de Pietralcina* de San Giovanni Rotondo, con prólogo del arzobispo de Manila (Filipinas), Cardenal Luis Antonio Tagle.

Junto a esta directa colaboración con la Familia Franciscana en general, he colaborado también, durante estos mis últimos veinte años, con varias Congregaciones religiosas relacionadas, algunas de ellas de forma directa, con la espiritualidad de Francisco de Asís.

Estas Congregaciones, aparte de las *Terciarias Capuchinas* –a las que he dedicado diversos apartados en el escrito– y de las *Hermanas del Rebaño de María* –de las que también he dejado ya extensa y completa reseña en mi capítulo *Una bocanada de aire fresco*– fueron:

a) *Las Franciscanas de La Inmaculada*, con las que restablecí las relaciones tras mi llegada a EPLA, dando por olvidado aquel triste curso 1995-1996, cuando me cerraron sus puertas, y recuperando los gratos recuerdos que de ellas guardaba, acaecidos durante mis dos cursos escolares en Monte Sión y durante mis primeros años de estancia en Roma.

   A ellas –sin mencionar los muchos retiros que les impartí al llegar los tiempos fuertes de la liturgia, ni otras charlas ocasionales– les dirigí dos tandas de Ejercicios Espirituales. La primera del 19 al 25 de julio de 2010 en su Casa del Vedat, y la segunda, en el mismo lugar, del 30 de julio al 5 de agosto de 2012.

   También les dirigí –el 19 de julio de 2001– el Retiro Espiritual previo a la elección de una nueva superiora general y al día siguiente –el 20– presidí, por delegación del señor Arzobispo de Valencia, la sesión electoral.

   Con los profesores y profesoras de sus Colegios, desarrollé –durante los sábados 21 de abril, 26 de mayo y 24 de noviembre de 2012 y 9 de marzo y 8 de junio de 2013– un intenso *Curso sobre los Escritos de San Francisco y de Santa Clara*, profundizando desde ellos los valores más identificantes de la espiritualidad franciscana.

   Y finalmente, impartí a sus junioras –venidas desde los distintos lugares y países en que está presente la Congregación, y congregadas en su Casa Madre de Moncada– un *Curso sobre franciscanismo* del 18 al 21 de abril de 2018.

   Con todo –pienso– donde mejor quedó plasmada mi intensa colaboración con ellas fue en el libro *Luz en la oscuridad, voz en el silencio*, en el que plasmé la biografía de su fundadora, la *Madre Francisca Pascual Doménech* y los primeros años del caminar congregacional. Este libro vio la luz en 2015 y lo presenté, en primer lugar, en su Casa del Vedat para las hermanas y posteriormente en locales municipales de Moncada para los vecinos de esta ciudad natal de Madre Francisca.

b) *Operarias Catequistas de la Virgen de los Dolores*. Mi relación con esta Congregación, en cuyos orígenes influyeron determinantemente varios religiosos terciarios capuchinos residentes en nuestro Convento Monte-Sión de Torrent –y muy particularmente el padre Bernardino de Alacuás–, comenzó a partir de la visita que la superiora general del momento, Florentina Martínez, y su Consejo –que tenían su sede en su Casa Madre ubicada en el valenciano pueblo de Alacuás– me hicieron para solicitarme formalmente que les escribiese una biografía sobre su fundadora, *Madre Josefa Campos Talamantes*.

Atraído por la figura de esta mujer –que fui conociendo a través de sus escritos y de los testimonios que dejaron quienes con ella convivieron– y animado por el hecho de haberse relacionado con nosotros, los amigonianos, poco a poco me fui comprometiendo a la empresa y acabé escribiéndoles la biografía que me habían pedido y que titulé *La Catequesis: pasión y compromiso*, que fue editada en 2004 y alcanzó una segunda edición en 2016. En 2015 les elaboré unas *Guías de estudio* para el seguimiento y profundización de esta biografía.

A partir de ese momento, mi relación con ellas se fue acrecentando y, además de los numerosos retiros que anualmente les dirigí, les impartí también dos tandas de Ejercicios Espirituales. La primera, en su Casa de Alacuás, del 7 al 13 de julio de 2005, y la segunda, del 11 al 16 de julio de 2016 en la Casa de Ejercicios de los Dominicos en El Vedat de Torrent.

Como última aportación importante, a la hora de dar por cerrado este relato, el 11 de julio de 2017 presenté, ante los *Laicos de Madre Josefa*, llegados desde los distintos países donde está la Congregación, *El Perfil Espiritual y Humano de la Fundadora*.

c) *Auxiliares de Jesús Maestro Divino*. A petición de algunas integrantes de este Instituto Secular, escribí la biografía de una de sus iniciadoras, *Mª Isolina Fernández Rodríguez*, a la que puse por título *Por aldeas y barriadas* y que se publicó en 2010.

Como una colaboración a la vida religiosa en general y como homenaje al espíritu del Vaticano II, cuando estaban para cumplirse los 50 Años de su convocatoria, escribí el artículo *Al son del Espíritu*, que la revista *Vida Religiosa* publicó en 2008 (n. 184).

9. *Altavoz de la pedagogía amigoniana*

Mi primer escrito centrado en temas propios de mi Congregación religiosa –realizado, como en su lugar os he dejado dicho, en Venezuela, el año 1979– se centró precisamente en la pedagogía amigoniana. Y en esta tarea de profundización continué en los años siguientes a través del estudio –*El valor de la fe en nuestro sistema pedagógico*– y algún que otro artículo de tono menor.

Un momento crucial en mi faceta de estudioso y propagador de la pedagogía amigoniana, lo constituyó, sin duda, la celebración, en Santa Rita-Madrid y en abril de 1991, del *Congreso Centenario de la Pedagogía Amigoniana*, en cuya sesión inaugural –el día 12– pronuncié la conferencia *Relación existente entre Carisma y Pedagogía*, que, en cierto modo marcaría ya "un antes y un después" en mis escritos pedagógicos.

Con todo, el verdadero arranque de mi vocación como estudioso de nuestra propia pedagogía amigoniana se produciría a partir de las conferencias impartidas en la FUNLAM, camino de Chile, o ya desde Chile y desde Costa Rica, de las que ya os he hablado.

Tras mi llegada a EPLA, mi colaboración con la Fundación Universitaria Luis Amigó se multiplicó. Y aunque esta colaboración os la presentaré en el próximo, y ya penúltimo capítulo de mi vida, quiero dejar constancia aquí, aunque sea un tanto "de pasada", de cinco hitos que se produjeron entre los años 1999 y 2006, que considero especialmente importantes:

En noviembre de 1999 –concretamente el día 3– pronuncié, en la sesión inaugural del *Simposium Internacional sobre el Papel de las Comunidades Terapéuticas*, organizado por la FUNLAM y celebrado en su sede central de Medellín, la conferencia *Perspectiva Humanista*, y finalizado el Simposium impartí un nuevo ciclo de conferencias, extraídas de las editoriales que había escrito para ZUYCA en 1999 y que fueron editadas por la FUNLAM en el folleto *Identidad Amigoniana II*.

Al año siguiente –el 2000– dicté, también en la sede central de la FUNLAM, en la sesión inaugural del *IV Congreso Latinoamericano de Pedagogía Reeducativa* la conferencia *Entre el método y el sentimiento*, que sería ya como el preámbulo de mi mayor aportación al campo

específico de la Pedagogía Amigoniana, pues finalizado este Congreso, permanecí aquí y, entre los meses de mayo y junio de aquel 2000, escribí el libro *Identidad Amigoniana en Acción* e incluso cuidé su primera edición, realizada en los propios talleres tipográficos de la FUNLAM en julio del mismo 2000. Esta obra tuvo después varias ediciones para los estudiantes de esta Universidad Católica Amigoniana, fue publicada en España en 2001, traducida al italiano en 2011, con el título *Identità Amigoniana. Tra modello Educativo e Progetto de vita* y con una preciosa introducción de Patrizia Patrizi, profesora de Psicología Social y Jurídica en la Universidad de Sassari, y traducida también al inglés en 2014.

En octubre de 2001 impartí –en la misma sede de la FUNLAM de Medellín y en el transcurso del *Congreso Internacional de Pedagogía Amigoniana*– la conferencia *La Pedagogía Amigoniana, un proyecto de Liberación integral*.

Finalmente –en 2006– dicté, del 13 al 15 de septiembre, tres conferencias: *Amor y Exigencia*, *Amor a la medida* y *Valores de la amigonianidad*, que la revista *Pastor Bonus* publicó, ese mismo año, bajo el título *Mensaje Pedagógico de María a la amigonianidad*.

Mi actividad como investigador y propagador de la Pedagogía Amigoniana no se redujo, sin embargo, a la intensa colaboración que mantuve con la FUNLAM, sino que se hizo presente también en Italia y muy particularmente en España.

Entre las intervenciones que yo mismo considero más importantes al respecto están:

- *Tratti di Pedagogía Amigoniana*. Conferencia que dicté en un local municipal de San Giovanni Rotondo el 24 de mayo de 2008 y que fue publicada en *Il Centro de Formacione Profesionale ITCA-FAP. Tradizione e Innovazione*.
- *Pedagogía del cercano acompañamiento*. Conferencia que pronuncié el 7 de noviembre de 2008 en el marco del *Congreso Nacional de Pedagogía Amigoniana*, celebrado en el Salón de Actos del Seminario San José de Godella. Esta conferencia fue publicada en la revista *Surgam*, n. 503 (formato digital).
- *El arte de educar*. Conferencia que impartí el 14 de septiembre de 2009 para los asistentes al *XVIII Encuentro de Educadores Amigonianos*, celebrado en EPLA. Esta conferencia fue publicada en la revista *Surgam*, n. 506 (formato digital).

- *El carisma amigoniano frente a la exclusión*, conferencia que leí el 15 de noviembre de 2012 en el *II Congreso Internacional de la Pedagogía Amigoniana*, celebrado en Bancaja-Valencia. Fue publicada en las *Actas del Congreso*, editadas por *Surgam Editorial* en 2013.
- *L'attualità del carisma amigoniano*. Conferencia que impartí el 8 de febrero de 2013 en el ITCA de San Giovanni Rotondo y que fue publicada en la revista *Il Cooperatore Amigoniano*, n. 132.
- *El carisma amigoniano. Una permanente llamada a la misericordia*. Conferencia que leí el 19 de abril de 2013 en Borgo Amigó-Roma, en el curso del Congreso *Pedagogía Amigoniana nella libertà, per la libertà*. Una síntesis de ella quedó recogida en la revista *Il Cooperatore Amigoniano*, n. 133.
- *Carisma y pedagogía*. Conferencia que pronuncié –el 12 de noviembre de 2015– en el *III Congreso Nacional de Pedagogía Amigoniana*, celebrado en Duque de Pastrana-Madrid. Fue publicada en las *Actas del Congreso*, editadas por *Surgam Editorial* en 2016.

A estas principales intervenciones a las que acabo de hacer referencia en el marco de mi actividad para dar a conocer y trasmitir los valores más propios e identificantes de la Pedagogía Amigoniana, se podrían añadir las actuaciones que tuve –hasta 2017– en los *Cursos de Formación continua para Educadores y Profesores* de Centros y Colegios amigonianos, y toda otra larga serie de charlas dictadas en distintos lugares, bien fuera presentando el libro *Identidad Amigoniana en Acción*, bien fuera desarrollando algún tema más específico de nuestra propia pedagogía. Pero como no debo extenderme excesivamente aquí en recoger todo esto, me limitaré a haceros referencia, simplemente a modo de ejemplo, de:

- Las charlas que mantuve –en torno a distintos temas nucleares de la pedagogía amigoniana, en 2005 y siguientes– con los educadores del Centro de Menores de Villar del Arzobispo, con miras a la confección del Ideario propio de este Centro, que quedaría plasmado en la obra que los propios educadores –coordinados por su director, el padre Jesús Arive– publicaron bajo el sugerente título *Quiero ser feliz*.
- Las conferencias que –el 6 de junio de 2017– di en Bilbao para nuevos educadores de los Centros de Menores del Norte confiados a la Fundación Amigó.

- La conferencia que –el 23 de noviembre de 2017– impartí en Alicante para los nuevos educadores, de la parte de Valencia, de Centros de Menores dirigidos por la Fundación Amigó.
- Y, como colofón, las charlas que tuve –el 9 de enero de 2018– en el Seminario San José de Godella, con nuevos educadores contratados por el Centro de Menores de Villar del Arzobispo.

10. *En el ámbito de la formación*

Hasta que llegué a EPLA, mi experiencia en el ámbito de la formación de nuestros religiosos –que es a la que aquí me quiero referir ahora– se había centrado, tanto en la *formación inicial*, como en la *permanente*.

En cuanto a la primera –la *inicial*– mi dedicación había sido más bien poca. Todo se había limitado –como sabéis si estáis siguiendo una lectura lineal de mis *Retazos*– al medio año que acompañé a los postulantes que había en Torrent en el curso escolar 1981-1982; a los seis escasos meses que –en 1996– tuve a mi cuidado a los juniores que estaban en Punta de Parra (Chile); a los dos meses en que atendí, de modo provisional y como suplente de su maestro, a los novicios de San Jerónimo de Moravia, y a los trece meses –sin duda la etapa más larga– en que fui prefecto de postulantes en esta misma Casa de Costa Rica.

Esa reducida experiencia mía en el ámbito de la *formación inicial* se acrecentó –sin llegar en ningún momento a ser significativa en mi vida– cuando, en septiembre de 1998 llegué a EPLA y el superior provincial de la Provincia Luis Amigó de la que yo era miembro, me encomendó el acompañamiento de los cuatro juniores que, para entonces, estaban de comunidad en la vecina Colonia de San Vicente Ferrer de Burjassot. Uno de ellos había profesado en 1996, otro, en 1997, otro, en febrero de 1998 y el último profesó precisamente el día que yo llegué a Godella. En este servicio permanecí sólo hasta que, en julio de 2001, finalizado el IV Capítulo de la Provincia, yo mismo pedí ser sustituido y mi solicitud fue acogida por el nuevo Gobierno Provincial, que continuaba presidiendo el padre José Oltra.

Del tiempo que fui prefecto de este grupo tan heterogéneo –no tanto en edad, cuanto en personalidad– de juniores, del que los más normales eran los que, por su actitud hipercrítica, podían parecer, a

primera vista, los menos válidos para la vida religiosa, guardo el recuerdo agridulce que ahora os comparto:

Fue en Semana Santa de 1999 o 2000 –no sabría ahora precisar bien el año–, cuando, aprovechando que el padre José Carbonell Martí –religioso nuestro con permiso de exclaustración– estaba de párroco en Mazarrón (Murcia) y que nos había ofrecido repetidamente darnos hospedaje en una especie de construcción tipo "torre-faro" ubicado junto a la playa de la localidad, decidimos ir allí para acompañarle y colaborar con él en las ceremonias del Triduo Santo, al tiempo que podíamos disfrutar, nosotros mismos, de unos espacios de tiempo libre muy propicio tanto para el esparcimiento como para la reflexión personal.

La idea –como veis– no era mala, pero el viaje alcanzó en algunos momentos cuotas del más clásico esperpento.

Ya la ida en la furgoneta de la Colonia fue una "aventura de mal gusto", pues al pobre conductor lograron –los tres "mosqueteros restantes"– "sacarle tanto de sus casillas", que el pobre con unos nervios a flor de piel que le hacían repetir una y otra vez "o sea… o sea… o sea…", sin conseguir articular frase alguna, estuvo a punto de bajarse del vehículo y dejarnos tirados en la carretera, ya que ninguno de los "tres entendidos" en conducción disponían entonces de carnet de conducir y alguno de ellos incluso, nunca después lo consiguió.

No tuvieron mejores resultados los "esfuerzos" del cocinero de turno que, a pesar de haber obtenido en los estudios de Formación Profesional, el título oficial de experto en el arte culinario y de poseer una buena colección de cuchillos y otros instrumentales específicos de su profesión, no consiguió satisfacer mínimamente a los comensales –que eran pobres, pero muy exigentes– y, como también éste era "de genio corto" y a la primera de cambio tiraba la toalla, al final tuvimos que apañarnos entre todos para sobrevivir con unos mínimos de dignidad gastronómica.

En fin que todo aquel viaje –salvadas las celebraciones religiosas, que fueron muy solemnes y vividas– lo recuerdo como una auténtica "pesadilla", aunque siempre con un trasfondo de gracia y divertimiento.

Posteriormente tan sólo en dos ocasiones más, tuve alguna relación –aunque ocasional– con la *formación inicial* de nuevas generaciones de religiosos. Se trató en ambos casos de dos pequeños cursos del *pensum de estudios propios*, que impartí a novicios y juniores en la Casa de

Dos Hermanas (Sevilla). El primero tuvo lugar del 14 al 18 de febrero de 2016, asistiendo al mismo –centrado en la *Historia de la Congregación*– los dos novicios que para entonces había, y el otro, desarrollado, en la misma sede, del 12 al 15 de junio de 2017, versó sobre la figura de *Nuestra Madre* y el *Sacerdocio en la Congregación* y a él asistió tanto el novicio, como los dos juniores que allí estaban de comunidad.

De esta mi última actividad en el ámbito de la formación inicial tengo que decir que, aunque el desarrollo de ambos cursos se realizó en muy buen ambiente, tanto académico como fraterno, me sentí después bastante desilusionado por el hecho de que ninguno de aquellos "alumnos" fue capaz de presentar el pequeño trabajo –una o dos hojas, en el que dejasen constancia escrita de qué había supuesto para ellos cada uno de los cursos recibidos– que les solicité para proceder a su evaluación. Pero aún me desilusionó más –si cabe– el comprobar cómo su prefecto no fue capaz de apoyarme en tal "exigua" exigencia académica.

Ante tal actitud –de unos y otro– manifesté abiertamente al mencionado prefecto –al que he continuado teniendo en buen concepto y considerando buen amigo– que no sería yo el que, llegado el momento de tener que cumplimentar el expediente de estudios propios de estos juniores de cara a la petición de profesión perpetua, protestase ante el Consejo General, denunciando lo que, a mi entender era una falta absoluta de coherencia, pero que, por supuesto, no permitiría que esos cursos apareciesen firmados con mi nombre a espaldas mías.

Este hecho –que a algunos les puede parecer fútil– a mí me causó, como os decía desilusión y hondo pesar, pues para entonces acababa de publicarse en la Congregación un nuevo *Plan de Formación y Estudios* –que yo conocía muy bien por haber cuidado su redacción final y su publicación– y en él se insistía –con más solemnidad que en el anterior de 1992– en la necesidad de que los estudios propios fuesen impartidos y evaluados con seriedad académica y se advertía insistentemente que el cumplimiento del pensum de materias propias sería requisito a la hora de solicitar la profesión perpetua.

Al suceder, pues, lo que os acabo de relatar pensé en mis adentros: "al primer tapón, zurrapa" y me reafirmé una vez más en la idea –ya un tanto añeja en años en mi interior– de que uno de los "hándicaps" fundamentales dentro de nuestra Congregación no es, ni mucho me-

nos, que se carezca de documentos elaborados al efecto –que los ha habido y los hay muy buenos–, sino la falta de voluntad de aplicar lo que nosotros mismos nos hemos impuesto como obligación en esos mismos documentos. En fin, como tantas veces repetía mi querido padre Oltra: "el submarino de color bien, pero no flota".

Con relación al ámbito de la *formación permanente* de los religiosos, yo sí que tenía ya, al llegar a EPLA, larga experiencia, adquirida en mis años de residencia en Roma, donde acompañé –algunos durante todo el tiempo de su duración, otros mientras impartía el tema de *Espiritualidad franciscano-amigoniana* que tenía asignado en los mismos– diez de los once *Cursos Amigonianos de Renovación* (CAR) que se desarrollaron entre 1985 y 1994, y tres de los cinco *Cursos Amigonianos de Formación* (CAF) que se celebraron entre 1990 y 1994.

Ya como residente en EPLA, seguí colaborando activamente en la *formación permanente* de los religiosos, que se realizó a nivel general:

- Tomando parte en el XIII y XIV CARs, del 9 al 20 de agosto de 1999 y del 7 al 17 de agosto de 2000 respectivamente. Y teniendo en cuenta que éste de 2000 fue el último de tales cursos, tengo que decir que de su número total, tan sólo en dos de ellos no me hice presente: en el IV, que tuvo lugar en 1987, cuando me encontraba acompañando al padre General en su Visita Canónica a todas las Casas de América, y en el XII, celebrado en 1996, cuando yo estaba finalizando mi año sabático.
- Elaborando las doce *Guías de Estudio* que, en torno a los ejes temáticos: *Amados y Convocados*, *Enviados* y *En el mundo de nuestros muchachos* se siguieron durante cuatro años en la Congregación, como programa de formación permanente querido por el padre Ignacio Calle para su segundo mandato al frente de la Congregación, iniciado en 2007.
- Acompañando, durante su visita a los lugares fundacionales, las tres *Rutas Franciscano-Amigonianas*, desarrolladas hasta el momento de cerrar este mi relato: la I, del 21 al 26 de marzo de 2015; la II, del 26 de septiembre al 4 de octubre de 2016, y la III, del 25 al 30 de septiembre de 2017. (Para la IV, que tenía programado su paso por Valencia entre el 15 al 22 de octubre de 2018, tenía comprometida también mi colaboración).

Como una extensión de la formación permanente de los religiosos, quiero anotar estas tres participaciones mías en la *Formación de la Familia Amigoniana*:

- La primera de ellas, la realicé, residiendo aún en Roma, organizando y asistiendo al *I Encuentro Internacional de los Cooperadores Amigonianos*, celebrado en San Jerónimo de Moravia (Costa Rica) del 5 al 12 de febrero de 1995.
- Las otras dos, desarrolladas ya desde EPLA, fueron: La participación –el 4 de julio de 2005– en el *II Encuentro Internacional de los Cooperadores Amigonianos*, celebrado en el Santuario de Nuestra Señora de Montiel de Benaguacil-Valencia, con mi conferencia *Identidad y Misión de los Cooperadores Amigonianos*, publicada ese mismo año por la revista *Pastor Bonus*.

Y las dos conferencias –*Movidos por la misericordia* y *Zagales del Buen Pastor*– que impartí el 26 de junio de 2018, en el Seminario San José de Godella, a la Familia Amigoniana, integrada por hermanas y hermanos y con representación de seglares venidos de algunos de los muchos lugares en los que están presentes las dos Congregaciones fundadas por el padre Luis Amigó.

11. *Junto a nuestros mártires*

Ya en 1987 me había preocupado por indagar en la vida de los veintinueve religiosos nuestros fallecidos –de forma claramente violenta o en circunstancias ligadas directamente a las acciones de la guerra civil española– y fruto de esa preocupación fue el libro *Hombres con pasta de mártires*, que publiqué ese mismo año y en el que, entre otras cosas, anotaba en el *Pórtico* que escribí a modo de introducción:

– *Cuando los religiosos amigonianos se disponían a celebrar el primer cincuentenario de su fundación, un acontecimiento doloroso y sangriento desbarató de raíz sus proyectos jubilares.*

Fueron dispersadas la mayoría de sus comunidades y, enajenados, cuando no destruidos, sus bienes patrimoniales.

Sin embargo, la pérdida más dolorosa e irreparable fue la muerte martirial de 29 de sus miembros, que diezmó la Congregación,

todavía en período de afianzamiento, y mermó profundamente su expansión en el momento dorado de su historia.

Los religiosos amigonianos, cuyo ejemplo de vida expongo brevemente en este escrito, al lavar y blanquear sus vestidos con la sangre misma de Cristo, se convierten en especiales seguidores del Buen Pastor y en cabales zagales de su rebaño.

No se equivocaba el P. Luis Amigó cuando contemplando el panorama de sus congregaciones en vísperas del enfrentamiento civil español, escribía: "No dudo que hay aquí ***pasta de mártires****, si a tanto llegare la persecución".*

Tres años después de la publicación de este libro, se abrió –el 14 de noviembre de 1990– en la Iglesia Arciprestal de Torrent, el *Proceso para la Declaración de Martirio* de diecinueve terciarios capuchinos y de la laica amigoniana Carmen García Moyon. A este acto acudí yo, acompañando al padre José Oltra. El *Proceso* se clausuraría el 25 de noviembre de 1993 en nuestra Parroquia de Monte-Sión del propio Torrent.

En 1994, residiendo también todavía en Roma, me ocupé, a petición del Consejo General de las hermanas terciarias capuchinas, de dar a conocer la vida de las religiosas que dieron su vida en testimonio de la fe en los años de la contienda civil, cuyo *Proceso para Declaración de Martirio* se había abierto en la Iglesia de los Santos Juanes de Valencia el 5 de marzo de 1991 y se había cerrado en la Iglesia Parroquial de Massamagrell el 23 de marzo de 1993.

No me limité, sin embargo, a recoger el testimonio matirial de las tres hermanas incluidas en el Proceso, sino que presenté también –a modo de apéndice– el de una cuarta hermana martirizada en Valencia durante la guerra civil, aunque no pudo ser incluida en la Causa de Martirio por falta de pruebas, y otros hechos de carácter martirial protagonizados por las hermanas ya desde los inicios mismos de su historia congregacional.

La obra, a la que puse por título *Fortaleza y Ternura* fue publicada por primera vez en castellano aquel mismo 1994 y tuvo posteriormente una segunda edición en castellano (2001), dos en italiano (1997 y 2001) y otra más en inglés (2001).

Se cumplían ya dos años y tres meses desde mi llegada a EPLA, cuando el papa Juan Pablo II firmó en Roma –el 18 de diciembre de

2000– el *Decreto de Declaración de Martirio* de las tres hermanas terciarias capuchinas, de los diecinueve terciarios capuchinos y de la laica amigoniana que habían sido incluidas en el *Proceso* llevado al efecto.

Y precisamente en previsión de esta solemne declaración que se sabía ya cercana, el padre José Oltra, superior provincial de mi Provincia Luis Amigó me pidió que escribiera un nuevo libro sobre nuestros mártires, pero que en esta ocasión me centrara en presentar el testimonio de los diecinueve hermanos nuestros incluidos en la Causa y el de la laica amigoniana Carmen García Moyon.

Así lo hice, aunque no dejé de recoger, en un último capítulo, el testimonio de otros seis hermanos cuyo testimonio, aun no habiendo sido incluido en la Causa, era digno de ser conocido, y hacia mediados de 2000 salió publicado en Valencia mi nuevo libro sobre los mártires amigonianos *Hombres recios y entrañables* que fui presentando por casi todas las comunidades de la Provincia –incluidas la de Alemania y la de Polonia– y que tuvo una segunda edición en 2001.

En el pórtico de esta obra –ilustrada con dibujos ya conocidos de José Luis Macías y Ramón Vázquez y con *Escenas amigonianas* originales de Francisco Luis Gaus– destaqué, entre otras, estas ideas y sentimientos:

– *Las absolutizaciones son siempre extremistas y, desde su naturaleza dogmática, intransigente e intolerante, acaban indefectiblemente por ser violentas.*

  A lo largo de los tiempos, han surgido absolutizaciones con los más variados signos y tendencias. Las ha habido que han matado a los hombres en nombre de Dios, otras que han pretendido matar a Dios en nombre de los hombres, e incluso otras, en las que unas personas han sido perseguidas a muerte, por otras que se creían o querían ser "superiores". Todas ellas, sin embargo, son igualmente condenables por ser madre y origen de toda especie de violencia. El violento es siempre un ser débil e inseguro en sí mismo, que, aunque se declare dialogante y demócrata, parte de posturas dogmáticas y absolutas y acaba siendo un dictador.

  La memoria que aquí se hace de los mártires amigonianos será ajena a todo afán revanchista. No se trata de pedir cuentas a nadie, ni de condenar o justificar cosa alguna. No se trata de distinguir entre "buenos" y "malos", pues tales distinciones no dejan

de ser peligrosas absolutizaciones de la verdad. Sólo se trata de hablar de unos hombres que –con sus "mases" y sus "menos", con sus "luces" y con sus "sombras"– nos dejaron una lección de vida y de amor. Sólo ellos nos interesarán. Nada diremos directamente de quienes les persiguieron y dieron muerte. Será simplemente la historia de ellos y desde ellos.

El 11 de marzo de 2001 tuve la inmensa dicha de asistir, en la Plaza de San Pedro del Vaticano, a la Beatificación por martirio de nuestros diecinueve religiosos, de Carmen García Moyon y de las tres hermanas terciarias capuchinas, junto al resto de mártires valencianos, hasta completar la cifra de 233, que incluía la Causa presentada por la Archidiócesis de Valencia.

Seguí la ceremonia, oficiada por el papa Juan Pablo II, desde el privilegiado lugar de la así llamada *Capilla papal* reservada en esa ocasión para vicepostuladores de las distintas Causas que se encontraban dentro de la gran Causa de la archidiócesis, pues los hermanos de la Curia General tuvieron el detalle de reservarme el pase, ubicado en este lugar, que le habían asignado a la Congregación.

Me dolió, sin embargo –y esto os lo digo a vosotros mis lectores, pues es un sentimiento que no quiero que se me quede podrido dentro– que las hermanas, a las que al igual que a los hermanos habían asignados dos pases para concelebrar con el Papa, no tuvieran la delicadeza –posiblemente no cayeron en la cuenta– de reservarme uno de aquellos pases, y los entregaron a sacerdotes diocesanos. No se lo he tenido después en cuenta, y mucho menos a mi siempre querida hermana Ligia Elena Llano que era entonces la superiora general y que me consta que nada tuvo que ver con el caso.

El mismo año de la Beatificación, el padre Agripino González y yo elaboramos, en estrecha y siempre cordial colaboración, y publicamos –dentro aún de 2001– la revista gráfica *Mártires Amigonianos*, en la que recogimos, especialmente a través de material fotográfico, la historia de los dos Procesos –hermanas y hermanos–; la presentación de una pequeña reseña biográfica de las tres hermanas, de los diecinueve hermanos y de la laica amigoniana; los actos que tuvieron lugar en Roma con ocasión de la Beatificación –particularmente la solemne ceremonia presidida por el Papa–, y las distintas celebraciones que, para conmemorar el hecho, organizaron hermanas y hermanos a lo largo

y ancho de la geografía por donde se encuentran extendidas las dos Congregaciones.

Este mismo año 2001, aún redacté la voz *Beatos Terciarios Capuchinos* que fue publicada en el mes de septiembre del *Nuevo Año Cristiano*, aunque sin firma, y concelebré en las Eucaristías que, para conmemorar la Beatificación, tuvieron lugar en Torrent –el 1 de abril– y en Alcalalí el 15 de julio. En esta última población, previamente a la Eucaristía, tuve una conferencia, centrada en el mártir Francisco Tomás Serer, nacido en este pueblo.

En 2002 –concretamente el 23 de enero–, pronuncié en el Colegio Santa Rita de Madrid, una conferencia que versó sobre el testimonio martirial de los religiosos amigonianos que habían estado de comunidad en esta Casa, y que titulé *Paréntesis gris de una institución con solera*, publicada después en el Boletín de la Provincia Luis Amigó.

Y ya con posterioridad, publiqué sendas biografías de dos de los religiosos mártires. Una sobre el *padre Domingo de Alboraya*, titulada *Fascinante y Controvertido*, que tras una primera edición en Medellín en 2005, tuvo una segunda en Valencia en 2012. Y la otra sobre el padre *Bienvenido de Dos Hermanas*, a la que puse por título *Un nazareno universal*, que vio la luz en Valencia en 2012 y que tuve la dicha de presentar en el Centro Cultural La Almona de su pueblo natal el 2 de noviembre del mismo 2012.

12. *Labor pastoral*

Desde mi ordenación sacerdotal, el 7 de diciembre de 1973, la dedicación pastoral venía siendo, de alguna manera, una constante en mi vida.

A partir de entonces –y hasta que marché destinado a República Dominicana en octubre de 1977–, me encargué, entre otros servicios pastorales propios de la dinámica parroquial de la Parroquia Nuestra Madre del Dolor de Madrid, en la que fui ordenado y fui coadjutor, de administrar las primeras comuniones junto al padre Cruz Goñi y ocasionalmente junto al padre Juan Antonio Indurain.

Durante mi estancia en República Dominicana, me preocupé de preparar, a los muchachos que voluntariamente lo solicitaron, a la recepción del bautismo y primera comunión y administré estos sacramentos

a un buen número de internos del Instituto Preparatorio de Menores de San Cristóbal.

También en Venezuela impartí primeras comuniones –y algún bautismo esporádico– tanto en nuestro Colegio Fray Luis Amigó de Caracas, como en el Colegio Santa Teresa del Niño Jesús que las hermanas terciarias capuchinas tienen en la propia capital de la República. Y lo hice no sólo durante el curso que residí en este país –desde noviembre de 1978 hasta agosto de 1979– sino que impartí incluso las primeras comuniones del Colegio Fray Luis Amigó, a petición de los padres de familia, el 17 de mayo de 1980, cuando yo era de nuevo residente en República Dominicana. Realicé asimismo para los alumnos de bachillerato de nuestro Colegio de Caracas diversas convivencias que fueron entonces una novedad allí, pero que fueron continuadas en años posteriores por otros profesores y constituyeron un buen cauce para profundizar en la formación humana y religiosa de alumnas y alumnos.

En mis dos cursos escolares como Director técnico del Colegio de Torrent, ejercí de nuevo un intenso servicio pastoral desde nuestra Parroquia Nuestra Señora de Monte Sión.

Aunque durante mis doce años de estancia en Roma no puede dedicarme en profundidad al ejercicio de un ministerio pastoral intenso, sí que ejercí una cierta labor ministerial, atendiendo la Misa dominical que solía celebrar los domingos a las 10 h. en la Capilla de nuestra Curia para personas del entorno; prestando a las hermanas terciarias capuchinas los servicios ministeriales que me solicitaban, y, de forma ya más continuada, atendiendo a *Le Maestre Pie Filippini*, cuando fui nombrado su capellán.

Al tiempo que realizaba la experiencia de mi año sabático ejercí –como os he comentado en su lugar– una intensa labor pastoral, especialmente en el mes de julio de 1996– en la Parroquia de Nuestra Señora del Buen Consejo de Torrent.

A pesar de mi corta permanencia en Punta de Parra (Chile) aún preparé catequéticamente e impartí el bautismo y la primera comunión a un buen número de los alumnos externos que acudían al Centro Diurno ubicado en la ciudad de Concepción, al que me trasladaba un día a la semana.

Más intensa fue la dedicación ministerial a la que pude entregarme –como residente ya en el Seminario Padre Luis Amigó de San Jerónimo

de Moravia en Costa Rica–, atendiendo a novicios, postulantes y algunas capellanías; impartiendo algunas tandas de Ejercicios Espirituales y no pocos retiros a religiosas, y colaborando con la parroquia del lugar.

Al llegar a EPLA, de momento no tuve una dedicación pastoral directa con el alumnado, pero en 2001, tras ser nombrado superior de la comunidad religiosa, me hice cargo del Departamento de pastoral, que venía dirigiendo el padre Rafael Monferrer, que pasaba a ocupar el cargo de director general del Centro.

Con todo, y aunque atendí personalmente desde ese momento las múltiples actividades organizadas desde Pastoral –incluidas las Confirmaciones–, no me encargué aún de las primeras comuniones, pues le pedí por favor al padre Monferrer que las atendiera ese curso, porque yo tenía comprometido previamente el mes de mayo de 2002.

Comenzando el curso 2002-2003 –liberada con tiempo mi agenda de otros compromisos– pude hacerme ya cargo de la organización y realización de todas las actividades propias del Departamento de Pastoral, incluidas las Primeras Comuniones.

Desde septiembre de 2001, pues, cuidé la preparación y realización de las celebraciones de la Confirmación que, hasta mayo 2018, han sumado un total de 17, presididas todas ellas –excepto la de 2006– por monseñor Jesús Murgui, primero como obispo auxiliar de Valencia, después como titular de Mallorca y últimamente como titular de Orihuela-Alicante. La preparación para la recepción de este sacramento –que se administraba por lo general a los alumnos que estaban cursando 1º de Bachillerato– se realizaba con dos años de catequesis y en cada uno de ellos se celebraban sendas convivencias. Estas convivencias que al principio tenían lugar –tanto la de primer año de catequesis como la de segundo– en nuestra Casa de Villar del Arzobispo, aunque en fechas distintas, solían tener una duración de tres días incompletos y dos noches. Con el tiempo, la del primer año se redujo a un día de duración –desde las 9 a las 18 h. de un sábado– y se realizaba en dependencias de nuestro Colegio Monte-Sión de Torrent. La de segundo año –que se celebró hasta la Confirmación de 2016 inclusive– se fue reduciendo poco a poco a dos días incompletos y una noche.

Las Primeras Comuniones, que –como arriba os he dicho– las atendí personalmente desde comienzos del curso 2002-2003, las seguí atendiendo de momento hasta mayo de 2018. Desde 2002 a 2013, ambos

incluidos, los comulgantes se organizaron en tres grupos, pero a partir de 2014, dado que el tercero de Primaria –curso previsto en el Colegio para la recepción de este sacramento– acababa de pasar de 2 a 3 líneas, se vio la necesidad de aumentar a seis los grupos de cada año. Por lo que, desde que yo comencé esta actividad en EPLA hasta septiembre de 2018 recibieron la Primera Comunión en el Colegio un total de 63 grupos –a una media de 13 a 15 alumnos cada uno– de los que sólo a tres de ellos no pude administrar yo el sacramento, al haber sido intervenido quirúrgicamente de urgencia el 9 de mayo de 2016.

A estas celebraciones sacramentales habría que añadir toda otra serie de celebraciones litúrgicas o paralitúrgicas que se organizaban también desde Pastoral para las distintas etapas y grupos al comenzar el curso, al llegar la Navidad, el Miércoles de Ceniza y la finalización de las actividades escolares. De ellas, me encargué yo, en un principio, de las de Infantil, Primaria y Bachiller, aunque poco a poco –excepción hecha de las de Bachiller– las fui delegando en otros agentes del Equipo de Pastoral.

Entre las actividades implantadas, siendo yo responsable de la Pastoral del Colegio, quiero destacar –por su ternura y simpatía– la visita de los "Reyes Magos" que cada año organizábamos para los niños de los primeros cursos de Primaria y muy especialmente para los de Infantil. En 2018 continuaba esta actividad.

También se intensificaron, en mi tiempo, las campañas del Céntimo Solidario y de las recogidas de alimentos y ropa en distintos momentos del curso escolar. Para la del Céntimo Solidario mandé hacer unas *huchas de cartón* con fotografías de nuestras misiones amigonianas en África, Asia y América, que se confeccionaban en Martín-Impresores y que todavía se usaban en el momento de cerrar el presente relato.

No hubiera podido, sin embargo, desarrollar yo tan exigente programa, que tuve que compaginar desde el principio con mi dedicación a investigar y escribir y, desde principios de 2006, con la atención, además, de la administración de la Institución, si no hubiera contado con un excelente *Equipo de Pastoral*, siempre dispuesto a invertir, "gratis et amore", muchas horas de su propio tiempo extraescolar.

Por ello, permitidme ahora que me detenga en dar especialmente las gracias a los que, de una forma más constante, se mantuvieron a mi lado, colaborando en esta labor pastoral, a lo largo de los quince

años –septiembre de 2001 a septiembre de 2016– en que he sido responsable del Departamento de Pastoral de EPLA.

¡Gracias, pues, en primer lugar a ti, Vicente Cerdá y a ti Germán González, por la excelente labor de coordinación de todas las actividades de Pastoral!

¡Gracias a todos vosotros que participasteis en la Catequesis de Confirmación, como fuisteis –entre otros que, aunque no nombre no por ello son ajenos a mi cariño– Marta Cestero, Inma Tudela, Cristina Sánchez, Inma March, Javi Aygües, Pepa Alonso, Mariola Giner, Beatriz Muedra… Muchos de vosotros colaborasteis además –y muy activamente– en las convivencias que se organizaron tanto para los del primero como para los del segundo año de catequesis! Y en esta actividad de la realización de convivencias no puedo silenciar los nombres de Juan Francisco González y Carmela, su mujer. ¡Qué felices aquellos años en que algunos de vosotros y vosotras os traíais a las convivencias a vuestros hijos e hijas aun pequeños –Irene, Juan Manuel, Nerea– que con toda naturalidad y espontaneidad trasmitían su alegría infantil a aquellos adolescentes que, al contacto con esta espontanea alegría, recuperaban un tanto su propia feliz niñez!

¡Gracias a ti, Isabel Roig por haber preparado y acompañado tantos años las ceremonias de las Primeras Comuniones, y gracias también a ti, Marta Moreno, que lo has venido haciendo en estos mis dos últimos años!

¡Gracias a vosotros, profesoras y profesores que habéis impartido catequesis de Primera Comunión y que ahora resultaría engorroso nombrar uno por uno, pues, aparte de ser muy buenos en vuestro quehacer, habéis sido muchos en tantos años transcurridos! ¡Gracias, gracias, gracias!

¡Gracias a quienes, desde un segundo plano y de forma un tanto anónima habéis contribuido a que las Primeras Comuniones de nuestro Colegio llegaran a alcanzar, entre las familias, el renombre y reconocimiento alcanzado! ¡Gracias, pues, a ti, Juan Miguel, que desde el silencio de tu despacho, dedicaste horas y más horas para confeccionar cada año los folletos para Confirmaciones y Primeras Comuniones, para elaborar las estampas conmemorativas, etc…! Y gracias también a ti, Vicente Lázaro, "mí" fotógrafo oficial, pues siempre te mostraste dispuesto a echarme una mano en trabajos que no eran de tu incumbencia, pero

que tú mismo te adelantabas a realizar antes de que yo te lo tuviese que pedir! ¡Y en este mismo sentido, gracias también a ti, Lourdes Amblar, la florista que con tanto esmero cuidaste el adorno del altar!

¡Gracias también a quienes con más asiduidad habéis estado a mi lado para prestarme vuestra desinteresada colaboración en la realización de las ceremonias de Primera Comunión como habéis sido: Rosa Agulló –acompañada siempre de su querida hija Gracia, desde que era ésta bien pequeña– Carmen Benlloch y Fran Jiménez –colaboradores incondicionales míos no sólo en las Comuniones, sino también en las convivencias de segundo año de Confirmación–, Luis Pérez, Vicente Arnal y su mujer Lurdes, que tanto habéis colaborado conmigo en la parte musical!

Y ¡gracias, finalmente –porque de otro modo no acabaría nunca por ser muchas las personas que gratuitamente me ayudaron– a ti, Herminia Filgaira, la directora de música por excelencia! ¡Cuánta generosidad la tuya, hecha poesía y canción, en cada una de las múltiples ceremonias de Confirmación y de Primera Comunión, como también en esas otras ceremonias –no por más modestas, menos importantes– de las celebraciones que, a lo largo de cada curso, tuvieron –animados por tu voz, tu guitarra y los niños y niñas de tu coro– los alumnos y alumnas de Infantil, de Primaria y de Bachillerato durante los diecisiete años en que he estado al frente de la Pastoral de EPLA! ¡Gracias, gracias, gracias, Herminia!

Pero, con ser mucha y muy exigente la labor que desplegué en EPLA, mi actividad en este ámbito pastoral no se limitó al Colegio, sino que traspasó con decisión sus lindes para hacerse también presente en otros ambientes como fueron los de la colaboración prestada a distintas Congregaciones religiosas –Terciarias Capuchinas, Hermanas del Rebaño de María, Franciscanas de La Inmaculada y Operarias Catequistas– por medio de charlas o tandas de Ejercicios Espirituales, de las que os he ido dejando noticia en los distintos apartados de este largo capítulo de mi vida o en algún otro.

Con todo, aparte de lo que de una u otra manera ya os he hecho conocer, quiero ahora dejaros constancia de estas otras actividades pastorales, no recogidas en otros lugares, y que yo considero importantes como:

- Los Ejercicios Espirituales que di a las Esclavas de la Eucaristía en Los Negrales (Madrid) del 23 al 31 de agosto de 2002.
- Las tandas de Ejercicios Espirituales que impartí al *Grupo de Jóvenes Amigonianos* dirigido por la hermana Remedios Llorca –persona profundamente apostólica y muy identificada con la persona y obra del pare Luis Amigó– en Altura, del 20 al 28 de agosto de 2001, del 19 al 22 de agosto de 2006 y del 21 al 23 de septiembre de 2007.
- Los Ejercicios Espirituales que di, en Villar del Arzobispo, en el Convento de las Carmelitas del 20 al 30 de noviembre de 2007.
- Los servicios de capellanía que –junto a los otros miembros de la comunidad religiosa de EPLA– presté a los Hermanos de las Escuelas Cristianas del Colegio de Paterna, desde el 30 de diciembre de 2002 en que fui nombrado capellán, hasta 2005, cuando cesé en esta actividad.
- Las dos Novenas a la Virgen de Montiel en Benaguacil, que prediqué del 19 al 27 de septiembre de 2003 y del 19 al 27 de septiembre de 2014.
- Y finalmente, estos tres servicios pastorales que realicé en mi siempre querido y añorado pueblo de Onda: *la Misa y homilía en la Fiesta de la Virgen de la Esperanza*, patrona de la población, el 18 de diciembre de 2007, organizada por la Caja Rural; el *septenario a la Virgen de los Dolores*, del 8 al 14 de marzo de 2008, y la *Eucaristía y sermón en la Fiesta mayor del Santísimo Salvador* el 6 de agosto de 2009.

13. *Años de gran producción*

En medio de las ocupaciones propias de, mis cargos en EPLA –principalmente las derivadas de mi dedicación a la administración y a la pastoral– mis veinte años de estancia aquí fueron, sin duda, los de mayor producción dentro de mi vocación –y ya para entonces "casi vicio"– de investigador y escritor.

Del total de los 38 libros que escribí hasta septiembre de 2018, 27 los redacté aquí en EPLA. Al igual que fue aquí donde preparé y confeccioné las 8 revistas gráficas que dirigí, bien en colaboración –tres de ellas–, bien como autor único.

También escribí en esta mi querida residencia –y a lo largo de mi prolongada estancia en ella– muchos de los artículos que publiqué en distintos medios y la gran mayoría de mis conferencias.

Mucha de esta amplia producción la conocéis ya o la conoceréis a través de algunos de los apartados de este largo capítulo de mi vida –*Promoviendo el conocimiento del padre Fundador*, *Relación con las Terciarias Capuchinas*, *Colaboración con la Familia Franciscana y otros*, *Altavoz de la pedagogía amigoniana*, *Junto a nuestros mártires* y *Participación en efemérides*– otra parte de esa producción, al no haber encontrado cabida en ninguno de esos apartados ni en el espacio dedicado a los *Viajes a Cádiz* que he incluido en el capítulo dedicado al año sabático que fue para mí una *Bocanada de aire fresco*, la recojo aquí y ahora para vuestro conocimiento, mis queridos lectores que aún disfrutáis de la vida en nuestro inolvidable "Planeta azul".

Entre los primeros escritos que redacté aquí en EPLA se encuentran las seis editoriales –*¿Educar para la libertad o educar por libre?*, *La felicidad como referente*, *La educación del sentimiento*, *Con responsabilidad y fortaleza*, *En ambiente de familia* y *Acompañantes y Testigos*– que envié a la revista ZUYCA con la que seguí colaborando todo el año 1999. Estas seis editoriales fueron publicadas, formando unidad por la FUNLAM, en el folleto *Identidad Amigoniana II* y por la revista *Pastor Bonus* (1999) bajo el título que tenía la primera de estas editoriales *¿Educar para la libertad o educar por libre?*

El mismo año 1999 –coincidiendo con las Bodas de Oro de la revista *Surgam*, que se venía publicando desde EPLA bajo la dirección inmediata de mi amigo el padre José Luis Muñoz y la atenta supervisión de mi otro amigo, el padre Roca– empecé a encargarme de las editoriales de los distintos números –entonces ya bimensuales– de esta revista. Las del año 1999 estuvieron encaminadas –las seis– a dar a conocer a los lectores las profundas razones que, desde la pedagogía y el espíritu amigoniano, inspiraron los títulos de cada una de las revistas amigonianas precursoras o coetáneas a Surgam. La primera de ellas *Surgam*, estuvo reservada precisamente a la revista homenajeada. Las otras cinco fueron: *Adolescens, surge*, *La Emulación*, *Nuestro Porvenir*, *Alborada* y *Esperanza y Cooperación*.

A partir del siguiente año –el 2000– seguí encargándome ya de casi todas las editoriales de los siguientes números de *Surgam* –incluidos

los de su época digital (2007-2011)– hasta que, al menos de momento, se dejó de publicar. Fueron un total de 41 editoriales –sumadas las seis del año 1999– y quedaron recogidas, tanto en mi página web: *www.javives.es*, como en la de la Provincia Luis Amigó *www.amigonianos.org* bajo el título *Colección de Editoriales de Surgam*.

Junto a ese trabajo editorial, publiqué –entre 1999 y 2018– los siguientes *libros* y *artículos* que, como os decía antes, no han quedado recogidos en ningún otro lugar de estos mis *Retazos del corazón*.

Los *libros* fueron, por orden cronológico de publicación, los siguientes:

- *En la Casa del Padre. Necrologio Amigoniano. Tomo I (1899-1999)*, Madrid 2000. Se trató en realidad de una ampliación de mi anterior Necrologio, publicado en 1988, en mi época romana, en el que quedaron recogidos, junto a las pequeñas biografías y semblanzas de los religiosos fallecidos hasta el 31 de julio de 1988 –que ya se encontraban en aquél– la de los que fallecieron desde el 1 de agosto de 1988 hasta el 31 de diciembre de 1999. Esta ampliación la publiqué ya como *Tomo I*, a fin de no tener que estar recogiendo las biografías y semblanzas de los religiosos fallecidos antes del 1 de enero de 2000 en futuras ediciones del Necrologio Amigoniano.
- *Madre del Dolor, Madre del Amor*, Valencia 2000. Realicé en él una interpretación de los dolores de Nuestra Madre, desde una perspectiva pascual, resaltando en cada uno de ellos una específica *lección de amor*. Este pensamiento, que me acompañaba desde mis tiempos de estancia en Roma y que explicité ya en mi artículo *Nuestra Madre*, publicado por la revista *Pastor Bonus* en 1989 e integrado después en mi *Trilogía Espiritual*, fue el que me movió a redactar *el texto base* del número de las Constituciones que quedaría aprobado en el Capítulo General de 1995 e integrado ya en las mismas como número 59. Este libro que alcanzó gran difusión entre la familia amigoniana tuvo una segunda edición castellana en 2007 –que dediqué al padre Marino y a la FUNLAM– y una tercera, también en castellano en 2018 realizada ésta por las Paulinas de Bogotá. También fue editado en italiano en 2013, y alcanzó incluso el "triste galardón" de ser plagiado –como en su día denuncié oficialmente– en el libro *María junto a la Cruz* de Pablo García Macho, que la Editorial San Pablo publicó en 2005.

- *Soñador y Aragonés*, Valencia 2002. Pequeña y popular biografía del padre Mariano Ramo Latorre, fundador de las Escuelas Profesionales Luis Amigó, que se publicó con ocasión de los *25 años de su muerte* y que estuvo ilustrada con enternecedoras y bellas escenas producidas por *Grua Grafics*.
- *Manual de Historia de la Congregación. Terciarios Capuchinos (1889-2002)*, Valencia 2005. Escrita a petición del Consejo General presidido por el padre Tomás Barrera. En él, recogí, sirviéndome fundamentalmente de la Historia del padre Roca –que abarca hasta 1961– y de noticias recogidas por la revista *Pastor Bonus* y por otras muchas fuentes, la historia de la Congregación hasta el 31 de diciembre de 2002.
- *En la Casa del Padre. Necrologio Amigoniano. Tomo II (2000-2014)*, Valencia 2014. En este tomo II, solicitado expresamente por el superior general del momento, el padre Marino Martínez, quedan recogidas las pequeñas biografías y el testimonio de vida de los religiosos amigonianos fallecidos desde el 1 de enero de 2000 hasta el 31 de diciembre de 2014, ambos inclusive.
- *Innovador y Vanguardista*, Valencia 2016. Biografía del padre Cándido Martín Lizarraga y Fernández de Azcaya, escrita a solicitud del padre José Ángel Lostado, superior provincial de la Provincia Luis Amigó.
- *Manual de Historia de la Congregación. Terciarios Capuchinos. Suplemento I (2003-2016)*. Lo redacté, respondiendo a la petición expresa que me hizo el padre Marino Martínez, superior general de la Congregación. En este *Suplemento* recogí la historia congregacional desde el 1 de enero de 2003 al 31 de diciembre de 2016. Este Suplemento, que sigue en todo el esquema del Manual, consta, sin embargo, de una V parte completamente novedosa –*Entre los laicos*– en la que recopilé datos importantes sobre los *Cooperadores y Educadores Amigonianos*, sobre *Textos Pedagógicos y otras publicaciones* de interés en el ámbito de la Pedagogía Amigoniana, sobre los *Congresos Pedagógicos Amigonianos* y sobre la organización y actividades de la OPAN y de la *Fundación Amigó*.

Aparte de estos siete libros, también redacté, durante mis años de estancia en EPLA, entre los muchos escritos de los que os he ido dejando noticia a lo largo de estas páginas de mis más queridos recuerdos,

estos otros –pertenecientes al género histórico o espiritual– que no han quedado recogidos en ningún otro lugar. Os los presento también según el orden cronológico de su aparición:

- *A propósito de una portada*. Escrito el 26 de mayo de 2001 como "portadilla" del nº 100 de la revista *Pastor Bonus* (Índices), que, aunque está incluido por su numeración dentro del año 68 (1999) de esta revista, no fue publicado hasta junio de 2010.
- *Apuntes biográficos* (sobre el padre Tomás Roca), publicado en la revista *Surgam* (n. 473-474).
- *Etapas de una intensa vida* (sobre el padre Mariano Ramo), publicado en la revista *Surgam* (n. 479).
- *Rasgos fuertes del padre José Mª de Sedaví*. Texto de la conferencia que impartí en Sedaví (Valencia) el 4 de octubre de 2002.
- *Una misma identidad en dos perspectivas*. Texto de la conferencia que di en Roma –el 21 de octubre de 2007– al Consejo General y Consejos Provinciales reunidos en la sede de la Curia General. Las dos *perspectivas* eran las que, sobre la *identidad amigoniana*, presentaban el Mensaje del XVIII Capítulo General, *Zagales del Buen Pastor en la Nueva Evangelización*, y el Mensaje del XIX Capítulo General, *La Misión Apostólica de la Congregación*. Fue publicado por la revista *Pastor Bonus* en 2007 y por el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 52).
- *Beato Ciriaco Sancha y los amigonianos*. Artículo publicado por la revista *Pastor Bonus* en 2009.
- *Autoridad y servicio*. Texto de la charla que di en la reunión anual de superiores de la Provincia Luis Amigó eñ 5 de octubre de 2013 y que fue publicado por el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 67).
- *Por la enrañable misericordia de nuestro Dios*. Texto de la conferencia que impartí en el Seminario San José de Godella –el 29 de noviembre de 2013– a los participantes del primer turno del *Encuentro de Adviento* de este año. Fue publicado por el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 68).
- *La Encarnación, un amor desde el "tú"*, publicado en la revista *Pastor Bonus* en 2014.
- *Eduardo Busto Medina. Un amigoniano con sotana*, recogido por el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 69).
- *125 años viviendo compasión*, en la *Revista de EPLA* (n. 103).

- *Santa Rita, la más importante fundación de la Congregación*. Texto de la charla que di en el Colegio Santa Rita, en la reunión anual de superiores de la Provincia Luis Amigó el 26 de octubre de 2015. Publicado en *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 72).
- *Fraternidad y amistad*. Artículo publicado por la revista *Pastor Bonus* en 2016.
- Voces: *Luis Amigó* y *Terciarios Capuchinos* para el nuevo *Lexicon Cappucinum* (aún no había sido editado en septiembre de 2018).
- *Buceando en la historia*. (Recopilación de actividades de la Pastoral Juvenil en España, desde su inicio hasta final de 2017). Publicado en el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 77).

Juntos a estos escritos, aparecidos en papel, cabría añadir los que fui publicando –en soporte digital– en el *blog* de mi página web: *Y la historia se repite* (29-12-2016), *Las cosas claras* (5-3-2017), *Unos van, otros vuelven* (19-3-2017), *La gratitud, asignatura pendiente* (10-4-2017), *La importancia de la voz pasiva* (25-4-2017), *Sin sombra se posesión* (18-5-2017), *Amar "desde el tú"* (29-5-2017), *Con los ojos del corazón* (22-6-2017), *Acompañantes cordiales* (3-7-2017), *Poetas de la acción* (1-9-2017) y *Saber y saborear* (17-10-2017).

También llevé a cabo durante esta mi época godellense, por encargo del Consejo General o del Consejo Provincial de la Provincia Luis Amigó:

- *La edición de la Regla y Vida, Constituciones y Directorio de la Congregación*, en 2001.
- La *redacción final* del Mensaje del XIX Capítulo General, *La Misión Apostólica de la Congregación*, en 2001.
- La segunda edición (corregida y aumentada) del *Manual de Espiritualidad Amigoniana*, en 2006.
- La *redacción final* del *Plan de Formación y Estudios de los Educadores Amigonianos* de la Provincia Luis Amigó, en 2010.
- La *redacción final* del nuevo *Plan de Formación y Estudios de la Congregación*, en 2017.

14. *Viajes muy especiales*

Durante mis largos años de estancia en EPLA, realicé, también, como venía haciendo especialmente desde mi época romana, varios viajes,

la gran mayoría de ellos al extranjero, que resultaron para mí muy especiales.

Hice, por ejemplo, nueve viajes a *Colombia*, de los que os hablaré con detalle en el siguiente –y ya penúltimo– capítulo de mi vida.

Viajé, asimismo –y muchas veces– a *Italia* –especialmente a Roma–, que ocasionalmente me llevaron a Florencia, Venecia, Asís, San Giovanni Rotondo… Estos viajes –los que tuvieron como destino exclusivo a Roma– tuvieron, al menos, frecuencia anual, aunque hubo años en que estuve en la Urbe en dos y hasta tres ocasiones distintas. Llegaron incluso a ser "fijos" los que con asiduidad "casi matemática" realicé, aprovechando sobre todo la época estival –julio y agosto– en compañía de entrañables amigos, para los que hacer de "cicerone" acababa siendo para mí un verdadero placer, pues era mucho más lo que de ellos recibía en afecto y alegría que lo que yo les podía regalar a través de mis conocimientos y especialmente sensaciones vividas en la Ciudad, por antonomasia, de mi vida.

Hubo, con todo, tres viajes a Roma que me resultaron especialmente queridos y enriquecedores. Dos de ellos los hice en compañía de mi sobrino Richard y su esposa Taty. En el otro –realizado en el verano de 2015–, aparte de ir también en muy buena compañía, tuve la inmensa dicha de poder cumplir un sueño largamente añorado, el de visitar las entrañas de la *Domus Aurea*, el Palacio de Nerón, que se conservó gracias a que el español Trajano mandó enterrarlo para realizar su propio proyecto arquitectónico.

Al menos cinco veces estuve en *Alemania*, sólo una de ellas en viaje "oficial" en compañía de todo el Consejo Provincial del que yo formaba parte, otro, en viaje familiar y otros tres para impartir charlas a las hermanas o para presentar a los hermanos el libro *Hombres recios y entrañables*. Por este último motivo viajé también a *Polonia*, visitando su capital Varsovia y la ciudad de Lublin, donde estaba nuestra comunidad y donde recorrí, con sentimientos de tristeza y dolor por lo que allí había sucedido, el muy bien conservado Campo de Concentración nazi que se encuentra a sus afueras. Fue ésta la única vez que estuve en este país. También en *Bélgica* estuve en una sola ocasión –y de forma circunstancial–, cuando impartí, a las hermanas terciarias capuchinas de la Viceprovincia "Santa Isabel de Hungría", unas charlas en el Monasterio Saint Remacle de Wavreumont. De carácter familiar, ade-

más del realizado a Alemania, hice otros dos a *Andorra* otro a *Lisboa* y uno más a *Fátima*.

Pero, aparte de estos viajes –sobre todo de los realizados a Colombia e Italia, que acabaron siendo para mí algo habitual, aunque todos tuvieron la extraordinariedad que aportaban con su afecto, ilusión, alegría… mis acompañantes o las personas visitadas– emprendí otros de los que quiero dejaros especial noticia.

El primero de ellos es el que hice –del 18 al 28 de agosto de 2009– a *Jordania e Israel*, en compañía de mi sobrino Herminio que acaba de conseguir en EPLA, donde había estudiado durante el curso 2008-2009, el Graduado Escolar.

En este viaje, en el que nos integramos en la Peregrinación organizada y dirigida por el capuchino Rosendo Pérez, tuve sobre todo la dicha de visitar en Jordania, su capital Amán, la ciudad nabatea de *Petra* y las ruinas romanas de *Jerash* (la antigua Gerasa bíblica).

Especial emoción me causó conocer estos dos últimos lugares. Aún recuerdo –con la viveza propia de los sentimientos "vírgenes"– la impresión que recibí –y que consiguió "ponerme la carne de gallina", cuando, después de haber estado caminando, durante un buen trecho, por un angosto y profundo desfiladero– cuyo único horizonte claro era el reducido cielo azul que se podía ver en lo alto de aquellos muros de rocas curvilíneas que en algunos momentos parecían juntarse–, mi vista se topó de bruces con el magnífico edificio conocido como *El Tesoro* que debió ser un templo o mausoleo real. Este edificio, con su elegante columnata y frontispicio me dio la bienvenida a una "increíble" ciudad, escavada toda ella en la piedra.

Pero si emocionante fue para mí visitar Petra, no fue menor el sentimiento que experimenté al pasear entre las ruinas romanas de Jerash. Ellas –con su cardo máximo, flanqueado por estilizadas columnas, con su elegante Arco de Adriano, con su Foro, de forma oval y rodeado de hermosa columnata, con sus templos dedicados a Zeus y Artemis, con su gran Teatro del Sur y su "hermano menor del Norte…" y con otras maravillas– me invitaban constantemente a imaginar –y casi llegar a ver– lo que debió ser la espléndida belleza original de "mi" Roma.

La visita a *Israel*, aunque no me emocionó tanto, pues –como ya os he dicho en otros lugares de este mi escrito– era la tercera vez que yo pisaba los Santos Lugares, tuvo también –como habían tenido los dos

viajes anteriores a este país– sus momentos singulares. Y así como de la peregrinación realizada en 1975, me ha quedado grabado en la memoria el hecho de haber conseguido visitar el interior de las dos Mezquitas –la de Omar y de Al-Aqsa–, situadas en la gran explanada del templo, y cerradas después, desde hace ya muchos años a los turistas, y así, también, como en el viaje de 1990 recuerdo con especial intensidad la Eucaristía celebrada dentro del reducido espacio de la Edícola del Santo Sepulcro, de esta tercera Peregrinación de 2009 sigo recordando, con renovada emoción, los paseos que, por nuestra cuenta y al margen del grupo de peregrinos, realizamos, Herminio y yo, por las estrechas y superpobladas calles de la Ciudad Vieja y sus alrededores, y la visita que cuando casi no había salido el sol, realizamos al Santo Sepulcro, tras llegar a él, caminando a pie desde el hotel en el que nos hospedábamos, ubicado fuera de los muros y en el sector judío de la Nueva Jerusalén.

Otro de los viajes realizados desde EPLA y que también dejaría honda huella en mi corazón fue el que hice –del 1 al 10 de abril de 2010– a *Rusia* en compañía, sobre todo, de mis grandes amigos José Manuel Durá, Antonio Valiente, Conchín Alandí, su mujer y del hijo de ambos –Íñigo–, amante de los animales desde bien pequeño y que siempre se sintió cercano y cariñoso conmigo.

Conocer Rusia era –junto a Río de Janeiro, las culturas precolombinas, Pekín y, por supuesto, Roma– uno de los sueños más añorados desde mi infancia. De todos ellos, sólo el de Pekín –principalmente centrado en la visita a su Muralla y a la Ciudad Prohibida– se me ha resistido hasta el momento. Quizá sea ya hora de que me vaya haciendo a la idea de conocer esta exótica ciudad y sus monumentos en una nueva dimensión de vida.

La fijación por conocer Rusia se debió posiblemente –creo yo ahora– a que este país era sin duda el más "demonizado" por el franquismo en aquella España "en blanco y negro" de mi niñez y a que, como asegura el dicho, "nada atrae tanto como lo prohibido".

Para mí, pasear por la Plaza Roja –así denominada en el ruso antiguo por ser "bonita"– con la impresionante muralla del Kremlin en uno de sus lados, con la Galería GUM enfrente de dicha muralla, con la supercoloreada Catedral de San Basilio, coronada por las típicas "bóvedas de cebolla" en una de las entradas a la plaza y con la reconstruida Cate-

dral de Kazán en el otro extremo, fue un sueño. Tal fue así, que incluso tuve que pellizcarme para autoconvencerme de que aquello era real.

También me impresionó, en el recinto mismo de esta Plaza, poder entrar en el Mausoleo de Lenin y contemplar un cuerpo, tan especialmente momificado, que le siguen creciendo las uñas y el cabello. En la penumbra de aquel lugar fue tal el hálito de misterio e incluso de religiosidad, que tuve que reprimir el impulso a saludarlo con una reverente genuflexión. Y me impresionó asimismo –¿cómo no?, estando aún en la Plaza–, contemplar, a lo largo de aquella muralla del Kremlin, las tumbas de Iósif Stalin, Yuri Gagarin –astronauta y primer ser humano en alcanzar el espacio exterior y viajar por él– y de otros varios considerados "héroes" de la antigua URSS.

No menor impresión me causó, dentro ya del Kremlin, la Plaza de las Catedrales con sus cuatro templos ortodoxos –Anunciación, Asunción, Arcángel y Deposición–, el Cañon Zar Pushka y la enorme campana del Zar, con sus más de 200 toneladas, que se ubicó al pie de uno de los campanarios al quedar inutilizada por un gran incendio.

Extasiado me quedé, visitando, en el "Palacio del Pueblo", como se denomina popularmente el Metro de la capital, las estaciones de *Kievskaya*, con forma abovedada y sus 18 mosaicos alusivos al hermanamiento de Rusia y Ucrania, de *Belorusskaya*, con sus blancos techos adornados con pinturas y mosaicos, de *Komsomolskaya*, evocando en su aqrquitectura un palacio barroco, de *Novoslobodskaya*, con forma abovedada y coloridas vidrieras, de *Elektrozavodskaya*, radiante por la luz de sus múltiples lámparas circulares, y de *Ploshchad Revolutssi*, con sus 76 estatuas de bronce, entre las que es especialmente famosa la del cazador con su perro, pues es creencia entre los moscovitas que el acariciar el hocico del can –ya brillante y desgastado de tanto manoseo– trae buena suerte. Por supuesto también yo le pasé la mano por el hocico y, a fe mía, que me fue muy bien ¡Gracias, pues, amable can de hocico abrillantado!

No quiero dejar de mencionar la visita que hice a la reconstruida *Catedral de Cristo Salvador*, levantada en el mismo lugar que ocupó su homóloga, destruida a principios de los años 30 del siglo pasado, por los soviets que querían construir allí mismo un Palacio que nunca llegó a levantarse; la que realicé al *Cementerio de Novodévichi* –el más importante de Moscú, en el que me detuve en la tumba de Kruschev,

ubicada entre la de otros célebres políticos y músicos, al *Monasterio* contiguo que lleva el mismo nombre que este cementerio y al *Lago de los Cisnes*, situado también en las inmediaciones, y la visita que hice a la *Galería de Pintura Tetryakov*, que conserva, entre otras importantes obras, el cuadro de *La Trinidad* de André Rubliov.

Y si grande fue la huella que me dejó Moscú, no fue menor la que dejo en mí San Petersburgo, en una de cuyas habitaciones del hotel que nos hospedó celebré la *Vigilia Pascual* junto a mis compañeros de viaje:

- Con su *Fortaleza de San Pedro y San Pablo*, que alberga la Catedral del mismo nombre, en la que están enterrados casi todos los Zares de la familia Romanov, incluido Nicolás II.
- Con sus magníficas *Catedrales* de: *Nuestra Señora de Kazán*, *San Nicolás*, *San Isaac* coronada por una vistosa cúpula sobredorada y *Cristo Salvador sobre la Sangre derramada*, que fue la que más me impresionó por su profusa decoración y por sus grandes y magníficos mosaicos.
- Con su *Palacio de Invierno*, que recorrimos de punta a punta, jardines incluidos, y su *Palacio de los Príncipes Yusupov*, en cuyo sótano –que visité también– fue asesinado *Rasputín* –mitad monje, mitad hechicero–, como testimonian aún hoy algunas reproducciones en cera que allí se exponen.
- Y muy especialmente, con su Museo el *Hermitage*, donde, sin quitar nada de importancia a otras múltiples pinturas allí expuestas, me sentí –como extasiado– contemplando *El retorno del hijo pródigo* de Rembrandt.

Este mismo año 2010, realicé –en agosto– otro extraordinario viaje, en compañía de mi sobrino Richard y su esposa Taty a Alemania, visitando especialmente Berlín –que pateamos bien– y Nüremberg.

Posteriormente, hubo cuatro viajes más –realizados todos ellos con los otros dos miembros de mi comunidad religiosa– que yo personalmente disfruté, a pesar de que la compañía no fue, ni mucho menos, lo entrañable de las anteriores:

- El primero de estos cuatro nos llevó –el 17 de julio de 2013, en viaje de ida y vuelta en el mismo día en tren– a *Barcelona*, donde, merced a los contactos que establecí, pudimos recorrer y contemplar

con detenimiento –y sin tener que hacer cola alguna– el *Templo de La Sagrada Familia* y la *Catedral*.

- Al mes siguiente –del 4 al 7 de agosto de aquel mismo 2013– fuimos a *París* y –aparte de subir a la *Torre Eiffel*, siendo los primeros en hacerlo ese día– visité, con detenimiento, entre otros monumentos: *Notre Dame*, *Sainte Capelle*, *Iglesia de la Madeleine*, *Basílica del Sagrado Corazón*, *Los Inválidos* –con la impresionante tumba de Napoleón–, el *Panteón* –con las tumbas de personajes famosos como Voltaire, Morat, Zola, Alexandre Dumas, Rouseau, Pierre y Marie Curie…–, el *Cementerio Pére Lachaise*, donde fui para ver y orar ante la tumba de Antoine de Saint Exupery –autor de *El Principito*, el libro que más he admirado desde que lo conocí y del que más pedagogía y humanismo aprendí– y, por supuesto el *Museo del Louvre*, donde de nuevo me sonrió La Gioconda –lo había hecho ya en 1977, cuando la saludé por primera vez– y donde pude contemplar con detenimiento a la Victoria de Samotracia. En París nos hospedamos en el Hotel Lotti, en 7 rue de Castiglione, muy cerquita de los Jardines de Las Tullerías. Desde él caminamos a pie hasta la cercana Plaza de la Concordia –que cruzamos varias veces–, la Torre Eiffel, el Museo del Louvre y la Avenida de los Campos Elíseos, que recorrimos hasta el Arco de Triunfo en paseo de ida y vuelta.
- El tercero de esos viajes "comunitarios" nos llevó a *Asís*, del 14 al 17 de julio de 2014.
- Y el cuarto –y último– nos condujo a *Santiago de Compostela*, donde estuvimos alojados en el Hotel Reyes Católicos, ubicado en la misma Plaza del Obradoiro, del 3 al 6 de agosto de 2015.

Al año siguiente, ya fui intervenido de cáncer de colon, cesé como superior y administrador, y se acabó esta serie de viajes "comunitarios", pues como siempre tenía que ser el mismo el que "tirase del carro", mientras los otros se limitaban a pensar que ya cumplían "dejándose arrastrar", éstos ya no se pararon siquiera a pensar que también ellos, con un poco de creatividad e ilusión hubiesen podido adoptar un rol más protagónico, pero "quod natura non dat…". Además qué podía yo esperar, en mi debilidad, de personas que no sólo no supieron verbalizar nunca unas sentidas "gracias", sino que, por el contrario, incluso uno de ellos fue alimentando crecientes y enfermizas "celotipias" que, unidas a otras fuerzas centrípetas de su personalidad, le dificultaron todavía

más para ver con claridad todo lo que yo le aprecié, con sentimientos de profundo agradecimiento –como os he contado en su momento– hasta que "me cansó el alma" y "me di por vencido" ante tanta falsedad y doblez, que ya no pude tolerar, sin que empezara a hacerme mal.

15. *Participación en efemérides*

Ya con anterioridad a mi llegada a EPLA había participado yo directamente en tres significativas efemérides de otras tantas Casas de la Congregación: los *75 Años del Colegio Fundación Caldeiro*, el Centenario de la *Casa Nuestra Señora de Monte-Sión* de Torrent y los *10 Años de presencia en Puerto Rico*.

Para la primera de ellas –que se celebró en 1985– escribí el artículo *Principios Inspiracionales de la Pedagogía Amigoniana*, que fue publicado dentro de la revista conmemorativa del hecho *75 Años. Caldeiro*, que vio la luz al siguiente año 1986.

Con ocasión de la segunda –el Centenario de Monte-Sión–, además de proclamar –el 5 de noviembre de 1988– el *Pregón* con que se inauguraban las celebraciones centenarias, escribí el artículo *El padre Luis Amigó y Monte-Sión*. Ambos escritos fueron recogidos en la revista especial que se editó en 1989, *Monte-Sión. Cien años de vida amigoniana 1889-1989*.

Por último –como ya sabéis– el 28 de mayo de 1998, pronuncié, en la Casa de Niños Manuel Fernández Juncos de San Juan (Puerto Rico), una conferencia con ocasión de los *10 primeros años de presencia amigoniana* en esta institución, que fue publicada en el Boletín propio de la Casa –*Amigos*– en su número 6.

Como residente en EPLA, seguí colaborando con algunas Casas de la Congregación en España –algunas de ellas con rancio abolengo– en la celebración de distintas efemérides. Estas colaboraciones se plasmaron principalmente en:

- La conferencia *Los Amigonianos en la Iglesia y en el Mundo* que pronuncié en un amplio Salón de Actos de Hellín –el 5 de octubre de 2000– dentro de los actos conmemorativos de las Bodas de Oro de la presencia amigoniana en esta localidad albaceteña.

- El artículo *Los Amigonianos y Yuste* que firmé el 25 de octubre de 2000 y que escribí, aprovechando la renovada actualidad alcanzada por el Monasterio San Jerónimo de Yuste, al cumplirse –aquel 2000– el V Centenario del nacimiento del Emperador Carlos V, que pasaría en él sus últimos años, y como homenaje póstumo a los religiosos amigonianos que habitaron y cuidaron dicho Monasterio desde 1898 a 1917. Este artículo fue publicado por la revista *Pastor Bonus* en el mismo 2000, que lo sacó además en *separata*, con el título *Historia y recuerdo*, junto al texto de las conferencias que ese mismo año pronuncié en Hellín y Dos Hermanas.
- La conferencia *Historia de un Centenario en tres etapas* que dicté –el 18 de noviembre de 2000– en el Salón de Actos del Colegio San Hermenegildo de Dos Hermanas (Sevilla) al cumplirse los 100 Años de presencia de los Amigonianos en esta población.
- La revista gráfica *Seminario San José de Godella. Cien Años de Presencia Amigoniana (1900-2000)*, que dirigí y confeccioné, en colaboración con el padre Tomás Roca, y que vio la luz en 2001.
- La revista *Hogar Saltillo. 50 Años de vida familiar. Portugalete*, que dirigí, en colaboración con el padre César Rodríguez, y que se publicó en 2003.
- La revista gráfica *EPLA 50 Años*, que dirigí, elaboré y edité en 2006.
- El artículo *Los Amigonianos en Torrelavega-Raíces*, que salió publicado en la revista conmemorativa *25 años de presencia amigoniana en Torrelavega (1982-2007)*.
- El artículo *Caldeiro y los amigonianos. Una relación centenaria*, que sería publicado en la revista conmemorativa *Colegio Fundación Caldeiro. Cien años educando*, publicada en 2011.
- La conferencia *Santa Rita, la más importante fundación de la Congregación*, que pronuncié en la propia Casa de Santa Rita –el 26 de octubre de 2015– en el transcurso de la reunión anual de superiores de la Provincia Luis Amigó, con ocasión de los *125 años de presencia amigoniana* en esta institución. Apareció publicado en el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 72).
- La revista gráfica *Bodas de Oro. Colegio Amigó 1968-2018*, que dirigí y elaboré, y que fue publicada en 2018.
- La revista gráfica *Loiu 50 Años. 1963-2013* que dirigí y elaboré, y que se editó en 2018.

- La revista gráfica *Parroquia Nuestra Madre del Dolor. Bodas de Oro 1967-2017*, que dirigí y elaboré, y que fue publicada también en 2018.

A esta colaboración con las efemérides de distintas casas y presencias amigonianas, cabría añadir las dos revistas que, en colaboración, dirigí y elaboré para conmemorar acontecimientos congregacionales, como fueron:

- La revista gráfica *Mártires Amigonianos* –a la que ya antes he hecho referencia en otro contexto–, que el padre Agripino González y yo publicamos en 2001 para recoger todo lo relativo a la Beatificación de los Mártires Amigonianos, acaecida ese mismo año 2001.
- La revista gráfica *125 Aniversario 1889-2014. Amigonianos*, que Noelia García y yo preparamos para conmemorar los 125 Años de la Fundación de la Congregación. Apareció publicada en 2015.

16. *Torrent, en mi corazón*

Como bien sabéis, quienes estáis siguiendo este mi relato –entretejido con algunos datos, pero fundamentalmente con cordiales recuerdos–, a lo largo de mi vida tuve la suerte y dicha de conocer preciosos paisajes naturales, restos de inapreciable valor histórico de antiguas culturas y civilizaciones y múltiples poblaciones, orgullosas y poderosas, y exhibidoras atrevidas de espléndidos y magníficos monumentos.

Pero de todas las poblaciones conocidas hay tres que, de forma muy especial, lograron penetrar las entretelas de mi corazón. Y la que más profundamente lo logró –como fácilmente podéis adivinar, si habéis ido conociendo los avatares de mi un tanto larga, y profundamente feliz, vida– fue *Roma* –esa ciudad que *me enamoró*– y, junto a ella *Onda*, mi pueblo natal, aquel pueblo que no tenía polideportivo, porque todo él era –en los años de mi niñez– un amplio "campo de juegos".

Hay, sin embargo, una tercera población que, de modo también un tanto particular, se ganó mi corazón: *Torrent*, el pueblo que tuve la dicha de conocer de 1981 a 1983, cuando fui director técnico del Colegio Nuestra Señora de Monte-Sión y el pueblo en el que viví, entre 1995 y 1996, un fantástico año que supuso para mí una verdadera *bocanada de aire fresco*.

De Torrent, me cautivó su entorno natural con El Vedat en uno de sus extremos, su historia, simbolizada en su Torre, su casco urbano más antiguo, que conservaba el típico sabor de "pueblo", a pesar de que el desarrollo de sus alrededores lo habían convertido ya en una gran ciudad…, pero, de modo particular, me ganaron el afecto sus gentes generalmente establecidas en las inmediaciones del *Convent*, como seguíamos llamando "els torrentins de sempre" al Colegio y Parroquia de Monte-Sión en recuerdo y evocación del recoleto Convento alcantarino, derruido hasta sus cimientos en 1936.

Desde Torrent salí para establecerme en Roma y cada vez que, durante mis doce años "romanos" vine a España, Torrent fue, con muy pocas excepciones, una visita afectivamente inevitable, pues había dejado aquí cantidad de buenos y enrañables amigos, de los que os he ido hablando en distintos lugares de mi relato. De hecho –y como un dato meramente anecdótico– os confieso que aquí continué teniendo "mi peluquero", al que frecuenté, no sólo en mis "escapadas" de Roma, sino también como residente ya en EPLA, hasta que éste cerró su peluquería, establecida casi en frente de la Torre de la población.

Atraído, pues, por el afecto de sus gentes, estando aún en el Convento, de comunidad, me "comprometieron" algunos de sus vecinos a proclamar el *Pregón de la Semana Santa*, tal como hice –como ya sabéis– el 3 de abril de 1982 en el Salón de Actos de lo que entonces era la sede central de la Caja de Ahorros de Torrent y que posteriormente pasaría a ser la sede de su Ayuntamiento.

En los años siguientes –viviendo ya en Roma– aparte de las múltiples visitas que realicé a la población cuando venía a España por algún asunto oficial o personal, prediqué en varias ocasiones –invitado por el padre José Deusa, párroco entonces de Monte-Sión– bien fuese en la fiesta de la Virgen de los Dolores, bien fuese en la de San Antonio de Padua. Entre las veces que vine expresamente para celebrar la fiesta de este santo –que ni se llamaba Antonio ni era de Padua, sino que había nacido en Lisboa y lo habían bautizado como Fernando– recuerdo, con especial y sentida emoción, la del domingo 16 de junio de 1985. Yo había llegado "ex profeso" desde Roma al Seminario San José de Godella el viernes 14 y, antes de dirigirme a Valencia para coger el tren que me llevaría a Castellón, a la casa de mi hermano Ricardo y su familia, para pasar con ellos el sábado, me detuve en la Colonia San Vicente Ferrer

de Burjassot para saludar a mi querido amigo Jaime de Miguel –el de aquel famoso "abrazo de Frankfurt" de 1973– al que pillé casi a punto de irse a Meliana a llevar algunos internos de la Colonia que iban a pasar allí el fin de semana. Poco pudimos hablar, pero nos citamos para seguir charlando el lunes siguiente, el día 17. Él salió, pues, hacia Meliana y yo lo hice con el Trenet –entonces no era aún Metro– que me llevaría a Valencia para proseguir viaje a Castellón. Ya en la casa de mi hermano, cuando nos disponíamos a cenar, una llamada telefónica me anunció "de sopetón" que Jaime acaba de fallecer en accidente de tráfico. Sin cenar tan siquiera, mi hermano Ricardo me llevó, con su coche, de regreso a Valencia y al día siguiente, yo y otros religiosos, nos hicimos cargo de su cuerpo en la Morgue del Hospital Universitario de Valencia donde le habían hecho la autopsia y ese mismo sábado 15 hicimos en la Colonia el funeral de "corpore insepulto", antes de llevárselo a su pueblo natal donde lo esperaba su desconsolada madre para darle sepultura.

Embargado, pues, con estos tristes acontecimientos y muy emocionado aún por lo sucedido, prediqué en la fiesta de San Antonio de 1985, a la que ahora os estaba haciendo referencia.

Durante mi *año sabático* en Torrent, aunque Monte-Sión incomprensible e injustamente me cerró sus puertas, el pueblo, a través de conocidos y amigos, me mantuvo siempre abiertas las de su corazón y las de la población como tal. Y fruto precisamente de esta apertura –aparte del cariño con que quienes me conocían me saludaban afectuosamente cuando me encontraban caminando por sus calles– fue, entre otros muchos y tiernos detalles, la invitación que recibí por parte de la *Hermandad del Descendimiento* para que interviniera en el XI Ciclo de Conferencias que venían organizando. Y esta intervención la realicé el 27 de febrero de 1996, pronunciando en el Salón de Actos de la Casa de Cultura de la población mi conferencia *El Mensaje de la Pasión en un mundo light*.

Posteriormente –nada más establecerme en EPLA– mi *relación directa* con Torrent –pues la *cordial* siempre había permanecido intacta en mi corazón– se restableció bien pronto.

Recién cumplido un mes desde mi llegada, prediqué, por invitación de la Junta Directiva de la Pía Unión de los Antonianos, un Triduo –del 21 al 23 de octubre de 1998– como preparación para la apertura del

I Centenario de la Pía Unión de San Antonio de Padua de Torrent. Las tres homilías del Triduo –*La Iglesia somos todos*, *Los Antonianos, un modo de ser Iglesia* y *Carisma Antoniano y cultura torrentina*– quedaron recogidas en la revista conmemorativa *Real Pía Unión de San Antonio de Padua. Cien años de Vida*.

Al mes siguiente –el 20 de diciembre de aquel mismo 1998– el párroco de Monte-Sión organizó una gran fiesta –como aquéllas que, ya por vieja tradición, solían organizar los torrentinos de entonces– para que yo celebrara también aquí –era ya la tercera celebración del género, después de las realizadas en Costa Rica, el 7 de septiembre, y en Godella, el 7 de diciembre– mis *Bodas de Plata sacerdotales*. Fue, quizá, la forma que encontró aquel buen párroco –siempre apreciado y querido por mí desde mi niñez– para reparar el mal que injustamente se me había infringido en el curso 1995-1996 y del que también él debía sentirse "culpable por omisión de defensa". Si fue así, no hacía falta el detalle, pues ni a él ni a otros miembros de la comunidad de entonces les había tenido en cuenta lo sucedido. De todas formas ¡Gracias mil!

Del 8 al 10 de marzo de 1999 –último año de preparación para el gran Jubileo del 2000– prediqué en Monte-Sión un Triduo en Cuaresma con estos temas: *Dios nos amó primero y permanece fiel a su amor*, *La conversión, crecimiento en amor y humanidad* y *Dejarse amar por Dios*.

En 2001, a petición de la *Hermandad del Prendimiento de Jesús*, escribí el artículo *¡Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre!*, que quedó recogido en la revista *Semana Santa de Torrent 2001* y que sería reproducido en 2007 en la revista de la *Hermandad de la Oración del Huerto de Requena*.

El 2 de febrero de 2002, en el Auditorium de Torrent, pronuncié la conferencia *Madre del Amor, Madre del Dolor* con ocasión del nombramiento público de la *Reina del Encuentro Glorioso* de este año. Esta conferencia sería publicada por la revista *Semana Santa de Torrent 2003*.

En diciembre de 2003, concelebré –el sábado 6– en la ordenación sacerdotal de José Vicente Miguel March –natural de la población– y el lunes 8, solemnidad de La Inmaculada, prediqué en su primera Misa Solemne, celebrada, al igual que su ordenación, en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de Monte-Sión. Esta homilía quedaría recogida en el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 38).

Con ocasión de la celebración –en 2004– de los *150 Años del Nacimiento del padre Luis Amigó*, prediqué –el 22 de octubre– en el tercer día del Triduo de preparación para la fiesta grande, y dos días después, el domingo 24, pronuncié –en la Misa concelebrada en la Plaza de San Jaime y que precedió a la bendición de la estatua del Padre Luis Amigó, obra del artista Ramón Pi Belda, que quedó colocada en dicha Plaza– la homilía *Luis Amigó, apóstol de la juventud extraviada y amigo de Torrent*, que publicaría la revista *Surgam* (n. 489).

Del 15 al 17 de junio de 2005 prediqué de nuevo el Triduo de preparación a la fiesta de San Antonio, desarrollando estos temas: *San Antonio, Alma franciscana*, *Santo Sabio y Sencillo* y *Abogado de los pobres*.

Por tercera vez prediqué un Triduo de preparación a la fiesta de San Antonio –del 11 al 13 de junio de 2008– presentando en esta ocasión los temas: *Radicalidad franciscana*, *Pobres para ser generosos* y *Misionero en casa*.

En este mismo año 2008 –el 15 de agosto–, prediqué, en la Iglesia Arciprestal de La Asunción, invitado por las *Clavariesas de la Mare de Déu d'Agost*, en la fiesta mayor de la *Mare de Déu Xitaeta*.

Al año siguiente –en 2009– impartí, en los locales del Círculo Católico de Torrent –con fecha 28 de octubre– la conferencia *Padre Méndez. Rasgos fuertes de su personalidad*, que sería publicada por el *Boletín de la Provincia Luis Amigó* (n. 69) con el título de *Pedro Méndez, líder religioso y social*.

En 2013, dos acontecimientos importantes me trajeron a Torent. El primero fue para proclamar –por segunda vez en mi vida –el *Pregón de la Semana Santa Torrentina*, que, en esta ocasión, tuvo lugar en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de Monte-Sión el 23 de marzo. Este pregón que titulé *Una historia de amor y fortaleza*, sería publicado en la revista *Semana Santa de Torrent 2014*. El segundo tuvo como objetivo pronunciar, en el Teatro Antoniano –el 27 de septiembre– la *leccio magna* del inicio del curso escolar 2013-2014 del Colegio Nuestra Señora de Monte-Sión.

El 29 de octubre de 2014, intervine en la presentación del libro de Pepe Royo *El padre Luis Amigó y la Congregación de los Terciarios Capuchinos en la prensa de Valencia (1889-1934)*, que se celebró en el Teatro Antoniano.

En noviembre de 2015, concelebré en la ordenación sacerdotal de mi buen amigo Juan Manuel González Izquierdo, que se realizó en la

Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de Monte-Sión el sábado 21. En esta ceremonia me cupo el honor de "imponerle la casulla". Al día siguiente –domingo 22– prediqué en su primera Misa solemne.

Aparte de todas estas ocasiones –un tanto extraordinarias– en que me hice presente en la vida religiosa y cultural de mi querido Torrent, hubo otras muchas en que asistí a actos menos solemnes y cotidianos de la población –pero no por ello menos apreciados por mí– como fueron, por ejemplo:

- Las varias ocasiones en que acompañé en Massamagrell y prediqué en la Misa de la Peregrinación anual que los torrentinos realizan al sepulcro del padre Luis Amigó.
- Y las numerosas veces que tuve la homilía en la fiesta anual que los Antonianos celebran para su patrón. Entre ellas –y sin pretender, ni mucho menos, ser exhaustivo– tengo datadas con seguridad: la del 20 de junio de 2004 –año coincidente con las Bodas de Oro sacerdotales del padre José Deusa, que se habían cumplido el sábado día 12 de ese mismo mes–, la del 11 de junio de 2006, la del 19 de junio de 2011 y la del 15 de junio de 2014. En esta última, se celebraron también los 60 años de sacerdocio del padre Deusa, por lo que, en esta ocasión, la homilía tuvo que girar en torno al Santo Patrón, pero sin dejar de aludir también al mencionado aniversario sacerdotal.

Por otra parte –y este puede ser también un dato muy interesante para concluir ya este apartado de mi vida dedicado a Torrent– casi todos los años, desde que me establecí en EPLA –con excepciones muy contadas y todas ellas de fuerza mayor por compromisos adquiridos fuera de Valencia– celebré en la Parroquia de Nuestra Señora de Monte-Sión el Triduo pascual, predicando indefectiblemente, bien fuera el Jueves, el Viernes o el Sábado Santo.

17. *Acompañantes y amigos del último tramo*

Mis acompañantes más fieles, incondicionales y asiduos –no sólo de mi último tramo, sino durante toda mi vida– fueron los integrantes de mi familia, centrada, desde muy joven –y desde la temprana muerte de mis padres– en las personas de mi hermano *Ricardo* y su mujer *Con-*

chín, y posteriormente también –y ya hasta la actualidad– en las de mi sobrino *Richard* y su esposa, mi muy apreciada *Taty*.

Pero junto a mi familia –acompañante de siempre– y junto a viejos amigos –como *Antonio Valiente*, su mujer *Conchín* y su hijo *Íñigo* o como *José Luis Albiol*, compañero y amigo también desde mi época de alumno en el Seminario San José de Godella y su mujer *Menchu* y sus hijos *Bianca* y *Estéfano* y respectivas parejas que, por vivir cerca mantuvieron siempre contacto conmigo y se hicieron especialmente presentes cuando les necesité– fueron apareciendo en mi vida –desde mi llegada a EPLA– otros sinceros amigos, entre los que, sin ánimo de ser exhaustivo, pues esto es imposible, quiero dejar fe de los que a continuación os presentaré en este apartado con el que voy a finalizar el relato de mi trayectoria vital hasta el momento de dar por concluidos estos *Retazos del corazón*, el día 15 de septiembre de 2018, día en el que cumplo setenta años.

A estos amigos de mi último tramo, intentaré recordarlos y presentarlos a vosotros, más o menos, en el orden en que fueron apareciendo en mi vida desde aquel 15 de septiembre de 1998, en que llegué a EPLA.

El primero –no podía ser de otro modo, pues fue él quien me recibió y me ayudó a acomodarme en mi habitación– fue *Luis Pérez Rodrigo*.

Yo lo conocí como recepcionista y no descansé hasta lograr que lo integraran en el claustro de profesores de Ciclos. Tarea que no me resultó fácil, ya que tanto para el director general, como para el director de Ciclos, que decían apreciarle mucho, no pasaba de ser "Luisito".

Posteriormente, siendo yo administrador, le hice un buen contrato de media jornada en Contabilidad, que –en 2016– algún peligroso "enano" –que aún no he podido identificar– se cargó, sin pararse a pensar en todo lo que se le debía por su dedicación generosa y desinteresada a la institución –a la que regaló, en horas y trabajo, mucho más de lo que se le retribuyó– y sin pararse a considerar –con unos mínimos de sentimiento cristiano– que su mujer estaba esperando entonces su segunda hija y que él contaba también con estos ingresos a la hora de aumentar su familia. (Pa que te fíes de quienes hacen de la religión un estandarte para el propio provecho, pero que después son los primeros en saltarse sus más sagrados preceptos). Tal fue la rebelión que me causó interiormente esta actuación –en la que sospecho, y

no sin indicios, que el superior de turno lo hizo así, para dar su puesto de trabajo en Contabilidad a algún familiar de alguien con quien se sentía comprometido–, que publiqué, en el blog de mi página web –el 29 de diciembre de 2016– un pequeño artículo titulado *Y la historia se repite*, que era una denuncia directa de la injusticia cometida con Luis, por mucho que se le hubiese pagado el despido.

Luis, fue durante varios años mi chófer particular, el que me llevaba de aquí para allá, siempre dispuesto y alegre y sin poner nunca el más mínimo problema.

De uno de estos viajes conservo esta simpática anécdota que ahora os cuento:

- Volvíamos en coche de Madrid por la A-3, cuando llegando casi ya a Contreras, nos paró la Guardia Civil:
  – *Por favor* –dijo el guardia, tras saludarnos militarmente y siempre con mucha educación– *iban ustedes a 120 km/h. por un tramo que marcaba a 90. Me muestra usted* –añadió dirigiéndose ya personalmente a Luis– *los papeles del coche y su carnet de conducir.*

  Ni carnet de conducir, ni papeles del coche… Nada de nada. Tal era la situación, que yo ya me veía con el coche incautado, con Luis en la Comandancia y yo más perdido que el "hijo de Lindbergh".

  Y entonces, se me ocurrió, como en una especie de fogonazo llegado súbitamente a mi mente, comenzar a decir, dando muestras de gran enfado y dirigiéndome a Luis con un tono de voz lo suficientemente fuerte para que fuese más creíble el "cabreo":

  – *Le tengo dicho un millón de veces a fray Crispín que los papeles del coche no los saque nunca de la guantera, pero… "si quieres arroz, Catalina".*

  A continuación, dirigiéndome directamente al guardia que, entre estupefacto y curioso, seguía atento mi "rapapolvo", exclamé:

  – *Usted perdona, señor guardia, pero en el único sitio donde hoy se obedece es en los Cuarteles de la Guardia Civil. Mire, yo soy superior de un Convento y ya ve el caso que me hacen mis frailes, a pesar de que tienen voto de obediencia.*

  Conmovido sin duda por mis palabras y compadecido de este "pobre superior" que no pintaba nada en su Convento, el guardia se

fue a hablar con su compañero, que se mantenía a una cierta distancia y al momento volvió y nos dijo:

– *Miren, por esta vez los vamos a dejar seguir, pero procuren que no se repita esta situación. La multa de 60€ no se la podemos quitar, pues ya habíamos registrado la intervención, pero si la pagan pronto se les quedará en 30€.*

Y así acabó felizmente esta aventura, que muy fácilmente hubiese podido concluir muy mal.

También recién llegado a EPLA, empecé a trabar amistad con mi "querido" *Manolo Hernández Valero"*, jefe de mantenimiento, excelente persona –como ya os he dejado dicho en otro lugar– y graciosamente "fantasioso".

Aún recuerdo con viveza las agradables sobremesas que nos pegábamos junto al mostrador de recepción cuando, después de comer, nos juntábamos allí Luis, Gregorio –el vigilante que entonces estaba en EPLA– y yo, y Manolo nos hacía reír "hasta casi desternillarnos y saltarnos las lágrimas", contándonos sus batallitas cazadoras. (Y ya se sabe que de pescadores y cazadores "la mitad de la mitad").

Un día nos contaba cómo cazó un jabalí, tapado con una manta y cuando éste se acercó a comer de su mano –que era lo único no cubierto por aquella manta– se abalanzó sobre él y en "un plis-plas" le seccionó la yugular con el machete que portaba en la otra mano. Otro día, la historia giraba en torno a su perro de caza, al que un jabalí rajó en canal con uno de sus colmillos y él lo cosió con un fino alambre que tenía a mano y lo dejó como nuevo.

Pero de todos aquellos chascarrillos –vulgo "trolas"– que nos contaba y que nosotros hacíamos esfuerzos por escuchar "boquiabiertos" y conteniendo la risa, exponiéndonos indudablemente a que él nos considerase unos "bobos" que se las tragaban sin masticar, el más famoso, el que consiguió que espontáneamente explotásemos a reír sin recato alguno en sus propias narices, lo provocó el pobre Gregorio cuando un día nos comentó, casi con sigilo, que su cuñado, que también era cazador, caminando por el monte, se encontró una moneda romana. Al escuchar esto Manolo –que no podía dejarse ganar por nadie cuando de monte se hablaba– saltó como un resorte y replicó sin pestañear:

– *Bah, eso no es nada. Yo una vez me encontré un romano entero, con casco, coraza, lanza….*

Fue la última vez que pudimos disfrutar ya de sus chascarrillos, pues con nuestras indisimuladas risas pusimos el letrero de "The End" a aquellas simpáticas historietas, pero siempre nos quedó el agradable recuerdo de aquellos entrañables momentos.

Manolo –que había sido conductor de uno de los autobuses de EPLA– era, como buen "manitas" que siempre fue, un perfecto "jefe de mantenimiento", pues sabía de todo. Si hubiera tenido la oportunidad de estudiar, no me cabe la más mínima duda de que hubiese sido un gran ingeniero. ¡Con que precisión, destreza y arte manejaba, por ejemplo, la fresadora que tenía en su taller!

Durante mucho tiempo, me entristeció que algunos de los que presumían de "jerifaltes" de EPLA (recordad aquello de: "dime de que presumes y te diré lo que te falta") –que, por lo general, no dejaban de ser unos "pobres hombres"– lo abordasen, vestidos con sus batas blancas, y tomándolo a "chirigota" empezasen a gritarle: ¡Manolooo, Manolooooo! Pobres de aquellos "batasblancas", como yo, con desprecio, los bauticé. Manolo les daba mil vueltas en conocimientos prácticos…, pero, sobre todo, en hombría y en humanidad. Ellos lo trataban como si fuese el "bufón de la Corte", cuando eran ellos, los bufones.

Cuando yo fui nombrado administrador, tomé bajo mi inmediato cuidado a los empleados del PAS –menos a las secretarias con las que nunca quise relacionarme más que lo estrictamente imprescindible– y Manolo pasó a depender directamente de mí.

A partir de entonces, Manolo ya no tuvo otro jefe que yo mismo y poco a poco se acabó con la mala praxis de que cualquier "jefecillo" –con gorra de plato y pretensiones de capitán general– pudiese mandarle cosa alguna.

Con ello, pasó él a ser en verdad "jefe de mantenimiento" y, ya identificado con su nuevo rol, un día le dijo a su mujer:

– *El padre Vives me ha devuelto la dignidad.*

Nadie en EPLA me hizo nunca una alabanza que me llegase más al corazón.

Al cumplir la edad requerida, Manolo se retiró laboralmente, aunque siempre estuvo gustosamente a punto para llevarme en coche donde fuera. También yo le conservé siempre cariño y amistad, extensiva a su mujer Mari, a su hija Raquel y a su hijo "Manolín", como él lo llamó cariñosamente siempre.

La vida, sin embargo, fue muy injusta con él y se lo llevó muy tempranamente, cuando más podía disfrutar, con su familia y su nieto, de una muy merecida jubilación.

Menos mal que yo aún pude llevarlo a Roma, con su mujer, su cuñado y la esposa de éste, y allí entre caminata y monumento, entre la pasta y la pizza, entre la birra y el capuchino… pudimos disfrutar de unos días inolvidables para los cinco.

¡Gracias, Manolo, por todo! ¡Gracias, siempre!

Germán González e *Inma March* fueron los primeros profesores de EPLA con los que me sentí identificado en mis sentimientos y con los que consecuentemente mantuve siempre una singular amistad. Cuando me acuerdo de Germán, me viene indefectiblemente a la mente su tío cura, del mismo nombre, al que no traté en persona, pero al que llegué a conocer, y creo que bastante bien, por lo que mi amigo me contaba. Recuerdo, pues, al tío-cura y también –¿cómo no?– a su ama de llaves, que se llamaba –y no va de broma– Consolación.

La amistad con Germán e Inma se extendió con naturalidad a sus hijas –*Nerea* e *Irene*– a quienes conocí desde que eran bebés. En el caso de Inma, además, se prolongó a su tío Wenceslao –Maximino para la familia– que, a su condición de muy buena persona unía la de ser también un ejemplar capuchino, que, desde su residencia en el Convento de La Magdalena en Massamagrell siempre estuvo pronto a prestarme su colaboración en cuanto le pedí.

¡Cuánto disfrutamos, Germán e Inma, en aquel viaje veraniego que hicimos a Roma en compañía de otros buenos amigos!

¡Cuánto agradecía yo las veces que vosotros dos, aprovechando alguna de vuestras horas libres o recreos os acercabais a mi despacho –provocando más de una vez los descontrolados celos de quien nunca logró entender que el cariño es libre, como libre es el amor y no se puede atrapar en exclusividad– y allí, entre las estrepitosas risas de ti Germán y tu expresiva sonrisa, Inma, nos comunicábamos las últimas batallitas vividas en el "microcosmos"!

Poco después de que surgiera esa amistad con Germán e Inma, surgió también una relación amistosa con *Juan Francisco González*, que poco después, cuando él se casó, se extendió a *Carmela Medina*, magnífica persona, ella, y con una ternura "a flor de piel" que siempre me llamó muy positivamente la atención. No es extraño, sin embargo,

que a algunos "jefecillos" de EPLA, la buena de Carmela no les entrara por el buen ojo, pues solían mirar más bien por ese "ojo malo" que, entre otras cosas, les impedía ver y apreciar la bondad natural de las personas. Con el tiempo, el matrimonio tuvo dos hijos *Juan Manuel* y *Juan Francisco*, a los que bauticé, e incluso administré la Primera Comunión al mayor.

También de primera hora fue la amistad que hice –y que ha perdurado, aumentada cada día– con *Juan Miguel Marqués Chilet*– que no sólo ha sido mi gran colaborador a la hora de trascribir al ordenador mis manuscritos, sino que me ha ayudado, con total disponibilidad y ánimo pronto y decidido, en cuanto le he solicitado. Y desde él, mi amistad se extendió, de forma espontanea, a su mujer *Lolín* y a su hijo *Michael*. Con ellos tres realicé varios viajes, entre los que recuerdo con especial afecto el que hicimos a Roma –éste en compañía de otros queridos amigos– y el que realizamos por Córdoba, Sevilla y Granada.

Por estos mismos años iniciales de mi estancia en EPLA, yo solía bajar a tomar el café, después de comer en la comunidad, en el bar del Colegio y allí poco a poco fuimos conformando una especie de "grupo de tertulias jocosas", que duró hasta que un tal "huelelibros" –alguien que, para dárselas de entendido en el arte de la imprenta, solía valorar los libros por el olor de su papel y su tinta– consiguió desintegrarlo. No obstante, de aquellas tertulias nacieron para mí dos nuevas y buenas amistades que han continuado vivas en mi corazón: la de *Marta Cestero* y la de *Inma Tudela*, que bien pronto se prolongó a la pequeña –y siempre querida– *Inma*.

Nació igualmente, en aquellos mis primeros años "eplenses", una buena amistad con *Pilar Sanz*, la enfermera de EPLA, "la doctora Quinn", como yo cariñosamente la llamaba. Ella, aparte de cuidarme y prestarme con amabilidad sus servicios profesionales, incluso en horario extraescolar y hasta festivo, siempre se mantuvo, ya semi-jubilada, cercana a mí. Mi amistad con ella alcanzó, como es natural, a su marido *Valentín Bermejo* y a su hijo *Andrés*. También con ellos viajé a Roma y les hice, con gusto, de "cicerone".

Por esta misma época –más o menos– trabé amistad con un buen hermano mío en religión, *Elkin de Jesús Palacio Landázuri*, al que yo había conocido siendo él seminarista en 1987 y que ahora se encontraba de comunidad en la Colonia San Vicente Ferrer de Burjassot. Con

su bondad natural y su buen humor, siempre pronto a manifestarse en ruidosas, pero sinceras risas, se ganó bien pronto mi corazón y nuestra amistad ha perdurado a través del tiempo.

Entre los alumnos y alumnas que traté en aquellos años iniciales en EPLA, perduró, a lo largo de los años, la que establecí con *Marta Moreno*, a la que conocí cuando acompañada de algunos de sus amigos y amigas, venía a mi despacho, aprovechando alguno de los recreos, y entablábamos entretenidas conversaciones. Bien pronto se integró en el Equipo de Pastoral como Monitora, y aunque después durante sus estudios de Periodismo no pudimos frecuentarnos mucho, siempre se mantuvo vivo el vínculo afectivo surgido entre nosotros. Cuando se quedó sin trabajo –a causa de la crisis surgida hacia 2009– conseguí integrarla en el grupo de monitoras del Comedor escolar y acompañantes de Autobús. Después –no sin mucho luchar– pude lograr que fuera contratada como profesora y nombrada incluso, a sugerencia mía, Jefa del Equipo de Pastoral del Colegio. Tarea que ha venido desempeñando con toda maestría y competencia. Mi amistad con ella –a la que ya en 2004 me llevé a Roma en compañía, entre otros de mi sobrino Herminio, para conocer "mi" ciudad– se amplió, con el tiempo, a su marido Juan, también él una muy buena persona.

Nombrado ya administrador, fui haciendo paulatinamente amistad con *Susi De Paz* y su familia –*Emilio*, su marido, su hijo mayor *Emilio* y su hijo menor *David*– y también con ellos –que tuvieron siempre muchos detalles conmigo– realicé varios viajes y excursiones –aprovechando el puente de octubre o vacaciones– a Roma –donde estuvimos dos veces– y distintos lugares de España.

Por estos mismos años, conocí a una buena persona, a la que la muerte se llevó tempranamente, pero que siempre ha seguido viva en el afecto de mi corazón. Fue *Adolfo Mori*, venezolano e hijo de asturianos, que se asentó en España a raíz de la revolución bolivariana capitaneada por Chávez. Esta amistad se proyectó también a su esposa *Dulce* y a sus hijos *Adolfito* y *Tomás* y se expresó en la colaboración que procuré prestarles durante el tiempo que permanecieron en España tras la muerte de Adolfo, padre. Con el tiempo, se produjo un cierto distanciamiento entre nosotros, pero, aunque no hayamos frecuentado últimamente nuestros encuentros, el afecto hacia ellos ha permanecido vivo en mí.

Íntimamente unidas a mi condición de escritor, surgieron las amistades con *José Luis Martín Montesinos* –el impresor de casi todas mis obras escritas en EPLA– que se mostró siempre solícito a atenderme y que tuvo conmigo, especialmente, en los años de mi jubilación, cantidad de detalles nacidos de su afecto y aprecio hacia mí. Y junto a esta amistad –y en íntima unión con ella– surgió también la que establecí con *Vicente Sempere* –el comercial de la imprenta de José Luis– siempre pronto a recoger mis encomiendas y conversar un rato conmigo de los mil temas que él siempre llevaba en cartera. La amistad con Vicente se extendió, como es natural, a su esposa *Marisol* y a los hijos, nueras y nietos. Y a través de Vicente, conocí también a mi querido doctor *Pepe Lacruz*, siempre dispuesto a prestarme su desinteresada ayuda en cuantas cuestiones médicas me llevaron al Hospital La Fe, tanto en su primera, como en su segunda ubicación. Con *Vicente* y su mujer *Marisol*, con *Pepe* y *Mara*, su pareja, realicé un precioso viaje a Roma que, para algunos de ellos era ya el segundo que hacían conmigo. En el primero se habían sumado Pepi –nuestra cocinera comunitaria–, una buena amiga suya, Adolfito y Tomi.

Dentro del elenco de amigos más cercanos y queridos, quiero destacar la relación que, a partir más o menos de 2011, me fue uniendo a *Franc Jiménez* y a *Carmen Benlloch*, que poco a poco se fueron convirtiendo en dos buenos amigos míos y asiduos acompañantes de mi camino vital, precisamente en la época en que se fueron haciendo presentes en mí algunos achaques y enfermedades.

A *Franc* lo conocí cuando aún era alumno y desempeñaba por las tardes la tarea de recepcionista, cuando se hacía necesario suplir al titular. Bien pronto, me percaté de su bondad natural y de su pronta disposición a atenderme con amabilidad en cuanto pudiese necesitar. Y cuando ya Luis, dadas sus obligaciones familiares, no podía atenderme con la libertad con que lo había venido haciendo, Franc se convirtió en mi nuevo chófer particular. Yo le animé después a que hiciera magisterio y el mismo año en que concluyó estos estudios pude conseguir que lo contrataran como profesor de Infantil, donde ha llegado, con el tiempo, a desempeñar una magnífica labor como coordinador de esta importante y delicada etapa de la educación. En unas vacaciones de Semana Santa, lo llevé a Roma –en compañía de *Ricardo*, el cura de San Bartolomé de Godella– y tuve la dicha de mostrarles aquella ciudad tan querida para mí.

A *Carmen* no la encontré yo, sino que fue ella la que me encontró a mí. Yo, para entonces, ya tenía cierta relación con su familia, pues tanto a ella, como a su hermana Ana, les había administrado la Primera Comunión y entre sus padres y yo había surgido una cierta empatía. Pero fue, a raíz de su Confirmación, cuando empezó la verdadera historia de nuestra amistad. Ella, un día cuando yo bajé, como acostumbraba a hacer todas las mañanas, a tomar en el bar del Colegio mi café temprano, me estaba esperando en recepción y me dijo si podía hablar conmigo. Subimos a mi despacho y, sin demasiados preámbulos, me soltó:

– *¿Quieres ser mi padrino de Confirmación?*

Y yo, sin pensármelo tampoco, le respondí, casi antes que ella terminara su pregunta:

– *Por supuesto que sí.*

Fui, pues, su padrino de Confirmación –el 12 de mayo de 2012– y, a partir de entonces, nuestra amistad fue creciendo y extendiéndose a su familia: a su padre *Javier*, a su madre *Carmen Cervellera* –que logré que entrara en EPLA como profesora de Bachiller al comenzar el curso 2012-2013–, a su, también para mí muy querida, hermana *Ana*, a sus abuelos maternos *Enrique* y *Carmen Pérez* y a su abuela paterna *Araceli Soria*. En dos ocasiones me acompañó Carmen a Roma –una de ellas con su hermana Ana– y en otra ocasión pude llevar para que conocieran la Urbe a sus padres. Carmen me regaló varios cuadros pintados por ella y entre ellos tuve especial cariño a un *león* que siempre tuve en mi despacho y que representaba para mí la fuerza y el coraje que distinguieron mi carácter.

Como el pequeño grupo que llegamos a formar, Franc y Carmen siempre se mantuvieron cercanos a mí, turnándose a veces, en el servicio de llevarme de aquí para allá en coche, siempre que lo necesité. Y los tres –ellos dos y yo– realizamos varias salidas y excursiones por España.

¡Gracias Carmen, gracias Franc por todo lo que gratuitamente me disteis! ¡Gracias, gracias…!

Con los años, nuevas amistades fueron surgiendo en mi vida, dentro del entorno de EPLA. Entre ellas quiero destacar, como colofón de este apartado que ya se está alargando demasiado:

- La que establecí con estas profesoras y sus familias: con *Cristina Sánchez* y sus padres; con *Mª José Mir* –que tanto ayudó, al igual que Cristina, en la formación de mi sobrino Herminio cuando estudió en EPLA– y con su marido *David* y sus hijos *David*, *Paula* y *Bárbara*, y con *Mariola Giner* –alumna mía en Monte Sión en los años 1981-1983–, su marido, *Agustín* y sus hijos *Agustín* y *Mariola*.
- La que me unió con *Manolo Miragañ* –el jefe de mantenimiento que contraté al retirarse Manolo Hernández, y que se mostró siempre para mí como un amigo fiel y servicial, dispuesto en todo momento a llevarme donde hiciese falta, tuviese, o no, jornada laboral en el Colegio– y con su mujer –*Mari-Carmen*– y sus hijos *Alejandro* y *Josep*. Y también la que nació entre *Beto Urruty* y mi persona. ¡Gracias, Beto por el gran detalle que tuviste de regalarme un precioso cuadro pintado por ti, de una encantadora jamaicana que me alegró desde ese día la vista, cada vez que la contemplé colgado en el pasillo de mi despacho.
- Las que trabé con *Nuria Heras* y pareja *Jymmi*, que estuvieron pendientes de mí; con *Nuria Verdés* y su marido *Javi* a quienes tuve la dicha de asistir, como testigo eclesiástico en su matrimonio. Ella –enfermera de profesión y vocación– cuidó con ternura y profesionalidad de mí cuando más necesité de cuidados médicos y esto es algo que nunca le podré agradecer lo bastante. ¡Gracias Nuria, no sólo por lo que hiciste, sino, sobre todo, por el cariño con que lo realizaste!
- Y la que, a partir de mi intervención de vesícula en 2015, fue naciendo entre el doctor *Payma* y yo. Él fue también quien me operó del cáncer de Colon y quien siempre estuvo atento y pronto a solucionarme todo lo que a nivel médico pude necesitar. A él y a su hija *Carmen* los llevé conmigo dos veces a Italia. La primera a *Roma* y la segunda a *San Giovanni Rotondo*, con ocasión de presentar allí mi libro *San Francesco e gli esclusi*! Gracias de corazón, Payma, por todo lo que hiciste por este pobre "pater", como tú siempre me llamabas, siguiendo la tradición del Ejército español, al que tú llegaste a servir como coronel!

XXXIV

La FUNLAM y yo

Como ya sabéis –pues en sus momentos os lo he ido contando– mi relación directa con la FUNLAM (entonces *Fundación Universitaria Luis Amigó* y, desde el 10 de noviembre de 2016, *Universidad Católica Luis Amigó*) comenzó en enero de 1997 y se alargó propiamente hasta septiembre de 2007.

Fueron tan sólo diez años, pero muy intensos y, aunque de ellos os he ido trasmitiendo los datos fundamentales, he querido dedicar este penúltimo capítulo de las "memorias de mi corazón" a presentaros de forma unitaria y con más detalle lo que hubo entre *la FUNLAM y yo*.

1. *Inicios y secuencia de una década*

Sí –como os acabo de decir–, fueron sólo *diez* los años de mi directa implicación en la marcha de nuestra Universidad colombiana. No fueron muchos, pero sí muy intensos.

La antesala de esta relación –tal como dejé constancia en el Prólogo de mi libro *Identidad Amigoniana en Acción*– tuvo como escenario el fogón de la cocina de nuestra Curia General –en noviembre de 1996– cuando yo me encontraba allí de visita y cocinando para los de la casa una sabrosa *paella*, plato típico de mi tierra valenciana, y el padre Marino Martínez, rector entonces de la FUNLAM, y de visita también en Roma, se me acercó y me propuso traducir para los seglares los contenidos de mi tesis doctoral *Testigos del Amor de Cristo*, para que pudiese servir de texto base en una *Cátedra de Identidad Amigoniana*, cuya creación era un sueño larga y tiernamente acariciado.

También me habló entonces de lo urgente que era para él el trasmitir, a todos los profesores y empleados de aquella Fundación Universitaria,

los principios y valores que identifican el *ser y hacer amigoniano*, a fin de que fuesen precisamente, ellos, los primeros trasmisores de nuestra *Identidad* entre el alumnado. Fue la primera vez que yo le escuché esta idea –o mejor aún este sentimiento– que le oiría expresar varias veces después: la FUNLAM es difícil que pierda en un futuro su condición de *Universidad*, pero sí que puede perder pronto la dimensión de *Amigoniana*, si, desde ahora, no empezamos a cimentarla bien.

De momento –le dije yo–, lo de traducir mi tesis doctoral para seglares o –dicho de otra manera– lo de traducir su lenguaje, primordialmente *teológico*, a uno más explícitamente *pedagógico*, lo veía como un proyecto de futuro que aún tenía que ir madurando, pues, aunque la idea me apasionaba, no la veía clara de momento. A lo que sí –le dije– que me podía comprometer desde ya, era a impartir unas conferencias a profesores y empleados en general, en las que les pusiera de manifiesto los principales valores que nos identifican como amigonianos.

Aceptada, pues, esa opción que yo le proponía como de realización inmediata, el padre Marino lo organizó y dispuso todo, para que, de camino a Chile –donde yo acababa de ser destinado y a donde tenía previsto viajar hacia mediados de enero de 1997–, me detuviese unos días en Medellín e impartiese un primer ciclo de conferencias –todas de carácter netamente amigoniano– en la FUNLAM.

Y así lo hice, impartiendo el ciclo de conferencias que en su momento os he detallado y que, como sabéis fue publicado en la revista *Alborada*, como edición especial por sus *40 Años*. En su editorial escribí:

– *Hay un texto en la Biblia que, en cierto modo, nos hace recordar esos cuentos de piratas que todos, alguna vez, hemos escuchado en nuestros primeros años.*

Siempre los piratas encaminaban sus pasos en busca del tesoro perdido, aunque, muy de tarde en vez, veían coronado su sueño.

El texto bíblico es aquel en que Jesús dice que "el Reino de Dios es semejante a un tesoro escondido que, al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel (Mt. 13,44).

El tesoro al que Cristo se refiere –añadía yo– *es el tesoro de la propia identidad personal, el tesoro que da sentido a la vida hu-*

mana, el tesoro, en definitiva, de la felicidad. Es, éste, el único tesoro que hace "sabio" al hombre, pues sólo el que aprende a vivir feliz, "saborea" la vida.

Y precisamente, uno de los grandes y graves problemas de la civilización actual es, con demasiada frecuencia, la falta de identidad. La cultura –así llamada "posmoderna"–, en su afán por romper con el pasado y "empezar de cero", ha sumido a muchas personas –y particularmente jóvenes– en una especie de desorientación vital que, no raramente, se encuentra en la base de frustraciones y depresiones, tan de moda entre los hombres de nuestro tiempo…

No obstante, como la crisis de identidad no ha afectado sólo a las personas concretas, sino también a las instituciones, nuestra universidad es consciente de la necesidad que tiene en estos momentos de profundizar en las raíces inspiracionales de su propio "ser" para asimilarlas y poder dar razón de ellas. Y precisamente por esto, ha iniciado todo un proceso de investigación a fin de clarificar y poder llegar a definir conceptualmente qué se entiende por Universidad Católica Amigoniana.

Desde Chile, aún regresé a la FUNLAM –del 20 al 31 de mayo de aquel mismo 1997– e impartí el mismo ciclo de conferencias para personas que no habían podido asistir al de enero.

Dos veces más, me hice presente en Medellín, desde Costa Rica, del 20 al 27 de septiembre dentro aún de 1997 y del 10 al 17 de mayo de 1998. Las conferencias impartidas en estos viajes –cuyos títulos también os he explicitado en su momento– fueron publicadas en el folleto *Identidad Amigoniana*, impreso en la propia FUNLAM y en cuya editorial escribió el padre Marino:

– *Tienes en tus manos un precioso texto en el que el autor, desde su experiencia y saber amigonianos, bebidos en las más puras fuentes congregacionales, nos hace pensar, con un lenguaje cálido y delicioso, desde el humanismo vertido en las Sagradas Escrituras, pasando por el Evangelio vivido por Francisco de Asís y traducido por Luis Amigó, hasta una concepción carismática continuada por sus hijos los amigonianos, en una pedagogía moralizante, que fue recorriendo caminos hasta llegar al ser de la Ciencia Pedagógica.*

En sus páginas encontrarás el saber del "ser" y la variedad de la cultura del "tener", esencia y núcleo de lo que se ha venido configurando, entre quienes trasegamos por los claustros universitarios de Amigó, en la "Identidad Amigoniana", como el talante que nos distingue, la motivación que nos anima y el espíritu que vivifica todas nuestras acciones..

Ya como residente en EPLA, de los *nueve* viajes que, desde aquí, hice a Colombia, fueron *cinco* los que realicé expresamente para impartir alguna conferencia en la FUNLAM.

El primero de esos cinco tuvo lugar del 1 al 25 de noviembre de 1999 y durante el mismo pronuncié –el día 3– en la sesión inaugural del *Simposium Internacional sobre el "Papel de las Comunidades Terapéuticas*, organizado por la propia FUNLAM, mi conferencia *Perspectiva Humanista*, que sería publicada por la revista *Surgam* (n. 464). En ella dije, entre otras cosas:

– *Por uno de esos avatares imprevistos que, de cuando en vez, tiene la historia, me tocó ser testigo de primera línea de los pasos iniciales dados por la pedagogía amigoniana dentro del campo específico del tratamiento terapéutico de las drogodependencias.*

¡Cómo no recordar ahora –con cariño y nostalgia a un tiempo– el énfasis –de tono parlamentario y rallante con el de mitin político–, con que el gran pionero de esta causa dentro del mundo amigoniano –el padre Marco Fidel López– defendió, con el abundante verbo que le caracteriza, la implicación de los terciarios capuchinos en la labor terapéutica entre los usadores de estupefacientes, durante las deliberaciones del máximo órgano de gobierno de la congregación, reunido en capítulo general el año 1983!

Acababa entonces, el padre Marco Fidel, de asistir en Italia a un prolongado y exigente curso de preparación para monitores especialistas en terapias encaminadas a la recuperación de los drogodependencias. En su decir –ya fluido por lo común– se apreciaba en aquellos momentos lo hondo que toda aquella experiencia había calado en su "sentir", y yo recuerdo, con viveza, cómo uno de los argumentos principales que usó, para convencernos, a los allí presentes, de la bondad de su inquietud, fue precisamente el resaltar la hermandad existente entre el sistema pedagógico propio de la congregación y el empleado en el campo terapéutico…

Y para finalizar, permitidme que os participe un "viejo sueño", que, de alguna manera, empieza ya a ser realidad.

Me refiero a las "comunidades terapéuticas" orientadas a la recuperación de los drogodependientes "adolescentes".

La situación psicológica de estos pacientes –muy distinta a los usadores de drogas ya adultos– exige que la metodología y terapias a seguir con ellos tengan que ser, a menudo, diferentes a las experimentadas con satisfacción entre los mayores.

Si me permitís la comparación, el drogodependiente adulto es, por lo general, como "un avión en fase de aterrizaje"; es una persona que ha tomado ya conciencia de su situación real; se ha percatado de que o "pisa tierra" de una vez por todas, o se despide de la vida, y acepta voluntariamente –aunque con las limitaciones propias de una libertad dañada por las dependencias– someterse a una cura que –sabe– será muchas veces dolorosa.

Frente a él, el adolescente consumidor de estupefacientes es –continuando la comparación– como un "avión en fase de despegue", que, por la misma naturaleza de la maniobra, piensa en todo, menos en tomar tierra. Es la edad de los descubrimientos, de las nuevas experiencias y de los altos vuelos. Es muy difícil que, en ella, pueda la persona adquirir conciencia clara de que se está jugando la vida y de que debe, en consecuencia, encontrar la manera de recuperarla y de aferrarse a ella, prefiriendo su goce pausado y duradero a las delicias fugaces del momento.

Con un cuadro tal de la situación –en su mente y en su corazón– difícilmente puede el joven adolescente aceptar voluntariamente una terapias pensadas y articuladas para quienes aceptan seguirlas con unos mínimos de libre compromiso.

¿Cómo posibilitar mejor y con mayores garantías de éxito que puedan, dichos adolescentes, comprender que, "aunque estén empezando a despegar tienen necesidad y urgencia de tomar tierra"?

¿Cómo elaborar programas, cada vez más eficaces, para su recuperación?

He aquí el "sueño" y he aquí también un "empeño" del que pudiera hacerse "adalid" esta Fundación Universitaria.

Finalizado el Simposium, aún permanecí unos días en la FUNLAM e impartí a su personal un nuevo ciclo de Conferencias en el que recogí

las seis editoriales que había publicado en 1999 para la revista ZUYCA y que serían editadas también por la Universidad, como *Identidad Amigoniana II*.

En su editorial, escribía, entre otras cosas, el padre Marino:

– *Es misión de la Fundación Universitaria Luis Amigó, propender por la calidad de vida de la niñez y de la juventud, de la familia y la sociedad, y para ello, se erige como un centro humanístico cristiano…*

Identidad Amigoniana II es precisamente un aporte en esta dirección. En él se propone un nuevo paradigma: el de los seres humanos con libertad y en felicidad, con responsabilidad y fortaleza y con un sentimiento capaz de superar el mundo del método. Y todo ello en ambiente de familia…

Fue en este viaje, cuando sucedió el hecho que ahora os contaré y que hubiese podido marcar "un antes y un después" en mi trayectoria vital posterior:

En esta ocasión el vuelo desde Madrid a Bogotá, dados los vientos favorables de cola, se adelantó casi una hora sobre el horario previsto y cuando yo me acerqué al mostrador de "Avianca" –la compañía con la que yo solía viajar, pues sus azafatas, aparte de ser más bonitas, eran mucho más educadas y sobre todo tiernas que las de Iberia– para confirmar el vuelo de Bogotá a Medellín-Río Negro, la señorita, amable y servicial, me dijo:

– *Señor, si desea puede embarcarse en el vuelo anterior al que usted tenía previsto.*

Yo, en un primer momento, dudé, pues –en aquellas época en que no se tenían, por lo común, teléfonos móviles y había que concretarlo todo con tiempo– yo ya había quedado con Marino en qué vuelo y hora llegaría a Medellín y no veía claro adelantarme, por lo que, como escusa le respondí a la señorita:

– *Casi mejor me espero al que tenía previsto, pues temo que no llegué conmigo mi equipaje.*

Pero ante mi temor ella replicó enseguida:

– *No se preocupe, señor, las maletas de los viajeros que venían de Madrid y que continuaban a Medellín ya han sido embarcadas todas en el vuelo que va a salir ahora.*

Ante tan contundente argumento, yo pensé que me daba igual esperar una hora más en el aeropuerto de Bogotá que hacerlo en el de Medellín hasta que llegase Marino, y le dije a la señorita:

– *Me ha convencido, usted, deme la carta de embarque para el vuelo que va a salir y muchas gracias.*

Y así fue, me embarqué en aquel vuelo y con una hora de adelanto llegué al aeropuerto de Río Negro, recogí mi equipaje –que, tal como me dijo aquella señorita, llegó en mi mismo vuelo– y me dispuse a "armarme de paciencia", mientras llegaba mi amigo.

Bien pronto me llamó la atención, la cantidad de militares que, armados con fusiles, merodeaban por dentro del aeropuerto y sus alrededores, y, curioso, pregunté:

– *¿A qué se debe este despliegue extraordinario de militares?*

Y la persona a la que había dirigido mi pregunta me respondió:

– *Los guerrilleros están en las inmediaciones, haciendo "pesca milagrosa".* (La pesca milagrosa fue una práctica muy usada por las guerrillas colombianas, especialmente entre los años 1998-2000, para capturar rehenes. Detenían los coches –especialmente taxis– y a sus ocupantes les pedían la documentación y les obligaban a hablar. Y tanto si sus documentos eran extranjeros o el hablar le delataba como tal, se llevaban consigo al interesado).

Yo, a pesar de lo alarmante, de la situación, permanecí tranquilo, pensando que pronto llegaría Marino, me recogería y él, como buen conocedor de la situación, me llevaría con seguridad a casa.

Pero pasó una hora y otra hora y otra más –y cuando ya empezaba a anochecer y Marino no aparecía, me decidí a llamar al teléfono fijo de la FUNLAM y allí me informaron que Marino había salido hacía más de cuatro horas a recogerme y que les extrañaba mucho que no hubiese llegado y empezaron a temer lo peor, teniendo presente lo extremadamente violenta que estaba entonces la situación en Medellín y alrededores a causa de la guerrilla. (En realidad a Marino, gracias a Dios, no le había pasado nada. Lo que sucedió es que, entrando al aeropuerto, preguntó en información a qué hora tenía prevista la llegada el vuelo en el que presuntamente viajaba yo, y le informaron que ese vuelo no llegaría, pues en Bogotá se había cerrado el aeropuerto a causa de

una fortísima tormenta y no saldrían ya vuelos hacía Medellín hasta la mañana siguiente. Ante esta situación él pensó que, en vez de bajar de nuevo a Medellín y tener que recorrer a la mañana siguiente los casi 37 km., que separan ambas poblaciones, lo mejor era quedarse a dormir en casa de una familia amiga, como hizo).

Cuando yo me había hecho ya a la idea de dormir en alguno de los asientos del aeropuerto, un guardia me dijo:

– *Señor, el aeropuerto va a cerrar ya pronto sus puertas y nadie puede permanecer dentro.*

Me hice, pues, a la idea de que tenía que bajar a Medellín fuese como fuese, y en éstas se me acercó un viejo taxista que se ofreció a hacerme él la carrera hasta mi destino. Yo acepté su oferta, pero al ver que él, en vez de ponerse al volante de su coche, se fue a llamar por teléfono, me alarmé (pues había oído varias veces que algunos taxistas estaban en connivencia con los guerrilleros y les avisaban cuando llevaban "buen pescado" para su "pesca milagrosa") y saliendo de aquel taxi, me topé con un joven taxista –que mi instinto me hizo intuir que era buena persona– y subiendo a su coche, salimos de allí antes incluso de que el viejo hubiese vuelto de su conversación telefónica.

Tan pronto como arrancamos, el muchacho me dijo:

– *Mire, Señor, la situación está muy caliente. Los guerrilleros llevan todo el día haciendo escaramuzas por las distintas vías que comunican Medellín con el aeropuerto. Yo creo que la que tengo pensada es la más segura, pues hace poco, subiendo, he visto por allí al ejército.*
– *Haga* –le dije yo– *lo que usted considere mejor.*

Al bajar por el camino escogido –creo que fue la vía de Las Palmas, pues descartó enseguida la de Santa Elena– aún vimos en las cunetas algún guerrillero muerto y un gran despliegue de soldados.

Con el corazón en un "puño", pues, llegué a la Universidad y cuando, ya dentro del edificio y con las puertas exteriores cerradas, empecé a sentirme seguro, fue tal el desasosiego que me cogió –fruto de los nervios contenidos– que, a pesar de que allí ya era media noche y yo llevaba más de 30 horas sin dormir, no pude "pegar ojo".

Cuando a la mañana siguiente conté a Marino y a los empleados de la Universidad lo sucedido, me dijeron que había sido muy insensato

y me había expuesto a un secuestro "casi cantado". Me advirtieron, además, que, en un futuro, ante una situación similar, me hospedase en alguno de los hoteles situados en las inmediaciones del aeropuerto y allí me recogerían al día siguiente.

Viendo la alarma causada en aquel personal que tanto me apreciaba, aún tomé más conciencia del peligro en que me había visto envuelto.

Con el tiempo, muchas veces me he parado a pensar qué hubiese sido de mi vida si en 1999 se hubiese consumado aquel "secuestro". Seguramente, tras mi posible liberación ya no hubiese sido el mismo y muy posiblemente también no estaría escribiendo ahora estas líneas.

Al año siguiente –en 2000– volví a la FUNLAM en un viaje que se alargó del 30 de abril al 17 de julio.

En esta ocasión, dicté, en primer lugar, el 5 de mayo, en la sesión inaugural del *IV Congreso Latinoamericano de Pedagogía reeducativa*, mi conferencia *Entre el método y el sentimiento* que fue editada por la revista *Surgam* (n. 465), en la que, entre otras cosas, dije:

– *Hablar de la pedagogía amigoniana como una realidad que –en su hacerse y devenir histórico– se ha movido "entre el método y el sentimiento", no es, sino hablar, al mismo tiempo, de una pedagogía cuyo objetivo se ha movido de forma armónica "entre la educación de la voluntad y la educación del corazón"; entre "la ética del obrar y la estética del ser", o, si se prefiere y por usar una comparación del propio Luis Amigó, "entre el bien" –entendido como comportamiento adecuado– y "la verdad", como englobante de ese sentimiento humano que identifica el ser de quien es, con propiedad, "persona"…*

  Llamados "a ser testigos de amor y de humanidad y profetas del sentimiento humano", los primeros amigonianos –sin caer en paternalismos y sin renunciar nunca a una sana y seria exigencia cuando las circunstancias así lo requerían– basaron fundamentalmente su método educativo en la fuerza trasformadora del sentimiento mismo. Eran conscientes de que, cuando la persona "se siente querida", sus reticencias ceden y ella, dejando aparte el baluarte de su "yo", se va abriendo a los demás, va creciendo así en humanidad y va, poco a poco también, humanizando sus comportamientos…

Como es natural, todo ese entramado de sentimiento que existió desde el principio en la pedagogía amigoniana; que constituyó el fundamento mismo de toda su filosofía antropológica y que se hizo "camino y meta" de su acción, no era algo abstracto o etéreo, sino que, también desde los inicios, se hizo realidad y vida en la persona misma de los educadores…

Y fue precisamente "en la persona de los educadores", donde el amor "vivido y expresado" en contacto con los niños y jóvenes con problemas, fue cobrando poco a poco el "colorido" y la luminosidad que confieren a la identidad, al talante amigoniano, el toque y el sello de la autenticidad. Un colorido y una luminosidad que, por otra parte, se distingue por los matices de la "personalización", de la "empatía", de la "fortaleza" y de la "coherencia"…

Poco a poco, desde la misma práctica pedagógica, fue surgiendo el método educativo propio de los amigonianos. Al principio fue algo muy elemental, pero posteriormente –y de modo principal a partir de las influencias científicas recibidas, en el campo mismo de la pedagogía, de las escuelas del centro y norte de Europa– se fue enriqueciendo y configurando ya como un verdadero sistema, admirado y hasta imitado por unos y otros…

Lo que sí es importante notar ahora es que el método amigoniano fue principalmente expresión del propio "sentimiento pedagógico". Fue una forma de encauzar ese sentimiento que tiende a ganar el corazón del otro desde el propio corazón, pero sin renunciar a la seriedad, firmeza y fortaleza que se necesita para que los educadores no se conviertan en paternalistas, y para que los alumnos asuman, con todo realismo vital, que el crecimiento en sentimiento y amor, sólo es posible desde la renuncia libre y gozosa al "yoismo"…

No obstante, la "pedagogía amigoniana" es una realidad mucho más amplia y rica que lo que haya podido ser o pueda seguir siendo su método. Y esa mayor amplitud y riqueza –centrada en el sentimiento educativo que inspiró, desde sus propias raíces cristianas, su nacimiento y desarrollo –se hace "vida y color" en la persona de los educadores que, desde su "vocación de artistas" –y no de artesanos– encuentran en el método un cauce que no agota

su libertad de acción en un momento concreto ni su creatividad e iniciativa ante las situaciones personales…

En el principio –concluí– *existía el sentimiento.*
El sentimiento era el camino y la meta.
En el sentimiento había vida y color.
Del sentimiento nació el método.
Pero el método no agotó el sentimiento.

Finalizado el Congreso, me dediqué ya, en cuerpo y alma, a redactar y cuidar la edición de mi libro *Identidad Amigoniana en Acción*, que fue, en realidad, la respuesta a lo que el padre Marino me había pedido, hacía ya casi cuatro años cuando nos encontramos en la cocina de nuestra Curia General en Roma. En este libro, yo siempre he visto, traducidos a categorías pedagógicas, los grandes principios y valores de la identidad espiritual amigoniana que un día recogí en mi tesis doctoral *Testigos del Amor de Cristo*.

El libro, convertido en texto base del seminario introductorio que el padre Marino estableció para todas las carreras cursadas en la FUNLAM, fue, no cabe duda, un medio importante para la trasmisión a todos los estudiantes de ésta, de los valores más identificantes de la *amigonianidad*.

Durante la elaboración de esta obra, hubo dos hechos que se me quedaron grabados. Uno fue la triste noticia de que a mi querido hermano Ricardo le habían diagnosticado un cáncer en la garganta, lo que me motivó a dedicarle –a él y a su mujer– el libro que recién estaba ultimando. El otro fue una tremenda "amebiasis" que cogí por beber el agua del grifo –sin preocuparme de beber, como sí había hecho en otras ocasiones, agua hervida o embotellada– y que se me manifestó con unos fuertísimos dolores que se hicieron presentes precisamente un fin de semana en el que yo me encontraba solo en las instalaciones de la FUNLAM.

Menos mal que, en mi desesperación, se me ocurrió telefonear, a altas horas de la noche, a las hermanas terciarias capuchinas de la Casa de Belén, quienes inmediatamente me enviaron en taxi una hermana –que se llamaba Beatriz Quiceno– quien con sus conocimientos y remedios, aprendidos de las tradiciones médicas de los buenos curanderos populares –y que cuando se trataba de trastornos intestinales

típicos del lugar eran, a veces, más certeros que los de la medicina oficial– me libró "de un día para otro" del mal que me aquejaba, expulsé toda la colonia de amebas que había invadido mis intestinos y me libré de ellas para siempre. ¡Gracias, Beatriz, siempre te estaré agradecido y siempre me he acordado de pedir por ti al Señor!

En el curso de mi tercer viaje a la FUNLAM desde EPLA, que se alargó del 10 al 17 de octubre de 2001, participé un el *Congreso Internacional de Pedagogía Amigoniana,* estructurado en torno al tema *Diálogos entre Carisma y Saber*, en el que impartí la conferencia *La Pedagogía Amigoniana, un proyecto de liberación integral*, que fue editado en las *Actas del Congreso* y en la revista *Surgam* (n. 476), en ella dije, entre otras cosas:

– *Si algo distingue todo camino cristiano –asumido y actuado en su integridad– es la "vida" y la "alegría de vivir"…*

Los últimos redactores de las más antiguas tradiciones bíblicas tuvieron la sagacidad y el acierto de recoger, al inicio mismo de tan ingente obra, su "pensamiento" –o si se prefiere, mejor aún su "sentimiento"– sobre el ser humano.

La Biblia abandonaba así la estratosfera en que se movían las viejas mitologías –empeñadas en explicar la génesis y el desarrollo de los dioses– para adentrarse en la biosfera humana…

Hecho a imagen y semejanza de Dios, el hombre aparecía, por primera vez en la historia, no como mero producto de un mundo superior, sino como reflejo, y, de alguna forma, expansión y expresión de la trascendencia. La identidad humana entraba en comunión con la identidad divina…

Uno de los grandes y permanentes valores de la Pedagogía Amigoniana ha sido el de ofertar en todo momento una educación integral –holística, como algunos prefieren denominarla hoy en día–, encaminada a propiciar la maduración armónica de la personalidad del alumno en todas las dimensiones que la configuran…

Ese sentido integrador en la educación tiene su asiento –dentro de la teología y cultura cristiana– en la visión antropológica de ésta que –vista desde la perspectiva amigoniana– ha constituido, por lo demás, el "corazón" de toda esta conferencia, que está llegando a su fin. En dicha antropología –conviene repetir una vez

más– hombre y Dios encuentran en el amor el común denominador de su propia naturaleza e identidad. Cuanto más humano es el hombre, cuanto más madura en ternura y sentimiento, tanto más reproduce en sí la imagen y semejanza del Creador. A Dios nadie lo ha visto jamás. Pero quien ama, no sólo lo descubre en los demás, sino que lo va reflejando, cada vez con mayor nitidez en sí mismo. La antropología –como decía Feuerbach en su obra "La esencia del Cristianismo"– es el secreto de la teología cristiana. Lo que le faltó decir es que complementariamente la teología cristiana, o mejor aún, Dios, es el secreto de la antropología… El desarrollo, en consecuencia, de la dimensión trascendente es nuclear en todo proyecto cristiano de educación.

Es cierto que todo lo que favorece el desarrollo del profundo sentimiento humano, es, en su misma profundidad, cristiano. Y es cierto, por lo mismo, que cuando se contribuye en profundidad a la construcción del hombre, favoreciendo "su maduración integral por y en el amor", se está realizando una labor evangelizadora, aun cuando, por diversas circunstancias no se haya podido iluminar ese mismo proceso, desde la fe. Pero es cierto también que la trasmisión de la fe, la proclamación del mensaje de Cristo, lejos de distraer el objetivo central de un proyecto educativo, lo potencia por cuanto que dicha fe y dicho mensaje conducen en definitiva al crecimiento integral de la persona en humanidad.

Y ese patrimonio –la unión entre pedagogía y evangelización, o si se prefiere, la substancial integración de la evangelización en el propio proyecto pedagógico– ha sido otro de los elementos característicos de la Pedagogía Amigoniana…

La Pedagogía Amigoniana ha constituido, pues, en este sentido "un abrazo entre naturaleza y gracia" en el mundo concreto de los niños y niñas, de los adolescentes y jóvenes en situación de riesgo o de conflicto, o si se quiere, para recordar al padre Amigó, en el mundo de quienes van por la vida alejados de la verdad y de la vida misma.

En 2005 salió publicada en la FUNLAM la biografía que escribí del padre Domingo de Alboraya *Fascinante y Controvertido* que yo me había comprometido con el padre Marino a realizar, durante el viaje que realicé –del 11 al 23 de diciembre de 2004– a Colombia para

impartir en la sede de la FUNLAM unos *Ejercicios Espirituales para hermanos y hermanas* con ocasión de los 150 Años del Nacimiento del P. Fundador. Durante este viaje que yo no incluyo dentro de los cinco que realicé expresamente para la FUNLAM, pues su objetivo ni fue estrictamente pedagógico ni estuvo centrado en labores universitarias propiamente dichas, escribí también los versos que aparecen en las cerámicas que se pusieron en las entradas del *Auditorio Santa Rita* y del *Auditorio Torrente*.

Mi cuarto viaje desde EPLA para colaborar estrechamente con la FUNLAM lo realicé del 11 al 18 de septiembre de 2006 y durante el mismo impartí sendas conferencias en cada uno de los tres días –del 13 al 15– en que se realizó el *Congreso Mariano Internacional* organizado por nuestra Universidad. Los títulos de las conferencias fueron: *Amor y Exigencia*, *Amor a la medida* y *Valores de la Amigoniedad*, que la revista *Pastor Bonus* publicó el mismo 2006, en un bloque unitario –que apareció también como separata– que tituló, muy acertadamente, *Mensaje Pedagógico de María a la Amigonianidad*. En la presentación de estas tres conferencias se leía:

– *"Espíritu y misión"; "espiritualidad y acción" están en estrecha y directa relación.*

Hablando en cristiano, espiritualidad y humanidad o son perspectivas de una misma realidad vital o no son tales. De ahí, precisamente, que el mejor, el más evidente y más fiable "termómetro de una vida espiritual integrada e integradora" sea la "calidad del propio crecimiento en humanidad"…

Tras los "fundamentalismos religiosos" sean del credo que sean, no se encuentra una verdadera espiritualidad. Es más, no se encuentra tan siquiera Dios, pues "los que matan en nombre de Él, lo han asesinado a Él previamente". Por eso precisamente, los fundamentalismos, "lejos de humanizar, deshumanizan"; lejos de crear "ámbitos de tolerancia, paz y armonía", los crean de "intolerancia, violencia y destrucción".

Ahora bien, si "hablando en cristiano" espiritualidad y humanidad están en estrecha y directa relación, "hablando en amigoniano" esta estrecha y directa relación se crea, a su vez, entre "espiritualidad y pedagogía". "Hablando en amigoniano" la espiritualidad, si es tal, además de ayudar personalmente al educa-

dor a crecer en humanidad, se va transformando en el interior de él mismo en un "sentimiento pedagógico", matizado y determinado por aquellos valores –siempre profundamente humanos y cristianos a la vez– que dan a la "amigonianidad" su "verdadera identidad" y su "característico talante de actuación". "Hablando en amigoniano", pues, la espiritualidad se transforma en una "pedagogía que encuentra en el joven en dificultad su principal sujeto de acción".

Por ello, la fe en un "Dios Padre" se hace "sacramento" entre los amigonianos, en la "adoración" del hombre, del "joven necesitado", al que hay que contribuir a "recrear", propiciando que se "sienta amado", merced a nuestra acción, con el amor individualizado, personificado con que el Creador amó en el origen –y sigue amando en la dinámica del día a día– a cada una de sus criaturas y, de modo particular y singularizado, a cada una de las personas.

Aprovechando también este viaje, concreté con el padre Marino la publicación, en la Imprenta de la FUNLAM, de la *Ortografía Rimada* del padre Domingo de Alboraya, cuyo texto rescaté, fotocopiado, del ejemplar que se conserva en la Biblioteca Nacional de España. La publicación apareció en 2007.

2. *Culminación de un entrañable itinerario*

Finalizando ya las sesiones del XX Capítulo General de la Congregación –que se celebró en el Seminario San José de Godella del 23 de abril al 2 de mayo de 2007– el padre Marino Martínez, asistente al mismo en calidad de delegado de los religiosos de la Provincia San José de Colombia y que acababa de ser elegido segundo consejero general, anunció al nuevo superior general –el padre Ignacio Calle– y al resto de capitulares, su intención de promover mi nombramiento como *Doctor "Honoris Causa" en Pedagogía* por parte de la Fundación Universitaria Luis Amigó, de la que él continuaba siendo Rector, en reconocimiento de la labor que yo había venido realizando en esa sede universitaria para dar a conocer y profundizar el *ser y hacer amigoniano* y que, de

alguna forma, había culminado con la elaboración y publicación –en el año 2000– de mi libro *Identidad Amigoniana en Acción*.

Recibida de buen grado su idea por parte de aquellos con los que la fue compartiendo, tan pronto como regresó a Colombia –sin dejar enfriar el asunto– aprovechó la reunión que tuvo el Consejo Superior de la FUNLAM, presidido por el padre José Leví Ramírez, el 5 de junio de aquel mismo 2007, para presentar su propuesta que fue aprobada unánimemente, como consta en el acuerdo 14 del Acta correspondiente a dicha reunión.

Días más tarde, el propio padre Marino y su Claustro ponían como fecha para la sesión pública en la que se entregaría dicho título, el 14 de septiembre de 2007, víspera de la Fiesta de la Patrona de la Congregación, Nuestra Madre de los Dolores y víspera también de mi cincuenta y nueve cumpleaños.

Así las cosas, el 7 de septiembre, acompañado, entre otros, por mi sobrino Richard –que, dada la enfermedad de mi hermano Ricardo, representaba a la familia–, emprendí el quinto viaje que realicé desde EPLA a la FUNLAM. Este viaje, aunque no sería el último de los que realizaría yo a Colombia –donde aún viajé en 2008 y 2009 con motivos distintos– sí que fue el último de los que hice para atender cuestiones relacionadas directamente con nuestra Universidad Amigoniana.

Tal como había sido previsto y anunciado, el día 14 tuvo lugar –en el Auditorio Santa Rita de la sede central de la FUNLAM, ubicada en Medellín– el solemne Acto Académico en el que me fue otorgado el "Honoris Causa". En este acto, además de por mi sobrino, estuve acompañado por varios amigos –entre los que quiero destacar al propio padre Marino Martínez, al padre Pedro Acosta, al padre José Oltra y al padre José Antonio Fernández– y por un numeroso público asistente en el que se dejaba sentir la amplia representación de las hermanas terciarias capuchinas de las dos Provincias –San José y Santa María– que tenían su Curia Provincial en Medellín.

En el acto, intervinieron, entre otros, el padre Pedro Acosta, con unas emotivas palabras, a las que dio como título *El cielo del tío Vives*, y el padre Marino Martínez, que se refirió directamente a la labor desarrollada por mí en la FUNLAM a lo largo de los últimos diez años.

Yo, por mi parte, pronuncié –como era obligado– la *Lectio magna*, a la que que di por nombre *La Amigonianidad*, y que sería publicada

íntegramente en la revista *Surgam* (n. 498 digital). De ella, quiero ahora entresacar, para vosotros, estos párrafos:

– *Todas las ideas que se agolpan ahora en mi interior –o mejor aún, todos los "sentimientos", porque mi personalidad está más entretejida de un discurrir cordial, que meramente lógico– todas ellas, todos ellos, giran en torno a una palabra que, de alguna manera, ha atrapado mi "ser y hacer" desde hace ya veinticinco años.*

Se trata de una palabra no exenta, para mí, de esa magia fantástica y creativa con que vuestro –nuestro– actual escritor estrella de la lengua castellana, Gabriel García Márquez, supo rodear a "Makondo". Esa palabra –a la vez "síntesis" de lo realizado y "proyecto" de futuro; a la vez "alfa" y "omega" de un itinerario– es, lo habéis podido imaginar ya "amigonianidad".

Aún recuerdo cuando me atreví a usarla por primera vez en una publicación. Fue precisamente cuando redacté –en los locales mismos de esta Universidad y por petición expresa de las autoridades de la misma– el libro "Identidad Amigoniana en Acción". En él usé el término, entre otras ocasiones, en el título de una de sus cuatro partes –y en concreto la segunda– que denominé "Soporte antropológico de la amigonianidad".

Con todo, el camino hasta llegar ahí constituyó toda una "marcha". Larga sí, pero no cansina ni repetitiva, pues cada una de las etapas que la jalonaron, cada una de las estaciones que la fueron marcando, gozó de identidad propia y no estuvo exenta de creatividad. Os invito, pues, a ver, aunque sea de pasada, cada una de estas etapas, o mejor aún, cada una de esas "estaciones" en el camino.

• 1ª ESTACIÓN. ¿Casualidad o destino?

Un día –debía ser principios de 1979– unas hermanas terciarias capuchinas residentes en la capital venezolana se presentaron en nuestra casa y solicitaron una ponencia sobre la Pedagogía del padre Amigó.

Aquella petición acabó recayendo en mí y mi primera reacción fue negarme a realizar el estudio, pero pronto, algo dentro de mí –una especie de fuerza que aún ahora no sabría describir– me impulsaba a decir sí… y ahí estaba yo, intentando salir del com-

promiso lo más airoso posible, pues… no eran muchos los conocimientos teóricos que yo poseía entonces ni sobre la persona del padre Luis Amigó, ni sobre la misma pedagogía amigoniana. De ésta última conocía el método…, pero no había tomado aún conciencia de que conocía también el espíritu que daba verdadera vida a dicha pedagogía y que confería a su método –esencialmente "conductista" en su estructura– un característico "talante humano y humanista". Dicho con palabras del "Principito", para entonces no había tomado conciencia de que "lo esencial es invisible a los ojos". No había tomado conciencia y sin embargo, sin saberlo, conocía "lo esencial" a través de esa intuición que sabe transmitir a la persona, como por "ósmosis", la sabiduría necesaria para "saborear" la vida, incluso antes de haber puesto nombre a los sabores.

• 2ª ESTACIÓN. Casi sin pensarlo

Muchas veces me he preguntado, al contemplar el camino que he recorrido en el campo específico de la amigonianidad, si hubiese podido llevar a cabo lo que he podido realizar, en el caso en que, en vez de aterrizar en Torrent, hubiese ido a parar con mis huesos en Estados Unidos (tal como en un principio habían pensado mis superiores) ¿Casualidad o destino?…

Mi estancia en Torrent… fue decisiva para mi futuro inmediato. Unos meses después de mi llegada a Monte-Sión, fue convocado el XVI Capítulo General de la Congregación… y con vistas al mismo, el padre Oltra… me propuso preparar una aportación que contribuyera a profundizar el tema de la identidad-espiritualidad propia de la Congregación…

Al trabajo que elaboramos en colaboración –el padre Oltra y yo– lo titulamos "Espiritualidad Amigoniana"…

Contemplado este estudio desde la perspectiva del tiempo y al trasluz de lo profundizado con posterioridad, observo en él algunas sombras, como el considerar la espiritualidad amigoniana, como una integración de factores –teológico-humano, eclesial, religioso…–, dando así al menos la impresión de que cada uno de ellos es, de alguna forma, independiente de los demás o de que tienen que ser integrados de forma progresiva. Con el tiempo, he ido percatándome, por el contrario, de que la propia maduración

como amigoniano –la propia maduración en los valores típicos de la amigonianidad–, si es verdaderamente tal, comporta, al mismo tiempo, una maduración integral de la propia persona en "humanidad" y en "espiritualidad", en "identidad" y en "acción"…

• 3ª ESTACIÓN. Contracorriente

Dejar Monte-Sión… supuso para mí una gran pena, que poco después se trasformaría en nostalgia. Pero entonces yo era joven –y como tal– sentía más ganas de despegar y volar, que de estabilizarme. Y por ello el destino romano que para mí habían decidido mis hermanos capitulares me llenaba de ilusión y alegría. Aquel destino… suponía también –al menos eso pensaba y soñaba yo– una magnífica ocasión para realizar mi tesis doctoral en Sagrada Escritura…

Mi sueño, sin embargo, bien pronto empezó a esfumarse, pues el padre General me pidió encarecidamente que orientara mis esfuerzos académicos en otro sentido… y encaminase mis pasos hacia la especialidad de Espiritualidad Franciscana y preparase la tesis doctoral sobre el carisma amigoniano.

Fue así como –entre dudas primero y con total decisión después– comencé a "navegar contracorriente".

• 4ª ESTACIÓN. ¿Meta o línea de partida?

Tras dos años de intenso trabajo, el 31 de mayo de 1985, pude defender en el Pontificio Ateneo Antoniano de Roma mi tesis doctoral "Testigos del Amor de Cristo"…

Pasados los momentos de euforia que acompañan la culminación de todo trabajo arduo, y silenciados ya los ecos de la fiesta que siguió a la defensa de la tesis, surgió en mi interior… un cierto sentimiento de desencanto.

Es verdad que quienes más de cerca habían seguido mi investigación… alabaron sin paliativos lo realizado… pero no obstante tales alabanzas, el sentimiento interior que bien pronto me embargó finalizado el trabajo fue… una especie de desencanto. No acababa de tomar verdadera conciencia de lo que había realizado… Sólo unos años más tarde pude, por fin, ir abriendo los ojos a la realidad y pude ir comprobando hasta qué punto mi mente se

había adelantado a mi corazón y había expresado ya, en "Testigos del Amor de Cristo", contenidos que, con el paso del tiempo, me "parecerían" descubrimientos novedosos del momento y que, sin embargo ya estaban recogidos en mi tesis. Y sólo entonces me di cuenta de la gran verdad que encierra aquella confesión del Principito, cuando contemplando su "rosa" al trasluz de los sentimientos vividos y madurados exclama: "Quizá yo era demasiado joven para saber amarla". Sí, quizá, en mi tesis mi mente había ido por delante de mi corazón, y sólo cuando éste alcanzó lo que aquella había expresado pude apreciar la riqueza que había trasmitido en mi estudio sin que ni tan siquiera yo mismo fuera plenamente consciente de la misma.

De todas formas, esa "ignorancia cordial", suscitadora del vacío que experimenté tras mi graduación romana, tuvo una incidencia muy positiva en mi inmediata vida posterior.

Lejos de dejar que me durmiera en los laureles…, lejos de impulsarme a considerar mi tesis como una meta ya alcanzada, me alentó a ver en ésta como una "nueva línea de partida" hacia lo mucho que aún quedaba por hacer.

• 5ª ESTACIÓN. Con los ojos del corazón

Libre ya de la presión académica que te obliga a usar una metodología científica y demostrativa en la que se da una importancia capital a las ideas y se suelen ladear los sentimientos, pude continuar profundizando el "ser y hacer amigoniano" con una ilusión renovada.

Si de algo era consciente al concluir mi tesis era de lo mucho que quedaba por hacer, de la gran cantidad de temas que eran susceptibles de nuevos y enriquecedores estudios.

Y uno de los muchos estudios que realicé tras la publicación de mi tesis; uno de esos estudios, fruto de la maduración que se iba produciendo en mi interior y que, cada vez con mayor nitidez, me hacía percibir el carisma amigoniano como una unidad "entre identidad y acción", fue la conferencia que pronuncié… con ocasión de la apertura del Congreso Centenario de la Pedagogía Amigoniana, que titulé "Relación existente entre carisma y pedagogía.

• 6ª ESTACIÓN. Medellín, eterna primavera

En 1997 se inicia la sexta de las estaciones que marcan, hasta el presente, mi itinerario personal tras la senda de la "amigonianidad".

No empleé, sin embargo este término "amigonianidad" –como os he dicho al principio– hasta que lo incluí en "Identidad Amigoniana en Acción". Hasta este momento, en mis distintas intervenciones académicas en la FUNLAM, hablé de "amigonianismo", dando a entender con ello que "lo amigoniano" era más bien una especie de "corriente de pensamiento", pero no había llegado aún a la síntesis total. Hablaba de identidad amigoniana, pero no había caído todavía en la cuenta de que tal identidad era "ese conjunto vital", que con el tiempo denominé "amigonianidad"…

Medellín ha sido conocido siempre –así me lo enseñasteis vosotros mismos la primera vez que pisé este bello lugar en 1987– como la "Ciudad de la eterna primavera". Pues bien, mi sueño hoy, mi esperanza, está en sintonía con este aire primaveral que distingue este ambiente. ¡Ojalá la FUNLAM continué acrecentando siempre el rico patrimonio de la amigonianidad, para que esta identidad, humana y religiosa a la vez, no pierda nunca la frescura de sus orígenes ni deje de estar al día de los avances de las ciencias humanas, teológicas y pedagógicas! ¡Ojalá, por mediación vuestra –de todos los que conformáis la FUNLAM– la "amigonianidad" respire siempre un aire primaveral, de primer verano, de vida nueva!

3. *Múltiples detalles de dos amigos*

A lo largo de este escrito os he ido presentando a distintos amigos míos –hermanos de religión unos, exalumnos y exalumnas otros, y otros más que fui encontrando a la vera de los caminos que recorrí a lo largo de mi vida– hay, sin embargo dos que, aunque ya he nombrado varias veces, es aquí y ahora cuando quiero presentároslos como amigos sinceros y entrañables. Se trata de *Marino Martínez Pérez* –superior general de mi Congregación a la hora de dar por finalizado este mi relato, y *José Antonio Fernández Grau*, que, en estos mismos momentos,

dirige el Centro Residencial Zabaloetxe de Loiu (País Vasco), confiado a los amigonianos.

Mi amistad con *Marino* –al que conocí personalmente en 1987, cuando acompañé a mi superior general en su Visita Canónica a las Casas de América– nació propiamente como tal en Roma, en aquellos años en que yo era consejero general y él, rector de la FUNLAM y que por razón de su cargo, venía con cierta frecuencia a Europa, acercándose, por lo general, a nuestra Curia General.

Poco a poco, esta amistad se fue afianzando más y más, especialmente desde que –en 1997– empecé mi colaboración directa con la Fundación Universitaria Luis Amigó.

A partir de ese momento, sus gestos de aprecio y cariño hacia mí, se fueron multiplicando. Con la generosidad que siempre le ha distinguido, no se contentaba con financiar, hasta en los más mínimos detalles, mis viajes a Medellín, ya fuese desde Chile y desde Costa Rica primero y posteriormente desde España, sino que se desvivía durante mi estancia en tierras antioqueñas con infinidad de atenciones.

Con previsión y delicadeza, reservaba para mis viajes los bonos que a él le daba Avianca por sus múltiples desplazamientos aéreos, dentro y fuera del país, y los invertía en mis pasajes, para que yo pudiese viajar sin sobrecoste alguno en clase business, a fin de que mis piernas, con deficiente circulación sanguínea, no sufriesen en demasía.

Con especial alegría y agradecimiento recuerdo las magníficas fiestas –en las que no faltó ni la música colombiana interpretada por cantantes de cierto renombre, ni la sabrosa cocina típicamente antioqueña– que me organizó en los tres cumpleaños que celebré en Medellín, el de 2006, cuando estaba interviniendo yo en el Congreso Mariano que allí se organizó; el de 2007, coincidiendo con mi estancia para recibir el "Honoris Causa", y el de 2008, del que después os hablaré con más detalle.

Respecto a *José Antonio*, ya os dejé dicho en su lugar, que nuestra amistad surgió cuando en 1995 tuvo el detalle de regalarme su dinero de vacaciones en el momento en que yo me disponía a iniciar mi "año sabático" y toda ayuda era entonces muy bienvenida. Este gesto, por supuesto, nunca ha dejado de estar vivo en mi agradecido corazón.

Posteriormente, tuve ocasión de intimar más con él, cuando en 2004 fue elegido superior provincial de la Provincia Luis Amigó y yo pasé a

ser su vicario. Es cierto que en ocasiones mantuvimos puntos de vista divergentes y hasta opuestos en asuntos concretos de gobierno, pero estas diferencias no menoscabaron lo más mínimo nuestra amistad.

Otro gran detalle para conmigo –que nunca agradeceré lo suficiente– lo tuvo en 2007, cuando él acababa de ser reelegido superior provincial, yo dejaba el gobierno de la Provincia y la FUNLAM me concedía el "Honoris Causa".

Desde el primer momento, él mostró interés en acompañarme en el acto académico en que se me concedería oficialmente el título y se mostró espléndido durante todo el viaje, no escatimando gastos, a fin de que, tanto yo como quienes de forma más cercana me acompañaron desde Europa, disfrutásemos aquel viaje lo mejor y más agradablemente posible.

Y como colofón de su esplendidez en esta ocasión, nos organizó –para mí y para mis cinco acompañantes más cercanos, incluido él mismo– tres días de descanso y relax en Cartagena de Indias, donde nos hospedamos, en habitaciones dobles, en el Hotel *Capilla del Mar*.

Durante los días que permanecimos en esta magnífica Ciudad Colonial, aparte de pasear por la encantadora Ciudad Vieja y de visitar monumentos tales como las murallas, el Castillo de San Felipe o las Iglesias de Santo Domingo o de San Pedro Claver, donde está enterrado este gran apóstol de los esclavos negros…, disfrutamos, también gracias a él, de la cocina típica del lugar, como, por ejemplo, la noche que cenamos en el inolvidable Restaurante *El Santísimo*.

Con todo, su detalle más especial, y que con más intensidad me quedó grabado en el corazón, de aquellos fabulosos días cartageneros, fue el paseo en lancha que él mismo financió hasta la Isla Grande del archipiélago del Rosario (integrado por ésta y 29 islas más), que se encuentra a unos 40 km. de Cartagena.

La noche anterior al mismo, paseando por el muelle tras la cena, José Antonio apalabró ya con el "negro Santander" –así se hacía llamar el "capitán" de aquella lancha en que viajaríamos– el precio del viaje para la mañana siguiente, dejándole en prenda 50 dólares, que la mayoría de nosotros dimos por perdidos, dadas las "pintas" que presentaba aquel "lobo de mar".

Pero no. Nos equivocamos, los desconfiados, "de cabo a rabo", pues al día siguiente, a la hora prevista, "puntual como un clavo", allí estaba el negro Santander esperándonos en su pequeña lancha.

El viaje de ida a la Isla Grande fue magnífico, cruzando, con un sol que todavía no abrasaba, aquella bahía completamente azul. Y si magnífico fue el viaje, encantadora fue la estancia en aquella paradisíaca isla con su playa de finísima arena blanca y aguas que, al reflejo del sol, jugaban con los colores azul y verde claro. Algunos de nuestro grupo se bañaron, otros optamos por tomar el sol –sin exponer en demasía nuestra blanca piel– tumbados en unas hamacas, en medio del silencio y la tranquilidad, hasta que aparecieron unos "negritos", incansables a la hora de ofrecernos pequeños suvenires a un "precio de ganga" –según decían ellos– que siempre se mostraban dispuestos a rebajar ante nuestras ofertas.

Lo mejor fue, sin embargo, la comida. Uno de aquellos negritos que merodeaban por allí se presentó con un balde lleno de pequeñas langostas que no debían alcanzar, ni mucho menos, las medidas mínimas establecidas para su captura, y que José Antonio acabó comprando –no sin el necesario regateo– en su totalidad. Después se las confió para cocinar a la plancha al dueño de un chiringuito que allí había y, con esas langostas, con un sabrosísimo y bastante grande pescado que añadió el dueño de aquel chiringuito y con unas fresquísimas cervezas que él mismo nos sirvió, comimos "como reyes". Nunca –ni antes ni después– he saboreado unas langostas como las que aquel día comí.

El viaje de regreso desde la Isla Grande a Cartagena, sí que fue ya un tanto "accidentado". Al atardecer, cuando nos detuvimos en el Fuerte del Rosario, situado en una de aquellas pequeñas islas, el negro Santander empezó a introducir un palo de escoba en el depósito de combustible, que resultó ser el "fiable medidor" del gasóleo restante. El resultado de aquella "prospección petrolífera" no fue, ni mucho menos, esperanzador. El nivel –calculado a ojo por la mancha que se había marcado en el palo, era muy bajo y el "capitán de la nave" empezó a decir que era posible que no fuera suficiente para alcanzar el muelle.

Menos mal que se equivocó y al final no tuvimos que pasar nuestra última noche en la Bahía de Cartagena, esperando que alguien acudiera a rescatarnos.

¡Muchísimas gracias, Marino, muchísimas gracias, José Antonio por vuestra sincera amistad y por todo lo que gratuitamente me regalasteis! ¡Gracias, gracias, gracias!

4. *Un regalo muy especial*

Mi título "Honoris Causa" en la FUNLAM estuvo acompañado de un regalo muy especial para mi familia.

Como ya os he dicho, ante la imposibilidad de que mi hermano Ricardo y su mujer me acompañasen en acontecimiento tan importante –a causa de la enfermedad que le venía aquejando a él–, vino conmigo, en representación de la familia, mi sobrino Richard.

Y durante su estadía en Medellín aquellos días, encontró a quien él, desde el primer momento, identificó ya como "el amor de su vida", a *Tatiana Castañeda Astudillo*.

Y así fue. El noviazgo, aunque un tanto a distancia, se afianzó en poco tiempo lo suficiente para que al año siguiente, viajásemos los familiares más cercanos –mi hermano Ricardo y su mujer, los hermanos de Richard, el abuelo materno y su pareja, y yo mismo– a Colombia para asistir al matrimonio entre Richard y Tatiana. El viaje tuvo lugar el 15 de septiembre, por lo que este año la fiesta de mi cumpleaños –eran ya sesenta años– Marino me la organizase al día siguiente.

La boda tuvo lugar el día 20 en la coqueta Iglesia de San Anselmo, de estilo neo-colonial y ubicada en el barrio El Poblado de Medellín.

Desde entonces, Taty –como cariñosamente la llamamos– pasó a formar parte de nuestra familia y puedo decir que con su ternura natural y su delicadeza y dulzura de trato se ganó en poco tiempo el corazón de todos nosotros.

Taty fue, desde el primer momento, una bendición para todos, pero de modo muy particular –como es natural– para su esposo, y yo la llegué a querer enseguida con el cariño que he sentido siempre por los miembros de mi familia más cercanos a mi corazón.

Taty fue, sin duda, el mejor regalo recibido con ocasión de mi *Doctorado Honoris Causa en Pedagogía*, concedido por la FUNLAM.

¡Gracias Taty, por todo lo que con tu buen corazón y con tu dulzura de sentimientos y de trato nos has regalado. ¡Gracias, gracias, de parte de tu tío, que te quiere, gracias!

5. *Retenido por sospechoso*

El viaje realizado a Colombia en 2007, para recibir el "Honoris Causa" había ido discurriendo todo él fenomenalmente, como fácilmente habréis podido deducir por lo que os he ido contando en este penúltimo capítulo de mis recuerdos más entrañables.

"Pero como –según le gustaba repetir a mi querido padre Luis Amigó, el Fundador de mi Congregación amigoniana– la Providencia Ordinaria de Dios suele ser el mezclar los fervores y gracias que nos otorga con penas y tribulaciones, a fin de que ni aquéllas nos engrían ni éstas nos abatan y enerven", también a mí se me agrió un tanto el dulce, cuando, después de haber viajado de Cartagena a Bogotá y haber pasado los controles y registros policiales, nos sentíamos felices y de alguna manera nos "veíamos ya en casa", tras un viaje encantador, en aquella gran sala de espera del Aeropuerto "El Dorado".

Yo, como había dejado el tabaco hacía ya algunos años –desde 1999 en concreto– decidí no quedarme, como casi todos los otros compañeros de viaje –fumadores empedernidos– en la sala destinada a los amantes del humo, sino que me acomodé con Oltra –que nunca fumó, aunque casi lo expulsaron del noviciado porque uno de los padres, más sordo que Beethoven, confundió lo de este novicio "va perfumado", que había dicho el superior, por lo de este novicio "ha fumado"– me instalé en una sala contigua destinada a los no-fumadores.

De vez en cuando, sin embargo, para matar así un tanto el tedio de la larga espera que nos aguardaba, iba a hacer alguna visita a los fumadores. Hasta aquí, todo bien.

Pero cuando ya casi nos disponíamos a embarcar, se me acercaron dos policías de paisano –después supe que eran de la brigada antinarcóticos– y me pidieron que les acompañara.

Llegamos a una sala donde se encontraban otros compañeros suyos y el que debía ser el jefe me dijo:

– *Señor ¿usted sería tan amable de colaborarnos, dejando que le hagamos una radiografía de estómago?*

Yo, que no acababa de entender nada, le contesté, aturdido como estaba, que yo si algún malestar sentía no era precisamente en el estómago, sino en el talón de Aquiles que tenía entonces muy inflamado.

El policía, quizá molesto por mi intervención, insistió con tono menos amable, aunque siempre muy educado:

– *Señor, es imprescindible que le hagamos la radiografía de estómago.*
– *¿Y si me niego?* pregunté yo un tanto enfadado.
– *Entonces, señor* –me dijo– *lo llevaremos a un hospital hasta que defeque, para comprobar si lleva, usted, o no, cápsulas de coca en su estómago.*

Al oír lo de coca, me asusté de veras y le dije:

– *Hagan enseguida la radiografía de estómago y si quieren alguna más, también.*

Me hicieron, pues, la radiografía y, al poco, viendo el resultado, me dijo aquel policía:

– *Disculpe, señor, ya puede irse. Gracias por su colaboración.*

Sin salir aún de mi asombro –y con el estado de nervios que, podéis suponer, tenía en ese momento–, les pregunté:

– *¿Serían tan amables de decirme qué les hizo sospechar que yo portaba droga?*

Uno de ellos me respondió:

– *Mire, señor, nosotros estábamos observando por el monitor* (ahí me di cuenta de que toda la sala de espera de aquel aeropuerto, estaba vigilada por cámaras) *y usted nos ha parecido que estaba muy nervioso, pues no paraba quieto durante mucho tiempo en un mismo sitio.*
– *¡Ah!* –exclamé yo– *nervioso no estaba para nada. Lo que sucede es que casi todos mis compañeros de viaje son fumadores y estaban en la sala reservada a ellos, y yo, que me había quedado con otro compañero en la de no-fumadores, iba a verles y a charlar un rato con ellos.*

A salir de aquella sala –mitad comisaría, mitad hospital– encontré allí fuera, delante de la puerta, nerviosos, a mi sobrino Richard y a otros de mis acompañantes.

– *¿Qué ha pasado?*, me preguntaban aún inquietos.
– *Nada* –les respondí– *me han retenido por ser sospechoso de narcotráfico.*

– *En fin* –les añadí– *han creído que yo era una vulgar "mula"* (así se denominan –me habían dicho– los portadores de droga escondida en su cuerpo).

Pasados los nervios, yo mismo me adelanté a hacer chistes de lo sucedido, pero la angustia que llegué a sufrir, rodeado de aquellos policías, no se la doy a pasar a nadie.

¡Qué razón tenía mi padre Fundador! Nada puede ir, por lo general, totalmente bien. Siempre hay algo que te amarga el día o algún enano que te lo jode.

XXXV

La ciencia del corazón

El padre Luis Amigó nos invitó a todos los seguidores a "aprender por experiencia la ciencia del corazón humano".

Y yo, para cerrar el breve recorrido que os he ido presentando sobre mi vida, quiero haceros ahora partícipes, en breves apartados, de los matices que yo considero más identificantes e importantes de la ciencia del corazón que, poco a poco, y entre aciertos y desaciertos –que de todo se aprende en la vida– he ido asimilando por experiencia.

Veréis que se trata más de "*cálidos sentimientos*, que de *puras y frías ideas*". Y esto guarda perfecta sintonía con lo que ya os apuntaba en el Prólogo de estos mis *Retazos del corazón*.

Os decía allí que lo que yo pretendía en mi escrito era recuperar la *memnoria afectiva* que había ido quedando grabada en el *disco duro* de mis sentimientos y me comprometía, de alguna manera, a relataros mi vida, más desde el corazón –con sus amores y desamores–, que desde mi mente. No sé si lo habré conseguido. Los jueces sois vosotros, mis lectores.

Lo que os dejaré, pues, aquí como despedida será –al menos eso intentaré– un ramillete de los sentimientos que más profundamente han ido arraigando y creciendo en mi interior y que, consecuentemente, me han ido impulsando, con más fuerza y decisión, en mis actuaciones.

1. *El amor es lo primero*

El centro –alfa y omega– de toda mi "ciencia" –o mejor aún de la "sabiduría"– que mi experiencia ha ido almacenando en mi corazón, lo ocupa el *amor*.

En sintonía con los principios del humanismo proclamado por la antropología de la que se convirtió en "altavoz" la cultura bíblica; en

sintonía con ese humanismo –con el que yo me he sentido más identificado cada vez, no porque lo ensalzara el Libro sagrado, sino porque yo mismo he ido experimentando su *bondad* y *verdad* en mi propia vida– fui descubriendo que es el *amor* lo que verdaderamente humaniza a la persona, lo que le va confiriendo el sello de autenticidad como tal y lo que le va aportando la capacidad de "saborear la vida".

Pero, en ese proceso de maduración –constante y creciente– de la persona en el amor y por el amor he ido llegando a descubrir también que no todo consiste en ir aprendiendo a *amar en verdad y de verdad* a los demás con un amor cada vez más purificado de egoísmo (la perfección absoluta, la total purificación del amor, no la lograremos nunca), sino también –y si se quiere más principalmente– en *sentirse amado*. Y ha sido precisamente este descubrimiento el que en mis enseñanzas pedagógicas –aprendidas, no en los libros, sino entresacadas de mi propia experiencia– he trasmitido siempre a mis oyentes diciendo que, así como Karl Marx afirmaba que detrás de todo problema social, se encontraba un problema económico, yo estaba completamente convencido de que detrás de todo trauma personal se escondía un problema afectivo. Y añadía que este problema afectivo no estaba provocado, por lo general, porque la persona traumatizada no hubiese sido querida –al menos pretendidamente– por parte de personas cercanas, sino porque dicha persona *no se había sentido querida*, bien fuera porque no la habían querido como ella necesitaba, bien fuera porque ella misma no se había ido educando a sí misma para sintonizar con los sentimientos que los demás albergaban hacia ella.

Y todas estas consideraciones fueron las que poco a poco me hicieron *comprender cordialmente* que el *amor* es la gran *verdad* de la vida humana; que el *amor* es el *quicio* sobre el que debe girar todo el crecimiento humano…, pero fui comprendiendo, al mismo tiempo, que la gran verdad de ese amor que va confiriendo identidad humana a la persona, no radica tanto en el amor que uno pueda regalar a los demás, cuanto en el amor que uno mismo pueda llegar a sentir y experimentar por parte de los otros.

Es más, cada vez he ido creyendo –con fe más firme día a día– que la persona no es capaz de regalar en verdad amor, si no ha tenido experiencia del amor recibido, si no se ha sentido amada por los demás. ¡Sólo quien se ha sentido amado está en disposición de aprender a amar a los demás!

Recordad, al respecto, el proceso de crecimiento del *Principito*, ese personaje creado por Antoine de Saint Exupery como protagonista de un libro que, para mí, lejos de ser un "cuento" ha sido siempre un "gran poema pedagógico", del que he ido extrayendo constantemente enseñanzas.

Ese *pequeño Príncipe* empieza a *ser grande*, cuando el zorro, con sus *terapias afectivas y relacionales* va haciéndole experimentar un aprecio y un cariño, que hasta entonces –cegado por su insultante, desmesurado e insano egoísmo– no había sabido descubrir tan siquiera en aquella única rosa de su planeta que lo quería "a rabiar".

2. *Importancia de la voz pasiva*

Os acabo de trasmitir mi convencimiento –cordial y absoluto– de que el sello de la autenticidad humana es el amor, y de que sólo quien se ha sentido amado crece en amor.

Quisiera ahora compartiros esta otra enseñanza que poco a poco fui aprendiendo también yo, a través de mi experiencia vital.

La cultura occidental, conforme han ido avanzando los siglos, ha conjugado, con creciente demasía, la *voz activa* en los verbos, olvidándose que, aunque un tanto silenciada, existe, aún hoy, una *voz pasiva*. (Los griegos tenían incluso una preciosa *voz media* que hubiera tenido mucho que decirnos en este discurso que ahora estoy manteniendo con vosotros). En esa *voz pasiva*, el sujeto, el protagonista, no es el que realiza la acción, sino el que la recibe; el sujeto no es el *factotum*, sino el que deja hacer a los demás –o, si preferís, el que se va dejando hacer, el que va creciendo gracias a la acción de los demás–, no es, en definitiva, el que *sirve* o *ama*, sino el que *se deja servir* o *amar*.

Desde esta perspectiva *pasiva*, *el amor es dejarse amar*, o como magistralmente cantara John Lennon "el amor es querer ser amado, es pedir ser amado, es saber que podemos ser amados, es necesitar ser amados", *es sentir* –añadiría yo– *que somos amados*.

¡Qué canto tan precioso el de Lennon indicando en él un camino seguro para crecer en *autoestima*, raíz y fundamento de todo crecimiento personal en camino hacia una felicidad creciente!

3. *Querer desde el "tú"*

Si en la dinámica del amor es importante, por parte del amado, conjugar la voz pasiva, no lo es menos, por parte del amante, el querer al otro, no desde el propio "yo", sino desde el "tú" de la persona amada.

Todo amor, profundamente humano tiene que tener necesariamente el matiz de la *misericordia*.

Misericordia es amor crecientemente limpio de egoísmo, es amor que favorece y crea ámbitos de afectuosa relación en libertad, y misericordia es también –y muy especialmente– *amor personalizado*.

La misericordia tiende a individualizar, a "querer al otro como es" en cada momento de su propio itinerario personal, con el íntimo convencimiento de que "a las personas, o se toma de una vez por todas la decisión de quererlas como son, o no se las empieza a querer nunca". Es decir, o se las quiere desde el "tú" –y además desde un "tú" con su identidad y circunstancias concretas, con sus luces y con sus sombras, con sus grandezas y con sus miserias– o no se las quiere en verdad y de verdad.

Cuando se quiere al otro "como es", éste se convierte para el que ama en *alguien único*.

Al *Principito* se lo descubrió el zorro hablando de la "domesticación":

– *Para mí* –le dijo– *no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Yo no te necesito ni tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí, único en el mundo. Seré para ti, único en el mundo.*

Y el *Principito*, superando la tendencia a la egolatría y al engreimiento, que hasta entonces había marcado su personalidad y no le permitía pensar sino en sí mismo, empezó a replantearse su relación con la rosa de su pequeño planeta. Una rosa que siempre lo había querido con locura y anhelaba sentirse querida por él, por más que él no percibiera su afecto. Y, a partir de ese momento, la rosa entró verdaderamente en la casa del Principito y él, en la de la rosa. Empezó a quererla en su individualidad y entonces –sólo entonces– descubrió que ella era *única*, pues era ella la que él había cuidado, la que le sonreía y le amaba intensamente desde el silencio, la que él protegía…

Y, en contra de lo que en algún momento había llegado a pensar, llevado por su inmadurez afectiva, "su" rosa no era una de tantas, no era una más entre otras muchas rosas.

Y la experiencia del Principito, lejos de ser exclusiva de él, es la experiencia de todo aquél que ha dado el paso de querer al otro en su individualidad, de quererlo "como es", de quererlo, en definitiva, desde el "tú".

4. *Sin sombra de posesión*

El *amor* –os vengo insistiendo desde distintas perspectivas, en los apartados destinados, en este último capítulo, a recoger mi "ciencia del corazón"– es la gran verdad del ser humano, el valor que confiere a este su verdadera identidad como persona.

Sin embargo, el gran desafío que se le plantea a cada persona, a todo aquél, que habiéndose sentido querido, se decide a emprender la fascinante aventura de ir madurando cada día más y más en identidad humana, es crecer adecuadamente en el *amor de verdad*.

La *afectividad*, el "lenguaje del corazón", es sin duda la mayor potencialidad que el ser humano posee para comunicarse y relacionarse con el otro.

Pero desgraciadamente, la afectividad –orientada en esencia a favorecer ese encuentro generoso con el otro que plenifica y desarrolla el ser de la persona– se ve afectada, en su misma raíz, por una fuerte tendencia a *poseer al otro*, a *apropiarse* de él. Y éste es precisamente, uno de los grandes *fraudes del amor*: el de presentar como tal, lo que en el fondo no es sino un sutil *ardid del egoísmo*. Bajo el simulacro del amor, de la generosidad, de la entrega, lo único que se busca en definitiva es "atrapar" al otro, "seducirlo" –en el sentido más etimológico del término–, convertirlo en un "objeto" al servicio del propio yo, que, en tal caso, es el único protagonista y beneficiario de la engañosa donación.

Y no se puede olvidar nunca que "el amor es libre" –"libre es el amor", como insistía John Lennon. De no ser así, ya no es amor. El amor de verdad siempre crea y respeta en sus relaciones ámbitos de libertad.

Las "celotipias" son siempre manifestaciones de un amor "posesivo" –si es que a esto se le puede llamar amor–, que embrutece en origen toda pretensión de amar.

Los encuentros personales con el otro necesitan producirse –para ser constructivos– al menos "a mitad de camino" entre un "yo" y un "tú".

Desgraciadamente en toda esta dinámica del encuentro en libertad ha habido –y continúan habiendo– demasiados engaños posesivos disfrazados de amor.

Y estos "engaños" –predecesores de grandes "desengaños"– han sido enarbolados por movimientos de distinto signo, pero todos con el común denominador de "ismos", entre los que tradicionalmente alcanzó mayor relevancia y virulencia el *machismo* que, por su propia naturaleza, ha "coronado" a algunos hombres en "reyezuelos" de su propia casa, convirtiendo al resto de integrantes de su familia, comenzando por las propias mujeres, en "objetos" –o si se prefiere "esclavos"– a su propio servicio y bienestar.

5. *Saber y saborear*

El itinerario de la progresiva maduración en el amor tiene siempre –más o menos conscientemente– como objetivo y meta, la *felicidad*.

La *felicidad*, sin embargo, no es resultado del *saber* –del ámbito de los conocimientos–, sino de ese ámbito del *conocimiento cordial*– fruto de los sentimientos experimentados y asumidos por la propia persona– que va propiciando en ésta el desarrollo de esa capacidad que le lleva a *saborear* la vida.

Saber y saborear son voces que –ya desde las mismas raíces latinas de nuestro idioma– guardan profundas conexiones semánticas e invitan, con espontaneidad, a equipar de alguna forma sus significados, como sucede, por ejemplo, en las expresiones: *éste sabe mucho* y *esto sabe muy bien*.

A partir de esas conexiones semánticas, a mí me ha gustado definir la *sabiduría* como la *capacidad de saborear la vida*, la capacidad de *disfrutar* cada momento de la misma, la capacidad de *apreciar* positivamente no sólo sus *sabores*, en principio, más agradables, sino también aquellos otros que, en un primer momento, pueden resultar más fuertes, e incluso desagradables, a un paladar que necesita ir perfeccionándose constantemente hasta percatarse, de alguna manera, que son precisamente los sabores distintos, y a veces aparentemente

contradictorios, los que –aceptados y asumidos con equidad de ánimo y aun con serena alegría– han ido configurando la propia identidad y personalidad.

Situándose en esta perspectiva, *sabiduría* y *felicidad* son, sin duda, realidades hermanadas. No en vano, los clásicos apodaron *beato* al *sabio*. Beato sí, pero con esa *beatitud* que nace de *haber sabido saborear* –y asumir con actitud positiva– las experiencias y circunstancias todas –agradables y desagradables– que fueron jalonando la propia vida.

Hoy en día –quizá más que en épocas anteriores– el hombre tiene necesidad de *saborear* la vida, de centrarse en el ser –en el íntimo núcleo de sus propios *sentimientos*– y de superar toda una cultura –cual es la posmoderna– fundada en *sensaciones* agradables que producen *bienestar* y momentos de alegría, e incluso euforia, pero que, con frecuencia, no dejan después el poso de la serena felicidad.

Frente al esto es "bueno" o es "malo", la persona debe saber discernir entre experiencias que le aportan felicidad o infelicidad, entre experiencias que le ayudan a disfrutar la vida o, por el contrario, le van quitando las ganas de vivir.

El recurso a tales experiencias puede contribuir, sin duda, a contrarrestar algunas de las más acusadas deficiencias que presenta la cultura del momento, cuales son: la *fragmentariedad*, el *relativismo y permisividad* y el *hedonismo*.

Por su propia estructura unitaria y armónica, las experiencias de felicidad pueden contribuir, en primer lugar, a superar la *fragmentariedad* en que la cultura actual ha sumido a la persona.

Quizá nunca, como en esta época, ha existido tanta "esquizofrenia" cultural y tanta ruptura existencial en las personas.

Hoy en día se vive muchas veces a nivel de *sensaciones* y las personas, al parecer, no disponen de tiempo, para analizar si esas mismas sensaciones son constructivas o destructivas para el propio desarrollo personal. No es raro encontrar por ello, hombres y mujeres que anhelan experimentar las sensaciones más encontradas –y hasta contradictorias– y acaban haciendo así de su vida una especie de combinado "agridulce" que los aboca a la desorientación y los sume, con cierta frecuencia, en la depresión.

En contraposición a este panorama de ruptura estructural de la persona, el *sentimiento de felicidad* aporta unidad y coherencia interna al

ser humano y hace que éste se *siente bien y a gusto consigo mismo*. Es un sentimiento de *"bienser"* que la persona vive en su más profunda intimidad como una agradable sensación de serenidad y paz.

En íntima conexión con todo esto, el recurso a las propias experiencias de felicidad puede contribuir también a contrarrestar, con garantías de éxito, las tristes influencias que, de cara al desarrollo integral y feliz de la persona, tienen las tendencias *relativistas* y *permisivas* de la actual cultura.

Se ha dicho que el hombre posmoderno es un hombre *sin referentes*, que en vez de ser brújula es veleta. Un hombre que ha hecho del "bienestar" su gran dios y ha justificado todo aquello que pueda estar al servicio de dicha deidad. Pero esto esconde en el fondo una gran tragedia, pues no siempre el ámbito del "bienestar" coincide con el del "bienser" y, además, ningún placer ni ningún "tener" llenan el vacío interior que experimenta la persona que *no se siente a gusto consigo misma*.

Finalmente, la *felicidad como referente* constituye un verdadero reto al *hedonismo* desbordante que hoy impera en muchos sectores de la sociedad.

El hedonismo, al absolutizar el placer, lo desvirtúa, privándolo a menudo de su natural relación con el sentimiento humano y privándolo, por ende, de su comunión con el núcleo del amor, que es el que en realidad cohesiona y estructura unitariamente la personalidad y confiere a ésta el sabor y el tono de la felicidad.

Por el contrario, la felicidad –desde el sentimiento integral del amor del que ella misma surge–, sin condenar el placer, le devuelve su verdadero rostro.

Tan pernicioso es absolutizar el placer, como condenarlo absolutamente. Y éste es el pecado que ha cometido toda moral, siempre que, perdiendo la visión unitaria de la vida y dejándose llevar por los dualismos existenciales, se ha convertido en *moralismo*. Con su rotunda condena del placer y con su clásica exaltación –y a veces absolutización– del sufrimiento y de la renuncia, algunos movimientos ascéticos, al tiempo que han podido propiciar el siempre dañino masoquismo, han privado al referente moral de la felicidad de uno de sus soportes.

Hay que potenciar siempre aquellos sentimientos que pueden conducir al hombre a la *felicidad* verdadera, a *disfrutar y saborear la vida*.

6. *Con los ojos del corazón*

Para amar al otro en su individualidad, para quererlo como él necesita sentirse querido, para amarlo desde el "tú", es imprescindible entrar en la *dinámica del conocimiento*.

Y el *conocimiento* de la persona se posibilita en la medida en que uno, sintiéndose querido y apreciado, abre esas puertas de la propia casa que sólo el amor consigue abrir y que cierra automáticamente el desamor.

El *poema pedagógico* que la Biblia enmarca en la figura del *Buen Pastor* destaca precisamente ese *conocimientos por vía del corazón*, expresado en *conocer hasta tal punto a sus ovejas*, que se llega incluso a *llamar a cada una por su nombre*. Y *llamar por el nombre*, se reviste en la cultura semita de profunda cordialidad y humanidad, pues indica que el conocimiento de la persona concreta ha superado con decisión el ámbito de lo *conceptual* y se ha internado en la esfera de los *sentimientos*. *Llamar por el nombre* implica, en definitiva, *empatizar*, compartir sentimientos a través de una cercanía efectiva y afectiva.

Conocimiento y amor se entrecruzan, pues. La persona se va dejando conocer en la medida que se va sintiendo querida y, a la vez, uno mismo puede ir amando más y mejor al otro en la medida que va conociendo con mayor detalle los resortes y matices más auténticos de su personalidad. Se conoce, en definitiva, en la medida que se va creciendo mutuamente en afecto a través de una convivencia o de unos encuentros en los que se vayan creando relaciones gratificantes y se comparta el ser. Sin "roce", sin convivencia, no hay amor y sin amor no es posible el conocimiento personal, no es posible conocer "lo esencial" del otro.

Una vez más fue el zorro el que dio al Principito una gran lección de inteligencia emocional: "Sólo se ve bien –le dijo– con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos".

Y el Principito que había sido capaz de "ver" el elefante dentro de la boa en aquel dibujo-test del aviador en el que los demás no habían logrado ver sino un simple sombrero, fue capaz, a partir de esta nueva lección del zorro, de descubrir lo esencial de su "rosa", el amor que ella le había tenido desde siempre. Y el Principito maduró en afectividad y exclamó: "Quizá yo era demasiado joven para saber amarla".

7. *Poetas de la acción*

Las verdaderas claves para establecer una relación cordial con el otro, para iniciar y proseguir junto a él un acompañamiento mutuo, positivo y gratificante para ambos –pues todos estamos llamados a ser pedagogos, *acompañantes válidos* de quienes nos rodean, *en su irrepetible aventura vital*– no son producto de la *ciencia*, sino resultado de descubrir e ir dominando, cada día mejor, un *arte*.

La *ciencia*, por su propia naturaleza, es primordialmente un producto del *razonamiento*. El *arte*, a su vez, es más bien resultado del *sentimiento*.

La simbiosis que se debe establecer entre razonamiento y sentimiento en el mundo de la educación o más bien, como es el caso concreto que aquí nos ocupa, en el mundo de las mutuas relaciones y acompañamiento del otro, la expresa –a mi entender magistralmente– Miguel de Unamuno en su novela –filosófica, como todos sus escritos– *Amor y Pedagogía*, en la que frente a una educación, un acompañamiento del otro, entendido como pura ciencia, resalta la trascendental importancia que tiene en él el arte nacido del corazón.

Desde esta perspectiva, a mí me ha gustado, desde hace ya bastante tiempo, definir a los *educadores*, o simplemente –como es ahora nuestro caso– a los *acompañantes cordiales* del otro, como *poetas de la acción*.

La *poesía* –entendida en su más original etimología como el arte de hacer, de crear algo nuevo– no puede circunscribirse sólo –y lo creo firmemente– al ámbito de la *palabra*, sino que puede y debe aplicarse asimismo al de la *acción*.

Al igual que la *palabra* se convierte en *poética*, cuando se la "preña" de sentimiento, cuando se la recrea desde él; así también la *acción* es poesía, cuando el *hacer* que por su naturaleza comporta, surge y es rodeado constantemente desde la calidez del corazón.

Poetas de la acción son, pues –a mi entender– todas aquellas personas que tienen la virtud –desde la inspiración creativa que cada día le suscitan los propios sentimientos– de vivir cotidianamente con creatividad renovada sus relaciones con el otro y el acompañamiento mutuo que junto a él haya podido establecer.

8. *Siempre en crecimiento*

La propia experiencia de vida me ha ido mostrando, con nitidez creciente, que "en esta vida, *nadie se convierte* –en el pleno sentido de esta palabra–, a lo máximo –y especialmente cuando se van acumulando los años–, *se pierde energía*". Es esta enseñanza, quizá, la que se encuentra detrás de varios dichos del *refranero* –ese "pozo de ciencia", ese "compendio de sabiduría" adquirido, no por razonamientos, sino por acumulación de seculares experiencias– que, por ejemplo, proclaman: "Genio y figura hasta la sepultura", "La chicharra muere cantando", "La cabra siempre tira al monte"…

Precisamente por ello, hace ya mucho tiempo que en mis charlas y conferencias he evitado sistemáticamente –incluso cuando me he movido en el ámbito explícitamente ascético-religioso– hablar de *conversión*, como un reconsiderar el propio rumbo vital, trayendo a la memoria de la mente y del corazón el pasado, a fin de variar substancialmente la trayectoria de futuro, previo el *arrepentimiento* y *abjuración* de los errores del ayer.

No me gusta el caminar del cangrejo –dos para delante, uno para atrás–, al igual que me ha repugnado siempre que la gente –por lo general gente sencilla y por supuesto no por culpa de ellos, sino de "moralismos" trasmitidos por quienes, quizá, menos creían en ellos– no acabase nunca de pedir perdón a Dios "por los pecados de la vida pasada", pues esta actitud me llevaba a pensar o bien que aquellas personas no se habían convencido aún de que Dios les había perdonado de verdad –y que Él cuando perdona, olvida– o bien que les gustaba recordarlos por aquello de que "cualquier tiempo pasado fue mejor".

Pienso que la vida siempre tiene que mirar y caminar hacia el futuro, siempre tiene que navegar a proa.

A mi entender, la única terapia verdaderamente válida con relación al pasado es la que se encamina a asumir, con normalidad creciente, la propia historia personal con sus aciertos y desaciertos, con sus luces y sombras…, valorando que "yo soy lo que soy en este momento concreto de mi existencia gracias a mi pasado contemplado y asumido en su integridad".

A partir de esa reflexión, la persona tiene que poner ya la mirada fija en el *futuro* y seguir creciendo poco a poco –pero sin pausa– en

esos valores –nacidos todos ellos del núcleo del *amor* que es quien les confiere su luminosidad y matices de color– como son los que Cristo proclamó en ese "arco-iris" que conforman las bienaventuranzas: la *generosidad* que nace del desapropio del ser y del tener; la *servicialidad* propia de quien no se cree el ombligo del mundo; la *fortaleza* que se necesita para seguir combatiendo cada día más las tendencias egoístas y ser así acuciantemente solidarios con los otros; la *justicia* que lucha por el "bienestar" de las personas, pero también –y con el mismo énfasis, sino mayor– por su dignidad humana y sus derechos inalienables como tales; la *misericordia* que capacita para amar a la medida de las necesidades del otro, para amarle en su individualidad, desde su "tú"; la *autenticidad* del amor, para ser capaces de amar al otro "sin sombra de posesión"; la *armonía y paz* interiores que posibiliten a la persona para ser testigo y agente de paz en el entorno, y la *decisión y valentía*, imprescindibles para testimoniar y defender –sin violencia, pero sí con entereza y sin complejos– los principios y valores que han ido dando sentido a la propia vida.

9. *El peligro de los enanos*

Antes que nada, quiero dejaros en claro, a quienes leáis estas líneas, que no me voy a referir aquí a las personas que no se han desarrollado normalmente en su físico, por causas naturales y biológicas. Éstos me merecen todo respeto y consideración.

Los que yo –aquí y ahora– calificaré de "enanos" son personas psicológicamente subdesarrolladas que, por sus propias opciones de vida, han ido volviéndose "enfermos de egoísmo", y de un egoísmo tan exacerbado en ocasiones, que "acaban llevando su "yo" en brazos, porque ya no les cabe dentro".

Algunas de las enfermedades mentales –sin dejar, por supuesto, de considerar otras causas médicas– tienen, a mi entender, profundas raíces en el subdesarrollo ocasionado por un "ego" superdesarrollado. El *paranoide*, por ejemplo, sería, en este sentido, "un enano que se cree tan importante, que llega a pensar que todo el mundo vive pendiente de él".

Al igual que el *amor* tiene la virtud de *hacer de los hombres, niños* –es decir, de hacerlos "grandes hombres" por los sentimientos de ter-

nura, conmiseración, solidaridad, servicialidad, generosidad… que en ellos suscita– el *egoísmo*, *los aniña*, los achica, los enaniza, los torna ñoños, insensibles, tacaños y así un largo etcétera, productos propios todos ellos del egoísmo humano.

Los "enanos" suelen ser, por lo general, muy *celosos* y *envidiosos* de quienes viven en su entorno, pues, en su desmesurado egoísmo, quisieran ser siempre centro de todo bien y de todo afecto. Y como, por desgracia, cada pecado lleva en sí su penitencia", su mismo vivir pendiente del bienestar y felicidad de los demás, los incapacita para disfrutar lo que ellos mismos tienen y pueden recibir, por lo que su propia "penitencia", lejos de redimirles, les vuelve cada vez más envidiosos, llegando a convertir su celotipia en una verdadera enfermedad. Junto a la envidia, cultivan también –y con muy buenos resultados– la *codicia*, almacenando bienes que, al final, ni ellos disfrutan ni dejan disfrutar a otros, siendo en esto muy parecidos a aquel "perro del hortelano que ni comía ni dejaba que su dueño pudiese comer las berzas que había sembrado". Pero lo peor de su *codicia* no es que quieran *almacenar* bienes, sino que pretendan *atrapar* el afecto de las personas, pues en sus relaciones con los demás, aparentemente altruistas, parecen repetirles como en un sonsonete: "todo esto te daré, si postrándote me adoras".

Suelen ser, además, muy *atrevidos*, con un atrevimiento sólo equiparable a su inmodestia y engreimiento, y que guarda relación inversa con su *inteligencia* –especialmente *emocional*– de la que están ayunos, y con el *sentido común* del que carecen, por lo general, absolutamente. Con su *atrevimiento* compensan, sin embargo, sus carencias, mostrándose *serviles* con los "poderosos" para, ganándose la voluntad de éstos y ayudándose de un *arribismo* –muy enraizado en ellos y falto de toda ética– y de una tendencia irrefrenable al "autobombo y autoplatillo" –del que hacen alarde, al tiempo que desprestigian a los de su entorno– escalar, ellos mismos, el "poder".

Eso sí, si llegan a alcanzar algún cargo –aunque sea de poco prestigio, pero que suponga supremacía sobre otros– suelen valerse fundamentalmente de dos normas de actuación –para ellos "sagradas" y que nacen, sin duda, de una *sagacidad*, muy desarrollada, pero orientada indefectiblemente a su propio bien– que se podrían resumir así: "Divide y vencerás" y "Sé blando con los fuertes y fuerte –a veces hasta la crueldad– con los débiles y sencillos".

Por otra parte, suelen rodearse –para parecer así ellos más importantes y que no puedan "hacerle sombra"– de medianías y aduladores más "enanos" que ellos todavía, lo que no deja de ser una verdadera proeza. Por supuesto, con su *autoritarismo* –la autoridad es otra cosa muy distinta y vedada, por su natural, a ellos– son inhibidores del crecimiento ajeno, "castrando" –siempre que pueden– las posibilidades de promoción de los más inteligentes de su entorno.

También se aferran con todas sus fuerzas a los cargos que pueden darles el prestigio, del que ellos mismos, con su feroz egoísmo, se han ido privando a nivel personal. Y como las personas "normales" tienden a no perpetuarse en los cargos, ellos acaban siendo la más típica –y triste al mismo tiempo– representación de la "aurea mediocritas" que ya los romanos deploraron en sus cadenas de mando. (Evidentemente no todos los que se han perpetuado en cargos son, ni mucho menos "enanos". He conocido personas grandes que se han perpetuado porque así lo decidieron quienes les votaron, sin ellos buscarlo. La diferencia está en que "los enanos" sí que lo buscaron y con todas sus fuerzas).

Cuando los "enanos" se instalan en el ámbito económico, como puede ser el de una empresa, los resultados son muy crueles para los trabajadores, pues el "empresario-enano" busca sólo la *eficacia de los resultados* y no tiene otra ética que la que se encamina a este fin. Su *ética* es de *eficacia*. Limita su "rol" a ejecutar acciones que le conduzca lo mejor y más rápidamente posible a lograr su objetivo y no le importa que, en el camino de producción quede aniquilado el hombre concreto. No le importa matar lo más sagrado que hay en la persona: *la ilusión por vivir*, si el resultado de su "asesinato" es productivo para la empresa.

El trabajo deja de ser así un *arte*, para convertirse en un "logro" y el trabajador pasa de ser un *artista* –un *poeta de la acción*– a convertirse en un mero objeto de la cadena de producción.

Marx creció en una época en la que era necesario liberar al hombre de la *opresión económica*. Hoy en día, sin olvidar a Marx, harían falta pensadores que promovieran una *revolución*, aún más profunda, para liberarlo de la *opresión existencial*.

Los "empresarios-enanos", además de ser, como por lo general han sido siempre los empresarios, rácanos, tacaños e injustos a la hora de distribuir beneficios, pretenden comprar con el dinero a la persona, y

el trabajador es para ellos *eficaz* en la medida que "no piensa" y se limita a seguir, "como autómata", las "sabias" orientaciones del jefe.

¡Ay del circo, al que le crecen los "enanos"!

10. *El gran dogma de la Biblia*

En mis estudios de teología –tanto durante la licenciatura en Comillas-Madrid, como durante el doctorado en el Antonianum de Roma– me tocó estudiar los *dogmas* que la iglesia católica ha ido declarando tales con el devenir de los siglos.

Siempre consideré que, entre aquellos dogmas, estaban los de "gran calibre", generados en los primeros años del caminar eclesial, y otros, cuyo calibre ya no me pareció tan grande ni trascendental, que se fueron proclamando desde 1854.

Con el tiempo, sin embargo, me llegué a percatar de la existencia de un *gran dogma* –para mí el más grande y trascendental de todos– que no había sido proclamado por la iglesia y que su fundamento no estaba recogido en los libros del Nuevo Testamento, sino en las primeras páginas de la Biblia.

"Dios –se lee en ellas– creó al hombre a su imagen y semejanza".

Y esto no supone sólo –con ser ya mucho– que el hombre tiene dignidad "divina", ni que, cuanto más *humano* es, tanto más se asemeja a Dios, ni tan siquiera que, siendo la esencia de Dios el *amor*, el hombre ha sido creado para amar y se va realizando, consecuentemente, en la medida que va madurando, de verdad, en el amor, sino que supone también –y esto no deja de ser asimismo algo trascendental– que *el hombre, a su vez, está llamado a crear a su imagen y semejanza*.

Al igual que la riqueza llama a riqueza y la generosidad, a generosidad, mientras que la miseria crea ámbitos aún más grandes de miseria, así también, la *persona grande* –en humanidad y sentimientos– engrandece cuanto emprende y amplía con espontaneidad los horizontes, mientras que "los enanos" –esos seres de los que os he hablado en el apartado anterior– empequeñecen todo lo que tocan, reducen los horizontes a la distancia que los separa de sus propias narices y si algo hacen grande, esto sucede tan sólo cuando defecan.

Y para que veáis que lo que acabo de deciros no se circunscribe sólo al ámbito de lo personal y psicológico, sino que abarca todos los

órdenes de la vida, os voy a poner un ejemplo de carácter arquitectónico.

Hace ya bastantes años, visitando una Casa de nuestra Congregación en España, me llamó la atención negativamente la estrechez de sus locales y, sobre todo, la pequeñez de sus ventanas. Indagué sobre la causa de ello y cuando me dijeron quién había sido el fraile que había inspirado la obra, exclamé automáticamente:

– *No me deis más explicaciones: "a tal palo, tal astilla" y "a tal padre, tal hijo".*

11. *Gratitud y sentido del humor*

En los apartados que preceden, os he ido trasmitiendo algunas de las principales características que –a mi entender– identifican al "enano". Ahora quisiera presentaros –aunque sean tan sólo dos, pues de otras muchas os he ido hablando ya– de las que distinguen, a simple vista, a un "hombre grande", a una persona en proceso de constante *crecimiento en humanidad*.

La *gratitud* es, sin duda, uno de los grandes valores humanos que mejor –y posiblemente de una manera más evidente– nos puede ayudar a distinguir a la persona que, lejos de creerse el centro del universo y merecedor de la adoración de los demás, es la primera que se pone en camino al encuentro de los otros, en actitud humilde y servicial, manifestando así su grandeza interior.

Hoy en día, sin embargo, el valor de la *gratitud* parece ser uno de los más olvidados y relegados en algunos contextos y ambientes.

Se ha dicho –y posiblemente es cierto– que vivimos en una sociedad regida por derechos, en la que se tiende a olvidar, o al menos silenciar, los deberes.

Y con tanto acrecentar derechos y relegar obligaciones, la persona ha ido perdiendo, en muchos casos, la capacidad de sentirse agraciado. Y, sin este sentimiento, no puede surgir con espontaneidad la gratitud.

Desde esa perspectiva, la gratitud viene a ser la mejor prueba de que la persona concreta se ha sentido querida… Quien se siente querido es agradecido. Quien no se ha sentido querido –bien fuera porque vivía encerrado en sí mismo, bien porque no se le quiso como él necesita-

ba– por muchos y grandes que hayan sido los favores que se le hayan hecho, no es agradecido. Esta persona, en realidad, no ha asumido los favores como regalos gratuitos, sino como algo que –a su entender– le era debido.

En toda relación humana hay un ámbito que nunca podrá ser debidamente legislado y, por ende, nunca podrá ser delimitado por el binomio derechos-deberes, sino que se abre, por su propia naturaleza, al mundo de los sentimientos.

Se pueden legislar –sí– horarios y cometidos laborables que son, más o menos, evaluables objetivamente, pero ¿quién puede legislar el cariño, la delicadeza o el buen talante con que son ejercidas las obligaciones contractuales?

Aunque uno –llevado por una conciencia mercantilista, propia de quien piensa que todo se compra con dinero– creyera que no hay por qué agradecer el servicio prestado, no por ello dejaría de ser un desagradecido, al no ser capaz de reconocer –y en consecuencia corresponder– el sentimiento que ha puesto en su ejecución quien ha realizado el correspondiente servicio.

Nunca está de más saber decir ¡¡¡Gracias!!!

Y hablando de *gratitud* como un indicador importante de grandeza humana, quiero hablaros también –ya casi como final testamentario de este mi escrito– de otro valor que –pienso– es también muy característico de las personas grandes: *el sentido del humor*.

La vida –siempre la gran maestra– me fue enseñando poco a poco a descubrir tras las personas que carecen de él a seres "estreñidos" en su espíritu.

Algunos incluso tan supremamente faltos de esta cualidad, que, si alguna vez se decidían a reír lo hacían "hacia dentro", como tragándose su propia risa. ¡A tal punto les había conducido su egoísmo, que ni tan siquiera la risa, aun provocada por los otros, querían compartir con ellos.

Como bien escribiera Aristóteles "el hombre es un ser risible" y lo decía –quiero pensar yo– no sólo por la capacidad física que tiene el hombre para expresar su alegría, sino sobre todo por la capacidad que éste posee, por su inteligencia, para saber "reírse, llegado el momento, hasta de su propia sombra".

12. *Jesús de Nazaret, hombre universal*

En mi libro *Identidad Amigoniana en Acción* escribí, como introducción a su cuarta y última parte: "El evangelio no es sólo una *buena noticia* para el que cree que Cristo es el hijo de Dios, sino que también lo es, de algún modo, para el que reconoce en Jesús a un *gran maestro de humanidad"*.

"Todas las religiones –proseguía– a su manera, se encaminan a iluminar la *verdad* del hombre y de todas se puede recibir luz, aunque no se participe de sus creencias concretas".

Cada vez con más nitidez, he ido reconociendo que uno de los grandes –y quizá más trágicos– errores del cristianismo fue reducir la persona de Jesús a una dimensión puramente religiosa, privándola así de la universalidad que hubiera adquirido, sin duda, de haberlo presentado desde una dimensión espiritual.

Religión y *espiritualidad*, aun teniendo grandes conexiones entre sí, *no son*, ni mucho menos, *identificables*.

Jesús es un *hombre universal* y su mensaje va dirigido a iluminar el camino de todo hombre que hambriento y buscador cual "pordiosero" –en el más bello sentido de esta palabra empleada por quien pedía limosna *por* (el amor) *de Dios*– de humanidad, se acerca a él, sin necesidad de seguir una senda de fe.

Si en algo no estoy conforme con Pablo de Tarso es con su afirmación de que si Cristo no hubiese resucitado, la fe cristiana sería vana. Yo creo –como os acabo de decir– que el mensaje cristiano tiene sentido incluso más allá de la creencia en la futura resurrección.

La universalidad del mensaje de Jesús –profundamente humano todo él– se encuentra, además, en la totalidad integral de su Evangelio, que es, *en su conjunto*, un *gran poema de humanidad* para todo ser humano.

Y en esto, precisamente, ha cometido –a mi entender– otro craso error el cristianismo que, con la mirada, de nuevo empequeñecedora y reduccionista de su concepción religiosa, fue "viviseccionando" secularmente la integridad de la *buena noticia*, dando a entender que Jesús un día hablaba para los *apóstoles* (léase obispos), otro a los *sacerdotes* (digamos clero en general), otro, a los *religiosos* (que con todo descaro

se apropiaron del así llamado *estado de perfección evangélica*) y otro más –pero ya muy desvirtuado en su intensidad– a los demás fieles creyentes.

¡Qué pena! ¡Qué triste visión, al perder la luminosa perspectiva de que *todo el evangelio es para todos*, aunque cada uno vaya asumiendo y actuando las distintas enseñanzas con la intensidad que le va permitiendo su propia maduración humana y teniendo muy presente que nadie logrará asumirlas y actuarlas a la perfección, pues en el *amor* –alfa y omega– de todo el mensaje cristiano siempre se puede seguir creciendo y quien llegara a creer que ya ha alcanzado la perfección, daría a entender que es un *perfeccionista*, que "no ha crecido en amor", sino que "ha engordado de egoísmo".

Y con la intención sana de explicarme un poco más, mis queridos lectores, que me habéis soportado hasta aquí, terminaré proponiéndoos, al respecto, estos tres ejemplos:

- Cuando Jesús promete a los apóstoles que los hará "pescadores de hombres", su promesa no se limita –no puede limitarse– a los *apóstoles históricos* y ni tan siquiera a quienes la religión ha considerado –fundándose, quizá, en una concepción piramidal de las enseñanzas de Jesús, cuando en realidad trasmitían horizontalidad– como sucesores naturales de aquéllos: obispos y sacerdotes, sino que se extiende naturalmente, y en toda su intensidad, a todo hombre y mujer dispuestos a aceptar, con espíritu esponjado y corazón amplio, su mensaje, pues todo hombre y mujer está invitado a ser apóstol, *acompañante del otro en el irrepetible proceso de su realización humana*.

  Pero, además, y esto es igualmente importante, considerado en toda su profundidad, la promesa que Jesús hace a los apóstoles en su día –y en ella a todos los hombres y mujeres– se encamina primordialmente a despertar en ellos la conciencia de que el primer hombre que cada uno tiene que pescar es la propia humanidad, el propio proceso personal de crecimiento en humanidad.
- El día aquel que Jesús alaba lo que hace María, escuchando, tranquila y atenta, la Palabra, mientras su hermana Marta atiende la cocina, no quiere decir –a mi entender– que la actividad de María sea mejor que la de Marta, sino que pretende resaltar la actitud con que cada una de ellas vive su quehacer, y así, mientras María está serena en la

escucha y mantiene *su ser en actividad*, Marta, con sus nervios desbaratados, consigue que su actividad no sólo no le ayude a crecer, sino que se lo impide. Pero eso fue ese día, otro, muy posiblemente –y yo lo he visto reflejado en otras personas, empezando por mí mismo– la escucha de la Palabra se puede vivir con desasosiego e impedir todo crecimiento personal, mientras que el servicio al hermano se vive en total generosidad y entrega y potencia, desde la serenidad interior, el propio crecimiento. Todos nosotros somos unas veces María y otras Marta, y no depende de lo que hacemos, sino de cómo lo vivimos.

- La contraposición que Jesús establece entre fariseos y publicanos no es para que se catalogue a hombres y mujeres en uno u otro escenario, sino para despertar, en todo hombre y mujer, la conciencia de que, cada día, nuestras opciones de vida nos pueden situar en el ámbito de quienes "creyéndose superiores y autosuficientes" no sienten necesidad ni tan siquiera de Dios, o en el de aquéllos otros que, necesitados profundamente de afecto, están prontos a acercarse y compartir con los demás.

Y bueno, ya no os doy más la "paliza", me despediré de vosotros con un *Epílogo* que, aunque no sea tan breve como el *Prólogo*, procuraré que no se extienda demasiado.

Epílogo

Al afrontar este último apartado de mis *Retazos del corazón* quiero haceros una muy breve síntesis de mi vida –que por otra parte, habéis podido seguir en sus grandes líneas a través de las páginas que preceden a este epílogo–, organizándola en tres épocas –pasado, presente y futuro– que, sin tener nada de originales, pienso que son las más adecuadas para el objetivo que propongo.

EL PASADO

Al hablar de mi pasado simplemente os diré que alcanza –según os lo quiero presentar yo aquí– desde mi nacimiento hasta mediados de 2015, aproximadamente. Y lo que fue mi vida en esos años, os lo he ido dando ya a conocer y, si ahora me pidierais un resumen, os diría simplemente que –exceptuando mi segunda época americana, que, a pesar de todo, tuvo también sus muy buenos momentos– mi vida, en esos años, fue *muy feliz*, aun en medio de dificultades, problemas y sinsabores que el mismo ritmo vital lleva indefectiblemente consigo.

EL PRESENTE

Desde mediados de 2015, cuando la enfermedad, primero de vesícula y al año siguiente de cáncer se hizo presente en mi cuerpo, y hasta el momento de dar por finalizado este relato –el 15 de septiembre de 2018– mi vida, sin dejar de recibir diariamente la suficiente dosis de felicidad para, al menos, sonreír a un nuevo amanecer, se ha ido distinguiendo, quizá por aquello de que la enfermedad me hizo ser más reflexivo y observar con otros ojos la realidad, por una cierta sensación de desilusión y, en ocasiones incluso, de desengaño.

Algunas de las causas de este mi estado actual de ánimo las habéis podido ver claramente –y otras, si no con tanta claridad, las habéis po-

dido intuir– a través de la lectura del capítulo dedicado a mi estancia en EPLA.

Hay, sin embargo, otros factores que han golpeado fuertemente mi espíritu y que no os he explicitado hasta el momento y es precisamente éstos los que ahora os quiero trasmitir con la confianza y franqueza con la que he procurado iros contando mi vida.

El principal de esos factores es, quizá, el de las desmesuradas *aceleraciones* –culturales, sociales…– que se han producido en el mundo y que a mí han llegado a desbordarme en algunos momentos.

En épocas anteriores, los cambios generacionales, por ejemplo, eran más sosegados y se producían cada veinte años más o menos (me refiero en concreto hasta principios de la década de los setenta del siglo pasado), hoy en día –y es un dato que he deducido observando a los alumnos de EPLA– dicho cambio no va mucho más allá de los cinco años.

Junto a esos rápidos cambios generacionales –que abarcan costumbres, modos de pensar y de expresión, aficiones…, en una palabra, *cambios culturales*– se han ido produciendo, a nivel planetario, otros cambios que han llegado a convertir el mundo en una "aldea universal" con las bondades y limitaciones que ello ha traído consigo. Las facilidades para desplazarse –vuelos "low cost", las asequibles ofertas a la hora de encontrar alojamiento y comida en viajes turísticos, etc.– han hecho posible que el viajar no sea ya un privilegio de unos pocos afortunados, sino algo al alcance de los bolsillos más modestos. Y esto, que –no cabe duda– es de alabar y ha sido muy beneficioso para que las jóvenes generaciones puedan disfrutar "a pleno pulmón" y conocer con pasmosa facilidad la universalidad del planeta, ha ido provocando también situaciones que –sin ser, ni mucho menos negativas– a mí, personalmente me han ido desbordando un tanto. Y, al igual que en páginas anteriores os he confesado, con sentimientos de cierta tristeza y nostalgia, que la "Roma que a mí me enamoró", ya no existe, os tengo que confesar ahora que poco a poco han ido dejando de existir para mí otras muchas realidades que me habían encandilado de joven.

Y si a todo esto se añade el cambio copernicano que se ha ido produciendo en el ámbito de los *valores* con los que yo fui creciendo, con los que cada vez más me fui identificando y que tanta felicidad me aportaron al asimilarlos y actuarlos, os podéis hacer más perfecta-

mente la idea de por qué mi ilusión ha ido perdiendo en gran medida su intensidad.

Si antes os decía que "mi Roma" ya no existe, ahora –en este contexto de los *valores*– os tengo que decir que "mi mundo ya no existe tampoco". En mi época joven –e incluso en la ya menos joven– los *valores* eran como los pilares que sustentaban el propio crecimiento personal e impulsaban una consecuente actuación. Hoy en día, me da la impresión de que esos mismos *valores* se han ido convirtiendo más bien en *slogans* y en *banderas* que se proclaman y enarbolan en determinados momentos –y según conveniencia, a veces de índole política– pero, ni están enraizados en lo profundo del propio ser, ni implican una actuación consecuente con ellos, más allá de lo que dura a veces el momento de la proclama o de la manifestación.

Por todo ello –y aunque no deje de reconocer las grandes bondades de esta civilización, como es, por ejemplo, la defensa a ultranza de la mujer y sus derechos (que, por cierto ya va siendo hora de que la Iglesia se deje de viejas tradiciones sin sentido y abra sus puertas "de par en par" y sin cortapisas a las mujeres)–, yo siento en mi "alma" un creciente cansancio y, como antes os decía, un cierto desencanto.

Y por si algo faltaba a este "bajo" estado de ánimo que me viene acompañando los últimos años, también la enfermedad, como antes os decía, ha ido contribuyendo al decaimiento de mi ánimo, aunque nunca haya dejado por ello, de sentirme suficientemente feliz cada día.

Fue precisamente la enfermedad la que, de alguna manera, me aportó la excusa perfecta para manifestar mi voluntad de *jubilarme*, antes de que me jubilaran mis superiores, empeñados en llevar a la práctica el último "desesperado invento" –articulado por la gran mayoría de Congregaciones religiosas, que, alarmadas por la falta de vocaciones, no sabían cómo encontrar "herederos" para obras que les habían sobrepasado ya y que, a menudo, más que ayudarles a la evangelización, se la habían dificultado– al que bautizaron *Misión compartida* y que, por lo que yo he alcanzado a observar, aún no ha pasado de ser una *Misión partida*, en la que los *superiores* han ido ejerciendo cada vez más un "poder absoluto", los *religiosos* han sido silenciados, a veces de forma injusta y hasta desvergonzada y los *laicos* se han convertido, cada día con más propiedad, en *monaguillos* que tenían que seguir "a ciegas" y sin rechistar las resoluciones tomadas desde "arriba" y desde

"lejos" por personas que, a menudo, ni habían estado "al pie del cañón" en un centro de enseñanza y ni sabían, por supuesto, de qué se trataba el asunto.

Y hablando de *jubilación*, tengo que contaros algo que aún no os he dicho.

Por mucho que os pueda sorprender, mi *jubileo laboral* me lo "jodió" también uno de los "enanos" de los que antes os he dado la descripción y que, aunque no me he topado con muchos, gracias a Dios, han sido "de libro" los cuatro o cinco que encontré y que han estado distribuidos estratégicamente en mi camino desde 1992.

El "personajillo" ahora en cuestión –aprovechando que era superior de la Casa de Torrent, donde yo tenía ubicado el pago de mi *pensión de jubilación*, por ser ésta mi última comunidad antes de marchar a Roma como miembro del Consejo General– decidió, por su "cuenta y riesgo", darme de baja en dicha pensión, falsificando para ello mi firma. (¡Cabe mayor falta, ya no digo de moral, sino de ética!) y, no contento con ello, ni me notificó a mí lo que había hecho, ni a la Curia Provincial, ni dejó de cobrar de la caja de la Provincia el dinero que desde allí se enviaba cada año a la comunidad de Torrent para saldar los adelantos (en este caso supuestos) que se habían hecho de mi pensión. Con ello, el "altruista y fraternal" superior se financió el último viaje que realizó a América, y a mí me dejó estupefacto cuando, al llegar a EPLA en 1998, se descubrió el "pastel" y se comprobó que yo llevaba seis largos años sin realizar ningún pago a la Seguridad Social por mi pensión, y, aunque se intentó solucionar el entuerto lo mejor posible, lo que me quedó de pensión al jubilarme ya no fue nunca lo que debiera haberme quedado sin mediar ningún "enano".

Pero bueno, tampoco a esto último le doy demasiada importancia, pues en definitiva todo va a la "caja común", aunque sí que ha supuesto siempre para mí como una especie de "mancha" en mi "dignidad laboral".

Y sin más perendengues, creo que ya os he descrito suficientemente lo que es *mi presente*, en el que se fueron acrecentando los sentimientos nostálgicos con las tempranas muertes de algunos amigos y particularmente con la de mi querido hermano Ricardo, mi primer amigo y compañero de juegos y penas en mi "dulce niñez", que me dejó en 2017.

EL FUTURO

Si lo más característico de mi *pasado* fue la *felicidad* y de mi *presente* –sin dejar ni mucho menos de ser feliz– fue una especie de *desencanto* que me acompaña últimamente, lo que ilumina y distingue –dentro de lo posible– mi *futuro* es la *esperanza* con que aguardo su llegada, que no deseo que sea temprana, pero para la que, de alguna forma, me voy sintiendo más preparado día a día.

Mi esperanza de futuro está matizada de chascarrillos que me han ayudado a soñarla, y a trasmitir mis sueños sobre ella, de las más variadas maneras:

- Dicen –y así me lo quiero creer yo– que cuando la persona atraviese ese túnel crecientemente luminoso que se encuentra tan pronto como cierra los ojos a este mundo, le sale un ángel al encuentro y le concede que pueda elegir tres deseos.

  Yo, por si acaso los nervios me traicionan entonces, ya tengo pensada mi respuesta, pediré: "el mismo apetito, pero con un metabolismo pobre y no agradecido como el que ahora tengo; el mismo gusto por las cosas, pero con dinero, y con esos dos –y por supuesto con las personas queridas que me acompañen– seré feliz. El tercer deseo lo dejaré en prenda al ángel, para que sea él quien lo regale a uno más pobre que yo y que lo pueda menester.

- Desde que un día me dijeron que el cielo no sería igual para todos, sino que cada uno iría a la estancia que mejor se adaptara a sus cualidades y expectativas de felicidad, yo me he imaginado "mí" Paraíso como una calle de horizontes infinitos a cuyos ambos lados se encontrarán restaurantes, pastelerías de los más variados y exóticos gustos, salones de recreación, etc… El interesado caminará por ella sin cansarse, en compañía –y este es un elemento esencial que no se puede silenciar, pues en él radica el verdadero secreto de la futura felicidad– de sus seres queridos, e irán deteniéndose en uno u otro restaurante del buen yantar, en alguna escogida tienda de dulces, todas de fino paladar, o en cualquier otro local de diversión. En todas partes, él y sus acompañantes serán recibidos y servidos con exquisita amabilidad, no tendrán que preocuparse por pagar y en el caso de la comida y bebida nunca les sentará mal y, por supuesto, no les hará aumentar de peso.

Y ahora ya, dejando un tanto de lado el "tono jocoso" con que os he ido describiendo mi esperanza de futuro –que no por ser jocoso deja de ser para mí algo muy serio en mis creencias– os quiero trasmitir esa misma esperanza de modo, si queréis, más formal.

Estoy convencido que una persona muere definitivamente a la vida en este bello "planeta azul" que habitamos, cuando desaparece de él, la última persona que le ha querido y le ha conservado así, vivo en su corazón.

Pero cuando el corazón de uno mismo deja de latir y el espíritu –*el disco duro de los propios sentimientos*, pues esto es para mí en verdad el espíritu, el alma del ser humano– abandona esta dimensión de vida, recibirá, con la resurrección a una nueva dimensión de vida, los elementos necesarios– llámense *escafandras* sustitutivas del cuerpo, llámense *ordenadores* angelicales, llámense como bien se quiera– que le permitirán conectar de nuevo su *disco duro* y emprender la nueva aventura vital.

Y nada más. Calculo que ya os he cansado demasiado. Ahora sí, para terminar de una vez por todas, os invito, queridos y pacientes lectores, a que gritéis conmigo:

¡*Qué me quiten lo bailao*!

EPLA, 15 *de septiembre de* 2018
Día de mi 70º cumpleaños

Juan Antonio Vives Aguilella

Al P. Juan Antonio Vives
¡Semper vivas!

No haya ningún cobarde,
aventuremos la vida,
pues no hay quien mejor la guarde
que el que la da por perdida.

Santa Teresa de Jesús

José Luis Rodríguez Ibáñez
Pascua, 2020

1.

"¡No haya ningún cobarde…!"
Y tú elegiste el camino,
que en tu vida fue destino,
antes de que fuese tarde.
Y sin excesos ni alarde,
una llamada seguiste
creyendo que tú elegiste,
mas Él te había elegido:
cuando oíste su silbido,
animoso le seguiste.

2.

"–¡Aventuremos la vida!"
–pensaste más adelante–.
Y una andadura excitante
fue la imagen percibida.
Tu vocación decidida
fue despacio madurando,
y te ibas preparando
para ser amigoniano,
de tus hermanos hermano,
estudiando y trabajando.

3.

Lo dijo el padre Amigó:
que a nadie nada acobarde,
pues no hay quien mejor te guarde
que ese Dios que te llamó
y a zagal te destinó
para buscar las ovejas
que en las calles y callejas
de la vida se perdieron
y de su rebaño huyeron
despistadas o perplejas.

4.

No teme perder la vida
quien de ella ya no es su dueño
por regalo o por empeño,
o ***por darla por perdida.***
Consagrada y bendecida,
la tuya a Dios se la diste,
pero a cambio recibiste
la fuerza para vivirla
y la gracia de sentirla.
¡Buen cambio fue lo que hiciste!

5.

Sacerdote consagrado
fuiste en tiempos juveniles,
hace ya muchos abriles,
y aunque tantos han pasado,
Dios no lo tiene olvidado.
Porque consagrado has sido
in aeternum, has vivido
de eternidad algún grano
con Dios mismo muy cercano,
que es el que te ha elegido.

6.

Has recorrido la escala
de jerarquía y de mando,
subiendo a veces, bajando
cuando la norma señala,
con voluntad buena o mala,
con mucho gusto o sin él.
Viviste a cualquier nivel
ratos de claros y cruces,
ratos de sombras y luces,
profundos o a flor de piel.

7.

Estudiante de alto vuelo,
doctor en Dios y sus cosas:
a personas más brumosas
abriste estela hacia el cielo
y senderos en el suelo.
Hoy bibliotecas y archivos
te agradecen estar vivos,
y nuestra historia privada
podrá ya ser consultada
en escritos atractivos.

8.

Profeta de la palabra,
has de seguirla sembrando,
tanto escrita como hablando,
cual el labrador que labra
sin fijarse en el que ladra:
siempre encontrarás alguno,
criticante inoportuno,
que actúa bajo la envidia
por ver si así te fastidia,
aunque esté de ciencia ayuno.

9.

El epitafio no pongas
a tu vida generosa:
aunque te sea onerosa,
deja que tu Dios disponga,
que te lo hará sin milonga.
Nada ha de acobardarte,
ni problema es el cuidarte.
Si aventuraste la vida
y la tienes ya ofrecida,
¡Dios mismo ha de guardarte!

Apéndice I

Algunos datos cronológicos*

1-1-1921	Nace en Onda (Castellón) mi padre Bautista Vives Gimeno. Hijo de Bautista Vives Vicent y Rosario Gimeno Forés.
4-3-1923	Nace en Onda (Castellón) mi madre Carmen Aguilella Guinot. Hija de Antonio Aguilella Castelló y Carmen Guinot Olucha.
6-3-1923	Bautismo de mi madre en la Iglesia de la Asunción de Onda. La bautiza su tío Joaquín Castelló.
18-3-1926	Confirmación de mi madre en Onda
10-11-1947	Contraen matrimonio mis padres.
15-9-1948	Nazco en Onda (Castellón).
19-9-1948	Recibo el Bautismo en Onda. Iglesia Nuestra Señora de la Asunción.
21-4-1955	Recibo la Confirmación en la Parroquia
	Nuestra Señora de la Asunción de Onda.
26-5-1956	Recibo en Onda la Primera Comunión. Iglesia Ntra. Sra. De la Asunción.
30-5-1956	Participo en la Procesión del Corpus de Onda.
1960	
30-5-1960	Apruebo en el Instituto Ribalta de Castellón la Prueba de Ingreso a este Instituto.

*Como es natural sólo se incluyen, en este elenco de datos cronológicos, aquéllos pocos cuya datación se conoce con exactitud.

Entre esos datos se incluyen algunos Cursos, Conferencias, Ejercicios Espirituales…, impartidos por mí.

No se incluyen, sin embargo, ni los numerosos Retiros –generalmente de un día de duración– impartidos a distintas Congregaciones religiosas: Operarias Catequistas de Alacuás, Franciscanas de La Inmaculada de Valencia-Torrent.

Tampoco dejo constancia de los cursos que impartí sobre el padre Fundador y la Pedagogía Amigoniana –hasta finales de 2017– en la *Formación Inicial* y en la *Formación Continua* organizada por la "tripartita" para profesores y educadores de Colegios y Centros Amigonianos de España.

8-1960	Realizo en el Seminario San José de Godella el Preseminario.
30-9-1960	Ingreso oficialmente en el Seminario San José de Godella.
5-10-1960	Comienzo el 1er Curso de Humanidades. Encargado de pequeños, el P. José Deusa.
12-10-1960	Inauguración oficial del Curso 1960-1961. Diserta el P. Tomás Roca sobre "Los Concilios y el Concilio Vaticano II".
1-11-1960	Vamos al Cementerio de la Casa en procesión y rezamos un Responso solemne.
4-11-1960	Solemne celebración del "Día del Papa". 2º año de la elección de Juan XXIII. Día de asueto.
6-12-1960	Se comienza a instalar el Órgano construido por Organería Española y Alberdi, S. A.
21-12-1960	Inauguración privada del Órgano (toca el P. General y celebra la misa el P. Tomás Roca, por ser su santo).
27-12-1960	Voy tres días de vacaciones navideñas a mi casa familiar.
31-12-1960	Hora Santa para recibir el nuevo año. Predica el P. Roca y dura de 11.45 a 0.15.
1961	
8-1-1961	Solemne inauguración del Órgano.
19-1-1961	Nos hace una rápida visita el Obispo de Oporto monseñor Antonio Ferreira.
29-1-1961	Los Antonianos de Torrent representan en el Seminario la obra "Hay Providencia".
18-2-1961	Excursión al Pantano de Loriguilla, que estaba aún en construcción.
11-3-1961	Empieza la operación "Barreno" para limpiar de piedras el campo que había al lado del paseo de entrada para acondicionarlo para la plantación de naranjos.
18-3-1961	Fuimos a Valencia a ver Fallas.
6-4-1961	Excursión al Peñón de Ifach, a la Leprosería de Fontilles y a Gandía (Palacio Ducal).
3-9-1961	Presentación a toda la Casa, en la Capilla, del superior provincial –el P. José Mª Pérez de Alba–. Lo presenta el P. General.

2-10-1961	Inicio de mi 2º Curso de Humanidades. Encargado de pequeños, el P. José Costa, acompañado por fray Gregorio Mendive y fray Cruz Goñi.
7-10-1961	Inauguración oficial del Curso. El P. Roca tiene la lección inaugural "Góngora y la lírica barroca".
30-10-1961	Salen hacia Sierra los novicios. Fin del Noviciado de Godella.
2-11-1961	Procesión al Cementerio de la Casa. Responso solemne.
4-11-1961	Celebración del "Día del Papa". 3er año de Pontificado. No hay clases.
23-12-1961	Salgo de vacaciones navideñas a mi casa familiar.
1962	
7-1-1962	Regreso de vacaciones navideñas al Seminario.
17-2-1962	Excursión a Porta-Coeli.
11-3-1962	Muere mi abuelo Bautista Vives Vicent con 67 años.
31-8-1962	Regreso al Seminario tras las vacaciones de verano.
1-10-1962	Comienzan los tres días de Ejercicios Espirituales que dirige el Redentorista, P. Nicanor Moriones.
6-10-1962	Inauguración solemne de mi tercer curso de Humanidades. El P. Mariano Ramo tuvo la lección inaugural "Finalidad y estudios de las Escuelas de Formación Profesional".
2-11-1962	Procesión al Cementerio de la Casa y rezo de un solemne Responso.
4-11-1962	Se celebra la misa "Pro Papa". Día de asueto. 4º año de Pontificado.
8-12-1962	Asistimos en la Colonia San Vicente Ferrer a la proyección de la película "El Prisionero" (sobre el Cardenal Midszenty).
16-12-1962	Festiva celebración en el Seminario del "Día de la madre". La velada se dedica a las madres de todos los del Seminario y en ella se representa la obra "El terrible Homobono".
22-12-1962	Salgo de vacaciones navideñas a mi casa familiar.
1963	
7-1-1963	Regreso al Seminario, tras las vacaciones navideñas.
19-1-1963	Veneramos en las Carmelitas de Godella el brazo incorrupto de Santa Teresa de Jesús.

28-3-1963	Excursión a Vall d'Uixó, donde visitamos las Cuevas de San José. Después vamos a Villarreal para bañarnos en el Mijares. A continuación, visitamos en Onda el Museo de Ciencias Naturales y de regreso, entramos de nuevo en Villarreal para visitar la tumba de San Pascual Bailón y en Massamagrell, oramos ante la tumba del P. Fundador.
16-6-1963	Participamos de la Procesión del Corpus de la Parroquia.
20-6-1963	Participamos en la Procesión del Corpus de la Colonia San Vicente.
25-6-1963	Solemne lectura de notas.
26-6-1963	Vamos a la playa de la "Masía del Gat".
27-6-1963	Salgo de vacaciones veraniegas.
26-8-1963	Regreso al Seminario tras las vacaciones veraniegas.
1-10-1963	Comienzan los tres días de Ejercicios Espirituales, que dirige el Claretiano P. Ángel.
7-10-1963	Solemne apertura de mi cuarto curso de Humanidades. La lección inaugural corre a cargo del P. Julio Ollacarizqueta que disertó sobre "El estudio de la personalidad".
12-1963	(Este año, los de cuarto no fuimos de vacaciones en Navidad. Algunos días los empleamos en la recolección de la aceituna).
1964	
7-1-1964	Se reemprende el curso escolar. (A finales de enero, trajeron al Seminario la imagen de Nuestra Señora de "Los Buenos Libros").
15-2-1964	Excursión a los Altos Hornos de Sagunto y Cueva Santa de Altura. De regreso, visitamos la Catedral de Segorbe.
1-7-1964	Día de playa y comida en la "Masía del Gat".
4-7-1964	Salgo para vacaciones de verano.
2-9-1964	Regreso de vacaciones de verano.
12-9-1964	Excursión a La Malvarrosa.
30-9-1964	Empiezan los tres días de Ejercicios Espirituales, que dirige el superior de los Claretianos.
5-10-1964	Apertura solemne de mi quinto curso de Humanidades. La lección inaugural corre a cargo de fray Juan Antonio Martín que nos habla de "El átomo y la célula".

1965	
25-2-1965	Se inaugura una nueva cocina, construida en la esquina este-norte de la Casa. La antigua cocina pasa a ser Comedor de la Comunidad. Se construye también un paellero exterior.
21-3-1965	Excursión a Barraix (campo y montaña).
3-7-1965	Acompaño a fray Javier Martínez a su ordenación de Diácono.
10-9-1965	Regreso de vacaciones veraniegas.
12-9-1965	Comienzan los tres días de Ejercicios Espirituales que dirige un "Hijo del Corazón de María".
16-9-1965	Inauguración solemne de mi sexto curso de Humanidades. Tiene la lección el P. Pedro Corella que habla sobre "La figura del filósofo cordobés Lucio Anneo Séneca".
15-10-1965	Intervengo en la Velada organizada con motivo "Bodas de Oro" del P. Fernando de Benaguacil.
28-10-1965	Representación de *The Pannoches*.
18-11-1965	Se crea el concurso "La unión hace la fuerza".
8-12-1965	Intervengo en la Velada que se organiza con el tema: "Sugerencias mariológicas en torno a La Inmaculada".
25-12-1965	Salgo de vacaciones navideñas.
1966	
2-1-1966	Regreso de vacaciones navideñas.
7-2-1966	Admitido oficialmente como postulante.
13-4-1966	Excursión a Massamagrell, Sagunto, Villarreal y Onda.
1-5-1966	Celebración del "Día de la Madre" (Primera vez que se hacía en mayo, en vez de diciembre).
20-5-1966	Emprendimos la construcción de las duchas exteriores.
25-6-1966	Final de exámenes.
27-6-1966	Comienzan tres días de Ejercicios Espirituales.
29-6-1966	Lectura pública de notas y salida a vacaciones veraniegas.
14-8-1966	Visto el hábito en Sierra-Albacete y comienzo mi año de Noviciado.

1967	
15-8-1967	Emito en Sierra mis primeros votos.
17-8-1967	Viajo destinado a Dos Hermanas. Filosofía.
1969	
1-8-1969	Ingreso en Caja Militar. Prórroga de 2ª Clase.
1970	
30-9-1970	Se me declara exento del Servicio Militar. Se notifica 22-2-1972.
1-10-1970	Apruebo la Prueba de Madurez del Preu en la Complutense.
1971	
31-7-1971	Obediencia de traslado a la Comunidad del Colegio Caldeiro.
27-12-1971	Recibo la Tonsura y las cuatro Órdenes Menores en Madrid (Iglesia de la TOR en Vallecas). Me ordena monseñor Ramón Echarren. Iglesia San Francisco de Asís en Vallecas.
1972	
8-12-1972	Votos perpetuos en el Seminario San José de Godella. Es la última de mis efemérides a la que puede asistir mi madre.
1973	
10-3-1973	Recibo en Madrid (Iglesia de los Mejicanos. Vulgo "Sombrero Mejicano") el Diaconado de manos de monseñor Ricardo Blanco. Parroquia Nuestra Señora de Guadalupe.
6-6-1973	Apruebo, por libre, en la Complutense *Lengua y Literatura Griega* con *Sobresaliente*.
8-6-1973	Apruebo, por libre, en la Complutense *Fundamentos de Filosofía* con *Aprobado*. Profesor Cencillo.
26-6-1973	Me expiden mi primer pasaporte.
1-7-1973	Llego a Frankfurt.
22-8-1973	Regreso a España desde Alemania, pasando por Roma. En Castelgandolfo asisto a una Audiencia General con Pablo VI.
24-9-1973	Fallece mi madre con cincuenta años de edad.

7-12-1973	Ordenado sacerdote en Caldeiro de manos de monseñor Amadeo González Ferreiros (obispo mercedario. Titular de Mestre).
8-12-1973	Celebro en Caldeiro mi primera misa.
1974	
19-7-1974	Obtengo el grado de Bachiller en Teología en la Universidad de Comillas, previa presentación del Trabajo Síntesis "Una Trinidad que salva".
30-8-1974	Nombrado tercer Consejero de la Casa de Caldeiro.
1975	
20-3-1975	Salida de Madrid-Barajas, camino de Israel-Tierra Santa.
1-4-1975	Regreso a Madrid en vuelo Tel-Aviv-Zurich-Madrid.
1976	
24-6-1976	Me es expedido el título de Licenciado en Teología, especialidad Sagrada Escritura en la Universidad de Comillas con la calificación de *Summa cum Laude*. La Tesina versó sobre "El becerro en las tradiciones históricas y reflexión teológica de Israel".
16-8-1976	Entro en Portugal, vía terrestre, desde tierras salmantinas, donde estaba de acampada con Isaías Villa y Juan Cilla.
19-8-1976	Regreso a España, vía aérea, para casar a unos amigos.
21-9-1976	Pido al Consejo General marchar destinado al Brasil. (Se me responde el 7-10-1976, diciéndome que espere la composición del nuevo Consejo General).
14-10-1976	Me matriculo para el Doctorado en Sagrada Escritura por la Universidad de Comillas. Propongo como Tesis doctoral "Fuente "E" y el problema de la exclusividad".
1977	
28-5-1977	Reitero al Consejo General mi disposición a marchar a Brasil, o cualquier otro lugar de América.
18-7-1977	Emprendo Viaje por Europa: París/Bonn/Amsterdam. Salida en tren "Puerta del Sol".
7-8-1977	Fallece mi abuela Rosario Gimeno Florés con 80 años.
26-9-1977	Destinado a República Dominicana.
12-10-1977	Visado de entrada a República Dominicana.

25-10-1977	Inscrito en la Embajada Española de República Dominicana.
26-12-1977	Viajo a Venezuela. Asamblea de la Delegación Provincial del Caribe.
27 a 30-12-1977	Participo en la II Asamblea de la Delegación Provincial del Caribe.
1978	
6-1-1978	Regreso desde Venezuela a República Dominicana.
16-1-1978	Nombrado administrador del Instituto Preparatorio de San Cristóbal por el Presidente de la República.
18-4-1978	El Ministerio de Educación de España, convalida mi Título de Licenciado en Teología por el de Licenciado de Filología Bíblica de la Complutense (previa prueba de conjunto).
6-6-1978	Obtengo el título de *Maestro Normal Primario* en República Dominicana, que el 3 de agosto de 1979 me es convalidado en España por el de *Maestro de Enseñanza Primaria*.
20-8-1978	Obediencia de traslado al Colegio Fray Luis Amigó de Caracas (Venezuela).
1-9-1978	Llego a Venezuela. Salí desde República Dominicana ese mismo día.
17-11-1978	Viajo desde Venezuela a República Dominicana. Graduación de Antonio Valiente. Soy su padrino.
4-12-1978	Viajo de Santo Domingo a Venezuela. Cuando iba a salir ya hacia el aeropuerto, me notifican la muerte de mi padre en este mismo día 4 de diciembre de 1978. Tenía cincuenta y siete años de edad.
5-12-1978	Salgo de Venezuela rumbo a España a causa de la repentina muerte de mi padre.
6-12-1978	Llego a Madrid-Barajas.
29-12-1978	Emprendo desde España viaje de regreso a Venezuela, donde llego el mismo día 29.
1979	
12-3-1979	Asisto, en el Congreso de los Diputados de Caracas, como invitado especial, a la toma de posesión del Presidente Luis Herrera Campins.

1-8-1979	Salgo de Venezuela y llego a República Dominicana. Destinado de nuevo aquí.
25-10-1979	Obediencia para colaborar con la obra Casa de "Niños de Doña Chucha" en Madre Vieja-San Cristóbal.
1980	
1-5-1980	Consigo Título de Estudios Psico-Pedagógicos, expedido por la Casa de Amurrio.
15-5-1980	Viajo de República Dominicana a Venezuela para administrar primeras comuniones del Colegio Luis Amigó de Caracas.
19-5-1980	Regreso desde Venezuela a República Dominicana.
11-11-1980	Ceso mi colaboración con la Casa "Niños de Doña Chucha".
29-11-1980	Elegido Vicesuperior y Administrador comunitario del Instituto Preparatorio de Menores.
1981	
6-4-1981	Obediencia para asistir al Mes de Renovación Religiosa, celebrado en Godella del 12 de julio al 9 de agosto.
18-4-1981	Presido en la Parroquia de San Cristóbal la Vigilia Pascual.
9-6-1981	Viajo de República Dominicana a Estados Unidos (New York y Washington).
20-6-1981	Llego a España desde Estados Unidos, después de pasar unos días por Roma y Asís…
8-7-1981	Destinado, como Director-Técnico, al Colegio de Torrent.
1982	
23-2-1982	Nombrado prefecto de postulantes de la Casa de Torrent.
3-4-1982	Pronuncio en la Sede de la Caja de Ahorros de Torrent *El Pregón de Semana Santa*.
10-4-1982	Emprendo viaje a Italia con alumnos y profesores de Torrent.
1983	
3 a 8-1-1983	Participo en el VI Capítulo Provincial de la Provincia de La Inmaculada, como delegado de los religiosos.

10-2-1983	El Consejo General acepta la renuncia del padre Víctor Fernández Gallo y soy convocado, como delegado de los religiosos de La Inmaculada al XVI Capítulo General.
9 y 12-4-1983	Asisto en Massamagrell a la exhumación e inhumación de los restos del P. Fundador.
14 a 30-4-1983	Tomo parte en el XVI Capítulo General, como delegado de los religiosos de La Inmaculada.
23-4-1983	Soy elegido 2º consejero general.
18-6-1983	Viajo de España a Roma.
19-7-1983	Viajo de Roma a Madrid.
25 al 31-7-1983	Imparto en Pamplona a los Juniores de las dos Provincias de España, una Semana sobre *Espiritualidad Amigoniana*.
18-9-1983	Viajo de Madrid a Roma.
9-1983	Me matriculo en el Antonianum.
30-9-1983	Presento el Esquema que propongo para el *Manual de Espiritualidad* y es aprobado por el Consejo General.
1984	
8-1984	Concelebro con el Papa en Castelgandolfo.
28 al 30-9-1984	Imparto, en la Convivencia Intercongregacional que tiene lugar en Montiel, con ocasión del 50 Aniversario de la muerte del padre Fundador, el tema *El Buen Pastor en la doctrina del padre Luis*.
21-10-1984	Viajo de España a Roma.
30-11-1984	Concelebro con el Papa en su Capilla privada del Vaticano.
12-1984	Visito las comunidades de hermanas de Bélgica y Alemania, impartiendo algunas charlas sobre *Los rasgos fuertes de la personalidad del padre Fundador*.
1985	
6-1-1985	Regreso a Roma desde Frankfurt, tras mi viaje por Bélgica y Alemania. A causa de una gran nevada en Roma, tuve que hacer primero escala en Milán.
15-2-1985	Comienzo a preparar, en colaboración con el padre Agripino González la edición de las *Obras Completas de Luis Amigó* en la BAC.

1-3 a 15-5-1985	Dirijo en Marino-Lazio la segunda parte del I CAR (Curso Amigoniano de Renovación).
31-5-1985	Defiendo en el Antonianum de Roma, mi tesis doctoral "Testigos del Amor de Cristo", con la calificación de *Summa cum Laude*. Se me expide el certificado de "Laureado".
28-6 a 6-7-1985	Imparto en Montiel una tanda de Ejercicios Espirituales para las junioras.
31-7 a 10-10-1985	Dirijo el II CAR, desarrollado en Sierra y en Fara San Martino.
14-10 a 20-12-1985	Acompaño, como secretario, al superior general en su Visita Canónica a las Casas de la Provincia de La Inmaculada en España.
1986	
18-1-1986	Propongo al Consejo General que nombre una Comisión de Trabajo para la definitiva *elaboración del Manual de Espiritualidad*.
10-3-1986	El Consejo General designa la comisión encargada de la elaboración del *Manual de Espiritualidad*, de la que soy nombrado presidente.
23 a 26-3-1986	Presido, por delegación del padre General el VI Capítulo de la Provincia del Sagrado Corazón.
10-4-1986	Viajo de España a Roma.
13-6-1986	Tras la publicación de la tesis, me es expedido el Título de Doctor en Teología (especialidad en Espiritualidad) por el Pontificio Ateneo Antoniano.
17-7-1986	Viajo de Roma a España.
18-7 a 6-10-1986	Dirijo el III CAR desarrollado en Sierra y en Fara San Martino.
18-10-1986	Viajo de Roma a España. (Elaboro, con la comisión nombrada al efecto, el "Manual de Espiritualidad" de la Congregación y cuido su primera edición).
1987	
15-2-1987	Presido en Alcalalí, por delegación del superior general, la misa sufragio por el padre Vicente Serer.

15-3-1987	Salgo de *España hacia Río de Janeiro*, acompañando al padre José Oltra en su Visita Canónica General a todas las Casas de América.
16 al 21-3-1987	Visita a la Casa de Belo Horizonte.
22 al 27-3-1987	Visita a la Casa de Uberaba.
27 al 31-3-1987	Visitamos las ciudades de *São Paulo* y *Río de Janeiro*.
1 al 5-4-1987	Visita a la Casa de Erexim.
6-4-1987	*Viajo de Brasil a Argentina*.
6 al 12-4-1987	Visita a la Casa de Verónica.
13 al 19-4-1987	Visita a la Casa de Morón-Buenos Aires.
20 al 27-4-1987	Visita a la Casa de San Luis.
27-4-1987	*Viajo de Argentina a Chile*.
28-4 al 4-5-1987	Visita a la Casa de Punta Parra.
4 al 7-5-1987	Visita a la Casa de Villa Alemana.
7-5-1987	*Viajo de Chile a Bolivia*.
7 al 13-5-1987	Visitamos *La Paz*, *Cochabamba* y *Santa Cruz de la Sierra*.
13-5-1987	*Viajo de Bolivia a Ecuador*.
13 al 17-5-1987	Visitamos *Quito*.
17-5-1987	*Viajo de Ecuador a Colombia*.
18 al 22-5-1987	Visita a la Casa de Palmira.
23 al 27-5-1987	Visita a la Casa de Manizales “La Linda”.
27-5 al 2-6-1987	Visita a la Casa de Manizales “San Rafael”.
2 al 6-6-1987	Visita a la cas de La Estrella
7 al 12-6-1987	Visita al Instituto Amigó (Medellín).
12 al 17-6-1987	Visita a la Casa “Escuela de Trabajo San José”.
17 al 19-6-1987	Visita a la Casa de Montería.
19-6-1987	Viajo a Bogotá desde Montería para asistir el matrimonio de Nubià.
21-6-1987	Viajo de Bogotá a Cartagena.
21 al 25-6-1987	Visita a la Casa de Turbaco.

25-6-1987	Viajo de Cartagena a Bogotá. Me hospedo en la Curia "Sagrado Corazón" HTC.
26 al 30-6-1987	Visita a la Casa San Antonio, en Bogotá.
1 al 5-7-1987	Visita a la Casa del Redentor, en Bogotá.
6 al 11-7-1987	Visita a la Casa de Madrid-Cundinamarca.
11 al 16-7-1987	Visita a la Casa "Espíritu Santo", en Bogotá.
19-7-1987	*Viajo de Colombia a Venezuela*.
20 al 24-7-1987	Visita a la Casa Colegio Luis Amigó de Caracas.
24 al 27-7-1987	Visita a la Casa de Naiguatá.
27-7 al 3-8-1987	Visita a las Casas Colegio Luis Amigó y Cecilia Mujica, en San Felipe.
4 al 5-8-1987	Descanso en Caracas.
5-8-1987	*Viajo de Venezuela a República Dominicana*.
6 al 7-8-1987	Reunión Consejo de la Delegación en San Cristóbal.
7 al 13-8-1987	Visita a la Casa de Hainamosa.
14-8-1987	Empieza visita a la Casa de San Cristóbal.
15-8-1987	*Viajo de República Dominicana a Puerto Rico* (ida y vuelta el mismo día).
16 al 19-8-1987	Sigue la visita a la Casa de San Cristóbal.
20-8-1987	*Viajo de República Dominicana a Panamá*.
20 al 23-8-1987	Visita a la Escuela de Chapala.
23-8-1987	*Viajo de Panamá a Costa Rica*.
24 al 31-8-1987	Dirijo unos Ejercicios Espirituales en la Casa Noviciado de San Jerónimo de Moravia.
31-8 al 2-9-1987	Visita a la Casa de San José-Zapote.
2 al 8-9-1987	Visita a la Casa de San Jerónimo de Moravia.
8-9-1987	*Viajo de Costa Rica a Nicaragua*.
8 al 14-9-1987	Visita a la Casa "La Mascota".
14-9-1987	*Viajo de Nicaragua a Costa Rica*.
16-9-1987	*Viajo de Costa Rica a Guatemala*.
18-9-1987	*Viajo de Guatemala a Méjico*.

21-9-1987	*Viaje de Méjico a Estados Unidos*.
21 al 23-9-1987	Visita a Miami.
23 al 30-9-1987	Visita a Washington.
30-9-1987	*Viajo de New-York a España-Barajas*, donde llego el 1-10-1987.
20-10-1987	*Viajo de España a Roma*.
1988	
10-4-1988	Concelebro en Godella en la Misa de apertura del Año Jubilar.
23-6-1988	Imparto en EPLA una charla sobre *Pedagogía Amigoniana*.
23 al 25-9-1988	Imparto charlas en Montiel a las hermanas terciarias capuchinas que participan en el I Encuentro de Formadoras.
29-9-1988	Concelebro con el Papa en su Capilla privada del Vaticano. Me firma en el *Libro de Oro* del Centenario.
6-10-1988	Pronuncio en Torrelavega la conferencia *100 Años de Presencia Amigoniana*.
5-11-1988	Pronuncio en Torrent el Pregón Centenario *Monte-Sión, cien años de vida amigoniana*.
21-11-1988	*Viajo de España a Colombia*.
22-11 al 31-12-1988	Presentación "Fuentes del P. Fundador" en Colombia. A las hermanas y hermanos. Los encuentros tuvieron lugar en: Bogotá, Valledupar, Armenia, Montería, Medellín, Tuluá y Puente Nacional.
1989	
1-1-1989	*Viajo de Colombia a Venezuela*. Presentación "Fuentes del P. Fundador" a hermanas y hermanos.
6-1-1989	*Viajo de Venezuela a Guatemala*. Presentación "Fuentes del P. Fundador" a las hermanas.
11-1-1989	*Viajo de Guatemala a Costa Rica*. Presentación "Fuentes del P. Fundador" a hermanas y hermanos.
16-1-1989	*Viajo de Costa Rica a España*.
9-4-1989	Concelebro en la Misa dominical televisada, por Televisión Española, desde el Seminario San José de Godella, con ocasión de la clausura del I Centenario de la Congregación.

12-4-1989	Recorro a pie, en compañía de seminaristas y comunidad de Godella, el trayecto que va desde el Convento de La Magdalena en Massamagrell hasta la Cartuja de El Puig, recordando así el trayecto que nuestros primeros religiosos hicieron el 14 de abril de 1889.
15-4-1989	Concelebro en la misa de la clausura oficial de nuestro Centenario fundacional, celebrada en la explanada ubicada delante del Colegio Nuestra Señora de Monte-Sión de Torrent.
24-4 a 9-5-1989	Participo en el XVII Capítulo General, como Consejero General.
29-4-1989	Elegido 2º consejero general.
10-5-1989	El Consejo General me designa Procurador de la Congregación ante la Santa Sede y se me encarga la organización del Archivo General.
12-9-1989	Presento mi Comunicación *Franciscanismo y marginación* en el XX Congreso Franciscano Hispano-Portugués, celebrado en el Vedat de Torrent del 10 al 15 de septiembre.
1990	
10-5-1990	*Viajo de Roma a Israel-Tierra Santa* (con P. Oltra).
	Fuimos huéspedes del Custodio de Tierra Santa. Nos hospedamos en el Convento "San Salvatore", sede de la Custodia y celebramos en los sitios más significativos. Entre ellos, *dentro del Santo Sepulcro*.
15-5-1990	*Viajo de Israel a Egipto* (con P. Oltra).
	Fuimos huéspedes de los franciscanos en su Convento "San José" de El Cairo. Visitamos las Pirámides, entrando dentro de la de Keops, la gran mezquita de El Cairo y el Museo Arqueológico, entre otros monumentos.
19-5-1990	*Viajo de Egipto a la India-Bombay* (con P. Oltra).
	Fuimos huéspedes de las Hermanas de Santa Ana, en su gran Casa-Noviciado.
22-5-1990	*Viajo de Bombay a Filipinas* (con P. Oltra).
	Visita canónica a los hermanos.
6-6-1990	*Viajo de Filipinas a Roma*, con escala en Bangkok.

9-6-1990	Sale a la luz la *Edición Minor* de la Positio de las Virtudes del padre Fundador, que yo había preparado y cuya edición había cuidado.
9 y 10-7-1990	Charlas con las Hermanas del Rebaño de María en Cádiz, sobre el *Carisma*.
1-7 a 28-9-1990	Dirijo el I CAF (Curso Amigoniano de Formación), que elaboró el *Plan de Estudios propios de la Congregación*, del que previamente yo mismo había elaborado el *texto base*.
1991	
9-2-1991	Concelebro en el funeral del padre Arrupe en el Gesù.
5 a 7-4-1991	Imparto en Cádiz el Cursillo *Nuestro carisma como Terciarias Franciscanas del Rebaño de María*.
12-4-1991	Pronuncio en Santa Rita la Conferencia Inaugural del Congreso Centenario de la Pedagogía Amigoniana *Relación existente entre Carisma y Pedagogía*.
18-4-1991	Imparto el tema *El carisma del padre Fundador en marginación infanto-juvenil* en el I Encuentro Congregación de reeducación de las Hermanas Terciarias Capuchinas, desarrollado en Montiel del 9 al 20 de este mes de abril.
26-4-1991	Formo parte del Tribunal examinador de la Tesis Doctoral "*Origen y Desarrollo Científico del Sistema Educativo Amigoniano. Una alternativa a la reeducación de menores*, que presentó y defendió doña Amparo Gombau Soler en la Universidad de Valencia. Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Sección Pedagogía.
21-5 al 29-6-1991	Acompaño, como secretario, al padre General en su Visita Canónica a las Casas de España de la Provincia del Sagrado Corazón.
15 al 19-7-1991	Imparto en la Curia General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Roma un *Curso sobre Escritos de San Francisco* para formadores y formadoras franciscanos. Este curso, que dicté, a petición del P. Lázaro Iriarte, se realizó con traducción simultánea y a él asistieron más de 200 personas, entre hermanos y hermanas.
19 al 27-8-1991	Acompaño la Peregrinación a Roma y Asís de las Hermanas del Rebaño de María.
2-10-1991	*Viajo de España a Brasil*. Presentación "Fuentes del P. Fundador" a hermanas y hermanos en Bello Horizonte y São Paolo.

10-10-1991	*Viajo de Brasil a Argentina*. Presentación "Fuentes del P. Fundador" a hermanas y hermanos en Morón.
17-10-1991	*Viajo de Argentina a Chile*. Presentación "Fuentes del P. Fundador" a hermanas y hermanos en Punta de Parra y Villa Alemana.
21-10-1991	Formo parte de la Mesa de Honor en la sesión inaugural del *II Encuentro Nacional sobre Problemática del Menor en situación irregular*, desarrollado en Valparaíso.
23-10-1991	*Viajo de Chile a Bolivia*. Presentación "Fuentes del P. Fundador" a hermanas y hermanos en Santa Cruz de la Sierra.
29-10-1991	*Viajo de Bolivia a Perú*. Presentación "Fuentes del P. Fundador" a hermanas. (La presentación fue en *Lima* e *Iquitos*. Desde Lima viajé al Cuzco y al Machu-Pichu).
9-11-1991	*Viajo de Perú a Colombia*.
26-11-1991	*Viajo de Colombia a España*.
12-12-1991	Concelebro con el Papa en su Capilla privada del Vaticano. Festividad de la Virgen de Guadalupe. Asistimos Consejo General, Provinciales y Delegados.
1992	
20-3-1992	Presento las Fuentes del padre Fundador en la Viceprovincia de Bélgica-Alemania de las hermanas.
10 al 12-4-1992	Presento las Fuentes para el estudio del padre Fundador en Montiel, para las hermanas terciarias capuchinas de la Provincia de La Sagrada Familia.
15-8-1992	Celebro en el Seminario San José de Godella, junto a mis compañeros de curso, las *Bodas de Plata* de mi primera Profesión religiosa.
19 a 24-8-1992	Acompaño por Roma-Asís y Alvernia un grupo de Formación Permanente de las Hermanas del Rebaño de María.
16-8 al 15-9-1992	Dirijo en Godella el III CAF que elaboró el *Proyecto de Vida-Directorio-Oracional* de los Cooperadores Amigonianos, del que yo había preparado el *texto base*.
1993	
2 al 4-1-1993	Doy un curso sobre Fuentes para el estudio del padre Fundador en la Casa de las Religiosas del Amor de Dios, de Madrid, para hermanas terciarias capuchinas de la Provincia de La Inmaculada.

11 a 15-4-1993	Participo en el I Capítulo de la Provincia Luis Amigó, como delegado de los religiosos.
1 al 7-8-1993	Imparto una tanda de Ejercicios Espirituales en el Seminario San José de Godella.
1-10-1993	Presido en la Catedral de Segorbe la Misa, con ocasión del Aniversario de la muerte del padre Fundador y asisto a la inauguración de la Exposición preparada por la Fundación Caja de Segorbe.
1994	
16 al 20-5-1994	Elaboro el Curso a distancia *En las Fuentes* para las hermanas terciarias capuchinas.
15-6-1994	*Viajo de España a Guatemala*. Visito ruinas mayas. Doy un curso a las hermanas en San José de Pinula sobre *Claves de lectura de la Positio*.
22-6-1994	*Viajo de Guatemala a Costa Rica*.
28-6-1994	*Viajo de Costa Rica a Colombia*.
1 al 25-7-1994	Dirijo el V CAF, desarrollado en Colombia (La Estrella y La Chaparrita), que laboró el documento *Religiosos laicos y religiosos sacerdotes, zagales del Buen Pastor*, cuyo *texto base* había sido redactado por una Comisión nombrada por el Consejo General, que yo presidí.
27-7-1994	*Viajo de Colombia a Venezuela*.
1-8-1994	*Viajo de Venezuela a República Dominicana*.
6-8-1994	*Viajo de República Dominicana a España*. Y desde aquí, a Roma.
31-8-1994	*Viajo de Madrid a Costa de Marfil*, haciendo escala en Lisboa (con P. Oltra y P. Arive. Visita canónica).
14-9-1994	*Viajo de Costa de Marfil a Madrid*, con escala en Lisboa.
8-11-1994	Nombrado Capellán de las Maestre Pie Filippini de Via Mario Fani de Roma.
1995	
19 a 21-1-1995	Curso a las Capitulares del Rebaño de María. Tema: *Abramos las puertas a Cristo, tras las huellas del Buen Pastor, junto a su Madre*.

22-1-1995	*Viajo de España a Costa Rica*. Imparto, primero, una tanda de Ejercicios Espirituales a postulantes y Novicios en San Jerónimo de Moravia y participo a continuación –del 5 al 12 de febrero– en el I Encuentro Internacional de Cooperadores Amigonianos.
15-2-1995	*Viajo de Costa Rica a España*.
18-4-1995	*Viajo de España a Colombia*. Capítulo General.
22-4 a 5-5-1995	Tomo parte en el XVIII Capítulo General, como Consejero General.
7-5-1995	*Viajo de Colombia a España*, concluido el Capítulo.
21-6-1995	Asisto a la Audiencia General del Papa en el Aula Pablo VI y le presento al Santo Padre a nuestro nuevo Superior General, el padre Ignacio Calle.
2 al 7-7-1995	Tomo parte en el II Capítulo de la Provincia Luis Amigó, como delegado de los religiosos.
28-9 al 1-10-1995	Curso para las Hermanas del Rebaño de María en Cádiz sobre *Nueva Evangelización*.
12 al 15-10-1995	Curso para las Hermanas del Rebaño de María en Cádiz sobre *Nueva Evangelización*.
1996	
19 al 21-1-1996	Curso para las Hermanas del Rebaño de María en Cádiz sobre *Nueva Evangelización*.
27-2-1996	Imparto en el Salón de Actos de la Casa de Cultura de Torrent la Conferencia *El Mensaje de la Pasión en un mundo light*, en el XI Ciclo de Conferencias organizado por la Hermandad del Descendimiento.
18-5-1996	Tengo en Montiel una charla sobre *El padre Luis y los pobres*, con los laicos amigonianos de la Provincia de La Sagrada Familia de las hermanas terciarias capuchinas.
30-6-1996	Concluyo la organización y catalogación del Archivo Histórico de la Provincia de la Sagrada Familia de las terciarias capuchinas, en colaboración con la hermana Monserrat Millán.
4 al 7-9-1996	Desarrollo unas charlas sobre el P. Fundador en el *I Curso de Formación Permanente de Montiel* de las hermanas terciarias capuchinas en Montiel.

30-11-1996	Organizo y catalogo el Archivo General de las hermanas terciarias capuchinas, en colaboración con la hermana Mª Carmen Fernández.
15-12-1996	Celebro la Eucaristía y pronuncio una charla en Carcaixent con ocasión de la inauguración del grupo escultórico dedicado a las Hermanas Terciarias Capuchinas en la Residencia de la Tercera Edad "Virgen de las Aguas Vivas".
1997	
5 al 9-1-1997	Imparto en Montiel varios temas para profundizar en el propio carisma a las hermanas terciarias capuchinas que asistían a la *III Experiencia de Montiel*.
16-1-1997	*Viajo de España a Colombia*.
27 a 30-1-1997	Doy en la FUNLAM el Ciclo de conferencias editado en un *Alborada* extraordinario (edición especial).
2-2-1997	*Viajo de Colombia a Chile*. Trasladado a Punta de Parra (Concepción).
20-5-1997	*Viajo de Chile a Colombia*. Doy en la FUNLAM otro Ciclo de conferencias.
31-5-1997	*Viajo de Colombia a Chile*.
28-6-1997	Administro primeras comuniones en el Instituto Diurno Padre Luis Amigó de Concepción.
6-7-1997	Obediencia de traslado desde Chile a Costa Rica.
23-7-1997	*Viajo de Chile a Argentina*. Excursión familiar. Viajé a las Cataratas del Iguazú. Entro en *Brasil* y *Paraguay*.
6-8-1997	*Viajo de Argentina a Chile*. Regreso de la excursión familiar.
19-8-1997	*Viajo de Chile a Costa Rica*. Nuevo destino.
20-9-1997	*Viajo de Costa Rica a Colombia*. Colaboración con la FUNLAM.
27-9-1997	*Viajo de Colombia a Costa Rica*.
3-11-1997	*Viajo de Costa Rica a Nicaragua*. Vía terrestre con novicios.
15-11-1997	*Viajo de Nicaragua a Costa Rica*. Regreso con los novicios. Vía terrestre.

1998	
5 a 7-4-1998	Ejercicios Espirituales al Capítulo de la Viceprovincia de las hermanas terciarias capuchinas, en *San José-Desamparados*.
12-4-1998	*Viajo de Costa Rica a Colombia*.
12 al 19-4-1998	Imparto un Curso sobre *Espiritualidad Franciscano-Amigoniana* en la Casa Santa María de los Ángeles de Medellín.
20-4-1998	*Viajo de Colombia a Costa Rica*.
10-5-1998	*Viajo de Costa Rica a Colombia*. Ciclo de Conferencias en la FUNLAM, editado en folleto *Identidad Amigoniana*.
17-5-1998	*Viajo de Colombia a Costa Rica*.
27-5-1998	*Viajo de Costa Rica a Puerto Rico*. El 28 pronuncio en la Casa de Puerto Rico una Conferencia con motivo de los 10 años de presencia amigoniana.
30-5-1998	*Viajo de Puerto Rico a Costa Rica*.
16 al 20-7-1998	Imparto en San Jerónimo de Moravia un Curso para Profesores de Materias Propias de la Provincia del Buen Pastor.
22-7-1998	Dirijo el Retiro previo al II Capítulo de la Provincia del Buen Pastor. Desarrollo el tema *El Espíritu del Señor y su Santa Operación*.
12-9-1998	*Viajo de Costa Rica a España*. Nuevo destino.
21 a 23-10-1998	Predico Triduo en Torrent con ocasión del Centenario de la Pía Unión.
7-12-1998	Celebro en el Seminario San José de Godella, mis *Bodas de Plata sacerdotales*. (Un adelanto de esta celebración la realicé en Costa Rica –el 7 de septiembre en la Capilla de las *Oblatas* en Moravia– antes de mi regreso a España. Posteriormente, dentro aún del mes de diciembre de 1998, –el 20– me celebraron también estas Bodas de Plata en Monte-Sión–Torrent).
1999	
8 a 10-3-1999	Predico un Triduo cuaresmal en Torrent.
13-3-1999	Pronuncio, en el Seminario de Godella, para la Familia Franciscana de Valencia, la Conferencia *La caricia materna de Dios Padre*.

9 al 20-8-1999	Imparto una semana de Espiritualidad Amigoniana en el XIII CAR.
1-11-1999	*Viajo de España a Colombia*. Asisto al Simposium internacional sobre el "Papel de las Comunidades Terapéuticas", organizado por la FUNLAM y el día 3, pronuncio la Conferencia Inaugural "*Perspectiva Humanista*". Aprovecho también para impartir en la FUNLAM un nuevo Ciclo de conferencias que se editan en el folleto *Identidad Amigoniana II*.
25-11-1999	*Viajo de Colombia a España*.
4 al 7-12-1999	Curso de formación para las Superioras del Rebaño de María. Tema: *Dejarse humanizar por Dios*.
12-12-1999	Designado Miembro del Consejo Científico y Social de la Fundación Amigó.
2000	
14-1-2000	Pronuncio, en Collado de Villaba, en la Asamblea General de la Federación Interfranciscana de España, la Conferencia *Testigos de humanidad*.
16-4-2000	*Viajo* –del 16 al 23 de este mes de abril– *por tierra de España a Italia*, donde acompaño el Viaje Fin de Curso 1999-2000 de la ESO de EPLA. Previamente había preparado el folleto de dicho viaje.
30-4-2000	*Viajo de Roma a Colombia con escala en Madrid*. Durante esta estadía en la FUNLAM, pronuncio –el 4 de mayo– la Conferencia *Entre el método y el sentimiento*, en la sesión inaugural del *IV Congreso Latinoamericano de Pedagogía reeducativa*, y escribo y atiendo después, la 1ª edición de "*Identidad Amigoniana en Acción*".
22 al 25-6-2000	Realizo en la Isla de San Andrés un *Encuentro Amigoniano*.
10-7-2000	Dicto en Engativa la charla Encarnación-Carisma-Culturas para el Consejo General y Consejos Provinciales de las hermanas terciarias capuchinas.
15-7-2000	*Viajo de Colombia a España*.
7 al 17-8-2000	Imparto una semana de *Espiritualidad Amigoniana* en el XIV CAR.
9-2000	Imparto para los profesores del Colegio de las hermanas terciarias capuchinas de Massamagrell, unas charlas sobre el *Sentimiento Educativo Amigoniano: Con el lenguaje del corazón* y *Más donde existe menos*.

21 a 23-9-2000	Participo en la Formación Permanente de las Hermanas Terciarias Capuchinas en Altura.
5-10-2000	Tengo en Hellín una Conferencia sobre *La Labor de los Terciarios Capuchinos en la Iglesia* con ocasión de las Bodas de Oro de la Congregación en esta población.
7 a 8-10-2000	Imparto un Cursillo de Formación para formadores (TOFS) en Madrid. C/. Santa Engracia, n. 142.
9-10-2000	*Viajo de Madrid a Frankfurt*. Visito, con el padre Oltra, Gelsenkirchen –donde presento el libro *Hombres recios y entrañables*–, Hannover, donde visitamos al padre Juan Mª García y la Exposición Universal que se estaba desarrollando en esta ciudad, y desde donde viajamos a Berlín (era la primera vez que yo visitaba esta ciudad).
14-10-2000	Viaje de Frankfurt a Varsovia con el padre Oltra.
19-10-2000	Regreso de Varsovia a Madrid.
5 a 15-11-2000	Participo, en Roma, en los trabajos de la Comisión nombrada para la preparación del documento *La Misión apostólica de la Congregación*, del que el Consejo General me encargaría después la redacción final.
18-11-2000	Pronuncio en San Hermenegildo-Dos Hermanas la Conferencia *100 Años de los Terciarios Capuchinos en Dos Hermanas*.
1 al 3-12-2000	Tengo un Cursillo para los Educadores de los Centros de Menores de las hermanas terciarias capuchinas en la Casa de Espiritualidad de las Terciarias Franciscanas en Moncada.
2001	
11-3-2001	Asisto en Roma a la Beatificación de los Mártires Amigonianos.
22 al 25-3-2001	Imparto un Curso de formación a Superioras del Rebaño de María. Cádiz. Tema: *Carisma y animación comunitaria*.
17 al 27-4-2001	Participo en el XIX Capítulo General, como delegado de los religiosos de la Provincia Luis Amigó.
7 al 9-5-2001	Imparto en los Tres Meses de Gracia y Renovación que las hermanas terciarias capuchinas tienen en Altura un curso sobre *Espiritualidad y experiencia de Jesús en Francisco y el P. Luis*.
3-6-2001	Me hago cargo, en Teruel, del *Archivo Roca*.

1 al 7-7-2001	Tomo parte en el IV Capítulo de la Provincia Luis Amigó, como delegado de los religiosos.
20-7-2001	Presido, como delegado del Arzobispado, la sesión electoral en el Capítulo General que tienen en Moncada las hermanas franciscanas de La Inmaculada. El día anterior les había dirigido un Retiro Espiritual.
30-7-2001	Nombrado Superior de EPLA.
10 al 12-9-2001	Imparto en los Tres Meses de Gracia y Renovación que las hermanas terciarias capuchinas tienen en Altura un curso sobre *Espiritualidad y experiencia de Jesús en Francisco y P. Luis Amigó*.
16-9-2001	Presento en Massamagrell el libro *50 Años de historia. Provincia Sagrada Familia*.
5 y 6-10-2001	Imparto, en una Casa de Ejercicios de Bonn, una serie de charlas encaminadas a profundizar en *El propio carisma amigoniano, en sus raíces primeras y expresiones históricas*.
7-10-2001	*Entro en Colombia*. Participo en el *II Congreso Internacional de Pedagogía Amigoniana* en la FUNLAM en el que dicto la Conferencia *La Pedagogía Amigoniana un Proyecto de Liberación integral*.
17-10-2001	*Viajo de Colombia a España*.
1 al 2-12-2001	Tengo, en Meliana, la charla *Talante del Educador* para educadores de los Centros de las hermanas terciarias capuchinas de la Provincia de La Sagrada Familia.
2002	
23-1-2002	Imparto en Santa Rita-Madrid, una charla sobre *Educadores de esta Casa que sufrieron martirio*.
2-2-2002	Pronuncio la Conferencia *Madre del Amor, Madre del Dolor* en el Auditorium de Torrent con ocasión del nombramiento público de la *Reina del Encuentro*.
15-2-2002	Pronuncio en Benisa, la Conferencia *Benisa y la Obra Amigoniana*.
5 a 7-4-2002	Charlas Pedagógicas en Antequera con profesores de los Colegios de las Hermanas del Rebaño de María.
23 a 31-8-2002	Ejercicios Espirituales con las Esclavas de la Eucaristía en Los Negrales (Madrid).

27-9-2002	Presentación en Burlada del T. II de la *Historia de la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas*.
29-9-2002	Presentación en Massamagrell del T. II de la *Historia de la Congregación de las Hermanas Terciarias Capuchinas*.
30-9 a 2-10-2002	Participo en la Formación Permanente de las Hermanas Terciarias Capuchinas en Altura.
4-10-2002	Tengo, en Sedaví, la charla *Rasgos fuertes del padre José Mª de Sedaví*.
28-11-2002	*Viajo de España a Colombia*.
29-11-2002	Pronuncio, ante el Consejo General y los cuatro Gobiernos Provinciales de las hermanas terciarias capuchinas de Colombia, la Conferencia *Cómo vivir nuestra Espiritualidad carismática desde el servicio. El carisma, un regalo para regalar*, presento el T. II de la *Historia de la Congregación de las Hermanas Terciarias Capuchinas* y participo en las labores en el *Equipo Congregacional de Investigación del Carisma* de las terciarias capuchinas, reunido en el Colegio La Inmaculada de Bogotá, del 2 al 4 de diciembre.
30-11-2002	Presento en Medellín el T. II de la *Historia de la Congregación de las Hermanas Terciarias Capuchinas*.
1-12-2002	Presento en Bogotá el T. II de la *Historia de la Congregación de las Hermanas Terciarias Capuchinas*.
7-12-2002	*Viajo de Colombia a España*.
30-12-2002	Nombrado Capellán de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Paterna (lo fui hasta 2005).
2003	
8 a 10-4-2003	Participo en la Formación Permanente de las Hermanas Terciarias Capuchinas en Altura *Seguimiento de Jesús en Francisco y el P. Luis*.
14-6-2003	Presento, en el Seminario San José de Godella, mi libro *Con Amor y Dolor*.
4-9-2003	Imparto la charla *Testigos de Humanidad* en Massamagrell para los profesores de los Colegios del propio Massamagrell y de Meliana.
19 a 27-9-2003	Predico la Novena de la Virgen de Montiel, en Benaguacil.
28-9-2003	Presento en Burlada el libro *50 Años de Vida y Servicio* de la Provincia de La Inmaculada de las terciarias capuchinas.

21 a 23-11-2003	Desarrollo cuatro temas en el Encuentro de la Viceprovincia Santa Isabel de Hungría, que tuvo lugar en el Monasterio Saint Remacle de Wavreumont (Bélgica).
2004	
5 a 7-3-2004	Curso sobre la Autoestima a profesores de los Colegios de las Hermanas del Rebaño de María en Sevilla (junto al Palacio de la Duquesa de Alba).
13-3-2004	Tengo, en Meliana, la charla *Pedagogía Amigoniana en el cultivo de las habilidades*, con educadores de los Centros de las hermanas terciarias capuchinas.
1 a 7-7-2004	Tomo parte, como delegado de los religiosos, en el V Capítulo de la Provincia Luis Amigó. Elegido Vicario Provincial.
20 al 31-7-2004	*Viajo a Roma*.
6-8-2004	Nombrado de nuevo superior de la comunidad de EPLA.
20 a 22-8-2004	Ejercicios para Jóvenes en Altura.
21 al 22-9-2004	Charlas al Capítulo General de las Hermanas Terciarias Capuchinas sobre *¿Cómo escuchar al Espíritu en tiempo capitular?*
13 y 14-10-2004	Imparto unas charlas al Consejo General de las hermanas terciarias capuchinas, sobre *Compartir carisma y Misión con los laicos*.
22-10-2004	Predico en Monte-Sión el tercer día del Tríduo de preparación para la celebración de los 150 Años del Nacimiento del padre Fundador.
24-10-2004	Predico en la Misa que precede a la bendición de la estatua del padre Fundador, instalada en la plaza San Jaime de Torrent y realizada por el escultor Ramón Pi Belda.
2 al 6-11-2004	Participo, en Roma, en la reunión que mantiene el Consejo General con los superiores provinciales y sus consejeros.
11-12-2004	*Viajo a Colombia* y, desde el 13 al 17, imparto en la FUNLAM Ejercicios Espirituales para hermanos y hermanas con ocasión de los 150 años del Nacimiento del P. Fundador. Aprovecho también para presentar el libro *Historia del Comisariato de Colombia (1905-1951)*.
23-12-2004	*Viajo de Colombia a España*.

2005	
3 a 7-1-2005	*Viajo a Alemania desde Palma de Mallorca* con Consejo Provincial.
18 a 27-3-2005	Ejercicios Espirituales a las Hermanas del Rebaño de María en San Juan de Aznalfarache.
15 a 17-6-2005	Predico Triduo de San Antonio en Torrent.
4-7-2005	Conferencia *Identidad y Misión de los Cooperadores Amigonianos*, en Montiel.
7 a 13-7-2005	Ejercicios Espirituales a Operarias Catequistas en Alacuás.
26-7 a 3-8-2005	*Viajo a Roma*.
4 a 5-12-2005	Conferencias en el XV Congreso de la Orden Franciscana Seglar en El Escorial: *Valores Franciscanos para un mundo en crisis*.
2005	Durante este año y siguientes, trabajo, con los educadores de nuestro Centro de Villar del Arzobispo, distintos temas de la Pedagogía Amigoniana con vistas a la elaboración del Ideario propio de este Centro, que vería la luz con el sugerente título de *Quiero ser feliz*.
2006	
28-1-2006	Nombrado Administrador de EPLA.
19 a 22-8-2006	Ejercicios Espirituales para Jóvenes en Altura.
11-9-2006	*Llego a Colombia* para asistir al Congreso Mariano Internacional organizado por la FUNLAM del 13 al 15 de septiembre. Pronuncio en él estas tres Conferencias: *Amor y Exigencia*, *Amor a la medida* y *Valores de la amigonianidad*, publicados en *Pastor Bonus* bajo el título *Mensaje Pedagógico de María a la amigonianidad*.
18-9-2006	*Regreso desde Colombia a España*.
2007	
17-1-2007	Presento en el Colegio Luis Amigó de Pamplona, *Identidad Amigoniana en Acción*.
24-1-2007	Presento *Identidad Amigoniana en Acción*, en Dos Hermanas.
20, 22 y 27-2-2007	Presento *Identidad Amigoniana en Acción* a los distintos claustros de EPLA.

10-3-2007	Pronuncio, en Madrid, en el Congreso de la TOFS que conmemora el VII Centenario del nacimiento de Santa Isabel de Hungría, la Conferencia *El amor a la medida, distintivo y misión*.
23 a 25-3-2007	No puedo impartir, en Puebla de Cazalla el curso programado para profesores del Rebaño de María.
23-4 a 2-5-2007	Participo, como delegado de los religiosos de la Provincia Luis Amigó, en el XX Capítulo General.
2 al 7-7-2007	Participo, como Vicario Provincial, en el VI Capítulo de la Provincia Luis Amigó.
3 al 12-8-2007	*Viajo a Roma*.
21-8-2007	Nombrado por tercera vez superior de EPLA previa dispensa del Consejo General. Sigo de Administrador.
4-9-2007	Presento en Santa Rita, *Identidad Amigoniana en Acción*.
7-9-2007	*Viajo a Colombia* para recibir de la FUNLAM el Doctorado "Honoris Causa" en Pedagogía.
14-9-2007	Pronuncio la Lectio Magna: *La Amigonianidad* en el acto de recepción del "Honoris Causa".
18-9-2007	*Regreso desde Colombia a España*.
21 a 23-9-2007	Doy Ejercicios Espirituales a jóvenes en Altura.
26 y 27-9-2007	Imparto, en la Formación Permanente de las hermanas terciarias capuchinas, en Montiel, el tema *Elementos esenciales de nuestro carisma de Terciarias Capuchinas*.
21-10-2007	Pronuncio, ante el Consejo General, reunido en Roma con los superiores provinciales y sus consejeros, mi conferencia *Una misma identidad, en dos perspectivas*.
27 a 30-11-2007	Doy Ejercicios Espirituales a las Carmelitas de Villar del Arzobispo.
18-12-2007	Presido, en Onda, la Eucaristía en la fiesta de la Virgen de la Esperanza.
2008	
28-2-2008	Presento, en Hellín, *Identidad Amigoniana en Acción*.
8 a 14-3-2008	Predico Septenario a la Virgen de los Dolores en Onda.
2-5-2008	Designado de nuevo miembro del Consejo Científico y Social de la Fundación Amigó (en 2018 continuaba integrando este Consejo Científico).

22 a 24-5-2008	*Viajo a San Giovanni Rotondo*. Pronuncio la Conferencia *Tratti di Pedagogia Amigoniana*.
11 a 13-6-2008	Predico Triduo de San Antonio en Torrent.
4 a 12-8-2008	*Viajo a Roma*.
15-8-2008	Predico en la Iglesia de la Asunción de Torrent en la Fiesta grande de la Virgen, invitado por las *Clavariesas de la Mare de Déu d'Agost 2008*.
15-9-2008	*Viajo de Madrid a Bogotá y Medellín*.
23-9-2008	*Regreso de Colombia a España*.
7-11-2008	Pronuncio, en el Congreso Nacional de Pedagogía Amigoniana celebrado en EPLA, la Conferencia *Pedagogía del cercano acompañamiento*.
2009	
31-1-2009	En el trascurso del I Encuentro del Consejo Científico Social y del Comité Ejecutivo de la Fundación Amigó, propongo la creación de una *Cátedra Luis Amigó* en la Universidad de Valencia.
27 a 30-4-2009	Excursión a Córdoba-Sevilla-Granada.
20-6-2009	*Llego a Colombia* para impartir en los *Encuentros Amigonianos* estos temas: *Su seguridad, Dios*; *Su vestidura, la humildad*; *Su secreto, la fortaleza*; *Su distintivo, la misericordia* y *El Fondo de su ser, la paz*. Los encuentros se desarrollaban en Anapoima, Medellín-Belén y Bucaramanga.
12-7-2009	*Regreso a España desde Colombia*.
17 a 21-7-2009	Imparto en Montiel el temario de los *Encuentros Amigonianos*.
3 al 7-8-2009	Imparto en el Seminario de Godella el temario de los *Encuentros Amigonianos*. En esta ocasión expongo a los asistentes mi "sueño" de disponer algún día de una escultura del P. Fundador como "joven capuchino". La idea recogida por el Provincial –José Antonio Fernández Grau– se materializó en el bronce de la rotonda de entrada al Seminario. El 6 de agosto presido la Misa mayor y predico en Onda, en la fiesta grande del Santísimo Salvador, Patrón de la localidad.
10 al 16-8-2009	*Viajo a Roma*.
18-8-2009	*Entro en Jordania*. Visito Amán y Petra.

20-8-2009	*Paso de Jordania a Israel*.
28-8-2009	*Viajo de Israel a España*.
14-9-2009	Pronuncio, en EPLA, en el XVIII Encuentro de Educadores, la Conferencia *El arte de educar*.
1 al 4-10-2009	Predico en el Triduo preparatorio y en la fiesta mayor de Náquera, dedicada a San Francisco.
28-10-2009	Pronuncio, en el Círculo Católico de Torrent, la Conferencia *Padre Méndez. Rasgos fuertes de su personalidad*.
13-11-2009	Pronuncio, en el Seminario San José de Godella, para la Familia Franciscana de Valencia, la Conferencia *En las raíces humanas*.
2-12-2009	Es aceptada mi renuncia a formar parte de la Comisión Mixta de la Cátedra Luis Amigó en la Universidad de Valencia, de la que formaba parte desde su creación.
2010	
31-1-2010	El Consejo de la Provincia Luis Amigó me encarga la revisión y redacción final del *Plan de Formación y de Estudios de los Educadores Amigonianos*.
1 al 10-4-2010	*Viajo a Moscú y San Petersburgo*.
19 al 25-7-2010	Imparto una tanda de Ejercicios Espirituales a las Franciscanas de La Inmaculada, en El Vedat.
30-8-2010	Designado por cuarta vez consecutiva, Superior de EPLA, previa dispensa del Consejo General. Sigo de Administrador.
7-9-2010	Doy en EPLA una charla sobre *Pedagogía Amigoniana* a los profesores del Colegio de Monte-Sión–Torrent.
2011	
17 al 22-5-2011	*Viajo a Roma*.
27 y 28-5-2011	*Viajo a Pamplona*.
25-6-2011	Presento en Cádiz el libro *Con entrañas de Madre*.
1-12-2011	Presento, en el Centro de la Federación Interfranciscana de Madrid, el libro *Francisco de Asís y los marginados*.
2012	
17-1-2012	Presento en Segorbe *Identidad Amigoniana en Acción*.
10 a 14-4-2012	*Viajo a Roma*.

30-7 a 5-8-2012	Ejercicios Espirituales a las Franciscanas de La Inmaculada.
5 al 9-10-2012	Excursión a Cantabria.
2-11-2012	Presento, en el Centro Cultural La Almona de Dos Hermanas, el libro *Un Nazareno universal*.
15-11-2012	Pronuncio, en el II Congreso Internacional de la Pedagogía Amigoniana, celebrado en Bancaja-Valencia, la Conferencia *La Pedagogía Amigoniana frente a la exclusión*.
15-12-2012	Doy una charla sobre *La Fe en Luis Amigó* a los Cooperadores Amigonianos, en el Seminario San José de Godella.
2012	Imparto a todos los profesores de los Colegios de las Hermanas Franciscanas de La Inmaculada que se concentran en su Colegio de Torrent, un *Curso sobre los Escritos de San Francisco*. Los encuentros fueron el 21 de abril, el 26 de mayo, el 24 de noviembre. El curso continuó el 2013, con encuentros el 9 de marzo y el 8 de junio.
2013	
14-1-2013	Tengo en Montiel una charla sobre *Fisonomía humana-espiritual-carismática del padre Fundador*, durante un Curso de Formación de Formadoras de las terciarias capuchinas, desarrollado en Montiel.
7 a 11-2-2013	*Viajo a San Giovanni Rotondo*. Dicto la Conferencia *L'attualità del carisma amigoniano*.
23-3-2013	Pronuncio, en la parroquia de Monte-Sión, el Pregón de la Semana Santa de Torrent. Era la segunda vez que lo hacía.
29-3 a 4-4-2013	*Viajo a Roma*.
13 a 14-4-2013	Reunión en Curia Provincial (Zacarías Homs) con Consejo General de Hermanas del Rebaño de María. Actualización de las Constituciones.
9-4-2013	Pronuncio en Borgo-Amigó (Roma) la Conferencia *El carisma amigoniano, una permanente y creciente llamada a la misericordia*.
30-5 a 5-6-2013	*Viajo a Roma*.
23 al 28-6-2013	*Viajo a Roma*.
1 al 5-7-2013	Tomo parte, como delegado de los religiosos, en el VIII Capítulo de la Provincia Luis Amigó.
17-7-2013	*Viajo a Barcelona* con la comunidad de EPLA. Visita Sagrada Familia.

4 al 7-8-2013	*Viajo a París*, con la comunidad de EPLA.
5-8-2013	Nombrado por quinta vez consecutiva Superior de EPLA, previa dispensa del Consejo General. Sigo de Administrador.
5-10-2013	Imparto, en la reunión de superiores de la Provincia Luis Amigó, la conferencia *Autoridad y servicio*.
29-11-2013	Pronuncio en el *Encuentro de Adviento* que se celebra en el Seminario San José de Godella, la Conferencia *Por la entrañable misericordia de nuestro Dios*.
1-12-2013	Presento en el Casino de Segorbe, el libro *Obispo Amigó. Cien años después (1913-2013)*.
6 y 7-12-2013	Curso *Coherencia Entre Fe-Vida-Misión*, en Cádiz para Hermanas del Rebaño de María.
8-12-2013	Nombrado Vicepostulador de la Causa del P. Luis Amigó por el P. Carlos Calloni, OFM Cap.
2014	
7 a 23-4-2014	*Viajo a Roma-Venecia*.
30-6 a 10-7-2014	*Viajo a Roma*.
11 a 13-7-2014	*Viajo a Cádiz*. Asisto como asesor y moderador de la Asamblea, en la revisión y votación de Constituciones y Estatutos Particulares de las Hermanas del Rebaño de María.
14 a 17-7-2014	*Viajo a Asís*, con la comunidad de EPLA.
19 a 27-9-2014	Predico la Novena a la Virgen de Montiel en Benaguacil. Era la segunda vez.
9 a 12-10-2014	*Viajo a Roma*.
2015	
2 a 5-1-2015	*Viajo a Roma*.
21 al 26-3-2015	Acompaño la Ruta Franciscano-Amigoniana por la Comunidad Valenciana.
1 al 8-4-2015	*Viajo a Roma*.
3 a 10-7-2015	*Viajo a Roma*. Visito la *Domus Aurea*.
27 a 31-7-2015	Organizo en la Curia Provincial el Archivo Roca, integrándolo en el Archivo Provincial Luis Amigó.

3 al 6-8-2015	*Viajo a Galicia* con la Comunidad de EPLA.
23-10-2015	Presento, en dependencias municipales de Moncada, el libro *Luz en la oscuridad, voz en el silencio*, del que previamente había hecho, en el Vedat, dos presentaciones para las Hermanas Franciscanas de La Inmaculada, el 9 y el 25 de marzo de este mismo 2015.
26-10-2015	Pronuncio en Santa Rita, en la reunión de superiores de la Provincia Luis Amigó, la Conferencia *Santa Rita, la más importante fundación*.
12-11-2015	Dicto la Conferencia *Carisma y Pedagogía* en el III Congreso Nacional de la Pedagogía Amigoniana, celebrado en Madrid-Duque de Pastrana.
2016	
14 a 18-2-2016	*Viajo a Dos Hermanas*-Sevilla. Curso a los novicios.
31-3 a 4-4-2016	*Viajo a Roma*.
21-4-2016	Presento en Pamplona el libro *Innovador y Vanguardista*.
2016	Soy operado de un tumor cancerígeno en el colon por el doctor Norman Payma, con el que había hecho amistad desde que me estirpó la vesícula el año anterior.
4 al 9-7-2016	Participo, como delegado de los religiosos, en el IX Capítulo de la Provincia Luis Amigó.
11 a 16-7-2016	Doy una tanda de Ejercicios Espirituales en El Vedat a las Operarias Catequistas.
30-8-2016	Ceso en el cargo de Superior de EPLA cuya comunidad queda fusionada con la del Seminario. Y ceso como Administrador del Colegio. ME JUBILO.
13 a 16-9-2016	*Viajo a Roma*. El 16 doy la charla *La Misión Compartida de cara a la reestructuración* al Capítulo General de las Hermanas Terciarias Capuchinas.
26-9 al 4-10-2016	Acompaño Ruta Franciscano-Amigoniana por la Comunidad Valenciana.
27-10-2016	Presento en Pamplona el libro *Conclusiones desde la Pizarra* de Jesús Mª Caramés.
19-11-2016	Presido en Cádiz, en el Colegio de las Hermanas del Rebaño de María, situado en Trille, la misa y dicto una conferencia con ocasión de la apertura del I Centenario de la muerte de Madre Encarnación.

2017	
28-4-2017	Presento el libro *La Catequesis, Pasión y Compromiso* en Alacuás. Ésta fue la segunda presentación que se hacía en esta población.
6-6-2017	Tengo en Bilbao una charla sobre *Pedagogía Amigoniana* para nuevos educadores contratados por la Fundación Amigó.
12 al 15-6-2017	*Viajo a Dos Hermanas*. Curso a los novicios.
2-7-2017	Celebro mis *Bodas de Oro* de Profesión Religiosa, en el Seminario de Godella, junto a todos los religiosos de la Provincia Luis Amigó que celebraban *Bodas de Oro o de Plata* este año.
11-7-2017	Pronuncio, en Alacuás, una charla sobre el *Perfil espiritual y humano de Madre Josefa* para los laicos venidos de los lugares donde están presentes las Operarias Catequistas.
8-8-2017	Fallece mi hermano Ricardo Vives Aguilella a los 66 años
25 al 30-9-2017	Acompaño Ruta Franciscano-Amigoniana por la Comunidad Valenciana.
23-11-2017	Imparto, en Alicante, una charla sobre *Pedagogía Amigoniana* para nuevos educadores de la Fundación Amigó.
2018	
9-1-2018	Tengo, en el Seminario de Godella, una charla sobre *Pedagogía Amigoniana* con nuevos educadores de la Casa de Villar del Arzobispo.
19-1-2018	Nombrado Historiador Oficial de la Congregación por el Consejo General.
11-4-2018	*Viajo de Valencia a Roma*.
12 al 15-4-2018	*Viajo a San Giovanni Rotondo* para la presentación del libro *San Francesco e gli esclusi*.
12-4-2018	Presento en el ITCA de San Giovanni Rotondo el libro *San Francesco e gli esclusi*.
13-4-2018	Soy entrevistado por la Radio-Televisión Padre Pío.
14-4-2018	Presento en el Monasterio de San Marco in Lamis, el libro *San Francesco e gli esclusi*.

15-4-2018	*Viajo de Roma a Valencia*.
18 al 21-4-2018	Imparto un Curso de Franciscanismo a junioras de las Franciscanas de La Inmaculada, en su Casa de Moncada.
24 a 25-4-2018	*Viajo a Madrid-Caldeiro*. Charla *El P. Luis Amigó y los jóvenes*.
1 a 2-5-2018	*Viajo a Bilbao*. Presentación Revista *50 Años Loiu*.
22 a 23-5-2018	*Viajo a Madrid*. Presentación Revista *50 Años Parroquia Nuestra Madre del Dolor*.
7 a 8-6-2018	*Viajo a Pamplona*. Presentación Revista *50 Años del Colegio Luis Amigó*.
26-6-2018	Imparto a la Comisión Congregación de Luis Amigó y a la Familia Amigoniana reunidos conjuntamente en el Seminario San José de Godella, estas dos conferencias: *Movidos por la misericordia* y *Zagales del Buen Pastor*.

Apéndice II

Publicaciones*

Años 1978-1982

- *Yo, a pesar de todo, creo*, en *Boletín Interno de la Inmaculada*, (1978) n. 32, p. 39-40.
- *Pedagogía Amigoniana*, en *Pastor Bonus 28* (1979) p. 63-75. Este artículo fue reproducido por *Surgam* 35(1983) p. 369-374.
- *El valor de la fe en nuestro sistema pedagógico*, en *Pastor Bonus* 30(1981) p. 165-188. Existe también en *separata*.
- *Y por ellos, me consagro a ti*, en *Boletín Interno de la Inmaculada* (1981) n. 41, p. 20-22.
- *Dejad que los niños se acerquen a mí*, en *El Caribe* (1981) n. 2, p. 2-3.
- *Distintas lecturas de nuestro decreto de aprobación pontificia*, en *Pastor Bonus* 30(1981) p. 291-295.
- *San Francisco, un profeta para nuestro tiempo*, en *El Caribe* (1982) n. 5, p. 2.
- *San Francisco, santo alegre*, en *El Caribe* (1982) n. 6, p. 2.
- *San Francisco, alma de educador*, en *El Caribe* (1982) n. 7, p. 2.
- *San Francisco, hombre sencillo*, en *El Caribe* (1982) n. 8, p. 2.
- *San Francisco de Asís, algo más que un ecologista*, en *El Caribe* (1982) n. 9, p. 2.
- *Francisco de Asís, Santo mariano*, en *El Caribe* (1982) n.10, p. 5.

Año 1983

- *Espiritualidad Amigoniana*, en *Pastor Bonus* 32 (1983) p. 213-241. En colaboración con el P. Oltra. Existe en *separata*.
- *Homo humus, fama fumus, finis cinis,* en *Boletín de la Provincia San José* (1983) n. 82, p. 5-6; en *Boletín Interno de la Inmaculada* (1983) n. 46, p. 37-39 y *Bollettino* (Prov. San Francisco) n. 39, p. 40-42).

*Se incluyen en este elenco tan sólo las publicaciones que el propio autor considera más importantes, otras muchas quedan recogidas sólo en el *elenco* que el mismo autor guarda en su archivo personal.

Las publicaciones que van precedidas de un número romano son las que se refieren a libros propiamente dichos. Los precedidos por un número arábico hacen referencia a *Revistas conmemorativas* dirigidas por el padre Vives.

• *El pastor amigoniano*, en *Pastor Bonus* 32(1983) p. 365-386. Existe en *separata*.

Año 1984

I. *Un hombre que se fió de Dios,* 1ª Ed. castellana, Roma 1984. 2ª edic. Roma 1992. 3ª edic. Valencia 2009. Ed. portuguesa (1985). Ed. alemana (1991). 1ª Ed. Italiana, Roma (1992), 2ª edic. San Giovanni Rotondo, (2017). Ed. francesa (1993). Ed. Eslovaca (2001). Ed. Polaca (2004).

• *Luis Amigó, profeta de misericordia y redención*, en *Pastor Bonus* 33(1984) p. 183-219. Existe en *separata*.

• *Pedagogía Amigoniana II*, en *Surgam* 36 (1984) p.117-123.

Año 1985

• *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres,* en *Boletín Interno de la Inmaculada* (1985) n. 54, p. 21-23.

II. *De Jerusalén a Jericó, Valencia 1985.*

• *Principios inspiracionales de la pedagogía amigoniana, en revista Caldeiro. 75 Años* (1986), p. 25-28.

Año 1986

III. *Testigos del Amor de Cristo (Tesis doctoral),* Roma 1986.

• Introducciones, notas y publicación de las *Obras Completas de monseñor Luis Amigó*, en la BAC, n. 474. En colaboración con el padre Agripino González. Esta obra fue traducida íntegramente al inglés en 2010.

• *Comentario a la Carta Testamento del P. Luis Amigó*, en *Pastor Bonus* 35(1986) p. 75-114. Existe en *separata*.

Año1987

IV. *Hombres con pasta de mártires*. Valencia 1987.

• *De pie junto a la Cruz*, en *Pastor Bonus* 36(1987) p. 25-29. En colaboración con el padre José Oltra.

• *Apuntes de nuestra historia*, en *Pastor Bonus* 36(1987) p. 243-250.

• *Virgen hecha Iglesia,* en *El Caribe* (1987) n. 38 p. 10-12.

Año 1988

• *Luis Amigó. Testigo entre los marginados.* Folleto incluido en la revista *Vida Nueva* (1988). En colaboración con el padre Agripino González.

V. *En la Casa del Padre. Necrológico Amigoniano.* Madrid 1988.

• *Apuntes de nuestra historia (II). Carta edificante,* en *Pastor Bonus* 37(1988) p. 311-321.

- *Visita del P. Generale alle Comunitá d'America,* en *Il Cooperatore Amigoniano* 11(1988) n. 37, p. 21-24.

- *Pregón del I Centenario de Monte-Sión* (pronunciado en Torrente el 5 de noviembre de 1988), en *Monte Sión, cien años de vida amigoniana* (revista extraordinaria), Valencia, 1989, p.367-375.

Año 1989

- *Nuestra Madre*, en *Pastor Bonus* 38(1989) p. 319-346. Existe en *separata*.

- *Franciscanismo y marginación,* en *Boletín Interno de la Inmaculada* (1989) n. 68, p. 37-40.

- *El P. Luis Amigó y Monte Sión,* en *Monte Sión, cien años de vida amigoniana* (revista extraordinaria) Valencia, 1989, p. 53-59.

Año 1990

VI. *Estadística de la Congregación*. Publicado como T. VI, vol. II (Apéndice) de la Hª de la Congregación, Valencia 1990. 2ª edición corregida y ampliada, Valencia 2011.

Año 1991

- *Encuentro sobre el sacerdocio,* en *Pastor Bonus* 40(1991) p. 261-266.

- *Relación existente entre carisma y pedagogía* (Conferencia pronunciada en el Congreso Centenario de la Pedagogía Amigoniana), en *Surgam* 43(1991) n. 419, p. 8-18.

Año 1992

- *Francisco de Asís. La grandeza de servir, en Pastor-Bonus* 41(1992) p. 129-160. Existe en *separata*.

VII. *Rutas Amigonianas, Valencia 1992.*

Luis Amigó. El apóstol de los extraviados. Editions du Signe, 1992. El texto del folleto es mío. Fue publicado en castellano, inglés, alemán, italiano y francés.

Año 1993

- *Prontuario (edición fotocopiada/pro manuscrito).*

- *Recuerdos* (*Entre la añoranza y la emoción*), en *Revista extraordinaria* con ocasión de los 25 años de BUP (en *Boletín Interno de la Asociación Católica de Padres de alumnos*, junio 1993, p. 20).

Año 1994

- *Reglamento, Memoria y Catálogos del Archivo General. Sección histórica al 30 de junio de 1994* (Edición fotocopiada/pro manuscrito).

VIII. *Fortaleza y Ternura.* Historia martirial de las Hnas. Rosario, Serafina y Francisca, Madrid 1994. 2ª Ed. Castellana (2001) Ed. Italiana (1997) 2ª Ed. Italiana (2001). Ed. Inglesa (2001).

IX. *Guías de estudio para la historia de la Congregación*, Madrid, 1994.

- Voz: *Hurtado Soler, Agustín,* publicada en *Diccionario de la Música Española e Hispanoamericana,* T. VI, p. 375 (Sociedad General de Autores y Editores de España, Madrid).

- *Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores* (Amigonianos). Publicado por la Familia Franciscana de España, en *Convocados por Francisco*, Madrid 1999, p. 51-57.

Año 1996

- *Vita Consecrata: Claves de lectura* en *Pastor Bonus* 45 (1996) p. 52-60.

- *El fondo de su ser, la paz,* en *Pastor Bonus* 45 (1996) p. 63-76. (Existe en *separata).*

- *Reglamento y Catálogos del Archivo Histórico* (de la Provincia de la Sagrada Familia de las Terciarias Capuchinas) al 30 de junio de 1996. (Edición fotocopiada pro-manuscrito).

- *Organización. Reglamento. Catálogo del Archivo General* (de las Hermanas Terciarias Capuchinas) al 30 de noviembre de 1996. (Edición fotocopiada pro-manuscrito)

Año 1997

- *Trilogía Amigoniana* en *Pastor Bonus* 46 (1997) p. 27-139. De este estudio se editaron además 1.000 *separatas*. Traducida y editada en inglés como *Amigonian Trilogy*.

- *Conferencias en la FUNLAM (enero 1997).* Editadas en *Alborada* especial 40 años. 1997. (De este número de Alborada se realizó una reedición).

- *Adolescens Surge. Talitá Kumi.* Editorial del n. 13 de *ZUYCA*, p. 3-5.

Año 1998

X. *Hermana y Madre*. Biografía de la Madre Gloria de Pamplona. (Superiora General de las Hermanas Terciarias Capuchinas). Madrid 1998.

XI. *Biografía José Gabriel Subiela Balaguer* (en colaboración con el P. Tomás Roca). Edita Caja Rural S. Vicente Ferrer de Benaguacil, Ayuntamiento de Benaguacil y Provincia Luis Amigó TC. Imprime Martín Impresores S.L. Valencia 1998.

- *El último día nos examinarán del amor.* Homilía pronunciada en el funeral de la Hna. Modesta, en *Paz y Bien* (Boletín de la Provincia de la Sagrada Familia HTC) n. 136, p. 65-66.

- *La Iglesia somos todos. Los Antonianos, un modo de ser Iglesia. Carisma Antoniano y cultura torrentina.* Homilías pronunciadas durante el triduo, de preparación para el I Centenario de la Pía Unión de San Antonio de Torrent, en *Real Pía Unión de San Antonio de Padua. Cien Años de Vida*, p. 279-284.
- Homilía de mis *Bodas de Plata* en Boletín de la Provincia Luis Amigó, n. 18, p. 69-72.
- *Conferencias en la FUNLAM* (mayo 1998), en folleto: *Identidad Amigoniana.* FUNLAM, 1998.
- *Conferencia pronunciada en la Casa de Puerto Rico* con ocasión de los 10 primeros años de presencia amigoniana, en *Amigos* (Boletín de la Casa de Niños Manuel Fernández Juncos) n. 6 (Agosto 1998) p. 2-9.
- *Trilogía Jubilar* (recopilación de las editoriales publicadas en Zuyca: *Jesucristo, Verdad del hombre, El Espíritu de la Verdad, Padre de Verdad),* en *Pastor Bonus* 47 (1998) p. 15-36.

Año 1999

- *¿Educar para la libertad o educar por libre?* Editorial de ZUYCA n. 17, p. 3-6.
- *Surgam*. Editorial de *Surgam* 50 (1999) n. 458, p. 3-5.
- *La felicidad como referente.* Editorial de ZUYCA n. 18, p. 3-6.
- *Adolescens, surge*. Editorial de *Surgam* 50 (1999) n. 459, p. 3-5.
- *A propósito de una portada.* Presentación al nº 100 de *Pastor Bonus* (Índices).
- *La educación del sentimiento.* Editorial de ZUYCA, n. 19 p. 3-9.
- *La Emulación*. Editorial de *Surgam* 50 (1999) n. 460 p. 3-5.
- *La caricia materna de Dios Padre,* en *Selecciones de Franciscanismo* 28 (1999) p. 357-368. /*Pastor Bonus* 48 (1999) p. 30-41. (Existe en *separata*).
- *Nuestro Porvenir.* Editorial de *Surgam* 50 (1999) n. 461 p. 3.
- *Con responsabilidad y fortaleza*. Editorial de ZUYCA n. 20 p. 3-9.
- *Alborada*. Editorial de *Surgam* 50 (1999) n. 462 p. 3.
- *En ambiente de Familia*. Editorial de ZUYCA, n. 21 p. 3-9.
- *Esperanza y Cooperación*. Editorial de *Surgam* 50 (1999) n. 463 p. 3.
- *Acompañantes y Testigos*. Editorial de ZUYCA, n. 22 p. 3-8 y n. 23, p. 3-6.
- *¿Educar para la libertad o educar por libre?* Serie de las 6 editoriales escritas para ZUYCA: ¿Educar para la libertad o educar por libre / La felicidad como referente / La educación del sentimiento / Con responsabilidad y fortaleza / En ambiente de familia / y Acompañantes y Testigos, en *Pastor Bonus* 48 (1999) p. 45-84. Existe en *separata*.

Año 2000

XII. *En la Casa del Padre. Necrológico Amigoniano.* 2ª edición corregida y aumentada (hasta 31-12-1999). Madrid 2000.

XIII. *50 años de historia. Provincia de la Sagrada Familia. Hermanas Terciarias Capuchinas.* Valencia, 2000.

- *Identidad Amigoniana II.* Folleto con los 6 artículos confeccionados para ZUYCA en 1998: 1. ¿Educar para la libertad o educar por libre? 2. La felicidad como referente. 3. La educación del sentimiento. 4. Con responsabilidad y fortaleza. 5. En ambiente de familia. 6. Acompañantes y Testigos. Edita FUNLAM.

- *Perspectiva humanista.* Conferencia inaugural del Simposium Internacional contra la droga celebrado en la FUNLAM en noviembre de 1998, en *Surgam* 51(2000) n. 464 p. 5-11; y en *Alborada* 46(1999) n. 316 p. 11-17. (En Alborada no aparece el texto íntegro).

- *Testigos de humanidad.* Conferencia pronunciada durante la Asamblea General de la Federación Interfranciscana de España el 14 de enero de 2000 en Collado de Villalba, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 22 p. 53-57.

XIV. *Madre del dolor, Madre del amor.* Valencia, 2000. 2ª edic. en español, Valencia, 2007. Edición italiana 2013 ISBN 978-88-6418-011-3 y 3ª edición en español, Bogotá, 2018.

- *Testigos de humanidad (2).* Ficha para la Familia Franciscana para facilitar la reflexión trimestral del año Jubilar, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 23 p. 41-44 y en *Instrumentos de Paz* (Boletín de la Federación Interfranciscana de España) Diciembre 2000, p. 5-7.

- *La droga de la violencia.* Editorial Surgam 51 (2000) n. 464 p. 3-4.

XV. *Identidad Amigoniana en acción.* 1ª Ed. FUNLAM, 2000. ISBN 958-33-1604-0 1ª Ed, en España, Valencia 2001. 2ª Ed. FUNLAM 2002. Traducido al italiano y al inglés con ISBN, respectivamente 978-88-6418-007-6 y 978-84-942137-6-2.

- *¿Arte o artesanía?* Editorial *Surgam* 51(2000) n. 465 p. 3-4.

- *Entre el método y el sentimiento,* en *Surgam* 51(2000) n. 465 p. 27(87)-33(93).

- *El superior interés del menor.* Editorial *Surgam* 51(2000) n. 466-467 p. 3-4.

XVI. *Hombres recios y entrañables.* Valencia 2000. 2ª edición ibídem en 2001.

- *Sensibilización versus violencia.* Editorial *Surgam* 51(2000) n. 468 p. 3-4.

- *La educación del corazón.* Editorial *Surgam* 51(2000) n. 469 p. 3-4.

Año 2001

- *Las vacas locas.* Editorial *Surgam* 52(2001) n. 470 p. 3-4.

- *¡Judas con un beso entregas al Hijo del Hombre!,* en Revista *Semana Santa*. Torrent 2001, p. 49. Publicado también por *Al Olivo* (Revista de la Oración del Huerto de Requena)n.10 (2007) p. 4.
- *O rompemos la baraja*. Editorial *Surgam* 52(2001) n. 471 p. 3-4.
- *Por su natural*. Editorial *Surgam* 52(2001)p.3-4.

1. *Seminario San José de Godella. Cien años de Presencia Amigoniana*. Revista gráfica, en colaboración con el padre Tomás Roca.

- *Historia y Recuerdo,* artículos sobre Yuste/Hellín y Dos Hermanas) en *Pastor Bonus* 49(2000) n. 103 p. 161-201. Existe en *separata*.
- *Coherencia y vida sana,* Editorial *Surgam* 52(2001) n. 475 p. 3-4.

2. *Mártires Amigonianos*. Revista gráfica sobre la Beatificación de los Mártires de la Familia Amigoniana, en colaboración con el P. Agripino González.

- Voz *Venerable Luis Amigó*, en *Nuevo Año Cristiano*. Octubre, p. 47-52.
- Voz *Beatos Terciarios Capuchinos*, en *Nuevo Año Cristiano*. Septiembre, p. 443-445. (Este artículo aparece sin firmar).

Año 2002

- *Álbum fotográfico del P. Fundador* (preparado como colofón del T. VII, vol. III de la Historia de Roca. (3000 separatas).

XVII. *Historia de la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas* Tomo II (1985-2001), Valencia, 2002.

- *Coger el toro por los cuernos*. Editorial *Surgam* nº 476 p. 3.
- *La Pedagogía Amigoniana, un Proyecto de liberación integral* en *Surgam* n. 476 p. 25-36. (Publicado también por *Revista Fundación Universitaria Luis Amigó* Vol. 5 nº 6 (septiembre 2002) p. 31-42).
- *Amor y Exigencia*. Editorial *Surgam* nº 477 p.3.
- *¿Padres o Investigadores?* Editorial *Surgam* nº 478 p. 3.

XVIII. *Soñador y Aragonés*. Pequeña biografía de Mariano Ramo. Valencia, 2002.

- *Etapas de una intensa vida* (Mariano Ramo) *Surgam* nº 479 p. 7-46.
- *Educación y Calidad*. Editorial *Surgam* nº 480 p.3.

Año 2003

- *Pax Augusta*. Editorial *Surgam* n. 481 p. 3.

XIX. *50 Años de vida y servicio*. Historia de la Provincia de la Inmaculada. Terciarias Capuchinas. Valencia, 2003.

XX. *Con Amor y Dolor* (Biografía del P. Luis Amigó). Valencia 2003.

- *Madre del Amor, Madre del Dolor,* en revista *Semana Santa*. Torrent 2003 p. 94-97. Se recoge la conferencia pronunciada el 2 de febrero de 2002, con ocasión del nombramiento público de la Reina del Encuentro.

- *Sublime rebeldía*. Editorial *Surgam* n. 482 p. 3.

3. *50 Años de vida familiar. Portugalete (1951-2001).* Valencia 2003, en colaboración con Cesar Rodríguez.

- *¿Reeducar o simplemente educar?* Editorial de *Surgam* nº 483, p. 3.

- Preparación del *Relato Dialogado del Tránsito del Padre Fundador*, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n.41 (2004) p. 25-28.

- *¿Personas o sólo técnicos?.* Editorial de *Surgam* n. 485, p.3-4.

Año 2004

- *Los seglares y la vida consagrada franciscana: vocación y misión,* en *Selecciones de Franciscanismo* 33(2004) n. 98 p. 270-284. (Existe en *separata*) y en *Vida Consagrada* (FUNLAM) p. 141-157.

- *Algo más que buenos propósitos*. Editorial de *Surgam* n. 486 p. 3-4.

XXI. *La Catequesis: pasión y compromiso* (sobre la espiritualidad de Josefa Campos y sus hijas las Operarias Catequistas), Valencia 2004. (2ª edición en Valencia 2016) con ISBN 978-84-943184-9).

XXII. *Historia del Comisariato de Colombia de las Hermanas Terciarias Capuchinas*. Valencia, 2004.

- *En sintonía*. Editorial de *Surgam,* n. 487, p. 3

- *En vanguardia*. Editorial de *Surgam,* n. 489, p. 3.

- *Luis Amigó, apóstol de la juventud extraviada y amigo de Torrent* (Homilía 24-10-2004. Inauguración estatua Luis Amigó, Torrent) *Surgam*, n. 489 (septiembre-octubre 2004), p. 225-230.

Año 2005

XXIII. *Domingo de Alboraya. Fascinante y Controvertido* (Biografía del Beato amigoniano Domingo de Alboraya), Medellín 2005, ISBN 958-97524-3-8. (En 2012 se hizo del mismo una 2ª edición en Valencia-España).

- *Musicoterapia*. Editorial *Surgam*, n. 491, p. 3-4.

- *Gracias, Juan Pablo II, Gracias, cardenal Casaroli*. Editorial *Surgam*, n. 492, p. 3-4.

XXIV. *Manual de Historia de la Congregación,* (1889-2002), Valencia 2005.

- *Bienvenido Benedicto*. Editorial *Surgam,* n. 493, p. 3-4.
- *Identidad y Misión de los Cooperadores Amigonianos,* en *Pastor Bonus* 54(2005) p. 37-49.
- *Valores franciscanos para un mundo en crisis,* en *Fraternidad* 46(2006) n. 214 p. 9-35 (monográfico).
- *En crecimiento*. Editorial *Surgam* n. 494, p. 3-4.
- *Identidad*. Editorial *Surgam* n. 495, p. 3.
- *Hijos de la luz, hijos del día* en *Surgam* n. 495, p. 307-308.

Año 2006

XXV. *Necrologio de las Hermanas Terciarias Capuchinas* T. I. Valencia 2006.

- Conferencias para Congreso Mariano FUNLAM en *Pastor Bonus* 55(2006) p. 47-70 (también en *Separata*) y en FUNLAM *Revista Facultad de Filosofía y Teología* n. 2 –abril 2007– p. 9-44.

4. Revista conmemorativa: *EPLA 50 Años*.

Año 2007

- *Los Amigonianos en Torrelavega-Raíces* en *25 años de presencia amigoniana en Torrelavega 1982-2007*, p. 9-20. Y en el nº 496 de *Surgam* (formato digital).
- *Sin fronteras*. Editorial del nº 497 de *Surgam* (formato digital).
- *La Amigonianidad* (Lectio Magna en mi doctorado "honoris causa" en pedagogía por la FUNLAM) publicado por la FUNLAM en *folleto*, por *Surgam* n. 498 (formato digital).
- *Una misma identidad en dos perspectivas* (conferencia pedida por el Consejo General para la reunión con Consejos provinciales de octubre de 2007), en *Boletín Interno Provincia Luis Amigó*, n. 52, p. 12-20 y PB 56(2007) p. 14-24.
- *Madre de la Esperanza*, en *La Cámara* (revista de la Caja Rural de Onda) n. 15 (diciembre 2007) p. 5.
- *Luis Amigó, apóstol de los jóvenes en dificultad*, *En Misión* nº 36 octubre-diciembre 2007 p. 25-33.

Año 2008

- *Vida compartida*. Editorial del nº 500 de *Surgam* (formato digital).
- *El amor a la medida, distintivo y misión*, en *Hemos creído en el amor*. Actas del Congreso celebrado en Madrid en 2007 con motivo del VIII Centenario del Nacimiento de Santa Isabel de Hungría, Madrid 2008, p. 87-106.
- *¡Qué tengan vida!*. Editorial del n. 501 *Surgam* (formato digital).

- *Pasando el testigo*. Editorial del n. 502 de *Surgam* (formato digital).

XXVI. *Necrologio de las Hermanas Terciarias Capuchinas* T. II. Valencia 2008.

- *Al son del Espíritu*. Artículo publicado en *Vida Religiosa* CONFER 47(2008) n. 184 p. 929-944.
- *Pedagogía del cercano acompañamiento*. Ponencia para el Congreso de Pedagogía Amigoniana, en *Surgam* n. 503 (formato digital).
- *Creatividad*. Editorial del n. 503 de *Surgam* (formato digital).
- *Tratti di Pedagogía Amigoniana* (Conferencia pronunciada en S. Giovanni Rotondo el 24-5-2008, en *Il Centro di Formazione Professionale* ITCA-FAP-Onlus, *Tradizione e Innovazione*, p. 11-21.

Año 2009

- *Al encuentro*. Editorial *Surgam* n. 504 (formato digital).
- *Masamagrell. Lugar providencial para la familia amigoniana* (folleto).
- *Con todos los medios*. Editorial *Surgam* n. 505 (formato digital).
- *El arte de educar*. *Surgam* n. 506 (formato digital).
- *La ciencia del corazón*. Editorial *Surgam* n. 506 (formato digital).
- *Mensaje de vida*, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 58, p. 23-25.
- *Beato Ciriaco Sancha y los amigonianos*, en *Pastor Bonus* 58(2009), p. 227-229.

Año 2010

XXVII. *Por Aldeas y Barriadas* (Biografía de Isolina Fernández, iniciadora de las Auxiliares de Jesús, Maestro Divino) Valencia, 2010.

- *En las raíces humanas*, en *Pastor Bonus* 59(2010) p. 81-94.
- *Un nuevo frente*. Editorial *Surgam*, n. 507 (formato digital).
- *Cultivar los sentimientos*. Editorial *Surgam*, n. 508 (formato digital).

Año 2011

XXVIII. *Francisco de Asís y los marginados*. Editorial PPC. Madrid 2011 (en 2011 tuvo una 2ª edición). ISBN 978-84-288-2333-3. En 2016 fue publicado en italiano por la Editorial P. Pío de Pietrelcina con el título *San Francesco e gli esclusi* con ISBN 978-88-499-0188-7. En 2018 PPC realizó la 3ª edición en castellano.

- *Caldeiro y los amigonianos. Una relación centenaria*, en Revista *Colegio Fundación Caldeiro. Cien años educando*, p. 18-22.

XXIX. *Con entrañas de Madre*. (biografía madre Encarnación Carrasco Tenorio, fundadora de las HH.TT.FF. del Rebaño de María. Valencia 2011 (2ª edición, ibídem 2018).

- *En la fuente*. Editorial *Surgam*, n. 509 (formato digital).

Año 2012

XXX. *Necrologio de las Hermanas Terciarias Capuchinas*, T. III, Valencia 2012.

XXXI. *Bienvenido de Dos Hermanas. Un nazareno universal*, Valencia 2012.

XXXII. *85 Años haciendo el bien. Historia Provincia San Francisco HTC*. Venezuela. Caracas 2013.

XXXIII. *Obispo Amigó. Cien Años después*. Segorbe 2013.

- *La fe en Luis Amigó*, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 66, p. 84-87.
- *El carisma amigoniano frente a la exclusión. Visión histórica* (ponencia en el 2º Congreso Internacional de Pedagogía Amigonaina), en *Actas del 2º Congreso*, p. 43-58.

Año 2013

- *Una historia de amor y fortaleza*. Pregón Semana Santa Torrent 2013, en *Revista Semana Santa de Torrent* 2014, p. 87-91.
- *L'attualitá del carisma amigoniano* (Conferencia leída en S. Giovanni Rotondo el 8-2-2013) en *Il Cooperatore Amigoniano*, n. 132, p. 14-16.
- *El carisma amigoniano, una permanente llamada a la misericordia*, en *Il Cooperatore Amigoniano*, n. 133, p. 20-21 (se trata de una síntesis).
- *Y van… 100*, en *Revista EPLA*, n. 100 p. 22b.
- *Autoridad y servicio*, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 67, p. 105-111.
- *Carta al papa Francisco*, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 67, p. 84.
- *Por la entrañable misericordia de nuestro Dios*, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 68, p. 113-122.
- *Mis hermanos capuchinos*, en *Pastor Bonus* 62(2013) p. 185-188.

Año 2014

- *P. Méndez, líder religioso y social*, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 69, p. 121-128.
- *La Encarnación, un amor desde el "tú"*, en *Pastor Bonus*, 63(2014), p. 101-107.
- *125 años viviendo compasión*, en *Revista EPLA,* n. 103, p. 4-5.

XXXIV. *En la Casa del Padre*. Tomo II. Valencia 2014.

Año 2015

- *Luis Amigó, corazón compasivo*, en *Corintios XIII*, enero-marzo 2015, n. 153, p. 101-112.

XXXV. *Luz en la oscuridad, voz en el silencio*. Biografía de Madre Francisca Pascual Doménech. Valencia 2015.

5. *Revista conmemorativa 125 años. Provincia Luis Amigó*. (La revista se publicó en diciembre de 2015).

- *Síntesis vida y obra Luis Amigó*, pedida por los Consejos Generales para presentar a Santa Sede (lo titulé *En la vanguardia de lo social*, para publicarlo como *Apéndice* en la edición italiana del libro del P. Zamora, con el título *La profezia sociale*.
- *Carisma y Pedagogía*. Conferencia para el III Congreso Nacional de Pedagogía Amigoniana (12-XI-2015), en *Actas del Congreso* p. 83-95.

XXXVI. *Innovador y Vanguardista*. Biografía del padre Cándido Lizarraga y Fernández de Arcaya, Valencia 2016 ISBN 978-84-943184-5-0.

- *Santa Rita, la más importante fundación de la Congregación*, en *Boletín Provincia Luis Amigó*, n. 72, p. 170-176.

Año 2016

- *Fraternidad y amistad* en *Pastor Bonus* 65(2016).

Año 2017

XXXVII. *Suplemento I del Manual de Historia de la Congregación*. Valencia 2017.

- *Y la historia se repite* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 5 de febrero de 2017.

XXXVIII. *Aventura misionera en China. Hermanas Terciarias Capuchinas (1929-1949)*. Valencia 2017.

- *Las cosas claras* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 5 de marzo de 2017.
- *Unos van y otros vuelven* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 19 de marzo de 2017.
- *La gratitud, asignatura pendiente* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 10 de abril de 2017.
- *La importancia de la voz pasiva* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 25 de abril de 2017.
- *Sin sombra de posesión* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 18 de mayo de 2017.
- *Amar desde el "tú"* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 29 de mayo de 2017.
- *Luis Amigó, apostolo della gioventú*. Editorial de *Il Cooperatore Amigoniano*, n. 143, p. 4-5.

- *Con los ojos del corazón* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 22 de junio de 2017.
- *Acompañantes cordiales* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web).
- *Poetas de la acción* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 1 de septiembre de 2017.
- *Saber y saborear* (artículo publicado en el *Blog* de mi página web) 17 de octubre de 2017.
- *Buceando en la historia* (Recopilación de actividades de *Pastoral Juvenil en España*), en *Boletín Provincia Luis Amigó* n. 77, p. 91-107.

Año 2018

6. *Revista Bodas de Oro del Colegio P. Luis Amigó de Pamplona (1968-2018).* Dirección y textos.

7. *Revista Bodas de Oro de la Parroquia Madre del Dolor de Madrid (1967-2017).* Dirección y textos.

8. *Revista Bodas de Oro del Colegio San José Artesano. Centro Residencial Zabaloetxe de Loiu (1963-2013).* Dirección y textos.

Álbum fotográfico

Onda, Calle Cervantes (1940). Señalado con una flecha el balcón de la habitación en que nació Juan Antonio Vives Aguilella, el 15 de septiembre de 1948.

Onda. Vista desde el río Soneja con el castillo al fondo.

Onda, entrada al barrio de La Morería.

Onda, Plaza del Almudín.

Mis padres en 1946.

Mis padres en 1968.

II. EL PASO DEL TIEMPO

Cuando tenía unos 6 años.

Día de mi Primera Comunión.
Con 7 años.

Con mi hermano Ricardo.
Hacia 1956.

Cuando ingresé en el Seminario (1960).

De izquierda a derecha:
Mi padre, mi tío abuelo, Paco; yo con mi hermana, Mª del Carmen; mi madre con mi hermano Enrique; mi abuela Rosario y su hermana, María (falta mi hermano Ricardo que no pudo asistir por enfermedad).
Primera profesión en Sierra-Tobarra (Albacete), 15 agosto (1967).

Mi primer bautizo.
Caldeiro hacia abril 1973.

Ordenación sacerdotal.
Caldeiro, 7 diciembre (1973).

Primera Misa.
Caldeiro, 8 diciembre (1973).

Con los Scouts.
Sierra de Madrid (1975).

Roma, semana de Pascua (1982).
Tirando las 100 pesetas que «harían» que, desde el año siguiente, residiera en la Urbe un total de 12 años.

Con el recién elegido Consejo General.
(falta el padre Gerardo Sotelo). Montiel, 23 abril (1983).

Con el Papa Juan Pablo II.
Tras celebrar en su capilla privada, 30 noviembre (1984).

Con el padre Oltra.
En la terraza nevada de la Curia General (1985).

Con el Consejo General recién elegido.
(falta el padre Jaime Forero).
Montiel, 29 abril (1989).

Con el cardenal Casaroli.
En la sacristía de la Casa General, diciembre (1993).

Celebración de mis Bodas de Plata sacerdotales.
En las Oblatas de Moravia (Costa Rica), 7 septiembre (1998).

Celebración de mis Bodas de Plata sacerdotales.
En el Seminario San José de Godella, 7 diciembre (1998).

Celebración de mis Bodas de Plata sacerdotales.
En la Parroquia Nuestra Señora de Montesión de Torrent, 20 diciembre (1998).

En Valladolid.
19 junio (2004).

Celebración de una Boda.
Valencia (2005).

Celebración de unas Primeras Comuniones (mayo, 2006).

Celebrando un bautizo.
Sierra (2006).

Con capa española.
EPLA (2008).

En Fiumicino.
Roma (2011).

Presentando el libro *Un nazareno universal* (Biografía del padre Bienvenido de Dos Hermanas).
En Dos Hermanas, 2 noviembre (2012).

Intervención en el II Congreso Internacional de la Pedagogía Amigoniana.
Valencia, 15 noviembre (2012).

En «Casa Salvador».
Cullera (2013).

En el Castillo de Onda (2013).

Pronunciando el Pregón de la Semana Santa torrentina. Parroquia de Ntra. Señora de Montesión, 23 marzo (2013).

De visita en el Monasterio de Yuste. Cáceres (2014).

En el Coliseo.
Roma (2014).

En la Bocca della Verità.
Roma (2014).

Intervención en el III Congreso Nacional de la Pedagogía Amigoniana.
Madrid, 12 noviembre (2015).

Camino de una Boda.
EPLA (2017).

III. MIS RETRATOS

Autor: José Vicente Cascales Mascarell.
Pintura sobre tabla.

Retratos que realizó, en 1997, la pintora costarricense Mercedes C. de Porras.
Detrás del de la derecha, escribió: *Al «lobo de mar» que / con su mirada limpia / otea el inmenso océano / llenando su corazón de sueños…*

IV. TÍTULOS

El Rector
de la Universidad Complutense
de Madrid
Título de Bachiller Superior

Título de Bachillerato Superior.
Madrid, 2 noviembre (1973).

Pontificia Universitas Comillensis

Título de Licenciado en Teología Sección Sagrada Escritura.
Madrid, 24 junio (1976).

El Consejo Nacional de Educación

A Juan Antonio Vives y Aguilella

DIPLOMA

Maestro Normal Primario

Título de Maestro Normal Primario.
República Dominicana, 6 junio (1978).

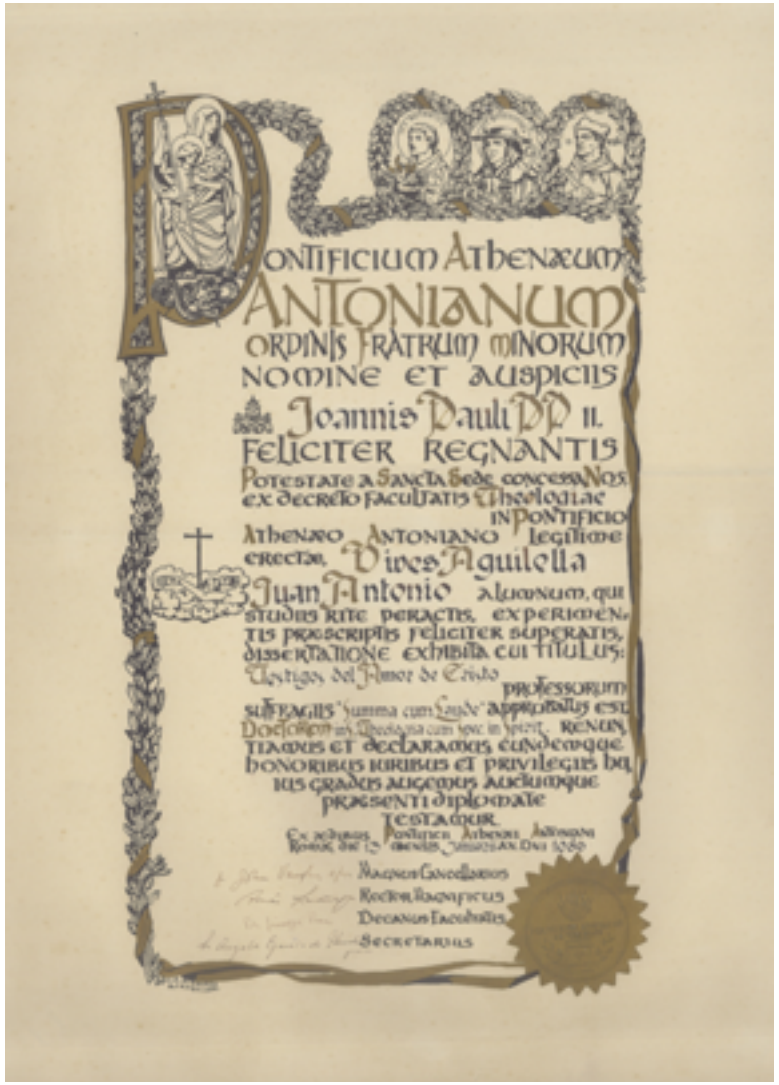
Centro de Estudios Psico-Pedagógicos
Casa del Salvador - Amurrio

Don Valenciano Gonzalez Pérez, como Director de la Casa del Salvador y de los Cursos organizados por este Centro de Estudios.

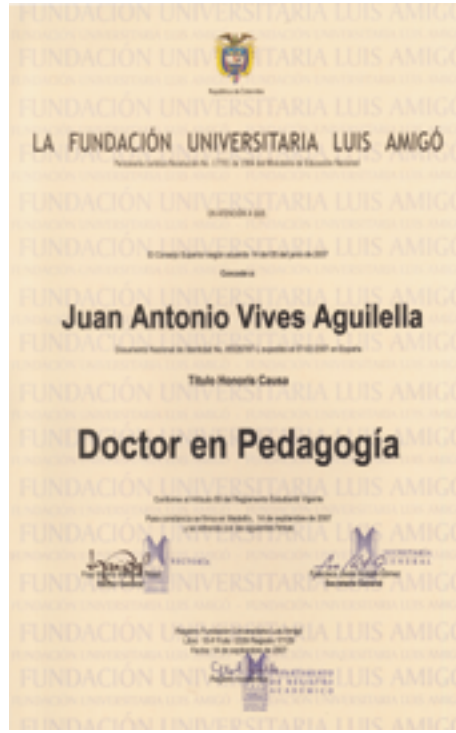
Certifico: Que según actas de asistencia de Juan Antonio Vives Aguilella ha cumplido satisfactoriamente el programa general de estudios y [illegible] del mencionado Centro, [illegible] esta certificación para que pueda acreditarlo y especialmente a los efectos del artículo 115 del Reglamento de los Tribunales Tutelares de Menores.

Amurrio, 1 de Marzo de 1980

Título sobre Estudios Psico-Pedagógicos.
Amurrio, 1 marzo (1980).



Título de Doctor en Teología, Sección Espiritualidad.
Roma, 13 enero (1986).



LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LUIS AMIGÓ

Juan Antonio Vives Aguilella

Título Honoris Causa

Doctor en Pedagogía

Título de Doctor *Honoris Causa* en Pedagogía.
Medellín, 14 septiembre (2007).

CONGRESO DE LA REPUBLICA
CARACAS - VENEZUELA

PASE ESPECIAL

El ciudadano (a) Pbro. JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA
portador de la cédula de identidad Nº 81.083.454 *está autorizado*
para asistir al Palacio Legislativo como INVITADO ESPECIAL
Fecha: 12-03-79
Hora: 10 a.m.

Pase con el que asistí en el Congreso de Venezuela a
la toma de posesión del Presidente Luis Herrera Campins.
Caracas (Venezuela), 12 marzo (1979).

PREFETTURA DELLA CASA PONTIFICIA

*Permesso personale per partecipare all'Udienza del Santo Padre che avrà luogo in Vaticano, nell'**Aula Paolo VI**, mercoledì 21 giugno 1995 alle ore 11.*

Ingresso: C

PRIMA FILA S

N. 1

All'Aula si accede da Piazza San Pietro - Colonnato di sinistra.

Pase con el que asistí a la Audiencia
en la que presenté al Papa a nuestro nuevo
Superior General, el Padre Ignacio Calle.
Roma, 21 junio (1995).

UFFICIO
DELLE
CELEBRAZIONI
LITURGICHE
DEL
SOMMO PONTEFICE

POSTULAZIONE

Il Maestro delle Celebrazioni Liturgiche Pontificie autorizza il latore del presente a partecipare alla celebrazione presieduta dal Santo Padre.

Città del Vaticano, 11 MAR 2001

IL BIGLIETTO DOVRÀ ESSERE PRESENTATO AD OGNI RICHIESTA DEGLI INCARICATI

Pase con el que asistí a la Beatificación
de los mártires amigonianos.
Roma, 11 marzo (2001).

V. ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES

Exhumación de los restos del Padre Fundador.
9 abril (1983).

Defensa de mi tesis doctoral *Testigos del amor de Cristo*.
Antonianum (Roma),
31 mayo (1985).

Presido la Misa que precede a la inauguración de la Exposición preparada por la Fundación Bancaja de Segorbe.
Catedral de Segorbe, 1 octubre (1993).

Asisto a la Beatificación de los Mártires Amigonianos.
Roma, 11 marzo (2001).

Acto de entrega del «Doctorado Honoris Causa en Pedagogía». Medellín, 13 septiembre (2007).

Junto a la estatua en bronce del padre Fundador –nacida de las ideas que yo había expresado en 2009– en el momento en que iba a ser transportada a su lugar en la rotonda de entrada al Seminario San José. Godella (2011).

VI. VIAJES MÁS ESPECIALES

Mi primer viaje a Tierra Santa.
Jerusalén, marzo (1975).

Visita a Río de Janeiro, una de las ciudades soñadas por mí, desde pequeño.
Brasil, marzo (1987).

Visita a las Pirámides aztecas en Teotihuacán. México, septiembre (1987).

Mi segunda visita a Tierra Santa.
Jerusalén, mayo (1990).

Con la Pirámide de Keops al fondo.
El Cairo, mayo (1990).

En Bombay.
La India, mayo (1990).

En el Machu Picchu de los Incas.
Perú, octubre (1991).

En el Tikal junto a una Pirámide maya.
México, junio (1994).

En la Basílica de Nuestra Señora de la Paz de Yamusukro.
Costa de Marfil, septiembre (1994).

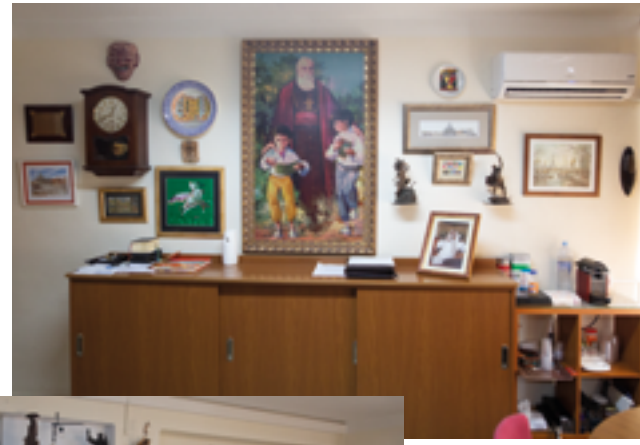
En la Plaza Roja de Moscú con la catedral de San Basilio al fondo.
Rusia, abril (2010).

En el Louvre, con la Victoria de Samotracia al fondo.
París, agosto (2013).

Visitando la Domus Aurea en el *loculo* del comedor de Nerón.
Roma, julio (2015).

VII.
MI DESPACHO Y ARCHIVOS

Pared del fondo de mi despacho.



Pared ubicada al frente de mi escritorio.

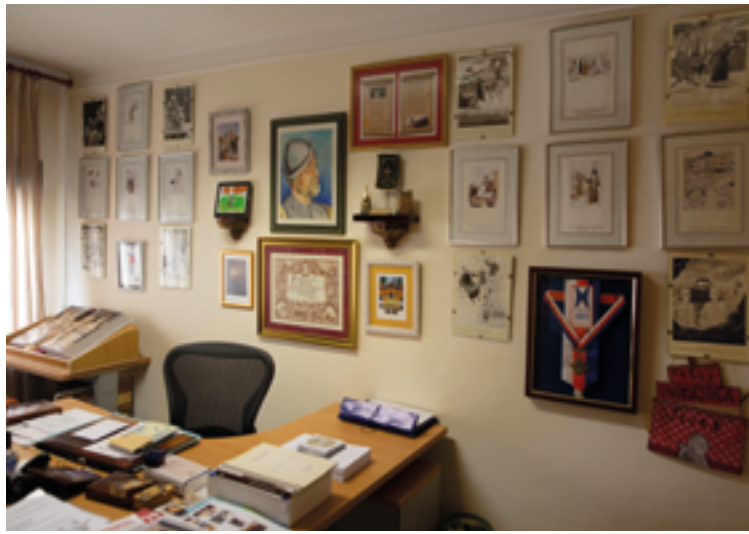
Pared situada al lateral izquierdo de mi escritorio.

Lateral derecho de mi escritorio.

Detalle de mi escritorio.

Sala I del Archivo.
Se observa el cuadro que me hizo Cascales, la camiseta firmada por los Campeones Mundiales de Fútbol en 2010, el cuadro de los Santos Patrones de Onda, los archivadores de DVDs y algunos de mis Álbumes de fotos.

Sala I del Archivo.
Vistas de mi pequeño museo.



Sala II del Archivo.
Pared lateral derecha en la que se puede observar: uno de los cuadros que me pintó Mercedes C. de Porras y algunos originales de ilustraciones de varios de mis libros.

Sala II del Archivo.
Pared lateral izquierda con algunos de los archivadores.